VOLUMEN OCTAVO

EL EVANGELIO
COMO ME HA SIDO REVELADO

7 partes

Nacimiento y vida oculta de María y Jesús
capítulos 1-43

Primer año de la Vida pública de Jesús
capítulos 44–140

Segundo año de la Vida pública de Jesús
capítulos 141–312

Tercer año de la Vida pública de Jesús
capítulos 313–540

Preparación a la Pasión de Jesús
capítulos 541–586

Pasión y Muerte de Jesús
capítulos 587–613

Glorificación de Jesús y María
capítulos 614–651

Para despedida de la Obra, capítulo 652

10 volúmenes

Volumen primero, capítulos 1-78
Volumen segundo, capítulos 79-159
Volumen tercero, capítulos 160-225
Volumen cuarto, capítulos 226-295
Volumen quinto, capítulos 296-363
Volumen sexto, capítulos 364-432
Volumen séptimo, capítulos 433-500
Volumen octavo, capítulos 501-555
Volumen noveno, capítulos 556-603
Volumen décimo, capítulos 604-652

Maria Valtorta

EL EVANGELIO COMO ME HA SIDO REVELADO

Traducido del italiano
por Alberto Giralda Cid

VOLUMEN OCTAVO
Capítulos 501–555

CENTRO EDITORIALE VALTORTIANO

Todos los derechos reservados

Título original:
L'Evangelo come mi è stato rivelato
Volume Ottavo, Capitoli 501-555

Traducción del italiano de
Alberto Giralda Cid

© Centro Editoriale Valtortiano srl., 1999
Viale Piscicelli 89-91
03036 Isola del Liri - Italia

ISBN 88-7987-028-9

ISBN 88-7987-031-9
(Obra completa de 10 volúmenes)

Fotocomposición e impresión:
Centro Editoriale Valtortiano srl

Diseño de cubierta de Piero Luigi Albery,
con retrato de Pedro dibujado por Lorenzo Ferri
bajo la dirección de Maria Valtorta.

Reprinted in Italy, 2002

NOTA DEL EDITOR

La presente edición de la Obra mayor de María Valtorta es la traducción en lengua española, llevada a cabo por Alberto Giralda Cid, de la tercera edición italiana.

El título, *El Evangelio como me ha sido revelado*, traduce el de la edición francesa, *L'Evangile tel qu'il m'a été révélé*, y el de la tercera edición italiana, *L'Evangelo come mi è stato rivelato*, inspirados ambos en las indicaciones originarias de María Valtorta.

El precedente título, *El Hombre-Dios*, correspondiente a la edición traducida por Juan Escobar, era la traducción simplificada del título *Il poema dell'Uomo-Dio*, el cual, a pesar de no haber sido enunciado por María Valtorta, dio nombre a las dos primeras ediciones italianas.

Esta nueva edición española se compone de 10 volúmenes, como la tercera italiana, de la que toma, además del título, las principales características.

Cada uno de los volúmenes se abre con el texto unificado de los cuatro Evangelios correspondiente a los capítulos contenidos en el volumen.

Los capítulos están numerados en serie progresiva desde el primer volumen hasta el décimo. Cada capítulo ha sido dividido, a su vez, en fragmentos numerados, llamados parágrafos, que presentan una completitud textual. Los números del capítulo y del parágrafo, separados por un punto, aparecen en el margen externo de las páginas.

Las notas que no llevan la sigla *NdT* (nota del traductor) son traducción de notas de la tercera edición italiana; en ellas, la sigla *MV* significa *María Valtorta*, y *D* significa *Director de la edición italiana*.

TEXTO UNIFICADO
DE LOS CUATRO EVANGELIOS

501-504

Lc 18, 1-8. Y les proponía también una parábola, acerca de cómo conviene orar siempre y no desfallecer. Diciendo: «En cierta 505
ciudad había un juez que ni tenía temor de Dios, ni respeto a hombre alguno. Vivía en la misma ciudad una viuda, la cual solía ir a él, diciendo: "Hazme justicia de mi contrario". Mas durante mucho tiempo no quiso. Pero después dijo entre sí: "Aunque yo no temo a Dios, ni respeto a hombre alguno, con todo, para que me deje en paz esta viuda, le haré justicia, a fin de que no venga de continuo a romperme la cabeza". Ved» añadió el Señor, «lo que dijo este juez inicuo. ¿Y Dios no hará justicia a sus escogidos que claman a él día y noche, y se retardará en atenderles su causa? Os aseguro que no tardará en vengarlos. Pero, cuando viniere el hijo del hombre, ¿os parece que hallará fe sobre la tierra?».

Jn 8, 12-20. Y volviendo Jesús a hablar al pueblo, dijo: «Yo soy
491.5 la luz del mundo; quien me sigue, no anda en tinieblas, sino que 506
tendrá la luz de la vida».

Replicáronle los fariseos: «Tú das testimonio de ti mismo; y así tu testimonio no es idóneo». Respondióles Jesús: «Aunque yo doy testimonio de mí mismo, mi testimonio es digno de fe. Porque yo sé de dónde soy venido, y adónde voy; pero vosotros no sabéis de dónde vengo, ni adónde voy. Vosotros juzgáis según la carne; pero yo no juzgo de nadie; y cuando yo juzgo, mi juicio es idóneo; porque no estoy yo solo, sino yo y el Padre que me ha enviado. En vuestra Ley está escrito que el testimonio de dos personas es idóneo. Yo soy el que doy testimonio de mí mismo; y también el Padre, que me ha enviado, da testimonio de mí». Decíanle a esto: «¿Dónde está tu padre?». Respondió Jesús: «Ni me conocéis a mí, ni a mi Padre; si me conocierais a mí, conoceríais también a mi Padre».

Estas cosas las dijo Jesús enseñando en el templo, en el atrio del tesoro; y nadie le prendió, porque aún no había llegado su hora.

Jn 8, 21-59. Díjoles Jesús en otra ocasión: «Yo me voy, y vosotros me buscaréis, y vendréis a morir en vuestro pecado. A donde 507

(*) Los cuatro Evangelios están íntegramente transcritos en este texto, unificado por Emilio Pisani según el orden de la narración valtortiana. En presencia de pasos paralelos, el texto unificado reseña por entero el primero de ellos y lo completa con las partes nuevas de los otros, insertadas entre corchetes.

Los números grandes puestos a la derecha hacen referencia a los capítulos de la Obra valtortiana: su colocación, dentro de los pasos evangélicos o fuera de ellos, indica la presencia o la ausencia de la correlación entre la Obra valtortiana y el texto evangélico. Los números pequeños colocados en el margen izquierdo hacen referencia a pasajes valtortianos e indican su relación con pasajes evangélicos, prescindiendo del orden de la narración.

El texto de los cuatro Evangelios ha sido tomado de: *Nuevo Testamento*, Editorial Herder, Barcelona 1962, y corresponde a la versión italiana usada por María Valtorta.

yo voy, no podéis venir vosotros». A esto decían los judíos: «¿Si querrá matarse a sí mismo, y por eso dice: "A donde yo voy no podéis venir vosotros"?». Y Jesús proseguía diciéndoles: «Vosotros sois de acá abajo, yo soy de arriba; vosotros sois de este mundo, yo no soy de este mundo. Con razón os he dicho que moriréis en vuestros pecados: porque si no creyereis lo que soy, moriréis en vuestro pecado». Replicábanle: «¿Pues quién eres tú?». Respondióles Jesús: «Ni más ni menos que lo que os estoy diciendo. Muchas cosas tengo que decir y condenar en vosotros; pero el que me ha enviado es veraz, y yo digo en el mundo las cosas que oí a él». No comprendieron que les hablaba del Padre. Díjoles, pues, Jesús: «Cuando habréis levantado en alto al hijo del hombre, entonces conoceréis quién soy yo, y que nada hago de mí mismo, sino que hablo lo que mi Padre me ha enseñado. Y el que me ha enviado está conmigo, y no me ha dejado solo; porque yo hago siempre lo que es de su agrado». Cuando Jesús dijo estas cosas, muchos creyeron en él.

Decía, pues, a los judíos, que creían en él: «Si perseverareis en mi doctrina, seréis verdaderamente discípulos míos, y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres». Respondiéronle ellos: «Nosotros somos descendientes de Abraham, y jamás hemos sido esclavos de nadie; ¿cómo, pues, dices tú que vendremos a ser libres?». Replicóles Jesús: «En verdad, en verdad os digo que todo aquel que comete pecado es esclavo del pecado. Es así que el esclavo no mora para siempre en la casa; el hijo sí que permanece siempre en ella. Luego, si el hijo os da libertad, seréis verdaderamente libres. Yo sé que sois hijos de Abraham; pero tratáis de matarme, porque mi palabra no halla cabida en vosotros. Yo hablo lo que he visto junto a mi Padre; vosotros hacéis lo que habéis oído al lado de vuestro padre». Respondiéronle diciendo: «Nuestro padre es Abraham». Les replicó Jesús: «Si sois hijos de Abraham, obrad como Abraham. Mas ahora pretendéis quitarme la vida, siendo yo un hombre que os he dicho la verdad que oí de Dios: no hizo eso Abraham. Vosotros hacéis lo que hizo vuestro padre». Ellos le replicaron: «Nosotros no hemos nacido de fornicación; tenemos un solo padre, que es Dios». A lo cual les dijo Jesús: «Si Dios fuera vuestro padre, ciertamente me amaríais a mí; pues yo nací de Dios, y he venido de Dios; que no he venido de mí mismo, sino que él me ha enviado. ¿Por qué, pues, no entendéis mi lenguaje? Es porque no podéis sufrir mi doctrina. Vosotros tenéis por padre al diablo, y queréis cumplir los deseos de vuestro padre. Él es homicida desde el principio y no ha permanecido en la verdad, y así no hay verdad en él: cuando dice mentira, habla como quien es, por ser de suyo mentiroso y padre de la mentira. A mí, empero, no me creéis, porque os digo la verdad. ¿Quién de vosotros me convencerá de pecado? Si yo os digo la verdad, ¿por qué no me creéis? Quien es de Dios, oye las palabras de Dios. Por eso vosotros no las oís, porque no sois de Dios».

A esto respondieron los judíos diciéndole: «¿No decimos bien nosotros que tú eres samaritano, y que estás endemoniado?». Jesús les respondió: «Yo no estoy poseído del demonio; sino que honro a mi Padre, y vosotros me deshonráis. Pero yo no busco mi gloria; otro hay que la promueve, y él me vindicará. En verdad, en verdad os digo que quien observare mi doctrina no morirá para siempre». Dijeron los judíos: «Ahora acabamos de conocer que estás poseído de un demonio. Abraham murió, y murieron también los profetas, y tú dices: "Quien observare mi doctrina, no morirá eternamente". ¿Acaso eres tú mayor que nuestro padre Abraham, el cual murió; y que los profetas, que asimismo murieron? Tú ¿por quién te tienes?». Respondió Jesús: «Si yo me glo-

rifico a mí mismo, mi gloria no vale nada; es mi Padre quien me glorifica, aquel que decís vosotros que es vuestro Dios. Vosotros, empero, no le habéis conocido; yo sí que le conozco. Y si dijere que no le conozco, sería como vosotros un mentiroso. Pero le conozco y observo sus palabras. Abraham, vuestro padre, se regocijó de ver mi día, y se llenó de gozo». Los judíos le dijeron: «Aún no tienes cincuenta años, ¿y viste a Abraham?». Respondióles Jesús: «En verdad, en verdad os digo: Antes que Abraham naciese, yo soy».

Al oír esto, cogieron piedras para tirárselas. Mas Jesús se escondió y salió del templo.

508-509

Jn 9, 1-34. Al pasar vio Jesús a un hombre ciego de nacimiento. Y sus discípulos le preguntaron: «Maestro, ¿qué pecados son la causa de que éste haya nacido ciego, los suyos, o los de sus padres?». Respondió Jesús: «No es por culpa de éste, ni de sus padres; sino para que las obras de Dios resplandezcan en él. Conviene que yo haga las obras de aquel que me ha enviado mientras dura el día: viene la noche cuando nadie puede trabajar. Mientras estoy en el mundo, yo soy la luz del mundo». Así que hubo dicho esto, escupió en tierra, y formó lodo con la saliva, y aplicólo sobre los ojos del ciego, y díjole: «Anda, y lávate en la piscina de Siloé (palabra que significa Enviado)». Fuese, pues; y lavóse allí, y volvió con vista. 510

Por lo cual los vecinos, y los que antes le habían visto pedir limosna, decían: «¿No es éste aquel que sentado pedía limosna?». «Este es» respondían algunos. Y otros decían: «No es él, sino alguno que se le parece». Pero él decía: «Sí, soy yo». Le preguntaban, pues: «¿Cómo se te han abierto los ojos?». Respondió: «Aquel hombre, que se llama Jesús, hizo barro, y lo aplicó a mis ojos, y me dijo: "Ve a la piscina de Siloé, y lávate". Yo fui, me lavé y recobré la vista». Preguntáronle: «¿Dónde está éste?». Respondió: «No lo sé». Llevaron, pues, a los fariseos al que antes estaba ciego. Es de advertir que, cuando Jesús formó el lodo, y le abrió los ojos, era día de sábado.

Nuevamente, pues, los fariseos le preguntaban cómo había logrado la vista. Él les respondió: «Puso lodo sobre mis ojos, me lavé, y veo». Por lo que decían algunos de los fariseos: «No es de Dios este hombre, pues no guarda el sábado». Otros, empero, decían: «¿Cómo un hombre pecador puede hacer tales milagros?». Y había disensión entre ellos. Dicen, pues, otra vez al ciego: «Y tú ¿qué dices del que te ha abierto los ojos?». Respondió: «Que es un profeta».

Pero por lo mismo no creyeron los judíos que hubiese sido ciego y recibido la vista, hasta que llamaron a sus padres; y les preguntaron: «¿Es éste vuestro hijo, de quien vosotros decís que nació ciego? ¿Pues cómo ve ahora?». Sus padres les respondieron, diciendo: «Sabemos que éste es hijo nuestro, y que nació ciego; pero cómo ahora ve, no lo sabemos; ni tampoco sabemos quién le ha abierto los ojos; preguntádselo a él: edad tiene, él dará razón de sí». Esto dijeron sus padres por temor de los judíos; porque ya éstos habían decretado echar de la sinagoga a cualquiera que reconociese a Jesús por el Cristo. Por eso sus padres dijeron: «Edad tiene, preguntádselo a él».

Llamaron, pues, otra vez al hombre que había sido ciego, y dijéronle: «Da gloria a Dios: nosotros sabemos que ese hombre es un pecador». Mas él les respondió: «Si es pecador, yo no lo sé; sólo sé que yo antes era ciego, y ahora

veo». Replicáronle: «¿Qué hizo él contigo? ¿Cómo te abrió los ojos?». Respondióles: «Os lo he dicho ya, y lo habéis oído; ¿a qué fin queréis oírlo de nuevo? ¿Si será que también vosotros queréis haceros discípulos suyos?». Entonces le llenaron de maldiciones, y le dijeron: «Tú eres su discípulo, que nosotros somos discípulos de Moisés. Nosotros sabemos que a Moisés le habló Dios; mas éste no sabemos de dónde es». Respondió aquel hombre, y les dijo: «Aquí está la maravilla, que vosotros no sabéis de dónde es éste, y con todo ha abierto mis ojos. Lo que sabemos es que Dios no oye a los pecadores; sino que aquel que honra a Dios y hace su voluntad, éste es a quien Dios oye. Desde que el mundo es mundo no se ha oído jamás que alguno haya abierto los ojos de un ciego de nacimiento. Si este hombre no fuese de Dios, no podría hacer nada». Dijéronle en respuesta: «Saliste del vientre de tu madre envuelto en pecados, ¿y tú nos das lecciones?». Y le arrojaron fuera.

511-517

Jn 9, 35-41; 10, 1-21. Oyó Jesús que le habían echado fuera; y 518
haciéndose encontradizo con él, le dijo: «¿Creés tú en el Hijo?». Respondió él y dijo: «¿Quién es, Señor, para que yo crea en él?». Díjole Jesús: «Le viste ya, y es el mismo que está hablando contigo». Entonces dijo él: «Creo, Señor». Y, postrándose a sus pies, le adoró. Y añadió Jesús: «Yo vine a este mundo a ejercer un juicio, para que los que no ven, vean; y los que ven, queden ciegos». Oyeron esto algunos de los fariseos que estaban con él, y le dijeron: «¿Pues qué? ¿nosotros somos también ciegos?». Respondióles Jesús: «Si fuerais ciegos, no tendrías pecado; pero, por lo mismo que decis: Nosotros vemos, por eso vuestro pecado persevera en vosotros».

«En verdad, en verdad os digo que quien no entra por la puerta en el aprisco de las ovejas, sino que sube por otra parte, el tal es un ladrón y un salteador. Mas el que entra por la puerta, pastor es de las ovejas. A éste el portero le abre, y las ovejas escuchan su voz, y él llama por su nombre a las ovejas propias, y las saca fuera. Y cuando ha hecho salir sus propias ovejas, va delante de ellas, y las ovejas le siguen, porque conocen su voz. Mas a un extraño no le siguen, sino que huyen de él; porque no conocen la voz de los extraños». Este símil les puso Jesús; pero no entendieron lo que les decía.

Por eso Jesús les dijo segunda vez: «En verdad, en verdad os digo que yo soy la puerta de las ovejas. Todos los que hasta ahora han venido son ladrones y salteadores, y las ovejas no los han escuchado. Yo soy la puerta. El que por mí entrare, se salvará, y entrará, y saldrá y hallará pastos. El ladrón no viene sino para robar, y matar, y hacer estrago. Mas yo he venido para que
432.8 tengan vida, y la tengan abundante. Yo soy el buen pastor. El buen pastor sacrifica su vida por sus ovejas. Pero el mercenario, y el que no es el pastor, de quien no son propias las ovejas, en viendo venir al lobo desampara las ovejas, y huye, y el lobo las arrebata, y dispersa el rebaño. El mercenario huye por la razón de que es asalariado y no tiene interés alguno en las ovejas. Yo soy el buen pastor: y conozco mis ovejas, y las mías me conocen a mí. Así como el Padre me conoce a mí, así yo conozco al Padre; y doy mi vida por mis ovejas. Tengo también otras ovejas, que no son de este aprisco, las cuales debo yo recoger, y oirán mi voz; y se hará un solo rebaño, y un solo pastor. Por eso mi Padre me ama, porque doy mi vida para tomarla otra vez. Nadie me la

quita, sino que yo la doy por mi propia voluntad, y soy dueño de darla, y dueño de recobrarla: éste es el precepto que recibí de mi Padre».

Excitó este discurso una nueva división entre los judíos. Decían muchos de ellos: «Está poseído del demonio, y ha perdido el juicio: ¿por qué le escucháis?». Otros decían: «No son palabras éstas de quien está endemoniado; ¿por ventura puede el demonio abrir los ojos de los ciegos?».

519-522

Lc 18, 9-14. Dijo asimismo a ciertos hombres, que presumían de justos y despreciaban a los demás, esta parábola: 523

«Dos hombres subieron al templo a orar: el uno era fariseo, y el otro publicano. El fariseo, puesto en pie, oraba interiormente: "¡Oh Dios!, yo te doy gracias de que no soy como los demás hombres, que son ladrones, injustos, adúlteros; ni tampoco como este publicano. Ayuno dos veces a la semana; pago los diezmos de todo lo que poseo". El publicano, al contrario, puesto allá lejos, ni aun los ojos osaba levantar al cielo; sino que se daba golpes de pecho, diciendo: "Dios mío, ten misericordia de mí, que soy un pecador". Os declaro, pues, que éste volvió a su casa justificado, mas no el otro; porque todo aquel que se ensalza será humillado; y el que se humilla será ensalzado».

524-536

Jn 10, 22-39. Celebrábase en Jerusalén la fiesta de la dedicación; era invierno. Y Jesús se paseaba en el templo, por el pórtico de Salomón. 537

Rodeáronle, pues, los judíos, y le dijeron: «¿Hasta cuándo has de traer suspensa nuestra alma? Si tú eres el Cristo, dínoslo abiertamente». Respondióles Jesús: «Os lo estoy diciendo, y no lo creéis: las obras que yo hago en nombre de mi Padre, ésas están dando testimonio de mí. Mas vosotros no creéis, porque no sois de mis ovejas. Mis ovejas oyen la voz mía; y yo las conozco, y ellas me siguen. Y yo les doy la vida eterna; y no se perderán jamás, y ninguno las arrebatará de mis manos. Pues lo que mi Padre me ha dado, todo lo sobrepuja; y nadie puede arrebatarlo de mano de mi Padre. Yo y el Padre somos uno».

Al oír esto, los judíos cogieron piedras para apedrearle. Díjoles Jesús: «Muchas buenas obras he hecho delante de vosotros de parte de mi Padre, ¿por cuál de ellas me apedráis?». Respondiéronle los judíos: «No te apedreamos por ninguna obra buena, sino por la blasfemia, porque tú, siendo hombre, te haces Dios». Replicóles Jesús: «¿No está escrito en vuestra ley: "Yo dije: dioses sois"? Pues si llamó dioses a aquellos a quienes habló Dios, y no puede faltar la Escritura, ¿cómo de mí, a quien ha santificado el Padre, y ha enviado al mundo, decís vosotros que blasfemo, porque he dicho: "Soy Hijo de Dios"? Si no hago las obras de mi Padre, no me creáis. Pero si las hago, cuando no queráis darme crédito a mí, dádselo a mis obras, a fin de que conozcáis y creáis que el Padre está en mí, y yo en el Padre».

Quisieron entonces prenderle; mas él se escapó de entre sus manos.

538.3 ***Jn 10, 40-42.*** Y se fue de nuevo a la otra parte del Jordán, a aquel lugar
540.1 en que Juan había comenzado a bautizar; y permaneció allí. Y acudieron mu-
543.5 chos a él, y decían: «Es cierto que Juan no hizo milagro alguno. Mas todas
547.1/2 cuantas cosas dijo Juan de éste han salido verdaderas». Y muchos creyeron en él.

538-540

Jn 11, 1-2. Estaba enfermo Lázaro, de Betania, al- 541-544
dea de María y de Marta, sus hermanas. Esta María es
236 aquella que derramó sobre el Señor el perfume, y le limpió los pies con sus cabellos, y cuyo hermano Lázaro estaba enfermo.

543.5 ***Jn 11, 3-4.*** Las hermanas, pues, enviaron a decirle: «Señor, 545
mira que aquel a quien amas está enfermo». Oyendo Jesús el reca-
do, díjoles: «Esta enfermedad no es mortal, sino que está ordenada para gloria de Dios, con la mira de que por ella el Hijo de Dios sea glorificado».

546

Jn 11, 5-16. Jesús tenía afecto a Marta y a su hermana María 547
y a Lázaro. Cuando oyó que éste estaba enfermo quedóse aún dos
días en el mismo lugar. Después de pasados éstos, dijo a sus discípulos: «Vamos otra vez a Judea». Dícenle sus discípulos: «Maestro, hace poco que los judíos querían apredrearte, y ¿quieres volver allá?». Jesús les respondió: «¿Pues qué? ¿no son doce las horas del día? El que anda de día no tropieza, porque ve la luz de este mundo; al contrario, quien anda de noche tropieza, porque no tiene luz». Así dijo, y añadióles después: «Nuestro amigo Lázaro duerme; mas yo voy a despertarle del sueño». A lo que dijeron sus discípulos: «Señor, si duerme, sanará». Mas Jesús había hablado de la muerte; y ellos pensaban que hablaba del sueño natural. Entonces les dijo Jesús claramente: «Lázaro ha muerto. Y me alegro por vosotros de no haberme hallado allí, a fin de que creáis. Pero vamos a él». Entonces Tomás, por otro nombre Dídimo, dijo a sus condiscípulos: «Vamos también nosotros, y muramos con él».

Jn 11, 17-46. Llegó, pues, Jesús, y halló que hacía ya cuatro 548
días que Lázaro estaba sepultado. Distaba Betania de Jerusalén
como unos quince estadios. Y habían ido muchos de los judíos a consolar a Marta y a María de la muerte de su hermano. Marta, luego que oyó que Jesús venía, le salió a recibir; y María se quedó en casa. Dijo, pues, Marta a Jesús: «Señor, si hubieses estado aquí no hubiera muerto mi hermano. Bien que estoy persuadida de que ahora mismo te concederá Dios cualquier cosa que le pidieres». Dícele Jesús: «Tu hermano resucitará». Respóndele Marta: «Ya sé que resucitará en la resurrección, en el último día». Díjole Jesús: «Yo soy la resurrección y la vida: quien cree en mí, aunque hubiere muerto, vivirá; y todo aquel que vive, y cree en mí, no morirá para siempre. ¿Crees tú eso?». Respondióle: «¡Oh Señor!, sí, lo creo, y que tú eres Cristo, el Hijo de Dios vivo que has venido a este mundo».

Dicho esto, fuese, y llamó secretamente a María, su hermana, diciéndole: «Está aquí el Maestro y te llama». Apenas ella oyó esto, se levantó apresuradamente, y fue a encontrarle, porque Jesús no había entrado todavía en la aldea, sino que aún estaba en aquel mismo sitio en que Marta le había salido a recibir. Por eso los judíos que estaban con María en la casa, y la consolaban, viéndola levantarse de repente y salir fuera, la siguieron diciendo: «Ésta va al sepulcro para llorar allí». María, pues, habiendo llegado a donde estaba Jesús, viéndole, postróse a sus pies, y díjole: «Señor, si hubieses estado aquí no habría muerto mi hermano». Jesús, al verla llorar, y llorar también los judíos que habían venido con ella, conmovióse en su alma y se conturbó. Y dijo: «¿Dónde le pusisteis?». Le dijeron: «Ven, Señor, y lo verás». Entonces a Jesús se le arrasaron los ojos en lágrimas. En vista de lo cual dijeron los judíos: «Mirad cómo le amaba». Mas algunos de ellos dijeron: «Pues éste, que abrió los ojos de un ciego de nacimiento, ¿no podía hacer que Lázaro no muriese?».

Jesús, pues, otra vez profundamente conmovido, va al sepulcro, que era una gruta cerrada con una piedra. Dijo Jesús: «Quitad la piedra». Marta, hermana del difunto, le respondió: «Señor, hiede ya, pues hace ya cuatro días que está ahí». Díjole Jesús: «¿No te he dicho que si creyeres verás la gloria de Dios?». Quitaron, pues, la piedra; y Jesús, levantando los ojos al cielo, dijo: «¡Oh Padre!, gracias te doy porque me has oído. Bien es verdad que yo ya sabía que siempre me oyes, mas lo he dicho por razón de este pueblo que está alrededor de mí, con el fin de que crean que tú me has enviado». Dicho esto, gritó con voz muy alta: «Lázaro, sal afuera». Y al instante el que había muerto salió fuera, ligado de pies y manos con fajas, y tapado el rostro con un sudario. Díjoles Jesús: «Desatadle y dejadle andar».

Con esto muchos de los judíos que habían venido a visitar a María y a Marta, y vieron lo que Jesús hizo, creyeron en él. Mas algunos de ellos se fueron a los fariseos, y les contaron las cosas que Jesús había hecho.

Jn 11, 47-53. Entonces los pontífices y fariseos juntaron consejo, y dijeron: «¿Qué hacemos?; este hombre hace muchos milagros. Si le dejamos así, todos creerán en él; y vendrán los romanos, y arruinarán nuestra ciudad y la nación». En esto uno de ellos, llamado Caifás, que era el pontífice de aquel año, les dijo: «Vosotros no entendéis nada, ni reflexionáis que os conviene que muera un solo hombre por el pueblo, y no perezca toda la nación». Mas esto no lo dijo de propio movimiento; sino que, como era el pontífice en aquel año, profetizó que Jesús había de morir por la nación, y no solamente por la nación, sino también para congregar en un cuerpo a los hijos de Dios que estaban dispersos. Y así, desde aquel día determinaron hacerle morir. 549

550

Jn 11, 54. Por lo que Jesús ya no se dejaba ver en público entre los judíos, antes bien se retiró a un territorio vecino al desierto, 551
550.11 en la ciudad llamada Efrén, donde moraba con sus discípulos.

552-555

EL EVANGELIO COMO ME HA SIDO REVELADO

501. Parábola de los hijos lejanos. Curación de dos hijos ciegos del hombre de Petra.

24 de septiembre de 1946.

501.1 [1]Es una bonita mañana de otoño. Quitando las hojas rojoamarillas que cubren el suelo y recuerdan la época del año, está tan verde la hierba, con alguna florecilla abriéndose en las macollas renacidas con las lluvias de octubre, y hay un aire tan sereno, que circula entre las ramas en parte ya desnudas, que a uno le viene la imagen de un comienzo de primavera. Y mucho más al considerar que las plantas de hojas perennes, que se mezclan con las de hoja caduca, ponen la nota alegre de las nuevas hojitas esmeraldinas nacidas en los extremos de las ramitas, junto a las ramas desnudas de otras plantas; de forma que parece que éstas echan las primeras hojas. Las ovejas salen de los rediles y, balando, se encaminan a los pastos con los corderos de los partos de otoño. El agua de una fuente, puesta a la entrada del pueblo, brilla como líquido diamante bajo el sol que la besa, y, cayendo en la obscura pila, produce todo un centelleo multicolor contra una casita de paredes ennegrecidas por el tiempo.

Jesús se sienta en un murete que limita el camino por un lado, y espera. Los suyos están en torno a Él. También los habitantes del pueblo. Los pastores, por su parte, obligados por el rebaño, para no alejarse demasiado, en vez de subir más arriba, se esparcen a ambos lados del camino, hacia la llanura.

Por el camino que desde el valle sube al Nebo, de momento, no viene nadie.

«¿Y vendrá?» preguntan los apóstoles.

«Vendrá. Y nosotros le esperaremos. No quiero defraudar una esperanza en formación y destruir una futura fe» responde Jesús.

«¿No estáis bien entre nosotros? Hemos dado lo mejor que teníamos» dice un anciano que se calienta al sol.

«Mejor que en otros lugares, padre. Y vuestra bondad recibirá premio de Dios» le responde Jesús.

«Entonces háblanos más. Aquí vienen de vez en cuando cumplidores fariseos y soberbios escribas. Pero no tienen palabras para nosotros. Es justo. Ellos son los separados, por altura, de... todo, y los sabios. Nosotros... ¿Pero no debemos, entonces, conocer nada nosotros porque la suerte nos haya hecho nacer aquí?».

«En la Casa del Padre mío no hay separaciones ni diferencias para los que llegan a creer en Él y a practicar su Ley, que es el código de su voluntad, y ésta es que el hombre viva como justo para recibir eterno premio en su Reino.

[2]Escuchad. Un padre tenía muchos hijos. Algunos habían vivido 501.2
siempre en estrecho contacto con él; otros, por distintas razones, habían estado relativamente más lejos del padre. No obstante, conociendo los deseos paternos a pesar de estar lejos del padre, podían actuar como si éste estuviera presente. Otros, por estar aún más lejos, y haber sido educados, desde el primer día después de nacer, por servidores que hablaban otras lenguas y tenían otras costumbres, se esforzaban en servir a su padre según eso poco que, más por instinto que por conocimiento, sabían que a él le agradaba. Un día, el padre —que no ignoraba que, contrariamente a sus órdenes, sus servidores se habían abstenido de dar a conocer sus pensamientos a esos hijos lejanos, porque en su orgullo consideraban a éstos inferiores, desestimados por el solo hecho de no vivir con su padre— quiso reunir a toda su prole. Y la llamó a su presencia. Pues bien, ¿creéis que juzgó según la línea del derecho humano, y que dio la posesión de los bienes sólo a los que habían estado siempre en su casa, o, cuanto menos, no tan lejanos como para impedirles conocer sus órdenes y deseos? No, él siguió un concepto completamente distinto: observando las obras de los que habían sido justos por amor al padre, al que habían conocido sólo de nombre y habían honrado con todas sus obras, los llamó junto a sí y dijo: "Doble vuestro mérito de haber sido justos, porque lo fuisteis sólo por vuestra voluntad y sin ayudas. Venid en torno a mí. ¡Bien tenéis derecho a ello! Los primeros me han tenido siempre, y cada obra suya estaba reglada por mi consejo y era premiada con mi sonrisa. Vosotros habéis tenido que actuar sólo por fe y amor. Venid. Porque en mi casa está preparado vuestro lugar, está preparado desde hace tiempo, y ante mis ojos no constituye una diferencia el haber estado siempre en casa o el haber estado lejos; lo que tienen diferencia son las acciones, que, cerca o lejos de mí, mis hijos han llevado a cabo".

Ésta es la parábola. Y su explicación es ésta: que escribas o fariseos, que viven en torno al Templo, pueden no estar en el Día eterno en la Casa de Dios, y que muchos que han estado muy lejos de saber siquiera sucintamente las cosas de Dios, podrán estar entonces en su seno. Porque lo que da el Reino es la voluntad del hombre tendida a la obediencia a Dios, y no el cúmulo de prácticas y ciencia.

Haced, pues, cuanto os he explicado ayer. Hacedlo sin un excesivo temor que paraliza, sin el cálculo de evitar con ello el castigo; hacedlo, por tanto, sólo por amor a Dios que os ha creado para amaros y ser amado por vosotros. Y tendréis un sitio en la Casa paterna».

[3]«¡Háblanos todavía más!». 501.3

«¿Y qué os debo decir?».

«Ayer decías que hay sacrificios más gratos a Dios que el de corderos o machos cabríos, y también que hay lepras más vergonzosas que las de la carne. No he comprendido bien tu pensamiento» dice un pastor, y termina: «Antes de que un cordero tenga un año, y sea el más hermoso del rebaño, sin mancha ni defecto, ¿sabes cuántos sacrificios hay que hacer, y cuántas veces hay que superar la tentación de hacer de él el carnero del rebaño o venderlo para ello? Ahora bien, si durante un año se resiste a toda tentación, y se le cuida y uno se encariña con él, perla del rebaño, ¿sabes lo grande que es el sacrificio de inmolarle sin ganancia y con dolor? ¿Puede haber un sacrificio más grande que ofrecer al Señor?».

«Hombre, en verdad te digo que el sacrificio no está en el animal inmolado, sino en el esfuerzo que has hecho por conservarlo para inmolarlo. En verdad os digo que está llegando el día en que, como dice la palabra inspirada, Dios dirá: "No necesito el sacrificio de corderos * y machos cabríos" y exigirá un sacrificio único y perfecto. Y desde esa hora todo sacrificio será espiritual. Pero ya está escrito desde siglos cuál es el sacrificio que el Señor prefiere. David exclama llorando: "Si Tú hubieras deseado un sacrificio, te lo habría ofrecido, pero no te gustan los holocaustos. El sacrificio a Dios es el espíritu contrito (y Yo añado: obediente y amoroso, porque se puede cumplir también sacrificio de alabanzas y de gozo y de amor, no sólo de expiación). El sacrificio a Dios es el espíritu contrito; al corazón contrito y humillado Tú, oh Dios, no lo desprecias". No. Vuestro Padre no desprecia tampoco al corazón que ha pecado y se ha arrepentido. Y entonces, ¿cómo acogerá el sacrificio del corazón puro, justo, que le ama? Éste es el sacrificio más grato. El cotidiano sacrificio de la voluntad humana a la divina que se os muestra en la Ley, en las inspiraciones y en las cosas que suceden cada día. Y así, no es la lepra de la carne la más vergonzosa y la que más excluye de la presencia de los hombres y de los lugares de oración; antes bien, la lepra del pecado. Es verdad que ésta pasa muchas veces ignorada de los hombres. Pero ¿vivís para los hombres o para el Señor? ¿Todo termina aquí o prosigue en la otra vida? Ya lo sabéis vosotros. Entonces, sed santos para no ser leprosos a los ojos de Dios, que ven los corazones de los hombres, y conservaos limpios en el espíritu para poder vivir eternamente».

«¿Y si uno ha pecado fuertemente?».

«Que no imite a Caín, que no imite a Adán y Eva; sino que corra a los pies de Dios y con verdadero arrepentimiento le pida piedad.

---

* *como dice la palabra inspirada:* en *Isaías 1, 11*; *David exclama*: en *Salmo 51, 18-19.*

Un enfermo, un herido va al médico para curarse. El pecador, que vaya a Dios para obtener perdón. Yo...».

[4]«¿Tú aquí, Maestro?» grita uno que sube por el camino entre 501.4
muchos otros y bien cubierto con su manto. Jesús se vuelve y le mira. «¿No me reconoces? Soy el rabí Sadoq. De vez en cuando nos encontramos».

«El mundo es siempre pequeño, cuando Dios quiere hacer que se encuentren las personas. Nos encontraremos todavía, rabí. Entre tanto, la paz sea contigo».

El otro no devuelve el saludo de paz, sino que pregunta: «¿Qué haces aquí?».

«He hecho lo que tú estás para hacer. ¿No es sagrado para ti este monte?».

«Tú lo has dicho. Y vengo con mis discípulos. ¡Pero yo soy un escriba!».

«Y Yo soy un hijo de la Ley. Venero, pues, a Moisés como tú le veneras».

«Eso es mentira. Anulas su palabra con la tuya y no apuntas ya a nuestra obediencia, sino a la tuya».

«A la *vuestra* no. Ésa es vuestra, pero no es necesaria...».

«¿No es necesaria? ¡Qué horror!».

«No, no más necesaria de cuanto lo sean en tus vestiduras, para resguardarte de los vientos otoñales, los fluentes y abundantes flecos que adornan el vestido. Es el vestido el que te protege. Igualmente, de las muchas palabras que se enseñan acepto las necesarias y santas, las mosaicas, y no presto atención a las otras».

«¡Samaritano! ¡No crees en los profetas!».

«Vosotros no observáis a los profetas. Si los observarais, no me llamaríais samaritano».

«¡Déjale, Sadoq! ¿Quieres hablar con un demonio?» dice otro peregrino que ha llegado en ese momento con otras personas. Y, volviendo su dura mirada en torno al grupo que envuelve a Jesús, ve a Judas de Keriot y le saluda con sorna.

[5]Quizás sucedería algún incidente, porque los habitantes del pue- 501.5
blo quieren defender a Jesús. Pero se abre paso, gritando, el hombre de Petra, seguido por un servidor. Tanto él como el servidor tienen a un niño en los brazos. «Dejadme pasar. Señor, ¿has tenido que esperarme demasiado?».

«No, hombre. Ven a mí».

La gente se abre para dejarle pasar. Va hacia Jesús y se arrodilla, mientras deposita en el suelo a una niñita que tiene la cabeza vendada con lino. El servidor hace lo mismo y pone en el suelo a un niñi-

to de ojos opacos.

«¡Mis hijos, Maestro Señor!» dice, y en la breve frase palpita todo el dolor y la esperanza de un padre.

«Has tenido mucha fe, hombre. ¿Y si te hubiera defraudado? ¿Si no me hubieras encontrado? ¿Si te dijera que no te los puedo curar?».

«No te creería. Y no creería tampoco en la evidencia de no verte. Habría dicho que te habías escondido para probar mi fe, y te habría buscado hasta encontrarte».

«¿Y la caravana? ¿Y tu ganancia?».

«¿Estas cosas? ¿Qué son respecto a ti, que puedes curar a mis hijos y darme una fe segura en ti?».

501.6 [6]«Destapa la cara de la niña» ordena Jesús.

«Tengo tapada su cara porque sufre mucho con la luz».

«Será sólo un instante de dolor» dice Jesús.

Pero la pequeña se echa a llorar desesperadamente y no quiere que le quiten la venda.

«Hace esto porque cree que la vas a atormentar con el fuego como los médicos» explica el padre, luchando por quitar de las vendas las manitas de la niña.

«¡No tengas miedo, niña! ¿Cómo te llamas?».

La niña llora y no responde. Responde el padre por ella: «Tamar, de donde nació; y el niño, Fara».

«No llores, Tamar. No te hago daño. Toca mis manos. No tienen nada en los dedos. Ven encima de mis rodillas. Mientras, curaré a tu hermano, y él te dirá lo que ha sentido. Ven aquí, niño».

El criado le lleva hasta sus rodillas al pobre cieguito, cuyos ojos están apagados a causa del tracoma. Jesús le acaricia la cabeza y le pregunta: «¿Sabes quién soy?».

«Jesús Nazareno, el Rabí de Israel, el Hijo de Dios».

«¿Quieres creer en mí?».

«Sí».

Jesús le pone la mano en los ojos, cubriéndole más de la mitad de la cara. Dice: «¡Quiero! Y que la luz de las pupilas abra la vía a la luz de la Fe». Quita la mano.

El niño lanza un grito, llevándose las manos a los ojos; luego dice: «¡Padre! ¡Veo!». Pero no corre hacia su padre. En su espontaneidad de niño se agarra al cuello de Jesús y le besa en las mejillas, y se queda así, agarrado a su cuello, refugiando su cabecita en el hombro de Jesús para acostumbrar de nuevo las pupilas al sol.

La gente aclama por el milagro, mientras el padre quisiera quitar al niño del cuello de Jesús.

«Déjale. No molesta. Únicamente, Fara, dile a tu hermana lo que

te he hecho».

«Una caricia, Tamar. Parecía la mano de nuestra mamá. ¡Cúrate tú también y jugaremos otras veces!».

[7]La niña, todavía un poco reacia, se deja poner encima de las rodillas de Jesús, el cual quisiera curarla sin tocarle siquiera las vendas. Pero los escribas y sus compañeros gritan: «Es un truco. La niña ve. Una conjura para engañar vuestra buena fe, habitantes de este lugar». 501.7

«Mi hija está enferma. Yo...».

«¡Deja! Tú, Tamar, ahora eres buena y dejas que te quite las vendas».

La niña, convencida, se deja. ¡Qué se ve, cuando la última venda cae! Dos llagas rojas, costrosas, hinchadas, de que gotean lágrimas y pus, están en lugar de los ojos. Un susurro de horror recorre a la gente, y de compasión, mientras la niña se lleva las manitas a la cara para protegerse de la luz, que debe hacerle sufrir horriblemente; en las sienes rojean quemaduras recientes.

Jesús le aparta las manitas y roza ligeramente ese estrago, apoya la mano encima y dice: «Padre, que creaste la luz para alegría de los que viven, y hasta al mosquito le diste pupilas, devuelve la luz a esta criatura tuya, para que te vea y crea en ti, y a partir de la luz de la Tierra entre, con la Fe, en la luz de tu Reino». Quita la mano...

«¡Oh!» gritan todos.

Ya no hay llagas. Pero la pequeña tiene todavía cerrados los ojos.

«Ábrelos, Tamar. No tengas miedo. La luz no te va a hacer daño».

La niña obedece un poco temerosa y abre los párpados, que dejan ver dos vivaces ojitos negros.

«¡Padre mío! ¡Te veo!» y ella también se apoya sobre el hombro de Jesús para acostumbrarse lentamente a la luz.

Alboroto festivo entre la gente, mientras el hombre de Petra se arroja, sollozando de alegría, a los pies de Jesús.

«Tu fe ha tenido su premio. Que desde ahora tu gratitud lleve a tu fe en el Hombre al ámbito más alto: a la fe en el verdadero Dios. Levántate y vamos».

Y Jesús pone en el suelo a la niña, que sonríe feliz; y se despega al niño y se levanta. Los acaricia una vez más y hace ademán de abrir el círculo de gente que se apiña para ver los ojos curados.

[8]«Deberías pedir también tú la curación para tus ojos velados» dice un discípulo a un viejo, cuyos ojos están tan opacados que deben llevarle de la mano. 501.8

«¡¿Yo?! ¡¿Yo?! No quiero que me dé la luz un demonio. Es más: ¡A ti te grito, oh Dios eterno! Escúchame. ¡A mí, a mí las tinieblas abso-

lutas, pero que yo no vea la cara del demonio, de ese demonio, de ese sacrílego, usurpador, blasfemo, deicida! Desciendan las sombras sobre mis ojos para siempre. ¡Las tinieblas, las tinieblas para no verle nunca, nunca, nunca!». Parece un demonio él. En su paroxismo se golpea las cuencas de los ojos como si quisiera hacerlos estallar.

«No temas. No me verás. Las Tinieblas no quieren la Luz, y la Luz no se impone a quien la rechaza. Yo me marcho, anciano. No me verás ya en esta Tierra. Pero, igualmente, me verás en otro lugar».

Y Jesús, con un abatimiento que le acentúa el modo de caminar propio de los que son muy altos, ligeramente echado hacia adelante, se encamina por la bajada. Está tan abatido, que parece ya el Condenado que baja el Moria con la carga de la Cruz... Y los gritos de los enemigos azuzados por el viejo furioso asemejan mucho a los de la muchedumbre de Jerusalén el día de Viernes Santo.

El hombre de Petra, afligido, con la atemorizada niña llorando entre sus brazos, susurra: «¡Por mí, Señor! ¡Por causa mía! ¡Tú, tanto bien a mí! ¡Y yo a ti? He puesto en el baldaquino, sobre el camello, unas cosas para ti. Pero ¿qué son respecto a los insultos que te he procurado? Siento vergüenza de haber venido a ti...».

«No, hombre. Ése es mi pan amargo de cada día. Y tú eres la miel que lo dulcifica. Siempre es más la cantidad de pan que la de miel, pero basta una gota de miel para hacer dulce mucho pan».

«Eres bueno... Pero, dime al menos: ¿qué tengo que hacer para medicar estas heridas?».

«Conserva la fe en mí. Por ahora, como puedas y hasta donde puedas. Dentro de no mucho... sí, mis discípulos irán hasta Petra, y más allá. Entonces sigue su doctrina, porque Yo hablaré en ellos. Y por el momento habla a los de Petra de lo que te he hecho, de forma que, cuando estos que me rodean, y otros, vayan en mi Nombre, no les sea desconocido este Nombre mío».

501.9 [9]Al pie de la bajada, en la calzada romana, están parados tres camellos. Uno, sólo con la silla; los otros, con el baldaquino. Los vigila un criado.

El hombre va a uno de los baldaquinos y coge unos paquetes: «Aquí tienes» dice mientras se los ofrece a Jesús. «Te serán útiles. No me des las gracias. Yo soy el que tiene que bendecirte por todo lo que me has dado. Si puedes hacerlo con incircuncisos, bendíceme a mí y a mis hijos, Señor» y se arrodilla con los niños. Los criados hacen lo mismo.

Jesús extiende sus manos y ora en voz baja con los ojos fijos en el cielo. «Ve. Sé justo y hallarás a Dios en tu camino, y le seguirás sin nunca más perderle. ¡Adiós, Tamar! ¡Adiós, Fara!». Los acaricia an-

tes de que suban con los criados, uno por camello.

Los animales se alzan al oír el *crrr crrr* de los camelleros, se vuelven y toman el trote por el camino que va hacia el Sur. Dos manitas morenas se asoman por los baldaquinos y dos vocecitas dicen: «¡Adiós, Señor Jesús! ¡Adiós, padre!».

El hombre hace, a su vez, ademán de montar. Se postra y besa la túnica de Jesús, luego monta en la silla y se marcha hacia el Norte.

«Y ahora vamos» dice Jesús, encaminándose igualmente hacia el Norte.

«¿Cómo? ¿Ya no vas a donde querías?» preguntan.

«No. Ya no podemos ir... Las voces del mundo tenían razón... Y ello es porque el mundo es astuto y conoce las obras del demonio... Iremos a Jericó...».

¡Qué triste está Jesús!... Todos le siguen, cargados con los bultos dados por el hombre; abatidos y sin decir palabra...

502. Otro abatimiento en Pedro. Lección sobre las posesiones (divinas y diabólicas).

25 de septiembre de 1946.

[1]Acaban de cruzar el vado de Betabara. Al otro lado del río, azul, 502.1
bastante lleno de agua por haberse nutrido de los afluentes colmados de lluvias otoñales, se ve la otra orilla, la oriental, con muchas personas gesticulantes. En la orilla occidental, sin embargo, donde está Jesús con los suyos, hay sólo un pastor y un rebaño que roza la hierba verde del margen.

Pedro se sienta encima de un resto de murete que se encuentra allí, sin secarse siquiera las piernas, húmedas por el vado. Porque en esta estación del año usan las barcas, es verdad, pero, para que no se enarenen en este lugar de bajo fondo, las usan en la parte más profunda, deteniéndose a dejar bajar a los transbordados en donde ya roza la quilla con las hierbas sumergidas. Así que el que atraviesa el río debe caminar algunos pasos en el agua.

«¿Qué te pasa? ¿Te encuentras mal?» le preguntan.

«No. Pero no puedo más. En el Nebo esa violencia, y antes en Esebón, y antes en Jerusalén, y antes en Cafarnaúm, y después del Nebo en Caliroe, y ahora en Betabara... ¡Oh!...», agacha la cabeza, la mete entre las manos y llora...

«No te abatas, Simón. No me hagas pobre también de tu coraje, de vuestro coraje» le dice Jesús, yendo a su lado y poniendo una mano sobre la gruesa túnica gris que cubre al apóstol.

«¡No puedo, no puedo ver esto! ¡No puedo verte maltratado de esta manera! Si me dejaras reaccionar... quizás podría. Pero así... Tenerme que contener... y asistir a sus insultos, a tus sufrimientos, como un impotente niño... ¡Oh, se me desgarra todo por dentro y me quedo echo un trapo!... ¡Fijaos vosotros, si es posible verle así! Parece un enfermo, uno que esté muriéndose de fiebres... ¡Parece un culpable perseguido que no encuentra dónde detenerse a tomar un bocado, a beber un trago, a buscarse una piedra para reclinar la cabeza! ¡Esa hiena del Nebo! ¡Esas serpientes de Caliroe! ¡Ese energúmeno que todavía está allí! (y señala la otra orilla). Menos demonio el de Caliroe, a pesar de que sea el segundo sólo del que dices que está
502.2 dominado por Belcebú. [2]Tengo miedo de los endemoniados, pienso que si los ha atrapado de esa manera Satanás deben haber sido muy malos. Pero... el hombre puede caer sin absoluta voluntad de hacerlo. ¡Sin embargo, los que sin estar poseídos hacen lo que hacen, con toda su razón libre!... ¿No los vas a vencer nunca, dado que no quieres castigarlos? Y ellos... te vencerán...». Y el llanto del fiel apóstol, que se había calmado un poco bajo el fuego de la indignación, vuelve fuerte...

«Pedro mío, ¿y crees que ésos no están endemoniados? ¿Crees que para estarlo hay que estar como aquel de Caliroe y otros que hemos encontrado? ¿Crees que la posesión se manifiesta sólo con los gritos descompuestos, los saltos, los arrebatos de furia, la extravagancia de vivir en las guaridas, los mutismos, los miembros impedidos, la razón entorpecida, de forma que el poseído habla y obra inconscientemente? No. Existen también otras posesiones diabólicas, que, es más, son las más sutiles y potentes, las más peligrosas, porque no ponen obstáculo a la razón ni la debilitan para que no haga cosas buenas, sino que la desarrollan, es más, la aumentan para que sea poderosa en su servicio a aquel que la posee. Dios, cuando posee a un intelecto y lo usa para que le sirva, transfunde en él, en las horas en que está al servicio de Dios, una inteligencia sobrenatural que aumenta en mucho la inteligencia natural del sujeto. ¿Pensáis, por ejemplo, que Isaías, Ezequiel, Daniel, y los otros profetas, si hubieran tenido que leer y explicar esas profecías como escritas por otros, no habrían encontrado las obscuridades indescifrables que en ellas encuentran los contemporáneos? Pues bien, no obstante, Yo os digo que mientras las recibían las comprendían perfectamente. Mira, Simón. Consideremos esta flor que ha nacido aquí, a tus pies. ¿Qué ves en la sombra que envuelve al cáliz? Nada. Ves un cáliz profundo y una pequeña boca y nada más. Mírala ahora que la tomo y la traigo aquí a este aro de sol. ¿Qué ves?».

«Veo pistilos, veo polen, y, en torno a los pistilos, una coronita de

pelitos que parecen pestañas y una franjita que adorna el pétalo largo y los dos pequeños, ciliada toda ella con minuciosidad... y veo una gotita de rocío en el fondo del cáliz... y... ¡ah! un mosquito ha bajado a beber dentro y se ha enviscado en la hebra ciliada y ya no es capaz de liberarse... ¡Ah, entonces! Déjame ver mejor. ¡Oh! La hebrita está como recubierta de miel, es pegajosa... ¡Comprendo! Dios lo ha hecho así o para que la planta se nutra, o se nutran los pajarillos viniendo a picar las moscas, o para que se limpie de moscas el aire... ¡Qué maravilla!».

«Pero sin la fuerte luz del Sol no habrías visto nada».

«¡No, claro!».

«Lo mismo ocurre en la posesión divina. La criatura, que por su parte pone únicamente la buena voluntad de amar totalmente a su Dios, el abandono a los deseos de Dios, la práctica de las virtudes y el dominio de las pasiones, es absorbida en Dios y, en la Luz que es Dios, en la Sabiduría que es Dios, todo lo ve y todo lo comprende. Después, cesada ya la acción absoluta, se produce en la criatura un estado en que lo recibido se transforma en norma de vida y de santificación; pero lo que antes parecía tan claro se vuelve obscuro o, mejor, crepuscular. El demonio, perpetuo y torpe remedador de Dios, produce un efecto análogo en los poseídos en la mente, aunque limitado porque sólo Dios es infinito, en sus poseídos que espontáneamente se han entregado a él para triunfar, y les comunica una inteligencia superior pero únicamente dirigida hacia el mal, que mira a causar daño, a herir a Dios y al hombre. Y la acción satánica, encontrando en el alma consentimiento, es continua, siendo así que, por grados, conduce a la total ciencia del Mal. Éstas son las peores posesiones. Nada se ve externamente, por lo cual no se huye de estos endemoniados. Pero existen estas posesiones. Como he dicho varias veces, serán los poseídos de esta manera los que descarguen su mano sobre el Hijo del hombre».

«¿Pero Dios no podría descargar la suya contra el Infierno?» pregunta Felipe.

«Podría. Es el más fuerte».

«¿Y por qué no lo hace para defenderte?».

«Las razones de Dios serán conocidas en el Cielo. Venga, vamos. Y no os deprimáis».

[3]El pastor, que ha estado escuchando aunque sin aparentarlo, 502.3
pregunta: «¿Tienes lugar a donde ir? ¿Te espera alguien?».

«No, hombre. Debería ir hasta más lejos de Jericó. Pero no me espera nadie».

«¿Y estás muy cansado, Rabí?».

«Cansado, sí. No nos han concedido alojamiento ni descansos desde el Nebo».

«Entonces... Te quería decir... Yo soy de cerca de Betagla la antigua... Tengo a mi padre ciego y no puedo ir lejos para no dejarle durante varias lunas. Pero el corazón y el rebaño sufren por ello. Si quisieras... Te daría posada. No está lejos. El anciano cree mucho en ti. José, el hijo de José, tú discípulo, lo sabe».

«Vamos».

El hombre no se lo deja decir dos veces. Reúne el rebaño y le pone en camino hacia el pueblo, un pueblo que debe estar al noroeste del lugar en que están ahora. Jesús se pone, con los suyos, detrás del rebaño.

502.4 [4]«Maestro» dice después de un rato Judas Iscariote, «Betagla seguro que no ofrece ni un comprador de los regalos de aquel hombre...».

«Cuando vayamos a Jericó para ir donde Nique los venderemos».

«Es que... el hombre, éste, es pobre y habrá que compensarle con dinero, y no tengo ni una moneda».

«Tenemos víveres, y muchos. Incluso para algún mendigo. Por ahora no hace falta más».

«Como quieras. Pero hubiera sido mejor que me hubieras mandado adelante. Habría podido...».

«No hace falta...».

«¡Maestro, eso es desconfianza! ¿Por qué ya no nos mandas de dos en dos como antes?».

«Porque os quiero y pienso en vuestro bien».

«No está bien el tenernos tan en el anonimato. Pensarán que... somos indignos, incapaces... Antes nos dejabas ir predicando, haciendo milagros, y éramos conocidos...».

«¿Te dueles de no hacerlo ya? ¿Te hacía bien ir sin mí? Eres el único que se queja de no ir solo... ¡Judas!...».

«¡Maestro, Tú sabes que te amo!» dice seguro Judas.

«Lo sé. Y para que tu espíritu no se corrompa te tengo conmigo. Eres ya el que recoge y distribuye, vende o permuta para los pobres. Esto basta. Y es ya demasiado. Observa a tus compañeros. Ni uno de ellos pide lo que tú pides».

«Pero a los discípulos se lo has concedido... Es una injusticia esta diferencia».

«Judas, eres el único que me llama injusto... Pero te perdono. Ve adelante. Y mándame a Andrés».

Y Jesús aminora el paso, para esperar a Andrés y hablarle aparte. No sé lo que le dice. Sé que Andrés sonríe con su apacible sonrisa y se inclina para besar las manos del Maestro y luego vuelve adelante.

Jesús se queda solo, al final de todos... y, muy cabizbajo, continúa andando y se seca la cara con el extremo de su manto como si sudara. Pero son lágrimas y no gotas de sudor lo que recorre las mejillas enjutas y pálidas.

[5]Dice Jesús: «Aquí pondréis la visión del 3 de octubre de 1944: 502.5
"La esposa del saduceo nigromante"».

503. Los apóstoles indagan acerca del Traidor. Un saduceo y la infeliz mujer de un nigromante. Saber distinguir lo sobrenatural de lo oculto.

3 de octubre de 1944.

* [1]Y todavía Jesús que sigue andando incansablemente por los ca- 503.1
minos de Palestina. El río está aún a su derecha, y Él camina en el mismo sentido de la bonita agua: azul y resplendente en los lugares donde el Sol la besa; verde-turquí en las orillas, donde la sombra de los árboles se refleja con sus verdes oscuros.

Jesús está en medio de sus discípulos. Oigo a Bartolomé que le pregunta: «¿Entonces vamos realmente hacia Jericó? ¿No temes alguna asechanza?».

«No temo. Llegué a Jerusalén para la Pascua por otro camino y ellos, frustrados, ya no saben dónde prenderme sin llamar demasiado la atención de la gente. Créeme, Bartolomé: para mí hay menos peligro en una ciudad muy poblada que por senderos lejanos. El pueblo es bueno y sincero, pero también es impetuoso. Se amotinaría, si me capturaran estando Yo entre ellos para evangelizar y curar. Las serpientes trabajan en la soledad y en la sombra. Y además... tengo todavía hoy y hoy y hoy para trabajar... Luego... vendrá la hora del Demonio y vosotros me perderéis. Para hallarme de nuevo después. Creed esto. Y sabed creerlo cuando los hechos parezcan desmentirme más que nunca».

Los apóstoles suspiran, afligidos, y le miran con amor y pena, y Juan emite un gemido: «¡No!», y Pedro le rodea con sus cortos y robustos brazos, como para defenderle, y dice: «¡Oh, mi Señor y Maestro!». No dice nada más. Pero hay mucho en esas pocas palabras.

«Así es, amigos. Para esto he venido. Sed fuertes. Ya veis cómo voy seguro hacia mi meta, como uno que va hacia el Sol, y sonríe a este Sol que le besa en la frente. Mi Sacrificio será un Sol para el

* *Y todavía Jesús que sigue andando...* está escrito en relación a la "visión" del día anterior, reseñada en el capítulo 419.

mundo. La luz de la Gracia bajará a los corazones, la paz con Dios los hará fecundos, los méritos de mi martirio harán a los hombres capaces de ganarse el Cielo. ¿Y qué quiero sino esto? Poner vuestras manos en las manos del Eterno, Padre mío y vuestro, y decir: "Mira, conduzco de nuevo a ti a estos hijos. Mira, Padre, están limpios. Pueden volver a ti". Veros arropados en su seno y decir: "Amaos finalmente, porque el Uno y los otros ansiáis esto, y sufríais agudamente por no haberos podido amar". Ésta es mi alegría. Y cada día que me acerca al cumplimiento de este retorno, de este perdón, de esta unión, aumenta mi ansia de consumar el holocausto para daros a Dios y su Reino».

Jesús está solemne y casi extático mientras dice esto. Anda erguido, con su túnica azul y su manto más oscuro, la cabeza descubierta, en esta hora aún fresca de la mañana. Parece sonreír a una visión —¡quién sabe cuál!— que sus ojos ven, contra el fondo azul de un cielo sereno. El Sol, que le besa en la mejilla izquierda, enciende más aún su esplendorosa mirada y coloca relumbres de oro en sus cabellos movidos por un leve viento y por su paso, y acentúa el rojo de los labios abiertos para la sonrisa, y parece encender todo el rostro de una alegría que en realidad viene del interior de su adorable Corazón, encendido por la caridad hacia nosotros.

503.2 [2]«Maestro, ¿puedo decirte una palabra?» pregunta Tomás.

«¿Cuál?».

«Anteayer dijiste que el Redentor, Tú, tendrá un traidor. ¿Cómo podrá un hombre traicionarte a ti, Hijo de Dios?».

«Un hombre, efectivamente, no podría traicionar al Hijo de Dios, Dios como el Padre. Pero éste no será un hombre. Será un demonio en cuerpo de hombre. El más poseído, el más endemoniado de los hombres. María de Magdala tenía siete demonios, y el endemoniado de hace unos días estaba dominado por Belcebú. Pero en éste estará Belcebú y toda su corte demoniaca... ¡Oh, verdaderamente el Infierno estará en ese corazón dándole coraje para vender, como cordero al jifero, el Hijo de Dios a sus enemigos!».

«Maestro, *¿ahora* este hombre está ya en posesión de Satanás?».

«No, Judas. Pero se inclina hacia Satanás, e inclinarse hacia Satanás quiere decir ponerse en las condiciones de caer en él» (Jesús habla a Judas Iscariote).

«¿Y por qué no viene a ti para curarse de su inclinación? ¿Sabe que la tiene o lo ignora?».

«Si lo ignorara no sería culpable, como lo es, porque sabe que tiende al mal y que no persevera en las resoluciones de salir de él. Si perseverara vendría a mí... pero no viene... El veneno penetra y mi

cercanía no le purifica, porque no la desea sino que huye de ella... ¡Éste es, hombres, vuestro error! Cuanta más necesidad tenéis de mí, más huís de mí» (Jesús ha respondido a Andrés).

«¿Pero ha venido a ti alguna vez? ¿Le conoces? ¿Y nosotros le conocemos?».

«Mateo, Yo conozco a los hombres antes incluso de que ellos me conozcan. Y tú lo sabes y éstos lo saben. Yo soy el que os llamé porque os conocía».

«¿Pero nosotros le conocemos?» insiste Mateo.

«¿Podéis no conocer a uno que se acerca a vuestro Maestro? Vosotros sois mis amigos y compartís conmigo el alimento, el descanso y las fatigas. Hasta mi casa os he abierto, la casa de mi Madre santa. Os llevo a mi casa para que el aura que en ella suavemente sopla os haga capaces de comprender el Cielo con sus voces y mandatos. Os llevo a mi casa como un médico lleva a sus enfermos, poco antes resurgidos de una serie de enfermedades, a fuentes saludables que los fortalezcan venciendo los restos de las enfermedades que siempre pueden hacerse de nuevo nocivas. Por tanto, no tenéis desconocimiento de ninguno de los que se acercan a mí».

«¿En qué ciudad le has visto?».

«¡Pedro, Pedro!».

«Es verdad, Maestro, soy peor que una mujer chismosa. Perdóname. Pero es el amor, ya sabes...».

«Ya sé. Y por esto te digo que no siento aversión por este defecto tuyo. Pero, quítatelo también».

«Sí, Señor mío».

[3]El sendero, encajonado entre una hilera de árboles y una pequeña acequia, se estrecha, y el grupo se hace más lineal. Jesús va hablando precisamente con Judas Iscariote, al cual da indicaciones para las compras y las limosnas. Detrás, de dos en dos, van los otros. En la cola, solo, Pedro. Piensa. Camina cabizbajo, tan recogido en sus pensamientos, que ni siquiera se da cuenta de que se va quedando distanciado de los otros. 503.3

«¡Eh, tú, hombre!» se dirige a él uno que pasa a caballo. «¿Estás con el Nazareno?».

«Sí. ¿Por qué?».

«¿Vais a Jericó?».

«¿Te preocupa saberlo? Yo no sé nada. Sigo al Maestro y no pregunto nada. Dondequiera que vaya, bien hecho está. El camino es el de Jericó, pero no hay que descartar que regresáramos a la Decápolis. ¡Quién sabe! Si quieres saber más, allí está el Maestro».

El hombre espolea y Pedro le hace detrás una mueca curiosa y

barbota: «No me fío, mi señorote. ¡Sois todos una masa de perros! No quiero ser yo el traidor. Me juro a mí mismo: "Esta boca quedará sigilada". Esto es» y hace una señal en sus labios como si los cerrara con candado.

El hombre que va a caballo ya ha llegado donde Jesús. Le pregunta. Ello da la manera a Pedro de alcanzar a los otros.

Cuando el hombre se marcha, hace un gesto de saludo a Judas Iscariote. Ninguno lo advierte, menos Pedro, que viene el último, y que parece no aplaudir ese saludo. Toma a Judas de una manga y le pregunta: «¿Quién es? ¿Le conoces? ¿Y por qué?».

«De vista. Es un rico de Jerusalén».

«Tienes amistades encumbradas tú, ¿eh? Bien... si es que es bien. Pero... dime: ¿es ese cara de zorra el que te dice tantas cosas?...».

«¿Qué cosas?».

«¡Hombre, pues las que dices que sabes sobre el Maestro!».

«¿Yo?».

«Sí. Tú. ¿No te acuerdas de aquel atardecer de agua y barro, * cuando la crecida?».

«¡Ah! No, no. ¿Pero piensas todavía en unas palabras dichas en un momento de malhumor?».

«Yo pienso en todo lo que puede perjudicar a Jesús: cosas, personas, amigos, enemigos... Y siempre estoy dispuesto a mantener las promesas que hago a quien quiera perjudicar a Jesús. Adiós».

Judas le mira de forma curiosa mientras se marcha. En su mirada hay estupor, dolor, enojo, y diría incluso más: hay odio.

503.4 [4]Pedro llega donde Jesús y le llama.

«¡Oh! ¡Pedro! ¡Ven!». Jesús le pone un brazo en los hombros.

«¿Quién era ese híspido judío?».

«¿Híspido, Pedro? ¡Si estaba todo liso y perfumado!».

«Tenía híspida la conciencia. Desconfía, Jesús».

«Te he dicho que no es todavía mi tiempo. Y cuando ese tiempo llegue, ninguna desconfianza me salvará... si es que quisiese salvarme. Si Yo quisiera salvarme, hasta las piedras gritarían y me formarían una cadena en torno».

«Será así... Pero, desconfía... ¡Maestro!».

«¿Pedro? ¿Que te sucede?».

«Maestro... tengo una cosa que decirte y un peso en el corazón».

«¿Una cosa? ¿Un peso?».

«Sí. El peso es un pecado. La cosa es un consejo».

«Empieza por el pecado».

---

* *aquel atardecer...*, en 481.5/7.

«Maestro... yo... yo odio... yo siento repulsa, eso es, si es que no es odio —porque Tú no quieres que haya odios—, por uno de nosotros. Me da la impresión de estar cerca de una hura de donde sale hedor de serpientes en celo... y temo que salgan para dañarte. Ese hombre es una madriguera de serpientes y él mismo está en celo con el demonio».

«¿Cómo lo deduces?».

«Bueno, pues... No sé. Soy rudo e ignorante, pero tonto no soy. Estoy acostumbrado a leer en los vientos y en las nubes... y me ha venido ojo también para los corazones. Jesús... tengo miedo».

«No juzgues, Pedro. Y no sospeches. La sospecha crea quimeras. Se ve lo que no existe».

«Dios eterno quiera que no haya nada. Pero yo no estoy seguro».

«¿Quién es, Pedro?».

«Judas de Keriot. Se jacta de tener amistades encumbradas. Incluso hace poco ese mala facha le ha saludado como se saluda a uno bien conocido. Antes no las tenía».

«Judas es el que recibe y reparte. Tiene posibilidades de tratar con los ricos. Es hábil».

«¡Ya! *Es hábil*... Maestro, dime la verdad, ¿Tú no sospechas?».

«Pedro, te quiero entrañablemente por tu corazón. Pero quiero que seas perfecto, y perfecto no es el que no obedece. Te he dicho: no juzgues y no sospeches».

«Sí pero no me dices...».

«Dentro de poco estaremos cerca de Jericó y nos pararemos a esperar a una mujer que no puede recibirnos en su casa...».

«¿Por qué? ¿Es una pecadora?».

«No. Es una desdichada. Ese hombre a caballo que tanto fastidio te ha dado ha venido a decirme que la espere. Y la voy a esperar, aunque sé que nada puedo hacer por ella. ¿Y sabes quién ha puesto sobre mis pasos a la mujer y a ese hombre? Judas. Como ves, por motivo honesto conoce a ese judío».

Pedro agacha la cabeza y calla, confuso. Quizás no convencido y curioso todavía. Pero calla.

503.5 [5]Jesús se detiene fuera de los muros de la ciudad, y, cansado, se sienta a la sombra fresca de un sotillo que da sombra a una fuente cabe la cual hay cuadrúpedos abrevándose. Los discípulos se sientan, también esperando. Debe ser una parte muy secundaria de la ciudad, porque, aparte de estos caballos y asnos, sin duda de mercaderes en viaje, no hay gente.

Viene una mujer, toda arropada en un manto oscuro y con el rostro muy cubierto. El velo, tupido y oscuro, baja hasta la mitad de la

cara. Viene con ella el hombre de antes, ahora a pie, y otros tres hombres pomposamente vestidos.

«Te saludamos, Maestro».

«Paz a vosotros».

«Ésta es la mujer. Escúchala y concédele lo que desea».

«Si puedo».

«Tú puedes todo».

«¿Lo crees, saduceo?». El saduceo es el que iba a caballo.

«Creo en lo que veo».

«¿Y has visto que puedo?».

«Lo he visto».

«¿Y sabes por qué puedo?». Silencio. «¿Puedo saber cómo juzgas que puedo?». Silencio.

Jesús deja de ocuparse de él y de los otros. Habla a la mujer: «¿Qué quieres?».

«Maestro... Maestro...».

«Habla, pues, sin temor».

La mujer mira oblicuamente a sus acompañadores, los cuales lo interpretan a su manera.

«Esta mujer tiene a su marido enfermo y te pide su curación. Es persona influyente, de la corte de Herodes. Te conviene concederle lo que te pide».

«No por ser influyente, sino por su infelicidad, se lo concederé si puedo. Ya lo he dicho. ¿Qué le pasa a tu marido? ¿Por qué no ha venido? ¿Por qué no quieres que yo vaya a verle?».

Nuevo silencio y nueva mirada oblicua.

503.6 «¿Quieres hablarme sin testigos? Ven». [6]Se separan unos pasos. «Habla».

«Maestro... yo creo en ti. Creo tanto, que estoy segura de que sabes todo sobre él, sobre mí, sobre nuestra desgraciada vida... Pero él no cree... Y te odia... Y él...».

«Y él no *puede* sanar porque no tiene fe. No sólo no tiene fe en mí, es que tampoco tiene fe en el Dios verdadero».

«¡Ah! ¡Tú sabes!». La mujer llora desesperadamente. «¡Es un infierno mi casa! ¡Un infierno! Tú liberas a los poseídos. Sabes, por tanto, lo que es el demonio. ¿Pero a este demonio sutil, inteligente, falso e instruido, le conoces? ¿Sabes a qué perversiones conduce? ¿Sabes a qué pecados? ¿Sabes la destrucción que causa en torno a sí? ¿Mi casa? ¿Es una casa? No. Es el umbral del Infierno. ¿Mi marido? ¿Es mi marido? Ahora está enfermo y no se cuida de mí. Pero, incluso cuando estaba fuerte y deseoso de amor, ¿era un hombre el que me abrazaba, el que me tenía, el que me poseía? ¡No! Yo estaba entre

las espiras de un demonio, sentía el hálito y la baba de un demonio. Le he querido mucho, le quiero. Soy su mujer y me tomó la virginidad cuando yo era poco más que niña: tenía poco más de catorce años. Pero, aunque la hora me transportase a aquella *primera hora*, y con ella me recordase las sensaciones intactas del primer abrazo que me hizo mujer, yo, con la parte más elevada de mí lo primero y luego con la carne y la sangre, sentía repulsa, repulsa de horror, cuando me daba cuenta de que él estaba ensuciado de nigromancia. Me parecía que, no mi marido, sino los muertos que él invocaba estuvieran sobre mí, saciándose de mí... Y también ahora, ahora, con sólo mirarle, moribundo y todavía abismado en esa magia, siento repulsión. No le veo a él... veo a Satanás. ¡Oh, dolor mío! Ni siquiera en la muerte estaré con él, porque la Ley lo prohíbe. Sálvale, Maestro. Te pido que le cures para darle tiempo de curarse». La mujer llora angustiosamente.

«¡Pobre mujer! No, Yo *no puedo* curarle».

«¿Por qué, Señor?».

«Porque él no quiere».

«Sí. Tiene miedo de la muerte. Sí, sí que quiere».

«No quiere. No es un demente, no es un poseído que no conozca su estado y que no pida la liberación porque no tenga la facultad del pensamiento libre. No es uno que tenga impedida la voluntad. Es uno que *quiere* ser lo que es. Sabe que lo que hace está prohibido. Sabe que está maldecido por el Dios de Israel. Pero persiste. Aunque le curase —y empezaría por el alma— él volvería a su satánico disfrute. Su voluntad está corrompida. Es rebelde. No puedo».

[7]La mujer llora más fuerte. Se acercan los que la han acompañado. «¿No la complaces en lo que te pide, Maestro?». 503.7

«No puedo».

«¿No os lo había dicho? ¿Y las razones?».

* «Tú, saduceo, ¿las pides? Te remito al libro de los Reyes. Lee lo que dijo Samuel a Saúl y lo que dijo Elías a Ocozías. El espíritu del profeta recrimina al rey el haberle molestado llamándole del reino de los muertos. No es lícito hacerlo. Lee el Levítico, si es que ya no te acuerdas de la palabra de Dios, Creador y Señor de todo lo que existe, Tutor de la vida y de los que están en la muerte. Muertos y vivos están en las manos de Dios y no os es lícito arrancárselos de sus manos. Ni por vana curiosidad ni por sacrílega violencia ni por incredulidad maldita. ¿Qué queréis saber? ¿Si hay un futuro eterno? Y decís que creéis en Dios. Si Dios existe, tendrá una corte ¿no? ¿Y qué corte

* *Te remito al libro de los Reyes,* es decir: *1 Samuel 28, 15-19; 2 Reyes 1, 16. Lee el Levítico,* en *Levítico 19, 4.26.31; 20, 6.*

será, sino una corte eterna como Él, compuesta por espíritus eternos? Si decís que creéis en Dios, ¿por qué no creéis en su palabra? ¿No dice su palabra: "No practicaréis adivinación ni observaréis los sueños"? ¿No dice: "Si uno se dirige a los magos y a los adivinos y fornica con ellos, volveré contra él mi rostro y le exterminaré de en medio de su pueblo"? ¿No dice: "No os hagáis dioses de fundición"? ¿Y qué sois vosotros? ¿Samaritanos y perdidos, o sois hijos de Israel? ¿Y qué sois: hombres sin raciocinio o capaces de razonar? Y si, razonando, negáis la inmortalidad del alma, ¿por qué invocáis a los muertos? ¿Si no son inmortales esas partes incorpóreas que animan al hombre, qué otra cosa queda de un hombre después de la muerte? Podredumbre y huesos, blancos huesos emergentes de una gusanera. Y, si no creéis en Dios —tanto como que recurrís a ídolos y señales para obtener curación, dinero, oráculos, como ha hecho este cuya salud pedís—, ¿por qué sí os hacéis dioses de fundición y creéis que ellos os pueden decir palabras más verdaderas, más santas, más divinas que las que Dios os dice? Ahora Yo os doy la misma respuesta que diera Elías a Ocozías: "Por haber enviado mensajeros a consultar a Belcebú, dios de Acarón, como si no hubiera un Dios en Israel a quien poder consultar, por ello, no bajarás de la cama a que has subido, y ciertamente morirás en tu pecado"».

503.8 [8]«Siempre eres Tú el que insulta y nos ataca. Es una observación que te hago. Nosotros venimos hacia ti para...».

«Para hacerme caer en una trampa. Pero Yo os leo el corazón. ¡Quitaos la máscara, herodianos vendidos al enemigo de Israel! ¡Quitaos la máscara, fariseos falsos y crueles! ¡Quitaos la máscara, saduceos, verdaderos samaritanos! ¡Quitaos la máscara, escribas de palabra contraria a las obras! ¡Quitaos la máscara, todos vosotros violadores de la Ley de Dios, enemigos de la Verdad, cuyos del Mal! ¡Quitáosla, profanadores de la Casa de Dios! ¡Quitáosla, agitadores de las conciencias débiles! ¡Quitaos la máscara, chacales que oléis la víctima en el viento que la ha tocado y seguís esa pista y aguaitáis, esperando la hora propicia para matar, y os relaméis los labios ante aquel cuya sangre anticipadamente saboreáis, y soñáis que llegue esa hora!... ¡Oh, chalanes y fornicadores, que vendéis por mucho menos de un puñado de lentejas vuestra primogenitura entre los pueblos! Ya no tendréis bendición, porque otros pueblos se vestirán con la zalea del Cordero de Dios, y verdaderos Cristos serán a los ojos del Altísimo, quien, sintiendo emanar de ellos la fragancia de su Cristo, dirá: "¡Éste es el olor de mi Hijo! Semejante al olor de un florido campo bendecido por Dios. Para vosotros el rocío del Cielo: la Gracia. En vosotros, la copiosidad de la Tierra (los frutos de mi Sangre). En vosotros, abundancia

de trigo y de vino (mi Cuerpo y mi Sangre, que daré a los hombres para vida y para recuerdo de mí). Que os sirvan los pueblos y ante vosotros se inclinen las gentes, porque donde esté el signo de mi Cordero estará el Cielo. Y la Tierra está subordinada al Cielo. Dominad a vuestros hermanos, porque los seguidores de mi Cristo serán los reyes del espíritu, teniendo como tienen la Luz, y a esta Luz los otros volverán la mirada esperando en su auxilio. Se inclinen ante vosotros los hijos de vuestra madre: la Tierra. Sí, todos los hijos de la Tierra se inclinarán un día ante mi Signo. Maldito quien os maldice y bendito quien os bendice, porque tanto la bendición como la maldición que recae sobre vosotros a mí viene, a mí, Padre y Dios vuestro". Esto dirá. Esto, fornicadores que pudiendo tener como amada esposa del alma la verdadera fe fornicáis con Satanás y con sus falsas doctrinas. Esto es lo que dirá, asesinos, asesinos de conciencias y asesinos de cuerpos. Aquí hay víctimas vuestras. Y, si bien dos corazones son asesinados, un Cuerpo lo tendréis sólo durante el tiempo de Jonás. Y luego ese Cuerpo, unido a su inmortal Esencia, os juzgará».

Jesús se muestra terrible en esta invectiva. ¡Terrible! Creo que más o menos se mostrará así en el Último Día.

503.9 [9]«¿Y dónde están estos asesinados? ¡Tú deliras! ¡Tú eres un cuyo de Belcebú! Tú fornicas con él y en su nombre obras milagros. Y en nuestro caso no puedes porque tenemos la amistad de Dios».

«Satanás no se expulsa a sí mismo. Yo expulso los demonios. ¿En nombre de quién, entonces?». Silencio. «¡Responded!».

«Pero no merece la pena ocuparse de este endemoniado. Ya os lo había dicho. Vosotros no lo creíais. Oídlo de sus labios. Responde, Nazareno demente. ¿Conoces el siemanflorás?».

«¡No necesito conocerlo!».

«¿Oís? Una pregunta más: ¿No has estado en Egipto?».

«Sí».

«¿Lo veis? ¿Quién es el nigromante, el satanás? ¡Horror! Ven, mujer. Tu marido es santo respecto a éste. ¡Ven!... Necesitarás purificarte. ¡Has tocado a Satanás!...». Y se marchan con vivos gestos de repulsa y arrastrando a la mujer, que llora.

Jesús, con los brazos cruzados, los sigue con los relámpagos de sus miradas.

503.10 [10]«Maestro... Maestro...». Los apóstoles están aterrorizados, por la violencia de Jesús y por las palabras de los judíos.

Pedro pregunta (incluso un poco agachado al decirlo): «¿Qué han querido decir con esas últimas preguntas? ¿Qué es esa cosa?».

«¿Qué? ¿El siemanflorás?» (¡Eso! ¿Qué chisme es ése?).

«Sí. ¿Qué es?».

«No pienses en ello. Confunden la Verdad con la Mentira, a Dios con Satanás, y en su soberbia satánica piensan que haya que conjurar a Dios con su tetragama, para que condescienda con los deseos humanos. El Hijo habla con el Padre el lenguaje verdadero, y con él, por amor recíproco de Padre e Hijo, se cumplen los milagros».

«¿Pero por qué te ha preguntado si has estado en Egipto?».

«Porque el Mal se sirve de las cosas más inocuas para sacar de ellas acusaciones contra aquel a quien desea asestar el golpe. Mi estancia infantil en tierra de Egipto estará entre las imputaciones en su hora de venganza. Sabed, vosotros y los futuros, que con el astuto Satanás y sus fieles servidores hay que tener doble astucia. Por esto he dicho: "Sed astutos como serpientes, además de sencillos como palomas". Esto es para poner el mínimo de armas en manos de los demonios. Y, de todas formas, no sirve. Vamos».

«¿A dónde, Maestro? ¿A Jericó?».

«No. Tomaremos una barca y pasaremos de nuevo a la Decápolis. Remontaremos el Jordán hasta la altura de Enón y luego bajaremos a tierra. Después, en las riberas de Genesaret, tomaremos otra barca y pasaremos a Tiberíades, y de allí a Caná y a Nazaret. Tengo necesidad de mi Madre. Y también vosotros. Lo que el Cristo no hace con su Palabra lo hace María con su silencio. Lo que no hace mi poder lo hace su pureza. ¡Oh, Madre mía!».

«¿Estás llorando, Maestro? ¿Estás llorando? ¡Oh, no! ¡Nosotros te defenderemos! ¡Nosotros te queremos!».

«No lloro ni temo por los que me aborrecen. Lloro porque los corazones son más duros que el diaspro y nada *puedo* en muchos de ellos. Venid, amigos».

Y bajan a la orilla y en la barca de uno remontan el río. Todo termina así.

503.11 [11]Dice Jesús:

«Tú y quien te guía meditad mucho mi respuesta a Pedro.

El mundo —y por mundo entiendo no sólo los laicos— niega lo sobrenatural, y, luego, ante las manifestaciones de Dios, está dispuesto a sacar a colación no lo sobrenatural sino lo oculto. Confunden una cosa con la otra. Ahora escuchad: sobrenatural es lo que de Dios viene. Oculto es lo que viene de fuente extraterrena pero no tiene raíz en Dios.

En verdad os digo que los espíritus pueden venir a vosotros. ¿Pero cómo? En dos modos. Por mandato de Dios o por violencia del hombre. Por mandato de Dios vienen ángeles y beatos y espíritus que ya están en la luz de Dios. Por violencia del hombre pueden ve-

nir espíritus sobre los cuales un hombre puede tener mando, por estar sumergidos en regiones más bajas que las humanas, donde todavía hay un recuerdo de Gracia, si ya no hay Gracia activa. Los primeros van espontáneamente, obedeciendo a una sola autoridad: la mía. Y consigo llevan la verdad que quiero que conozcáis. Los otros van por un complejo de fuerzas unificadas: fuerzas del hombre idólatra con fuerzas de Satanás-ídolo. ¿Pueden daros la verdad? No. *Jamás. Jamás en términos absolutos.* ¿Puede una fórmula, incluso habiendo sido enseñada por Satanás, doblegar a Dios a la voluntad del hombre? *No. Dios viene siempre de forma espontánea.* Una oración os puede unir a Él, no una fórmula mágica.

Y si alguno objeta: "Samuel se apareció a Saúl", Yo digo: "No por mérito de la maga, sino por voluntad mía, con la finalidad de hacer reaccionar al rey, rebelde a mi Ley". Algunos dirán: "¿Y los profetas?". Los profetas hablan por conocimiento de la Verdad, que se les infunde o directamente o por ministerio angélico. Otros objetarán: * "¿Y la mano que escribió en el banquete del rey Baltasar?". Lean éstos la respuesta de Daniel: "...tú también te has engreído contra el Dominador del Cielo... celebrando a los dioses de plata, bronce, hierro, oro, madera, piedra, los cuales no ven ni oyen ni conocen, y no has glorificado al Dios en cuyas manos están todos tus respiros y movimientos. Por ello, Él ha mandado el dedo —*espontáneamente mandado*, mientras que tú, rey necio y necio hombre, no pensabas en ello y te preocupabas de llenar tu vientre y engreírte la mente— de esa mano que ha escrito lo que ahí se encuentra".

Sí. Alguna vez Dios os llama con manifestaciones que vosotros consideráis de un médium, y que son en realidad manifestaciones de piedad de un Amor que quiere salvaros. Pero no debéis querer crearlas vosotros. Las que creáis no son nunca sinceras, no son nunca útiles, nunca traen un bien. No os hagáis esclavos de lo que os destruye. No queráis consideraros y creeros más inteligentes que los humildes, que se doblegan ante la Verdad depositada desde hace siglos en mi Iglesia, por el solo hecho de que sois unos soberbios que buscáis en la desobediencia permisos para vuestros ilícitos instintos. Volved a la Disciplina varias veces secular y permaneced en ella: desde Moisés hasta Cristo, desde Cristo a vosotros, desde vosotros al último día, *es ésa y no otra.*

¿Es ciencia esta vuestra? No. La ciencia está en mí y en mi doctrina, y la sabiduría del hombre está en obedecerme. ¿Es curiosidad sin peligro? No. Es contagio cuyas consecuencias sufrís luego. Fuera Sa-

---

* *la mano que escribió... la respuesta de Daniel...*, en *Daniel 5.*

tanás si queréis tener a Cristo. Soy el Bueno y no desciendo a convivencia con el Espíritu del Mal. *O Yo o él. Elegid.*

503.12 [12]¡Oh "portavoz" mío, di esto a quien hay que decírselo! Es la última voz que se les dirige. Y tú y quien te dirige sed cautos. Las pruebas se transforman en pruebas contrarias en manos del Enemigo y de los enemigos de mis amigos. ¡Tened cuidado! Id con mi paz».

504. Margziam preparado para la separación. Regreso a la aldea de Salomón y muerte de Ananías.

26 de septiembre de 1946.

504.1 [1]«Levantaos. Nos marchamos. Vamos de nuevo al río. Buscamos una barca. Ve tú, Pedro, con Santiago. Una barca que nos lleve hasta las cercanías de Betabara. Estaremos un día donde Salomón y luego...».

«¿Pero no íbamos a Nazaret?».

«No. Por la noche he decidido. Lo siento por vosotros. Debo volver para atrás».

«¡Qué alegría!» exclama Margziam. «¡Estaré más tiempo contigo!».

«Sí, aunque, pobre niño, a mi lado ves días muy tristes».

«Pues precisamente por eso deseo quedarme contigo. Para darte amor. Es lo único que quiero. No pido nada más».

Jesús le besa en la frente.

«¿Y vamos a pasar otra vez por Betabara?» pregunta Mateo.

«No. Atravesamos el río con la barca de algún pescador».

504.2 [2]Regresan Pedro y Santiago. «Ninguna barca, Maestro, hasta el atardecer... Y... ¿debo decirlo?».

«Dilo».

«Y han pasado por aquí algunos... Deben haber pagado bien o amenazado fuertemente... No creo que encuentres barca tampoco al atardecer... Son unos despiadados...». Pedro suspira.

«No importa. Vamos a ponernos en camino... y el Señor nos ayudará».

La época del año es mala. Llueve. Hay fango. El camino está lodoso. En la orilla, la lluvia se suma al rocío de la noche, abundante a lo largo del río; pero, de todas formas, van por el estrecho realce que orilla el camino, menos fangoso y menos expuesto —debido a una hilera de chopos que protegen mucho— al estilicidio de la lluvia, diminuta pero continua; menos expuesto cuando un soplo de viento no hace caer de golpe todas las gotas de agua retenidas entre las ramas.

«¡Bueno, ya es su tiempo!» dice filosóficamente Tomás, recogiéndose la túnica.

«¡Es su tiempo!» confirma Bartolome, y suspira.

«Ya nos secaremos en algún lugar. No estarán todos... irritados contra nosotros» dice Pedro.

«Y podremos encontrar una barca... ¡No es seguro que no!» añade Santiago de Alfeo.

«Si tuviéramos mucho dinero se encontraría todo. ¡Pero no quiso que fuera a vender a Jericó!» dice Judas de Keriot.

«¡Calla! Te lo ruego. El Maestro está muy afligido. ¡Calla!» suplica Juan.

«Callo. Es más, no hago más que alegrarme de su indicación. Así no se puede decir que yo haya mandado a esos saduceos de cerca de Jericó» y mira a Pedro. Pero Pedro está absorto y no ve ni responde.

Caminan, caminan bajo la lluvia menuda, fina como niebla, en este día grisáceo. De vez en cuando hablan entre sí. Pero las palabras que dicen parecen tanto conclusiones de un diálogo con un invisible interlocutor, que parece como si hablaran consigo mismos.

«Al final tendremos que pararnos en algún lugar».

«Todos los lugares son iguales, porque a todos vienen *ellos*».

«Persecución por persecución, lo mejor es estar en una ciudad: al menos uno no se moja».

«¿Pero a dónde quieren llegar?».

«¡Pobre María! ¡Si supiera!».

«¡Dios Altísimo, protege a tus siervos!», etcétera... Luego se juntan y debaten en voz baja.

Jesús va delante, solo... ¡Solo! Hasta que llegan Margziam y el Zelote.

«Los otros han bajado al guijarral. Para ver si hay barca... Tardaríamos menos. ¿Nos quieres contigo?».

«Venid. ¿De qué hablabais antes?».

«De lo que sufres Tú».

«Y del odio de los hombres. ¿Qué podemos hacer para aliviarte y para frenar el odio?» pregunta el Zelote.

«Para mi dolor está vuestro amor... Para el odio... no hay más remedio que soportarlo... Es una cosa que termina con la vida de la Tierra... y este pensamiento da paciencia y fortaleza mientras se soporta. [3]¡Margziam! ¡Niño! ¿Por qué estás turbado?». 504.3

«Porque esto me recuerda a Doras...».

«Tienes razón. Ya es tiempo de que te mande otra vez a casa...».

«¡No! ¡Jesús! ¡No! ¿Por qué quieres castigarme por un mal que no he hecho?».

«No es castigar. Es preservar... No quiero que recuerdes a Doras. ¿Qué se alza en ti tras este recuerdo? Responde...».

Margziam llora con la cabeza agachada, luego levanta la cara y dice: «Tienes razón. Mi espíritu no es capaz de ver y perdonar, no es todavía capaz. Pero ¿por qué me alejas de ti? Si sufres, con mayor razón debo estar a tu lado. ¡Tú también me has consolado siempre! Ya no soy ese niño necio que el año pasado te decía: "No me dejes ver tu dolor". Soy ahora un verdadero hombre. ¡Deja que me quede! ¡Señor! ¡Díselo tú, Simón!».

«El Maestro sabe lo que es bueno para nosotros. Y quizás... quiere darte algún encargo... No sé... Estoy diciendo lo que pienso...».

«Es como has dicho. Le habría tenido conmigo, con gran satisfacción, hasta después incluso de las Encenias. Pero... mi Madre está sola allá arriba. El ruido que produce el odio es muy fuerte. Podría temer más de lo necesario. Mi Madre está sola. Y seguro que llora. Irás donde Ella, le llevarás mi saludo y le dirás que la espero para después de las Encenias. Y no digas nada más, Margziam».

«¿Pero si me pregunta?».

«Puedes no mentir diciendo... que la vida de su Jesús está como este cielo de Etanim. Nubes y lluvia, alguna vez borrasca. Pero no faltan los días de sol. Como ayer, como quizás mañana. Callar no es mentir. Háblale de los milagros que has visto. Dile que Elisa está conmigo, que Ananías me ha acogido como un padre. Que en Nob estoy en casa de un buen israelita. Lo demás... sobre lo demás esté el
504.4 silencio. [4]Y luego irás a estar con Porfiria. Y estarás allí hasta que Yo te llame».

Margziam llora más fuerte.

«¿Por qué lloras así? ¿No estás contento de ir donde María? Ayer lo estabas...» dice Simón.

«Ayer sí. Porque íbamos todos. Y además lloro porque tengo miedo de no volver a verte...¡Oh, Señor, Señor! ¡Ya nunca veré días tan felices como lo han sido estos días!».

«Nos veremos todavía, Margziam. Te lo prometo».

«¿Cuándo? No antes de la Pascua. ¡Es mucho tiempo!». Jesús calla. «¿Verdaderamente no me quieres contigo antes de Pascua?».

Jesús le pone un brazo en los hombros todavía gráciles y le arrima a sí. «¿Por qué quieres saber el futuro? Hoy estamos aquí. Mañana ya no estamos. El hombre —ni el más rico y poderoso— no puede añadir un día a su vida. La vida, y todo el futuro, está en las manos de Dios...».

«Pero para Pascua *debo* ir al Templo. Soy israelita. ¡Tú no puedes hacerme pecar!».

«No pecarás. Y el primer pecado que me debes prometer que no harás nunca es el de la desobediencia. Obedecerás. Siempre. A mí ahora, a quien te hable en mi Nombre después. ¿Lo prometes? Recuerda que Yo, tu Maestro y Dios, he obedecido a mi Padre y obedeceré hasta el... fin de mi tiempo». Jesús se muestra solemne al decir estas últimas palabras.

Margziam, casi hechizado, dice: «Obedeceré. Lo juro. Ante ti y ante el Dios eterno».

Un momento de silencio. Luego el Zelote pregunta: «¿Sube solo?».

«No, por supuesto. Con unos discípulos. Encontraremos otros además de Isaac».

«¿Mandas a Galilea también a Isaac?».

«Sí. Regresará con mi Madre».

[5]Llaman desde el río. Los tres se mueven, cruzan el camino, van 504.5
hacia el agua.

«Mira, Maestro. Hemos encontrado. Y no quieren nada. Son parientes de uno al que has hecho un milagro. Pero llevan arena a aquel pueblo. Hay que ir hasta allí a pie. Luego nos toman».

«Que Dios se lo pague. Estaremos al atardecer en casa de Ananías».

Pedro, contento, sube hacia el camino y ve la cara turbada de Margziam. «¿Qué te pasa? ¿Qué ha hecho?».

«Nada malo, Simón. Le he dicho que, cuando llegue al primer sitio donde encuentre discípulos, le voy a mandar a casa. Se ha entristecido por este motivo».

«A casa... Pues es justo... Esta época del año...». Pedro piensa. Luego mira a Jesús y le tira de la manga, haciéndole agacharse hasta la altura de su boca. Le habla al oído: «Maestro, ¿pero por qué le mandas sin esperar?...».

«Por la época del año, lo has dicho».

«¿Y además?».

«Simón, no quiero encubrirte la realidad. Y además... porque es bueno que Margziam no se envenene el corazón...».

«Tienes razón, Maestro. Envenenarse el corazón... ¡Sí!, es justamente eso lo que acaba sucediendo». Alza el tono de voz: «El Maestro tiene toda la razón. Irás y... nos veremos en Pascua. En fin... llega pronto... Pasado Kisléu... En breve tiempo llega el bonito Nisán. ¡Sí, cierto! Tiene razón...». La voz de Pedro se hace menos segura. Repite lentamente y con tristeza: «Tiene razón...» y, hablándose a sí mismo: «¿Qué habrá sucedido de aquí a Nisán?». Se da con la mano en la frente (es un gesto desconsolado).

[6]Y caminan, caminan en esta húmeda jornada. No llueve ya has- 504.6

ta que, enfangados hasta las rodillas, montan en cinco pequeñas barcas húmedas y arenosas que bajan de nuevo siguiendo la corriente. Entonces se echa otra vez a llover, y, golpeando la lluvia contra el agua calma del río, que refleja el cielo de nubes cenicientas, dibuja en él muchos círculos que se hacen y deshacen continuamente, formando un juego de tornasoles anacarados.

Parece un paisaje desierto. En las márgenes, en los minúsculos lugares fluviales, no se ve alma viva. La lluvia cierra la casas y hace desiertas las calles. De modo que, cuando con el primer albor echan pie a tierra donde la aldea de Salomón, encuentran silenciosa y vacía la calle, y llegan a la casa sin ser vistos por nadie.

Golpean en la puerta. Llaman. Nada. Sólo zureo de palomas, balidos de ovejas, ruido de lluvia. «No hay nadie. ¿Qué hacemos?».

«Id a las casas del pueblo. Primero a la del pequeño Micael» ordena Jesús.

Y, mientras los apóstoles más jóvenes se marchan ágiles, Jesús y los más ancianos se quedan junto a la casa y observan y comentan.

«Todo cerrado... Incluso la cancilla, bien atada y asegurada. ¡Mira! Incluso hay un clavo grueso. Y las ventanas cerradas como para la noche. ¡Qué tristeza! ¿Y esa quejumbre de ovejas y palomas? ¿Estará enfermo? ¿Qué piensas, Maestro?».

Jesús menea la cabeza. Está cansado y triste...

504.7 [7]Vuelven corriendo los apóstoles. Andrés es el primero en llegar, y grita, todavía unos metros antes: «Ha muerto... Ananías ha muerto... No se puede entrar en la casa porque todavía no está purificada... Desde hace pocas horas está en el sepulcro. Si hubiéramos podido venir ayer... Ahora viene la mujer, la madre de Micael».

«¡¿Pero qué nos persigue?!» dice Bartolomé.

«¡Pobre anciano! ¡Se sentía tan feliz! ¡Estaba tan bien! ¿Pero cómo ha sido? ¿Cuándo se ha puesto enfermo?». Hablan todos al mismo tiempo.

Llega la mujer, la cual, quedándose a una cierta distancia de todos, dice: «Señor, la paz sea contigo. Mi casa está abierta para ti. Pero... no sé si... Yo preparé al muerto. Por eso me mantengo a distancia de ti. Pero te puedo indicar las casas que te recibirán».

«Sí, mujer. Dios te lo pague, y contigo a quien usa piedad con los viandantes. Pero ¿cómo murió el hombre?».

«No sé. No enfermó. Anteayer estaba bien. Sí, seguro. Estaba bien. Micael había venido por la mañana por las dos ovejas para agregarlas a las nuestras. Estaba acordado. Y yo le había llevado a la hora sexta ropa que le había lavado. Estaba sentado a la mesa y comía, completamente sano. Al atardecer, Micael había llevado de

nuevo las ovejas. Le había sacado dos ánforas de agua. Y Ananías le regaló dos tortitas que se había hecho para sí. Ayer por la mañana mi hijo vino, para sacar a las ovejas. Estaba cerrado todo, como ahora, y nadie respondió a los gritos del niño. Él empujó la cancilla, pero no logró abrirla. Estaba bien cerrada. Entonces Micael se asustó y vino a mí corriendo. Yo y mi marido acudimos rápidamente, y con nosotros otros. Abrimos la cancilla, llamamos a la cocina... forzamos la puerta... Estaba todavía sentado junto al hogar, con la cabeza reclinada en la mesa, la lámpara todavía cercana, pero apagada como él; a los pies un cuchillo pequeño y una escudilla de madera medio tallada... La muerte le sorprendió así... Sonreía... Estaba en paz... ¡Oh, qué aspecto de justo había tomado su cara! Parecía hasta más guapo... Yo... Hacía poco que me ocupaba de él. Pero le había tomado afecto... y lloro...».

«Ananías está en paz. Tú misma lo has dicho. ¡No llores! ¿Dónde le habéis puesto?».

«Sabíamos que le querías mucho, y entonces le hemos puesto en el sepulcro que Leví se había hecho hacía poco. El único... porque Leví es rico. Nosotros no somos ricos. Allí, al final, al otro lado del camino. Ahora, si quieres, purificamos todo y...».

«Sí. Tomas las ovejas y las palomas. El resto conservadlo para mí y los míos. Que Yo pueda venir alguna vez. Que Dios te bendiga, mujer. [8]Vamos al sepulcro». 504.8

«¿Le vas a resucitar?» pregunta asombrado Tomás.

«No. Para él no significaría alegría; donde está es muy feliz. Además, él lo deseaba...». Pero a Jesús se le ve muy abatido. Parece que todo se une para aumentar su tristeza. En las puertas de las casas, mujeres miran y saludan, y comentan.

Pronto llegan: es un pequeño exaedro contruido recientemente. Jesús ora cerca del sepulcro. Luego se vuelve, con humedad de llanto en los ojos, y dice: «Vamos... A las casas del pueblo. En nuestra casita ya no está quien nos esperaba para bendecirnos... ¡Padre mío! La soledad envuelve al Hijo tuyo, el vacío se hace cada vez más grande y más fosco. Los que me aman se marchan, y quedan los que me odian... ¡Padre mío, siempre se haga y sea bendecida tu Voluntad!...».

Vuelven hacia el pueblo. Dos aquí tres allá... entran en las casas de los que no han tocado al muerto, en busca de amparo y de nuevas fuerzas.

505. En el Templo, una gracia obtenida con la oración incesante y la parábola del juez y la viuda.

27 de septiembre de 1946.

505.1 [1]Jesús está de nuevo en Jerusalén. Una ventosa y grísea Jerusalén invernal. Margziam está todavía con Jesús, y lo mismo Isaac. Hablando, se dirigen al Templo.

Con los doce —hablando con el Zelote más que con los otros, y con Tomás— están José y Nicodemo, que luego se separan, pasan adelante y saludan a Jesús sin detenerse.

«No quieren hacer resaltar su amistad con el Maestro. ¡Es peligroso!» susurra Judas Iscariote a Andrés.

«Yo creo que lo hacen por un pensamiento justo, no por vileza» los defiende Andrés.

«Además, no son discípulos y pueden hacerlo. *Nunca lo han sido*» dice el Zelote.

«¡¿No?!» Me parecía...».

«Ni siquiera Lázaro es discípulo, y tampoco...».

«Pero si excluyes y excluyes, ¿quién queda?».

«¿Quién? Los que tienen la misión de discípulos».

«¿Y los otros, entonces, qué son?».

«Amigos. Sólo amigos. ¿Dejan, acaso, sus casas, sus intereses, por seguir a Jesús?».

«No. Pero le escuchan con gusto y le ofrecen ayudas y...».

«¡Si es por eso, también los gentiles lo hacen entonces! Ya viste que en casa de Nique encontramos a personas que se ocuparon de Él. Y esas mujeres seguro que no son discípulas».

«¡No te acalores! Lo decía por decirlo. ¿Te interesa tanto que tus amigos no resulten discípulos? Deberías querer lo contrario, me parece».

«No me acaloro. Ni quiero nada. Tampoco que tú los perjudiques diciendo que son discípulos suyos».

«¿Pero a quién se lo voy a decir? Estoy siempre con vosotros...».

Simón Zelote le mira tan severamente que la risita se hiela en los labios de Judas, el cual considera oportuno cambiar de tema preguntando: «¿Qué querían hoy, que hablaban así con vosotros dos?».

«Han encontrado la casa para Nique. Hacia los huertos. Cerca de la Puerta. José conocía al propietario y sabía que con una buena ganancia habría vendido. Se lo comunicaremos a Nique».

«¡Qué ganas de tirar dinero!».

«Es suyo. Puede hacer de él lo que quiera. Quiere estar cerca del

* Maestro. Obedece con ello a la voluntad de su esposo y a su corazón».

«Sólo mi madre está lejos...» suspira Santiago de Alfeo.

«Y la mía» dice el otro Santiago.

«Pero por poco. ¿Has oído lo que ha dicho Jesús a Isaac y a Juan y a Matías?: "Cuando volváis en la neomenia de la luna de Sabat, venid con las discípulas, además de con mi Madre"».

«No sé por qué no quiere que Margziam vuelva con ellas. Le ha dicho: "Vendrás cuando te llame"».

«Quizás porque Porfiria no se quede sin ayuda... Si nadie pesca, arriba no se come. Como nosotros no vamos, debe ir Margziam. Está claro que no son suficientes la higuera, la colmena, los pocos olivos y las dos ovejas para mantener a una mujer, vestirla, procurarle de comer...» observa Andrés.

[2]Jesús, parado, apoyado en la muralla del Templo, los observa 505.2
mientras se acercan. Con Él están Pedro, Margziam y Judas de Alfeo. Unos pobrecillos se levantan de sus yacijas de piedra, colocadas en el camino que viene hacia el Templo —el que viene de Sión hacia el Moira, no el que de Ofel viene al Templo— y se acercan, quejumbrosos, a Jesús, a pedir una limosna. Ninguno pide curación. Jesús ordena a Judas que les dé unas monedas. Luego entra en el Templo.

No hay mucha gente. Pasada la gran afluencia de las fiestas, cesa la llegada de peregrinos. Sólo quien por serios intereses está obligado a venir a Jerusalén o quien vive en la misma ciudad sube al Templo. Por tanto, los patios y los pórticos, aun no estando desiertos, tienen mucha menos gente, y parecen más grandes, y más sagrados, al tener menos ruido. También —arrimados a las murallas por la parte del Sol, de un pálido Sol que se abre paso entre las nubes cenicientas— son menos numerosos los cambistas y los vendedores de palomas y otros animales.

Después de orar en el Patio de los Israelitas, Jesús vuelve atrás y se arrima a una columna. Observa... y es observado.

[3]Ve que vuelven, ciertamente del Patio de los Hebreos, un hombre 505.3
y una mujer que, aunque no lloren abiertamente, muestran un rostro más apenado que si lloraran. El hombre intenta consolar a la mujer, pero se ve que también él está muy acongojado.

Jesús se separa de la columna y va a su encuentro. «¿Qué os hace sufrir?» les pregunta con sentimiento de piedad.

El hombre le mira, asombrado por el interés. Quizás le parece incluso indelicado, pero la mirada de Jesús es tan dulce que le desarma. De todas formas, antes de expresar lo que constituye su dolor,

---

* *voluntad de su esposo,* recordada en 373.4.

pregunta: «¿Cómo es que un rabí se interesa de las penas de un simple fiel?».

«Porque este rabí es tu hermano, hombre; tu hermano en el Señor, y te ama como el mandamiento dice».

«¡Tu hermano! Soy un pobre labriego de la llanura de Sarón, hacia Dora. Tú eres un rabí».

«El dolor es para los rabíes como para todos. Sé lo que es el dolor y quisiera consolarte».

La mujer retira un momento su velo para mirar a Jesús y susurra a su marido: «Díselo. Quizás puede ayudarnos...».

505.4 [4]«Rabí, nosotros teníamos una hija. La tenemos. Por ahora la tenemos todavía... Y la hemos casado decorosamente con un joven que un común amigo nos garantizó como buen marido. Son esposos desde hace seis años, y de su desposorio han tenido dos hijos. Dos... porque después cesó el amor... Tanto que ahora el marido quiere el divorcio. Nuestra hija llora y se consume. Por eso hemos dicho que todavía la tenemos, porque dentro de poco morirá de dolor. Hemos intentado todo para convencer al hombre. Y hemos orado mucho al Altísimo... Pero ninguno de los dos nos ha escuchado... Hemos venido aquí en peregrinación por esto, y hemos estado aquí durante todo el curso de una luna. Todos los días al Templo; yo en mi lugar, la mujer en el suyo... Esta mañana un criado de mi hija nos ha traído la noticia de que el marido ha ido a Cesarea para mandarle a ella desde allí el libelo de divorcio. Y ésta es la respuesta que han tenido nuestras oraciones...».

«No hables así, Santiago» suplica la mujer en voz baja. Y termina: «El Rabí nos maldecirá como blasfemos... Y Dios nos castigará. Es nuestro dolor. Viene de Dios... Y, si ha descargado su mano sobre nosotros, es señal de que lo hemos merecido» termina con un sollozo.

«No, mujer. Yo no os maldigo. Y Dios no os va a castigar. Yo os lo digo. Como también os digo que no es Dios el que os da este dolor, sino el hombre. Dios lo permite para prueba vuestra y para prueba del marido de vuestra hija. No perdáis la fe y el Señor os escuchará».

«Es tarde. Nuestra hija ya ha sido repudiada y mancillada, y morirá...» dice el hombre.

«Nunca es tarde para el Altísimo. En un instante y por una oración que persiste puede cambiar el curso de los acontecimientos. Desde la copa a los labios la muerte tiene todavía tiempo de introducir su puñal e impedir que quien acercaba a sus labios el cáliz beba. Y ello por intervención de Dios. Yo os lo digo. Volved a vuestros lugares de oración y perseverad todavía hoy, mañana y pasado mañana, y, si sabéis tener fe, veréis el milagro».

«Rabí, Tú quieres consolarnos... pero en este momento... No se puede, y Tú lo sabes, anular el libelo una vez entregado a la repudiada» insiste el hombre.

«Ten fe, te digo. Es verdad que no se puede anular. ¿Pero sabes si tu hija lo ha recibido?».

«De Dora a Cesarea no es largo el camino. Mientras el siervo venía hasta aquí, seguro que Jacob ha vuelto a casa y ha echado a María».

«No es largo el trayecto. ¿Pero estás seguro de que lo ha recorrido? ¿Un acto de voluntad superior al hombre no puede haber detenido a un hombre, si Josué con la ayuda de Dios detuvo el Sol? ¿Vuestra oración insistente y confiada, hecha con buen fin, no es, acaso, un acto santo de voluntad opuesto a la mala aspiración del hombre? ¿Y Dios —puesto que le pedís una cosa buena a Él, vuestro Padre— no os ayudará deteniendo el camino del demente? ¿No os habrá ayudado ya quizás? Y, aunque el hombre se obstinara todavía en ir, ¿podría hacerlo si vosotros os obstináis en pedir al Padre una cosa justa? Os digo: id y orad hoy, mañana y pasado mañana, y veréis el milagro».

«¡Vamos, Santiago! El Rabí sabe. Si dice que vayamos a orar es señal de que sabe que es una cosa justa. Ten fe, esposo mío. Siento que surge en mí, donde tenía tanto dolor, una gran paz, una esperanza fuerte. Dios te lo pague, Rabí que eres bueno, y te escuche. Ruega también Tú por nosotros. Ven, Santiago, ven» y logra convencer a su marido, el cual la sigue después de saludar a Jesús con el habitual saludo hebreo de "la paz sea contigo", al que responde Jesús con la misma fórmula.

«¿Por qué no les has dicho quién eres? Habrían orado con más paz» dicen los apóstoles, y añade Felipe: «Voy a decírselo».

Pero Jesús le retiene diciendo: «No quiero. Efectivamente, habrían orado con paz, pero con menos valor y con menos mérito. Así su fe es perfecta y será premiada».

«¿De verdad?».

«¿Pensáis, acaso, que miento engañando a dos infelices?».

[5]Mira a la gente que se ha congregado, unas cien personas, y dice: 505.5

«Escuchad esta parábola, que os expresa el valor de la oración constante.

* Conocéis lo que dice el Deuteronomio sobre los jueces y magistrados. Deberían ser justos y misericordiosos, escuchando con ecuanimidad a quien a ellos recurriera, pensando siempre en juzgar como si el caso que deben juzgar fuera suyo personal, sin tener en cuenta

---

* *dice el Deuteronomio*, en *Deuteronomio 16, 18-20.*

donativos o amenazas, sin deferencia hacia los amigos culpables y sin dureza hacia aquellos que estuvieran enemistados con los amigos del juez. Pero, si son justas las palabras de la Ley, no son igualmente justos los hombres, ni saben obedecer a la Ley. Así, se ve que la justicia humana es frecuentemente imperfecta, porque raros son los jueces que saben conservarse puros de corrupción, misericordiosos, pacientes tanto con los ricos como con los pobres; tanto con las viudas y los huérfanos como con aquellos que no lo son.

En una ciudad había un juez muy indigno de su oficio, obtenido por medio de poderosos parentescos. Era sobremanera desigual al juzgar, propendiendo siempre a dar la razón al rico y al poderoso, o a quien tenía recomendación de ricos y poderosos; o hacia el que le comprase con grandes donativos. No temía a Dios y se burlaba de las quejas del pobre y del que era débil por estar sólo y carecer de fuertes defensas. Cuando no quería escuchar a quien tenía tan claras razones de victoria contra un rico, que no se le podía contradecir en manera alguna, él hacía que le alejaran de su presencia y le amenazaba con arrojarle a la cárcel. La mayoría sufrían sus violencias y se retiraban vencidos, resignados a la derrota aun antes de tramitar la causa.

Pero en aquella ciudad había también una viuda cargada de hijos. Debía recibir una fuerte suma de un hombre poderoso por unos trabajos que su difunto esposo había llevado a cabo para él. Ella, movida por la necesidad y el amor materno, había tratado de que el rico le diera esa suma que le habría permitido saciar el hambre de sus hijos y vestirlos durante el invierno que se acercaba. Pero, habiéndose hecho vanas todas las presiones y súplicas dirigidas al rico, fue al juez.

El juez era amigo del rico, el cual le había dicho: "Si me das la razón, un tercio de la suma es tuyo". Por tanto, se mostró sordo a las palabras de la viuda, que le rogaba: "Ríndeme justicia respecto a mi adversario. Tú ves que lo necesito. Todos pueden decir si tengo derecho a esa suma". Permaneció sordo y mandó a sus ayudantes que la alejaran de su presencia.

Pero la mujer volvió: una, dos, diez veces; por la mañana, a la hora sexta, a la hora nona, al atardecer... incansable. Y le seguía por la calle gritando: "Hazme justicia. Mis hijos tienen hambre y frío y no tengo dinero para comprar harina y vestidos". Allí estaba, en la puerta de la casa del juez cuando éste regresaba para sentarse a la mesa con sus hijos. Y el grito de la viuda —"hazme justicia con mi adversario, que tengo hambre y frío, yo y mis criaturas"— penetraba hasta dentro de la casa, hasta el comedor, hasta el dormitorio por la

noche, insistente como el grito de una upupa: "¡Hazme justicia, si no quieres que Dios te castigue! Hazme justicia. Recuerda que la viuda y los huérfanos son sagrados para Dios, y ¡ay de quien los pisotee! Hazme justicia si no quieres un día sufrir lo que nosotros sufrimos. ¡Nuestra hambre! Nuestro frío te lo encontrarás en la otra vida, si no haces justicia. ¡Pobre de ti!".

El juez no temía a Dios ni tampoco al prójimo. Pero estaba cansado de ser molestado siempre; de ver que era objeto de risas por parte de toda la ciudad por la persecución de la viuda, y también objeto de crítica. Por eso, un día se dijo a sí mismo: "Aunque no tema a Dios ni tema las amenazas de la mujer ni lo que piense la gente de la ciudad, a pesar de ello y para poner fin a tanta molestia, voy a escuchar a la viuda y le haré justicia obligando al rico a pagar. Me basta con que me deje de perseguir y se me quite de en medio". Y, convocado el amigo rico, dijo: "Amigo mío, no puedo seguir complaciéndote. Cumple con tu deber y paga, porque ya no soporto ser molestado por causa tuya. He dicho". Y el rico tuvo que desembolsar la suma según justicia.

[6]Ésta es la parábola. Ahora os toca a vosotros aplicarla. 505.6

Habéis oído las palabras de un hombre inicuo: "Para poner fin a tanta molestia voy a escuchar a la mujer". Y era un inicuo. ¿Y Dios, el Padre lleno de bondad, va a ser inferior al juez malo? ¿No hará justicia a aquellos hijos suyos que saben invocarle día y noche? ¿Les hará esperar tanto el don, que su alma abatida deje de orar? Os digo que prontamente les hará justicia, para que su alma no pierda la fe. Pero antes hay que saber orar, sin cansarse después de las primeras oraciones, y saber pedir cosas buenas. Y también fiarse de Dios diciendo: "Pero hágase lo que tu Sabiduría ve más útil para nosotros".

Tened fe. Sabed orar con fe en la oración y con fe en Dios vuestro Padre. Y Él os hará justicia contra lo que os oprime, sean hombres o demonios, sean enfermedades u otras desventuras. La oración perseverante abre el Cielo, y la fe salva al alma, cualquiera que sea el modo en que la oración sea escuchada y exaudida. Vamos».

Y se encamina hacia la salida. Ya está casi fuera de la muralla cuando, alzando la cabeza para observar a los pocos que le siguen y a los muchos indiferentes u hostiles que le miran de lejos, exclama con tristeza: «¿Pero cuando vuelva el Hijo del Hombre encontrará en la Tierra todavía fe?» y, suspirando, se ciñe más estrechamente su manto y camina a grandes pasos hacia el arrabal de Ofel.

506. En el Templo, oposición al discurso que revela que Jesús es la Luz del mundo.

28 de septiembre de 1946.

506.1 [1]Jesús está todavía en Jerusalén. No dentro de los patios del Templo. Está en una vasta estancia bien adornada, una de las tantas que hay, diseminadas, dentro del recinto amurallado, que es tan grande como un pueblo.

Ha entrado en ella hace poco. Todavía va andando al lado del que le ha invitado a entrar, quizás para protegerle del viento frío que sopla en el Moira; detrás de Él van los apóstoles y algunos discípulos. Digo "algunos" porque, además de Isaac y Margziam, está Jonatán y —mezclados entre la gente que también entra detrás del Maestro— aquel levita, Zacarías, que pocos días antes le había dicho que * quería ser su discípulo, y también otros dos que ya he visto con los discípulos, y cuyo nombre ignoro. Pero entre éstos, benévolos, no faltan los consabidos, los inevitables e inmutables fariseos. Se paran casi en la puerta, como si se hubieran encontrado allí por azar para discutir de negocios (¡entre tanto están ahí para oír!). Vivamente esperan los presentes la palabra del Señor.

Él mira a este grupo de distintas nacionalidades (es cosa visible; y no todas palestinas, aunque sí de religión hebraica). Mira a este grupo de personas, muchas de las cuales, quizás, mañana se esparcirán por las regiones de que provienen y llevarán a ellas su palabra diciendo: «Hemos oído al Hombre del que dicen que es nuestro Mesías». Y no les habla —a ellos que ya están instruidos en la Ley— de la Ley, como hace muchas veces cuando comprende que tiene ante sí ignorancias o fes debilitadas; sino que habla de sí mismo, para que le conozcan.

Dice: «Yo soy la Luz del mundo y quien me sigue no caminará en las tinieblas, sino que tendrá la luz de la Vida». Y calla, tras haber enunciado el tema del discurso que va a desarrollar, como hace habitualmente cuando está para pronunciar un gran discurso. Calla para dar tiempo a la gente de decidir si el argumento les interesa o no; y dar también tiempo de irse, a aquellos a quienes el tema propuesto no les interesa. De los presentes no se marcha nadie; es más, los fariseos que estaban en la puerta, ocupados en una conversación forzada y estudiada, y que han callado y se han vuelto hacia dentro de la sinagoga a la primera palabra de Jesús, entran abriéndose paso con su indefectible prepotencia.

---

* *pocos días antes*, en 490.9.

[2]Cuando todo rumor ha cesado, Jesús repite la frase dicha antes, 506.2
con voz aún más fuerte e incisiva, y prosigue:

«Yo, siendo el Hijo del Padre que es el Padre de la Luz, soy la Luz del mundo. Un hijo siempre asemeja al padre que le engendró, y tiene su misma naturaleza. Igualmente Yo asemejo a Aquel que me ha engendrado, y tengo su naturaleza. Dios, el Altísimo, el Espíritu perfecto e infinito, es Luz de Amor, Luz de Sabiduría, Luz de Potencia, Luz de Bondad, Luz de Belleza. Él es el Padre de las Luces y, quien vive de Él y en Él, al estar en la Luz, ve. Y es deseo de Dios que las criaturas vean. Él ha dado al hombre el intelecto y el sentimiento para que pudieran ver la Luz —o sea, verle a Él— y comprenderla y amarla. Ha dado al hombre los ojos para que pudiera ver lo más bello de entre lo creado, lo que constituye la perfección de los elementos, aquello por lo cual es visible la Creación y que es una de las primeras acciones de Dios Creador y lleva el signo más visible de su Creador: la luz, incorpórea, luminosa, beatífica, consoladora, necesaria, como necesario es el Padre de todos, Dios eterno y altísimo.

Por una orden de su Pensamiento, Él creó el firmamento y la tierra, o sea, la masa de la atmósfera y la masa del polvo, lo incorpóreo y lo corpóreo, lo ligerísimo y lo pesado. Pero ambas cosas todavía pobres y vacías. Informes todavía por estar envueltas en las tinieblas. Vacías todavía de astros y de vida.

Mas para dar a la tierra y al firmamento su verdadera fisonomía, para hacer de ellos dos cosas hermosas, útiles, adecuadas para la prosecución de la obra creadora, el Espíritu de Dios —que aleteaba por encima de las aguas y era todo uno con el Creador que creaba y con el Inspirador que impulsaba a crear, para poder no sólo amarse a sí mismo en el Padre y en el Hijo sino también amar a un número infinito de criaturas, llamados astros, planetas, aguas, mares, florestas, árboles, flores, animales que volasen, que zigzagueasen, que se arrastrasen, que corrieran, que saltaran, que treparan, y, en fin, amar al hombre, *la más perfecta de las criaturas*, más perfecto que el Sol por tener el alma además de la materia, la inteligencia además del instinto, la libertad además del orden; al hombre semejante a Dios por el espíritu, semejante al animal por la carne; al semidiós que viene a ser dios por participación y por gracia de Dios y voluntad propia; al ser humano que queriendo puede transformarse en ángel; al amadísimo de la Creación sensible, para el cual, aun sabiéndolo pecador, desde antes de que el tiempo existiera preparó el Salvador, la Víctima, en el Ser amado sin medida, en el Hijo, en el Verbo, por el que todo ha sido hecho—, mas para dar a la tierra y al firmamento su verdadera fisonomía, decía, he aquí que el Espíritu de Dios, alete-

ando en el cosmos, grita, y es la primera manifestación de la Palabra: "Sea la luz", y la luz es, buena, salutífera, potente durante el día, tenue durante la noche, pero imperecedera mientras dure el tiempo.

Del océano de maravillas que es el trono de Dios, el seno de Dios, Dios saca la gema más bella, la luz, que precede a la gema más perfecta, que es la creación del hombre, en el cual no está una joya de Dios, sino que está Dios mismo, con su soplo espirado en el barro para hacer de éste una carne y una vida y un heredero suyo en el Paraíso celeste, donde Él espera a los justos, a los hijos, para gozarse en ellos y ellos en Él.

Si al principio de la creación Dios quiso la luz sobre sus obras, si para hacer la luz se sirvió de su Palabra, si Dios a los más amados dona su semejanza más perfecta, la luz —luz material jubilosa e incorpórea, luz espiritual sabia y santificadora—, ¿podrá no haber dado al Hijo de su amor aquello que Él mismo es? En verdad, a Aquel en quien *ab aeterno* Él se complace, el Altísimo le ha dado todo, y ha querido que de ese todo la Luz fuera primera y potentísima, para que sin esperar a subir al Cielo los hombres conocieran la maravilla de la Tríade, aquello que hace cantar a los beatos coros de los Cielos, cantar por la armonía del maravillado júbilo que les viene a los ángeles del hecho de mirar a la Luz, o sea, a Dios, a la Luz que llena el Paraíso y hace beatos a todos los que lo habitan.

Yo soy la Luz del mundo. ¡Quien me sigue no caminará en las tinieblas, sino que tendrá la luz de la Vida! De la misma manera que la luz en la tierra informe consintió la vida a las plantas y a los animales, mi Luz consiente a los espíritus la Vida eterna. Yo (la Luz que Yo soy) creo en vosotros la Vida y la mantengo, la aumento, os creo de nuevo en ella, os transformo, os llevo a la Morada de Dios por caminos de sabiduría, de amor, de santificación. Quien tiene en sí la Luz tiene en sí a Dios, porque la Luz es una con la Caridad y quien tiene la Caridad tiene a Dios. Quien tiene en sí la Luz tiene en sí la Vida, porque Dios está donde su dilecto Hijo es recibido».

506.3 [3]«Dices palabras sin razón. ¿Quién ha visto lo que es Dios? Ni siquiera Moisés vio a Dios, porque en el Horeb, en cuanto supo quién hablaba detrás de la zarza que ardía, se cubrió el rostro; y tampoco las otras veces pudo verle entre los rayos cegadores. ¿Y Tú dices que has visto a Dios? A Moisés, que sólo le oyó hablar, le quedó un esplendor en el rostro. Pero Tú, ¿qué luz tienes en tu cara? Eres un pobre galileo de cara pálida como la mayoría de vosotros. Eres un enfermo, cansado y enjuto. Verdaderamente, si hubieras visto a Dios y Él te amara, no estarías como uno que está próximo a la muerte.

¿Pretendes dar la vida Tú que ni para ti mismo la tienes?», y menean la cabeza compadeciéndole con ironía.

«Dios es Luz y Yo sé cuál es su Luz, porque los hijos conocen a su padre y porque cada uno se conoce a sí mismo. Yo conozco al Padre mío y sé quién soy. Yo soy la Luz del mundo. Soy la Luz porque mi Padre es la Luz y me ha engendrado dándome su Naturaleza. La Palabra no es distinta del Pensamiento, porque la palabra expresa lo que el intelecto piensa. Y, además, ¿ya no conocéis a los profetas? * ¿No os acordáis de Ezequiel y, sobre todo, de Daniel? Describiendo a Dios, visto en la visión, en el carro de los cuatro animales, dice el primero: "En el trono estaba uno que por el aspecto parecía un hombre y *dentro* de él y en torno a él vi una especie de electro, como la apariencia del fuego, y hacia arriba y hacia abajo de sus caderas vi como una especie de fuego que resplandecía en torno; como el aspecto del arco iris cuando se forma en la nube en día de lluvia: tal era el aspecto del resplandor de en torno". Y dice Daniel: "Yo estaba observando hasta que fueron alzados unos tronos y el Secular de los días se sentó. Sus vestiduras eran blancas como la nieve, sus cabellos como la cándida lana; vivas llamas era su trono, las ruedas de su trono fuego a llamaradas. Un río de fuego fluía rápido delante de él". Así es Dios, y así seré Yo cuando venga a juzgaros».

[4]«Tu testimonio no es válido. Te das testimonio a ti mismo. Por 506.4
tanto, ¿qué valor tiene tu testimonio? Para nosotros no es verdadero».

«Aunque dé testimonio de mí mismo, mi testimonio es verdadero, porque sé de dónde he venido y a dónde voy. Pero vosotros no sabéis ni de dónde vengo ni a dónde voy. Vuestra sabiduría es lo que veis. Yo, sin embargo, conozco todo lo que al hombre le es desconocido, y he venido para que también vosotros lo conozcáis. Por esto he dicho que soy la Luz, porque la luz hace conocer lo que celaban las sombras. En el Cielo hay luz, en la Tierra reinan mucho las tinieblas y celan las verdades a los espíritus, porque las tinieblas odian a los espíritus de los hombres y no quieren que conozcan la Verdad y las verdades, para que no se santifiquen. Y para esto he venido, para que tengáis Luz y, por tanto, Vida. Pero vosotros no me queréis acoger. Queréis juzgar lo que no conocéis, y no podéis juzgarlo porque está muy por encima de vosotros y es incomprensible para todo aquel que no lo contemple con los ojos del espíritu, y un espíritu humilde y nutrido de fe. Pero vosotros juzgáis según la carne. Por eso no podéis estar en el juicio verdadero. Yo, por el contrario, no juzgo a

* *¿No os acordáis de Ezequiel y, sobre todo, de Daniel?*, en *Ezequiel 1, 26-28* y en *Daniel 7, 9-10.*

nadie; basta que pueda abstenerme de juzgar. Os miro con misericordia, y oro por vosotros, para que os abráis a la Luz. Pero, cuando tengo realmente que juzgar, mi juicio es verdadero, porque no estoy solo, sino que estoy con el Padre que me ha enviado, y Él ve desde su gloria el interior de los corazones. Y como ve el vuestro ve el mío. Y si viera en mi corazón un juicio injusto, por amor a mí y por el honor de su Justicia, me lo advertiría. Mas Yo y el Padre juzgamos de una única manera; por tanto, somos dos y no Yo solo los que juzgamos y testificamos. En vuestra Ley está escrito que el testimonio de dos * testigos que afirman lo mismo debe ser aceptado como verdadero y válido. Yo, pues, doy testimonio de mi Naturaleza, y conmigo el Padre que me ha enviado testifica lo mismo. Por tanto, lo que digo es verdad».

506.5 [5]«Nosotros no oímos la voz del Altísimo. Tú lo dices, que es tu Padre...».

«Él habló de mí en el Jordán...».

«Bien, pero no estabas solo Tú en el Jordán. También estaba Juan. Pudo hablarle a él. Era un gran profeta».

«Con vuestros propios labios os condenáis. Decidme: ¿quién habla por los labios de los profetas?».

«El Espíritu de Dios».

«¿Y para vosotros Juan era profeta?».

«Uno de los mayores, si no el mayor».

«¿Y entonces por qué no habéis creído en sus palabras y no creéis? Él me indicaba como el Cordero de Dios venido a cancelar los pecados del mundo. A quien le preguntaba si era el Cristo, decía: "No soy el Cristo, sino el que le precede, porque existía antes de mí y yo no le conocía, pero el que me tomó desde el vientre de mi madre y me ha investido en el desierto y me ha mandado a bautizar me ha dicho: 'Aquel sobre el que verás descender el Espíritu es el que bautizará con el Espíritu Santo y en fuego'". ¿No os acordáis? Pues muchos de vosotros estabais presentes... ¿Por qué, pues, no creéis en el profeta que me indicó habiendo oído las palabras del Cielo? ¿Debo decir al Padre mío que su Pueblo ya no cree en los profetas?».

«¿Pero dónde está el padre tuyo? José, el carpintero, duerme desde hace años en el sepulcro. Tú ya no tienes padre».

«Vosotros no me conocéis a mí ni conocéis a mi Padre. Pero, si quisierais conocerme, conoceríais también a mi verdadero Padre».

«Eres un endemoniado y un embustero. Eres un blasfemo, pues que quieres sostener que el Altísimo es tu Padre. Y merecerías el

---

* *está escrito*, en *Deuteronomio 19, 15.*

* castigo de la Ley».

Los fariseos y otros del Templo gritan amenazadores, mientras la gente los mira con torva mirada, en defensa del Cristo.

Jesús los mira sin añadir palabra alguna, y sale de la estancia por una puertecita lateral que da a un pórtico.

507. El gran debate con los judíos. Huyen del Templo con la ayuda del levita Zacarías.

30 de septiembre de 1946.

[1]Jesús entra otra vez en el Templo con apóstoles y discípulos. Y 507.1
algunos apóstoles, y no sólo apóstoles, le hacen la observación de que es imprudente entrar. Pero Él responde: «¿Con qué derecho podrían negármelo? ¿Estoy condenado acaso? No, por ahora todavía no lo estoy. Subo, pues, al altar de Dios como todo israelita que teme al Señor».

«Pero tienes intención de hablar...».

«¿Y no es éste el lugar donde habitualmente se reúnen los rabíes para hablar? Estar fuera de aquí para hablar y adoctrinar es la excepción, y puede representar un descanso que se ha tomado un rabí, o una necesidad personal. Pero el lugar en que todos apetecen enseñar a los discípulos es éste. ¿No veis en torno a los rabíes gente de todas las nacionalidades, que se acercan a oír al menos una vez a los célebres rabíes? Al menos para poder decir al regresar a su tierra natal: "Hemos oído a un maestro, a un filósofo hablar según el modo de Israel". Maestro para los que ya son o tienden a ser hebreos; filósofo para los que son gentiles en el verdadero sentido de la palabra. Y los rabíes no se desdeñan de ser escuchados por éstos, porque esperan hacer de ellos prosélitos. Sin esta esperanza, que si fuera humilde sería santa, no estarían en el Patio de los Paganos, sino que exigirían hablar en el de los Hebreos, y, si fuera posible, en el Santo mismo, porque, según su juicio sobre sí mismos, son tan santos que sólo Dios es superior a ellos... Y Yo, Maestro, hablo donde hablan los maestros. Pero ¡no temáis! No es todavía su momento. Cuando sea su momento os lo diré, para que fortalezcáis vuestro corazón».

«No lo dirás» dice Judas Iscariote.

«¿Por qué?».

«Porque no lo podrás saber. Ninguna señal te lo indicará. No hay señal. Hace casi tres años que estoy contigo y siempre te he visto

* *de la Ley*, como en *Levítico 24, 15-16.*

amenazado y perseguido. Es más, antes estabas solo, mientras que ahora tienes detrás de ti al pueblo que te ama y que es temido por los fariseos. Así que eres más fuerte. ¿Por qué cosa esperas comprender el momento?».

«Por lo que veo en el corazón de los hombres».

Judas se queda un momento desorientado, luego dice: «Y tampoco lo dirás porque... al dudar de nuestro valor, nos eximirás de ello».

«Por no afligirnos, calla» dice Santiago de Zebedeo.

«También. Pero seguro que no lo dirás».

«Os lo diré. Y hasta que no os lo diga, cualquiera que fuese la violencia y el odio que vierais contra mí, no os asustéis. Son cosas sin
507.2 consecuencias. [2]Seguid adelante. Yo me quedo aquí a esperar a Manahén y a Margziam».

A regañadientes, los doce y quien está con ellos se adelantan.

Jesús vuelve hacia la puerta para esperar a los dos; es más, sale a la calle y tuerce hacia la Antonia.

Unos legionarios, parados al pie de la fortaleza, le señalan —unos a otros se lo señalan— y hablan entre sí. Parece que hay un poco de discusión, luego uno dice más fuerte: «Yo se lo pregunto», y se separa yendo hacia Jesús. «¡Salve, Maestro! ¿Vas a hablar también hoy ahí dentro?».

«Que la Luz te ilumine. Sí. Hablaré».

«Entonces... ten cuidado. Uno que sabe nos ha advertido. Y una que te admira ha ordenado vigilar. Estaremos cabe el subterráneo de oriente. ¿Sabes dónde está la entrada?».

«No lo ignoro. Pero está cerrada por las dos partes».

«¿Tú crees?». El legionario ríe con una breve sonrisa, y en la sombra de su yelmo los ojos y dientes brillan haciéndole más joven. Luego, cuadrándose, saluda: «¡Salve, Maestro! Acuérdate de Quinto Félix».

«Me acordaré. Que la Luz te ilumine».

Jesús se echa a andar de nuevo y el legionario regresa al sitio de antes y habla con sus conmilitones.

«¿Maestro, hemos tardado? ¡Eran muchos los leprosos!» dicen juntos Manahén —vestido sencillamente de marrón obscuro— y Margziam.

«No. Habéis tardado poco. De todas formas, vamos; los otros nos esperan. ¿Manahén, has sido tú el que ha avisado a los romanos?».

«¿De qué, Señor? No he hablado con nadie. Y no sabría... Las romanas no están en Jerusalén».

De nuevo están junto a la puerta de la muralla y, como si estuviera por azar, está allí cerca el levita Zacarías.

«La paz a ti, Maestro. Quiero decirte... Trataré de estar siempre donde ti aquí dentro. Y no me pierdas de vista. Y, si hay tumulto y ves que me marcho, trata de seguirme siempre. ¡Te odian mucho! No puedo hacer más... Compréndeme...».

«Que Dios te lo pague y te bendiga por la piedad que tienes por su Verbo. Haré lo que dices. Y no temas, que ninguno sabrá de tu amor por mí».

Se separan.

«Quizás ha sido él el que se lo ha dicho a los romanos. Estando ahí dentro, habrá sabido...» susurra Manahén.

[3]Van a orar, pasando entre la gente, que los mira con diferentes sentimientos, y que se reúne luego detrás de Jesús cuando, terminada la oración, Él vuelve del patio de los Hebreos. 507.3

Fuera ya de la segunda muralla, Jesús hace ademán de pararse, pero un grupo mixto de escribas, fariseos y sacerdotes, le rodea. Uno de los magistrados del Templo habla por todos.

«¿Estás todavía aquí? ¿No comprendes que no te aceptamos? ¿No temes siquiera el peligro que te amenaza? Vete. Ya es mucho si te dejamos orar. No te permitimos ya más que enseñes tus doctrinas».

«Sí. Vete. ¡Vete, blasfemo!».

«Sí, me voy, como queréis. Y no sólo fuera de estos muros. Me voy a marchar, estoy ya marchándome, más lejos, a donde ya no podréis ir. Y llegarán horas en que me buscaréis también vosotros, y ya no sólo para perseguirme, sino también por un supersticioso terror de una acción contra vosotros por haberme echado; por una ansia supersticiosa de ser perdonados de vuestro pecado para obtener misericordia. Pero os digo que ésta es la hora de la misericordia, la hora de hacerse amigos del Altísimo. Pasada esta hora, será inútil todo remedio. Ya no me tendréis, y moriréis en vuestro pecado. Aunque recorrierais toda la Tierra y lograrais alcanzar astros y planetas, no me encontraríais, porque a donde Yo voy vosotros no podéis ir. Ya os lo he dicho. Dios viene y pasa. El sabio le acoge con sus dones cuando pasa. El necio le deja marcharse y ya no vuelve a encontrarle. Vosotros soy de abajo, Yo soy de arriba. Vosotros sois de este mundo, Yo no soy de este mundo. Por eso, una vez que Yo haya regresado a la morada de mi Padre, fuera de este mundo vuestro, ya no me encontraréis y moriréis en vuestros pecados, porque ni siquiera sabréis alcanzarme espiritualmente con la fe».

«¿Te quieres matar, demoniado? Claro que, entonces, en el Infierno donde bajan los violentos nosotros no podremos alcanzarte, porque el Infierno es de los condenados, de los malditos, y nosotros somos los benditos hijos del Altísimo» dicen algunos.

Y otros aprueban, diciendo: «Seguro que se quiere matar, porque dice que a donde Él va nosotros no podemos ir. Comprende que ha sido descubierto y que ha fallado el intento, y se quita la vida sin esperar a que se la quiten, como al otro galileo falso Cristo». *

Y otros, benévolos: «¿Y si fuera realmente el Cristo y realmente volviera a Aquel que le ha enviado?».

«¿A dónde? ¿Al Cielo? ¿No está allí Abraham y piensas que va a ir Él? Antes tiene que venir el Mesías».

«Pero Elías fue raptado al Cielo en un carro de fuego».

«En un carro, sí. Pero al Cielo... ¿quién lo asegura?».

Y el contraste continúa mientras fariseos, escribas, magistrados, sacerdotes, judíos al servicio de sacerdotes, escribas y fariseos, van siguiendo a Cristo por los amplios pórticos como una jauría de perros acosa a la salvajina levantada.

507.4 [4]Pero algunos, los buenos de la masa hostil, aquellos a quienes verdaderamente mueve un deseo honesto, se abren paso hasta llegar a Jesús y le hacen esa ansiosa pregunta que tantas veces se ha oído hacer, o con amor o con odio: «¿Quién eres Tú? Dínoslo, para que sepamos obrar en consecuencia. ¡Di la verdad en nombre del Altísimo!».

«Yo soy la Verdad misma y no uso nunca la mentira. Yo soy el que siempre os he dicho que soy, desde el primer día que he hablado a las muchedumbres, en todo lugar de Palestina; el que aquí he dicho que soy, varias veces, cerca del Santo de los Santos, cuyos rayos no temo porque digo la verdad. Todavía me quedan de decir muchas cosas, y de juzgar en mi día y respecto a este pueblo, y, aunque parezca para mí cercano ya el atardecer, sé que las diré y que juzgaré a todos, porque así me lo ha prometido el que me ha enviado, que es veraz. Él ha hablado conmigo en un eterno abrazo de amor, diciéndome todo su Pensamiento, para que Yo lo pudiera expresar con mi Palabra al mundo, y no podré callar, ni nadie podrá hacerme callar hasta que haya anunciado al mundo todo aquello que he oído al Padre mío».

«¿Y todavía blasfemas? ¿Sigues llamándote Hijo de Dios? ¿Y quién piensas que te va a creer? ¿Quién crees que va a ver en ti al Hijo de Dios?» le dicen los enemigos, gesticulando casi con los puños delante de la cara, pareciendo, a causa del odio, personas trastornadas.

Apóstoles, discípulos y la gente bienintencionada los rechazan, formando como una barrera de protección para el Maestro. El levita Zacarías, lentamente, con movimientos atentos para no llamar la atención de los energúmenos, se acerca a Jesús, a Manahén y a los

* el *otro galileo* podría ser el personaje que será recordado en *Hechos 5, 37.*

dos hijos de Alfeo.

[5]Ya están en el final del pórtico de los Paganos, porque la marcha 507.5
es lenta entre las corrientes contrarias, y Jesús se detiene en su sitio habitual, en la última columna del lado oriental. Se para. Del lugar donde hasta los paganos están no pueden expulsar a un verdadero israelita, so pena de soliviantar a la muchedumbre, cosa que los farsantes evitan hacer. Y allí empieza a hablar otra vez, respondiendo a sus ofensores y con ellos a todos: «Cuando elevéis al Hijo del hombre...».

Gritan los fariseos y escribas: «¿Quién crees que te va a elevar? Mísero es el país que tiene por rey a un charlatán desquiciado y a un blasfemo aborrecido por Dios. Ninguno de nosotros te alzará, puedes estar seguro. El resto de luz que te queda te lo hizo comprender a
* tiempo, cuando fuiste tentado. ¡Sabes que nunca podremos hacerte nuestro rey!».

«Lo sé. No me elevaréis a un trono, pero me elevaréis. Y, alzándome, creeréis que me estáis bajando. Pero precisamente cuando creáis que me habéis bajado, seré alzado. No sólo en Palestina, no sólo en todo el Israel esparcido por el mundo, sino en todo el mundo, incluso en las naciones paganas, incluso en los lugares todavía ignorados por los doctos del mundo. Y seré elevado no durante una vida de hombre, sino durante toda la vida de la Tierra, y la sombra del dosel de mi trono se irá extendiendo cada vez más sobre la Tierra hasta cubrirla por entero. Sólo entonces volveré y me veréis. ¡Me veréis!».

«¿Pero estáis oyendo que forma demente de hablar? ¡Le elevaremos bajándole y le bajaremos alzándole! ¡Un loco! ¡Un loco! ¡Y la sombra de su trono sobre toda la Tierra! ¡Más grande que Ciro! ¡Más que Alejandro! ¡Más que César! ¿Dónde pones a César? ¿Crees que te va a dejar tomar el imperio de Roma? ¡Y permanecerá en el trono durante todo el tiempo del mundo! ¡Ja!, ¡ja!, ¡ja!». Con su ironía dan bofetadas, más: latigazos, peor que con un flagelo.

[6]Pero Jesús deja que hablen. Alza la voz para ser oído en medio 507.6
del clamor de quien se ríe y de quien defiende, y que llena el lugar con rumor de mar agitado.

«Cuando levantéis al Hijo del hombre, comprenderéis quién soy y que no hago por mí mismo nada, sino que digo aquello que mi Padre me ha enseñado y hago lo que Él quiere. Y el que me ha enviado, ciertamente, no me deja solo, sino que está conmigo. De la misma manera que la sombra sigue al cuerpo, lo mismo está el Padre detrás de mí, vigilante y, aunque invisible, presente. Está detrás de mí y me

* *fuiste tentado*, como se explica en 464.19.

conforta y ayuda y no se aleja, porque hago siempre lo que a Él le agrada. Dios, por el contrario, se aleja cuando sus hijos no obedecen sus leyes e inspiraciones. Entonces se marcha y los deja solos. Por eso muchos en Israel pecan. Porque el hombre, abandonado a sí mismo, difícilmente se conserva justo y fácilmente cae en las espiras de la Serpiente. Y en verdad, en verdad os digo que por vuestro pecado de resistencia a su Luz y Misericordia Dios se aleja de vosotros y dejará vacío de sí este lugar y vuestros corazones; y lo que con llanto dijo Jeremías en sus profecías y lamentaciones se cumplirá exactamente. Meditad esas palabras proféticas, y temblad. Temblad y entrad otra vez en vosotros mismos con espíritu bueno. Oíd no las amenazas, sino aún la bondad del Padre que advierte a sus hijos mientras todavía les es concedido reparar y salvarse. Oíd a Dios en las palabras y en los hechos y, si no queréis creer en mis palabras, porque el viejo Israel os ahoga, creed al menos en el viejo Israel. En él gritan los profetas los peligros y las calamidades de la Ciudad Santa y de toda nuestra Patria, si no se convierte al Señor su Dios y no sigue al Salvador. Ya pesó sobre este pueblo la mano de Dios en los siglos pasados. Pero el pasado y el presente no serán nada respecto al tremendo futuro que le espera por no haber querido acoger a Aquel al que Dios ha enviado. Ni en rigor ni en duración es comparable lo que espera al Israel que repudia al Cristo. Yo os lo digo, adelantando la mirada a través de los siglos: como árbol tronchado y arrojado a un vortiginoso río, así será la raza hebraica alcanzada por el anatema divino. Tenaz, tratará de detenerse en las orillas en uno u otro punto; siendo exuberante, brotarán de él vástagos y raíces. Pero, cuando ya crea que ha arraigado, volverá contra él la violencia de la riada y ésta volverá a arrancarlo, romperá sus raíces y vástagos y el árbol irá más allá, a sufrir, para arraigar y ser de nuevo arrancado y vagar de nuevo. Y nada podrá darle paz, porque la riada que hostigará será la ira de Dios y el desprecio de los pueblos. Sólo arrojándose a un mar de Sangre viva y santificante podría hallar paz. Mas evitará esa Sangre, porque, a pesar de las palabras de solicitación que ésta le dirigirá, le parecerá —Caín del Abel celeste— oír la voz de la sangre de Abel».

Otro amplio rumor que se propaga por el vasto recinto como rumor de olas. Pero en este rumor faltan las voces ásperas de los fariseos y escribas, y de los judíos a ellos subyugados. Jesús aprovecha para tratar de marcharse.

507.7 [7]Pero algunos que estaban lejos se acercan a Él y le dicen: «Maestro, escúchanos. No todos somos como ellos (y señalan a los enemigos), pero nos es costoso seguirte, incluso porque tu voz está sola

contra una gran abundancia de voces que dicen lo contrario de lo que dices Tú. Y las cosas que dicen ellos son las que hemos oído a nuestros padres desde que éramos niños. Pero tus palabras nos inducen a creer. ¿Cómo lograremos, pues, creer completamente y tener vida? Estamos como atados por el pensamiento del pasado...».

«Si os establecéis en mi Palabra como si renacierais ahora, creeréis completamente y seréis mis discípulos. Pero es necesario que os despojéis del pasado y aceptéis mi doctrina, que no borra todo el pasado, sino que mantiene y vigoriza lo santo y sobrenatural del pasado y quita lo superfluo humano, y coloca la perfección de mi doctrina donde ahora están las doctrinas humanas, que siempre son imperfectas. Si venís a mí, conoceréis la Verdad, y la Verdad os hará libres».

«Maestro, es verdad que te hemos dicho que estamos como atados por el pasado. Pero este vínculo no es cautiverio ni esclavitud. Nosotros somos descendencia de Abraham. En las cosas del espíritu. Porque con "descendencia de Abraham", si no nos equivocamos, se quiere significar descendencia espiritual contrapuesta a la de Agar, que es descendencia de esclavos. ¿Cómo es que dices, entonces, que seremos libres?».

* «Os hago la observación de que también era descendencia de Abraham Ismael y los hijos de él. Porque Abraham fue padre de Isaac y de Ismael».

«Pero impura, porque era hijo de una mujer esclava y egipcia».

«En verdad, en verdad os digo que no hay más que una esclavitud, la del pecado. Sólo el que comete pecado es un esclavo, y esta esclavitud ninguna moneda la rescata. Hacia un amo implacable y cruel. Una esclavitud que incluye la pérdida de todos los derechos a la libre soberanía en el Reino de los Cielos. El esclavo, el hombre hecho esclavo por una guerra o por desgracias, puede caer en manos de un buen amo. Pero siempre es precaria su buena posición, porque el amo puede venderle a otro amo, cruel. El esclavo es una mercancía y nada más. A veces sirve como moneda para saldar una deuda. Y ni siquiera tiene el derecho a llorar. El criado, sin embargo, vive en la casa de su señor, si bien sólo mientras éste no le despide. Pero el hijo se queda siempre en la casa de su padre y el padre no piensa en echarle. Sólo por su libre voluntad puede salir. Y en esto está la diferencia entre esclavitud y servidumbre y entre servidumbre y filiación. La esclavitud encadena al hombre, la servidumbre le pone a servicio de un señor, la filiación le coloca para siempre, y con igualdad de vida, en la casa del padre. La esclavitud aniquila al hombre,

---

* *descendencia de Abraham*, como en *Génesis 16; 17.*

la servidumbre lo somete, la filiación le hace libre y feliz. El pecado hace al hombre esclavo del amo más cruel y sin término: Satanás. La servidumbre, en este caso la antigua Ley, hace al hombre temeroso de Dios, como de un Ser intransigente. La filiación, o sea, el ir a Dios junto con su Primogénito, conmigo, hace del hombre un ser libre y feliz, que conoce la caridad de su Padre y en ella confía. Aceptar mi doctrina es ir a Dios junto conmigo, Primogénito de muchos hijos preferidos. Yo romperé vuestras cadenas —basta con que vengáis a mí para que las rompa—, y seréis verdaderamente libres y coherederos conmigo del Reino de los Cielos. [8]Sé que sois descendencia de Abraham. Pero aquel de vosotros que trate de hacerme morir ya no honra a Abraham sino a Satanás, y sirve a éste como fiel esclavo. ¿Por qué? Porque rechaza mi palabra; de forma que mi palabra no puede penetrar en muchos de vosotros. Dios no fuerza al hombre a creer, no le fuerza a aceptarme; pero me envía para que os indique cuál es su voluntad. Y Yo os refiero lo que he visto y oído al lado de mi Padre. Y hago lo que Él quiere. Pero aquellos de vosotros que me persiguen hacen lo que han aprendido de su padre y lo que él sugiere».

507.8

Como paroxismo que resurge después de una pausa del mal, la ira de los judíos, fariseos y escribas, que parecía muy calmada, se despierta violenta. Se van introduciendo como una cuña en el círculo compacto que aprieta a Jesús, y tratan de llegarse a Él. La masa de gente se mueve con vaivén de fuertes y contrarias ondas, como contrarios son los sentimientos de los corazones. Gritan los judíos, lívidos de ira y de odio: «El padre nuestro es Abraham. No tenemos ningún otro padre».

«El Padre de los hombres es Dios. El mismo Abraham es hijo del Padre universal. Pero muchos repudian al Padre verdadero a cambio de uno que no es padre, pero que lo eligen como tal porque parece más poderoso y dispuesto a contentarlos en sus deseos desordenados. Los hijos hacen las obras que ven hacer a su padre. Si sois hijos de Abraham, ¿por qué no hacéis las obras de Abraham? ¿No las conocéis? ¿Os las debo enumerar como naturaleza y como símbolo? * Abraham obedeció yendo al país que le fue indicado por Dios, y es figura del hombre que debe estar preparado para dejar todo e ir a donde Dios le envíe. Abraham fue condescendiente con el hijo de su hermano y le dejó elegir la región preferida, y es figura del respeto a la libertad de acción y de la caridad que debemos tener para con nuestro prójimo. Abraham fue humilde después de la predilección de Dios

* *las debo enumerar*, con referencia a lo que se lee en *Génesis 12; 13; 15; 18; 22.*

y le honró en Mambré, y se sintió siempre nada respecto al Altísimo, que le había hablado; es figura de la postura de amor reverencial que el hombre debe tener siempre hacia su Dios. Abraham creyó en Dios y le obedeció incluso en las cosas más difíciles de creer y penosas de cumplir, y por el hecho de sentirse seguro no se hizo egoísta, sino que oró por los de Sodoma. Abraham no buscó un pacto con el Señor queriendo un premio por sus muchas obediencias, sino que, al contrario, para honrarle hasta el fin, hasta el máximo límite, le sacrificó su amadísimo hijo...».

«No lo sacrificó».

«Le sacrificó su amadísimo hijo, porque verdaderamente su corazón ya había sacrificado durante el trayecto, con su voluntad de obedecer, que fue detenida por el ángel cuando ya el corazón del padre se partía estando para partir el corazón de su hijo. Mataba al hijo por honrar a Dios. Vosotros le matáis a Dios el Hijo por honrar a Satanás. ¿Hacéis, pues, vosotros las obras de aquel a quien llamáis padre? No, no las hacéis. Tratáis de matarme a mí porque os digo la verdad tal y como la he oído de Dios. Abraham no hacía eso. No trataba de matar la voz que venía del Cielo, sino que la obedecía. No, vosotros no hacéis las obras de Abraham, sino las que os indica vuestro padre».

[9]«No hemos nacido de una prostituta. No somos espurios. Has dicho, Tú mismo lo has dicho, que el Padre de los hombres es Dios, y nosotros además somos del Pueblo elegido, y pertenecemos a las castas distinguidas de este Pueblo. Por tanto, tenemos a Dios como único Padre». 507.9

«Si reconocierais a Dios como Padre en espíritu y en verdad, me amaríais, porque Yo procedo y vengo de Dios; ciertamente no vengo de mí mismo, sino que es Él el que me ha enviado. Por eso, si verdaderamente conocierais al Padre, me conoceríais también a mí como Hijo suyo y hermano y Salvador vuestro. ¿Pueden los hermanos no reconocerse? ¿Pueden los hijos de Uno solo no conocer el lenguaje que se habla en la Casa del único Padre? ¿Por qué, entonces, no comprendéis mi lenguaje y no toleráis mis palabras? Porque Yo vengo de Dios y vosotros no. Vosotros habéis abandonado el hogar paterno y habéis olvidado el rostro y el lenguaje de Aquel que lo habita. Habéis ido voluntariamente a otras regiones, a otras moradas, donde reina otro, que no es Dios, y donde se habla otro idioma. Y quien allí reina impone que, para entrar, uno se haga hijo suyo y le obedezca. Y vosotros lo habéis hecho y seguís haciéndolo. Vosotros abjuráis, renegáis del Padre Dios para elegiros otro padre. Y éste es Satanás. Vosotros tenéis como padre al demonio y queréis llevar a cabo lo que él os su-

giere. Y los deseos del demonio son de pecado y violencia, y vosotros los acogéis. Desde el principio era homicida, y no perseveró en la verdad porque él, que se rebeló contra la Verdad, no puede tener en sí amor a la verdad. Cuando habla, habla como lo que es, o sea, como mentiroso y tenebroso, porque verdaderamente es mentiroso y ha engendrado y ha dado nacimiento a la mentira tras haberse fecundado con la soberbia y nutrido con la rebelión. Toda la concupiscencia está en su seno, y la escupe e inocula para envenenar a las criaturas. Es el tenebroso, el menospreciador, el rastrero reptil maldito, es el Oprobio y el Horror. Desde hace muchos siglos sus obras atormentan al hombre, y las señales y frutos de ellas están ante las mentes de los hombres. Y, no obstante, a él, que miente y destruye, le prestáis oídos, mientras que si hablo Yo y digo lo que es verdad y es bueno no me créis y me llamáis pecador. ¿Pero quién de entre los muchos que me han conocido, con odio o amor, puede decir que me ha visto pecar? ¿Quién puede decirlo con verdad? ¿Dónde, las pruebas para convencernos a mí y a los que creen en mí de que soy pecador? ¿Contra cuál de los diez mandamientos he faltado? ¿Quién, ante el altar de Dios, puede jurar que me ha visto violar la Ley y las costumbres, los preceptos, las tradiciones, las oraciones? ¿Quién de entre todos los hombres podrá hacerme mudar el rostro por haber sido convencido, con pruebas seguras, de pecado? Ninguno puede hacerlo. Ningún hombre y ningún ángel. Dios grita en el corazón de los hombres: "Es el Inocente". De esto estáis todos convencidos, y, vosotros que me acusáis, más todavía que estos otros, que vacilan acerca de quién entre Yo y vosotros tiene razón. Mas sólo el que es de Dios escucha las palabras de Dios. Vosotros no las aceptáis a pesar de que resuenen en vuestras almas día y noche, y no las escucháis porque no sois de Dios».

507.10 [10]«¿Nosotros, nosotros que vivimos para la Ley y en la más minuciosa observancia de los preceptos para honrar al Altísimo, no somos de Dios? ¿Y Tú osas decir esto? ¡¡¡Ah!!!». Parecen ahogarse del horror, como si fuera un dogal. «¿Y no hemos de decir que eres un endemoniado y un samaritano?».

«No soy ni lo uno ni lo otro, sino que honro a mi Padre, aunque vosotros lo neguéis para vilipendiarme. Pero vuestro vilipendio no me aflige. No busco mi gloria. Hay quien se preocupa de ella y juzga. Esto os digo a vosotros que me queréis denigrar. Pero a los que tienen buena voluntad les digo que quien acoja mi palabra, o ya la haya acogido, y la sepa custodiar, no verá la muerte por los siglos de los siglos».

«¡Ah! ¡Ahora vemos claro que por tus labios habla el demonio que te posee! Tú mismo lo has dicho: "Habla como mentiroso". Lo que

acabas de decir es palabra mentirosa, por tanto es palabra demoniaca. Abraham murió y murieron los profetas. Y dices que el que guarde tu palabra no verá la muerte por los siglos de los siglos. ¿Entonces Tú no vas a morir?».

«Moriré sólo como Hombre, para resucitar en el tiempo de Gracia, pero como Verbo no moriré. La Palabra es Vida y no muere. Y quien acoge en sí la Palabra tiene en sí la Vida y no muere para siempre, sino que resucita en Dios porque Yo le resucitaré».

«¡Blasfemo! ¡Loco! ¡Demonio! ¿Eres más que nuestro padre Abraham, que murió, y que los profetas? ¿Quién te crees ser?».

«El Principio que os habla».

Se produce un pandemónium. Y, mientras esto sucede, el levita Zacarías empuja a Jesús insensiblemente hacia un ángulo del pórtico, ayudado en ello por los hijos de Alfeo y por otros que quizás colaboran, sin quizás saber siquiera bien lo que hacen.

[11]Cuando Jesús está bien arrimado al muro y tiene delante de sí 507.11
la protección de los más fieles, y un poco se calma el tumulto también en el patio, dice con su voz incisiva y hermosa, tranquila incluso en los momentos más agitados: «Si me glorifico a mí mismo, no tiene valor mi gloria. Todos pueden decir de sí lo que quieran. Pero el que me glorifica es mi Padre, el que decís que es vuestro Dios, si bien es tan poco vuestro que no le conocéis y no le habéis conocido nunca ni le queréis conocer a través de mí, que os hablo de Él porque le conozco. Y si dijera que no le conozco para calmar vuestro odio hacia mí, sería un embustero como lo sois vosotros diciendo que le conocéis. Yo sé que no debo mentir por ningún motivo. El Hijo del hombre no debe mentir, si bien el decir la verdad será causa de su muerte. Porque si el Hijo del hombre mintiera, ya no sería verdaderamente Hijo de la Verdad y la Verdad le alejaría de sí. Yo conozco a Dios, como Dios y como Hombre. Y como Dios y como Hombre conservo sus palabras y las acato. ¡Israel, reflexiona! Aquí se cumple la Promesa. En mí se cumple. ¡Reconóceme en lo que soy! Vuestro padre Abraham suspiró por ver mi día. Lo vio proféticamente por una gracia de Dios, y exultó. Y vosotros en verdad lo vivís...».

«¡Cállate! ¿No tienes todavía cincuenta años y pretendes decir que Abraham te ha visto y que Tú le has visto?», y su carcajada de burla se propaga como una ola de veneno o de ácido corrosivo.

«En verdad, en verdad os lo digo: antes de que Abraham naciera, Yo soy».

«¿"Yo soy"? Sólo Dios puede decir que es, porque es eterno. ¡No Tú! ¡Blasfemo! ¡"Yo soy"! ¡Anatema! ¿Eres, acaso, Dios para decirlo?», le grita uno que debe ser un alto personaje porque acaba de llegar y

ya está cerca de Jesús, dado que todos se han apartado con terror cuando ha venido.

«Tú lo has dicho» responde Jesús con voz de trueno.

Todo se hace arma en las manos de los que odian. Mientras el último que ha preguntado al Maestro se entrega a toda una mímica de escandalizado horror y se quita violentamente la prenda que cubre su cabeza, y se alborota el pelo y la barba y se desata las hebillas que sujetan la túnica al cuello, como si se sintiera desfallecer del horror, puñados de tierra, y piedras (usadas por los vendedores de palomas y otros animales para tener tensas las cuerdas de los cercados, y por los cambistas para... prudente custodia de sus arquetas, de las que se muestran más celosos que de la propia vida) vuelan contra el Maestro, y naturalmente caen sobre la propia gente, porque Jesús está demasiado dentro, bajo el pórtico, como para ser alcanzado, y la gente impreca y se queja...

507.12 [12]Zacarías, el levita, da —único medio para hacerle llegar hasta una puertecita baja, escondida en el muro del pórtico y ya preparada para abrirse— un fuerte empujón a Jesús; le empuja hacia la puerta a la par que a los dos hijos de Alfeo, Juan, Manahén y Tomás. Los otros se quedan afuera, en el tumulto... Y el rumor de éste llega debilitado a la galería que está entre unos poderosos muros de piedra que no sé cómo se llaman en arquitectura. Están construidos con técnica de ensamblaje, diría yo, o sea, con piedras anchas y piedras más pequeñas, y encima de éstas, sobre las pequeñas, las anchas, y viceversa. No sé si me explico bien. Oscuras, fuertes, talladas toscamente, apenas visibles en la penumbra producida por estrechas aspilleras puestas arriba a distancias uniformes, para ventilar y para que no sea completamente tenebroso este lugar, que es una angosta galería que no sé para lo que sirve, pero que me da la impresión de que da la vuelta por todo el patio. Quizás había sido hecha como protección, como refugio, para hacer dobles y, por tanto, más resistentes los muros de los pórticos, que forman como cinturones de protección para el Templo propiamente dicho, para el Santo de los Santos. En fin, no sé. Digo lo que veo. Olor de humedad, de esa humedad que no se sabe decir si es frío o no, como en ciertas bodegas.

«¿Y qué hacemos aquí?» pregunta Tomás.

«¡Calla! Me ha dicho Zacarías que vendrá, y que estemos callados y parados» responde Judas Tadeo.

«¿Pero... podemos fiarnos?».

«Eso espero».

«No temáis. Ese hombre es bueno» consuela Jesús.

Afuera, el tumulto se aleja. Pasa tiempo. Luego, un rumor sordo

de pasos y una pequeña luz trémula que se acerca desde profundidades obscuras.

«¿Estás ahí, Maestro?» dice una voz que quiere ser oída pero teme que la oigan.

«Sí, Zacarías».

«¡Alabado sea Yeohveh! ¿He tardado? He tenido que esperar a que corrieran todos hacia las otras salidas. Ven, Maestro... Tus apóstoles... He podido decirle a Simón que vayan todos hacia Betesda y que esperen. Por aquí se baja... Poca luz. Pero camino seguro. Se baja a las cisternas... y se sale hacia el Cedrón. Camino antiguo. No siempre destinado a buen uso, pero esta vez sí... y esto lo santifica...».

Bajan continuamente en medio de sombras quebradas sólo por la llamita tembleteante de la lámpara, hasta que un claror distinto se vislumbra en el fondo... y detrás el claror del verde, que parece lejano... Una verja —tan maciza y apretada que es casi puerta— termina la galería.

«Maestro, te he salvado. Puedes marcharte. Pero, escúchame: no vuelvas durante un tiempo. No podría servirte siempre sin ser notado; y... olvida, olvidad *todos* este camino, y a mí que os he guiado aquí» dice Zacarías, moviendo unos artificios que hay en la pesada verja, y entreabriendo ésta lo indispensable para dejar salir a las personas. Y repite: «Olvidad, por piedad hacia mí».

«No temas. Ninguno de nosotros hablará. Dios esté contigo por tu caridad». Jesús alza la mano y la pone encima de la cabeza agachada del joven.

Sale, seguido de sus primos y de los otros. Se encuentra en un pequeño espacio llano —casi no caben todos—, agreste, con zarzas, frente al Monte de los Olivos. Un senderito de cabras baja entre las zarzas hacia el torrente.

«Vamos. Subiremos luego a la altura de la puerta de los Ovejas y Yo con mis hermanos iré a casa de José, mientras vosotros vais a Betesda por los otros y venís. Iremos a Nob mañana al añochecer después del ocaso».

508. Juan será la luz de Cristo hasta el final de los tiempos. El pequeño Marcial-Manasés acogido por José de Seforí.

7 de octubre de 1946.

[1]La casa de José no es la de José de Arimatea, sino la de un viejo 508.1
galileo de Seforí, amigo de los hijos de Alfeo y especialmente de los

mayores, porque era amigo, quizás también un poco pariente, del viejo y ya difunto Alfeo. Y, si no me equivoco, está también muy relacionado con los hijos de Zebedeo por el comercio del pescado seco, que desde el lago de Genesaret se lleva a la capital junto con los otros productos de Galilea estimados por los galileos desarraigados que están en Jerusalén. Esto es lo que deduzco de lo que hablan los dos hijos de Alfeo y Juan y Tomás.

Jesús, sin embargo, está un poco detrás, con Manahén, al que da el encargo de ir donde José de Arimatea y donde Nicodemo con el ruego de que vayan a verle. Manahén ejecuta esto en seguida. Jesús se reúne todavía un momento con los tres para recomendar una vez más que sean prudentes en lo que dicen "por amor hacia el levita que los ha puesto a salvo", luego se separa y con pasos largos se echa
508.2 a andar por un caminucho... [2]Pero pronto le da alcance Juan.

«¿Por qué has venido?».

«No podíamos dejarte así solo... y he venido yo».

«¿Y crees que podrías defenderme tú solo contra tantos?».

«No estoy seguro. Pero al menos moriría antes de ti. Y eso me bastaría».

«Morirás mucho tiempo después de mí, Juan. Pero no te sientas contrariado por ello. Si el Altísimo te deja en el mundo es para que le sirvas y sirvas a su Verbo».

«Pero después...».

«Después servirás. ¡Cuánto deberías vivir para servirme como nuestros dos corazones querrían! Pero incluso después de muerto me servirás».

«¿Cómo lo voy a hacer, Maestro mío? Si estoy contigo en el Cielo te adoraré. Pero no podré servirte en la Tierra una vez que la haya dejado...».

«¿Estás seguro? Bueno pues te digo que me servirás hasta mi nueva venida, hasta la venida final. Muchas cosas aridecerán antes de la última hora, cuales ríos que se secan y pasan a ser tierra polvorienta y pedruscos secos, habiendo sido bonito curso de agua azul y saludable. Pero tú serás todavía río con el sonido de mi palabra y el reflejo de mi luz. Serás la suprema luz que quede para recuerdo de Cristo. Porque serás luz enteramente espiritual, y los últimos tiempos serán lucha de tinieblas contra luz, de carne contra espíritu. Los que sepan perseverar en la fe encontrarán fuerza, esperanza, confortación, en lo que dejarás después de ti y que será todavía tú mismo... y que, sobre todo, será todavía Yo mismo, porque Yo y tu nos queremos, y donde tú estás Yo estoy y donde Yo estoy tú estás. Prometí a Pedro que la Iglesia, que tendrá como cúspide y como base mi Pie-

dra, no será desarticulada por el Infierno, con sus repetidos y cada vez más feroces asaltos; mas ahora te digo que aquello que será todavía Yo mismo, y que tú dejarás como luz para quien busca la Luz, no será destruido, a pesar de que el Infierno trate —y tratará— de cancelarlo usando todos los modos. Te digo más: incluso aquellos que * crean en mí imperfectamente, porque aun recibiéndome a mí no recibirán a mi Pedro, acudirán siempre a tu faro, como barquichuelos sin piloto y sin brújula que se dirigen hacia una luz en medio de *su* tempestad, porque luz quiere decir todavía salvación».

«¿Pero qué es lo que dejaré, Señor mío? Yo soy... pobre... ignorante... Tengo sólo el amor...».

«Eso es lo que dejarás: el amor. Y el amor hacia tu Jesús será palabra. Y muchos, muchos, incluso entre aquellos que no pertenezcan a mi Iglesia, que no sean de iglesia alguna, pero que busquen luz y consuelo, movidos por el aguijón de su espíritu insatisfecho y por la necesidad de compasión en las penas, irán a ti y me encontrarán a mí».

«Quisiera que los primeros en encontrarte fueran estos crueles judíos, estos fariseos y escribas... Pero no sirvo para tanto...».

«No entra cosa alguna donde ya hay llenura. Pero no te desalientes. Tú... [3]Bueno, ya estamos donde José. Llama. Vamos a entrar». 508.3

Es una casa estrecha y alta. Al lado tiene un almacén bajo y maloliente de mercancías apiladas; y, al lado de éste, un patio, obscuro a causa de las paredes que se alzan por encima de él, un patio con aspecto casi de posada (como eran entonces las posadas): pórticos para las mercancías, cuadras para los burros, cuartitos, o grandes estancias, para los huéspedes. Aquí hay un patio malamente adoquinado; un pilón, dos cuadras bajas y obscuras, un rústico cobertizo que hace de pórtico, adosado a la casa y con una portezuela que da al almacén. Al lado de éste está la casa que he dicho, vieja, obscura, con una puerta alta y estrecha que se abre sobre tres peldaños de piedra consumida por el uso.

Juan llama a la puerta y espera hasta que un ventanillo se abre y una cara rugosa de anciana escruta desde la penumbra: «¡Oh, Juan! Abro en seguida. Dios sea contigo» dice la boca que pertenece a esa cara rugosa, y la puerta se abre con mucho ruido de cerrojos.

«No estoy solo, María. Está conmigo el Maestro».

«La paz también a Él, honor de Galilea. Y feliz el día que trae los pies del Santo a la casa de un verdadero israelita. Entra, Señor. Voy inmediatamente a avisar a José. Está haciendo las últimas entregas,

* *...no recibirán a mi Pedro...* En una copia mecanografiada MV anota: *Alude a los futuros protestantes.*

porque el ocaso viene solícito en el triste Etanim».

«Déjale con su trabajo, mujer. Nos vamos a detener hasta mañana».

«Gran alegría para nosotros. Te esperábamos desde hacía tiempo. Y, también, hace días tu hermano José ha mandado a alguien para pedir noticias tuyas. Pero mi marido te explicará mejor. Pues aquí puedes estar... Te dejo, Señor, porque estoy ultimando el pan. Antes del ocaso debe estar cocido. Para cualquier cosa que quieras, Juan sabe dónde encontrarme».

«Ve en paz. No nos hace falta nada, aparte de hospedarnos».

508.4 [4]Se quedan solos durante un tiempo. Luego una carita de tez morena se asoma por la cortina que separa de un pasillo la habitación, y da una ojeada, tímida y curiosa al mismo tiempo.

«¿Quién es ese niño?» pregunta Jesús a Juan.

«No lo sé, Señor. No estaba las otras veces. La verdad es que desde que estoy contigo, aquí, por el padre mío, no he vuelto. Ven aquí, niño».

El niño se acerca con pasos cortos.

«¿Quién eres?».

«No te lo digo».

«¿Por qué?».

«No quiero que se me digan cosas feas. Si las dices te contesto, y José no quiere».

«¡Ésta si que es nueva! Maestro, ¿qué piensas Tú?», y Juan ríe, divertido por las razones del hombrecito.

También Jesús sonríe, pero alza la mano y acerca hacia sí al niño. Le observa. Luego dice: «¿Y tú sabes quién soy?».

«¡Sí que lo sé! Eres el Mesías. El que hará todo el mundo suyo, y entonces no se les dirá cosas feas a los niños como yo».

«¿No eres de Israel, verdad?».

«Soy circunciso... Hizo mucho daño... Pero, pero hacía daño también el hambre y... el no tener ya a mi mamá... y a nadie... Pero todavía hace daño el oír que se... que nos...» habiendo perdido toda la intrepidez inicial, llora.

«Debe ser algún huérfano extranjero, Juan. José debe haberle recogido por compasión y circuncidado...» explica Jesús a Juan, que

508.5 está asombrado de las razones y del llanto. [5]Y Jesús levanta al niño a pulso y se le pone encima de las rodillas. «Dime tu nombre, niño. Yo te quiero. Jesús quiere a todos los niños y especialmente a los huerfanitos. Yo también tengo uno, que se llama Margziam y que...».

«Yo también así, porque yo (la pequeña voz se hace susurro ape-

nas perceptible) porque yo soy romano...».

«¡Te lo había dicho! ¿Y eres huérfano, verdad?».

«Sí... De mi padre no me acuerdo. De mi mamá, sí. Murió cuando yo ya era grande... y me quedé solo, y ninguno me quería consigo. Desde Cesarea a pie, detrás de los viandantes, después de que el patrón se marchó otra vez, lejos. Y mucha hambre. Y, si decía el nombre, palos... Porque se comprendía por el nombre, ¡¿eh?! Luego vine aquí, durante una fiesta, y tenía hambre. Entré en los establos con una caravana y me escondí entre la paja, para comer el pienso y las algarrobas de los asnos. Y un burro me mordió y grité y vinieron y * me querían pegar. Pero José dijo: "No, Él lo ha hecho y dice que se haga lo que Él hace. Tomo al niño y le haré israelita". Y me tomó consigo y me cuidó junto con María. Me puso otro nombre, porque el mío... Pero mi mamá me llamaba Marcial...», y las lágrimas vuelven a gotear.

«Y Yo te llamaré Marcial, como tu mamá. Es muy bueno lo que ha hecho José contigo. Debes quererle mucho».

«Sí. Pero más a ti. Lo dice él. Dice siempre: "Si un día te encuentras con Jesús de Nazaret, el Mesías, ámale con todo tu ser, porque es por Él por quien estás salvado del error". María decía allí, a la criada, que estaba en casa el Mesías, y he venido para ver al que me había salvado».

«No sabía que José hubiera hecho esto. Era tan... celoso... Jamás habría pensado que pudiera... ¡Pobre José! Celoso y desencantado de sus hijos. No han respetado su pelo blanco».

«Lo sé. Pero, ¿ves?, quizás en este niño se renueva... y olvida. Dios le compensa así la obra hecha con el niño. ¿Cómo te llamas ahora?».

«Con un feo nombre. No me gusta aunque sólo sea porque empieza como el mío: ¡Me llamo Manasés!... Pero María, que comprende, me llama "Man"». Y el niño lo dice con una carita tan acongojada, que Jesús y Juan no pueden contenerse la sonrisa.

Pero Jesús, para consolarle, explica: «Manasés es un nombre que para nosotros tiene un dulce significado. Quiere decir: el Señor me ha hecho olvidar todo dolor. José te lo ha puesto queriendo significar que tú le vas a hacer olvidar todos sus dolores. Y lo harás, niño, para mostrarle agradecimiento. Tú mismo, con el nuevo nombre, te dices que el Señor te ha amado tanto que te ha dado un nuevo padre, una madre y una casa. ¿No es verdad?».

---

* *Él lo ha hecho...* se refiere a cuando Jesús recogió al huérfano Yabés, luego llamado Margziam, dando así un ejemplo a seguir.

«Sí. Explicado así, sí... Pero José dice que debo olvidar también mi casa. ¡No quiero olvidar a mi mamá!».

Jesús mira a Juan, y Juan mira al Maestro, y por encima de la cabecita morena hay toda una conversación de miradas...

«No se debe olvidar a la propia mamá, niño. José se ha explicado mal, o mejor: tú has comprendido mal. Sin duda quería decir que debes olvidar todo el dolor de tu pasado, el dolor de tu casa, porque ahora tienes ésta y tienes que ser feliz».

«¡Ah, así sí! Y María es buena y me hace feliz. Ahora me está haciendo las tortas. Voy a ver si están hechas y te las traigo también a ti», y se desliza hasta el suelo desde las rodillas de Jesús y corre afuera de la habitación. El ruido de los piececitos descalzos se pierde en el largo pasillo.

«¡Esta tendencia persiste siempre, incluso en los mejores de nosotros! ¡Pretender lo imposible! ¡Son más severos que Dios los hijos de su pueblo! ¡Pobre niño! ¿Se puede, acaso, pretender que un hijo olvide a la madre porque ahora sea circunciso? Se lo voy a decir a José».

«No tenía ninguna noticia de que hubiera hecho esto. Mi padre, como muchos galileos, baja aquí durante las fiestas. Y no me ha ha-
508.6 blado, como no sabiendo la cosa... [6]¡Ah!, oigo la voz de José...».

Jesús se pone en pie y Juan hace lo mismo, preparados ambos para saludar con los debidos honores al jefe de la casa, que entra y a su vez hace profundas reverencias para terminar arrodillándose a los pies de Jesús.

«Álzate, José. He venido. Ya lo ves».

«Perdona si te he hecho esperar. ¡El viernes es siempre un gran día! A ti la salud, Juan. ¿Tienes noticias de Zebedeo?».

«No, desde los Tabernáculos. Ahí le vi».

«Pues ahora sabes que está bien, y lo mismo Salomé. Noticias frescas, de esta mañana, con la última carga de pescado. Y también a ti, Maestro, te puedo decir que todos tus parientes están bien en Nazaret. Al día siguiente del sábado, el que ha venido partirá. Si queréis enviar noticias... ¿Estáis solos?».

«No. Dentro de poco estarán aquí los otros...».

«¡Bien! Hay sitio para todos. Ésta es una casa fiel. Siento que María haya estado ocupada con el pan y yo con las ventas. Dejados así solos... No te hemos dado el honor ni ofrecido la compañía que corresponden al huésped. ¡Y *gran* huésped!».

«Un hijo de Dios como tú, José. Todos iguales, los que siguen la Ley de Dios».

«¡No, no! Tú eres Tú. No soy un necio como estos judíos. ¡Tú eres el Mesías!».

«Por voluntad de Dios. Pero por voluntad mía y deber soy hijo de la Ley como tú».

«Los que te calumnian no saben decir ni hacer lo que ahora dices y siempre haces».

«Pero tú haces mucho de lo que enseño. [7]He visto al niño, José...». 508.7

«¡Ah!, ¿le has visto? ¡Ha venido! ¡Sabe que no quiero! Por ti... me agrada. Pero podías no haber sido Tú...».

«¿Y entonces? ¿Qué habría sucedido?».

«Que... ¡bueno, que no me gusta!».

«¿Por qué, José? ¿Por no recibir alabanzas? Tu idea es encomiable, pero el niño podría pensar que te avergüenzas de mostrarle...».

«¡Y es verdad!».

«¿Es verdad? ¿Por qué? Explícame esto».

«Pues mira, el niño no ha nacido hebreo de hebreos, ni siquiera de prosélitos, y ni siquiera de mujer hebrea y padre gentil. Es hijo de dos romanos, libertos de casa de un romano que estaba en Cesarea Marítima y que había tenido consigo al niño mientras estuvo allí. Pero, cuando partió, no se ocupó de él y se quedó solo. Los hebreos, naturalmente, no le acogieron. Los romanos... Tú sabes lo que son los romanos... ¡Y además *esos* romanos de Cesarea! El niño, mendigando...».

«Sí, lo sé. Llegó aquí y tú le acogiste. Dios ha escrito tu acción en el Cielo».

«¡Y hecho de él un circunciso! Y le he cambiado el nombre. ¡El suyo! ¡Pagano! ¡Idólatra! Pero no quiero que esté a la vista de la gente y que recuerde su pasado».

«¿Por qué, José?» pregunta dulcemente Jesús, y continúa: «El niño sufre por esto. Se acuerda de su madre. ¡Es comprensible!».

«Pero también es comprensible mi deseo de no ser criticado por haber acogido a un...».

«A un inocente. Solamente esto, José. ¿Por qué temes el juicio de los hombres cuando un juicio más alto, el divino, sanciona tu acto como santo? ¿Por qué te avergüenzas, por respeto humano o temor a represalias, de una acción buena? ¿Por qué quieres dar al niño una muestra de doblez como la que surge de haberle cambiado el nombre, de ahogar el pasado buscando, por miedo, evitar un daño? ¿Por qué quieres inculcar en el niño el desprecio hacia su padre y su madre? Mira, José, has hecho una acción digna de alabanza, pero la cubres de polvo con estas... ideas imperfectas. Has imitado un gesto mío. Has acogido mis palabras. Esto está bien. ¿Pero por qué no haces perfecta mi imitación cumpliendo abiertamente la obra y diciendo:

"Sí, el niño era romano, y yo no me he espantado de ello, porque es hijo del Creador como nosotros. Lo único, he querido que estuviera dentro de nuestra Ley y le he circuncidado"? En verdad... la verdadera circuncisión está llegando y la nueva incisión se hará en el corazón de los hombres, de donde será extirpado el anillo estrangulador de la ternaria concupiscencia; así que, si... bueno si el niño hubiera seguido en su ingenuidad hasta ese momento... Pero no quiero reprenderte por esto. Has hecho bien, tú hebreo, haciéndole hebreo. Pero déjale su nombre. ¡Cuántos Marciales, Cayos, Félix, Cornelios, Claudios, etc. serán del Cristo y del Cielo! Puede estar él también entre ellos, el niño que no sabe de hebreos ni de gentiles, el niño que llegará a la eterna mayoría de edad cuando la verdadera y nueva Ley quede fundada con el nuevo Templo y con los nuevos sacerdotes, y no como tú crees, sino examinado por Dios y hallado digno de su verdadero Templo. Déjale con el nombre que su madre le dio. Es una caricia materna todavía para él. Comprendo lo que has querido decir llamándole Manasés, pero déjale Marcial. Y a quien te pregunte puedes decirle: "Sí, es Marcial; casi como el discípulo del Cristo, al que le dio el nombre María". Sé valiente en el bien, José. Y serás grande, muy grande».

«Maestro... como Tú quieras. No quiero causarte desagrado. ¿Y crees que... he hecho bien también como hombre?».

«Has hecho bien. Tu dolor te ha hecho bueno. Por lo cual, es bueno todo lo que has hecho, y también esto».

Unos golpes en la puerta de la calle interrumpen la conversación.

509. El anciano sacerdote Matán acogido con los apóstoles y discípulos que han huido del Templo.

8 de octubre de 1946.

509.1 [1]Pedro entra y cae en el mismo estado de abatimiento en que cayó en el Jordán después de vadear en Betabara: se relaja derrengado en el primer asiento que encuentra y mete la cabeza entre las manos. Los otros no están tan abatidos. Pero turbados, pálidos, yo diría: desconcertados, lo están todos; unos más, otros menos. Los hijos de Alfeo, Santiago de Zebedeo y Andrés no responden casi al saludo de José de Seforí y de la mujer de éste (la cual llega con una anciana criada y con pan caliente y alimentos varios). Margziam presenta signos de haber llorado. Isaac acude hacia Jesús y le toma la mano y se la acaricia susurrando: «Igual que en la noche de la matanza... Y otra vez salvo. ¡Oh, mi Señor, hasta cuándo? ¿Hasta cuándo podrás sal-

varte?». Éste es el grito que abre las bocas, y todos, confusamente, hablan, refiriendo los maltratos, las amenazas, los miedos sufridos...

[2]Otro golpe en la puerta. «¡¿Oye no nos habrán seguido?! ¡Ya había dicho yo que vinieramos en pequeños grupos!...» dice Judas Iscariote. 509.2

«Hubiera sido mejor, sí. Los tenemos siempre pisándonos los talones. Pero ya...» dice Bartolomé.

José, aunque con pocas ganas, va personalmente a mirar por el ventanillo mientras su mujer dice: «Desde la terraza podéis bajar a las cuadras y de allí al huerto de atrás. Os lo voy a mostrar...». Pero, mientras se encamina, su marido exclama: «¡El Anciano José! ¡Qué honor!» y abre la puerta y deja entrar a José de Arimatea.

«Paz a ti, Maestro. Estaba y he visto... Saliendo yo del Templo profundamente asqueado, Manahén me ha encontrado. Y no poder intervenir, no poder hacerlo, para serte más útil y... ¡Oh!, ¿estás también tú aquí, Judas de Keriot? Tú podrías hacerlo, tú que eres amigo de tantos. ¿No sientes el deber de hacerlo, tú que eres su apóstol?».

«Tú eres discípulo...».

* «No. Si lo fuera, le seguiría como le siguen otros. Soy un amigo suyo».

«Es lo mismo».

«No. También Lázaro es amigo suyo, y no querrás decir que es discípulo...».

«En el alma, sí».

«Todos los que no son diablos son discípulos de su palabra, porque la sienten palabra de Sabiduría».

La pequeña disputa entre José y Judas de Keriot se agota, mientras José de Seforí, comprendiendo ahora —no antes— que algo malo ha sucedido, pregunta a éste o a aquél con interés y muestras de dolor. «¡Hay que decírselo a José de Alfeo! ¡Eso hay que decirlo! Y encargaré... ¿Qué quieres, José?» pregunta, volviéndose al Anciano, que le ha tocado el hombro para preguntarle algo.

«Nada. Sólo quería felicitarte por tu buen aspecto. Éste es un buen israelita. Fiel y justo en todo. ¡Sí, yo lo sé! De él se puede decir que Dios le ha probado y conocido...».

Otra llamada a la puerta. Los dos Josés se dirigen juntos hacia ella para abrirla, y veo que José de Arimatea se inclina para decirle al oído algo al otro, que reacciona con un gesto de viva sorpresa y se vuelve un momento a mirar hacia los apóstoles. Luego abre la puerta.

* *un amigo suyo*, como en 505.1, donde se explica la diferencia entre *discípulos* y *amigos* de Jesús.

509.3 [3]Nicodemo y Manahén entran, seguidos de todos los pastores-discípulos presentes en Jerusalén, o sea, de Jonatán y de los que fueron discípulos de Juan el Bautista. Luego, con ellos, está el sacerdote Juan junto con otro muy anciano, y Nicolái. Y, al final de todos, Nique con la jovencita que le ha sido confiada por Jesús, y Analía con su madre. Se quitan el velo que esconde sus caras y aparecen sus rostros turbados.

«¡Maestro! ¿Pero qué te está sucediendo? Lo he sabido... antes por la gente que por Manahén... La ciudad está llena de estas voces, como una colmena de zumbidos. Y los que te aman te buscan con solicitud en los lugares donde piensan que estás. Claro, también han ido a tu casa, José... Yo misma estaba yendo a las casas de Lázaro... ¡Esto es demasiado! ¿Cómo te has salvado?».

«La Providencia ha velado en defensa de mí. No lloren las discípulas; antes bien, bendigan al Eterno y fortalezcan el propio corazón. Y, a todos vosotros, gracias y bendiciones. No está del todo muerto el amor en Israel. Y ello me consuela».

«Sí. Pero no vayas más al Templo, Maestro. Durante mucho no vayas. ¡No vayas!». Las voces son unánimes al decir estas palabras, y el angustioso "no vayas" retumba entre las robustas paredes de la vieja casa con voz de suplicante advertencia.

El pequeño Marcial, encondido en alguna parte, siente ese rumor y, curioso, acude y mete la carita en la fisura de la cortina. Y al ver a María va donde ella y se refugia entre sus brazos por temor a la reprensión de José de Seforí. Pero José está demasiado intranquilo y ocupado en escuchar a uno o a otro, en aconsejar, en aprobar, etc. como para ocuparse de él, y le ve sólo cuando el niño —al que la anciana María ha dicho algo— va donde Jesús y, echándole los brazos al cuello, le besa. Jesús le ciñe con un brazo y le arrima a sí, mientras responde a los muchos que le dicen lo que creen que sea mejor hacer.

«No. No me muevo de aquí. A casa de Lázaro, que me esperaba, id vosotros a decir que no puedo. Yo, galileo y amigo de años de la familia, me quedo aquí hasta el ocaso de mañana. Y luego... pensaré a dónde ir...».

«Siempre dices esto, y luego vuelves allá. Pero ya no te dejaremos ir. Yo al menos. Verdaderamente te he creído perdido...» dice Pedro, y dos lágrimas se le forman de nuevo en la comisura de sus ojos abombados.

509.4 [4]«Nunca he visto una cosa así. Y ya basta. Esto me ha hecho decidirme. Si no me rechazas... Estoy ya demasiado viejo para el altar, pero para morir por ti valgo todavía. Y moriré, si hace falta, entre el

* vestíbulo y el altar, como el sabio Zacarías; o como Onías, defensor del Templo y del Tesoro, moriré fuera del sagrado recinto al que he consagrado mi vida. ¡Pero Tú me abrirás un lugar más santo! ¡No, no puedo seguir viendo la abominación! ¿Por qué mis viejos ojos han tenido que ver tanto? ¡La abominación vista por el Profeta está ya dentro de los muros, y sube, sube como un movimiento de aguas que la riada empuja para sumergir a una ciudad! ¡Sube, sube! Invade los patios y los pórticos, supera los escalones, penetra más adelante. ¡Sube! ¡Sube! ¡Choca ya contra el Santo! ¡La ola fangosa lame ya las piedras que pavimentan el sagrado lugar! ¡Ensombrece los exquisitos colores! ¡Ensucia ya el pie del Sacerdote! ¡Moja la túnica! ¡Empapa el efod! ¡Vela las piedras del racional y ya no se pueden leer las palabras! ¡Oh! ¡Oh! Las ondas de la abominación suben hasta el rostro del Sacerdote Sumo y lo embadurnan, y la Santidad del Señor está debajo de una costra de fango, y la tiara es como un tejido caído en un pantano lodoso. ¡Fango! ¡Fango! ¿Pero sube desde fuera, o es que desde lo alto del Moria rebosa y cae sobre la ciudad y sobre todo Israel? ¡Padre Abraham! ¡Padre Abraham! ¿No querías encender allí el fuego del sacrificio para que resplandeciera el holocausto del corazón fiel? ¡Ahora, donde debía haber fuego, brota lodo a borbotones! Isaac está en medio de nosotros y el pueblo le inmola. Pero si pura es la Víctima... si pura es la Víctima... emponzoñados están los sacrificadores. ¡Anatema sobre nosotros! ¡Encima del monte el Señor verá la abominación de su pueblo!... ¡Ah!», y el viejo, que está con el sacerdote Juan, cae abatido al suelo, se cubre la cara y rompe en un desolado llanto de anciano.

«Te le traía... Hace mucho que quiere... Pero hoy, después de lo que ha visto, nadie podía retenerle... El anciano Matán (o Natán) tiene frecuentemente espíritu profético, y si bien la vista de sus pupilas se vela cada vez más, la de su espíritu cada vez más se ilumina. Acepta a mi amigo, Señor» dice el sacerdote Juan.

«No rechazo a nadie. Álzate, sacerdote, y alza el espíritu. En lo alto no hay fango. Y el fango no toca a quien sabe estar arriba».

El viejo se alza (pero, lleno de reverencia, antes de hacerlo, toma el borde extremo de la túnica de Jesús y lo besa).

[5]Las mujeres, especialmente Analía, todavía lloran en su velo, 509.5
conmovidas. Las palabras del anciano aumentan su llanto. Jesús las llama y ellas, desde su rincón, van cabizbajas hasta el Maestro. Si Nique y la madre de Analía saben reprimir el llanto y tenerle casi

---

* *como el sabio Zacarías; o como Onías,* en *2 Crónicas 24, 17-22; 2 Macabeos 4, 30-35; La abominación vista por el Profeta,* en *Daniel 9, 27; 11, 31; 12, 11; encender allí el fuego del sacrificio,* en *Génesis 22, 1-18.*

celado, la joven discípula solloza abiertamente, sin contención respecto a quienes la observan no con el mismo sentimiento.

«Perdónala, Maestro. Te debe la vida y te ama. No soporta pensar que te dañen. Y además se ha quedado tan... sola y tan... triste después de que...» dice la madre.

«¡No, no es por eso! ¡No, no es por eso! ¡Señor! ¡Maestro! ¡Salvador mío! Yo... Yo...». Analía no logra hablar, parte por los sollozos, parte por vergüenza, o por otros motivos.

«Ha temido represalias porque es discípula. Sin duda es por eso. Muchos se marchan por ese motivo...» dice Judas Iscariote.

«¡No! ¡Menos todavía por eso! Tú no comprendes nada, hombre, o es que prestas tu pensamiento a otros. Pero Tú, Señor, sabes por qué lloro. Mi temor ha sido que hubieras muerto y que no te hubieras acordado de la promesa...» termina en suspiro, después de haber dicho con fuerza las primeras palabras, al rebelarse a la insinuación de Judas. *

Jesús le responde: «Nunca olvido. No temas. Ve a tu casa tranquila a esperar la hora de mi triunfo y de tu paz. Ve. De un momento a otro se pondrá el Sol. Retiraos, mujeres. Y la paz sea con vosotras».

«Señor, no querría dejarte...» dice Nique.

«La obediencia es amor».

«Es verdad, Maestro. Pero por qué no yo también como Elisa?».

«Porque tú me eres útil aquí como ella en Nob. ¡Ve, Nique, ve! Que algunos hombres acompañen a las mujeres para que no sean importunadas».

509.6 [6]Manahén y Jonatán se preparan a obedecer. Pero Jesús para a Jonatán preguntándole: «¿Entonces vuelves a Galilea?».

«Sí, Maestro. El día después del sábado. Me manda mi patrón».

«¿Tienes sitio en el carro?».

«Voy solo, Maestro».

«Entonces llevarás contigo a Margziam y a Isaac. Tú, Isaac, sabes lo que debes hacer; y tú también, Margziam...».

«Sí, Maestro» responden los dos, Isaac con su pacífica sonrisa, Margziam con un temblor de llanto en la voz y en los labios.

Jesús le acaricia y Margziam, olvidando todo comedimiento, se deja caer sobre su pecho y dice: «¡Dejarte... ahora que te persiguen todos!... ¡Oh, Maestro mío! ¡No volveré a verte!... Has sido todo mi Bien. ¡Todo he encontrado en ti!... ¿Por qué me mandas irme? ¡Déjame morir contigo! ¿Qué crees que me importe ya la vida, si no te tengo a ti?».

---

* *promesa*, pedida y obtenida en 156.5/6.

«Te digo a ti lo que le he dicho a Nique. La obediencia es amor».

[7]«¡Me voy! ¡Bendíceme, Jesús!». Jonatán se marcha con Manahén, con Nique y las otras tres mujeres. También los otros discípulos se marchan en pequeños grupos. 509.7

Sólo cuando la habitación —antes muy llena— casi se vacía, se nota la falta de Judas de Keriot. Y muchos se sorprenden, porque estaba allí poco antes y no ha recibido ningún encargo.

«Habrá ido a comprar para nosotros» dice Jesús para impedir comentarios, y sigue hablando con José de Arimatea y Nicodemo, que son los únicos que, junto con los once apóstoles y Margziam, se han quedado. Margziam está al lado de Jesús con la avidez de disfrutar de Él estas últimas horas. Así, Jesús está entre Margziam, jovencito, y Marcial, niño, morenitos, delgaditos, igualmente infelices en su niñez e igualmente recogidos en nombre de Jesús por dos buenos israelitas.

José de Seforí y su esposa se han eclipsado prudentemente para dejar libre al Maestro.

[8]Nicodemo pregunta: «¿Quién es este niño?». 509.8

«Es Marcial. Un niño que José ha tomado como hijo».

«No lo sabía».

«Nadie, o casi nadie, lo sabe».

«Muy humilde, ese hombre. Otro habría sacado a relucir su acción» observa José.

«¿Tú crees?... Marcial, ve a enseñarle la casa a Margziam...» dice Jesús. Y, una vez que los dos se han marchado, sigue hablando: «Estás en un error, José. ¡Qué difícil es juzgar con justicia!».

«Pero, Señor, recoger a un huérfano, porque está claro que es un huérfano, y no jactarse de ello, es humildad».

«El niño, lo dice su nombre, no es de Israel...».

«¡Ah, ahora entiendo! Hace bien entonces en tenerle oculto».

«Pero ha sido circuncidado...».

«No importa... Ya sabes... También Juan de Endor estaba circuncidado... y fue para ti ocasión de censura. José, que además es galileo, podría tener problemas, a pesar de la circuncisión. Hay muchos huérfanos también en Israel... La verdad es que con ese nombre... y con el aspecto...».

«¡Hay que ver: sois todos "Israel", incluso los mejores; incluso cuando hacéis el bien no comprendéis y no sabéis ser perfectos! ¿No entendéis todavía que Uno solo es el Padre de los Cielos, y que todas las criaturas son hijas suyas? ¿No entendéis todavía que el hombre puede recibir un único premio o un único castigo, que sean verdaderamente premio o castigo? ¿Por qué haceros esclavos del miedo a los

hombres? ¡Ah!, esto es el fruto de la corrupción de la Ley divina, tan trabajada, tan oprimida por leyezuelas humanas, que se llega a ofuscar y a obscurecer incluso el pensamiento del justo que la practica. ¿Acaso en la Ley mosaica —y, por tanto, divina—, o en la premosaica —únicamente moral, o surgida por inspiración celeste— está escrito que el que no era de Israel no podía entrar a formar parte de él? ¿No se lee en el Génesis: "Cumplidos ocho días, todo niño varón que esté * entre vosotros sea circuncidado; tanto el nacido en casa como el comprado, *aunque no sea de vuestra estirpe*, sea circuncidado"? Esto estaba escrito. Cualquier otro añadido es vuestro. Se lo he dicho a José y os lo digo a vosotros. Pronto ya no tendrá excesiva importancia la circuncisión antigua. Una nueva, y más verdadera, será aplicada, y en parte más noble. Pero mientras la primera siga, y vosotros, por fidelidad al Señor, la apliquéis al varón nacido de vosotros, o adoptado por vosotros, no os avergoncéis de haberlo hecho en carne de otra estirpe. La carne es del sepulcro, el alma es de Dios. Se circuncida la carne al no poder circuncidar lo que es espiritual. Pero la señal santa resplandece en el espíritu. Y el espíritu es del Padre de todos los hombres. Meditad en esto».

509.9 [9]Un momento de silencio. Luego José de Arimatea se levanta y dice: «Me marcho, Maestro. Ven mañana a mi casa».

«No. Es mejor que no vaya».

«Entonces a la mía, a la casa que está en el camino que del monte de los Olivos va hacia Betania. Allí hay paz y...».

«Tampoco. Iré al monte de los Olivos. Para orar... Pero mi espíritu busca soledad. Os ruego que me consideréis disculpado».

«Como quieras, Maestro. Y... no vayas al Templo. La paz a ti».

«La paz a vosotros».

Los dos se marchan...

«¡Yo quisiera saber a dónde ha ido Judas!» exclama Santiago de Zebedeo. «Yo diría que donde los pobres. ¡Pero está aquí la bolsa!».

«No haced caso... Vendrá...».

Vuelve María de José con unas lámparas, porque la luz ya no rompe el espesor de la plancha de mica puesta como lucernario en la espaciosa habitación. Y vuelven los dos chicos.

«Estoy contento de dejarte con uno que tiene casi mi nombre. Así, cuando le llames a él, te acordarás de mí» dice Margziam.

Jesús le estrecha contra sí.

Vuelve también Judas —le ha abierto la criada—. Entra seguro de sí, sonriente, atrevido. «Maestro, quería ver... La tempestad está

---

* *se lee en el Génesis*, en *Génesis 17, 12.*

calmada. He acompañado a las mujeres... ¡Qué miedosa esa jovencita! No te he dicho nada porque me lo habrías impedido, y quería ver si había peligro para ti. Pero ya ninguno piensa en ello. El sábado vacía las calles».

«Bueno, bien. Ahora vamos a estar aquí en paz y mañana...».

«¡No querrás ya ir al Templo!» gritan los apóstoles.

«No. A nuestra sinagoga, donde hay buenos galileos fieles».

510. La curación de un ciego de nacimiento.

10 de octubre de 1946.

[1]Jesús sale junto con sus apóstoles y José de Seforí en dirección a la sinagoga. El día alegra, terso y sereno, cual promesa de primavera, después de días de viento y nubes llenas de invierno. Así que muchos de Jerusalén están en las calles: unos, camino de las sinagogas; otros, volviendo de éstas o de otros lugares; otros, con la familia y con la intención de salir de la ciudad para disfrutar del sol del campo. Por la puerta de Herodes, visible desde la casa de José de Seforí, se ve salir a la gente buscando alegres entretenimientos fuera de las murallas, al aire libre. Una zambullida en el verde del campo, en la amplitud, en la libertad; fuera de las calles, angostas entre las altas casas. Creo que la cintura agreste que rodeaba a Jerusalén era espontáneamente estimada por los habitantes de la ciudad, que querían conciliar la medida del sábado con su deseo de aire y sol (tomados por los caminos y no sólo en las solanas de las casas). 510.1

Pero Jesús no va hacia la puerta de Herodes. Es más, vuelve las espaldas a esta puerta para dirigirse al interior de la ciudad. Pero, habiendo recorrido sólo unos pocos pasos por la calle más ancha —en la cual desemboca la callecita donde se encuentra la casa de José de Seforí—, Judas de Keriot le señala la presencia de un joven que viene en dirección contraria, tentando la pared con un bastón, hacia arriba la cabeza carente de ojos, con el típico modo de andar de los ciegos. Sus vestidos son pobres, pero limpios, y debe ser una persona conocida por muchos de los habitantes de Jerusalén, porque más de uno le señala, y algunas personas se acercan a él y le dicen: «Hombre, hoy has confundido el camino. Todos los caminos del Moria están ya atrás. Ya estás en Beceta».

«Hoy no pido limosna de dinero» responde el ciego con una sonrisa, y sigue andando, sonriente todavía, hacia el norte de la ciudad.

[2]«Maestro, obsérvale. Tiene los párpados soldados. Es más, yo diría que no tiene párpados. La frente se une a las mejillas sin ningu- 510.2

na oquedad, y parece como si debajo no estuvieran los globos de los ojos. El pobre ha nacido así. Y así morirá, sin haber visto una sola vez la luz del Sol ni el rostro de los hombres. Ahora, dime, Maestro: para recibir este castigo tan grande, sin duda pecó; pero, si es ciego de nacimiento, como lo es, ¿cómo pudo pecar antes de nacer? ¿Será que pecaron sus padres y Dios los castigó haciéndole nacer así?».

También los otros apóstoles e Isaac y Margziam se arriman a Jesús para escuchar la respuesta. Y, acelerando el paso, como atraídos por la altura de Jesús, que domina al resto de la gente, acuden dos jerosolimitanos de aspecto educado y que estaban un poco detrás del ciego. Con ellos está José de Arimatea, que no se acerca, sino que, adosándose a un portal elevado sobre dos escalones, mira a todas las caras observando todo.

Jesús responde. En el silencio que se ha formado, se oyen nítidamente las palabras: «No han pecado ni él ni sus padres más de lo que pecan todos los hombres, y quizás menos; porque frecuentemente la pobreza es un freno para el pecado. No. Ha nacido así para que en él se manifiesten —una vez más— el poder y las obras de Dios. Yo soy la Luz que ha venido al mundo, para que aquellos del mundo que han olvidado a Dios, o han perdido su imagen espiritual, vean y recuerden, y para que aquellos que buscan a Dios o son ya de Él se vean confirmados en la fe y en el amor. El Padre me ha enviado para que, en el tiempo que todavía se le concede a Israel, complete el conocimiento de Dios en Israel y en el mundo. Así que debo llevar a cabo las obras de Aquel que me ha enviado, como testimonio de que puedo lo que Él puede, porque soy Uno con Él; y para que el mundo sepa y vea que el Hijo no es desemejante del Padre y crea en mí en lo que Yo soy. Después llegará la noche, en la cual ya no se puede trabajar; la tiniebla. Y el que no se haya grabado mi signo y la fe en mí, ya no podrá hacerlo en las tinieblas y en medio de la confusión, el dolor, la desolación y destrucción que cubrirán a estos lugares y aturdirán los espíritus con la agitación producida por las angustias. Pero mientras estoy en el mundo soy Luz y Testimonio, Palabra, Camino
510.3 y Vida, Sabiduría, Poder y Misericordia. [3]Ve, pues, llégate donde el ciego de nacimiento y tráemele aquí».

«Ve tú, Andrés. Yo quiero quedarme aquí y ver lo que hace el Maestro» responde Judas señalando a Jesús, que se ha agachado hacia el camino polvoriento, ha escupido en un montoncito de tierrilla y con el dedo está mezclando la tierra con la saliba y formando una pelotita de barro, y que, mientras Andrés, siempre condescendiente, va por el ciego, que en este momento está para torcer hacia la callecita donde está la casa de José de Seforí, se la extiende en los dos índices

y se queda con las manos como las tienen los sacerdotes en la Santa Misa, durante el Evangelio o la Epístola. Pero Judas se retira de su sitio diciendo a Mateo y a Pedro: «Venid aquí, vosotros que tenéis poca estatura, y veréis mejor». Y se pone detrás de todos, casi tapado por los hijos de Alfeo y por Bartolomé, que son altos.

Andrés vuelve, trayendo de la mano al ciego, que se esfuerza en decir: «No quiero dinero. Dejadme que siga mi camino. Sé dónde está ese que se llama Jesús. Y voy para pedir...».

«Éste es Jesús, éste que está enfrente de ti» dice Andrés deteniéndose delante del Maestro.

Jesús, contrariamente a lo habitual, no pregunta nada al hombre. En seguida le extiende ese poco de barro que tiene en los índices, sobre los párpados cerrados, y le ordena: «Y ahora ve, lo más deprisa que puedas, a la cisterna de Siloé, sin detenerte a hablar con nadie».

El ciego, embadurnada la cara de barro, se queda un momento perplejo y abre los labios para hablar. Luego los cierra y obedece. Los primeros pasos son lentos, como de uno que esté pensativo o se sienta defraudado. Luego acelera el paso, rozando con el bastón la pared, cada vez más deprisa (para lo que puede un ciego, aunque quizás más, como si se sintiera guiado...).

Los dos jerosolimitanos ríen sarcásticamente, meneando la cabeza, y se marchan. José de Arimatea —y me sorprende el hecho— los sigue, sin siquiera saludar al Maestro, volviendo sobre sus pasos, o sea, hacia el Templo, siendo así que por esa misma dirección venía. Así, tanto el ciego como los dos como José de Arimatea van hacia el sur de la ciudad, mientras que Jesús tuerce hacia occidente y le pierdo de vista, porque la voluntad del Señor me hace seguir al ciego y a los que le siguen.

[4]Superada Beceta, entran todos en el valle que hay entre el Moria 510.4
y Sión —me parece que he oído otras veces llamarle Tiropeo— y le recorren todo hasta Ofel; orillan Ofel; salen al camino que va a la fuente de Siloé, siempre en este orden: primero, el ciego, que debe ser conocido en esta zona popular; luego los dos; último, distanciado un poco, José de Arimatea.

José se para cerca de una casita miserable, semiescondido por un seto de boj, que sobresale rodeando el huertecillo de la mísera casa. Pero los otros dos van hasta la misma fuente y observan al ciego, que se acerca cautamente al vasto estanque y, palpando el murete húmedo, introduce en la cisterna una mano y la saca rebosando de agua, y se lava los ojos, una, dos, tres veces. A la tercera aprieta también contra la cara la otra mano, deja caer el bastón y lanza un grito como de dolor.

Luego separa lentamente las manos y su primer grito de pena se transforma en un grito de alegría: «¡Oh! ¡Altísimo! ¡Yo veo!», y se arroja al suelo como vencido por la emoción, las manos puestas para proteger los ojos, apretadas contra las sienes, por ansia de ver, por el sufrimiento de la luz, y repite: «¡Veo! ¡Veo! ¡Ésta es entonces la tierra! ¡Ésta es la luz! Ésta es la hierba que conocía sólo por su frescura...». Se levanta y, estando encorvado, como uno que lleva un peso, su peso de alegría, va al arroyo que se lleva el agua que sobra, y mira cómo fluye brillante y risueño, y susurra: «Y esto es el agua... ¡Claro! Así la sentía entre los dedos (introduce la mano en ella), fría y que no se sujeta. Pero no te conocía... ¡Ah, hermosa, hermosa! ¡Qué hermoso es todo!». Levanta la cara y ve un árbol... Se acerca a él, le toca, alarga una mano, acerca hacia sí una ramita, la mira, y ríe, ríe, y da sombra a los ojos con la mano y mira al cielo, al Sol, y dos lágrimas descienden de los párpados vírgenes abiertos para contemplar el mundo... Y baja los ojos hacia la hierba, donde una flor ondea en la cima de su tallo, y se ve a sí mismo, reflejado en el agua del arroyo, y se mira y dice: «¡Así soy yo?», y observa, asombrado, a una tórtola que ha venido a beber un poco más allá, y a una cabrita que arranca las últimas hojas de un rosal agreste, y a una mujer que viene hacia la fuente con un hijito contra su pecho. Y esa mujer le recuerda a su madre, a su madre de desconocido rostro, y, alzando los brazos al cielo, grita: «¡Bendito seas, Altísimo, por la luz, por la madre, y por Jesús!», y se echa a correr, dejando en el suelo su bastón, ya inútil...

Los dos no han esperado a ver todo esto. En cuanto han visto que el hombe veía, han ido raudos hacia la ciudad. José, sin embargo, se queda hasta el final, y, cuando el ciego que ya no es ciego pasa por delante de él como una flecha para entrar en el dédalo de callejuelas del popular barrio de Ofel, deja a su vez su lugar y vuelve sobre sus pasos, hacia la ciudad, muy pensativo...

510.5 [5]El barrio de Ofel, siempre ruidoso, ahora está se puede decir alborotado: unos corren hacia la derecha, otros hacia la izquierda; preguntas, respuestas.

«Pero le habréis confundido con otro...».

«Te digo que no. Le he preguntado: "¿Pero eres realmente tú, Sidonio, llamado Bartolmái?", y él me ha dicho: "Lo soy". Quería preguntarle cómo sucedió, pero se fue corriendo».

«¿Dónde está ahora?».

«Donde su madre, sin duda».

«¿Quién? ¿Quién le ha visto?» preguntan nuevos llegados.

«Yo. Yo» responden varios.

«¿Y cómo ha sucedido?».

«...Yo le he visto correr sin bastón, con dos ojos en la cara, y he dicho: "¡Mira! Así sería Bartolmái si..."».

«Te digo que estoy temblando a más no poder. Entrando, ha dicho: "¡Madre, te veo!"».

«Una gran dicha para los padres. Ahora podrá ayudar al padre y ganarse su pan...».

«¡Esa pobre mujer se ha sentido mal de la alegría! ¡¡Una cosa!! ¡Una cosa! Yo había ido a pedir un poco de sal y...».

«Vamos, deprisa, a oírselo a él...».

José de Arimatea se encuentra aprisionado en medio de este jaleo y, no sé si por curiosidad o si por espíritu de imitación, sigue la corriente y acaba en un callejón que no tiene salida, que si prosiguiera iría al Cedrón, donde la gente se apiña y sobrepuja con sus voces el frufrú de las aguas del torrente, engrosado por las lluvias de otoño. Y José llega allí cuando, por otra callecita que desemboca en ésta, vienen los dos de antes con otros tres: un escriba, un sacerdote y otro que no identifico por el indumento. Se abren paso con arrogancia y tratan de entrar en la casa abarrotada de gente.

La casa es: una cocina grande, negra como el alquitrán, con un rincón aislado por un rústico tabique de tablas, tras el cual hay una yacija y una puerta que da a otro cuarto que tiene una cama más grande; una puerta, abierta en la pared opuesta, deja ver un huertecito de pocos metros cuadrados. Eso es todo.

[6]El ciego curado habla arrimado a la mesa, respondiendo a los 510.6
que le preguntan, que son todos gente pobre como él, población modesta de Jerusalén, de este barrio que es quizás el más pobre de todos. Su madre, en pie al lado de él, le mira y llora secándose los ojos en su velo. El padre, un hombre ajado por el trabajo, se manosea la barba con su mano trémula. Entrar en la casa es imposible hasta para la prepotencia judía y doctoral, y los cinco tienen que escuchar desde fuera las palabras del curado.

«¿Que cómo se me han abierto? Ese hombre que se llama Jesús me ha ensuciado los ojos con tierra mojada y me ha dicho: "Ve a lavarte en la fuente de Siloé". He ido, me he lavado y se han abierto los ojos y he visto».

«¿Pero cómo es que has encontrado al Rabí? Siempre decías que eras un desdichado porque nunca le encontrabas, ni siquiera cuando pasaba siempre por aquí para ir a casa de Jonás al Getsemaní. Y hoy, ahora que no se sabe nunca dónde está...».

«¡Hombre! Ayer al anochecer vino un discípulo suyo y me dio dos monedas: Me dijo: "¿Por qué no tratas de ver?". Le dije: "He buscado,

pero no encuentro nunca a ese Jesús que hace los milagros. Le busco desde que curó a Analía, de mi mismo barrio, pero si voy acá Él está allá...", y él me dijo: "Yo soy un apóstol suyo y lo que yo quiero lo hace. Ven mañana a Beceta y busca la casa de José el galileo, el del pescado seco, José de Seforí, cerca de la puerta de Herodes y del arco de la plaza, por la parte oriental, y verás que antes o después Él pasa por allí o entra en la casa, y yo le señalaré tu presencia". Dije: "Pero mañana es sábado". Quería decir que Él no haría nada en sábado. Me dijo: "Si quieres curarte, es el día, porque después dejamos la ciudad, y no sabes si podrás volver a encontrarle". Yo insistí: "Sé que le persiguen. Lo he oído en las puertas de la muralla del Templo, donde voy a pedir limosna. Por eso digo que ahora que le persiguen así menos todavía querrá ser perseguido y no curará en sábado". Y él: "Haz lo que te digo y en sábado verás el Sol". Y he ido. ¿Quién no habría ido? ¡Si lo dice un apóstol suyo! También me dijo: "A mí es al que más escucha, y vengo expresamente porque me inspiras compasión y porque quiero que resplandezca su poder ahora que le han ultrajado. Tú, ciego de nacimiento, harás que resplandezca. Sé lo que digo. Ven y verás". Y he ido. No había llegado todavía a la casa de José, cuando un hombre me ha tomado de la mano, pero por la voz no era el de ayer, y me ha dicho: "Ven conmigo, hermano". No quería ir. Creía que me quisiera dar pan y dinero, o quizás vestidos, y le decía que me dejara seguir mi camino porque había sabido dónde encontrar al llamado Jesús; y el hombre me ha dicho: "Éste es Jesús, este que está delante de ti". Pero yo no he visto nada, porque era ciego. He sentido dos dedos embadurnados en tierra mojada que me tocaban aquí y aquí, y he oído una voz que me decía: "Ve rápido a Siloé y lávate y no hables con nadie". Y lo he hecho. Pero estaba desalentado, porque esperaba ver en seguida, y casi he creído que hubiera sido una broma de jóvenes sin corazón, y casi no quería ir. Pero he sentido dentro una especie de voz decir: "Ten esperanza y obedece". Y entonces he ido a la fuente y me he lavado y he visto». Y el joven se detiene, extático, y piensa de nuevo en la alegría de su primer momento de ver...

510.7 [7]«¡Que salga ese hombre! ¡Queremos hacerle una serie de preguntas!» gritan los cinco.

El joven se abre paso y sale a la puerta.

«¿Dónde está el que te ha curado?».

«No sé» dice el joven, al cual un amigo le ha susurrado: «Son escribas y sacerdotes».

«¿Cómo que no lo sabes? Decías ahora que lo sabías. ¡No mientas a los doctores de la Ley y al sacerdote! ¡Ay de aquel que trate de en-

gañar a los magistrados del pueblo!».

«Yo no engaño a nadie. Ese discípulo me dijo: "Está en esa casa" y era verdad, porque yo estaba cerca cuando me han tomado de la mano y conducido donde Él. Pero, dónde está ahora, no lo sé. El discípulo me dijo que se marchaban. Podría haber salido ya por las puertas».

«¿Pero a dónde iba?».

«¡¿Y yo qué sé?! Irá a Galilea... ¡Teniendo en cuenta cómo le tratan aquí!...».

«¡Necio e irrespetuoso! ¡Ten cuidado de cómo hablas, hez del pueblo! Te he dicho que digas por qué camino iba».

«¿Y cómo queréis que lo sepa si estaba ciego? ¿Puede un ciego decir por dónde va otro?».

«Está bien. Síguenos».

«¿A dónde queréis llevarme?».

«A los jefes de los fariseos».

«¿Por qué? ¿Qué tienen que ver conmigo? ¿Acaso me han curado ellos para que tenga que agradecérselo? Cuando estaba ciego y pedía limosna, mis manos no sentían nunca sus monedas; mi oído, nunca su palabra compasiva; mi corazón, nunca su amor. ¿Qué tengo que decirles? Sólo a uno debo decir "gracias", después de a mi padre y a mi madre, que durante tantos años me han amado siendo un desdichado. Y es a este Jesús que me ha curado amándome con su corazón, como mis padres con el suyo. No voy donde los fariseos. Me quedo aquí con mi madre y mi padre, a gozar de ver su rostro y ellos mis ojos que han nacido ahora, después de tantas primaveras desde aquella en que nací pero no vi la luz».

«No tantas palabras. Ven y síguenos».

«¡Que no! ¡Que no voy! ¿Habéis, acaso, enjugado alguna vez una lágrima de mi madre, abatida por mi desventura, o una gota de sudor de mi padre, agotado por el trabajo? ¿Ahora puedo hacerlo yo con mi vista. ¿Debería, acaso, dejarlos y seguiros?».

«Te lo ordenamos. No eres tú el que ordena, sino el Templo y los jefes del pueblo. Si la soberbia de estar curado te ofusca la mente para recordar que mandamos nosotros, nosotros te lo recordamos. ¡Vamos! ¡Camina!».

«¿Pero por qué tengo que ir? ¿Qué queréis de mí?».

«Que declares sobre esta cosa. Es sábado. Obra llevada a cabo en sábado. Debe registrarse, por el pecado. Pecado tuyo y de ese diablo».

«¡Diablos, vosotros! ¡Pecado, vosotros! ¿Y voy a ir a declarar contra el que me ha hecho un bien? ¡Vosotros estáis borrachos! Al Templo iré. Para bendecir al Señor. Y nada más que eso. Durante muchos

años he estado en la sombra de la ceguera. Pero los párpados cerrados han creado tiniebla sólo para los ojos. El intelecto ha estado igual en la luz, en gracia de Dios, y me dice que no debo dañar al único Santo que hay en Israel».

«¡Basta! ¿No sabes que hay castigos para quien se opone a los magistrados?».

«Yo no sé nada. Aquí estoy y aquí me quedo. Y no os conviene hacerme ningún daño. Ya veis que todo Ofel está de mi parte».

«¡Sí! ¡Sí! ¡Dejadle! ¡Ventajistas! Dios le protege. ¡No le toquéis! ¡Dios está con los pobres! ¡Dios está con nosotros! ¡Explotadores, hipócritas!». La gente grita y amenaza, con una de esas espontáneas manifestaciones populares, que son las explosiones de indignación de los humildes contra quien los oprime, o de amor hacia quien los protege. Y gritan: «¡Ay de vosotros si agredís a nuestro Salvador! ¡Al Amigo de los pobres! Al Mesías tres veces Santo. ¡Ay de vosotros! No hemos temido la ira de Herodes ni la de los Gobernadores, cuando ha hecho falta. ¡No tememos las vuestras, viejas hienas de mandíbulas desdentadas! ¡Chacales de uñas desmochadas! ¡Inútiles prepotentes! Roma no quiere tumultos y no importuna al Rabí porque Él es paz. Pero a vosotros os conoce. ¡Marchaos! ¡Fuera de los barrios de los oprimidos por vosotros con diezmos superiores a sus fuerzas, para tener dinero para saciar vuestros apetitos y realizar torpes comercios. ¡Descendientes de Jasón! ¡De Simón! ¡Torturadores de los verdaderos Eleazares, de los santos Onías. ¡Vosotros que pisoteáis a los profetas! ¡Fuera! ¡Fuera!». El tumulto se enciende, cada vez más fiero. *

510.8 [8]José de Arimatea, aplastado contra un murete, espectador de los hechos, hasta ahora atento pero inactivo, con una agilidad insospechable en un viejo —y menos todavía estando tan arrebujado en túnicas y mantos—, salta al murete y, en pie, grita: «¡Silencio, ciudadanos! ¡Escuchad a José el Anciano!».

Una, dos, diez cabezas se vuelven en la dirección del grito. Ven a José. Gritan su nombre. Debe ser muy conocido el de Arimatea y debe gozar del favor del pueblo, porque los gritos de indignación se transforman en gritos de alegría: «¡Está José el Anciano! ¡Viva él! ¡Paz y larga vida al justo! ¡Paz y bendición al benefactor de los indigentes! ¡Silencio, que habla José! ¡Silencio!».

Con dificultad se hace silencio, y durante unos momentos se oye el susurro del Cedrón al otro lado de la callejuela. Todas las cabezas —habiendo ya olvidado todos el objeto que antes los hacía mirar en

---

* *Jasón... Simón... Eleazares... Onías...*, de *2 Macabeos 4-6.*

dirección opuesta: hacia los cinco desdichados e inconsiderados que han suscitado el tumulto— se dirigen hacia José.

«Ciudadanos de Jerusalén, hombres de Ofel, ¿por qué permitís que os cieguen la sospecha y la ira? ¿Por qué faltar al respeto y a las costumbres, vosotros que siempre habéis sido tan fieles a las leyes de los padres? ¿De qué tenéis miedo? ¿Acaso de que el Templo sea un Mólek que no devuelva lo que recibe? ¿Acaso de que vuestros jueces sean todos ciegos, más que vuestro amigo, ciegos en el corazón y sordos respecto a la justicia? ¿No es, acaso, costumbre el que un hecho prodigioso sea declarado, escrito y conservado por quien deba hacerlo para las crónicas de Israel? Dejad, pues, incluso por honor del Rabí a quien amáis, que el curado milagrosamente suba a declarar la obra por Él realizada. ¿Todavía titubeáis? Bien, pues yo me hago garante de que nada malo le sucederá a Bartolmái. Y sabéis que no miento. Como a un hijo amado de mi corazón le escoltaré hasta allá arriba, y os le traeré aquí después. Creed en mí. Y del sábado no hagáis un día de pecado con la rebelión contra vuestros jefes».

«¡Es como dice! No debemos. Podemos creerle. Es un justo. En las buenas deliberaciones del Sanedrín siempre su voz está presente». La gente intercambia sus ideas y al final grita: «¡A ti sí, te confiamos nuestro amigo!». Y, dirigiéndose al joven: «¡Ven! No temas. Con José de Arimatea estás tan seguro como con tu padre y más», y se abre para que el joven pueda ir donde José, que ha bajado de su púlpito improvisado; y, mientras pasa, le dicen: «Vamos también nosotros. ¡No temas!».

José, ricamente vestido de espléndida lana, pone una mano en un hombro del joven y se pone en camino. La túnica cenizosa y gastada del joven, su pequeño manto, van rozando contra la amplia túnica rojo obscura y el pomposo manto aún más obscuro del anciano miembro del Sanedrín. Detrás, los cinco; después de éstos, muchos, muchos de Ofel...

[9]Ya están en el Templo, tras haber atravesado las calles centrales 510.9
llamando la atención de muchos. Y la gente recíprocamente se señala al que antes era ciego, diciendo: «¡Pero si es el que pedía limosna ciego! ¡Y ahora tiene ojos! Bueno, quizás es uno que se le parece. No. Es él, sin duda, y le llevan al Templo. Vamos a oír», y la fila aumenta cada vez más, hasta que los muros del Templo se tragan a todos.

José guía al joven a una sala —no es el Sanedrín— donde hay muchos fariseos y escribas. Entra. Y con él entran Bartolmái y los cinco. A los lugareños de Ofel los echan para atrás reteniéndolos en el patio.

«Aquí está el hombre. Yo mismo os le he traído, pues, sin ser vis-

to, he asistido a su encuentro con el Rabí y a su curación. Y os puedo decir que fue totalmente casual por parte del Rabí. El hombre, le oiréis también vosotros, fue conducido —o mejor: invitado a ir— donde estaba el Rabí, por Judas de Keriot, a quien conocéis. Y yo he oído, y también estos dos que están conmigo han oído porque estaban presentes, cómo fue Judas el que tentó a Jesús de Nazaret en orden al milagro. Ahora aquí declaro que si hay que castigar a uno no es ni al ciego ni al Rabí, sino al hombre de Keriot, que —Dios ve si miento al decir lo que mi intelecto piensa— es el único autor del hecho, en el sentido de que lo ha provocado con intencionada maniobra. He dicho».

«Lo que dices no anula la culpa del Rabí. Si un discípulo peca, no debe pecar el Maestro. Y Él ha pecado curando en sábado. Ha realizado obra servil».

«Escupir en el suelo no es hacer obra servil. Y tocar los ojos de otro no es hacer obra servil. Yo también le toco al hombre y no creo pecar».

«Él ha realizado un milagro en sábado. En esto está el pecado».

«Honrar el sábado con un milagro es gracia de Dios y su bondad. Es su día. ¿No puede, acaso, el Omnipotente celebrarlo con un milagro que haga resplandecer su poder?».

«No estamos aquí para escucharte a ti. Tú no eres el encausado.
510.10 Al que queremos interrogar es a ese hombre. [10]Responde tú. ¿Cómo has obtenido la vista?».

«Ya lo he dicho. Y éstos me han oído. El discípulo de ese Jesús ayer me dijo: "Ven y haré que te cures". Y fui. Y he sentido ponerme barro aquí y una voz que me decía que fuera a Siloé a lavarme. Lo he hecho y veo».

«¿Pero tú sabes quién te ha curado?».

«¡Claro que lo sé! Jesús. Ya os lo he dicho».

«¿Pero sabes exactamente quién es Jesús?».

«Yo no sé nada. Soy un pobre y un ignorante. Y hasta hace poco estaba ciego. Esto es lo que sé. Y sé que Él me ha curado. Y, si lo ha podido hacer, sin duda, Dios está con Él».

«¡No blasfemes! Dios no puede estar con quien no observa el sábado» gritan algunos.

Pero José y los fariseos Eleazar, Juan y Joaquín observan: «Tampoco puede un pecador hacer esos prodigios».

«¿Acaso estáis seducidos también vosotros por ese poseído?».

«No. Somos justos. Y decimos que, si Dios no puede estar con quien realiza obras en sábado, tampoco puede el hombre sin Dios hacer que un ciego de nacimiento vea» dice con calma Eleazar. Y los otros asienten.

«¿Y al demonio dónde lo dejáis?» gruñen los malévolos.

«No puedo creer, y tampoco vosotros lo creéis, que el demonio pueda realizar obras que tengan la virtud de hacer alabar al Señor» dice el fariseo Juan.

«¿Pero quién le alaba?».

«El joven, sus padres, todo Ofel, y yo con ellos, y conmigo todos los que son justos y temen santamente a Dios» rebate José.

Los malévolos, cortados, no sabiendo qué objetar, arremeten contra Sidonio, llamado Bartolmái: «¿Tú qué dices del que te ha abierto los ojos?».

«Para mí es un profeta. Y más grande que Elías con el hijo de la * viuda de Sarepta. Porque Elías hizo que el alma volviera al niño. Pero este Jesús me ha dado lo que nunca había perdido, porque no lo había tenido nunca: la vista. Y si me ha hecho los ojos, así, en un instante y con nada, excepto un poco de barro, mientras que en nueve meses mi madre con carne y sangre no había logrado hacérmelos, debe ser tan grande como Dios, que con barro hizo al hombre».

«¡Fuera! ¡Fuera! ¡Blasfemo! ¡Embustero! ¡Vendido!», y echan afuera al hombre como si fuera un réprobo.

[11]«Ese hombre miente. No puede ser verdad. Todos pueden decir 510.11
que uno que ha nacido ciego no se puede curar. Será uno que asemeja a Bartolmái, y preparado por el Nazareno... o... Bartolmái no ha estado nunca ciego».

Ante esta sorprendente afirmación, José de Arimatea reacciona sin vacilar: «Que el odio ciegue se sabe desde los tiempos de Caín; pero que vuelva necia a la gente no se sabía aún. ¿Os parece lógico que uno llegue a la madurez de la juventud fingiéndose ciego por... esperar un presumible hecho estrepitoso y muy futuro? ¿O que los padres de Bartolmái no conozcan a su hijo o se presten a esta mentira?».

«El dinero lo puede todo. Y son pobres».

«El Nazareno es más pobre que ellos».

«¡Mientes! Sumas de sátrapa pasan por sus manos».

«Pero no se paran en ellas ni un instante. Son de los pobres esas sumas; usadas para el bien, no para el engaño».

«¡Cómo le defiendes! ¡Y eres uno de los Ancianos!».

«José tiene razón. La verdad hay que decirla independientemente del cargo que un hombre ocupe» dice Eleazar.

[12]«Corred a llamar al ciego. Y traedle otra vez aquí. Y que otros 510.12
vayan donde los padres y los traigan aquí» grita Elquías (ha abierto de par en par la puerta y ha dado la orden a algunos que estaban

---

* *Elías hizo que el alma volviera al niño*, como se narra en *1 Reyes 17, 17-24.*

afuera esperando). Y su boca está casi recubierta de baba, de tanto como le ahoga la ira.

Unos corren en una dirección, otros en otra. El primero que vuelve es Sidonio, llamado Bartolmái, sorprendido y molesto. Le encajan en un rincón y le miran al igual modo que una jauría de perros acecha a la caza... Luego, después de un buen rato, llegan los padres de él, rodeados de gente.

«Entrad vosotros. ¡Los demás, afuera!».

Los dos entran asustados, y ven a su hijo allí, en el fondo, sano pero en situación de arresto. La madre, gimiendo, dice: «¡Hijo mío! ¡Y debía ser día de fiesta para nosotros!».

«Escuchadnos. ¿Es vuestro hijo este hombre?» pregunta rudamente un fariseo.

«¡Sí que es nuestro hijo! ¿Quién creéis que puede ser, sino él?».

«¿Estáis completamente seguros?».

El padre y la madre están tan asombrados de la pregunta, que antes de responder se miran.

«¡Responded!».

«Noble fariseo, ¿cómo piensas que un padre y una madre puedan engañarse respecto a su hijo?» dice humildemente el padre.

«¿Pero... podéis jurar... sí, que por ninguna suma os ha sido pedido decir que éste es vuestro hijo, mientras que es uno que le asemeja?».

«¿Pedido decir? ¿Y quién habría sido? ¿Jurar? ¡Mil veces, y por el altar y el Nombre de Dios, si quieres!». Es una afirmación tan segura que desalentaría hasta al más obstinado.

¡Pero los fariseos no se desalientan! Preguntan: «¿Pero vuestro hijo no había nacido ciego?».

«Sí. Así había nacido. Con los párpados cerrados y, debajo, el vacío, la nada...».

«¿Y cómo es que ahora ve, tiene los ojos y, sobre ellos, abiertos los párpados? ¡No querréis decir que los ojos pueden nacer así, como flores en primavera, y que un párpado se abre exactamente como el cáliz de una flor!...» dice otro fariseo, y se ríe sarcásticamente.

«Sabemos que este hombre es verdaderamente nuestro hijo desde hace casi treinta años, y que nació ciego; pero no sabemos cómo es que ahora ve, ni tampoco quién le ha abierto los ojos. Y... ¿por qué no le preguntáis a él? No es un idiota ni un niño. Tiene ya sus buenos años. Preguntadle y os responderá».

«Vosotros mentís. Él, en vuestra casa, ha contado cómo ha sido curado y por quién. ¿Por qué decís que no sabéis?» grita uno de los dos que habían seguido siempre al ciego.

«Estábamos tan atónitos por la sorpresa, que no hemos oído» se justifican los dos.

[13]Los fariseos se vuelven hacia Sidonio, llamado Bartolmái: «Acér- 510.13
cate. ¡Y da gloria a Dios, si es que puedes! ¿No sabes que quien te ha tocado los ojos es un pecador? ¿No lo sabes? Bueno, pues ya lo sabes. Te lo decimos nosotros, que lo sabemos».

«¡Bueno...! Será como decís vosotros. Yo si es pecador no lo sé. Sé sólo que antes estaba ciego y ahora veo, y bien nítido».

«Pero ¿qué te ha hecho? ¿Cómo te ha abierto los ojos?».

«Ya os lo he dicho y no me habéis escuchado. ¿Queréis oírlo otra vez? ¿Por qué? ¿Es que queréis haceros discípulos de Él?».

«¡Necio! Sé tú discípulo de ese hombre. Nosotros somos discípulos de Moisés. Y de Moisés sabemos todo, y que Dios le habló. Pero de este hombre no sabemos nada, ni de dónde viene ni quién es, y ningún prodigio del Cielo le señala como profeta».

«¡Aquí precisamente está lo increíble! Que no sabéis de dónde es y decís que ningún prodigio le señala como justo. Pero Él me ha abierto los ojos y ninguno de nosotros de Israel había podido hacerlo jamás, ni siquiera el amor de una madre y los sacrificios de mi padre. Pero hay una cosa que sabemos todos, tanto yo como vosotros, y es que Dios no presta oídos al pecador, sino a aquel que tiene temor de Dios y hace su voluntad. No se ha oído nunca que ninguno, en todo el mundo, haya podido abrir los ojos a un ciego de nacimiento; pero este Jesús lo ha hecho. Si no viniera de Dios, no habría podido hacerlo».

«Has nacido enteramente en el pecado, eres deforme en el espíritu igual y más de lo que lo fuiste en el cuerpo, ¿y te las das de poder enseñarnos a nosotros? ¡Fuera, maldito aborto, y hazte diablo con tu seductor! ¡Fuera! ¡Fuera todos, plebe necia y pecadora!», y echan afuera a hijo, padre y madre, como si fueran tres leprosos.

[14]Los tres se marchan raudos, seguidos por los amigos. Pero, lle- 510.14
gado afuera de la muralla, Sidonio se vuelve y dice: «¡Para vosotros la perra gorda! Decid lo que queráis. La verdad es que yo veo, y alabo a Dios por ello. Y diablos seréis vosotros, no el Bueno que me ha curado».

«¡Calla, hijo! ¡Calla! ¡Basta que no nos perjudique!...» gime la madre.

«¡Oh, madre! ¿El aire de aquella sala te ha envenenado el alma, a ti que en mi dolor me enseñabas a alabar a Dios y ahora en la alegría no le sabes dar gracias y temes a los hombres? Si Dios me ha amado tanto, y te ha amado tanto, que nos ha dado el milagro, ¿no sabrá defendernos de un puñado de hombres?».

«Nuestro hijo tiene razón, mujer. Vamos a nuestra sinagoga a

alabar al Señor, dado que del Templo nos han echado. Y vamos raudos, antes de que termine el sábado...».

Y, acelerando el paso, desaparecen por los caminos del valle.

511. En la casa de Juan de Nob, otra alabanza a la Corredentora. Embustes de Judas Iscariote.

11 de octubre de 1946.

511.1 [1]Jesús está en Nob. Y debe ser desde hace poco, porque está organizándose y dividiendo en tres grupos de cuatro personas a sus doce para distribuirlos en las casas. Él se queda con Pedro, Juan, Judas Iscariote y Simón Zelote, mientras que Santiago de Zebedeo tiene a cargo el grupo compuesto por Mateo, Judas de Alfeo y Felipe, y Bartolomé está a la cabeza del tercero, y los que a él están sujetos son Santiago de Alfeo, Andrés y Tomás.

«Iréis a donde han ofrecido recibiros, después de cenar. Volveréis aquí por la mañana y os diré lo que tenéis que hacer. En las horas de las comidas estaremos juntos. Recordad lo que os he dicho muchas veces: que también con el modo de vivir y convivir entre vosotros y con quien os recibe debéis predicar mi Doctrina. Sed, pues, sobrios, pacientes, honestos en vuestras palabras, en vuestras acciones, en vuestras miradas, de manera que la justicia emane de vosotros como un perfume. Ya veis cómo los ojos del mundo están siempre sobre nosotros, para calumniarnos o para estudiarnos, y también por veneración. Pero éstos son los menos entre los muchos ojos que nos observan. Y, no obstante, de estos pocos debemos tener sumo cuidado, porque sobre su fe carga el trabajo del mundo, para desmoronarla, y todo sirve al mundo como arma para destruir el amor de los buenos hacia mí, y, como consecuencia, hacia vosotros. No ayudéis, pues, al mundo con un modo de vida no santo, y no hagáis, siendo para ellos objeto de escándalo, más pesada la fatiga de los que deben defender su fe de las insidias de mis adversarios. El escándalo deja desorientadas a las almas, las aleja, las debilita. ¡Ay de aquel apóstol que sea escándalo para las almas! Peca contra su Maestro y contra su prójimo, contra Dios y contra el rebaño de Dios. Me fío de vosotros. No hagáis que a mi dolor, que es mucho, se una otro dolor que me venga de vosotros».

«No temas, Maestro. De nosotros no recibirás dolor, a menos que Satanás nos extravíe a todos» dice Bartolomé.

511.2 [2]Entra Anastática, que está en la cocina con Elisa, y dice: «La cena está preparada, Maestro. Baja mientras está caliente. Te repondrás».

«Vamos». Y Jesús se levanta y sigue a la mujer hacia abajo por la pequeña escalera que desde la habitación de arriba —donde están preparadas ya unas camas modestas— baja hasta el huertecito. Y de éste entra en la cocina, alegrada por un fuego vivo.

Está el anciano Juan junto al fuego, y Elisa ajetreada con las cosas de comer. Ella se vuelve con una sonrisa materna a mirar a Jesús cuando entra, y se apresura a volcar en una bandeja grande el trigo o cebada cocidos en la leche (esto ya lo he visto hacer a María de Alfeo en Nazaret antes de la partida de Juan y Síntica). «Mira. He tenido siempre presente que María Cleofás me dijo que te gustaba. Y había reservado la mejor miel para hacerlo también para Margziam... Siento que el niño no haya venido...».

«Nique ha querido que se quedara, junto con Isaac, dado que mañana a la aurora salen, y ella aprovecha el carro hasta Jericó para llevar a cabo la misión que ya sabes...».

«¿Qué misión, Maestro?» pregunta interesado Judas Iscariote.

«Una misión muy femenina. Criar a un niño. Lo único que el niño no necesita leche, sino fe, porque es un niño en el espíritu. Pero la mujer es siempre madre, y sabe hacer estas cosas. ¡Y una vez que ha comprendido!... Vale cuanto el hombre. Y con la superioridad de la fuerza de su dulzura materna».

«¡Qué bueno eres con nosotras, Maestro!» dice Elisa acariciándole con la mirada.

«Soy veraz, Elisa. [3]Nosotros de Israel, y no sólo nosotros, estamos 511.3
acostumbrados a ver a la mujer como si fuera un ser inferior, a pensar en ella así. No. Si está sujeta al hombre, como es justicia, si en ella recae más el castigo por el pecado de Eva, si su misión está destinada a desarrollarse entre velos y penumbras, sin gestos ni gritos llamativos, si todo en ella sucede como celado bajo un entrecielo, no por ello es menos fuerte o menos capaz que los hombres. Incluso sin traer a la memoria a las grandes mujeres de Israel, Yo os digo que hay mucha fuerza en el corazón de la mujer. En el corazón. Como para nosotros, varones, en la mente. Y os digo que está para cambiar la posición de la mujer respecto a las tradiciones, como respecto a muchas otras cosas. Y ello será justo, porque de la misma manera que
* Yo para los hombres todos, así, una Mujer obtendrá en modo especial para las mujeres gracia y redención».

---

* *obtendrá gracia y redención*, no por propio mérito exclusivo, sino porque, come se leerá luego, *tiene en sí aquello que vence al Adversario*, es decir, tiene en sí a Jesús-Rendentor, como *un Tabernáculo en el que está Dios*. El *tabernáculo* representa bien la imagen de la Madre que contiene al Hijo, de quien viene a ser —y esta vez por propio mérito exclusivo— socia hasta el punto de ser llamada *Corredentora* y *Madre de los redimidos*.

«¿Una mujer? ¿Y, según Tú, cómo va a redimir una mujer?» y Judas de Keriot se ríe.

«En verdad te digo que Ella ya está redimiendo. ¿Tú sabes lo que es redimir?».

«¡Claro que lo sé! Es liberar del pecado».

«Sí. Pero liberar del pecado no serviría de mucho, porque el Adversario es eterno y volvería a insidiar. Pero del Jardín terrenal una voz surgió, la Voz de Dios, diciendo: "Pondré enemistad entre ti y la Mujer... Ella te aplastará la cabeza y tú acecharás su calcañar". Nada más que una asechanza, porque la Mujer tendrá, tiene en sí, aquello que vence al Adversario. Y redime, por tanto, desde que existe. Redención ya presente, aunque celada. Pero pronto se manifestará al mundo, y las mujeres se fortalecerán en Ella».

«Que Tú redimas... de acuerdo. Pero una mujer que pueda... No lo acepto, Maestro».

«¿No recuerdas a Tobías? ¿Su cántico?». *

«Sí. Pero habla de Jerusalén».

«¿Tiene, acaso, ya Jerusalén un Tabernáculo en que esté Dios? ¿Puede Dios asistir desde su gloria a los pecados que se consuman dentro de las murallas del Templo? Otro Tabernáculo era necesario, y que fuera santo, y que fuera estrella que recondujera los errantes al Altísimo. Y esto se da en la Corredentora, que por los siglos de los siglos exultará de ser la Madre de los redimidos. "Tú brillarás con luz espléndida. Todos los pueblos de la Tierra se postrarán ante ti. Las naciones llegarán a ti desde lejos, llevando dones, y adorarán en ti al Señor... Invocarán tu gran nombre... Los que no te escuchen estarán entre los malditos, y benditos aquellos que se adhieran a ti... Serás feliz en tus hijos, porque ellos serán los benditos reunidos con el Señor". El verdadero cántico de la Corredentora. Y ya en el Cielo lo cantan los ángeles, que ven... La Jerusalén nueva y celeste comienza en Ella. ¡Oh, sí, esto es verdad! Y el mundo la ignora. Y la ignoran los ofuscados rabíes de Israel...». Jesús se sumerge en sus pensamientos...

511.4 [4]«¿Pero de quién habla?» pregunta Judas Iscariote a Felipe, que está a su lado.

Antes de que Felipe responda, Elisa, que está poniendo en la mesa queso y aceitunas negras, dice, más bien con dureza: «De su Madre habla. ¿No lo comprendes?».

«Nunca he sabido que sea nombrada por los profetas como mártir... Se habla únicamente del Redentor, y...».

---

* *Su cántico*, que está en *Tobías 13*, y cuya parte citada empieza en el versículo *13*.

«¿Y piensas que existe sólo la tortura de la carne? ¿Y no sabes que esa cosa no es nada, para una madre, respecto a la de ver morir a un hijo? ¿Tu mente —no hablo de tu corazón, no sé qué latido tiene—, tu mente de que te jactas no te dice que un sinfín de veces una madre se sometería a la tortura y a la muerte con tal de no oír un gemido del hijo? Hombre, tú eres hombre y conoces el saber. Yo sé ser mujer y madre; no sé otra cosa. Pero te digo que eres más ignorante que yo, porque ni siquiera conoces el corazón de tu madre...».

«¡Me ofendes!».

«No. Soy anciana y te aconsejo. Haz sagaz tu corazón y evitarás llanto y castigo. Haz eso, si puedes».

Los apóstoles, especialmente Judas de Alfeo, Santiago de Zebedeo, Bartolomé y el Zelote, se miran de reojo disimuladamente y agachan la cabeza para ocultar la sonrisita que aflora en sus labios por las francas palabras de Elisa al apóstol que se cree perfecto. Jesús sigue absorto y no oye nada.

Elisa se vuelve a Anastática y dice: «Ven. Mientras terminan de comer vamos a preparar otras dos camas, porque tres son pocas» y hace ademán de querer salir.

«¡Elisa, no dejaréis la vuestra, ¿no?!» exclama Pedro. «No está bien. Yo y Juan podemos dormir en las tablas. Estamos acostumbrados».

«No, Simón. Hay cañizos y esteras. Están guardados. Ahora los montamos en los caballetes». Sale con la otra.

A los apóstoles, cansados y con el calorcito de la cocina, casi se les cae la cabeza. Jesús, apoyados el codo en la mesa y la cabeza en la mano, piensa.

[5]Un golpe en la puerta. Tomás, que es el más cercano, se levanta 511.5
para abrir. Exclama: «¡¿Tú, José?! ¡¿Y con Nicodemo?! ¡Entrad! ¡Entrad!».

«Paz a ti, Maestro, y a los que están en esta casa. Vamos a Ramá, Maestro; Nicodemo me ha invitado a ir allí. Pasando, hemos dicho: "Detengámonos a saludar al Maestro". Queríamos saber si... te habían importunado más, visto que han ido a casa de José a buscarte. Te han buscado ya por todas partes, después de que has curado a aquel ciego. Es verdad que no han paseado fuera de las murallas. No han movido una silla, para no profanar el sábado. Y por eso se creen puros. Pero, para buscarte, para seguir a Bartolmái, han recorrido mucho más del máximo».

«¿Y cómo lo han sabido, si el Maestro no ha hecho nada en la calle?» pregunta Mateo.

«¡Eso! Ni siquiera nosotros hemos sabido si estaba curado. He-

mos ido a la sinagoga y luego a saludar a Nique y a Isaac y a Margziam, que se quedan donde ella. Y luego, después del ocaso, rápidamente hemos venido aquí» dice Pedro.

«Vosotros no lo habéis sabido. Pero los enviados de los fariseos sí. Vosotros no lo habéis visto, pero yo sí. Dos de ellos estaban presentes cuando el Maestro tocó los ojos al ciego. Desde horas antes estaban esperando».

«¿Y eso? ¿Por qué?» pregunta Judas de Keriot con aire de inocente.

«¿A mí me lo preguntas?».

«Es una cosa extraña. Por eso lo pregunto».

«Cosa más extraña es que de un tiempo a esta parte donde está el Maestro hay siempre espías».

«Los buitres van donde está el despojo; los lobos, donde el rebaño».

«Y los ladrones, donde un cómplice les señala una caravana. Es como has dicho».

«¿Qué quieres insinuar?».

«Nada. Completo tu proverbio aplicándolo a los hombres. Porque Jesús es hombre; y hombres son sus trasechadores».

511.6 [6]«Cuenta, José, cuenta...» dicen muchos de los presentes.

«Si el Maestro quiere... he venido para contar».

«Habla» dice Jesús.

Y José narra minuciosamente todo lo que ha observado. Pero omite el detalle de que fue Judas el que habló al ciego del domicilio de Jesús.

Los comentarios son muchos, furiosos, doloridos, según los corazones. Y Judas de Keriot es el más —en apariencia— afligido e inquieto. Contra todos, y especialmente contra el ciego imprudente que ha venido a ponerse en el sendero de Jesús en día de sábado, confiando en la conocida bondad del Maestro...

«¡Pero si has sido tú el que se lo has señalado! Estaba cerca de ti y he oído» dice Felipe asombrado.

«Señalar no quiere decir ordenar hacer».

«¡Ah, te creo, que no te habrías permitido dar órdenes al Maestro!...» dice Judas Tadeo.

«¿Yo? ¡Nada que ver! Se lo he señalado sólo para pedir explicación».

«Sí. Pero señalar, a veces, es también tentar a hacer. Y esto lo has hecho» rebate Judas Tadeo.

«Eso lo dices tú, pero no es verdad» afirma Judas con desfachatez.

«¿Que no es verdad? ¿Estás completamente seguro? ¿Seguro como de vivir, de no haber hablado nunca de Jesús al ciego, de no haberle sugestionado para que se dirigiera a Jesús, y, estás seguro, naturalmente, de no haberle inducido a hacerlo inmediatamente, antes de que Jesús dejara la ciudad?» pregunta José de Arimatea.

«¡Por supuesto! ¿Y quién ha hablado a ese hombre? Yo seguro que no. Estoy siempre con el Maestro, día y noche, y si no con Él con los compañeros...».

«Creía que lo habías hecho ayer, cuando saliste con las mujeres» dice Bartolomé.

«¡Ayer? Tardé menos en ir y volver que una golondrina volando. ¿Como hubiera podido buscar al ciego, encontrarle y hablar con él en tan poco tiempo?».

«Quizás te encontraste con él...».

«¡Jamas le había visto!».

«Entonces ese hombre es un mentiroso, porque ha afirmado que tú le habías dicho que viniera, y dónde, y cómo hacer las cosas; y le habías garantizado que Jesús le prestaría oídos y...» dice José de Arimatea.

Judas le interrumpe con violencia: «¡Basta! ¡Basta! ¡Merece volverse ciego otra vez por todas las mentiras que dice! Yo, y puedo jurarlo por el Santo, no le conozco nada más que de vista, y nunca he hablado con él».

«Verdaderamente basta así. Tu alma está en regla, Judas de Keriot, que no temes a Dios porque sabes que tus obras son santas. Dichoso tú... que no temes nada» le dice José, mirándole con severidad, con unos ojos que perforan.

«No temo, no, porque no tengo pecado».

«Todos pecamos, Judas. ¡Y poco aún es si sabemos arrepentirnos después de los primeros pecados y no aumentarlos en número y en maldad!» dice Nicodemo, que hasta ahora no ha hablado. 7Y luego se 511.7
vuelve hacia el Maestro y dice: «Lo penoso es que José de Seforí ha sido amenazado con ser expulsado de la sinagoga, si vuelve a hospedarte, y Bartolmái ya ha sido expulsado. Iba a ella con su padre y su madre, pero unos fariseos le esperaban y le negaron la entrada, y le anatematizaron».

«¡Esto ya es demasiado! ¿Hasta cuándo, Señor...?» gritan muchos de los presentes.

«¡Calma! ¡Calma! No pasa nada. Bartolmái está en el camino del Reino. ¿Qué ha perdido, pues? Está en la Luz. ¿No es, entonces, más hijo de Dios que antes? ¡Oh, no confundáis los valores! ¡Calma! ¡Calma! No iremos tampoco a casa de José... Lo que siento es que Isaac

piensa llevar allí a mi Madre y a María de Alfeo... Pero, en todo caso, serían pocas horas, porque ya hay uno que ha proveído a ello». Se dirige a Juan de Nob: «Padre, ¿tienes miedo del Sanedrín? Ya ves lo que cuesta dar posada al Hijo del hombre... Eres anciano. Eres un fiel israelita. Podrías ser expulsado de la sinagoga en tus últimos sábados. ¿Serías capaz de soportarlo? Habla con sinceridad, y Yo, si temes, me iré. Una cueva quedará en los montes de Israel para el Hijo de Dios...».

«¿Yo, Señor? ¿A quién crees que puedo temer, sino a Dios? No tengo miedo de la boca del sepulcro —es más, la miro como a cosa amiga—, ¿y crees que puedo tener miedo de la boca de los hombres? Sólo temería el juicio de Dios si, por miedo a los hombres, alejara de mí a Jesús, ¡el Cristo de Dios!».

«De acuerdo. Eres un hombre justo... Me quedaré aquí... cuando no esté en las ciudades cercanas, como tengo pensado hacer todavía otra vez».

«Ve a Ramá y vienes a mi casa, Señor» dice Nicodemo.

«¿Y si te perjudica?».

«¿Acaso no te invitan, por mala fe, los fariseos? ¿No podría hacerlo yo, para profundizar en tu corazón?».

«Sí, Maestro. Vamos a Ramá. Mi padre se alegrará mucho, si está en casa. Y, si no está, como sucede a menudo, encontrará tu bendición a su regreso» suplica Tomás.

«El primer lugar al que iremos será Ramá, mañana...».

511.8 [8]«Maestro, nosotros te dejamos. Tenemos afuera las cabalgaduras y estaremos en Ramá antes del final de la segunda vigilia. La Luna pone blancos los caminos, como de pálido sol. Adiós, Maestro. La paz sea contigo» dice Nicodemo.

«La paz a ti, Maestro... y, escucha un consejo bueno de José el Anciano. *Sé un poco astuto. Vigila alrededor de ti. Abre los ojos y cierra la boca. Haz, y no digas nunca antes lo que quieres hacer...* Y no vengas a Jerusalén durante un tiempo; y, si vienes, no vayas al Templo sino el tiempo necesario para orar. ¿Me comprendes? Adiós, Maestro. La paz a ti». José ha remarcado mucho las palabras que subrayo, y, mientras las decía, miraba intensamente a Jesús; ya simplemente su mirada era un aviso.

Salen al huertecito, blanco de luna. Desatan dos robustos asnos que estaban atados al tronco del nogal; suben a la silla y se marchan por el camino desierto y blanco...

Jesús vuelve a la cocina con los suyos...

«Pero ¿qué habrá querido decir aquí al final?».

«Y ¿cómo se habrán enterado ésos?».

«¿Qué le harán a José de Seforí?».

«Nada. Palabras. Sólo palabras. No penséis ya más en ello. Son cosas pasadas y sin consecuencias. Vamos. Decimos la oración y nos separamos para la noche. "Padre nuestro..."».

Los bendice, los mira mientras se marchan. Luego sube, con los cuatro con que se ha quedado, a la habitación donde están las camas.

512. Profecía ante un pueblo destruido.

12 de octubre de 1946.

[1]No sé en qué lugar está Jesús. Es claro que entre montes. En un 512.1
sitio destruido o por algún cataclismo o por una operación bélica y después abandonado. Y me inclinaría a pensar que por esto último, porque las ruinas de las casas muestran también señales de llamas en las bóvedas protegidas del agua y que aún pueden verse entre la maraña de las zarzas, hiedras y otras plantas trepadoras o parásitas, nacidas por todas partes. Las anchas hojas vellosas de una planta cuyo nombre desconozco, pero que he visto también en Italia, cubren por entero los restos —parecen un montecito de pronunciada pendiente— de una construcción. Más allá, una pared permanece enhiesta y sola contemplando el resto de la casa caída; está invadida por alcaparras y parietaria; y, por el antepecho de ojos de lo que era una terraza, cuelga una clemátide que ondea al viento sus ramas cual cabellera suelta. Otra casa derrumbada en el centro, pero que tiene en pie aún las paredes exteriores, parece un enorme jarrón de flores que, en vez de cabillos contiene árboles, nacidos espontáneamente en la cavidad en que antes había habitaciones. Otra, que, escalonadamente, , está en parte en pie, parece un altar preparado para un rito y ornado todo de verde. Dominando estas ruinas, un chopo, delgado y derecho como arista de espada, parece preguntar al cielo el porqué de una catástrofe de tanta magnitud. Y, entre casa y casa, entre montón y montón de escombros, obstinados árboles frutales ya silvestres, ensilvecidos, que aventajan a la otra vegetación o son aventajados por ella, nacidos de frutos caídos —árboles retorcidos, o erguidos, o rastreros, o nacidos en una abertura de una pared o en un pozo agotado—, parecen un bosque hechizado. Y pájaros y palomas, que salen de entre las quebraduras de las ruinas, se lanzan ávidos a los lugares cercanos donde antes había ciertamente campos arados, y ahora sólo hay una maraña de veza dura —reseca por el sol, y que abre sus vainas para dejar caer las semillas y luego volver

a nacer en primavera— de cizañas, de joyos. Las palomas apartan con feroces aletazos a los pájaros más pequeños, que buscan algún que otro granito de mijo o algún cañamón, nacidos quién sabe de qué lejana semilla que durante años y años se ha perpetuado, con siembra espontánea, en los campos no cultivados. Y los pájaros se vengan, especialmente los reñidores, arrancando las gráciles espigas de mijo desmedrado, y llevándoselas a sus nidos, volando con dificultad, muy sesgados por el peso y el estorbo de la panoja.

512.2 [2]Jesús no tiene consigo sólo a los apóstoles, sino también a un buen grupo de discípulos, entre los cuales a Cleofás y Hermas de Emaús, hijos del viejo arquisinagogo Cleofás, y a Esteban. Y hay también hombres y mujeres: como si hubieran venido desde algún pueblo a invitar a Jesús para que fuera al suyo, o como si le hubieran seguido después de que ya hubiera estado allí. Y Jesús, cruzando el lugar destruido, se detiene a mirar a menudo, y se para del todo cuando desde el lugar más alto puede dominar esa maraña de escombros y vegetales en que la vida está representada solamente por las palomas (un día, ciertamente, domésticas; ahora otra vez agrestes y feroces). Contempla, cruzados los brazos, la cabeza un poco agachada; y, cuanto más mira, más triste y pálido se pone.

«¿Por qué te quedas aquí, Maestro? El lugar te aflige, se ve. No te pares a contemplarlo. Me arrepiento de haberte hecho pasar por aquí, pero es un camino mucho más corto» dice Cleofás de Emaús.

«No miro lo que vosotros veis».

«¿Qué, entonces, Señor? ¿Será que ves el hecho pasado? Fue pavoroso, sin duda. Éste es el sistema de Roma...» dice el otro de Emaús.

512.3 «Y esto debería mover a reflexión... [3]Observad todos. Aquí había una ciudad, no grande pero sí bonita. Hecha más de casas señoriles que de casas humildes. Y estos lugares que ahora son bosques agrestes eran de ricos. Y de ricos eran estos campos ahora estériles, cubiertos de zarzas, joyos, ortigas... Entonces había pingües árboles frutales y campos llenos de mieses. Y las casas eran bonitas en aquel entonces, con jardines llenos de flores, y pozos y fuentes en las que se bañaban las palomas y jugaban los niños. Eran felices todos los habitantes de este lugar. Y la felicidad no los hizo justos. Se olvidaron del Señor y de sus palabras... ¡Y ya veis! Ya no hay casas ni flores ni fuentes ni mieses ni frutos. Quedan sólo las palomas; y, ya no felices como entonces, en vez de disponer del trigo dorado y el comino —entonces los buscaban ávidas y de ellos se saciaban—, batallan ahora por conseguir unas pocas vezas ásperas, unos joyos amargos. ¡Y hay fiesta, si encuentran todavía una espiga de cebada renacida entre los espinos!...

Y, mirando, ya no veo las palomas... Veo caras, caras... muchas de las cuales no han nacido todavía... Veo ruinas, ruinas, y zarzas y lambrusca, y vezas silvestres que cubren tierras de la Patria... Y todo esto porque no se ha querido acoger al Señor. Oigo llantos de niños extenuados, más infelices que estos pájaros, a los que todavía Dios provee de un mínimo de ayuda para vivir, mientras que esos niños carecerán de toda ayuda, incluidos en el castigo general, y languidecerán en el pecho seco de sus madres, moribundas de inanición y dolor y espanto sin nombre. Y oigo los lamentos de las madres ante sus hijos muertos de hambre en su pecho. Y los lamentos de las esposas que ya no tienen esposo; de las vírgenes capturadas para placer de los vencedores; de los hombres encaminados hacia las cadenas tras haber conocido toda suerte de humillación de guerra; y de viejos * que han vivido hasta ver cumplida la profecía de Daniel.

Y oigo la voz incansable de Isaías en el soplo de este viento entre las ruinas, en el quejido de las palomas entre los escombros: "Con palabras extrañas, con lengua extranjera hablará el Señor a este pueblo, al cual ha dicho: 'Aquí está mi reposo. Dad reposo al fatigado; éste es mi alivio'". Pero ellos no han querido escuchar. No. No han querido, y el Señor no puede hallar reposo en su pueblo. El cansado, que se ha cansado recorriendo sus comarcas, enseñando, curando, convirtiendo, consolando, no encuentra descanso sino persecución; no encuentra alivio, sino insidia y traición. Perfectamente uno es el Hijo con el Padre. Y, si la Verdad os ha enseñado que hasta un vaso de agua dado a un hombre tendrá su recompensa, porque todo acto de misericordia hecho al hermano a Dios mismo se le hace, ¿qué castigo habrá para aquellos que hasta la piedra del sendero como almohada le niegan al Hijo del hombre, y el manantial montano que brota por bondad del Creador, y el fruto olvidado en la rama por estar enfermo o verde, y la espiga substraída a las palomas, y tienen ya preparado el lazo para estrangular el aire en la garganta y con el aire la vida?

[4]¡Oh, desventurado Israel, que has perdido en ti la justicia y que 512.4
has perdido la misericordia de Dios!

Y de nuevo se oye la voz de Isaías en el viento del atardecer, más tremenda que el grito del pájaro de muerte, casi tan tremenda como la que sonó en el Jardín terrenal para la condena de los dos culpables, y —¡oh, tremenda cosa!— ¡y no está unida esta voz del Profeta a la promesa de un perdón, como entonces, como entonces! No. No

---

* *la profecía de Daniel*, que está en *Daniel 9*; *la voz de Isaías* es la de *Isaías 28*, y las tres citas que de Isaías siguen corresponden a los versículos *11-12, 15, 16-19*.

hay perdón para los que intentan burlarse de Dios, para los que dicen: "Hemos hecho alianza con la muerte, hemos estrechado un pacto con el infierno. Los flagelos, cuando vengan, no nos vendrán a nosotros, porque hemos puesto nuestras esperanzas en la Mentira y ella, que es poderosa, nos protege".

Oíd, oíd cómo repite Isaías lo que oyó al Señor: "Yo pondré, como fundamento de Sión, una piedra angular, elegida, preciosa... Juzgaré sopesando, haré justicia midiendo; y el granizo destruirá la esperanza en la Mentira, y las aguas arrasarán las protecciones, y será destruida vuestra alianza con la muerte, dejará de existir vuestro pacto con el infierno. Cuando pase, violento, el flagelo, os arrastrará tras sí; cada vez que pase os arrastrará, cada hora, y sólo los castigos os harán comprender la lección".

¡Desventurado Israel! Como estos campos —en que subsiste sólo la veza pobre y el amargo joyo, y donde ya no hay trigo— será Israel; * y la tierra que no aceptó al Señor no tendrá pan para sus hijos, y los hijos que no quisieron acoger al cansado pasarán, castigados, enrudecidos, como galeotes amarrados al remo, a ser esclavos de aquellos a quienes despreciaron como inferiores. Dios verdaderamente trillará al pueblo soberbio bajo el peso de su justicia, y lo ahogará con la agramadera de su juicio...

Esto es lo que veo en estas ruinas. ¡Ruinas! ¡Ruinas! A Septentrión, a Mediodía, a Oriente y Occidente, y, sobre todo, en el centro, en el corazón, donde la ciudad culpable será transformada en putrefacta fosa...».

Y lágrimas lentas descienden por el pálido rostro de Jesús, que levanta el manto para taparse la cara y deja descubiertos sólo los ojos, dilatados por la dolorosa visión.

Y reanuda la marcha, mientras los que están con Él van bisbiseando apenas, helados de espanto...

513. En Emaús Montana, una parábola sobre la verdadera sabiduria y una advertencia a Israel.

14 de octubre de 1946.

513.1 [1]La plaza de Emaús. Está llena de gente. Abarrotada. Y, en el centro de la plaza, Jesús a duras penas se mueve, pues está muy rodeado, muy oprimido por los que le asedian. Jesús está entre el hijo

* (así) *será Israel*, de cuyo futuro, profetizado *tremendo* en 507.6, vuelve a hablarse aquí y se volverá a hablar en 513.3/5 y en 525.12/14.

del arquisinagogo y el otro discípulo; alrededor, con la hipotética intención de protegerle, los apóstoles y los discípulos; entre éstos y aquéllos, propensos a introducirse por todas partes, como lagartijas entre la maraña de un tupido matorral, muchos niños.

¡Es maravilloso el atractivo que ejercía Jesús sobre los pequeñuelos! Jamás hay un lugar donde, conocido o desconocido, no se vea inmediatamente rodeado por los niños, felices de pegarse a sus vestiduras; más felices aún, si Él los roza con la mano haciéndoles una caricia llena de amor, aunque al mismo tiempo hable severamente a los adultos; felicísimos, si se sienta en un asiento, en un murete, en una piedra, en un tronco derribado o incluso en la hierba: entonces, teniéndole a su altura, pueden abrazarle, apoyar la cabecita en su hombro o en sus rodillas, introducirse por debajo del manto para hallarse dentro del círculo de sus brazos como pollitos que hubieran encontrado la más amorosa y protectora de las defensas. Y siempre Jesús los defiende de los desafueros de los adultos, del imperfecto respeto de éstos hacia Él: un respeto que, ausente por muchos y más serios motivos, quiere mostrarse celoso alejando a los pequeñuelos del Maestro...

También ahora lo que habitualmente dice Jesús resuena para defensa de sus pequeños amigos: «¡Dejadlos! ¡No molestan! ¡No son, ciertamente, los niños los que causan molestias y dolor!».

Jesús se agacha hacia ellos, con una sonrisa resplandeciente que le rejuvenece, siendo así que le da casi el aspecto de un hermano mayor suyo, benigno cómplice de algunos de sus inocentes pasatiempos, y susurra: «Estad en calma, estad muy callados: así no os echan y estamos juntos todavía otro rato».

«¿Y nos cuentas una parábola bonita?» dice el más... audaz.

«Sí. Toda para vosotros. Luego hablo a vuestros padres. Escuchad todos, porque lo que sirve para los pequeños sirve también para los hombres.

513.2 [2]Un hombre un día fue convocado por un gran rey, que le dijo: "He sabido que eres merecedor de un premio, porque eres sabio y honras tu ciudad con el trabajo y la ciencia. Ahora bien, no te voy a dar una cosa, sino que te voy a conducir a la sala de mis tesoros, de forma que elegirás lo que quieras y yo te lo daré. Así, juzgaré también si eres como la fama te describe".

Y, contemporáneamente, el rey, acercándose a la terraza que rodeaba su atrio, echó una mirada a la plaza que estaba delante del palacio real. Vio pasar a un niñito vestido pobremente, un niño que ciertamente pertenecía a una familia pobrísima, y quizás era huérfano o mendigo. Se volvió hacia sus criados y dijo: "Id donde ese niño y

traédmelo".

Y los criados fueron, y volvieron con el niño, que temblaba por estar en presencia del rey.

A pesar de que los dignatarios de la corte le decían: "Inclínate, saluda, di: 'Honor y gloria a ti, mi rey. Doblo mi rodilla ante ti, poderoso al que la Tierra exalta como al ser mayor que ningún otro'", el niño no quería inclinarse y decir esas palabras, y los dignatarios, escandalizados, le daban fuertes meneos y decían: "¡Oh, rey, este niño paleto y sucio es un oprobio en tu morada! Permite que le echemos de aquí y le pongamos en medio de la calle. Si anhelas tener a tu lado a un niño, iremos a buscártelo entre los ricos de la ciudad, si es que estás cansado de los nuestros, y te lo traeremos. ¡Pero no este paleto, que no sabe siquiera saludar!...".

El hombre rico y sabio, que antes se había humillado con cien reverencias serviles, profundas, como hallándose ante el altar, dijo: "Tus dignatarios tienen razón. Por la majestad de tu corona, debes impedir que no se tribute a tu sagrada persona el homenaje que le corresponde", y, diciendo estas palabras, se postraba otra vez, hasta besar el pie del rey.

Pero el rey dijo: "No. Quiero tener a este niño conmigo. Y no sólo eso, sino que quiero conducirle a él también a la habitación de mis tesoros, para que elija lo que quiera; yo se lo daré. ¿Acaso no me es concedido, por el hecho de ser rey, hacer feliz a un pobre niño? ¿No es, acaso, súbdito mío como todos vosotros? ¿Acaso tiene la culpa de ser infeliz? No, ¡viva Dios que, al menos una vez, quiero hacerle feliz! Ven, niño, y no tengas miedo de mí" y le tendió la mano y el niño la tomó con sencillez y le dio en ella un beso espontáneo. El rey sonrió. Así que, entre dos filas de dignatarios inclinados en actitud de reverencia, por alfombras purpúreas con motivos de flores de oro, se dirigió hacia la estancia de los tesoros, llevando a la derecha al hombre rico y sabio y a la izquierda al niño ignorante y pobre. Y el manto regio contrastaba mucho con el vestidito deshilachado y los piececitos descalzos del pobre niño.

Entraron en el aposento de los tesoros, cuya puerta había sido abierta por dos grandes de la corte. Era una estancia alta, redonda, sin ventanas. Pero la luz llovía a través del techo, que era todo él una enorme lastra de mica. Una luz que a pesar de ser suave hacía lucir los bullones de oro de las arcas y las cintas purpuradas de muchos rollos colocados encima de altos y ornados ambones; rollos pomposos, con baqueta preciosa, cierre y marbete ornados de piedras brillantes. Obras raras, que sólo un rey podía poseer. Y, descuidado encima de un ambón de austero aspecto, obscuro, bajo, un rollo peque-

ño, retorcido alrededor de un palito blanco, atado con un basto cordón, lleno de polvo, como es propio de una cosa descuidada.

El rey, señalando a las paredes, dijo: "Ved, aquí están todos los tesoros de la Tierra, y otros aún más grandes que los tesoros terrestres. Porque aquí están todas las obras del ingenio humano, y hay también obras que proceden de fuentes sobrehumanas. Id, tomad lo que queráis". Y se puso en el centro de la estancia, con los brazos cruzados, observando.

El hombre rico se dirigió primero a las arcas; alzó las tapas, con ansia cada vez más febril. Oro en barras y oro en joyas, plata, perlas, zafiros, rubíes, esmeraldas, ópalos... centelleo en todas las arcas... gritos de admiración a cada apertura... Luego se dirigió a los ambones y, al leer el título de los rollos, nuevos gritos de admiración brotaban de sus labios. En fin, el hombre, encendido por el entusiasmo, se volvió hacia el rey y dijo: "¡Tienes un sin par tesoro, y las piedras igualan en valor a los rollos y éstos a aquéllas! ¿Realmente puedo elegir libremente?".

"Lo he dicho. Como si todo te perteneciera".

El hombre se arrojó al suelo, rostro en tierra, y decía: "¡Yo te adoro, gran rey!". Se levantó y corrió primero a las arcas y luego a los ambones y tomó de éstos y de aquéllas las mejores cosas que veía.

El rey, que había sonreído tras la barba una vez al principio, al ver la fiebre con que el hombre corría de una arca a otra, y luego otra vez al verle arrojarse al suelo adorando, y que sonreía por tercera vez al ver con qué codicia y con qué regla y preferencias elegía gemas y rollos, se volvió hacia el niño, que se había quedado a su lado, y le dijo: "¿Y tú no vas ahí a elegir las piedras bonitas y los rollos de valor?".

El niño meneó la cabeza para decir que no.

"¿Y por qué?".

"Porque no sé leer los rollos, y respecto a las piedras... no conozco su valor. Para mí son piedrecitas normales y nada más".

"Pero te harían rico...".

"No tengo padre ni madre ni hermanos. ¿De qué me serviría ir a mi refugio con un tesoro en mi pecho?".

"Pero podrías comprarte con ello una casa...".

"Seguiría viviendo en ella solo".

"Vestidos".

"Seguiría teniendo frío, porque falta el amor de mis padres".

"Alimentos".

"No podría saciarme con los besos de mi madre, ni comprarlos a ningún precio".

"Maestros, y aprender a leer...".

"Eso me gustaría más. Pero, ¿y qué leer?".

"Las obras de los poetas, de los filósofos, de los sabios... y las palabras antiguas y las historias de los pueblos".

"Son cosas inútiles, vanas o pasadas... No merece la pena".

"¡Qué niño más estúpido!" exclamó el hombre, que ya tenía los brazos cargados de rollos, y el cinturón y la túnica en la delantera hinchados de gemas.

El rey sonrió una vez más tras la barba. Y, tomando al niño en brazos, le llevó a las arcas y, hundiendo la mano en las perlas, en los rubíes, en los topacios, en las amatistas, haciendo caer todo esto como lluvia llena de brillos, le incitó a que cogiera.

"No, rey, no quiero. Quisiera otra cosa...".

El rey le llevó a los ambones y leyó estrofas de poetas, episodios de héroes, descripciones de países.

"¡Leer es más bonito! Pero no es eso lo que yo querría...".

"¿Y entonces qué? Habla y yo te lo daré, niño".

"No creo, rey, que puedas hacerlo, a pesar de tu poder. No es nada de aquí abajo...".

"¡Ah, quieres obras no terrestres! Mira, entonces: aquí están las obras dictadas por Dios a sus siervos. Escucha" y leyó páginas inspiradas.

"Esto es mucho más bonito. Pero para entenderlo hay que saber primero bien el lenguaje de Dios. ¿No hay un libro que lo enseñe, que nos haga comprender qué es Dios?".

El rey hizo un gesto de estupor y se cortó su sonrisa, pero apretó contra su corazón al niño.

El hombre, por el contrario, se rió burlonamente y dijo: "Ni los mayores sabios saben lo que es Dios, ¿y tú, niño ignorante, quieres saberlo? ¡Si quieres hacerte rico con eso!...".

El rey le miró severo, mientras el niño respondió: "Yo no busco riquezas; busco amor, y un día me dijeron que Dios es Amor".

El rey le llevó al ambón de austero aspecto donde estaba el pequeño rollo, atado con una cuerdecita y empolvado. Lo tomó, lo desenrolló y leyó las primeras líneas: "El que sea pequeño venga a mí, y Yo, Dios, le enseñaré la ciencia del amor. En este libro está contenida, y Yo...".

"¡Esto es lo que quiero! Y conoceré a Dios. Y, teniéndole a Él, tendré todo. Dame este rollo, rey, y seré feliz".

"¡Pero si no tiene valor en dinero! ¡Ese niño es realmente estúpido! No sabe leer y coge un libro. No sabe y no se quiere instruir. Es pobre y no coge tesoros".

"Yo me esforzaré en poseer el amor y este libro me lo enseñará. ¡Bendito seas, oh rey, porque me das algo con lo que ya puedo no sentirme ni huérfano ni pobre!".

"Al menos adórale, como he hecho yo, si crees que ahora por él eres feliz".

"Yo no adoro al hombre, sino a Dios que le ha hecho tan bueno".

"Este niño es el verdadero sabio de mi reino, oh hombre que usurpas la fama de sabio. El orgullo y la codicia te han embriagado hasta el punto de que has substituido la adoración a Dios por la adoración a la criatura. Y eso por el hecho de que la criatura te daba piedras y obras humanas. Y no has pensado que tienes las gemas, y yo las he tenido, porque Dios las ha creado, y tienes los rollos raros, donde está el pensamiento del hombre, porque Dios ha dado al hombre el intelecto. Este pequeño, que tiene hambre y frío, que está solo, que ha sufrido el azote de todos los dolores, que estaría disculpado y sería disculpable si se embriagase con la vista de las riquezas, pues mira: sabe dar a Dios un justo gracias por haber hecho bueno mi corazón, y sólo busca la única cosa necesaria: amar a Dios, conocer el amor para tener las verdaderas riquezas aquí y después. Hombre, yo he prometido que te daría lo que eligieras. La palabra del rey es sagrada. Vete, pues, con tus piedras y tus rollos: piedrecitas multicolores y... paja de humano pensamiento. Y vive temblando por los ladrones y las polillas: los primeros, enemigos de las gemas; las segundas, de los pergaminos. Y deslúmbrate con los vanos resplandores de esas lascas; desazónate con el sabor dulzón de la ciencia humana, que es sólo sabor y no alimento. Márchate, pues. Este niño se quedará a mi lado, y juntos nos esforzaremos en leer este libro que es amor, o sea, Dios. Y no veremos brillos vanos de frías gemas, ni el sabor de paja, dulzón, de las obras de humano saber. No. Los fuegos del Espíritu Eterno nos darán, ya desde aquí, el éxtasis del Paraíso y poseeremos la Sabiduría, más fortalecedora que el vino, más alimenticia que la miel. Ven, niño. A ti la Sabiduría te ha mostrado su rostro, para que la anhelases como esposa veraz".

Y, expulsado el hombre, tomó consigo al niño y le instruyó en la divina Sabiduría, para que fuera, en la Tierra, un justo y un rey digno de la sagrada unción, y un ciudadano del Reino de Dios después de la vida.

Ésta es la parábola, prometida a los niños y propuesta a los adultos.

* [3]¿Os acordáis de lo que dice Baruc?: "¿Por qué, oh Israel, estás en 513.3

* *lo que dice Baruc*, es decir *Baruc 3*, del cual siguen tres citas, que corresponden a los versículos *10-13, 20-21, 26-28*.

tierra enemiga, envejeces en un país extranjero, estás contaminado con los muertos, y eres del número de los que bajan al abismo?". Y responde: "Porque has abandonado la fuente de la Sabiduría. Si hubieras caminado por el camino de Dios, habrías vivido en paz y para siempre".

Escuchad, vosotros que demasiado frecuentemente os quejáis —porque sobremanera la patria ya no es nuestra, sino del dominador— de estar exiliados a pesar de vivir en la patria; os quejáis de esto y no sabéis que, respecto a lo que os espera en el futuro, esto es como una gota de posca respecto al cáliz inebriativo que se da a los condenados y que, vosotros lo sabéis, es amargo como ninguna otra bebida.

El pueblo de Dios sufre porque ha abandonado la Sabiduría. ¿Cómo podéis poseer prudencia, fuerza, inteligencia; cómo podéis siquiera saber dónde se hallan, para poder saber consiguientemente las cosas menores, si ya no bebéis en las fuentes de la Sabiduría? Su Reino no es de esta Tierra, sino que es la misericordia de Dios la que concede su fuente. Ella está en Dios. Es Dios mismo. Y Dios abre su seno para que descienda a vosotros.

Y bien, ¿acaso ahora Israel, que tiene, o ha tenido —y cree tener todavía, con la necia soberbia de los despilfarradores que han derrochado y que se creen todavía ricos y, creyéndose tales, exigen atenciones, y en realidad recogen solamente compasión o burla— Israel, que tiene o ha tenido riquezas, conquistas, honores, posee ya el único verdadero tesoro? No. Y pierde también los otros, porque el que pierde la Sabiduría pierde la capacidad de ser grande. De error en error va el que no conoce la Sabiduría. E Israel conoce muchas cosas, incluso demasiadas, pero ya no conoce la Sabiduría.

513.4 [4]Bien dice Baruc: "Los jóvenes de este pueblo vieron la luz, habitaron en la tierra, pero no saben el camino de la Sabiduría ni conocen sus senderos, y sus hijos no la han recibido y ella se ha alejado". ¡Se ha alejado de ellos! ¡Los hijos no la han recibido! ¡Proféticas palabras!

Yo soy la Sabiduría que os habla. Las tres cuartas partes de Israel no me acoge. Y la Sabiduría se aleja, y se alejará más, y le dejará sólo... ¿Qué harán entonces los que se creen gigantes y, por tanto, capaces de forzar al Señor a ayudarlos, a servirlos? ¿Gigantes útiles a Dios para fundar su Reino? No. Yo con Baruc digo esto: "Para fundar el Reino verdadero de Dios, Dios no eligirá a estos soberbios, y los dejará perecer en su necedad" fuera de sus senderos. Porque, para subir al Cielo con el espíritu y comprender las lecciones de la Sabiduría, se necesita un espíritu humilde, obediente y, sobre todo, un

espíritu que sea *todo amor*, ya que la Sabiduría habla su lenguaje, o sea, habla el lenguaje del amor, pues es Amor. Para conocer sus senderos se requiere una mirada clara y humilde, libre de la ternaria concupiscencia. Para poseer la Sabiduría hay que comprarla con las monedas vivas: las virtudes.

Esto no lo tenía Israel, y Yo he venido a explicar la Sabiduría, a guiaros a su camino, a sembrar en vuestro corazón las virtudes. Porque Yo todo lo conozco y lo sé, y he venido a enseñárselo a Jacob mi siervo y a Israel, mi dilecto. He venido a la Tierra a conversar con los hombres, Yo, Palabra del Padre, a tomar de la mano a los hijos del hombre, Yo, Hijo de Dios y del hombre, Yo, Camino de la Vida. He venido para introduciros en la estancia de los tesoros eternos, Yo, a quien todo le ha sido dado por el Padre mío. He venido, Yo, Amador eterno, a tomar a mi Esposa, la Humanidad a la que quiero elevar a mi trono y a mi tálamo para que esté conmigo en el Cielo; y a introducirla en la estancia de los vinos para que se embriague con la verdadera Vid de la cual los sarmientos extraen la Vida.

Pero Israel es esposa holgazana y no se levanta de la cama para abrir a Aquel que ha venido. Y el Esposo se marcha. Pasará. Está para pasar. Después, Israel le buscará en vano, y encontrará no la misericordiosa caridad de su Salvador, sino los carros de guerra de los dominadores, y será aplastado y soltará soberbia y vida, después de haber querido aplastar incluso a la misericordiosa voluntad de Dios.

513.5 [5]¡Oh, Israel, Israel, que pierdes la verdadera Vida por conservar una falaz ilusión de poder! ¡Oh, Israel, que crees salvarte y quieres salvarte por caminos que no son de Sabiduría, y que te pierdes vendiéndote a la Mentira y al Delito, náufrago Israel que no te aferras al fuerte cable lanzado para tu salvación, sino a los despojos de tu quebrantado pretérito; y la tempestad te lleva a otro lugar, a alta mar, en un mar aterrador y sin luz! ¡Oh Israel, ¿de qué te vale salvar tu vida, o presumir de salvarla, durante una hora, un año, un decenio, dos, tres decenios, a costa de un delito, y luego perecer eternamente? La vida, la gloria, el poder, ¿qué son? Burbuja de agua sucia en la superficie de un aguazal usado por los lavanderos; iridiscente no porque esté hecha de gemas, sino por la grasienta suciedad que con el nitro se hincha para formar bolas vacías destinadas a estallar sin que nada quede, aparte de un círculo en el agua limosa cargada de los sudores humanos. Una sola cosa es necesaria, oh Israel, poseer la Sabiduría. A costa incluso de la vida. Porque la vida no es la cosa más preciosa. Y más vale perder cien vidas que perder la propia alma».

Jesús ha terminado en medio de un silencio de admiración. Trata

de abrirse paso y marcharse... Pero reclaman su beso los niños; y su bendición los adultos. Y sólo después de éstas, despidiéndose de Cleofás y Hermas de Emaús, puede marcharse.

514. Consejos sobre la santidad a un joven indeciso. Reprensión a los habitantes de Bet-Jorón después de la curación de un romano y una judía.

17 de octubre de 1946.

514.1 [1]Y Jesús está todavía en medio de montes, seguido por gente, además de por los apóstoles y discípulos; entre éstos, ahora se encuentran también algunos discípulos ex pastores (quizás los han encontrado en algún pueblecillo por el que hayan pasado).

Jesús está subiendo desde un valle hacia un monte, por una calzada que orilla con sus recodos la ladera de éste, y que es, sin duda, una calzada romana, por la inconfundible pavimentación, y por la buena manutención, cosas ambas que únicamente pueden encontrarse en las calzadas construidas y mantenidas por los romanos. Algunas personas transitan por ella, dirigidas hacia el valle, o desde el valle hacia este grupo montañoso que está coronado en sus cimas con pueblos o ciudades. Y alguno, al ver a Jesús y a los que le siguen, pregunta que quién es, y se pone a la zaga del grupo; otros simplemente observan; y otros menean la cabeza sonriendo maliciosamente.

Una patrulla de soldados romanos los alcanza con paso trabajoso y tintineo de armas y corazas. Se vuelven y miran a Jesús, el cual, dejando la calzada romana, está para meterse por un camino... hebreo que se dirige hacia una cima en que hay un pueblo. Un camino pedregoso y fangoso —ha llovido—, donde el pie o patina en las piedras o se hunde en las pozas. Los soldados, que ciertamente van a la misma ciudad, después de un pequeño alto, vuelven a ponerse en movimiento, y la gente se ve obligada a echarse a un lado para ceder el paso, en este camino tan estrecho, a la patrulla que pasa rígidamente escuadrada. Algún insulto surca, sibilante, el aire, pero la disciplina de estar en columna prohíbe a los soldados responder parejamente.

Ya están otra vez cerca de Jesús, que se ha hecho a un lado para dejarlos pasar, y que los mira con su mirada mansa, que parece bendecir y acariciar con la luz de los iris zafirinos. Y las caras ceñudas de los soldados se aclaran con un asomo de sonrisa que no es de escarnio, sino que, al contrario, es respetuosa como un saludo.

Pasan. La gente reanuda la marcha detrás del Rabí, que va delante de todos.

[2]Un joven se separa de la gente y llega hasta el Maestro. Le saluda con respeto. Jesús devuelve el saludo. 514.2

«Quisiera preguntarte una cosa, Maestro».

«Habla».

«Una mañana, después de la Pascua, coincidió que te escuché en un monte cercano a las hoces del Carit. Y desde entonces he pensado que... podía contarme yo también entre los llamados por ti. Pero antes de venir he querido saber muy bien lo que es necesario hacer y lo que se debe no hacer. Y preguntaba a tus discípulos cada vez que me encontraba con ellos. Quién me decía una cosa, quién otra. Y yo dudaba, y estaba muy asustado porque en una cosa todos concordaban, quién con más intransigencia, quién con menos: en la obligación de ser perfectos. Yo... soy un pobre hombre, Señor, y la perfección es sólo de Dios... Te oí por segunda vez... y Tú mismo decías: "Sed perfectos". Y he sentido desaliento. Por tercera vez, hace pocos días, en el Templo. Y, a pesar de que te mostraras riguroso, no me pareció que fuera imposible el llegar a serlo, porque... ni siquiera yo sé por qué, cómo explicármelo o explicártelo, pero me parecía que, si fuera una cosa imposible, o si el hecho de querer serlo, como querer ser dioses, fuera muy peligroso, Tú, que quieres salvarnos, no nos lo propondrías. Porque la presunción es pecado. El querer ser dioses es el pecado de Lucifer. Pero quizás hay una manera de serlo, de venir a serlo, sin pecar, y es siguiendo tu Doctrina, que, no cabe duda de ello, es de salud. ¿Es como digo?».

«Es como dices. ¿Y entonces?».

«Pues que seguí preguntando a unos o a otros. Y, habiendo sabido que estabas en Ramá, fui. Y, desde entonces, con permiso de mi padre, te he seguido. Y... bueno, pues que, cada vez más, quisiera ir contigo...».

«¡Pues ven! ¿Qué temes?».

«No lo sé... No lo sé siquiera yo... Pregunto, pregunto... Pero siempre, mientras que escuchándote a ti me parece fácil y decido ir, después, reflexionando, y, peor: preguntando a unos o a otros, me parece demasiado difícil».

«Te voy a decir cómo sucede: es una insidia del demonio para impedir que vengas. Te asusta con fantasmas, te confunde, te hace preguntar a personas que, como tú, tienen necesidad de Luz... ¿Por qué no has venido a mí directamente?».

«Porque... tenía... no miedo, pero... ¡Nuestros sacerdotes y rabíes! ¡Tan duros y soberbios! Y Tú... No me atrevía a acercarme a ti. ¡Pero en Emaús ayer!... Creo haber entendido que no debo tener miedo. Y ahora estoy aquí, para preguntarte esto que quisiera saber.

Un apóstol tuyo, hace poco, me dijo: "Ve y no temas. También es bueno con los pecadores". Y otro: "Hazle feliz con tu confianza. Quien confía en Él le halla más dulce que una madre". Y otro: "No sé si me equivoco, pero te digo que te dirá que la perfección está en el amor". Esto es lo que han dicho tus apóstoles, más dulces que los discípulos, al menos algunos; aunque no todos, porque entre los discípulos hay algunos que parecen eco de tu voz, aunque éstos son demasiado pocos, y entre los apóstoles hay algunos que... asustan a un pobre hombre, como soy yo. Uno me dijo, con una sonrisa no buena: "¿Quieres ser perfecto? No lo somos nosotros, que somos sus apóstoles, ¿y quieres serlo tú? Es imposible". Si no hubieran hablado los otros, habría huido desanimado. Pero pruebo por última vez... y, si Tú también me dices que es imposible...».

514.3 [3]«Hijo mío, ¿podría haber venido Yo a proponer cosas imposibles a los hombres? ¿Quién crees que ha sido el que ha puesto en tu corazón este deseo de ser perfecto? ¿Tu propio corazón?».

«No, Señor. Creo que has sido Tú con tus palabras».

«No estás lejos de la verdad. Pero, respóndeme a otra cosa. ¿Para ti mis palabras qué palabras son?».

«Justas».

«De acuerdo. Pero quiero decir: ¿palabras de hombre o más que de hombre?».

«Tú hablas como la Sabiduría, y más dulce y claro todavía. Por eso digo que tus palabras son más que de hombre. Y no creo equivocarme, si he comprendido bien lo que decías en el Templo. Porque me pareció que en esa ocasión decías que eres la Palabra de Dios misma, y por eso hablas como Dios».

«Has comprendido bien y es como dices. ¿Y entonces quién te ha puesto en el corazón el deseo de perfección?».

«Me lo ha puesto Dios, por medio de ti, su Palabra».

«Así pues, ha sido Dios. Ahora piensa: si Dios dice a los hombres, conociendo sus capacidades: "Venid a mí. Sed perfectos", es señal de que el hombre, si quiere, puede serlo. Ésta es una palabra antigua. La primera vez la escuchó Abraham como una revelación, una orden, una invitación: "Yo soy el Dios omnipotente. Camina en mi presencia. Sé perfecto". Dios se manifiesta para que el Patriarca no tenga dudas sobre la santidad de la orden ni sobre la verdad de la invitación. Ordena caminar en su presencia porque el que camina en la vida convencido de hacerlo bajo la mirada de Dios no cumple malas acciones. Consiguientemente, se pone en condiciones de poder hacer- *

* *Abraham como una revelación*, que es la de *Génesis 17, 1*.

se perfecto como Dios invita a serlo».

«¡Es así! ¡Es justamente así! Si Dios lo ha dicho, es porque se puede. ¡Oh, Maestro, cómo se comprende todo cuando hablas Tú! Pero, entonces, ¿por qué tus discípulos, y también ese apóstol, ofrecen una idea tan... amedrentadora de la santidad? ¿Es que no creen que sean verdaderas esas palabras, ni las tuyas? ¿O es que no saben caminar en la presencia de Dios?».

«No pienses en lo que es. No juzgues. [4]Mira, hijo. Algunas veces, 514.4
su propio anhelo de ser perfectos y su humildad les hace temer el no poder llegar a serlo nunca».

«¿Pero entonces el deseo de perfección y la humildad son obstáculos para que uno sea perfecto?».

«No, hijo. El deseo y la humildad no son obstáculos. Es más, hay que esforzarse en que sean profundos, aunque ordenados. Están ordenados cuando uno no tiene prisas impulsivas, postraciones injustificadas, dudas y desconfianzas como las de creer que, dada la imperfección del ser, el hombre no puede llegar a ser perfecto. Todas las virtudes son necesarias, y necesario es un vivo deseo de alcanzar la justicia».

«Sí. Esto me lo decían también aquellos a los que preguntaba. Me decían que es necesario tener las virtudes. Pero unos me decían que era necesaria una, otros otra, y todos sostenían la absoluta necesidad de tener una, que ellos consideraban virtud indispensable para ser santos. Ello me causaba miedo, porque ¿cómo se puede poseer todas las virtudes en forma perfecta, hacerlas nacer juntas como un ramo de flores distintas? Se necesita tiempo... ¡y la vida es tan breve! Tú, Maestro, explícame cuál es la virtud indispensable».

«Es la caridad. Si amas, serás santo, porque del amor al Altísimo y al prójimo provienen todas las virtudes y todas las obras buenas».

«¿Sí? Así es más fácil. La santidad, entonces, es amor. Si tengo la caridad, tengo todo... La santidad está hecha de esto».

«De esto y de otras virtudes. Porque la santidad no es ser sólo humildes, o sólo prudentes, o sólo castos, etc. Sino que es ser virtuosos. [5]Fíjate, hijo mío, cuando un rico quiere preparar una comida, 514.5
¿encarga, acaso, un solo plato? Otro ejemplo: cuando uno quiere preparar un ramo de flores para ofrecerlo como obsequio, ¿toma, acaso, una sola flor? No, ¿no es verdad? Porque, aunque pusiera en las mesas montones y montones de un solo manjar, los comensales le criticarían como huésped inepto, preocupado sólo de mostrar sus posibilidades de compra, pero no de mostrar su finura de señor atento a los gustos distintos de sus invitados y que quiere que cada uno de ellos, con un alimento u otro, no sólo se sacie, sino que se deleite. Y lo mis-

mo el que hace un ramo de flores. Una sola flor, por grande que sea, no hace un ramo. Pero muchas flores lo hacen, y con los distintos colores y aromas satisfacen al ojo y al olfato y hacen alabar al Señor. La santidad, que debemos considerar como un ramo de flores ofrecido al Señor, debe estar hecha de todas las virtudes. En un espíritu predominará la humildad, en otro la fortaleza, en otro la continencia, en otro la paciencia, en el otro el espíritu de sacrificio o de penitencia: todas éstas son virtudes nacidas a la sombra del árbol regio y perfumadísimo del amor, cuyas flores predominarán siempre en el ramo; pero todas las virtudes componen la santidad».

«¿Y cuál debe ser cultivada con más esmero?».

«La caridad. Te lo he dicho».

«¿Y luego?».

«No hay un método, hijo mío. Si amas al Señor, Él te dará sus dones, o sea, se manifestará a ti, y entonces las virtudes que tratas de hacer crecer robustas crecerán bajo el sol de la Gracia».

«En otras palabras, ¿en el alma amante es Dios el que actúa grandemente?».

«Sí, hijo. Es Dios el que actúa grandemente, dejando que el hombre ponga por su parte su libre voluntad de tender a la perfección, sus esfuerzos en rechazar las tentaciones para mantenerse fiel a su propósito, sus luchas contra la carne, el mundo, el demonio, cuando le asaltan. Y ello para que su hijo tenga mérito en la santidad».

«¡Ah, eso! Entonces es muy acertado decir que el hombre está hecho para ser perfecto como Dios quiere. Gracias, Maestro. Ahora sé. Y ahora haré. Y ora por mí».

«Te tendré en mi corazón. Ve y no temas el que Dios pueda dejarte sin ayuda».

El joven, contento, se separa de Jesús...

514.6 [6]Ya están cerca del pueblo. Bartolomé y Esteban se llegan donde Jesús para contarle que, mientras hablaba con el joven, uno de Bet-Jorón, pariente de Elquías el fariseo, ha venido a rogarles que le lleven enseguida donde su esposa, que está agonizando.

«Vamos. Hablaré después. ¿Sabéis dónde está?».

«Ha dejado con nosotros a un criado. Está detrás, con los demás».

«Decidle que venga. Vamos a acelerar el paso».

El criado acude. Es un viejo robusto, y está consternado. Saluda y mira con curiosidad a Jesús, que le sonríe y le pregunta: «¿De qué muere tu ama?».

«De... Tenía que tener un niño. Pero se le ha muerto dentro y su sangre se ha corrompido. Delira como una loca y tiene que morir. Le han abierto las venas para hacer bajar la fiebre. Pero la sangre está

toda envenenada y tiene que morir. La han sumergido en la cisterna para apagar el ardor. Está bajo mientras está en el agua helada; luego es más fuerte que antes, y tose y tose... y tiene que morir».

«¡Mira tú éste! ¡Con esas curas!» gruñe entre dientes Mateo.

«¿Desde cuándo está enferma?».

[7]El criado está para responder, cuando llega corriendo por la bajada el jefe de la patrulla romana. Se para delante de Jesús. 514.7

«¡Salve! ¿Tú eres el Nazareno?».

«Lo soy. ¿Qué quieres de mí?».

Los que siguen a Jesús acuden creyendo quién sabe qué...

* «Un día un caballo nuestro dio un golpe a un niño hebreo y Tú le curaste para impedir que los hebreos armaran una algarabía contra nosotros. Ahora las piedras hebreas han hecho caer a un soldado, y yace en el suelo con una pierna rota. No puedo detenerme. Estoy de servicio. Ninguno en el pueblo quiere tenerle. No puede andar. No puedo llevármelo tirando de él con la pierna rota. Sé que no nos desprecias, como hacen todos los hebreos».

«¿Quieres que cure al soldado?».

«Sí. Curaste también al siervo del Centurión y a la hija de Valeria. Salvaste a Alejandro de la ira de tus compatriotas. Estas cosas se saben, en las capas altas y en las bajas».

«Vamos donde el soldado».

«¿Y mi ama?» pregunta descontento el criado.

«Después».

Y Jesús va detrás del suboficial, que devora el camino con sus largas piernas musculosas y libres de estorbos de vestiduras. Pero, aun caminando así, delante de todos, encuentra la manera de decir alguna palabra a quien le sigue inmediatamente, que es Jesús, y dice: «Hace tiempo estaba con Alejandro. Él te... Hablaba de ti. El azar te acerca a mí en este momento».

«¿El azar? ¿Por qué no decir Dios, el verdadero Dios?».

El soldado calla unos momentos y luego dice, de forma que sólo oiga Jesús: «El Dios verdadero sería el hebreo... Pero no se atrae nuestro amor. ¡Si es como los hebreos! Ni siquiera de un herido tienen compasión...».

«El verdadero Dios es el Dios de los hebreos, como lo es también de los romanos, de los griegos, de los árabes, de los partos, escitas, iberos, galos, celtas, líbicos y de los hombres hiperbóreos. ¡Hay un solo Dios! Pero muchos no le conocen. Otros le conocen mal. Si le conocieran bien, serían todos, unos para con otros, como hermanos, y

* *Tú le curaste*, en 115.1/2.

no habría atropellos, odios, calumnias, venganzas, actos de lujuria, hurtos y homicidios, adulterios y mentiras. Yo conozco al verdadero Dios y he venido para darle a conocer».

«Se dice —nosotros tenemos que tener bien abiertos los oídos para referir al Centurión, y éste a su vez al Procónsul—, se dice que Tú eres Dios. ¿Es verdad?». El soldado se muestra muy... preocupado mientras dice esto; mira a Jesús bajo la sombra del yelmo y parece casi asustado.

«Lo soy».

«¡Por Júpiter! ¿Entonces es verdad que los dioses bajan a conversar con los hombres? ¡Haber recorrido el mundo detrás de las enseñas y venir aquí, ya viejo, a encontrar a un dios!».

«A Dios. Único. No a un dios» corrige Jesús.

Pero el soldado está anonadado por la idea de preceder a un
514.8 dios... No dice nada más... piensa. [8]Piensa, hasta que, justo a la entrada del pueblo, encuentran a la patrulla, parada, en torno al herido, que gime en el suelo.

«¡Ahí tienes!» dice muy concisamente el suboficial.

Jesús se abre paso y se acerca. La pierna —ya hinchada y lívida— tiene una fea rotura, con el pie girado hacia dentro. El hombre debe sufrir mucho, y, al ver que Jesús extiende una mano, suplica: «¡Hazme poco daño!».

Jesús sonríe. Apenas toca con la punta de los dedos en el lugar donde el círculo lívido del traumatismo señala la fractura. Y luego dice: «¡Levántate!».

«Tiene otra rotura más arriba, en la cadera» explica el suboficial, queriendo decir, sin duda: «¿No tocas esa?».

Justo en ese momento, llega un habitante de Bet-Jorón: «¡Maestro, Maestro! ¡Te malempleas con paganos y mi mujer se muere!».

«Ve y tráemela, si tienes fe en mí».

«Maestro, no se la puede dominar. Está desnuda y no se puede vestir. Está como loca y se rasga los vestidos. Está moribunda y no se tiene en pie».

«Ve y tráemela, si no eres inferior en la fe a estos gentiles».

El hombre se marcha descontento.

514.9 [9]Jesús mira al romano que está tendido a sus pies: «¿Y tú sabes tener fe?».

«Yo sí. ¿Qué tengo que hacer?».

«Levantarte».

«Mira, Camilo, que...» está diciendo el suboficial. Pero el soldado está ya de pie, ágil, sano.

Los israelitas no aclaman. No es un hebreo el curado. Es más, pa-

recen descontentos, o, por lo menos, su cara expresa crítica contra el gesto de Jesús. Pero los soldados no lo están. Desenvainan las anchas dagas y las levantan en el aire plomizo, después de haberlas golpeado contra los escudos como para hacer ruido de fiesta. Jesús está en medio del círculo de armas blancas.

El suboficial le mira. No sabe como expresarse, ni qué hacer, él, hombre al lado de un dios, él, pagano al lado de Dios... Piensa y juzga que al menos debe hacer a Dios lo que haría al César. Y ordena el saludo militar al emperador (yo al menos creo que es así, porque oigo que resuena un «¡Ave!» potente, mientras las dagas refulgen poniéndose casi horizontales en lo alto del brazo extendido). Y, no contento todavía, el suboficial dice en voz baja: «Ve tranquilo incluso de noche. Los caminos... todos vigilados. Servicio contra los bandidos. Estarás seguro. Yo...». Deja de hablar. Ya no sabe qué más decir.

Jesús le sonríe y dice: «Gracias. Ve y sé bueno. Incluso con los bandidos sé humano. Fiel a tu servicio, pero sin crueldad. Son unos infelices. Y tendrán que rendir cuentas de sus acciones a Dios».

«Lo seré. ¡Salve! Quisiera volver a verte...».

Jesús le mira muy fijamente. Luego dice: «Volveremos a vernos. En otro monte». Y repite: «Sed buenos. Adiós».

Los soldados reanudan su camino. [10]Jesús entra en el pueblo. Re- 514.10
corre pocos metros y, hacia Él y los que le siguen, ve venir a un grupo numeroso y vociferador (comentan cosas a gritos). Y del grupo se adelantan un hombre y una mujer —el hombre de antes— y se inclinan delante de Jesús: la mujer, de rodillas; el hombre, sólo inclinado.

«Levantaos y alabad al Señor. Pero tengo que decirte a ti, hombre, que tu conciencia no es clara. Has venido a mí por egoísmo, no por amor a mí y por fe en mí. Y has dudado de mi palabra. ¡Y sabes quién soy! Luego has tenido un pensamiento no bueno, porque me paraba a curar a un gentil; de la misma forma que todo el pueblo había obrado mal negándose a acoger al herido. Por un exceso de misericordia y para tratar de hacer bueno tu corazón, te he curado a tu esposa sin entrar en tu casa. No lo merecías. Lo he hecho para que veas que no es necesario que Yo vaya para actuar; basta con que quiera. Pero, en verdad os digo, a todos vosotros, que aquellos a los que despreciáis son mejores que vosotros y saben creer en mi poder más que vosotros. Levántate, mujer. Tú no eres culpable, porque no razonabas. Ve, y que sepas creer de ahora en adelante por gratitud al Señor».

La expresión de los habitantes del pueblo se enfría y se hace altiva ante el reproche de Jesús; le siguen amoscados hasta la plaza, donde se detiene a hablar, visto que el arquisinagogo no le invita a

entrar en la sinagoga y que ninguna casa se abre para el Maestro.

514.11 [11]«Cuando Dios está con los hombres, ellos pueden todo contra la desventura, contra cualquier tipo de desventura. Cuando Dios, por el contrario, no está con los hombres, ellos no pueden nada contra la desventura. Esta ciudad, en sus crónicas, recuerda esto más de una * vez. Dios estaba con Josué y Josué derrotó a los reyes cananeos, y en este camino Dios le ayudó a destruir a los enemigos de Israel "lanzando del cielo sobre ellos grandes piedras, y fueron más los que murieron por las piedras del granizo que a filo de espada" se lee en el libro de Josué. Dios estaba con Judas Macabeo, que se asomó a este monte con su pequeño ejército a mirar al ejército poderoso de Serón, jefe de los ejércitos sirios, y Dios confirmó las palabras del caudillo de Israel con una victoria estrepitosa.

Pero la condición necesaria para tener a Dios con nosotros es moverse por un motivo de justicia. "En las batallas la victoria no depende del número, sino de la ayuda que viene del Cielo" dice Judas Macabeo. En todas las cosas de la vida, el bien viene no del patrimonio, de la potencia o de otra causa, sino de la ayuda que viene del Cielo. Y viene porque se pide ayuda para cosas buenas; "por nuestras vidas y nuestras leyes", sigue diciendo Judas Macabeo. Pero cuando se recurre a Dios para un fin malvado o impuro, vano es invocar su ayuda. Dios no responderá, o responderá con castigos en vez de con bendiciones.

Esta verdad está demasiado olvidada ahora en Israel. Se quiere que Dios ayude y se le invoca para fines no buenos. No se practican las virtudes, y se observan los mandamientos no con verdadera observancia; o sea, de ellos se hace aquello que puede ser visto o alabado por los hombres. Pero distinto es lo que sucede detrás de la apariencia. Yo vengo a decir: sed sinceros en vuestras obras, porque Dios ve todas las cosas. Inútiles son los sacrificios y vanas las oraciones hechos por pura ostentación cultual, mientras se tiene el corazón lleno de pecado, de odio, de malos deseos.

514.12 [12]Bet-Jorón, no hagan tus habitantes lo que Abdías dice de Edom. Edom, creyéndose seguro, se permitía avasallar a Jacob y exultar por las derrotas de éste. No hagas lo mismo, ciudad sacerdotal. Toma el volumen de Abdías y medita en él. Medita. Medita. Medita. Y * modifica tu camino. Sigue la justicia, si no quieres conocer días de horror. No te salvará entonces ni el estar en esta cima, ni el estar,

---

* *en sus crónicas*, que, para las partes citadas aquí, están en *Josué 10, 8-11; 1 Macabeos 3, 13-24.*

* *el volumen de Abdías*, que es el más corto de los libros proféticos: un solo capítulo de 21 versículos; *el matrimonio de Oseas*, en *Oseas 1*; *dice el profeta*, en *Oseas 2, 1-2.*

aparentemente, al margen de los caminos de la guerra. Veo en ti a muchos que no tienen a Dios consigo y que no quieren la presencia de Dios. ¿Murmuráis? Yo os digo la verdad. He subido hasta aquí para decírosla. Para salvaros todavía.

¿Nuestro nombre no era uno sólo? ¿No era todo Israel? ¿Por qué, entonces, se ha dividido y ha tomado dos nombres? ¡Oh! Esto verdaderamente me recuerda el matrimonio de Oseas con la mujer de prostituciones y a los hijos que de su fornicación nacieron. ¿Pero qué dice el profeta? "El número de los hijos de Israel será como la arena del mar... Y entonces en vez de decirles: 'No sois mi pueblo' se les dirá: 'Sois los hijos del Dios vivo'. Y los hijos de Judá y de Israel se reunirán y eligirán a un solo jefe y desbordarán la Tierra, porque grande es el día de Yizreel".

¿Por qué criticáis, entonces, a Aquel que debe reunir todo y hacer un solo pueblo, un gran pueblo, único como único es Dios; por qué le criticáis el que ame a todos los hijos del hombre, porque todos son hijos de Dios, y el que deba hacer hijos del Dios vivo también a aquellos que actualmente asemejan a muertos? ¿Podéis juzgar mis acciones y su corazón y el vuestro? ¿De dónde os viene la luz? La luz viene de Dios. Pero si Dios me envía a mí con el encargo de reunir a todos bajo un solo cetro, ¿cómo podéis tener vosotros una luz verdaderamente divina que os muestre las cosas contrariamente a como las ve Dios? Y es así: veis lo contrario de lo que ve Dios.

No murmuréis. Es verdad. Estáis fuera de la justicia. Pero aún más que vosotros lo están los que os seducen a la injusticia. Y serán doblemente castigados. Me acusáis de contubernio con el enemigo, con el dominador. Leo vuestros corazones. ¿Vosotros no tenéis contubernio con Satanás haciéndoos seguidores de los que combaten al Hijo del hombre, al Enviado de Dios? Por eso me odiáis. Pero conozco el rostro de quienes os instilan el odio.

Como está escrito en Oseas, Yo he venido con las manos cargadas de regalos, y el corazón de amor; he tratado de atraeros con los más dulces modos para suscitar vuestro amor hacia mí. He hablado a mi pueblo como el esposo a la esposa, ofreciéndole eterno amor y paz, y justicia y misericordia. Queda un tiempo todavía para evitar que el pueblo que me rechaza y los jefes que agitan al pueblo —Yo los conozco—, se queden sin rey, príncipe, sacrificio y altar. Pero en la guarida, donde más fuerte es el odio y más fuerte será el castigo, se trabaja para comprar las conciencias y encaminarlas al delito. ¡Oh, en verdad, los que desvían y descarrían a las conciencias serán juzgados siete veces siete más severamente que los descarriados!

Vamos. He venido y he hecho un milagro, y os he dicho la verdad

para manifestaros quién soy Yo y convenceros de mi realidad. Ahora me marcho. Si de entre vosotros hay uno sólo justo, que me siga, porque triste es el futuro de este lugar donde anidan las serpientes para seducir y traicionar».

Y Jesús se vuelve y vuelve a tomar el camino por el que ha venido.

514.13 [13]«¿Por qué, Rabí, les has hablado así? Te odiarán» le preguntan los apóstoles.

«No busco conquistar amor negociando acuerdos, ni mintiendo».

«¿Pero no hubiera sido mejor no venir?».

«No. Es necesario no dejar duda alguna».

«¿Y a quién has convencido?».

«A ninguno. Por ahora, a ninguno. Pero pronto alguien dirá: "No podemos maldecir a nadie por haber sido avisados y no actuar". Y, si reprochan a Dios el haberlos castigado, su reproche será como una blasfemia».

«Pero a quién querías aludir diciendo...».

«Preguntádselo a Judas de Keriot. Él conoce a muchos de este lugar y conoce sus astucias».

Todos los apóstoles miran a Judas.

«Sí. Este lugar está casi en estado de servidumbre respecto a Elquías. Pero... no creo que Elquías...», las palabras mueren en los labios de Judas, que, levantando la mirada de su cinto —se lo estaba colocando para aparentar normalidad—, encuentra la mirada de Jesús. Una mirada tan centelleante y penetrante que parece incluso magnética. Agacha la cabeza y termina: «Pero, eso sí, es un pueblo soberbio y odioso, que se merece a quien le domina. Cada uno tiene lo que se merece. Ellos tienen a Elquías. Nosotros a Jesús. Y el Maestro ha hecho bien haciéndoles saber que no ignora. Ha hecho muy bien».

«No cabe duda de que son malos. ¿Habéis visto? ¡Ni siquiera un saludo después del milagro! ¡Ni siquiera una limosna! Nada» observa Felipe.

«Pues yo siento temor cuando el Maestro los desenmascara así» suspira Andrés.

«Hacerlo o no hacerlo es igual. Le odian igualmente. ¡Quisiera volver a Galilea!» dice Juan.

«¡A Galilea, claro!» suspira Pedro, y baja la cabeza muy pensativo.

Detrás, los que han seguido a Jesús y no le dejan, comentan, comentan junto con los discípulos.

515. Las razones del dolor salvífico de Jesús. Elogio de la obediencia y lección sobre la humildad.

18 de octubre de 1946.

[1]Pero poco puede estar Jesús con sus pensamientos. Juan y su 515.1
primo Santiago, luego Pedro y Simón, le alcanzan y atraen su atención hacia el panorama que desde lo alto del collado se ve. Y, quizás con intención de distraerle, porque está visiblemente muy triste, evocan hechos acontecidos en esas zonas que se muestran a sus ojos. El viaje hacia Ascalón... la casa de los campesinos de la llanura de Sarón, donde Jesús devolvió la vista al anciano padre de Gamala y Jacob... el retiro de Jesús y Santiago en el Carmelo... Cesarea Marítima y la jovencita Áurea Gala... el encuentro con Síntica... los gentiles de Joppe... los ladrones de cerca de Modín... el milagro de las mieses en casa de José de Arimatea... la ancianita espigadora... Sí, son cosas, todas ellas, que tienen la intención de alegrar... pero que contienen, para todos o para Él sólo, un hilo de llanto y un recuerdo de dolor. Se dan cuenta de ello los propios apóstoles, y susurran: «Verdaderamente en todas las cosas de la Tierra uno encuentra un dolor. Es lugar de expiación...».

Pero, justamente, Andrés, que se ha unido al grupo junto con Santiago de Zebedeo, observa: «Es ley justa para nosotros, pecadores, pero para Él ¿por qué tanto dolor?».

Surge una benévola discusión, y continúa también cuando, atraídos por las palabras de los primeros, que hablan en tono alto, se unen al grupo todos los otros. Menos Judas Iscariote, que está muy enfrascado con algunas personas modestas —a las cuales está enseñando—, imitando al Maestro en la voz, en el gesto, en el concepto. Pero es una imitación teatral, pomposa, a la cual le falta el calor del convencimiento. Y los que le escuchan se lo dicen, incluso sin rodeos, lo cual pone nervioso a Judas, que les echa en cara el ser obtusos y el que no comprenden nada por eso. Y Judas declara que los deja porque «no conviene arrojar las perlas de la sabiduría a los cerdos». Pero se detiene, porque esta gente modesta, mortificada, le ruega que sea indulgente, confesándose «inferiores a él como un animal es inferior a un hombre»...

Jesús está distraído de lo que dicen en torno a Él los once, para escuchar lo que dice Judas; y, ciertamente, no le alegra lo que oye... pero suspira y calla. [2]Hasta que Bartolomé le hace participar direc- 515.2
tamente. Somete a su consideración los distintos puntos de vista acerca de la razón de por qué Él, inocente sin pecado, debe sufrir.

Bartolomé dice: «Yo sostengo que esto sucede porque el hombre

odia al bueno. Hablo del hombre culpable, o sea, de la mayoría. Esta mayoría comprende que, comparada con quien está libre de pecado, resaltan aún más su culpabilidad y sus vicios, y por rabia se venga haciendo sufrir al bueno».

«Yo, sin embargo, sostengo que sufres por el contraste entre tu perfección y nuestra miseria. Aunque ninguno te despreciara en ningún modo, igualmente sufrirías, porque tu perfección debe sentir una dolorosa repulsa de los pecados de los hombres» dice Judas Tadeo.

«Yo, por el contrario, sostengo que Tú, no careciendo de humanidad, sufres por el esfuerzo de deber dominar con tu parte sobrenatural los impulsos de tu humanidad contra tus enemigos» dice Mateo.

«Yo, que sin duda me equivoco porque soy un ignorante, digo que sufres porque tu amor es rechazado. No sufres por no poder castigar como tu lado humano puede desear, sino que sufres por no poder beneficiar como querrías» dice Andrés.

«Y yo sostengo que sufres porque debes padecer todo el dolor para redimir todo el dolor. No predominando en ti una u otra naturaleza, sino estando igualmente estas dos naturalezas tuyas en ti, fundidas, con un perfecto equilibrio, para formar la Víctima perfecta (tan sobrenatural, que puede ser válida para aplacar la ofensa hecha a la Divinidad; tan humana, que puede representar a la Humanidad y conducirla nuevamente a la pureza inmaculada del primer Adán, para anular el pasado y generar una nueva humanidad; recrear una humanidad nueva, conforme al pensamiento de Dios, o sea, una humanidad en que esté realmente la imagen y la semejanza de Dios y el destino del Hombre: la posesión, el poder aspirar a la posesión de Dios, en su Reino), debes sufrir sobrenaturalmente, y sufres, por todo lo que ves hacer y por lo que te rodea —podría decir— con perpetua ofensa a Dios, y debes sufrir humanamente, y sufres, para cercenar las tendencias de nuestra carne envenenada por Satanás. Con el sufrimiento completo de tus dos perfectas naturalezas, anularás completamente la ofensa a Dios, la culpa del hombre» dice el Zelote.

Los demás guardan silencio. Jesús pregunta: «¿Y vosotros no decís nada? ¿Cuál es, según vosotros, la definición más apropiada?».

Unos dicen una, otros otra. Sólo callan Santiago de Alfeo y Juan.

«¿Y vosotros dos? ¿No aprobáis ninguna de ellas?» dice Jesús para moverlos a hablar.

«No. Sentimos en todas algo de verdad, o mucho de verdad. Pero sentimos también que falta la verdad más verdadera».

«¿Y no sabéis encontrarla?».

«Quizás yo y Juan la hemos encontrado. Pero nos parece casi una

blasfemia el decirla, porque... Somos unos buenos israelitas y tememos tanto a Dios, que casi no podemos pronunciar su Nombre. Y el pensar que, si el hombre del pueblo elegido, el hombre hijo de Dios, no puede pronunciar casi el Nombre bendito y crea nombres substitutivos para nombrar a su Dios, el que pueda Satanás osar perjudicar a Dios nos parece pensamiento blasfemo. Y, no obstante, sentimos que el dolor es siempre activo contra ti porque Tú eres Dios y Satanás te odia. Te odia como ningún otro. Tú encuentras el odio, hermano mío, porque eres Dios» dice Santiago.

«Sí, encuentras el odio porque eres el Amor. No es que los fariseos, o los rabíes, o éste o aquél, o por éste o por aquél, se alcen para hacerte sufrir. Sino que es el Odio el que inviste de sí a los hombres y los lanza contra ti, lívidos de odio, porque con tu amor arrancas demasiadas víctimas al Odio» dice Juan.

«A las muchas definiciones les falta todavía una cosa. Buscad la razón más verdadera. La razón por la cual he...» anima Jesús.

Pero ninguno la encuentra. Piensan, piensan. Se rinden, diciendo: «No la encontramos...».

«¡Es tan simple! Está siempre ante vosotros. Resuena en las palabras de nuestros libros, en las figuras de nuestras historias... ¡Ánimo, buscad! En todas vuestras definiciones hay algo de verdad, pero falta la primera razón. Buscadla no en nuestros días, sino en el pasado más lejano, antes de los profetas, antes de los patriarcas, antes de la creación del Universo...».

Los apóstoles están pensativos... pero no hallan la razón.

Jesús sonríe. Luego dice:

«Pues, si recordarais mis palabras, encontraríais la razón. Pero no podéis recordar todo todavía. Eso sí, undía recordaréis.

[3]Escuchad. Remontemos juntos el curso de los siglos, hasta más allá de los límites del tiempo. Vosotros sabéis quién fue el que dañó el espíritu del hombre. Satanás, la Serpiente, el Adversario, el Enemigo, el Odio. Llamadlo como queráis. Pero ¿por qué le dañó? Por una gran envidia: la de ver al hombre destinado al Cielo del que él había sido expulsado. Deseó para el hombre el mismo destierro que él había recibido. ¿Por qué había sido expulsado? Por haberse rebelado contra Dios. Esto lo sabéis. ¿Pero en qué? En la obediencia. En el principio del dolor hay una desobediencia. Y entonces, ¿no es también necesariamente lógico que lo que restablezca el orden, que es siempre alegría, sea una obediencia perfecta? Obedecer es difícil, especialmente si se trata de una materia grave. Lo difícil produce dolor a aquel que lo lleva a cabo. Pensad, pues, si Yo, al que el Amor solicitó si quería devolver la alegría a los hijos de Dios, no tendré que 515.3

sufrir infinitamente, para llevar a cabo la obediencia al Pensamiento de Dios. Yo, pues, debo sufrir para vencer, para *borrar* no uno o mil pecados, sino el propio *Pecado por excelencia* que, en el espíritu angélico de Lucifer o en el que animaba a Adán, fue y será siempre, hasta el último hombre, pecado de desobediencia a Dios.

Vosotros, hombres, debéis obedecer limitadamente a eso poco —os parece mucho pero es muy poco— requerido por Dios, que, en su justicia, os pide solamente aquello que podéis dar. Vosotros, de lo que Dios quiere, conocéis solamente lo que podéis cumplir. Pero Yo conozco todo su Pensamiento, respecto a los grandes y pequeños acontecimientos. Yo no tengo puestos límites en el conocimiento ni en la ejecución. El amoroso sacrificador, el Abraham divino, no exime a su Víctima e Hijo suyo. Es el Amor no satisfecho y ofendido el que exige reparación y ofrecimiento. Y, aunque viviera millares de años, nada sería, si no consumara el Hombre hasta la última fibra; de la misma forma que nada habría sido, si ab aeterno no hubiera dicho Yo "sí" al Padre mío, disponiéndome a obedecer como Dios Hijo y como Hombre, en el momento que mi Padre considerara bueno.

La obediencia es dolor y es gloria. La obediencia, como el espíritu, no muere nunca. En verdad os digo que los verdaderos obedientes serán dioses, aunque después de una lucha continua contra sí mismos, contra el mundo y contra Satanás. La obediencia es luz. Cuanto más se es obediente, más luminoso se es y más se ve. La obediencia es paciencia, y, cuanto más se es obediente, más se soportan las cosas y a las personas. La obediencia es humildad, y, cuanto más obediente se es, más humilde se es para con nuestro prójimo. La obediencia es caridad porque es un acto de amor, y, cuanto más obediente se es, más numerosos y perfectos son los actos. La obediencia es heroísmo. Y el héroe del espíritu es el santo, el ciudadano de los Cielos, el hombre divinizado. Si la caridad es la virtud en que uno encuentra a Dios Uno y Trino, la obediencia es la virtud en que soy hallado Yo, vuestro Maestro. Haced que el mundo os reconozca como discípulos míos por una obediencia absoluta a todo lo santo.

515.4 [4]Llamad a Judas. Tengo que decirle algo también a él...».

Judas acude. Jesús señala al panorama que se estrecha a medida que bajan, y dice:

«Una pequeña parábola para vosotros, futuros maestros de espíritu. Cuanto más subáis por el camino de la perfección, que es arduo y penoso, más veréis. Antes veíamos las dos llanuras, filistea y de Sarón, con sus muchos pueblos y campos y árboles frutales, e incluso un azul lejano, que era el gran mar, y el Carmelo verde allá en el fondo. Ahora no vemos más que un poco. El horizonte se ha estrecha-

do, y se seguirá estrechando, hasta desaparecer en el fondo del valle. Lo mismo sucede con quien desciende en el espíritu en vez de subir. Su virtud y sabiduría se van haciendo cada vez más limitadas, y restringido su juicio hasta quedar anulado. En ese momento, un maestro de espíritu ha muerto en orden a su misión. Ya ni discierne ni guía. Es un cadáver y, de la misma manera que se ha corrompido, puede corromper. La bajada, a veces, es estimulante, casi siempre lo es, porque abajo hay satisfacciones de los apetitos. También nosotros bajamos al valle en busca de descanso y alimento. Pero, si ello es necesario para nuestro cuerpo, no es necesario satisfacer los apetitos de la carne y la desgana del espíritu, bajando a los valles de la sensualidad moral y espiritual. Sólo en un valle se concede poner pie: en el de la humildad. Y es porque a éste el mismo Dios desciende a raptar al espíritu humilde para elevarle hasta Él. Quien se humilla será enaltecido. Cualquier otro valle es letal, porque aleja del Cielo».

«¿Me has llamado para esto, Maestro?».

«Para esto. Has hablado mucho con los que te preguntaban».

«Sí, y no merece la pena; son más duros de mente que los mulos».

«Y Yo he querido expresar un pensamiento donde todo quede reflejado. Para que puedas nutrir tu espíritu».

Judas le mira confundido. No sabe si es un don o un reproche. Los otros, que no se habían percatado de la conversación de Judas con los seguidores, no comprenden que Jesús está reprendiendo a Judas por su soberbia.

[5]Y Judas prefiere prudentemente llevar la conversación por otros derroteros, así que pregunta: «¿Maestro, Tú que piensas? ¿Esos romanos, y lo mismo el hombre de Petra, que han tenido un contacto muy limitado contigo, podrán llegar alguna vez a tu doctrina? ¿Y aquel Alejandro? Se marchó... No volveremos a verle. Y éstos lo mismo. Se diría que en ellos hay una instintiva búsqueda de la verdad, pero están sumergidos hasta el cuello en el paganismo. ¿Lograrán alguna vez concluir alguna cosa buena?». 515.5

«¿Quieres decir encontrar la Verdad?».

«Sí, Maestro».

«¿Y por qué no iban a lograrlo?».

«Porque son pecadores».

«¿Sólo ellos son pecadores? ¿Entre nosotros no hay pecadores?».

«Muchos, lo admito. Pero precisamente lo que yo digo es que si nosotros, nutridos de sabiduría y verdad ya desde hace siglos, somos pecadores y no conseguimos hacernos justos y seguidores de la Verdad que representas, ¿cómo podrán hacerlo ellos, si están saturados de impurezas?».

«Todos los hombres, cualquiera que fuera el punto del que partieran, pueden llegar a alcanzar y poseer la Verdad, o sea, a Dios. Cuando no hay soberbia de la mente ni depravación de la carne, sino sincera búsqueda de la Verdad y de la Luz, pureza de finalidad y anhelo de Dios, una criatura está ciertamente en el camino de Dios».

«Soberbia de la mente... y depravación de la carne... Maestro... entonces...».

«Continúa tu pensamiento, que es bueno».

Judas elude continuar, y dice: «Entonces ellos no pueden alcanzar a Dios, porque son unos depravados».

«No era eso lo que querías decir, Judas. ¿Por qué has amordazado tu pensamiento y tu conciencia? ¡Oh, qué difícil es que el hombre suba a Dios! Y el obstáculo mayor está en sí mismo, que no quiere confesar y reflexionar sobre sí mismo y sus defectos. Verdaderamente también Satanás es calumniado muchas veces, cargándole a él toda causa de ruina espiritual. Y más calumniado aún es Dios, al cual se le cargan todos los hechos que suceden. Dios no viola la libertad del hombre. Satanás no puede prevalecer contra una voluntad asentada en el Bien. En verdad os digo que setenta veces sobre cien el hombre peca por su voluntad. Y —no se considera esto, pero es así— y no se restablece de su pecado porque evita el examinarse, y a pesar de que la conciencia, con imprevisto impulso, se yergue dentro de él y grita las verdades que él no ha querido meditar, el hombre ahoga ese grito, borra esa figura que, severa y dolorosa, se yergue delante de su intelecto, modifica con esfuerzo su pensamiento influido por la voz acusadora, y no quiere decir, por ejemplo: "Pero entonces nosotros, yo, no podemos alcanzar la Verdad, porque tenemos soberbia de la mente y corrupción de la carne". Sí, en verdad, en nuestro pueblo no se camina hacia la senda de Dios, porque en nuestro pueblo hay soberbia de la mente y corrupción de la carne. Una soberbia que es verdaderamente imitadora de la satánica, tanto que se juzgan u obstaculizan las acciones de Dios cuando son contrarias a los intereses de los hombres y de los partidos. Y este pecado hará de muchos de Israel réprobos eternos».

«Bueno, pero no somos todos así».

«No. Todavía hay espíritus buenos, en todos los niveles; más numerosos entre los humildes del pueblo que entre los doctos y ricos, pero los hay. Mas ¿cuántos son?, ¿cuántos, respecto a este pueblo de Palestina al que desde hace casi tres años evangelizo y favorezco, y por el cual me consumo? Hay más estrellas en una noche nubosa que en Israel espíritus deseosos de venir al Reino mío».

«¿Y los gentiles, *esos* gentiles, irán?».

«No todos, pero sí muchos. Incluso entre mis propios discípulos algunos no perseverarán hasta el final. ¡Pero no nos preocupemos de los frutos que, podridos, caen de la rama! Tratemos, hasta cuando se pueda, de impedir que se pudran, con la dulzura, con la firmeza, con la recriminación y el perdón, con la paciencia y la caridad. Luego, si dicen "no" a Dios y a los hermanos que quieren salvarlos, y se arrojan en los brazos de la Muerte, de Satanás, y mueren impenitentes, bajemos la cabeza y ofrezcamos a Dios nuestro dolor por no haberle podido alegrar con esa alma, salvándosela. Todos los maestros tienen experiencia de estas derrotas; las cuales también son útiles, para mantener mortificado el orgullo del maestro de almas y probar la constancia de éste en el ministerio. La derrota no debe cansar la voluntad del educador de espíritus. Es más, debe impulsarle a hacer más, y mejor, en el futuro».

6«¿Por qué has dicho al decurión que le vas a volver a ver en un 515.6
monte? ¿Cómo puedes saberlo?».

Jesús mira a Judas con una mirada larga y extraña, mezcla de tristeza y sonrisa juntas, y dice: «Porque será uno de los que estén presentes en mi exaltación, y dirá al gran doctor de Israel una severa palabra verdadera. Y desde ese momento comenzará su seguro camino hacia la Luz. Pero ya estamos en Gabaón. Que Pedro vaya con otros siete a anunciarme. Voy a hablar en seguida, para despedir a los que me han seguido desde los pueblos cercanos. Los demás permanecerán conmigo hasta después del sábado. Tú, Judas, estáte con Mateo, Simón y Bartolomé».

* (No he reconocido en el decurión a ninguno de los soldados presentes en la Crucifixión. Pero debo decir también que centrada en la observación atenta de mi Jesús, no me di mucha cuenta de ellos. Eran, para mí, un grupo de soldados encargados de hacer ese servicio. Nada más. Y además, cuando habría podido observarlos mejor porque "todo estaba consumado", había una luz tan no luz que sólo las caras muy familiares podían ser reconocidas. De todas formas, por las palabras de Jesús pienso que es ese soldado que dice a Gamaliel algunas palabras que no recuerdo y que no puedo verificar, porque estoy sola y no puedo pedir a nadie que me dé el cuaderno de la Pasión).

---

* *decurión* es el *jefe de la patrulla romana*, o *suboficial*, encontrado en 514.7/9; *centrada en la observación atenta de mi Jesús*, en la escena de la Crucifixión, escrita precedentemente pero colocada después, en el ciclo de la "Pasión".

516. En Gabaón, milagro del mudito y elogio de la sabiduría como amor a Dios.

22 de octubre de 1946.

516.1 [1]En primavera, verano y otoño, Gabaón, construida en el copete de un suave y bajo otero aislado en medio de una llanura fertilísima, debe ser una ciudad graciosa, ventilada y de bellísimo panorama. Sus casas blancas se esconden casi entre el verde de los árboles —de todas clases— de hoja perenne, que están mezclados con árboles desnudos ahora por la estación del año, pero que en la estación buena deben transformar el otero en una nube de pétalos ligeros y, más tarde, en exuberancia de frutas. Ahora, con el tono gris del invierno, muestra las laderas listeadas de desnudas vides y grises por los olivos, y con manchas de árboles frutales, desnudos, de obscuros troncos; a pesar de lo cual, es bonita y aparece ventilada, y la mirada descansa en la ladera del monte y en la arada llanura.

Jesús se dirige hacia una cisterna grande o pozo, que me recuerda un poco el de la samaritana, o también En Rogel y, más todavía, los depósitos cercanos a Hebrón. Hay allí mucha gente: quiénes se apresuran a tomar mucha agua para el sábado, que ya está cerca, quiénes concluyen los últimos tratos, quiénes, habiendo terminado ya sus ocupaciones, se entregan al descanso del sábado (entre éstos, los ocho apóstoles, que anuncian al Maestro y ya han tenido éxito, porque veo que traen a enfermos y se congregan mendigos y otras personas vienen de sus casas).

Cuando Jesús llega a donde está el pilón, se forma un murmullo que se transforma en un grito unánime: «¡Hosanna! ¡Hosanna! ¡Está entre nosotros el Hijo de David! ¡Bendita la Sabiduría, que viene al lugar donde fue invocada!».

«Benditos vosotros, que la sabéis acoger. ¡Paz! Paz y bendición». Y en seguida se dirige hacia los enfermos y los tullidos (por desgracias o enfermedades), hacia los indefectibles ciegos o que están en camino de serlo, y los cura.

516.2 [2]Hermoso es el milagro de un mudito. La madre se lo presenta llorando. Jesús le cura con un beso en la boca. Y él usa las palabras que la Palabra le da para gritar los dos nombres más bonitos: «¡Jesús! ¡Mamá!». Y de los brazos de su madre, que le tenía alzado por encima de la gente, se arroja a los brazos de Jesús, se abraza a su cuello, hasta que Jesús le devuelve a la madre feliz. Ella explica a Jesús cómo este hijo suyo primogénito, destinado desde antes que naciera, en el corazón de los padres, para ser levita, podrá serlo ahora que no tiene defectos: «No le había pedido al Señor, junto con mi

esposo Joaquín, para mí, sino para que sirviera al Señor. Y no he pedido para él la palabra para que me llamase madre y me dijera que me quiere. Sus ojos y sus besos ya me lo decían. La pedía para que pudiera, como cordero sin defecto, ser consagrado enteramente al Señor y alabar su Nombre».

A lo cual Jesús responde: «El Señor oía la palabra de su alma, porque Él, como una madre, hace de los sentimientos palabras y actos. Pero bueno ha sido tu deseo y el Altísimo lo ha acogido. Ahora esfuérzate en educar a tu hijo para la alabanza perfecta, para que sirva siempre con perfección al Señor».

«Sí, Rabí. Pero dime Tú qué es lo que debo hacer».

«Haz que ame al Señor Dios con todo su ser, y espontáneamente florecerá en su corazón la alabanza perfecta, y perfecto será en su servicio a su Dios».

«Bien has hablado, Rabí. La Sabiduría está en tus labios. Te ruego que nos hables a todos» dice un gabaonita de aspecto señorial que se ha abierto paso hasta Jesús y le ha invitado a la sinagoga. Sin duda es el arquisinagogo.

[3]Jesús se dirige hacia ella, seguido de todos, y dado que es imposible hacer que entren todos los de la ciudad, más los que ya estaban con Él, acepta el consejo del jefe de la sinagoga de hablar desde la terraza de su casa, contigua a la sinagoga. Una casa ancha y baja, fajada por dos lados por el verde tenaz de una espaldera de jazmines. Y la voz de Jesús, potente y armoniosa, se expande en el aire apacible de la tarde que declina, y se propaga por la plaza y por las tres calles que en ella desembocan, mientras un pequeño mar de cabezas está con la cara alzada escuchando. 516.3

«La mujer de vuestra ciudad que ha deseado la palabra para su hijo, no por un deseo de oír de los labios de su hijo dulces palabras, sino para que fuera hábil para servir a Dios, me recuerda otras palabras, ya lejanas, brotadas de los labios de un gran hombre en esta misma ciudad. A éstas, como a las de la mujer de esta ciudad, Dios ha asentido, porque en ambos ha visto una petición de justicia, una justicia que debería estar en todas las oraciones para que encontraran acogida de parte de Dios y gracia. ¿Qué es necesario durante la vida para obtener luego el premio eterno, la verdadera Vida sin fin en una bienaventuranza sin fin? Es necesario amar al Señor con todo el propio ser, y al prójimo como a uno mismo. Y ésta es la cosa más necesaria para tener a Dios por amigo y obtener de Él gracias y * bendiciones. Cuando Salomón, hecho rey después de la muerte de

* *Cuando Salomón...*, como se narra en *2 Crónicas 1, 3-12; 1 Reyes 3, 4-15*; *iba a pecar*, como se narra en *1 Reyes 11, 1-13*.

David, asumió de hecho el reino, subió a esta ciudad y ofreció un gran sacrificio de víctimas. Y en esa noche se le apareció el Altísimo y le dijo: "Pídeme lo que desees de mí". Gran benignidad por parte de Dios. Gran prueba por parte del hombre. Porque a todo don le corresponde una gran responsabilidad por parte de quien lo recibe, responsabilidad que es tanto mayor cuanto mayor es el don. Y ésta es una prueba del grado de formación alcanzado por el espíritu. Si un espíritu favorecido por Dios, en lugar de perfeccionarse, desciende hacia la materialidad, ha fallado la prueba y muestra con esto su no formación, o su parcial formación. Hay dos cosas que son índice del valor espiritual del hombre: su modo de comportarse en la alegría y el modo de comportarse en el dolor. Sólo el que está formado en la justicia sabe ser humilde en la gloria, fiel en la alegría, agradecido y constante aun después de haber obtenido algo, aun cuando no desea ya nada más. Y sólo el que es realmente santo sabe ser paciente y seguir siendo amante de su Dios cuando las penas se ensañan con él».

516.4 [4]«¿Maestro, puedo preguntarte una cosa?» dice uno de Gabaón.

«Habla».

«Todo lo que dices es verdad. Y, si he comprendido bien, quieres decir que Salomón superó la prueba felizmente. Pero luego pecó. Ahora dime: ¿por qué Dios le favoreció tanto si luego iba a pecar? Sin duda, el Señor conocía el futuro pecado del rey. ¿Y entonces por qué le dijo: "Pídeme lo que quieras"? ¿Fue un bien o un mal?».

«Siempre un bien, porque Dios no cumple acciones malas».

«Pero has dicho que a todo don corresponde una responsabilidad. Ahora bien, habiendo Salomón pedido y obtenido la sabiduría...».

«Tenía la responsabilidad de ser sabio y no lo fue, quieres decir. Es verdad. Y te digo que ciertamente esta falta suya respecto a la sabiduría fue castigada, y con justicia. Pero el acto de Dios de concederle la sabiduría que había pedido fue bueno. Y bueno fue el acto de Salomón de pedir la sabiduría y no otras cosas materiales. Y, puesto que Dios es Padre y es Justicia, en el momento del error buena parte de error lo perdonó, teniendo presente que el pecador en el pasado había amado la Sabiduría más que a ninguna otra cosa o criatura. Un acto habrá disminuido el otro acto. Una buena acción hecha antes del pecado permanece, y vale para el perdón, pero cuando el pecador después del pecado se arrepiente.

Por esto os digo que no dejéis pasar la ocasión de llevar a cabo buenas acciones, para que sean como monedas para pagar vuestros pecados (cuando, por gracia de Dios, de ellos os arrepentís). Las acciones buenas —aunque parezcan pasadas, y por tanto se pueda pensar equivocadamente que ya no fermentan en nosotros y crean nuevos es-

tímulos y fuerzas para cosas buenas— están siempre activas, aunque sólo sea con el recuerdo que resurge desde el fondo de un alma humillada y suscita una añoranza del tiempo en que la persona era buena. Y la añoranza es, a menudo, un primer paso por el camino del regreso a la Justicia. Yo he dicho que incluso un vaso de agua dado con amor a un sediento no queda sin premio. Un sorbo de agua no es nada, en cuanto al valor material, pero la caridad le hace grande. Y no queda sin premio. A veces el premio puede ser volver al Bien que se forma con el recuerdo de esa acción, de las palabras del hermano sediento, de los sentimientos del corazón de aquella ocasión, de ese corazón que daba de beber en nombre de Dios y por amor. Y entonces Dios, por sucesión de recuerdos, vuelve, como un sol que renace después de la noche obscura, para resplandecer en el horizonte de un pobre corazón que lo perdió y que, hechizado por su inefable Presencia, se humilla y grita: "¡Padre, he pecado! Perdona. Te amo de nuevo".

[5]El amor a Dios es sabiduría. Es la sabiduría de las sabidurías, 516.5
porque el que ama conoce todo y posee todo. Aquí, mientras cae la tarde y el viento vespertino hace tiritar a los cuerpos arropados y agita las antorchas que habéis encendido, no os repito lo que ya sabéis: los puntos del libro sapiencial donde está escrito cómo Salo-
* món obtuvo la sabiduría, y la oración que hizo para obtenerla. Pero, para memoria mía, para ir por sendero seguro, para tener luz de guía, os exhorto a meditar con vuestro arquisinagogo esas páginas. El Libro de la Sabiduría debería ser un código de vida espiritual. Como una mano materna debería guiaros —e introduciros en él— al perfecto conocimiento de las virtudes y de mi doctrina. Porque la Sabiduría me prepara los caminos y hace de los hombres —"de corta vida e incapaces de entender los juicios y las leyes, siervos e hijos de siervas de Dios"— los dioses del Paraíso de Dios.

Buscad, sobre todo, Sabiduría para honrar al Señor y oír que Él, en el día eterno, os dice: "Porque has estimado sobre todo esto y no riqueza, bienes, gloria, larga vida, ni triunfo sobre los enemigos, te sea concedida la Sabiduría", o sea, Dios mismo, porque el Espíritu de Sabiduría es Espíritu de Dios. Buscad, sobre todo, la Sabiduría santa, y Yo os digo que todas las demás cosas os serán dadas, y en un modo en que ninguno de los grandes del mundo puede procurárselas. Amad a Dios. Preocupaos sólo de amarle. Amad al prójimo vuestro para honrar a Dios. Consagraos al servicio de Dios, a su triunfo en los corazones. Convertid a quien no es amigo de Dios, convertidlo al Señor. Sed santos. Acumulad las obras santas para defensa vuestra

* *la oración*, que está en *Sabiduría 9*.

contra las posibles debilidades del ser creado. Sed fieles al Señor. No critiquéis ni a los vivos ni a los muertos. Pero esforzaos en imitar a los buenos, y, no para alegría vuestra terrena, sino para alegría de Dios, pedid al Señor gracias y os serán dadas.

Vamos. Mañana oraremos juntos y Dios estará con nosotros».

Y Jesús los bendice y los despide.

517. Hacia Nob. Judas Iscariote, tras un momento polémico, reconoce su error.

24 de octubre de 1946.

517.1 [1]El viento húmedo y frío peina los árboles del otero y empuja en el cielo cúmulos de nubes cenicientas. Arrebujados en sus gruesos mantos, Jesús y los doce y Esteban bajan de Gabaón al camino que conduce hacia la llanura. Hablan entre sí mientras Jesús, absorto en uno de sus silencios, está lejos de lo que le rodea. Y ahí está, hasta que, llegados a un cruce a media ladera —es más, casi al pie del otero—, dice: «Tomamos esta dirección y vamos a Nob».

«¿Cómo? ¿No vuelves a Jerusalén?» pregunta Judas Iscariote.

«Nob y Jerusalén es casi una sola cosa para quien está habituado a caminar mucho. Pero prefiero estar en Nob. ¿Lo lamentas?».

«¡Oh! ¡Maestro! Por mí, acá o allá... Más bien lo que lamento es que en un lugar tan propicio para ti hayas figurado tan poco. Hablaste más en Bet-Jorón, que ciertamente no se mostraba amiga tuya. Deberías hacer lo contrario. ¡Vamos, eso me parece! Tratar de atraer cada vez más a ti las ciudades que sientes propicias, hacer de ellas... contraarmas para las ciudades dominadas por enemigos tuyos. ¿Sabes qué valor, tener de tu parte las ciudades cercanas a Jerusalén? Al fin y al cabo, Jerusalén no es todo. También pueden contar los otros lugares y hacer pesar su voluntad sobre el sentir de Jerusalén. Los reyes generalmente son proclamados en ciudades fidelísimas; consumada la proclamación, las otras se resignan...».

«Cuando no se rebelan, y entonces hay luchas fraticidas. No creo que el Mesías quiera empezar su reinado con una guerra interna» dice Felipe.

«Yo quisiera una sola cosa: que hubiera comenzado en vosotros con visión precisa. Pero vosotros no veis todavía con precisión... ¿Cuándo vais a comprender?».

517.2 [2]Sintiendo que quizás es una reprensión lo que está para venir, Judas Iscariote pregunta otra vez: «¿Y por qué aquí, en Gabaón, has hablado tan poco?».

«He preferido escuchar y descansar. ¿No comprendéis que Yo también necesito descanso?».

«Hubiéramos podido quedarnos y darles esta satisfacción. Si estás tan cansado, ¿por qué te has puesto de nuevo en camino?» pregunta afligido Bartolomé.

«No son mis miembros los que están cansados. No necesito quedarme para darles reposo. Es mi corazón el que está cansado y necesita descanso. Y Yo descanso donde encuentro amor. ¿Creéis, acaso, que sea insensible a tanto odio?, ¿que los rechazos no me causen dolor?, ¿que las conjuras contra mí me dejen insensible?, ¿que las traiciones de quien se finge amigo, y es un espía de mis enemigos, puesto a mi lado para...?».

«¡Jamás suceda eso, Señor! Y no debes siquiera sospecharlo. ¡Hablando así, nos ofendes!» protesta Judas Iscariote, con una apasionada irritación, que es superior a la de todos los demás; en efecto, todos protestan diciendo: «Maestro, nos afliges con estas palabras. ¡Dudas de nosotros!». Y Santiago de Zebedeo, impulsivo, exclama: «Me despido de ti, Maestro, y vuelvo a Cafarnaúm. Con el corazón roto. Pero me marcho. Y si no es suficiente Cafarnaúm, me iré con los pescadores de Tiro y Sidón, iré a Cintium, iré no sé a dónde. Pero tan lejos, que sea imposible que puedas pensar que te traiciono. ¡Dame tu bendición como viático!».

Jesús le abraza, diciendo: «Paz, apóstol mío. Son muchos los que se dicen amigos míos, no sois sólo vosotros. Te afligen, os afligen mis palabras. ¿Pero en qué corazones deberé derramar la congoja y buscar consuelo, sino en los de mis amados apóstoles y discípulos de confianza? Busco en vosotros una parte de la unión que he dejado para unir a los hombres: la unión con el Padre mío en el Cielo; y una gota del amor que he dejado por amor a los hombres: el amor de mi Madre. Las busco como apoyo mío. ¡Oh, la ola amarga rebasa mi corazón, el peso inhumano oprime al Hijo del hombre!... La Pasión mía, la Hora mía, se hace cada vez más plena... ¡Ayudadme a soportarla y a cumplirla... porque es muy dolorosa!».

Los apóstoles se miran conmovidos por el dolor profundo que vibra en las palabras del Maestro, y no saben hacer otra cosa sino pegarse a Él, acariciarle, besarle... y son simultáneos los besos de Judas a la derecha y de Juan a la izquierda, en el rostro de Jesús, que baja los párpados celando los ojos mientras Judas Iscariote y Juan le besan...

[3]Reanudan la marcha, y Jesús puede terminar su pensamiento 517.3
interrumpido: «En medio de tanta congoja mi corazón busca lugares donde halla amor y descanso; donde, en vez de hablar a secas pie-

dras o a engañosas serpientes o a distraídas mariposas, puede escuchar las palabras de otros corazones y consolarse porque las siente sinceras, amorosas, justas. Gabaón es uno de estos lugares. No había ido nunca. Pero he encontrado allí un campo arado y sembrado por magníficos obreros de Dios. ¡Ese arquisinagogo! Ha venido hacia la Luz, pero era ya espíritu luminoso. ¡Lo que puede hacer un buen siervo de Dios! Gabaón, ciertamente, no está exenta de los manejos de los que me odian. Allí también intentarán acusaciones malignas y corrupciones. Pero tiene un arquisinagogo que es un justo, y los venenos del mal pierden su substancia tóxica en esa ciudad. ¿Creéis, acaso, que me resulte agradable el tener siempre que corregir, censurar, e incluso reprender? Mucho más dulce me resulta poder decir: "Tú has comprendido la Sabiduría. Sigue por tu camino y sé santo", como he dicho al arquisinagogo de Gabaón».

«¿Vamos a volver, entonces?».

«Cuando el Padre hace que encuentre un lugar de paz, lo saboreo y bendigo al Padre mío. Pero no he venido para esto. He venido a
517.4 convertir para el Señor los lugares culpables y lejanos de Él. [4]Vosotros mismos veis que podría estar en Betania y no estoy allí».

«También por no perjudicar a Lázaro».

«No, Judas de Simón. Hasta las piedras saben que Lázaro es amigo mío. Por tanto, por este motivo, sería vano que Yo pusiera frenos a mi deseo de confortación. Es por...».

«Por las hermanas de Lázaro, por María en particular».

«Tampoco, Judas de Simón. Hasta las piedras saben que la lujuria de la carne no me turba. Observa que, entre las muchas acusaciones que me han sido lanzadas, la primera en caer ha sido ésta, porque hasta mis más sañudos adversarios han comprendido que sostenerla era desenmascarar su habitual inclinación a la mentira. Ninguna persona honesta habría creído que Yo era un sensual. La sensualidad puede tener atractivo sólo para los que no se nutren de lo sobrenatural y aborrecen el sacrificio. Pero, para el que se ha consagrado al sacrificio, para el que es víctima, ¿qué atractivo crees que puede tener el placer de una hora? El gozo de las almas víctimas está enteramente en el espíritu, y, si visten una carne, ésta no es más que un vestido. ¿Tú crees que los vestidos que llevamos tienen sentimientos? Lo mismo es la carne para los que viven de espíritu: un vestido, nada más. El hombre espiritual es el verdadero superhombre, porque no es esclavo de los apetitos, mientras que el hombre material es un no-valor, según la dignidad verdadera del hombre, porque tiene en común con el animal demasiados apetitos, y es incluso inferior a él, superándolo, haciendo del instinto vinculado al ani-

mal un vicio degradante».

Judas, perplejo, se muerde los labios; luego dice: «Sí. Y además ya no podrías perjudicar a Lázaro; dentro de poco la muerte le pondrá al margen de todo peligro de venganzas... ¿Y entonces por qué no vas a Betania más a menudo?».

«Porque no he venido para gozar, sino para convertir. Ya te lo he dicho».

«Pero... ¿Te es motivo de gozo el tener contigo a tus hermanos?».

«Sí. Pero también es verdad que no tengo parcialidad hacia ellos. Cuando tenemos que dividirnos para buscar sitio en las casas, no se quedan conmigo generalmente, sino que sois vosotros los que os quedáis. Y esto es para demostraros que, para los ojos y la mente de quien se ha consagrado a la redención, la carne y la sangre no tienen valor, sino que solamente tiene valor la formación de los corazones y su redención. [5]Ahora vamos a ir a Nob y de nuevo nos distribuiremos 517.5
para dormir. Y, una vez más, Yo te tendré conmigo, y tendré también a Mateo, a Felipe y a Bartolomé».

«¿Es, acaso, que somos los menos formados? ¿Yo, especialmente, a quien siempre retienes a tu lado?».

«Tú lo has dicho, Judas de Simón».

«Gracias, Maestro. Ya me había dado cuenta» dice con ira mal reprimida Judas Iscariote.

«Y, si te has dado cuenta, ¿por qué no te esfuerzas en formarte? ¿Crees, acaso, que por no causarte una mortificación Yo pudiera mentir? Y, además, estamos entre hermanos, y no deben ser objeto de menosprecio las deficiencias de otro, o de abatimiento el ser amonestado delante de los demás, que ya saben, unos de otros, en qué falta cada uno de los hermanos. Ninguno es perfecto, Yo os lo digo. Pero incluso las imperfecciones de unos y otros, tan penosas de verse y de soportarse, deben ser motivo para mejorarse uno a sí mismo y no aumentar así la recíproca desazón. Créeme, Judas, que, aunque te vea como realmente eres, ninguno, ni siquiera tu madre, te quiere como Yo te quiero, ni se esfuerza ninguno como tu Jesús en hacerte bueno».

«Ya, pero me reprendes y humillas, y en la presencia de un discípulo».

«¿Es la primera vez que te llamo la atención en orden a la justicia?». Judas calla. «¡Responde, te digo!» dice Jesús imperiosamente.

«No».

«¿Y cuántas veces lo he hecho públicamente? ¿Puedes decir que te he puesto en evidencia? ¿O debes decir que te he cubierto y defendido? ¡Habla!».

«Me has defendido, es verdad. Pero ahora...».

«Pero ahora es por tu bien. El que acaricia a un hijo culpable, le deberá vendar después las llagas, dice el proverbio. Y dice otro proverbio que el caballo no domado se hace intratable; y el hijo abandonado a sí mismo, un tarambana».

«¿Pero es que soy para ti un hijo?» pregunta Judas, mientras su cara alisa el ceño fruncido.

«Si te hubiera generado no podrías serlo más. Y me dejaría arrancar las entrañas para darte mi corazón y hacerte como quisiera...».

Judas tiene uno de sus recobros... y, sincero, verdaderamente sincero, se arroja a los brazos de Jesús y grita: «¡No te merezco! ¡Soy un demonio y no te merezco! ¡Eres demasiado bueno! ¡Sálvame, Jesús!», y llora, realmente llora con un llanto entrecortado por el jadeo, llanto de corazón turbado por cosas no buenas y por un constraste de éstas con el remordimiento de haber causado dolor a quien le ama.

518. En Jerusalén, encuentro con el ciego curado y palabras que revelan a Jesús como buen Pastor.

25 de octubre de 1946.

518.1 [1]Jesús, que ha entrado en la ciudad por la puerta de Herodes, está cruzándola en dirección hacia el Tiropeo y el barrio de Ofel.

«¿Vamos al Templo?» pregunta Judas Iscariote.

«Sí».

«¡Cuidado con lo que haces!» advierten muchos.

«Estaré allí sólo el tiempo de la oración».

«Te van a salir al paso».

«No. Vamos a entrar por las puertas de septentrión y saldremos por las de mediodía, y no tendrán tiempo de organizarse para hacerme algún daño. A menos que esté siempre detrás de mí uno que me vigile e informe».

Ninguno replica, y Jesús prosigue hacia el Templo, que aparece, en lo alto de su colina, casi espectral bajo la luz verde amarillenta de una plomiza mañana de invierno, en la que el Sol nacido es sólo un recuerdo que se obstina en mantenerse presente tratando de abrir una brecha en la densa masa de nubes. ¡Esfuerzo vano! El alegre lucir de la aurora ha quedado reducido al reflejo mate de un amarillo irreal, no extendido, sino agrupado en manchas que contienen también tonalidades de plomo veteado de verde. Y, debajo de esta luz, los mármoles y el oro del Templo aparecen sin brillo, tristes, yo diría: lúgubres, como ruinas que aún despuntan en una zona de muerte.

Jesús lo mira intensamente mientras sube hacia la muralla. Y

mira las caras de los viandantes matutinos. Son, por lo general, gente humilde: hortelanos, pastores con los animalitos que han de ser matados, criados o amas de casa dirigidos a los mercados. Y todos se alejan silenciosos, arrebujados en los mantos, un poco encorvados para defenderse del viento más bien frío de la mañana. También los rostros parecen más pálidos de como son normalmente los de esta raza. Es la luz extraña la que los pone así, verdosos o casi perlinos, con el fondo de los mantos de colores, que, verdes o de vivo color violado o amarillos intensos, no son, ciertamente, adecuados para proyectar reflejos róseos en las caras. Alguno saluda al Maestro, pero no se detiene. No es la hora propicia. Todavía no hay mendigos lanzando sus quejumbrosos gritos en los cruces y debajo de las amplias bóvedas que, cada poco, cubren las calles. La hora y el período del año contribuyen a la libertad —para Jesús— de caminar sin obstáculos.

Ya están en las murallas. Entran. Van al atrio de los Israelitas. Oran mientras un sonido de trompetas —diría que son de plata por su timbre— anuncia algo que es, sin duda, importante, y se esparce por la colina; y, mientras un perfume de incienso se esparce suavemente, sobrepujando todos los otros olores menos agradables que puedan percibirse en la cima del Moria, o sea: el perpetuo —diría: natural— olor a carne de animales degollados y consumidos por el fuego; el olor a harina quemada; el olor a aceite ardiendo: olores éstos que se detienen siempre ahí arriba, más o menos fuertes, pero que siempre están presentes, por los continuos holocaustos.

Se marchan siguiendo otra dirección, y empiezan a ser notados por los primeros que vienen al Templo, por gente que pertenece al Templo, por los cambistas y vendedores, que están montando sus mesas o recintos. Pero son demasiado pocos; y la sorpresa es tal, que no saben reaccionar. Entre sí intercambian palabras de estupor: «¡Ha vuelto!», «No ha ido a Galilea, como decían», «¿Pero dónde estaba escondido, si no se le ha encontrado en ninguna parte?», «Quiere realmente desafiarlos», «¡Qué necio!», «¡Qué santo!», etcétera, según la disposición de cada uno.

[2]Jesús está ya fuera del Templo y baja hacia la calle que lleva a 518.2
Ofel. En esto, se topa con el ciego de nacimiento, curado hace poco, el cual, cargado de cestas llenas de manzanas olorosas, camina alegre, bromeando con otros jóvenes igualmente cargados, que van en sentido opuesto al suyo.

Quizás al joven le pasaría inadvertido el encuentro, dado que desconoce el rostro de Jesús y el de los apóstoles. Pero Jesús no desconoce la cara del que fue curado milagrosamente. Y le llama. Sidonio, llamado Bartolmái, se vuelve y mira interrogativamente al hom-

bre alto y majestuoso —a pesar de ir vestido humildemente— que le llama por el nombre dirigiéndose hacia una callejuela.

«Ven aquí» ordena Jesús.

El joven se acerca sin dejar su carga. Mira a Jesús. Cree que desea comprar manzanas. Dice: «Mi jefe las ha vendido ya. Pero tiene más todavía, si quieres. Son bonitas y buenas. Traídas ayer de los pomares de Sarón. Y, si compras muchas, tienes un importante descuento, porque...».

Jesús sonríe mientras alza la derecha para poner freno a la locuacidad del joven. Y dice: «No te he llamado para comprar las manzanas, sino para alegrarme contigo y bendecir contigo al Altísimo, que te ha concedido su favor».

«¡Oh, sí! Yo lo hago continuamente, por la luz que veo y por el trabajo que puedo realizar, ayudando a mi padre y a mi madre, por fin. He encontrado un buen jefe. No es hebreo, pero es bueno. Los hebreos no me querían por... porque saben que he sido expulsado de la sinagoga» dice el joven, y pone las cestas en el suelo.

«¿Te han expulsado? ¿Por qué? ¿Qué has hecho?».

«Yo nada. Te lo aseguro. El Señor es el que lo ha hecho. En sábado, el Señor hizo que me encontrara con ese hombre que se dice que es el Mesías, y Él me curó, como ves. Por eso me han expulsado».

«Entonces el que te curó no te ha hecho en todo un buen servicio» prueba Jesús.

«¡No digas eso, hombre! ¡Esto que dices es una blasfemia! Ante todo, me ha mostrado que Dios me ama, luego me ha dado la vista... Tú no sabes lo que es "ver", porque has visto siempre. ¡Pero uno que no había visto nunca! ¡Oh!... Es... Con la vista se tienen juntamente todas las cosas. Yo te digo que cuando vi, allá en Siloé, reí y lloré, pero de alegría ¿eh? Lloré como no había llorado en el tiempo de la desventura. Porque entendí entonces cuán grande era ella y cuán bueno era el Altísimo. Y, además, puedo ganarme la vida, y con trabajo decoroso. Y, además... —esto es lo que, más que todo, espero que me conceda el milagro recibido—, además, espero poder encontrar al hombre al que llaman Mesías y a su discípulo que me...».

«¿Y qué harías entonces?».

«Quisiera bendecirle. A Él y a su discípulo. Y quisiera decirle al Maestro, que tiene que venir realmente de Dios, que me tome a su servicio».

«¿Cómo? Por causa suya estás anatematizado, con fatiga encuentras trabajo, puedes ser incluso más castigado, ¿y quieres servirle? ¿No sabes que están perseguidos todos aquellos que siguen al que te curó».

«¡Ya lo sé! Pero Él es el Hijo de Dios. Eso se dice entre nosotros. A pesar de que aquellos de arriba (y señala al Templo) no quieran que se diga. Y ¿no merece la pena dejarlo todo para servirle a Él?».

[3]«¿Crees, entonces, en el Hijo de Dios y en su presencia en Palestina?». 518.3

«Lo creo. Pero quisiera conocerle, para creer en Él no sólo en la mente, sino con todo mi ser. Si sabes quién es y dónde se encuentra, dímelo, para ir donde Él, verle, creer completamente en él y servirle».

«Ya le has visto, y no tienes necesidad de ir donde Él. El que ves y te habla en este momento es el Hijo de Dios».

Y —no podría afirmarlo con plena seguridad— me ha parecido que al decir estas palabras Jesús ha tenido casi una brevísima transfiguración, adquiriendo un aspecto bellísimo y, diría, esplendoroso. Yo diría que, para premiar y confirmar en su fe a este humilde creyente que cree en Él, ha descubierto, durante el tiempo que dura un destello, su belleza futura (quiero decir la que asumirá después de la Resurrección y conservará en el Cielo, su belleza de criatura humana glorificada, de cuerpo glorificado y hecho uno con la inefable belleza de su Perfección). Un instante, digo. Un destello. Pero el rincón semiobscuro donde se han refugiado para hablar, bajo el arco de la calleja, se ilumina extrañamente con una luminosidad que emana de Jesús, el cual, lo repito, adquiere una grandísima hermosura.

Luego todo vuelve a ser como antes, excepto el joven, que ahora está en el suelo, rostro en tierra, y que adora y dice: «¡Yo creo, Señor, mi Dios!».

«Levántate. He venido al mundo para traer la luz y el conocimiento de Dios y para probar a los hombres y juzgarlos. Este tiempo mío es tiempo de opción, de elección y de selección. He venido para que los puros de corazón e intención, los humildes, los mansos, los amantes de la justicia, de la misericordia, de la paz, los que lloran y los que saben dar a las distintas riquezas su valor real y preferir las espirituales a las materiales encuentren aquello que su espíritu anhela; y para que los que eran ciegos —porque los hombres habían alzado gruesos muros para impedir el paso de la luz, o sea, impedir el conocimiento de Dios— vean, y los que se creen con vista se queden ciegos...».

[4]«Entonces Tú odias a una parte grande de los hombres y no eres bueno como dices ser. Si lo fueras, buscarías que todos vieran, y que quien ya viera no se quedara ciego» interrumpen algunos fariseos, que han llegado al improviso por la calle principal y, cautamente, se han acercado con otros a espaldas del grupo apostólico. 518.4

Jesús se vuelve y los mira. ¡Ciertamente ya no está transfigurado en dulce belleza! Es un Jesús bien severo el que fija en sus persegui-

dores sus miradas de zafiro. Su voz ya no tiene la nota de oro de la alegría, sino que es broncínea, y, cual sonido de bronce, es incisiva y severa en la respuesta: «No soy Yo el que quiere que no vean la verdad los que actualmente combaten contra ella. Son ellos mismos los que levantan delante de sus pupilas un muro de adoquines para no ver. Y se hacen ciegos por su libre voluntad. Y el Padre me ha enviado para que esta división tenga lugar, y sean verdaderamente conocidos los hijos de la Luz y los de las Tinieblas, los que quieren ver y los que quieren hacerse ciegos».

«¿Acaso estamos nosotros también entre estos ciegos?».

«Si lo fuerais y trataseis de ver, no seríais culpables. Pero es porque decís: "Vemos", y luego no queréis ver, por lo que pecáis. Vuestro pecado permanece porque no tratáis de ver aun siendo ciegos».

«¿Y qué tenemos que ver?».

«El Camino, la Verdad, la Vida. Un ciego de nacimiento, como era éste, con su bastoncito puede en todo caso encontrar la puerta de su casa e ir por ella, porque conoce su casa. Pero si le llevaran a otros lugares, no podría entrar por la puerta de la nueva casa, porque no sabría dónde estaría y se chocaría contra las paredes.

518.5 [5]El tiempo de la nueva Ley ha llegado. Todo se renueva y un mundo nuevo, un nuevo pueblo, un nuevo reino surgen. Ahora los del tiempo pasado no conocen todo esto. Conocen *su* tiempo. Son como ciegos llevados a una ciudad nueva, donde está la casa regia del Padre, pero cuya ubicación no conocen. Yo he venido para guiarlos e introducirlos en ella y para que vean. Pero soy Yo mismo la Puerta por la cual se pasa a la casa paterna, al Reino de Dios, a la Luz, al Camino, a la Verdad, a la Vida. Y soy también Aquel que ha venido a reunir el rebaño que había quedado sin guía, y a conducirle a un único redil: el del Padre. Yo soy la puerta del Redil, porque soy al mismo tiempo Puerta y Pastor. Y entro y salgo como y cuando quiero. Y entro libremente, y por la puerta, porque soy el verdadero Pastor.

Cuando uno viene a dar a las ovejas de Dios otras indicaciones, o trata de descaminarlas llevándolas a otras moradas y a otros caminos, no es el buen Pastor; es un pastor ídolo. Y el que no entra por la puerta del redil, sino que trata de entrar por otra parte saltando el recinto, no es el pastor, sino un ladrón y un asesino que entra con intención de robar y matar, para que los corderos de que se han apoderado no emitan voces de lamento y no atraigan la atención de los guardianes y del pastor. También entre las ovejas del rebaño de Israel tratan de introducirse falsos pastores para desviarlas de los pastos y alejarlas del Pastor verdadero. Y entran dispuestos incluso a arrancarlas del rebaño con violencia, y, si llega el caso, están dis-

puestos a matarlas y a dañarlas de muchas maneras, para que no hablen y no le manifiesten al Pastor las astucias de los falsos pastores, ni griten invocando la protección de Dios contra sus adversarios y los adversarios del Pastor.

Yo soy el Buen Pastor y mis ovejas me conocen, y me conocen los eternos porteros del verdadero Redil. Ellos me han conocido y han conocido mi Nombre, que han manifestado para que Israel lo conociera; me han descrito y han preparado mis caminos, y, cuando mi voz se ha oído, el último de ellos me ha abierto la puerta y ha dicho al rebaño que esperaba al verdadero Pastor, al rebaño que estaba agrupado en torno a su cayado: "Aquí tenéis a Aquel de quien he dicho que viene después de mí. Uno que me precede porque existía antes de mí y yo no le conocía. Pero para esto, para que estéis preparados a recibirle, he venido a bautizar con agua, para que fuera manifestado en Israel". Y las ovejas buenas han oído mi voz y, cuando las he llamado por el nombre, han venido solícitas y las he llevado conmigo, como hace un verdadero pastor al que conocen las ovejas, que le reconocen por la voz y le siguen a dondequiera que vaya. Y, cuando ha sacado a todas, camina delante de ellas, y ellas le siguen porque aman la voz del pastor. Por el contrario, no siguen a un extranjero; antes bien, huyen lejos de él porque no le conocen y le temen. Yo también camino delante de mis ovejas para señalarles el camino y hacer frente, Yo el primero, a los peligros y señalárselos al rebaño, al cual quiero guiar a mi Reino y ponerlo a salvo».

[6]«¿Acaso Israel ya no es el reino de Dios?». 518.6

«Israel es el lugar desde donde el pueblo de Dios debe elevarse hasta la verdadera Jerusalén y hasta el Reino de Dios».

«¿Y el Mesías prometido, entonces? Ese Mesías que afirmas que eres, ¿no debe, pues, hacer a Israel triunfante, glorioso, dueño del mundo, sometiendo a su cetro todos los pueblos, y vengándose, sí, vengándose ferozmente de todos los que lo han sometido desde que es pueblo? ¿Entonces nada de esto es verdad? ¿Niegas a los profetas? ¿Llamas necios a nuestros rabíes? Tú...».

«El Reino del Mesías no es de este mundo. Es el Reino de Dios, fundado sobre el amor. No es otra cosa. Y el Mesías no es rey de pueblos y ejércitos, sino rey de espíritus. Del pueblo elegido vendrá el Mesías, de la estirpe real, y, sobre todo, de Dios, que le ha generado y enviado. Por el pueblo de Israel ha comenzado la fundación del Reino de Dios, la promulgación de la Ley de amor, el anuncio de la buena Nueva de que habla el profeta. Pero el Mesías será Rey del mun- *

* *de que habla el profeta*, es decir, *Isaías 61, 1.*

do, Rey de los reyes, y su Reino no tendrá límite en el tiempo ni confín en el espacio. Abrid los ojos y aceptad la verdad».

«No hemos entendido nada de tu desvarío. Dices palabras sin nexo. Habla y responde sin parábolas: ¿Eres o no eres el Mesías?».

«¿Y no habéis entendido todavía? Os he dicho que soy Puerta y Pastor por esto. Hasta ahora ninguno ha podido entrar en el Reino de Dios, porque estaba murado y no tenía salidas. Pero ahora he venido Yo y está hecha la puerta para entrar en él».

«¡Oh! Otros han dicho que eran el Mesías, y luego han sido descubiertos como bandidos y rebeldes, y la justicia humana ha castigado su bellaquería. ¿Quién nos asegura que no eres como ellos? ¡Estamos cansados de sufrir y hacer sufrir al pueblo el rigor de Roma, por mérito de embusteros que se dicen reyes y hacen que el pueblo se levante en rebelión!».

«No. No es exacta vuestra frase. Vosotros no queréis sufrir, eso es verdad. Pero que el pueblo sufra no os duele. Tanto es así, que al rigor de quien domina unís vuestro rigor, oprimiendo con décimos insoportables y otras muchas cosas al pueblo modesto. ¿Que quién os asegura que no soy un malandrín? Mis acciones. No soy Yo el que hace pesada la mano de Roma; al contrario, la aligero, aconsejando a los dominadores humanidad, a los dominados paciencia. Al menos estas cosas».

Mucha gente —ya mucha gente se ha congregado, y crece cada vez más, tanto que obstaculizan el paso por la calle grande y, por tanto, todos van a confluir en la callejuela, bajo cuyas bóvedas las voces retumban— aprueba diciendo: «¡Bien dicho lo de los décimos! ¡Es verdad! A nosotros nos aconseja sumisión y a los romanos piedad».

518.7 [7]Los fariseos, como siempre, se envenenan por las aprobaciones de la muchedumbre, y se muestran aún más mordaces en el tono con que se dirigen a Cristo. «Responde sin tantas palabras y demuestra que eres el Mesías».

«En verdad, en verdad os digo que lo soy. Yo, sólo Yo, soy la Puerta del redil de los Cielos. Quien no pasa por mí no puede entrar. Es verdad. Ha habido otros falsos Mesías, y más que habrá. *Pero el único y verdadero Mesías soy Yo*. Todos los que hasta ahora han venido, presentándose como tales, no lo eran; eran sólo ladrones y salteadores. Y no sólo aquellos que se hacían llamar, de parte de unos pocos de su misma forma de ser, Mesías, sino también otros que, sin darse ese nombre, exigen una adoración que ni siquiera al verdadero Mesías se le da. Quien tenga oídos para oír que oiga. De todas formas, observad: ni a los falsos Mesías ni a los falsos pastores y maestros las

ovejas los han escuchado, porque su espíritu sentía la falsedad de su voz, que quería aparecer dulce y, sin embargo, era cruel. Sólo los cabros los han seguido para ser sus compañeros en sus fechorías. Cabros salvajes, indómitos, que no quieren entrar en el Redil de Dios, bajo el cetro del verdadero Rey y Pastor. Porque esto, ahora, se da en Israel: que Aquel que es el Rey de los reyes viene a ser el Pastor del rebaño, mientras que, en el pasado, aquel que era pastor de rebaños vino a ser rey, y el Uno y el otro vienen de la misma raíz, de la raíz de Iesaí, como está escrito en las promesas y profecías.

Los falsos pastores no han pronunciado palabras sinceras ni sus acciones han sido consoladoras. Han dispersado y torturado al rebaño, o lo han abandonado a los lobos, o lo han matado para sacar provecho vendiéndolo y así asegurarse la vida, o le han quitado los pastos para hacer de ellos moradas de placer y bosquecillos para los ídolos. ¿Sabéis cuáles son los lobos? Son las malas pasiones, los vicios que los mismos falsos pastores han enseñado al rebaño, practicándolos ellos los primeros. ¿Y sabéis cuáles son los bosquecillos de los ídolos? Son los propios egoísmos, ante los cuales demasiados queman inciensos. Las otras dos cosas no necesitan ser explicadas, porque son hasta demasiado claras estas palabras mías. Pero que los falsos pastores actúen así es lógico. No son sino ladrones que vienen para robar, matar y destruir, para llevar fuera del redil a pastos traicioneros, o conducir a falsos apriscos, que en realidad son mataderos. Pero los que pasan por mí están en seguro y podrán salir para ir a mis pastos, o volver para venir a mis descansos, y hacerse robustos y pingües de substancias santas y sanas. Porque he venido para esto. Para que mi pueblo, mis ovejas, hasta ahora flacas y afligidas, tengan la vida, y vida abundante, y de paz y alegría. Y tanto quiero esto, que he venido a dar mi vida porque mis ovejas tengan la Vida plena y abundante de los hijos de Dios.

[8]Yo soy el Pastor bueno. Y un pastor, cuando es bueno, da la vida 518.8
por defender a su rebaño de los lobos y de los salteadores; por el contrario, el mercenario, que no ama a las ovejas sino al dinero que gana por llevarlas a pastar, se preocupa sólo de salvarse a sí mismo y de salvar la pequeña suma que lleva en el pecho, y, cuando ve venir al lobo o al salteador, huye, aunque luego vuelva para tomar alguna oveja que el lobo haya dejado medio muerta, o que haya sido desperdigada por el salteador, y matar a la primera para comérsela, o vender la segunda como suya, aumentando así su suma, para decir luego al amo, con falsas lágrimas, que ni siquiera una de las ovejas se ha salvado. ¿Qué le importa al mercenario si el lobo adentella y desperdiga a las ovejas, y el salteador hace saqueo de ovejas para lle-

varlas al carnicero? ¿Acaso veló por ellas mientras crecían, acaso trabajó esforzadamente para ponerlas robustas? Pero el que es amo y sabe cuánto cuesta una oveja, cuántas horas de trabajo, cuántos desvelos, cuántos sacrificios, las quiere y les presta cuidado, a ellas que son su bien. Pero Yo soy más que un amo. Yo soy el Salvador de mi rebaño y sé cuánto me cuesta la salvación de una sola alma; por tanto, estoy dispuesto a todo con tal de salvar a un alma. Esa alma me ha sido confiada por el Padre mío. Todas las almas me han sido confiadas, con el mandato de que salve un grandísimo número de ellas. Cuantas más logre arrancar a la muerte del espíritu, más gloria recibirá mi Padre. Por tanto, lucho para liberarlas de todos sus enemigos, o sea, de su *yo*, del mundo, de la carne, del demonio, y de mis adversarios, que me las disputan para producirme dolor. Yo hago esto porque conozco el pensamiento del Padre mío. Y el Padre mío me ha enviado a hacer esto porque conoce mi amor por Él y por las almas. También las ovejas de mi rebaño me conocen a mí y conocen mi amor, y sienten que estoy dispuesto a dar mi vida para darles la alegría.

Tengo otras ovejas. Pero no son de este Redil. Por tanto, no me conocen en lo que Yo soy, y muchas ignoran mi existencia e ignoran quién soy Yo. Ovejas que a muchos de nosotros parecen peor que cabras salvajes y son consideradas indignas de conocer la Verdad y de poseer la Vida y el Reino. Y, sin embargo, no es así. El Padre desea también éstas; por tanto, tengo que acercarme también a éstas, darme a conocer, hacer conocer la buena Nueva, guiarlas a mis pastos, reunirlas. Y éstas también escucharán mi voz porque acabarán amándola. De manera que habrá un solo Redil y un solo Pastor, y el Reino de Dios quedará reunido en la Tierra, ya preparado para ser transportado y acogido en los Cielos, bajo mi cetro, mi signo y mi verdadero Nombre.

¡Mi verdadero Nombre! ¡Sólo Yo lo conozco! Mas cuando el número de los elegidos esté completo y, entre himnos de alborozo, se sienten a la gran cena de bodas del Esposo con la Esposa, entonces mi Nombre será conocido por mis elegidos que por fidelidad a él se hayan santificado, aunque haya sido sin conocer toda la extensión y profundidad de lo que era estar signado por mi Nombre y ser premiados por su amor a él, ni cuál era el premio... Esto es lo que quiero dar a mis ovejas fieles. Lo que constituye mi propia alegría...».

518.9 [9]Jesús recorre, con una mirada brillante de llanto extático, los rostros dirigidos hacia él, y una sonrisa le tiembla en los labios, una sonrisa tan espiritualizada en su rostro espiritualizado, que se siente estremecer la muchedumbre, que intuye el rapto de Cristo a una

visión beatífica, y su deseo de amor de verla cumplida. Vuelve a su estado normal. Cierra un instante los ojos, celando así el misterio que ve su mente y que los ojos podrían dejar transparentar demasiado, y prosigue:

«Por esto me ama el Padre, ¡oh pueblo mío, o rebaño mío! Porque por ti, por tu bien eterno, doy la vida. Luego la tomaré de nuevo. Pero primero la daré para que tengas la vida y a tu Salvador como vida de ti mismo. Y la daré de forma que tú de nutras de ella, transformándome de Pastor en pasto y fuente que darán alimento y bebida, no durante cuarenta años como para los hebreos del desierto, sino durante todo el tiempo de exilio por los desiertos de la Tierra. Nadie, en realidad, me quita la vida. Ni los que amándome con todo su ser merecen que la inmole por ellos, ni los que me la quitan por un odio desorbitado y un miedo estúpido. Nadie podría quitármela si por mí mismo no consintiera en darla y si el Padre no lo permitiera, invadidos los dos por un delirio de amor hacia la Humanidad culpable. Por mí mismo la doy. Y tengo el poder de tomarla de nuevo cuando quiera, pues no es conveniente que la Muerte prevalezca contra la Vida. Por esto el Padre me ha dado este poder; es más, el Padre me ha mandado hacer esto. Y por mi vida, ofrecida e inmolada, los pueblos serán un único Pueblo: el mío, el Pueblo celeste de los hijos de Dios, separándose en los pueblos las ovejas de los cabros y siguiendo las ovejas a su Pastor al Reino de la Vida eterna».

[10]Y Jesús, que hasta ahora ha hablado fuerte, se vuelve, en voz 518.10
baja, a Sidonio, llamado Bartolmái, que ha estado durante todo este tiempo delante de Él con su canasta de manzanas olorosas a los pies, y le dice: «Has olvidado todo por mí. Ahora, ciertamente, te castigarán y perderás el trabajo. ¿Lo ves? Yo te traigo siempre dolor. Por mí has perdido la sinagoga y ahora vas a perder al patrón...».

«¿Y qué me importa todo eso si te tengo a ti? Sólo Tú tienes valor para mí. Dejo todo por seguirte. Basta que me lo concedas. Deja sólo que lleve esta fruta a quien la ha comprado y luego estoy contigo».

«Vamos juntos. Después iremos a casa de tu padre. Porque tienes un padre y debes honrarle pidiéndole su bendición».

«Sí, Señor. Todo lo que quieras. Pero enséñame mucho porque no sé nada, nada de nada, ni siquiera leer y escribir, porque era ciego».

«No te preocupes de eso. La buena voluntad te enseñará».

Y se encamina para volver a la calle principal, mientras la masa de gente hace comentarios, confronta pareceres, discute incluso, insegura entre las distintas opiniones, que son siempre las mismas: ¿es Jesús de Nazaret un poseído o un santo? La gente, en desacuerdo, discute mientras Jesús se aleja.

519. Inexplicable ausencia de Judas Iscariote y alto en Betania, en casa de Lázaro.

28 de octubre de 1946.

519.1 [1]Jesús despide a los discípulos Leví, José, Matías y Juan —no sé dónde los ha encontrado— y les confía el neodiscípulo Sidonio, llamado Bartolmái. Esto sucede en las primeras casas de Betania. Y los discípulos pastores se van con el nuevo llegado y con otros siete hombres que tenían con ellos. Jesús los mira mientras se marchan. Luego se vuelve, a mirar a sus apóstoles, y dice: «Ahora vamos a esperar aquí a Judas de Simón...».

«¡Ah! ¿Te has dado cuenta de que se ha marchado?» dicen asombrados los otros. «Creíamos que no te hubieras percatado. La gente era mucha, y has estado hablando todo el tiempo, primero con el joven y después con los pastores...».

«Desde el primer momento, he visto que se había alejado. Nada me pasa inadvertido. Por este motivo he entrado en las casas amigas diciendo que manden a Judas a Betania, si preguntara por mí...».

«Dios quiera que no» refunfuña, entre dientes, el otro Judas.

Jesús le mira, pero hace ademán de no haber notado la frase, y continúa, hablando a todos porque los ve a todos del parecer de Judas Tadeo (las caras, a veces, hablan mejor que las palabras): «Será bueno este descanso en espera de su regreso. Aliviará a todos. Luego iremos hacia Tecua. El tiempo está frío pero la tendencia es a cielo sereno. Evangelizaré esa ciudad. Luego subiremos de nuevo pasando por Jericó, e iremos a la otra orilla. Me han dicho los pastores que muchos enfermos me buscan y les he enviado el mensaje de que no emprendan el viaje, sino que me esperen en estos lugares».

«Pues vamos, sí» suspira Pedro.

«¿No estás contento de ir donde Lázaro?» pregunta Tomás.

«Estoy contento».

«¡Lo dices de una manera!...».

«No lo digo por Lázaro. Lo digo por Judas...».

«Eres pecador, Pedro» advierte Jesús.

«Lo sé. Pero... él, Judas de Keriot, que se marcha, que es impertinente, que es un tormento, ¿no lo es?» salta Pedro, que ya no aguanta más.

«Lo es. Pero si él lo es, tú no debes serlo. Ninguno de nosotros de-
519.2 be serlo. [2]Recordad que Dios nos pedirá cuentas —digo: *nos pedirà* porque a mí antes que a vosotros Dios Padre me ha confiado ese hombre— de lo que hayamos hecho para redimirle».

«¿Y esperas lograrlo, hermano? No puedo creerlo. Tú, esto sí que

lo creo, Tú conoces el pasado, el presente y el futuro. Y, por tanto, no puedes engañarte respecto a ese hombre. Y... bueno, es mejor que no diga lo demás».

«Efectivamente, saber callar es una gran virtud. Pero debes saber que el prever más o menos exactamente el futuro de un corazón no dispensa a nadie de perseverar hasta el final para apartarlo de la ruina. No caigas tú también en el fatalismo de los fariseos, que sostienen que lo que está destinado debe cumplirse y nada impide el cumplimiento de lo que está destinado; razón con la cual avalan también sus culpas y avalarán el último acto de su odio hacia mí. Muchas veces Dios está esperando el sacrificio de un corazón —que supera sus náuseas y sentimientos de desdén, sus antipatías, incluso justificadas— para arrancar a un espíritu del pantano en que se está hundiendo. Sí, Yo os lo digo. Muchas veces Dios (el Omnipotente, el Todo) espera a que una criatura (una nada), haga o no haga un sacrificio, una oración, para signar o no signar la condena de un espíritu. Nunca es tarde, nunca es demasiado tarde para intentar y esperar salvar un alma. Y os daré pruebas de ello. Incluso a las puertas de la muerte, cuando tanto el pecador como el justo que por él se aflige, están próximos a dejar la Tierra para ir al primer juicio de Dios, siempre es posible salvar y ser salvados. Entre la copa y los labios, dice el proverbio, siempre hay lugar para la muerte. Y Yo digo: entre la extrema agonía y la muerte hay siempre tiempo para obtener un perdón, para uno mismo o para aquellos que queremos que sean perdonados».

Ni una palabra de réplica de ninguno.

[3]Jesús, que ya ha llegado a la pesada cancilla, da una voz a un do- 519.3
méstico para que le abran. Entra. Pregunta por Lázaro.

«¡Oh, Señor! ¿Ves? Vuelvo de recoger hojas de laurel y alcanfor y bayas de ciprés, y otras hojas y frutos olorosos, para hervirlo con vino y resinas y con ello hacerle baños a mi señor. Su carne se cae a pedazos y no se soporta el hedor. Has venido, pero no sé si te dejarán pasar...». Por miedo a que el aire oiga, el doméstico apaga su voz en un susurro: «Ahora, que ya no se puede ocultar que tiene las llagas, las dueñas rechazan a todos... por miedo. Ya sabes... a Lázaro le quieren realmente pocos... Y muchos, por muchos motivos gozarían si... ¡Oh, no quiero pensar en lo que es el miedo de toda la casa!».

«Hacen bien ellas. Pero no temáis. No sucederá esta desventura».

«Pero... curarse, ¿podrá? Un milagro tuyo...».

«No se curará. Pero servirá para glorificar al Señor».

El doméstico se siente defraudado... ¡Jesús, que cura a todos y que aquí no hace nada!... De todas formas, se limita a emitir un sus-

piro como única manifestación de lo que piensa. Luego dice: «Voy donde las dueñas de la casa a anunciarte».

Jesús se ve rodeado por los apóstoles, que están interesados en las condiciones de Lázaro, y que se quedan consternados cuando Je-
519.4 sús habla de ellas. [4]Pero ya vienen las dos hermanas. Su florida y distinta belleza parece empañada por el dolor y la fatiga de las velas prolongadas. Pálidas, alicaídas, demacradas, cansados los ojos que en otro tiempo —en ambas— eran radiantes; sin anillos ni pulseras, vestidas con dos vestidos ceniza obscuro, parecen más siervas que señoras. A cierta distancia de Jesús, se arrodillan, ofreciéndole sólo llanto. Un llanto resignado, mudo, que desciende como de una fuente interna, y que no puede pararse.

Jesús se acerca. Marta alarga los brazos susurrando: «Apártate, Señor. En verdad, tememos ser ya pecadoras contra la ley sobre la le- *
pra. ¡Pero no podemos, oh Dios, no podemos provocar un decreto de esa clase contra nuestro Lázaro! Pero tú no te acerques, porque, no tocando sino llagas, estamos contaminadas. Sólo nosotras. Porque hemos apartado a todos los demás, y todo nos lo dejan en la puerta y nosotras tomamos las cosas, y lavamos, y quemamos, en la habitación contigua a la de nuestro hermano. ¿Ves nuestras manos? Están corroídas de la cal viva que usamos para los vasos que tenemos que devolver a los criados. Pensamos con ello que somos menos culpables», y llora.

María de Magdala, que hasta este momento ha guardado silencio, gime a su vez: «Tendríamos que llamar al sacerdote. Pero... Yo, yo soy la más culpable porque me opongo a esto y digo que no es la terrible enfermedad maldita en Israel. ¡No es, no es! Pero nos odian tanto, y tantos, que dirían que lo es. ¡Por mucho menos, Simón, tu apóstol, fue declarado leproso!».

«No eres sacerdote ni médico, María» dice, entre accesos de llanto, Marta.

«No lo soy. Pero tú sabes lo que he hecho para estar segura de lo
519.5 que digo. [5]Señor, he ido y he recorrido todo el valle de Hinnón, todo Siloán, todos los sepulcros cercaos a En Rogel. Vestida de sierva, velada, con la luz de las auroras, cargada de víveres y aguas con substancias medicinales, vendas y vestidos. Y daba, daba. Decía que era un voto por mi amado. Era verdad. Pedía sólo poder ver las llagas de los leprosos. Deben haber pensado que estaba loca... ¡¿Alguien, acaso, quiere ver esos horrores?! Pero yo, puestos mis presentes en los bordes de las rocas, pedía ver. Y ellos arriba, yo más abajo; ellos

* *la ley sobre la lepra*, a la que se hace referencia en varias ocasiones a lo largo de la Obra, está en *Levítico 13; 14*.

asombrados, yo con repugnancia; llorando ellos, llorando yo... ¡he mirado, mirado, mirado! He visto cuerpos cubiertos de escamas, de costras, de llagas; caras corroídas, cabellos blancos y más duros que cerdas, ojos que eran huras de podredumbre, carrillos que dejaban ver los dientes, calaveras en cuerpos vivos, manos reducidas a garras de monstruos, pies como ramas nudosas, hedores, horrores, podredumbre. ¡Oh, si pequé adorando la carne, si gocé con los ojos, con el olfato, con el oído, con el tacto, de lo hermoso, de lo perfumado, de lo armonioso, de lo suave y liso, oh, te aseguro que los sentidos se han purificado ya con la mortificación de esto que he conocido! Los ojos, contemplando aquellos monstruos, han olvidado la belleza seductora del hombre; los oídos, con esas voces ásperas, que ya no son humanas, han expiado el pasado gozo de voces viriles; y se ha estremecido mi carne, y se ha rebelado mi olfato... y todo resto de culto a mí misma ha muerto, porque he visto lo que somos después de la muerte... Pero he traído conmigo esta certeza: que Lázaro no está leproso. Su voz no está lesionada, sus cabellos y todo el vello están intacto, y las llagas son distintas. ¡No es! ¡No es! Y Marta me aflige porque no cree, porque no conforta a Lázaro en el sentido de no creerse contaminado. ¿Ves? Ahora, que sabe que estás aquí, no quiere verte para no contaminarte. ¡Los miedos tontos de mi hermana le privan incluso de tu consuelo!...».

La naturaleza vehemente la lleva a la cólera. Pero, viendo que su hermana rompe a llorar desoladamente, su vehemencia cesa en seguida y abraza a Marta y la besa, y le dice: «¡Marta, perdón! ¡Perdón! ¡El dolor me hace injusta! ¡Es el amor con que os amo a ti y a Lázaro el que querría convenceros! ¡Pobre hermana mía! ¡Pobres mujeres, eso es lo que somos!».

«¡Venga, ánimo! ¡No lloréis así! Necesitáis paz y compasión recíproca, por vosotras y por él. Y Lázaro no está leproso, os lo digo Yo».

«¡Oh, ven a verle, Señor! ¿Quién mejor que tú puede juzgar si está leproso?» suplica Marta.

«¿No te he dicho que no lo está?».

«Sí. ¿Pero cómo puedes decirlo, si no le ves?».

«¡Marta! ¡Marta! Dios te perdona porque sufres y eres como uno que delira. Tengo compasión de ti y voy a ver a Lázaro; le destaparé las llagas y...».

«¡¡¡Y las curarás!!!» grita Marta poniéndose de pie.

«Ya te he dicho otras veces que no puedo hacerlo... Pero os daré la paz de saber que estáis en regla con la ley sobre los leprosos. [6]Vamos...». 519.6

Y abre la marcha hacia la casa, haciendo señas a los apóstoles de

no seguirle.

María se adelanta corriendo, abre una puerta, corre por un pasillo y de éste abre otra puerta, que da a un pequeño patio interior, anda pocos pasos y entra en una habitación estorbada por barreños, vasijas, ánforas, vendas... Un olor que es mezcla de aromas y de descomposición penetra en las narices. Hay una puerta frente a la de antes, y María la abre y, con una voz que quiere ser radiante de alegría, grita: «Aquí está el Maestro. Viene a decirte que tengo razón, hermano mío. ¡Ánimo, sonríe, que está entrando el amor nuestro y nuestra paz!», y se agacha hacia su hermano, le incorpora en las almohadas, le besa, sin hacer caso del olor que a pesar de todos los paliativos emana de su cuerpo llagado; y está todavía agachada para colocarle cuando ya el dulce saludo de Jesús suena en la habitación, que, envuelta en una luz mortecina, parece iluminarse por la presencia divina.

«Maestro ¿no tienes miedo?... Estoy...».

«¡Enfermo! Nada más que eso. Lázaro, las normas han sido dadas, muy amplias y severas, por un comprensible sentido de prudencia. Mejor exagerar en prudencia que en imprudencia, en ciertos casos como los de enfermedades contagiosas. Pero tú no eres contagioso, pobre amigo mío, no estás contaminado. Tanto, que no creo faltar a la prudencia respecto a los hermanos si te abrazo y te beso así» y, tomando el cuerpo consumido, besa a Lázaro.

«¡Tú eres realmente la Paz! Pero todavía no has visto. María está destapando el horror. Soy ya un muerto, Señor. No sé cómo mis hermanas pueden resistir...».

Yo tampoco sabría cómo, pues verdaderamente son espantosas y repugnantes las llagas que han salido a lo largo de las varices de las piernas. Las espléndidas manos de María trabajan suaves en ellas, mientras con su voz maravillosa responde: «Tus males son rosas para tus hermanas. Rosas espinosas porque tú sufres, sólo por ello. ¿Ves, Maestro? ¡La lepra no es así!».

«No es así. Es una enfermedad muy mala la que te consume, pero no es causa de peligro. ¡Cree en tu Maestro! Tapa, María. Ya he visto».

«¿Y... no vas a tocar?» dice Marta suspirando, tenaz en la esperanza.

«No hace falta. No por repulsa, sino para no hurgar en las llagas».

Marta se agacha, sin insistir más, hacia una palangana donde hay vino o vinagre aromatizado, y sumerge unos paños, que luego pasa a su hermana. Lágrimas mudas caen en el líquido rojizo...

María venda las míseras piernas y extiende de nuevo las mantas sobre los pies, ya inertes y amarillentos como los de un muerto.

[7]«¿Estás solo?». 519.7

«No. Con todos, menos con Judas de Keriot, que se ha quedado en Jerusalén, y vendrá... Es más, si ya estoy lejos, le mandáis a Betabara. Allí estaré. Y que me espere allí».

«Te vas a marchar pronto...».

«Y volveré pronto. Dentro de poco es la Dedicación. En esos días estaré contigo».

«No podré honrarte para las Encenias...».

«Estaré en Belén para ese día. Necesito volver a ver mi cuna...».

«Estás triste... Lo sé... ¡Y no poder hacer nada!...».

«No estoy triste. Soy el Redentor... Pero, tú estás cansado. No luches contra el sueño, amigo mío».

«Era por tributarte honor...».

«Duerme, duerme. Luego nos veremos...», y Jesús se retira sin hacer ruido.

«¿Has visto, Maestro?» pregunta Marta afuera, en el patio.

«Sí, ya he visto. Mis pobres discípulas... Yo lloro con vosotras... Pero, en verdad, os digo en confianza que mi corazón está mucho más llagado que vuestro hermano. Está comido por el dolor mi corazón...» y las mira con una tristeza tan viva, que las dos olvidan *su* dolor por el de Él, y, no pudiendo abrazarle por ser mujeres, se limitan a besarle las manos y la túnica y a querer servirle como hermanas afectuosas.

Y le sirven en una salita y le envuelven en amor.

Las voces fuertes de los apóstoles se oyen más allá del patio... Todas, menos la voz del discípulo malo. Jesús escucha y suspira... Suspira esperando pacientemente al fugitivo.

520. Conversaciones en torno a Judas Iscariote, ausente. Llegada a Tecua con el anciano Elí-Ana.

29 de octubre de 1946.

[1]Son todavía once cuando toman de nuevo el camino. Once caras 520.1
pensativas y desazonadas en torno al rostro triste de Jesús. Él se despide de las hermanas; luego, después de un momento de reflexión, antes de cruzar la cancilla, ordena a Simón Zelote y a Bartolomé: «Quedaos aquí. Os reuniréis conmigo en Tecua, en casa de Simón, o en la casa de Nique en Jericó, o en Betabara; eso si él viene. Y... servid a la caridad. ¿Entendéis?».

«Ve tranquilo, Maestro. No iremos contra el amor al prójimo en ningún modo» asegura Bartolomé.

«Cualquiera que fuera la hora en que él llegue, partid en seguida».

«En seguida, Maestro. Y... gracias por la confianza que tienes en nosotros» dice el Zelote.

Se besan y, mientras un doméstico cierra la cancilla y Jesús se aleja, los dos que se han quedado vuelven hacia la casa junto con las hermanas.

Jesús delante, solo; detrás Pedro, entre Mateo y Santiago de Alfeo; detrás Felipe, con Andrés, Santiago y Juan de Zebedeo; últimos, silenciosos como los demás, van Tomás y Judas Tadeo. Tampoco habla Pedro. Sus dos compañeros intercambian algunas, pocas palabras, pero él, que va entre los dos, no habla. Va taciturno, cabizbajo. Parece tejer un mudo coloquio con las piedras y las hierbas que pisa.

520.2 [2]También los dos últimos tienen una actitud casi igual. Lo único es que —mientras que Tomás parece sumido en la contemplación de una ramita de sauce a la que va quitando una a una las hojas, y mirando a cada hoja que separa como si estudiara su color glauco por un lado y argénteo por el otro, o los filamentos de la nervadura— Judas Tadeo mira fijamente y recto frente a sí; no sé si mira al horizonte que, superada una cima, se abre a una claridad vaporosa de llanura a la luz de la aurora, o si mira sencillamente a la cabeza rubia de Jesús, que ha echado hacia atrás el extremo del manto, como para gozar del tenue sol de diciembre.

Coinciden en el mismo momento el final de la ocupación de Tomás y el final de la contemplación del horizonte, o del Maestro, por parte de Judas Tadeo. Este último baja los ojos y vuelve la cabeza para mirar a su compañero, mientras Tomás, reducida su ramita a delgada vara, alza los ojos para mirar a Judas Tadeo: una mirada aguda y, al mismo tiempo, buena y triste, que encuentra una mirada igual.

«¡Así es, amigo! ¡Exactamente así!» dice Tomás como concluyendo una conversación.

«Sí, es así. Y mi dolor es muy grande... Para mí es también amor de familia...».

«Comprendo. Pero... Tú tienes en el corazón un tormento de afecto. ¿Pero, yo? Tengo un remordimiento que me atormenta. Y eso es peor todavía».

«¿Un remordimiento, tú? No tienes motivos de remordimiento. Eres bueno y fiel. Jesús está contento de ti, y nosotros en ti no tenemos nunca motivo de escándalo. ¿Cómo es que te viene esa sensación

de remordimiento?».

«De un recuerdo. El recuerdo del día en que decidí seguir al nuevo Rabí que había aparecido en el Templo... [3]Yo y Judas estábamos 520.3
cerca el uno del otro, y admiramos la acción y las palabras del Maestro. Y decidimos buscarle... Yo estaba aún más decidido que Judas; casi le moví yo. Él dice lo contrario, pero es así. Mi remordimiento es haber insistido para que viniera... Le he traído un permanente dolor a Jesús. Pero yo sabía que Judas era estimado por muchos y pensaba que podría ser útil. Necio como todos, que no saben pensar sino en un rey de Israel mayor que David y Salomón, pero sólo un rey... un rey como Él dice que nunca será, ¡ansiaba que entre los discípulos estuviera éste que podía servir!... Yo esperaba esto. Y sólo ahora comprendo, y cada vez más, la justa actuación de Jesús, que no le recibió en seguida y que incluso prohibió buscarle... ¡Te digo que tengo un remordimiento!, ¡un remordimiento!... Ese hombre no es bueno».

«No es bueno. Pero no te crees remordimientos. Aquello no lo hiciste con malicia. Por tanto, te digo que no tienes culpa».

«¿Estás totalmente seguro? ¿O lo dices por consolarme?».

«Lo digo porque es verdad. Toma, no pienses más en el pasado. No sirve para borrarle...».

«Es como dices. Pero, piensa esto: si por causa mía mi Maestro sufriera desgracias... Tengo el corazón lleno de angustia y de sospechas. Soy un pecador porque juzgo al compañero, y con juicio no piadoso. Y soy pecador porque debería creer en las palabras del Maestro... Él disculpa a Judas... Tú... ¿crees eso de tu hermano?».

«Lo creo en todo menos en eso. Pero, no desfallezcas. Todos nosotros tenemos el mismo pensamiento. Incluso Pedro, que se consume tanto, lucha por pensar de ese hombre todo lo bueno; y Andrés, que es más manso que un corderito; y Mateo, el único de entre nosotros que no tiene horror a ningún pecador o pecadora; y el tan amoroso y puro Juan, que tiene la feliz fortuna de no temer ni al mal ni al vicio, porque está tan colmado de caridad y de pureza que no le cabe sitio para recibir otra cosa; y mi hermano, me refiero a Jesús, que ciertamente tiene otros pensamientos junto a éste, pensamientos por los que ve la necesidad de tener a Judas... hasta haber agotado todo intento de hacerle bueno».

«Sí. Pero... ¿cómo terminará? Él tiene muchas... No tiene... Bueno, ya me entiendes sin que hable. ¿A qué punto llegará?».

«No lo sé... Quizás se separe de nosotros... Quizás se quede a esperar a ver quién es más fuerte en esta lucha entre Jesús y el mundo hebreo...».

«¿Y otras cosas? ¿No crees que él ya en este momento sirve a dos

señores?».

«Esto es seguro».

«¿Y no temes que pueda servir a los más numerosos, de forma que dañe totalmente al Maestro?».

«No. No le amo. Pero no puedo pensar que él... Al menos por ahora, no. Pero sí temería esto si llegara el día en que el favor de la muchedumbre abandonara al Maestro. Como estoy seguro de que, si el pueblo en aclamación le consagrara rey y caudillo nuestro, Judas abandonaría a todos por Él. Es un oportunista... ¡Que Dios le retenga, y proteja a Jesús y a todos nosotros!...».

520.4 [4]Los dos se dan cuenta de que han aminorado mucho el paso. Ven que se han distanciado mucho de los compañeros. Así que, dejando de hablar, se ponen a andar rápidos para llegar donde ellos.

«¿Pero qué hacíais?» pregunta Mateo. «El Maestro os requería...».

Tomás y Judas Tadeo siguen hacia Jesús con paso presuroso.

«¿De qué hablabais entre vosotros?» pregunta Jesús mirándolos fijamente a los ojos.

Los dos se miran. ¿Decir? ¿No decir? Vence la sinceridad. «De Judas» dicen al mismo tiempo.

«Lo sabía. Pero quería poner a prueba vuestra sinceridad. Me habríais causado dolor, si hubierais mentido... De todas formas, no habléis ya más de él; especialmente, de *esa* manera. Hay muchas cosas buenas de las que hablar. ¿Por qué descender siempre a considerar lo que es muy, demasiado, material? Isaías dice: "Dejad al hombre * que tiene el espíritu en las narices". Yo os digo: dejad de analizar a este hombre y preocupaos de su espíritu. El animal que hay en él, su monstruo, no debe atraer vuestras miradas ni vuestros juicios; más bien, tened amor, un amor doloroso y activo, por su espíritu. Liberadle del monstruo que le tiene sujeto. ¿No sabéis...?».

Se vuelve para llamar a los otros siete: «Venid aquí todos. Os viene bien lo que os voy a decir, porque todos tenéis los mismos pensamientos en vuestro corazón... ¿No sabéis que aprendéis más a través de Judas de Keriot que a través de cualquier otra persona? Muchos Judas encontraréis, y poquísimos Jesús, en vuestro ministerio apostólico. Los Jesús serán dulces, buenos, puros, fieles, obedientes, prudentes, no ambiciosos. Serán bien pocos... Pero cuántos, ¡cuántos Judas de Keriot encontraréis vosotros y vuestros seguidores y sucesores por los caminos del mundo! Y, para ser maestros y saber, debéis pasar por este aprendizaje... Él, con sus defectos, os muestra al

* *Isaías dice*, en *Isaías 2, 22.*

hombre como es; Yo os muestro al hombre como debería ser. Dos ejemplos igualmente necesarios. Vosotros, conociendo bien al uno y al otro, debéis tratar de transformar al primero en el segundo... Mi paciencia sea vuestra norma».

[5]«Señor, yo he sido un gran pecador. Sin duda, yo también seré muestra. Pero quisiera que Judas, que no es tan pecador como lo fui yo, se convirtiera como me convertí yo. ¿Es soberbia decir esto?». 520.5

«No, Mateo, no es soberbia. Diciéndolo, rindes honor a dos verdades. La primera es que veraz es la sentencia que dice: "La buena voluntad del hombre obra milagros divinos". La segunda es que Dios te ha amado infinitamente, ya desde antes de que pensaras en ello, y lo hacía porque no desconocía tu capacidad de heroísmo. Tú eres el fruto de dos fuerzas: tu voluntad y el amor de Dios. Y digo antes tu voluntad, porque sin ella vano habría sido el amor de Dios. Vano, inoperante...».

«¿Pero sin nuestra voluntad no podría Dios convertir?» pregunta Santiago de Alfeo.

«Ciertamente. Pero luego se requeriría, en todo caso, la voluntad del hombre para persistir en la conversión obtenida milagrosamente».

«Entonces en Judas no ha habido esta voluntad ni la hay, ni antes de conocerte ni ahora...» dice impetuosamente Felipe. Algunos ríen, otros suspiran.

Jesús es el único que defiende al apóstol ausente: «¡No digáis eso! La ha tenido y la tiene. Pero la funesta ley de la carne, a intervalos, la supera. Es un enfermo... Un pobre hermano enfermo. En todas las familias está el débil, el enfermo, aquel que es el dolor, la angustia, el peso de la familia. Y, a pesar de ello, ¿no es, acaso, al hijito de salud frágil al que más quiere la madre? ¿No es el hermanito desdichado el más servido por sus hermanos? ¿No es él al que el padre ofrece el bocado selecto, quitándoselo de su propio plato, para darle una alegría, para no darle a entender que es un peso y no hacerle, por tanto, pesada su enfermedad?».

«Es verdad. Es justamente así. Mi hermana gemela era frágil en su primera edad. Yo había tomado toda la robustez. Pero el amor de toda la familia la socorrió, tanto que ahora es una floreciente esposa y madre» dice Tomás.

«Pues haced con vuestro hermano espiritual débil lo que haríais con un hermano carnal débil. Yo no voy a pronunciar palabras de recriminación. Vosotros no sois más que Yo. Vuestro paciente amor es la recriminación más fuerte, una recriminación contra la que no se puede reaccionar. En Tecua voy a dejar a Mateo y a Felipe para que

esperen a Judas... El primero ha de acordarse de que fue pecador; el segundo, de que es padre...».

«Sí, Maestro. Lo recordaremos».

«En Jericó, si todavía no está con nosotros, dejaré a Andrés y a Juan, que han de recordar que no todos han recibido con igual medi-
520.6 da los dones gratuitos de Dios... [6]Pero... id donde aquel anciano mendigo que va por el camino con paso vacilante. La ciudad está a la vista. Con la limosna podrá procurarse pan».

«Señor, no podemos. Judas se ha marchado con la bolsa...» dice Pedro. «Y las hermanas no nos han dado nada».

«Tienes razón, Simón. Están como aturdidas por el dolor, y nosotros también. No importa. Tenemos un poco de pan. Somos jóvenes y estamos fuertes. Vamos a dárselo al anciano, para que no se caiga por el camino».

Hurgan en los talegos, recogen pequeños pedazos de pan, se los dan al ancianito, que los mira asombrado.

«¡Come, come!» anima Jesús. Y le da de beber de su zaque mientras le pregunta a dónde va.

«A Tecua. Mañana hay un gran mercado. Pero desde ayer no comía».

«¿Estás solo?».

«Más que solo... Mi hijo me ha echado...». Oír esta voz senil rompe el corazón.

«Dios te abrirá las puertas de su Reino si sabes creer en su misericordia».

«Y en la de su Mesías. Pero mi hijo no tendrá Mesías, porque no puede tener al Mesías él, que le odia tanto como para odiar al padre suyo porque ama al Mesías».

«¿Por eso te ha echado?».

«Por eso. Y para no perder la amistad de algunos que persiguen al Mesías. Ha querido mostrarles que su odio supera al de ellos, tanto que supera incluso la voz de la sangre».

«¡Qué horror!» dicen todos.

«Sería más horroroso si yo tuviera los mismos pensamientos que mi hijo» dice con vehemencia el viejecito.

«¿Pero quién es éste? Si no he comprendido mal, debe ser uno que tiene poder y voz...» dice Tomás.

«Hombre, no será un padre el que diga el nombre del hijo culpable porque sea despreciado. Tengo que decir que tengo hambre y frío, yo que con mucho trabajo había aumentado el bienestar de la casa para hacer feliz a mi hijo varón. Pero no más que esto. Piensa que yo soy uno de Judea, y él uno de Judea, y que, por tanto, somos iguales

por la raza y distintos por el pensamiento. Lo demás no hace falta».

[7]«¿Y no le pides nada a Dios, tú que eres un justo?» pregunta dul- 520.7
cemente Jesús.

«Que toque el corazón de mi hijo y le conduzca a creer lo que yo creo».

«Pero para ti, enteramente para ti, ¿no pides nada?».

«Encontrar al que para mí es el Hijo de Dios. Para venerarle y luego morir».

«Pero si mueres ya no le verás más. Estarás en el Limbo...».

«Poco tiempo. ¿Eres un rabí, no es verdad? Veo muy poco... La edad... y el mucho llorar, y también el hambre... Pero veo los flecos de tu cinturón... Si eres un buen rabí, y así me lo parece, debes sen-
* tir tú también que el tiempo ha llegado, quiero decir el tiempo del que habló Isaías. Y está para llegar la hora en que el Cordero cargará sobre sí todos los pecados del mundo y sobrellevará todos nuestros males y dolores, y será traspasado e inmolado para que nosotros seamos sanados y estemos en paz con el Eterno. Y entonces también los espíritus tendrán paz... Lo espero confiando en la misericordia de Dios».

«¿No has visto nunca al Maestro?».

«No. Le oí hablar en el Templo en las fiestas. Pero yo soy bajo, y todavía más bajo me hace la edad, y, como he dicho, veo poco. Por eso, si voy entre la gente el de delante no me deja ver, y si estoy lejos no veo, por eso mismo, porque estoy lejos. ¡Querría verle! ¡Al menos una vez!».

«Le verás, padre. Dios te concederá esta alegría. ¿Y en Tecua tienes a dónde ir?».

«No. Estaré debajo de un pórtico o en un portal. Ya estoy acostumbrado».

«Ven conmigo. Conozco un buen israelita. Te acogerá en nombre de Jesús, el Maestro galileo».

«Pero Tú también eres galileo. Se percibe por cómo hablas».

«Sí... ¿Estás cansado? Bueno, pero ya hemos llegado a las primeras casas. Pronto descansarás y tendrás con qué reponer tus fuerzas».

[8]Jesús se inclina para decir a Pedro algo. Pedro, a su vez, se sepa- 520.8
ra y va a decir a los otros lo que ha dicho Jesús (no lo capto). Luego, con los hijos de Alfeo y con Juan, acelera el paso, entrando en la ciudad. Jesús le sigue con los otros, adecuando el paso al del pobre viejecito, que ya no habla (está muy agotado, de forma que acaba que-

* *el tiempo del que habló Isaías*, en *Isaías 52, 7-15; 53, 1-12* (especialmente desde el versículo *6*).

dándose detrás, con Andrés y Mateo). La ciudad parece vacía. Es el mediodía y muchos están en las casas comiendo.

Recorridos pocos metros, vuelve Pedro: «Ya está hecho, Señor. Simón le recibe porque Tú le traes, y te da las gracias por haber pensado en él».

«¡Bendigamos al Señor! Todavía hay justos en Israel. Este anciano es uno, y Simón otro. Sí, hay todavía personas buenas, misericordiosas, fieles al Señor. Y esto compensa muchas amarguras, y hace esperar que la justicia divina se mitigará por estos justos».

«¡Hombre, pero... un hijo que echa de casa a su padre por no perder la amistad de algún poderoso fariseo!».

«¿A tanto puede llegar el odio por ti? ¡Estoy indignado!» dice Felipe.

«¡Veréis mucho más que esto!» responde Jesús.

«¿Más! ¿Qué puede ser más que un padre echado de casa porque no te odia? ¡Es enorme el pecado de ese hombre!...».

«Más enorme será el pecado de un pueblo contra su Dios... Pero, vamos a esperar al anciano...».

«¿Quién será su hijo?».

«¡Un fariseo!», «¡Uno del Sanedrín!», «Un rabí». Las opiniones son distintas.

«Un desdichado. No indaguéis. Hoy ha arremetido contra su padre. Mañana arremeterá contra mí. Así pues, veis que el pecado de Judas, el hecho de haberse alejado así, como un hijo díscolo, no es nada comparado con esto. Y, no obstante, oraré por este hijo ingrato, por este hebreo ofensor de Dios. Para que se enmiende. Haced vosotros lo mismo... [9]Ven, padre, ¿cómo te llamas?».

520.9

«Elí-Ana. ¡Nunca he sido una persona feliz! Se me murió mi padre antes de nacer yo; mi madre, dándome a luz. La madre de mi madre, que me crió, me dio por nombre los dos nombres, unidos, de mi padre y de mi madre».

«Verdaderamente eres un Elí, y tu hijo es igual que Finnes» dice * Felipe, que no se resigna ante un pecado de esa naturaleza.

«Dios no lo quiera, hombre. Finnes murió pecador. Murió cuando cogieron el arca. Para su alma y para todo Israel, estas cosas serían una desventura» responde el viejecito.

«Escucha. Ésta es casa amiga. Lo que le pido lo obtengo. Es de un cierto Simón, hombre justo ante los ojos de Dios y de los hombres. Te recibe por amor mío, si aceptas el lugar» dice Jesús antes de lla-

* *Elí, ... Finnes*, de los cuales se habla en *1 Samuel 1, 3; 2, 12-17.22-34; 3, 1-18; 4, 4-18*. Debe observarse que el nombre *Finnes* (mejor: *Finees*) se ha trasformado en *Pincás*, o *Pinjás*, en las modernas versiones de la Biblia.

mar a la puerta.

«¿Tengo, acaso, posibilidad de elegir? Invocaré las bendiciones del Cielo para quien me dé el pan y el amparo de la caridad. Pero quiero trabajar. Ser siervo no es una vergüenza, pecar sí lo es».

«Se lo diremos a Simón» dice con una sonrisa de compasión Jesús, mientras mira al viejecito, reducido a nada por las penalidades y el dolor moral.

[10]Abren la puerta: «Entra, Maestro. La paz sea contigo y con 520.10
quien te acompaña. ¿Dónde está este hermano mío que me traes? Para que pueda darle el beso de paz y bienvenida» dice un hombre de unos cincuenta años.

«Éste es. Que el Señor te lo pague».

«Ya me ha recompensado: te tengo a ti como huésped. No te esperaba y no puedo honrarte como quisiera. Pero oigo que tienes intención de volver por aquí dentro de unos días. Bueno, pues estaré preparado para recibirte como conviene».

Ahora están en una habitación donde hay unas palanganas humeantes preparadas para las abluciones. El viejecito está acobardado, contra la puerta. Pero el dueño de la casa le agarra de la mano y le lleva a que se siente. Quiere descalzarle —y lo hace— él mismo, y servirle como si fuera un rey, y luego ponerle sandalias nuevas, mientras el viejecito dice: «¿Por qué? ¿Pero por qué? ¡Yo he venido a servir y tú me sirves! No es justo».

«Es justo, hombre. No puedo seguir al Rabí porque mi casa requiere mi asistencia. Pero, como último discípulo del Maestro santo, busco la forma de poner en práctica sus palabras».

«Tú le conoces bien. Verdaderamente le conoces, porque eres bueno. Muchos en Israel le conocen, pero ¿con qué? Con los ojos y con el odio. Por tanto, no le conocen. A una mujer se la conoce sólo cuando ya de ella nada se ignora y se la posee enteramente. Lo mismo sucede con Jesús de Nazaret, que no conozco con los ojos, pero que conozco más que muchos, porque yo creo que en Él está la Sabiduría. Pero tú le conoces con plenitud: de vista y de doctrina».

El hombre mira a Jesús, pero no dice nada.

El viejecito prosigue: «He dicho a este rabí que quiero trabajar...».

«Sí, sí. Encontraremos un trabajo para ti. Ahora de momento ven a la mesa. Maestro, tus discípulos vendrán dentro de poco. ¿Podemos sentarnos a la mesa aunque no hayan venido, o prefieres esperarlos?».

«Preferiría esperarlos. Pero si tienes que trabajar...».

«¡Oh, Maestro! Sabes que para mí es una alegría obedecer el más

mínimo de tus deseos».

El viejecito tiene en este momento una primera sospecha acerca de la identidad del Hombre que le ha socorrido en el camino, y le mira, le mira... luego mira a sus compañeros... un atento examen... y
520.11 se mueve en torno a ellos... [11]Entran los hijos de Alfeo con Juan. Jesús los llama por el nombre.

«¡Oh, Dios Altísimo! ¡Pero entonces... Tú eres Tú!» exclama el viejecito y se arroja al suelo venerando.

El estupor suyo no es inferior al de los demás ¡Es tan extraño ese modo de reconocimiento del Maestro! Tanto, que Pedro le pregunta: «¿Qué de especial hay en estos nombres, tan comunes en Israel, para hacerte comprender que estás frente al Mesías?».

«Porque conozco a Judas. Va siempre a casa de mi hijo y...» el viejecito se detiene, turbado por haber nombrado a su hijo...

«Pero yo no te he visto nunca, hombre» dice Judas Tadeo poniéndose bien delante de él, agachado para estar cara a cara muy cerca.

«Yo tampoco te conozco. Pero un Judas, discípulo del Cristo, va frecuentemente a casa de mi hijo, y he oído hablar de un Juan, de un Santiago y de un Simón amigo de Lázaro de Betania, y de muchas otras cosas... ¡Oír tres nombres conocidos como de los discípulos más íntimos del Maestro, y Él tan bueno!... ¡Bueno, pues he comprendido! Pero ¿dónde está el otro Judas?».

«No está. Pero es verdad, has comprendido. Soy Yo. El Señor es bueno, padre. Deseabas verme y me has visto. Bendigamos las misericordias de Dios... No te apartes, Elí-Ana. Estabas a mi lado cuando para ti era un viandante y nada más. ¿Por qué quieres alejarte de mí, ahora que sabes que soy la Meta? ¡No sabes cuánto me ha consolado tu corazón! No lo puedes saber. Yo, no tú, soy el que más ha recibido... Cuando tres cuartos de Israel, y más, me odian hasta llegar al delito, cuando los débiles se alejan de mi camino, cuando las espinas de la ingratitud, del rencor, de la calumnia me hieren por todas partes, cuando no puedo encontrar alivio en el pensamiento de que mi Sacrificio será salud para Israel... encontrar uno como tú, oh padre, es recibir compensación por el dolor... Tú no sabes... Ninguno conocéis las tristezas, cada vez más profundas, del Hijo del hombre. Tengo sed de amor... y demasiados corazones son manantiales secos a los que inútilmente me acerco... Pero, vamos...».

Y, teniendo cerca al viejecito, entra en la habitación donde están ya preparadas las mesas.

521. En Tecua, Jesús se despide de los habitantes del lugar y del anciano Elí-Ana.

31 de octubre de 1946.

[1]La parte posterior de la casa de Simón de Tecua no es otra cosa 521.1
sino una plaza, a la cual hacen de alas los lados de la casa, que es de esta forma: ⊔ . Digo plaza porque en los días de mercado, como el que veo yo, se abre por tres sitios el fuerte enrejado que la separa de una plaza pública más grande, y muchos vendedores invaden con sus puestos los pórticos que hay en los tres lados de la casa (comprendo ahora la utilidad... financiera de estos pórticos, porque Simón, como buen hebreo, pasa exigiendo de cada mercader el alquiler del lugar ocupado). Y Simón se lleva consigo al viejecito, vestido ahora decentemente, y a todos se lo presenta diciendo: «De ahora en adelante le pagaréis a él la suma establecida». Luego, recorridos ya todos los pórticos, dice a Elí-Ana: «Éste es tu trabajo aquí; dentro, con la posada y los establos. No es difícil ni fatigoso, pero te demuestra cuánta estima te tengo. He echado, a uno después del otro, a tres que me ayudaban, porque no eran honestos. Pero tú me satisfaces. Y además te ha traído Él. Y el Maestro sabe conocer los corazones. Vamos donde Él ahora a decirle que, si quiere, la hora es buena para hablar». Y se marcha, seguido por el viejecito...

La gente va llenando cada vez más la plaza, y el rumor también va aumentando. Mujeres para las compras; mercaderes de ganado; compradores de bueyes para los arados o de otros animales; campesinos encorvados bajo el peso de cestos de fruta alabando sus mercancías; cuchilleros con todo lo que corta, bien expuesto encima de esteras, y que, con una bulla infernal, descargan las segures sobre leños para mostrar la consistencia de la hoja, o con un martillo golpean en hoces que tienen colgadas en caballetes para que se vea el perfecto temple de la hoja, o que levantan rejas de arado y con las dos manos las golpean contra la tierra, que se abre herida, para dar una prueba de la dureza de la reja, a la que ningún terreno se resiste; y los que trabajan el cobre —con ánforas y cubos, sartenes y lámparas—, que golpean en el metal sonoro, hasta aturdir, para que se vea que es macizo, o se desgañitan ofreciendo muchas lamparillas, de una o más llamas, para las próximas fiestas de Kisléu; y, dominando a todos, monótono y penetrante como lamento de lechuza nocturna, el grito de los mendigos esparcidos en los puntos estratégicos del mercado.

[2]Jesús viene desde la casa, junto con Pedro y Santiago de Zebe- 521.2
deo. No veo a los otros. Pero pienso que estarán yendo por la ciudad

anunciando al Maestro, porque veo que la gente le reconoce en seguida, y muchos acuden, mientras el vocerío se hace menos intenso, y el ruido también. Jesús ordena dar limosna a algunos mendigos y se para a saludar a dos hombres, los cuales, seguidos de sus criados, habiendo acabado las compras, estaban para dejar el mercado. Pero ahora se quedan también ellos para escuchar al Maestro. Y Jesús empieza a hablar, tomando el tema de lo que ve:

«Cada cosa a su tiempo, cada cosa en su lugar. No se realiza el mercado en sábado, ni se comercia en las sinagogas, y tampoco se trabaja por la noche, sino que más bien mientras es de día. Sólo el pecador trafica en el día del Señor, o profana con negocios humanos los lugares destinados a la oración, o se da a la rapiña durante la noche cometiendo hurtos y delitos. Igualmente: el que comercia honestamente se esfuerza en probar a sus compradores la calidad de sus productos y la consistencia de sus instrumentos, y el que compra se marcha contento de la buena compra que ha hecho. Pero si, por ejemplo, con mucha astucia, el vendedor lograra engañar al comprador, y el utensilio o el producto alimenticio le resultase a éste no bueno, inferior al precio pagado, ¿no recurriría el comprador a medidas de defensa, que irían desde un mínimo de no volver a comprar nunca donde ese vendedor, a un máximo de recurrir al juez para recuperar su dinero? Eso sucedería, y sería justo. Y, a pesar de esto, ¿no vemos en Israel al pueblo engañado por los que venden, como buenos, productos en malas condiciones, y que ese pueblo desacredita a quien da buenos productos, siendo éste el Justo del Señor? Sí, todos lo vemos.

Ayer noche muchos de vosotros vinieron a referir las artes de los malos vendedores, y Yo dije: "Dejadlos. Tened firmes vuestros corazones y Dios proveerá". ¿Estos que venden cosas no buenas, a quién ofenden? ¿A vosotros? ¿A mí? No. A Dios mismo. La culpabilidad no es tanto del engañado cuanto del que engaña. El pecado no ha sido cometido tanto contra el hombre cuanto contra Dios, al tratar de vender cosas no buenas para que el que tiene deseos de comprar no vaya a las cosas buenas. Yo no os digo: reaccionad, vengaos. No son palabras que puedan salir de mi boca. Sólo digo: escuchad el sonido verdadero de las palabras, observad bien, bajo la gran luz, las acciones de los que os hablen, saboread el primer sorbo o el primer bocado que os ofrezcan y, si oís un sonido áspero, si sus acciones tienen tenebroso aspecto, si el sabor que os queda en el corazón os turba, rechazad, como cosa no buena, aquello que os ofrecen. La sabiduría, la justicia, la caridad no son nunca ásperas ni turbadoras ni amantes de actuar en la sombra.

521.3 [3]Sé que he sido precedido por discípulos míos, y ahora os dejo a

dos apóstoles míos; además, ayer noche, con las acciones más que con las palabras, he testificado de dónde vengo y con qué misión. No hacen falta, pues, largos discursos para atraeros hacia mi camino. Pensad, y quered estar en él. Imitad a los que fundaron esta ciudad en los límites del árido desierto. Pensad siempre que fuera de mi doctrina hay aridez de desierto, mientras que en mi doctrina están las fuentes de la Vida. Y, a pesar de todos los hechos que puedan acaecer, no os turbéis, no os escandalicéis. Recordad las palabras del Señor en Isaías. Nunca será acortada mi mano ni se hará pequeña para favorecer a los que siguen mis caminos; de la misma forma que nunca será anulada la mano del Altísimo para castigar a aquellos que a mí —que vine y bien pocos encontré para acogerme, llamé y pocos respondieron— me ofenden y causan dolor. Porque, de la misma manera que quien me honra honra al Padre que me ha enviado, el que me desprecia desprecia a Aquel que me ha enviado. Y, por la ley antigua del talión, el que me repudia será repudiado.

Pero vosotros, que habéis acogido mi palabra, no temáis los oprobios de los hombres, ni os acongojéis por sus ultrajes, primero contra mí y luego contra vosotros porque me amáis. Yo, aunque parezca perseguido y vaya a parecer quebrantado, os consolaré y protegeré. No temáis, no temáis al hombre mortal, que hoy es y mañana no es sino un recuerdo y polvo. Temed al Señor, temed con un santo amor, no con miedo, temed no saberle amar con medida proporcionada a su amor infinito. Yo no os digo: haced esto o aquello. Sabéis lo que debe hacerse. Os digo: amad. Amad a Dios y a su Cristo. Amad a vuestro prójimo como Yo os he enseñado. Y, si sabéis amar, todo lo haréis.

[4]Yo os bendigo, habitantes de Tecua, ciudad situada en los lindes 521.4
del desierto, pero oasis de paz para el perseguido Hijo del hombre, y que mi bendición permanezca en vuestros corazones y en vuestras casas, ahora y siempre».

«¡Quédate, Maestro! Quédate con nosotros. ¡El desierto fue siempre bueno para los santos de Israel!».

«No puedo. Tengo a otros que me esperan. Vosotros estáis en mí, Yo en vosotros, porque nos queremos».

Jesús, con dificultad, pasa a través de la gente, que le sigue, olvidada de comprar o vender y de todas las demás cosas. Enfermos curados que todavía le bendicen, corazones consolados que le dan las gracias, mendigos que le saludan: «Maná vivo de Dios»...

[5]El viejecito está pegado a Él; así hasta el extremo de la ciudad. 521.5
Y, sólo cuando Jesús bendice a Mateo y a Felipe, que se quedan en

* *las palabras del Señor en Isaías*, como las de *Isaías 50, 2; 59, 1*; *las palabras del profeta*, como las de *Isaías 30, 19-20*.

Tecua, se decide a dejar a su Salvador, y lo hace con besos en los pies desnudos del Maestro, y con llanto y palabras de agradecimiento.

«Levántate, Elí-Ana, y ven, que quiero besarte. Un beso de hijo a padre, y que ello te compense todo. Te aplico las palabras del profeta: "Tú que lloras no llorarás más, porque el Misericordioso ha tenido piedad de ti". El Señor te dará pan racionado y poca agua. Más no he podido hacer. Si a ti te ha expulsado de tu casa uno, a mí me expulsan todos los poderosos de un pueblo, y ya es mucho si encuentro comida y alojamiento para mí y mis apóstoles. Pero tus ojos han visto a Aquel que deseabas ver y tus oídos han escuchado mis palabras, de la misma forma que tu corazón debe sentir mi amor. Ve y está en paz, porque eres un mártir de la justicia, uno de los precursores de todos aquellos que hayan de ser perseguidos por causa mía. ¡No llores, padre!». Y le besa en la cabeza cana.

El viejecito le devuelve, en la mejilla, el beso y le susurra al oído: «Desconfía del otro Judas, mi Señor. Yo no quiero manchar mi lengua... Pero desconfía. No viene con pensamiento bueno a casa de mi hijo...».

«Sí. Pero no pienses ya en el pasado. Pronto acabará todo y ya nadie me podrá hacer daño alguno. Adiós, Elí-Ana. El Señor está contigo».

Se separan...

521.6 [6]«Maestro, ¿qué te ha dicho el anciano con voz tan leve?» pregunta Pedro, que va al lado de Jesús, con esfuerzo porque Jesús da largos pasos con sus largas piernas, cosa que, siendo tan bajo, no puede hacer Pedro.

«¡Pobre anciano! ¿Qué crees que me podía decir que Yo ya no supiera?» responde Jesús eludiendo una respuesta precisa.

«Hablaba de su hijo, ¿no? ¿Te ha dicho quién es?».

«No. Pedro. Te lo aseguro. Ha conservado ese nombre en su corazón».

«¿Pero Tú le conoces, no?».

«Le conozco, pero no te lo diré».

Silencio durante mucho tiempo. Luego, angustiosa, la pregunta de Pedro y su confesión. «Maestro, pero ¿para qué?, ¿qué va a hacer Judas a casa de un pésimo hombre como es el hijo de Elí-Ana? ¡Yo tengo miedo, Maestro! No tiene buenos amigos éste. No va abiertamente. No hay en él fuerza para resistir al mal. Tengo miedo, Maestro. ¿Para qué? ¿Para qué va Judas donde éstos, y a escondidas?». La cara de Pedro es una expresiva máscara de angustiosa interrogación.

Jesús le mira y no responde. Efectivamente, ¿qué debe responder?; ¿qué, para no mentir ni lanzar al fiel Pedro contra el infiel Ju-

das? Prefiere dejar hablar a Pedro.

«¿No respondes? Yo, desde ayer, desde cuando el viejo creyó reconocer entre nosotros a Judas, no tengo paz. Es como aquel día que hablaste con la esposa del saduceo. ¿Te acuerdas? ¿Recuerdas mi sospecha?».

«Lo recuerdo. ¿Y tú recuerdas mis palabras de entonces?».

«Sí, Maestro».

«No hay nada más que decir, Simón. Las acciones del hombre tienen apariencias distintas de la realidad. Pero Yo estoy contento de haber proveído a la necesidad de ese anciano. Es como si Ananías hubiera vuelto. Y realmente si Simón de Tecua no le hubiera acogido, le habría llevado a la casita de Salomón, para tener allí a un padre que siempre esperara nuestra llegada. Pero, para Elí es mejor así. Simón es bueno, tiene muchos nietos. A Elí le gustan los niños... Y los niños hacen olvidar muchas cosas dolorosas...».

Con su habitual ciencia de distraer al interlocutor y conducirle hacia otros temas, cuando no considera conveniente responder a preguntas peligrosas, Jesús ha distraído a Pedro de su pensamiento. Y sigue hablándole de niños, conocidos acá o allá, hasta llegar a recordar a Margziam, que quizás a esa hora está retirando las redes después de la pesca en el bonito lago de Genesaret.

Y Pedro, ya lejos de Elí y Judas con el pensamiento, sonríe y pregunta: «Pero después de Pascua vamos allá, ¿no? Es tan hermoso. Mucho más que esto. Nosotros galileos somos pecadores para los de Judea... ¡Pero si se vive aquí! ¡Oh, Misericordia eterna! Si a nosotros se nos hubiera de castigar, no, aquí ciertamente no va a haber un premio».

Jesús llama a los otros que se han quedado atrás y se aleja con ellos por el camino calentado por el sol de diciembre.

522. Llegada a Jericó. El amor terreno de la muchedumbre y el amor sobrenatural del convertido Zaqueo.

1 de noviembre de 1946.

[1]Hay gran expectación allí por la llegada de Jesús. Numerosa 522.1
gente espera en los campos cercanos a la ciudad, y en cuanto uno —que ha trepado a un alto nogal con la misión de observar— lanza el grito: «¡Allí está el Cordero de Dios!», la gente se pone en pie y va presurosa hacia Jesús, que avanza entre las primeras nieblas crepusculares.

«¡Maestro! ¡Maestro! ¡Te esperamos desde hace mucho! ¡Nuestros

enfermos! ¡Nuestros niños! ¡Tu bendición! Los viejos te esperan para morir en paz. Si nos bendices, Señor, quedaremos preservados de la desventura», hablan todos a la vez, mientras Jesús alza la mano con sucesivos gestos de bendición, y repite: «¡Paz, paz, paz a todos vosotros!». Los apóstoles que están todavía con Él se ven alcanzados y arrollados por la muchedumbre, separados de Jesús —quien casi no puede andar— por las mismas personas que se quejan dulcemente de tanta espera.

522.2 [2]El pobre Zaqueo lucha nerviosamente para llegar hasta Jesús, para que le oiga; para que, al menos, le vea. Pero, siendo tan bajo como es, y ni muy ágil ni muy fuerte, se ve siempre rechazado por nuevas oleadas de gente, y su grito se pierde en el clamor; y en el jaleo de cabezas, de brazos, de indumentos que se agitan, se pierde su persona. Inútilmente suplica, y alguna vez se enfada, para obtener un poco de piedad. La gente es siempre egoísta para lo que le gusta, y cruel con los más débiles. El pobre Zaqueo, agotado por los esfuerzos, convencido de la inutilidad de éstos, pierde la voluntad de luchar y se resigna mortificado. En efecto, ¿cómo podrá conseguirlo, si por todas las calles sale más gente y cada calle parece un riachuelo que va a desembocar a un único río: el camino recorrido por Jesús? Y cada nuevo afluente, con una nueva oleada que hace cada vez más densa la muchedumbre —hasta el punto de que se hace peligroso encontrarse en medio— rechaza al pobre Zaqueo.

Judas Tadeo le ve y trata de abrirse paso para sacarle —en una de las calles— del rincón al que le ha relegado y fijado la muchedumbre. Pero a su vez Judas de Alfeo es impelido por los que le empujan por detrás, y el intento fracasa. Tomás, haciendo arma de su robusta persona, empuja con los codos y grita con su vozarrón potente: «¡Dejad paso!» con el mismo intento. Pero... ¡ya, ya! La gente es un muro más sólido que la roca, y flexible como el caucho: se pliega pero no se rompe; ya no es un abrazo lo suyo: es una cadena infrangible. También Tomás se resigna.

Zaqueo pierde toda esperanza, porque Dídimo es el último de los apóstoles enganchados por el aluvión de gente, que, por fin, pasa... Ha pasado... Trozos de tela, mechones, orlas, horquillas de mujer, hebillas, quedan en el suelo como testimonio de su violencia. Hay incluso una sandalia pequeña, de niño, pisoteada... Parece esperar tristemente al piececito que la ha perdido... Zaqueo se pone en la cola, también él triste como ese calzado pequeño que la muchedumbre ha arrancado a su pequeño propietario.

522.3 [3]A Jesús ya ni siquiera se le ve. Un esquina de la calle le ha escondido para los ojos del pobre Zaqueo... Pero cuando —el último de

la muchedumbre— llega a la plaza donde antes tenía su banco, ve que la gente se ha parado, gritando, orando, suplicando. Y ve que Jesús, subido en la escalinata de una casa, hace con los brazos y con la cabeza gesto negativo. Y dice algo que, en medio del frémito de la muchedumbre, no se puede comprender. En fin, ve que Jesús, bajando, no sin dificultad, de su pedestal, reanuda el camino y tuerce, sí, tuerce justamente por la parte en donde se encuentra su casa. Entonces Zaqueo recupera todo el coraje. La gente es mucha, pero la plaza es amplia, y, por tanto, la masa de gente es menos compacta y puede ser... atravesada como un seto no muy tupido por una persona que tenga voluntad de hacerlo y no tenga miedo de herirse. Y Zaqueo, transformado en cuña, en catapulta, en ariete, arremete, choca, penetra, distribuye y recibe puñetazos en la cara y codazos en el estómago y patadas en las espinillas, pero se abre paso, avanza... Ya está en el lado opuesto, donde... el ensanchamiento termina, y de nuevo se encuentra delante del muro impenetrable. Pocos pasos le separan de Jesús, que ya está parado junto a su casa. Pero si le separaran desiertos y ríos podría tener más esperanza en lograr llegar a Él. Se inquieta, vocea, impone: «¡Tengo que ir a mi casa! ¡Dejadme pasar! ¿No veis que Él quiere ir a mi casa?».

¿Cómo se le habrá ocurrido decirlo! Ello enciende de nuevo a la muchedumbre, en su deseo de tener en otras casas al Maestro. Quién se ríe burlándose del pobre Zaqueo, quién le responde con malos modales. No hay uno sólo que tenga piedad. Al contrario, se ponen a gritar y a moverse para que el Maestro ni oiga ni vea a Zaqueo. Y algunos gritan: «¡Hasta demasiado has recibido de Él, viejo pecador!». Creo que en tanta malevolencia está presente el recuerdo de los pasadas exacciones y vejaciones... El hombre, incluso el más dispuesto a lo sobrenatural, conserva casi siempre un rinconcito en que está vivo el amor por su peculio y donde, aún más vivo, está el recuerdo de quien perjudicó a este peculio...

[4]Pero la hora de la prueba para Zaqueo ha pasado, y Jesús le premia por su constancia. Grita Jesús con toda la fuerza de su voz: «¡Zaqueo! Ven a mí. Dejadle pasar, que quiero entrar en su casa». 522.4

Es inevitable obedecer. La gente se comprime para abrirse y Zaqueo pasa adelante, rojo por el esfuerzo, rojo de alegría, tratando de poner en orden sus cabellos despeinados, la túnica desabotonada, el cinturón que ahora tiene las borlas en los riñones en vez de por delante. Busca el manto... ¡Quién sabe dónde estará el manto?... No importa.

Ya está delante de Jesús, semiencorvado como acto de deferencia hacia Él. No puede hacer más, porque tiene el mínimo espacio para

inclinarse un poco.

«Paz a ti, Zaqueo. Ven, pues, que quiero darte el beso de paz. Bien lo has merecido» dice Jesús, sonriendo con una sonrisa verdaderamente alegre, juvenil, que, efectivamente, le hace aparecer rejuvenecido.

«¡Oh, sí, Señor. Bien lo he merecido. ¡Qué difícil es llegar a ti, Señor!» dice Zaqueo alzándose lo más que puede para ponerse al nivel de Jesús, que se inclina para besarle. Y alzándose pone a la vista una cara sangrante por un arañazo en la mejilla derecha, y lívido un ojo por algún codazo sufrido en la órbita.

Jesús le besa y dice:

«Pero mi premio a ti no es por esta fatiga, sino por las otras, para muchos secretas, pero que Yo conozco. Sí, es verdad. Llegar a mí es difícil, y no es la muchedumbre el único obstáculo, ni es el obstáculo más difícil que uno encuentra. Pero, ¡oh pueblo que casi me has paseado como triunfador!, el obstáculo más difícil, el más hecho, y que vuelve a rehacerse después de haber intentado romperlo o superarlo, es el propio *yo*.

522.5 [5]Yo parecía que no veía, pero he visto todo. Y he valorado todo. ¿Y qué he visto? He visto a un pecador convertido, a un hombre que era duro de corazón, que era amante de las comodidades, soberbio, vanidoso, lujurioso y avaro. Y le he visto despojarse de su *yo* viejo, incluso en las cosas menores, cambiar en sus modos y apegos —como, para venir donde su Salvador, luchar y suplicar humildemente—, y le he visto recibir pullas y reproches pacientemente, y sufrir en su cuerpo por los empujones de la muchedumbre, y en su corazón por verse relegado a la cola, sin poder recoger ni siquiera una mirada mía. Y he visto otras cosas en él; cosas que también vosotros conocéis, pero que no queréis tener en cuenta, a pesar de que os hayan producido alivio.

Diréis: "¿Y cómo le conoces, Tú que no vives con nosotros?". Os respondo: de la misma forma que leo en el corazón de los hombres, no ignoro las acciones de los hombres, y sé ser justo y premiar en proporción al camino recorrido para llegar a mí, a los esfuerzos realizados para desplantar de la agreste selva que cubría al espíritu todo aquello que no fuera el árbol vital, y fertilizar al espíritu y ponerle como rey en el *yo*, y rodearle de árboles de virtudes para que recibiera honor, y velar para que ningún animal —las distintas pasiones malas— inmundo, porque repta, por su avidez de corrupción, o lascivo u ocioso, anidara en este bosque, sino que el espíritu —vuestro espíritu— estuviera habitado sólo por lo que es bueno y capaz de alabar al Señor, o sea, por los afectos sobrenaturales: aves cantoras y

mansos corderos, dispuestos a ser sacrificados, dispuestos a la perfecta alabanza por amor a Dios.

[6]Y, de la misma forma que no he ignorado las obras de Zaqueo, 522.6
sus pensamientos, sus fatigas, tampoco he ignorado que en muchos de esta ciudad, muchos que me han aclamado, hay más un amor sensible que espiritual. Si me amarais con justicia, habríais sido compasivos con vuestro convecino; no le habríais mortificado recordándole el pasado. Ese pasado que él ha borrado y que Dios no recuerda. Porque el perdón concedido ya no se toca. A menos que el hombre vuelva a pecar. Pero se le juzga de nuevo por el pecado nuevo, no por el que fue perdonado.

Ahora Yo —y esto os lo doy como compañía en las meditaciones de la noche— os digo que el amarme de verdad no consiste en aclamarme, sino en hacer lo que Yo hago y enseño, en practicar el amor recíproco, en ser humildes y misericordiosos, recordando que un único barro os ha formado respecto a la parte material, y que el barro siempre tiende al pantano y que, por tanto, si hasta ahora lo que en vosotros es fuerza — el espíritu— que os ha tenido suspendidos por encima del pantano, no ha conocido nunca derrotas —y ello es imposible, porque el hombre es pecador y sólo Dios carece de pecado—, mañana vuestro espíritu podría conocerlas, y en número y alcance aún mayores que las del antiguo pecador que ha renacido a la Gracia, que ha sido rejuvenecido por ella y renovado, como un niño nacido poco antes, y que tiene a favor de él esa humildad que le viene del recuerdo de haber sido pecador, y la enardecida voluntad de hacer, en el resto de la vida, tanto bien como sea requerido para llenar una vida longeva y enteramente consagrada al bien, hasta el punto de reparar, con medida llena y rebosante, todo el mal que haya podido hacer.

Mañana os voy a hablar. Por ahora, en este atardecer, he terminado. Id, llevando en vosotros esta advertencia mía, y bendecid a Dios, que os manda al Médico que extirpa vuestras sensualidades celadas bajo un velo de santidad espiritual, como enfermedades escondidas que roen la vida bajo un velo de salud aparente... [7]Ven, Zaqueo». 522.7

«Sí, mi Señor. Tengo sólo un anciano doméstico. Yo mismo abro la puerta, y con ella mi corazón lleno de emoción por tu infinita bondad».

Y, abierta la cancilla, invita a Jesús y a los apóstoles a entrar. Guía a Jesús hacia la casa, a través del jardín, que ahora es huerto... La casa también está despojada de todas las cosas superfluas. Zaqueo enciende una lámpara y llama al doméstico.

«Mira, el Maestro está aquí. Duerme aquí con los suyos y cena

aquí. ¿Has preparado las cosas como te dije?».

«Sí, todo está preparado, menos las verduras, que voy a echar ahora en el agua hirviendo».

«Entonces cámbiate de vestido y ve a decir a los que tú sabes que Él está aquí, que vengan».

«Voy, señor. ¡Bendito seas, Maestro, que me das la ocasión de morir feliz!». Se marcha.

«Servía ya a mi padre y se ha quedado en mi casa. De todos los demás he prescindido. Pero a él le estimo. Ha sido la voz que no callaba nunca cuando pecaba. Y yo, por eso, le maltrataba. Ahora, después de ti, es al que más quiero... Venid, amigos. Allí hay fuego y todo lo que puede aliviar a los cuerpos cansados y helados. Tú, Maestro, en mi misma habitación...», y le guía hacia un cuarto que está en el fondo del pasillo.

522.8 [8]Entra, cierra la puerta, echa agua humeante en un barreño, descalza a Jesús, le sirve. Antes de calzarle las sandalias, besa un pie desnudo y se lo pone encima del cuello y dice: «¡Así! ¡Para que aplastes los residuos del viejo Zaqueo!». Se levanta. Mira a Jesús con una sonrisa que le tiembla en los labios, una sonrisa humilde, hecha un poco de llanto. Con un gesto señala todo el cuarto, diciendo: «Aquí dentro he pecado mucho. Pero he cambiado todo, para que lo que tenía ese sabor ya no estuviera presente en mí... Los recuerdos... Yo soy débil... He dejado que viviera entre estas paredes desnudas, en este lecho duro, sólo el recuerdo de la conversión... Lo demás... Lo he vendido, porque me había quedado sin dinero y quería hacer el bien. Siéntate, Maestro...».

Jesús se sienta en un asiento de madera y Zaqueo se pone en el suelo, a sus pies, medio sentado medio arrodillado. Sigue hablando.

«No sé si he hecho bien; si aprobarás lo que he hecho. Quizás he empezado por donde tenía que terminar. Pero *ellos también* existen. Y sólo un viejo publicano puede no sentir rechazo hacia *ellos* en Israel. No. Lo he dicho mal. No sólo un viejo publicano. Tampoco Tú. Es más, eres Tú el que me ha enseñado a amarlos verdaderamente. Antes eran mis cómplices en el vicio, pero no los quería. Ahora me opongo a ellos, pero los quiero. Tú y yo. El todo Santo, el pecador convertido. Tú, porque no has pecado nunca y quieres darnos tu alegría, la de un Hombre sin culpa; yo, porque he pecado mucho, y sé lo dulce que es la paz que proviene de haber sido perdonado, redimido, renovado... La he deseado para ellos. Los he buscado. ¡Al principio ha sido duro! Quería hacerlos buenos a ellos y tenía que hacerme bueno yo mismo... ¡Qué fatiga! Vigilarme porque sentía que me vigilaban. La más mínima cosa habría bastado para que se alejaran... Y

además... muchos pecaban por necesidad, por necesidad de oficio. He vendido todo para tener dinero para mantenerlos hasta que encontraran otros oficios menos fructíferos, más cansados, pero honestos. Y siempre hay alguno de *ellos* que viene, mitad curioso, mitad deseoso de ser un hombre y no sólo un animal. Y debo hospedarlos, hasta que se hacen mansos para el nuevo yugo. Muchos se han circuncidado. El primer paso hacia el verdadero Dios. Pero no lo impongo. Tengo amplios los brazos para abrazar las miserias, yo que no puedo sentir asco de ellas. Quisiera también yo dar a éstos lo que Tú querrías dar a todos: la alegría de no tener ya remordimientos, dado que no podemos como Tú carecer de culpa. Ahora dime, mi Señor, si he sido demasiado osado».

«Has obrado bien, Zaqueo. Les das a ellos más de lo que esperas y de lo que piensas que Yo quiero dar a los hombres. No sólo la alegría del perdón, de no tener remordimientos, sino también la alegría de ser pronto ciudadanos de mi Reino celeste. No ignoraba estas obras tuyas. Observaba tu marcha por el arduo, pero glorioso, camino de la caridad; porque esto es caridad, y de la más genuina. Has comprendido la palabra del Reino. Pocos la han comprendido, porque sobrevive en ellos la concepción antigua y la convicción de ser ya santos y doctos. Tú, eliminado de tu corazón el pasado, te has quedado vacío, y has podido, es más, has *querido*, meter dentro de ti las palabras nuevas, lo futuro, lo eterno. Sigue así, Zaqueo, y serás el exactor de tu Señor Jesús» concluye Jesús, sonriendo y poniendo su mano en la cabeza de Zaqueo.

«¿Estás conforme conmigo, Señor? ¿En todo?».

«En todo, Zaqueo. [9]Se lo he dicho también a Nique, que me hablaba de ti. Nique te comprende. Es una mujer abierta a la piedad universal». 522.9

«Nique me ayudaba mucho. Pero ahora la veo sólo cada nueva Luna... Hubiera querido seguirla. Pero Jericó es un lugar propicio para mi nuevo trabajo...».

«No estará mucho tiempo en Jerusalén... Viajarías por nada. Nique volverá después aquí...».

«¿Después?... ¿Cuándo, Señor?».

«Cuando mi Reino haya sido proclamado».

«Tu Reino... Tengo miedo de ese momento. Los que ahora se dicen fieles tuyos, ¿sabrán serlo entonces? Porque, sin duda, habrá tumultos y luchas entre los que te aman y los que te odian... ¿Sabes, Señor, que tus enemigos pagan incluso a bandoleros, a la hez del pueblo, para tener partidarios preparados a crear alboroto para imponerse? Esto lo he sabido por uno de mis pobres hermanos... ¡Oh!

¿Entre quien roba legalmente, entre quien roba el honor y el que desvalija a un viandante, hay, acaso, mucha diferencia? Yo he robado también legalmente, hasta que Tú me salvaste, pero ni siquiera entonces habría secundado a los que te odian... Es un joven. Un ladrón. Sí. Un ladrón. Una noche, que había ido hacia el Adomín a esperar a tres como yo, que venían de Efraím con ganado que habían comprado a menos precio, le encontré apostado en una hoz. Hablé con él... Nunca he tenido familia, pero creo que si hubiera tenido hijos les habría hablado de la misma manera para convencerlos de cambiar de vida. Me explicó cómo y por qué se hizo ladrón. Sí, ¡cuántas veces los verdaderos culpables son los que parece que no hacen nada malo!... Le dije: "Deja de robar. Si tienes hambre, hay un pan también para ti. Te encontraré un trabajo honrado. Dado que todavía no te has hecho homicida, deténte, sálvate". Y le convencí. Me dijo que se había quedado solo, porque los otros habían sido *comprados* con mucho dinero por los que te odian, y ahora están preparados para crear tumultos y para decirse tuyos y escandalizar al pueblo, escondidos en las grutas del Cedrón, en los sepulcros, hacia el Faselo, en las cavernas del norte de la ciudad, entre las tumbas de los Reyes y de los Jueces, en todas partes... ¿Qué pretenden hacer, Señor?».

«Josué pudo detener el Sol, pero ellos, a pesar de todos los medios, no podrán detener la voluntad de Dios».

«¡Tienen el dinero, Señor! El Templo es rico, y para ellos no es korbán el oro ofrecido al Templo, si les sirve para triunfar». *

«No tienen nada. La fuerza es mía. Su edificio caerá como si fuera de hojas secadas por los vientos de otoño y colocadas en forma de castillo por un niño. No temas, Zaqueo. Tu Jesús será Jesús».

«¡Dios lo quiera, Señor!... Nos llaman. Vamos»...

523. En Jericó. La petición a Jesús de que juzgue a una mujer. La parábola del fariseo y el publicano tras una comparación entre pecadores y enfermos.

2 de noviembre de 1946.

523.1 [1]Jesús sale de la casa de Zaqueo. La mañana está ya avanzada. Acompañan a Jesús Zaqueo, Pedro y Santiago de Alfeo. Los otros apóstoles quizás ya se han diseminado por los campos para anunciar que el Maestro está en la ciudad.

Detrás del grupo de Jesús con Zaqueo y los apóstoles, hay otro

* *korbán*, es decir, *ofrenda sagrada*, como en *Marcos 7, 11*.

grupo, muy... variado en fisionomías, edades e indumentos. No es difícil afirmar que estos hombres pertenecen a razas distintas, quizás incluso antagonistas entre sí. Pero los hechos de la vida los han traído a esta ciudad palestina, y los han reunido para que desde sus profundidades se remontaran hacia la luz. La mayoría son caras ajadas, propias de quien ha usado y abusado de la vida de distintas maneras; la mayoría, ojos cansados. Hay miradas a las que la larga costumbre de ejercer el... hurto fiscal o una autoridad brutal ha hecho rapaces o duras, y de vez en cuando esta antigua mirada emerge de tras un velo humilde y pensativo puesto por la nueva vida. Esto sucede especialmente cuando alguno de Jericó los mira con desprecio o farfulla alguna insolencia a cuenta de ellos. Luego la mirada vuelve a ser cansada, humilde, y las cabezas se agachan humilladas.

Jesús se vuelve dos veces a observarlos y, viéndolos retrasados y que van aminorando el paso a medida que se acercan al lugar elegido para hablar, ya lleno de gente, aminora el suyo para esperarlos y... les dice: «Pasad delante de mí y no temáis. Desafiabais al mundo cuando hacíais el mal; no debéis temerlo ahora que os habéis despojado de él. Lo que usasteis, entonces, para domeñarlo —la indiferencia ante el juicio del mundo, única arma para que se canse de juzgar— usadlo también ahora, y él se cansará de ocuparse de vosotros, y os absorberá, aunque lentamente, y os anulará en medio de la gran masa anónima que es este mísero mundo, al cual, en verdad, se da demasiado peso».

Los hombres —son quince— obedecen y pasan adelante.

523.2 [2]«Maestro, allí están los enfermos del campo» dice Santiago de Zebedeo yendo hacia Jesús y señalando hacia un rincón templado de sol.

«Voy. ¿Los otros dónde están?».

«Entre la gente. Pero ya te han visto y están viniendo. Con ellos están también Salomón, José de Emaús, Juan de Éfeso, Felipe de Arbela. Van a la casa de este último y vienen de Joppe, Lida y Modín. Traen con ellos hombres de la costa del mar y mujeres. Es más, te buscaban, porque hay desacuerdo entre ellos en el juicio acerca de una mujer. Pero hablarán contigo...».

Efectivamente, Jesús pronto se ve rodeado por los otros discípulos y saludado con veneración. Detrás de ellos están los que han sido recientemente atraídos por la doctrina de Jesús. Pero no está Juan de Éfeso, y Jesús pregunta el motivo de su ausencia.

«Se ha quedado en una casa lejana de la gente, con una mujer y los padres de ella. La mujer no se sabe si está endemoniada o es profetisa. Dice cosas increíbles, según refieren los de su pueblo. Pero los

escribas que la han escuchado la han juzgado poseída. Los padres han llamado varias veces a los exorcistas, pero ellos no han podido expulsar a este demonio con palabra que la tiene aferrada. Ahora bien, uno de ellos le dijo al padre de la mujer (es una viuda virgen que se ha quedado en la familia): "Para tu hija se necesita el Mesías Jesús. Él comprenderá sus palabras y sabrá de dónde vienen. He intentado imponerle al espíritu que habla en ella que se marchara en nombre de Jesús, llamado el Cristo. Siempre que he usado este Nombre los espíritus tenebrosos han huido. Esta vez, no. Por eso digo que o es el propio Belcebú el que habla y logra resistir incluso a ese Nombre pronunciado por mí, o es el propio Espíritu de Dios y, por tanto, no teme, siendo así que es una cosa sola con el Cristo. Yo estoy convencido más de esto que de lo primero. Pero para estar seguros sólo el Cristo puede juzgarlo. Él conocerá las palabras y su origen". Y fue ultrajado por los escribas presentes, que dijeron que estaba poseído como la mujer y como Tú. Perdona si tenemos que decir esto... Y algunos escribas ya no se han separado de nosotros, y están de guardia vigilando a la mujer porque quieren establecer si puede ser avisada de tu llegada. Porque ella dice que conoce tu cara y tu voz, y entre miles te reconocería, cuando en realidad está probado que nunca ha salido de su pueblo, es más: de su casa, desde que, hace quince años, se le murió el esposo en la vigilia de la fiesta nupcial; y también está probado que nunca has pasado Tú por su pueblo, que es Betlequi. Y los escribas esperan esta última prueba para dejar
523.3 sentado que está endemoniada. [3]¿Quieres verla ahora en seguida?».

«No. Tengo que hablar a la gente. Y aquí, entre las turbas, sería demasiado alborotador el encuentro. Ve a decir a Juan de Éfeso y a los padres de la mujer, y también a los escribas, que los espero a todos al principio del ocaso en los bosques que están a lo largo del río, en el sendero del vado. ¡Anda, ve!».

Y Jesús, despedido Salomón, que ha hablado por todos, se dirige hacia los enfermos que piden curación, y los cura. Son: una mujer anciana anquilosada por la artritis, un paralítico, un jovencito deficiente mental, una niña que yo diría que estaba hética, y dos enfermos de los ojos. La gente lanza sus vibrantes gritos de alegría.

Pero no ha acabado todavía la serie de los enfermos. Una madre se acerca, desfigurada por el dolor, sujetada por dos amigas o parientes, se arrodilla y dice: «Mi hijo está muriendo. No se le puede traer aquí... ¡Piedad de mí!».

«¿Puedes creer sin medida?».

«¡Todo, oh mi Señor!».

«Entonces vuelve a tu casa».

«¿A mi casa?... ¿Sin ti?...». La mujer le mira un momento angustiada, luego comprende. El pobre rostro se transfigura. Grita: «Voy, Señor. ¡Bendito seáis Tú y el Altísimo que te ha enviado!». Se marcha rauda, más ágil que sus mismas compañeras...

Jesús se vuelve hacia uno de Jericó, un vecino de noble aspecto. «¿Esa mujer es hebrea?».

«No. Al menos de nacimiento no. Viene de Mileto. De todas formas, está casada con uno de nosotros, y desde entonces está en nuestra fe».

«Ha sabido creer mejor que muchos hebreos» observa Jesús.

[4]Luego, subiendo al alto escalón de una casa, hace el gesto habitual 523.4
—abrir los brazos— que precede a su discurso y que sirve para imponer silencio. Habiéndolo obtenido, recoge los pliegues del manto, que se ha abierto en el pecho al hacer el gesto, y lo sujeta con la izquierda mientras baja la derecha con el gesto propio de quien jura, y dice:

«Escuchad, vecinos de Jericó, las parábolas del Señor; luego, que cada uno las medite en su corazón y saque de ellas la lección para nutrir su espíritu. Podéis hacerlo porque conocéis la Palabra de Dios no desde ayer, ni desde la pasada Luna, ni siquiera desde el pasado invierno. Antes de que Yo fuera el Maestro, Juan, mi Precursor, os había preparado para mi llegada; después de llegar Yo, mis discípulos han arado este suelo muchas veces, para sembrar en él todas aquellas semillas que les había dado. Así pues, podéis comprender la palabra y la parábola.

[5]¿A qué compararé Yo a los que después de haber sido pecadores 523.5
se convierten? Los compararé a enfermos que se curan. ¿A qué compararé a los otros, a aquellos que no han pecado públicamente, o a aquellos —más raros que perlas negras— que no han incurrido nunca, ni siquiera secretamente, en culpas graves? Los compararé a personas sanas. El mundo está compuesto de estas dos categorías. Tanto en el espíritu como en la carne y en la sangre. Pero, si las comparaciones son iguales, distinta es la manera de tratar que usa el mundo con los enfermos curados que eran enfermos de la carne, de la que usa con los pecadores convertidos, o sea, con los enfermos del espíritu que recuperan la salud.

Vemos que, incluso, cuando un leproso —que es el enfermo más peligroso, y más aislado por ser peligroso— obtiene la gracia de la curación, es admitido de nuevo a la colectividad de las gentes, después de haber sido observado por el sacerdote y purificado. Es más, los de su ciudad le festejan porque está curado, porque ha resucitado para la vida, para la familia, para los negocios. ¡Gran fiesta en la familia y en la ciudad cuando uno que era leproso logra obtener esta

gracia y curarse! Rivalizan entre los familiares y convecinos para llevarle esto o aquello, y, si está solo y sin casa o muebles, rivalizan para ofrecerle techo o mobiliario, y todos dicen: "Dios tiene preferencia por él. Su dedo le ha curado. Honrémosle, pues, y honraremos al que le ha creado y recreado". Es justo actuar así. Y, al contrario, cuando, desafortunadamente, uno manifiesta los primeros síntomas de lepra, ¡con qué amor angustioso parientes y amigos le colman de ternura, mientras les es posible hacerlo, como para darle —todo en una sola vez— el tesoro de afectos que le habrían dado en muchos años, para que se lo lleve consigo a su sepulcro de vivo!

Pero ¿por qué, entonces, para los otros enfermos no se actúa así? Si un hombre empieza a pecar y los familiares y, sobre todo, los convecinos, lo ven, ¿por qué no tratan de apartarle del pecado con amor? Una madre, un padre, una esposa, una hermana, todavía lo hacen. Pero, que lo hagan los hermanos, es ya difícil; y no digo ya que lo hagan los hijos del hermano del padre o de la madre. En fin, los convecinos, no saben hacer otra cosa que criticar, hacer mofa, insultar, escandalizarse, exagerar los pecados del pecador, señalársele con el dedo unos a otros, tenerle, los más justos, lejos como a un leproso y hacerse cómplices suyos, para gozar a sus espaldas, los que justos no son. Pero sólo raramente hay una boca y, sobre todo, un corazón que vaya donde el infeliz, con piedad y firmeza, con paciencia y amor sobrenatural, y, con ahínco, trate de frenar el progresivo descenso en el pecado. ¿Pero es que no es, acaso, más grave, verdaderamente grave y mortal la enfermedad del espíritu? ¿No priva, y además para siempre, del Reino de Dios? ¿La primera caridad hacia Dios y hacia el prójimo no debe ser, acaso, este trabajo de curar a un pecador por el bien de su alma y la gloria de Dios?

Y, cuando un pecador se convierte, ¿por qué ese juicio obstinado sobre él, ese casi deplorar el que haya vuelto a la salud espiritual? ¿Veis desmentidos vuestros pronósticos de segura condenación de un convecino vuestro? Deberíais, más bien, alegraros de ello, dado que quien os desmiente es Dios misericordioso, que os da una medida de su bondad para infundiros ánimo ante vuestras culpas más o menos graves. ¿Y por qué esa persistencia en querer ver sucio, despreciable, digno de vivir aislado, aquello que Dios y la buena voluntad de un corazón han hecho limpio, admirable, digno de la estima de los hermanos; es más, digno de su admiración? ¡Pero bien que exultáis si simplemente un buey o un asno vuestros o un camello o la oveja del rebaño o la paloma preferida se curan de una enfermedad! ¡Bien que exultáis si uno ajeno a vosotros, al que apenas recordáis por el nombre, por haberlo oído durante el tiempo en que fue aislado como le-

proso, vuelve curado! ¿Y por qué, entonces, no exultáis por estas curaciones espirituales, por estas victorias de Dios? El Cielo exulta cuando un pecador se convierte. El Cielo: Dios, los ángeles purísimos, que no saben qué es pecar. Y vosotros, vosotros hombres, ¿queréis ser más intransigentes que Dios?

[6]Haced, haced justo vuestro corazón, y reconoced que el Señor está presente no sólo entre las nubes de incienso y los cantos del Templo, en el lugar donde solamente la santidad del Señor, en el Sumo Sacerdote, debe entrar, y debería ser santa como su nombre indica. Reconoced esta presencia también en el prodigio de estos espíritus resucitados, de estos altares reconsagrados, a los cuales el Amor de Dios desciende con sus fuegos para encender el holocausto». 523.6

La madre de antes interrumpe a Jesús. Con sus gritos de bendición quiere adorarle. Jesús la escucha, la bendice, le dice que vaya de nuevo a casa, y reanuda el discurso interrumpido.

«Y si de un pecador que antes os había dado espectáculo de escándalo recibís ahora espectáculos de edificación, no resolváis burlaros, sino imitar. Porque ninguno es nunca tan perfecto que sea imposible que otro le enseñe. Y el Bien es siempre lección que debe ser acogida, aunque el que lo practique, en el pasado, haya sido objeto de reprobación. Imitad y ayudad. Porque haciéndolo así glorificaréis al Señor y demostraréis que habéis comprendido a su Verbo. No resolváis ser como aquellos que dentro de su corazón criticáis porque sus acciones no están de acuerdo con sus palabras. Haced, más bien, que todas vuestras buenas acciones sean la coronación de todas vuestras buenas palabras. Y entonces verdaderamente el Eterno os mirará y escuchará benévolamente.

[7]Oíd esta parábola para que comprendáis cuáles son las cosas que tienen valor ante los ojos de Dios. La parábola os enseñará a corregir en vosotros un pensamiento no bueno que hay en muchos corazones. La mayoría de los hombres se juzgan por sí mismos, y, dado que sólo uno de cada mil es verdaderamente humilde, sucede que el hombre se juzga perfecto, sólo él perfecto, mientras que en el prójimo nota multitud de pecados. 523.7

Un día dos hombres que habían ido a Jerusalén para unos asuntos subieron al Templo, como es conforme a todo buen israelita cada vez que pone pie en la Ciudad Santa. Uno era un fariseo; el otro, un publicano. El primero había venido para cobrar el arriendo de algunos almacenes y para hacer las cuentas con sus administradores, que vivían en las cercanías de la ciudad. El otro, para imponer los impuestos recaudados y para invocar piedad en nombre de una viuda que no podía pagar lo que había sido tasado por la barca y las re-

des, porque la pesca —pescaba el hijo mayor— le era apenas suficiente para dar de comer a sus muchos otros hijos.

El fariseo, antes de subir al Templo, había ido a ver a los arrendatarios de los almacenes. Habiendo dado una ojeada a éstos y habiendo visto que estaban llenos de productos y de compradores, se había complacido en sí mismo y luego había llamado a uno de los arrendatarios de un lugar y le había dicho: "Veo que tus compraventas van bien".

"Sí, por gracia de Dios. Estoy contento de mi trabajo. He podido aumentar las mercancías y espero aumentarlas aún más. He mejorado el lugar, y el año que viene no tendré los gastos de mostradores y estanterías y, por tanto, ganaré más".

"¡Bien! ¡Bien! ¡Me alegro! ¿Cuánto pagas tú por este lugar?".

"Cien didracmas al mes. Es caro, pero la ubicación es buena...".

"Tú lo has dicho. La ubicación es buena. Por tanto, te doblo el arriendo".

"¡Pero señor!" exclamó el comerciante. "¡De esta manera me quitas todas las ganancias!".

"Es justo. ¿Acaso tengo que enriquecerte a ti? ¿Con lo mío? En seguida. O me das dos mil cuatrocientos didracmas, inmediatamente, o te echo y me quedo con la mercancía. El lugar es mío y hago de él lo que quiero".

Esto hizo con el primero, y lo mismo con el segundo y el tercero de sus arrendatarios, doblando a cada uno de ellos el precio, sordo a todas las súplicas. Y porque el tercero, cargado de hijos, quiso oponer resistencia, llamó a la guardia, hizo poner los sigilos de incautación y echó afuera al desdichado.

Luego, en su palacio, examinó los registros de los administradores y encontró el modo de castigarlos por negligentes y se incautó de la parte con la que, con derecho, se habían quedado.

Uno tenía un hijo moribundo y por la gran cantidad de gastos había vendido una parte de su aceite para pagar las medicinas. No tenía, pues, qué dar al detestable amo. "Ten piedad de mí, señor. Mi pobre hijo está para morir. Luego haré trabajos extraordinarios para resarcirte de lo que te parece justo. Pero ahora, tú mismo puedes comprenderlo, no puedo".

"¿Que no puedes? Te voy a mostrar si puedes o no puedes". Y, yendo con el pobre administrador a la almazara, le privó incluso del resto de aceite que el hombre se había reservado para la mísera comida y para alimentar la lámpara que le permitía velar a su hijo durante la noche.

El publicano, por su parte, habiendo ido a su superior y habiendo

entregado los impuestos recaudados, recibió esta respuesta: "¡Pero aquí faltan trescientos setenta ases! ¿Cómo es eso?".

"Bien, ahora te lo explico. En la ciudad hay una viuda con siete hijos. Sólo el primero está en edad de trabajar. Pero no puede alejarse de la orilla con la barca, porque sus brazos son débiles todavía para el remo y la vela, y no puede pagar a un mozo de barca. Estando cerca de la orilla, pesca poco, y el pescado apenas es suficiente para matar el hambre de aquellas ocho infelices personas. No he tenido corazón para exigir el impuesto".

"Comprendo. Pero la ley es ley. ¡Ay si se viniera a saber que la ley es compasiva! Todos encontrarían razones para no pagar. Que el jovencito cambie de oficio y venda la barca, si no pueden pagar".

"Es su pan futuro... y es el recuerdo del padre".

"Comprendo. Pero no se puede transigir".

"De acuerdo, pero no puedo pensar en ocho infelices privados de su único bien. Pago yo los trescientos setenta ases".

[8]Hechas estas cosas, los dos subieron al Templo. Pasando junto al 523.8
gazofilacio, el fariseo, ostentosamente, sacó de su pecho una voluminosa bolsa y la sacudió en el Tesoro, hasta la última moneda. En esa bolsa estaban las monedas tomadas de más a los comerciantes y lo que había sacado del aceite arrebatado al administrador y vendido inmediatamente a un mercader. El publicano, por el contrario, separó lo que necesitaba para regresar a su lugar y echó un puñadito de monedas. El uno y el otro dieron, por tanto, cuanto tenían. Es más, aparentemente, el más generoso fue el fariseo, porque dio hasta la última moneda que llevaba consigo. Pero hay que pensar que en su palacio tenía otras monedas y créditos abiertos con ricos cambistas.

Luego fueron ante el Señor. El fariseo, delante del todo, junto al límite del atrio de los Hebreos, hacia el Santo; el publicano se quedó en el fondo, casi debajo de la bóveda que llevaba al patio de las Mujeres, y tenía agachada la cabeza, aplastado por el pensamiento de su miseria respecto a la Perfección divina. Y oraban los dos.

El fariseo, bien erguido, casi insolente, como si fuera el amo del lugar y fuera él el que se dignara agasajar a un visitante, decía: "Ve que he venido a venerarte en esta Casa que es nuestra gloria. He venido a pesar de sentir que estás en mí, porque soy justo. Sé que lo soy. De todas formas, y aun sabiendo que lo soy sólo por mérito mío, te doy las gracias, como está estipulado por la ley, por lo que soy. Yo no soy codicioso, injusto, adúltero, pecador como ese publicano que ha echado al mismo tiempo que yo un puñadito de monedas en el Tesoro. Yo, Tú lo has visto, te he dado todo lo que llevaba conmigo. Ese avaro, sin embargo, ha hecho dos partes y a ti te ha dado la menor. La otra, seguro,

la guardará para juergas y mujeres. Pero yo soy puro. Yo no me contamino. Yo soy puro y justo, ayuno dos veces a la semana, pago los diezmos de cuanto poseo. Sí, soy un hombre puro, justo y bendito, porque soy santo. Recuerda esto, Señor."

El publicano, desde su lejano rincón, sin atreverse a levantar la mirada hacia las preciosas puertas del hecol y, dándose golpes de pecho, oraba así: "Señor, no soy digno de estar en este lugar. Pero Tú eres justo y santo, y me lo concedes una vez más porque sabes que el hombre es pecador y que si no se acerca a ti se transforma en un demonio. ¡Oh, mi Señor! Yo quisiera honrarte noche y día y tengo que ser esclavo de mi trabajo durante muchas horas, un trabajo rudo que me deprime, porque produce dolor a mi prójimo, que es más infeliz que yo. Pero tengo que obedecer a mis superiores, porque es mi pan. Haz, Dios mío, que sepa dulcificar el deber hacia mis superiores con la caridad hacia mis pobres hermanos, para que en mi trabajo no encuentre mi condena. Todos los trabajos son santos, si se ejercen con caridad. Ten tu caridad siempre presente en mi corazón para que yo, miserable como soy, sepa compadecerme de los que están sujetos a mí, como Tú te compadeces de mí, gran pecador. Habría querido honrarte más, Señor. Tú lo sabes. Pero he pensado que apartar el dinero destinado al Templo para aliviar ocho corazones infelices fuera mejor que echarlo en el gazofilacio y luego hacer verter lágrimas de desolación a ocho inocentes infelices. Pero, si me he equivocado, házmelo comprender, oh Señor, y yo te daré hasta la última moneda, y volveré al pueblo a pie mendigando un pan. Hazme comprender tu justicia. Ten piedad de mí, Señor, porque soy un gran pecador".

523.9 [9]Ésta es la parábola. En verdad, en verdad os digo que mientras que el fariseo salió del Templo con un nuevo pecado, añadido a los que había cometido antes de subir al Moria, el publicano salió de allí justificado, y la bendición de Dios le acompañó a su casa y en ella permaneció. Porque él había sido humilde y misericordioso, y sus acciones habían sido aún más santas que sus palabras. Por el contrario, el fariseo sólo de palabra y externamente era bueno, mientras que en su interior era como un diablo y hacía obras de diablo por soberbia y dureza de corazón, y Dios, por eso, le aborrecía.

Quien se ensalza será, siempre, antes o después, humillado; si no aquí, en la otra vida. Y quien se humilla será ensalzado, especialmente arriba, en el Cielo, donde se ven las acciones de los hombres en su verdadera verdad.

Ven, Zaqueo. Venid los que estáis con él. Y vosotros, apóstoles y discípulos míos. Os seguiré hablando en privado».

Y, envolviéndose en su manto, vuelve a la casa de Zaqueo.

524. En Jericó. En casa de Zaqueo con los pecadores convertidos.

3 de noviembre de 1946.

[1]Están todos recogidos en una habitación grande y desnuda, en 524.1
otros tiempos, sin duda, hermosa. Ahora es sólo un local grande. Han tomado sillas y lechos de las otras habitaciones de comer o de dormir y las han traído. Se han sentado alrededor del Maestro, al que le han ofrecido para que se siente una especie de sillón todo de madera labrada cubierto con un paramento de lizo alto: es el mueble más lujoso de la casa.

Zaqueo está hablando de una propiedad adquirida con el dinero de una colecta hecha entre ellos: «¡Algo teníamos que hacer, ¿no?! El ocio no es buena medicina para no pecar. Es un lugar poco fértil todavía porque estaba desatendido, como nosotros, y, como nosotros, lleno de tríbulos, piedras, sequío y hierbas nocivas. Nique nos ha prestado a los campesinos que están a su servicio para que nos enseñen cómo hay que hacer para abrir los pozos abandonados, para limpiar las tierras, podar los pocos árboles que había y plantar otros nuevos. Nosotros sabíamos hacer muchas cosas... aunque no eran las santas obras del hombre. Pero en este trabajo tan nuevo para nosotros encontramos una vida verdaderamente nueva. Nada de lo que nos rodea recuerda el pasado. Sólo la conciencia lo recuerda, pero eso está bien... Somos pecadores... ¿Vas a ir a ver esa propiedad?».

«Saldremos juntos de aquí para dirigirnos hacia el Jordán, y me detendré en ese lugar. Me dices que está al lado del camino que va al río...».

«Sí, Maestro. Pero es un lugar feo. La casa está que se cae. No tiene muebles, está vacía. No teníamos dinero para todo... después de haber compensado —siempre que ha sido posible hacerlo— a nuestro prójimo por nuestros delitos. Éstos, para dormir, se arreglan encima de heno; menos Demetes, Valente y Leví, que son demasiado ancianos para ciertas privaciones y que duermen aquí, Señor».

«Muchas veces Yo no tengo ni eso. Dormiré en el heno Yo también, Zaqueo, que es donde dormí mis primeros sueños, sueños dulces porque los velaba el amor. Puedo dormir también éste; y no será un sueño atormentado, porque lo conciliaré entre hombres en los que ha resucitado la buena voluntad». Y mira, con una mirada que es una caricia, a estas primicias de redimidos de todo territorio.

Y ellos le miran... No son hombres que lloren fácilmente. Al contrario, ¡quién sabe cuánto llanto habrán hecho derramar! Cada cara de estos hombres es un libro en que está escrito su calamitoso pasa-

do, y, si ahora la nueva vida vela la brutalidad de las palabras, éstas son todavía descifrables lo suficiente como para permitir intuir desde qué simas se alzan de nuevo hacia la Luz. Bueno, pues, a pesar de todo, su rostro se hace claro, se ilumina; su mirada toma nuevo vigor, resplandeciendo en ella una luz de esperanza sobrenatural, de satisfacción moral, al oír que el Maestro los considera resucitados a la buena voluntad.

524.2 [2]Zaqueo dice: «¿Entonces apruebas todo esto que he hecho? Fíjate, Maestro, yo aquel día había dicho "te seguiré", y quería seguirte... bueno, materialmente. Pero esa misma noche vino a mi casa Demetes, para una de esas... para uno de esos infames manejos... y necesitaba dinero. Venía de Jerusalén... porque se la llama santa, pero en ella hay toda clase de vergüenzas, y los primeros que las promueven son los que luego arremeten furiosamente contra nosotros como si fuéramos leprosos... Pero debo hablar de nuestros pecados, no de los de ellos. Yo ya no tenía dinero. Te lo había dado. Todo. Incluso el dinero que estaba todavía en casa ya era como si hubiera sido dado, porque había hecho ya las partes que debía devolver a aquellos a quienes se lo había arrebatado con usura. Le dije: "No tengo dinero. Pero tengo algo que vale más que todos los tesoros". Y le narré mi conversión, tus palabras, la paz que había en mí... Hablé tanto, que, mientras todavía hablaba, la luz del nuevo día entró a blanquecer las caras y a hacer inútiles las lámparas. No sé con exactitud lo que dije. Sé que él dio un puerte puñetazo en la mesa junto a la cual estábamos sentados y exclamó: "Mercurio ha perdido un seguidor y los sátiros un compañero. Toma incluso estas monedas, insuficientes para el delito pero útiles para un pan para el mendigo, y tómame contigo. Quiero conocer un perfume después de tantos hedores". Y se ha quedado. Fuimos juntos a Jerusalén: yo, para vender objetos; él, para deshacerse de todos los... compromisos. Y, regresando, me dije —había orado en el Templo, después de tanto tiempo, con el corazón puro y pacificado de un niño—, me dije a mí mismo: "¿No es esto también seguir al Maestro, y quizás seguirle mejor, quedándome en Jericó, donde mis desdichados amigos —publicanos como yo, gariteros, lenones, usureros, después de haber sido vigilantes de galeotes y forzados, de esclavos, torturadores de todo desdichado, soldados sin ley ni piedad, juerguistas para ahogar los remordimientos en las borracheras— vienen a verme para emplear su dinero maldito, o proponerme negocios, o invitarme a convites y a otras bajezas infames? La ciudad me desprecia. Los hebreos me tendrán siempre por pecador. Pero ellos no. Ellos son como yo. Son basura, pero pueden tener algo, dentro de sí, algo que los impulsa hacia el

bien, y no encuentran a nadie que les eche una mano. Yo los he ayudado en el mal. Quizás pecaron también por mis consejos, por las cosas que alguna vez les he pedido. Tengo el deber de ayudarlos para ir al bien. De la misma forma que he hecho acto de devolución a aquellos a quienes había perjudicado, de la misma forma que he indemnizado a mis convecinos, también tengo que tratar de hacer reparación con ellos". Y me he quedado aquí. Una vez uno, otra vez otro, han venido, de una u otra ciudad, y he hablado. No todos fueron como Demetes. Algunos, tras burlarse de mí, huyeron. Otros han dado largas. Otros se han detenido, pero, pasado un tiempo, han vuelto a su infierno. Éstos han permanecido. Y... bueno pues ahora siento que debo seguirte así, que debemos seguirte así, luchando con nosotros mismos, soportando los desprecios del mundo que no nos sabe perdonar. [3]No faltan las lágrimas del corazón cuando vemos que 524.3
el mundo no perdona, cuando los recuerdos vuelven... y son muchos y penosos... En algunos son...».

«La Némesis horrenda que nos echa en cara nuestros delitos y que nos promete la venganza en el ultramundo» dice uno.

«Son los quejidos de los que estaban agotados y yo los pegaba para hacerles trabajar».

«Son las maldiciones de los que hice esclavos tras haber tomado con usura todo lo que poseían».

«Son las súplicas de viudas y huérfanos que no podían pagar y yo les confiscaba en nombre de la ley sus últimos bienes».

«Son las atrocidades llevadas a cabo en los países conquistados, con personas inermes aterrorizadas por la derrota».

«Son las lágrimas de mi madre, de mi mujer, de mi hija, muertas de penalidades mientras yo derrochaba todo en los festines».

«Son... ¡Oh, mi delito no tiene nombre! Señor, yo no tengo sangre en mis manos, no he robado dinero, no he impuesto tributos insoportables ni intereses asfixiantes, no he maltratado a los vencidos, pero he sacado partido de todos los desdichados, y he sacado dinero de niñas inocentes, niñas de vencidos, de huérfanas, de niñas vendidas como mercancía por un pan. He dado la vuelta al mundo aprovechando estas ocasiones, detrás de los ejércitos, yendo a los lugares donde había una carestía, o a donde un río desbordado había dejado completamente sin alimentos, o a donde una epidemia había dejado jóvenes vidas sin protección, y de ahí he hecho mercancía, una mercancía inocente pero infame: infame para mí, que obtenía dinero de ella, inocente ella porque aún no conocía el horror. Señor, en mis manos están las virginidades de jovencitas deshonradas y el honor de jóvenes esposas arrebatadas en ciudades de conquista. Mis bazares... y mis

prostíbulos eran célebres, Señor... ¡No me maldigas, ahora que lo sabes!...».

524.4 [4]Los apóstoles, involuntariamente, se han apartado del último que ha hablado. Jesús se levanta y se acerca a él. Le pone la mano en el hombro y dice: «¡Es verdad! Tu delito es *grande*. Tienes que reparar mucho. Pero Yo, la Misericordia, te digo que aunque fueras el mismo demonio y sobre ti pesarán todos los delitos de la Tierra, *si quieres*, puedes expiar todo y ser perdonado por Dios, perdonado por el verdadero, grande, paterno Dios. Si tú quieres. Une tu voluntad a la mía. También Yo quiero que seas perdonado. Únete a mí. Dame tu pobre espíritu cubierto de infamia, quebrantado, tu espíritu que, después de que has dejado el pecado, está lleno de cicatrices y humillación. Yo le pondré en mi corazón, en el lugar donde pongo a los mayores pecadores, y lo llevaré conmigo al sacrificio redentor. La Sangre más santa, la de mi corazón, la última Sangre del Inmolado por los hombres, se esparcirá sobre los espíritus más quebrantados y los regenerará. Por ahora, ten esperanza. Una esperanza mayor que tu inmenso delito en la misericordia de Dios, porque es una misericordia sin límites, hombre, para quien sabe confiar en ella».

El hombre casi querría coger y besar esa mano que está puesta en su hombro, esa mano tan pálida y delgada sobre su túnica oscura y su hombro fuerte. Pero no se atreve. Jesús comprende esto y le ofrece la mano mientras dice: «Hombre, besa su palma. Encontraré ese beso como medicamento para una tortura. Mano besada, mano herida: besada por amor, herida por el amor. ¡Oh, si todos supieran besar a la gran Víctima, y Ella muriera vestida de llagas sabiendo en cada una los besos y amores de todos los hombres redimidos!», y tiene su palma apretada contra los labios rasos de este hombre que, por todo el conjunto, yo diría que es romano. Y la tiene ahí hasta que el hombre, como saciado, se separa de ella, después de haber apagado la quemazón de sus remordimientos bebiendo la misericordia del Señor en el cuenco de la mano divina.

524.5 [5]Jesús vuelve a su sitio, y, al pasar, pone la mano en la cabeza crespa de uno muy joven. Yo diría que no tiene más de veinte años, si es que los tiene. Uno que no ha hablado en todo este tiempo, uno que es, sin duda, de raza hebrea. Jesús le hace esta pregunta: «¿Y tú, hijo mío, no dices nada a tu Salvador?».

El joven alza la cabeza y le mira... En esa mirada hay toda una narración: una historia de dolor, odio, arrepentimiento, amor.

Jesús, un poco agachado hacia él, fijos los ojos en los ojos, lee alguna de estas historias mudas y dice: «Por este motivo te llamo "hijo". Ya no estás solo. Perdona a *todos*, a los de tu misma sangre y a

los extraños, de la misma forma que Dios te perdona. Y ama al Amor que te ha salvado. Ven un momento conmigo. Quiero decirte unas palabras aparte».

El joven se alza y le sigue. Cuando están solos, Jesús dice: «Quiero decirte esto, hijo. El Señor te ha amado mucho, aunque no lo parezca a la luz de un juicio superficial. La vida te ha probado mucho; los hombres te han causado mucho daño: aquélla y éstos hubieran podido hacer de ti una ruina irreparable. Detrás de ellos estaba Satanás, envidioso de tu alma. Pero sobre ti estaba la mirada de Dios. Y esa mirada bendita ha detenido a tus enemigos. Su amor ha enviado a Zaqueo por tu sendero. Y, con Zaqueo, al que te habla, a mí. Ahora, Yo, que te hablo, de digo que *debes* hallar en este amor todo aquello que no has tenido; que debes olvidar todo aquello que te ha agriado, y perdonar, perdonar a tu madre, perdonar al amo infame, perdonarte a ti mismo. No te odies de mala manera, hijo. Odia tu tiempo de pecado, pero no odies tu espíritu, que ha sabido dejar este pecado. Que tu mente sea buena amiga de tu espíritu, y que juntos alcancen la perfección».

«¡Perfecto yo?».

«¿Has oído lo que le he dicho a aquel hombre? ¡Y él ha estado en el fondo del abismo!... [6]¡Y gracias, hijo!». 524.6

«¿Por qué cosa, mi Señor? Soy yo el que debe decirte gracias...».

«Por no haber querido ir donde quien compra a hombres para traicionarme».

«¡Oh, Señor! ¿Hubiera podido hacerlo sabiendo que no nos desprecias ni siquiera a nosotros siendo bandidos? Yo estaba entre * aquellos que te llevaron el cordero al Carit, y uno de nosotros, que ahora ha sido apresado por los romanos —al menos eso se dice, y lo cierto es que desde antes de los Tabernáculos no se le ha vuelto a ver por los refugios de los bandidos— me refirió las palabras que dijiste en un valle de cerca de Modín... Porque yo no estaba todavía con los bandidos. Fui con ellos al final del último Adar y los he dejado al principio de Etanim. Pero no he hecho nada que merezca tu "gracias". Tú eres bueno. Quise ser bueno y advertir a un amigo tuyo... ¿Puedo llamarle así a Zaqueo?».

«Sí, puedes llamarle así. Todos los que me aman son mis amigos. Tú también lo eres».

«¡Bueno!... quise advertir para que estuvieras en guardia. Pero advertir no merece las gracias...».

«Te repito que te doy las gracias por no haberte vendido contra

* *los que te llevaron el cordero al Carit*, como resulta en 380.3; *las palabras que dijiste... cerca de Modín*, en un episodio precedente, en 223.6/8.

mí. Esto tiene valor».

«¿Y el aviso no?».

«Hijo mío, nada podrá impedirle al Odio arremeter contra mí. ¿Has visto alguna vez derbordarse un torrente?».

«Sí. Estaba en Yabés Galaad y vi la destrucción causada por el río, salido de su cauce antes del Jordán».

«¿Y pudo alguna cosa detener las aguas?».

«No. Todo lo cubrieron y lo destruyeron. Incluso se llevaron casas».

«Así es el Odio. Pero no me arrastrará. Quedaré sumergido, pero no destruido. Y, en la hora amarguísima, el amor de quien no quiso odiar al Inocente será mi confortación, mi luz en las tinieblas de esa hora de Tinieblas, mi dulzura en el cáliz del vino con hiel y mirra».

«¿Tú?... Hablas de ti como si... Ese cáliz es para los ladrones, para quien va a la muerte de cruz. ¡Pero Tú no eres un ladrón! ¡Tú no eres culpable! Tú eres...».

«El Redentor. Dame un beso, hijo».

Le toma la cabeza entre las manos y le besa en la frente y luego se inclina para recibir el beso del joven, un beso tímido, que apenas roza la mejilla enjuta... Y luego el joven se deja caer, llorando, en el pecho de Jesús.

«¡No llores, hijo mío! Yo soy sacrificado por el amor. Y es siempre un dulce sacrificio, aunque sea atormentador para la naturaleza humana».

Le tiene entre sus brazos hasta que el llanto cesa, y luego —llevándole cogido de la mano, junto a sí— regresa al lugar donde antes estaba Pedro.

524.7 [7]Habla de nuevo: «Mientras tomábamos el alimento, uno de vosotros, no de Israel, ha dicho que quería que le explicara algo. Que lo pregunte ahora, porque pronto tendremos que volver donde la gente y después dejarnos».

«Soy yo el que ha dicho eso. Pero muchos desean saberlo. Zaqueo no lo sabe explicar bien, y tampoco otros de los nuestros que son de tu religión. Hemos preguntado a tus discípulos cuando han pasado por aquí, pero no nos han hablado con claridad».

«¿Y qué es lo que quieres saber?».

«Nosotros, respecto al alma, ni siquiera sabíamos que la teníamos. O sea... al menos nosotros habríamos debido saberlo, porque nuestros antiguos... Pero no leíamos a los antiguos. Éramos animales... Y ya no sabíamos qué es esta alma. Ni siquiera ahora lo sabemos. ¿Qué es el alma? ¿Acaso nuestra razón? No creemos que lo sea, porque en tal caso nosotros no la habríamos tenido, y hemos oído de-

cir que sin alma no hay vida. ¿Qué es, entonces, el alma —que nos dicen que es incorpórea, inmortal—, si no es la razón? El pensamiento es incorpóreo, pero no es inmortal porque cesa con nuestra vida. Ni el más sabio piensa después de la muerte».

«El alma, hombre, no es el pensamiento. El alma es el espíritu, es el principio inmaterial de la vida, el principio impalpable, pero verdadero, que anima todo el hombre y perdura después del hombre. Por eso se la llama inmortal. Es algo tan sublime, que hasta el más poderoso pensamiento es nada respecto a ella. El pensamiento termina; el alma, por el contrario, tiene, ciertamente, un principio, pero no un fin. Bienaventurada o réproba, continúa siendo. ¡Dichosos aquellos que saben conservarla pura, o hacerla de nuevo pura después de haberla hecho impura, para devolverla a su Creador como Él se la dio al hombre para animar su humanidad!».

«Pero ¿está en nosotros o por encima de nosotros, como el ojo de Dios?».

«En nosotros».

«¿Entonces, prisionera en nosotros hasta la muerte? ¿Esclava?».

«No. Reina. En el pensamiento eterno, el alma, el espíritu, es la cosa que reina en el hombre, en el animal creado llamado hombre. Ella, viniendo del Rey y Padre de todos los reyes y padres, siendo parte e imagen de Él, don y derecho de Él, teniendo como misión hacer de la criatura llamada hombre un dios después de la vida, un "habitante" de la Morada del sublimísimo, único Dios, es creada reina, y con autoridad y destino de reina. Siervas suyas, todas las virtudes y las facultades del hombre; ministra suya, la buena voluntad del hombre. Siervo suyo, el pensamiento: siervo y alumno, el pensamiento del hombre. Desde el espíritu el pensamiento adquiere potencia y verdad, justicia y sabiduría, y puede elevarse a perfección regia. Un pensamiento privado de la luz del espíritu tendrá siempre lagunas y tinieblas, no podrá nunca darse razón de verdades que son más incomprensibles que misterios para quien, habiendo perdido la regalidad del alma, está separado de Dios. El pensamiento del hombre estará ciego, sufrirá idiotez, si carece del punto base, del ceprén indispensable para comprender, para —dejando la Tierra y lanzándose hacia arriba— alzarse al encuentro de la Inteligencia, de la Potencia, de... en una palabra, de la Divinidad. [8]Te hablo así a ti, De- 524.8
metes, porque no has sido siempre simplemente un cambista, y puedes comprender y dar explicación a los demás».

«Eres verdaderamente un vidente, Maestro. No, no he sido solamente un cambista... Es más, éste ha sido el último peldaño de mi descenso... Dime, Maestro, pero, si el alma es reina, ¿por qué no rei-

na entonces y no domeña al mal pensamiento y a la mala carne del hombre?».

«Domeñar no sería ni libertad ni mérito, sería opresión».

«Pero también el pensamiento y la carne dominan al alma —hablo de mí, de nosotros— y la hacen esclava demasiadas veces. Por esto decía que si estaba en nosotros en forma de esclava. ¿Cómo puede permitir Dios que algo tan sublime —la has definido "parte de Dios e imagen de Él"— sea humillada por aquello que es inferior?».

«Lo que había en el Pensamiento divino era que el alma no conociera la esclavitud. Pero ¿olvidas al enemigo de Dios y del hombre? Los espíritus infernales a vosotros también os son conocidos».

«Sí, y todos con deseos crueles. Y puedo decir que, recordando al niño que era yo, sólo a estos espíritus infernales puedo atribuir el hombre que vine a ser y que he sido hasta el umbral de la vejez. Ahora encuentro otra vez a aquel niño pequeño perdido de entonces. Pero ¿podré hacerme tan niño como para volver a la pureza de entonces? ¿Es que se nos concede el camino hacia atrás en el tiempo?».

«No hace falta andar hacia atrás. No podrías hacerlo. El tiempo pasado no regresa, no se puede hacer que vuelva ni se puede volver a él. Pero no es necesario.

524.9 [9]Algunos de vosotros son de lugares donde es conocida la teoría de la escuela pitagórica. Teoría de error. Las almas, superada la espera de la Tierra, no vuelven ya jamás a la Tierra en ningún cuerpo. Ni de animal, pues no es conveniente que algo tan sobrenatural viva dentro de un animal; ni de hombre, porque ¿cómo se daría premio al cuerpo reunido con el alma en el último Juicio, si esa alma hubiera tenido como vestido muchos cuerpos? Dicen los que creen en la teoría mencionada que es el último cuerpo el que goza, porque, a través de sucesivas purificaciones, en sucesivas vidas, el alma sólo en la última reencarnación alcanza la perfección digna de premio. ¡Error y ofensa! Error y ofensa a Dios: pensando que Él no ha podido crear sino un número limitado de almas; error y ofensa al hombre: juzgándole tan corrompido como que merezca difícilmente premio. El premio no se producirá inmediatamente; el noventa y nueve por ciento de las veces deberá sufrir una purificación después de esta vida. Pero purificación es preparación al gozo. Por tanto, quien se purifica es uno que ya se ha salvado. Y, una vez salvado, gozará, pasado el último Día, con su cuerpo. No podrá tener más que un cuerpo para su alma, ni más de una vida aquí, y, con el cuerpo que le hicieron sus procreadores y el alma que le creó el Creador para vivificar a la carne, gozará el premio.

524.10 [10]No se hace posible ni la reencarnación ni la retrocesión en el

tiempo. Pero sí se hace posible recrearse con movimiento de libre voluntad, y Dios bendice a estas voluntades y las ayuda. Todos vosotros las habéis tenido. Vese entonces, bajo el lavacro del arrepentimiento, al hombre pecador, vicioso, sucio, delincuente, ladrón, corrompido, corruptor, homicida, sacrílego, adúltero, renacer espiritualmente, destruir la carne corrompida del hombre viejo, deshacer el *yo* mental aún más corrompido —como si la voluntad de redimirse fuera un ácido, un ácido que ataca y destruye la envoltura malsana tras la cual se esconde un tesoro— y, sacado al desnudo el propio espíritu, habiéndolo purificado, habiéndolo curado, revestirle con un nuevo pensamiento, con un nuevo vestido de pureza, de bondad, de niñez. ¡Oh, un vestido que puede acercarse a Dios, que puede cubrir dignamente al alma recreada, y custodiarla y ayudarla hasta su supercreación, que es la santidad cabal que mañana —un mañana quizás lejano, si se considera con mente y medida humanas de tiempo; cercanísimo, si es contemplado con pensamiento de eternidad— será gloriosa en el Reino de Dios. Y todos pueden, si quieren, recrear en sí al niño puro de los días infantiles, al niño amoroso, humilde, franco, bueno, al que la madre apretaba contra su pecho, al que el padre miraba gloriándose de él, amado por el ángel de Dios y mirado por Dios con amor. ¡Vuestras madres! Quizás eran mujeres de gran virtud... Dios no dejará sin premio su virtud. Procuraos, pues, una igual, para reuniros con ellas cuando habrá para todos los virtuosos una sola cosa: el Reino de Dios para los buenos. Quizás no eran buenas y contribuyeron a vuestro hundimiento. Pero, si ellas no os han amado, si no conocéis el amor, si esta carencia os ha hecho malos, ahora, que un Amor divino os ha recogido, sed santos para poder en una exultancia celeste gozar del Amor que a todo amor supera. [11]¿Tenéis algo 524.11
más que preguntar?».

«No, Señor. Todo lo tenemos que aprender. Pero, por el momento, no encontramos nada más...».

«Os dejaré a Juan y a Andrés durante unos días. Luego mandaré aquí a discípulos buenos y sabios. Quiero que los potros salvajes conozcan los caminos del Señor y sus pastos, como los de Israel, porque he venido para todos y para todos tengo un mismo modo de amar. Levantaos y vámonos».

Y es el primero en salir al mudado jardín, seguido muy de cerca por los suyos, que se quejan dulcemente: «Maestro, has hablado a éstos como pocas veces hablas a los tuyos...».

«¿Y eso os contraría? ¿No sabéis que así se hace también en el mundo cuando se quiere conquistar a una persona amada? Sin embargo, con aquellos que sabemos que nos aman con todo su ser, y ya

forman parte de nuestra familia, no hay necesidad de arte de conquista; basta que nos veamos, para estar los unos en los otros con gozo y paz» dice Jesús con una sonrisa divina (tanto comunica la alegría, que hay que decirla efectivamente divina).

Y los apóstoles ya no se quejan; es más, beatos, le miran, y se quedan arrobados en la exultación del recíproco amor.

525. El juicio sobre Sabea de Betlequi.

5 de noviembre de 1946.

525.1 [1]Bien pobre es la hacienda que alimenta al grupo heterogéneo de los amigos de Zaqueo. No alegra el corazón, especialmente ahora que es invierno. Pero, no obstante, ellos le tienen afecto. Así que muestran con orgullo a Jesús esa propiedad: tres campos arados, pardos, para trigo; árboles frutales (pocos de ellos productivos y los otros demasiado jóvenes como para esperar que lo sean); alguna hilera de vides esmirriadas; la huerta; un pequeño establo con una vaquita y un burro para la noria; un recinto con pocas gallinas y cinco parejas de palomas; seis ovejas; una choza con una cocina y tres cuartos; un cobertizo que hace de leñera, trastero y henil; un pozo con el brocal descantillado y una cisterna de agua limosa. Nada más.

«Si nos ayuda la estación...», «Si los animales crían...», «Si los arbolitos arraigan...». Todo es en condicional... Esperanzas muy precarias...

Pero uno se acuerda de lo que oyó decir años antes —de la prodigiosa recolección que tuvo Doras por una bendición que dio el Maestro para que Doras fuera humano con sus siervos labradores— y dice: «Y si bendijeras este lugar... También Doras era pecador...».

«Tienes razón. Lo que hice sabiendo que ello no cambiaría aquel corazón lo haré para vosotros que tenéis cambiado el corazón». Y abre los brazos para bendecir, y dice: «Lo hago inmediatamente, porque quiero persuadiros de que os quiero».

Luego prosiguen el camino hacia el río, bordeando campos arados de rica tierra obscura, y árboles frutales desnudados por la temporada.

525.2 [2]En una curva se ve venir a algunos fariseos. «La paz a ti, Maestro. Te hemos esperado aquí para... venerarte».

«No. Para estar seguros de que no urdía engaño. Habéis hecho bien. Convenceos de que no he tenido la posibilidad de ver a la mujer ni a ninguno de los que están con ella. Vosotros, tú y tú, estabais de guardia en la casa de Zaqueo y habéis visto que ninguno de nosotros

ha salido. Vosotros me habéis precedido por el camino y habéis visto que ninguno de nosotros se ha adelantado. En vuestro corazón deseáis imponerme una serie de cláusulas respecto al encuentro con esa mujer, y Yo os digo que las acepto antes incluso de que las formuléis».

«Pero... si no las sabes...».

«¿No es, acaso, verdad que me las queréis formular?».

«Es verdad».

«De la misma forma que conozco esta intención vuestra, manifiesta sólo a vosotros, también sé lo que me vais a decir. Y os digo que acepto lo que queréis proponerme porque servirá para dar gloria a la Verdad. Hablad».

«¿Sabes como están las cosas?».

«Sé que consideráis endemoniada a la mujer; y que, no obstante, ningún exorcista ha podido expulsar de ella el demonio; y que, no obstante, no pronuncia palabras de demonio (esto dicen los que la han oído hablar)».

«¿Puedes jurar que no la has visto nunca?».

«El justo no jura nunca, porque sabe que tiene derecho a ser creído por su palabra. Yo os digo que no la he visto nunca y que nunca he pasado por su pueblo, y todo el pueblo puede confirmarlo».

«Pues, a pesar de todo, sostiene que conoce tu cara y tu voz».

«Su alma, efectivamente, me conoce por voluntad de Dios».

«Tú dices que por voluntad de Dios. Pero ¿cómo puedes afirmarlo?».

«Me han referido que pronuncia palabras inspiradas».

«También el demonio habla de Dios».

«Pero con errores mezclados arteramente, para desviar a los hombres a pensamientos de error».

[3]«Bueno, pues... quisiéramos que nos dejaras probar a la mujer». 525.3

«¿En qué modo?».

«¿No la conoces en absoluto?».

«Os estoy diciendo que no».

«Bueno, pues entonces vamos a mandar a alguno adelante gritando: "Aquí está el Señor" y vamos a ver si ella saluda al que va a ir con él como si fueras Tú».

«¡Una prueba pobre! Pero acepto. Elegid entre los que me acompañan a los que vais a mandar adelante. Yo os seguiré con los otros. Pero, si la mujer habla, debéis dejarla hablar, para que Yo juzgue sus palabras».

«Es justo. Pacto cerrado, y lo mantendremos lealmente».

«Que así sea y que sirva para tocaros el corazón».

«Maestro, no todos somos adversarios. Algunos de entre nosotros están en actitud de espera... y con la voluntad sincera de ver la verdad para seguirte» dice un escriba.

«Es verdad. Y a ésos aún los amará Dios».

Los escribas examinan a los apóstoles y se extrañan de la ausencia de muchos, especialmente de Judas Iscariote. Luego eligen a Judas Tadeo y a Juan; y a otro más: al joven ladrón convertido, que está pálido y delgado y cuyos cabellos tienden al color rojizo. En definitiva, eligen a aquellos que en edad o fisionomía tienen puntos en común con el Maestro.

«Vamos a adelantarnos con éstos. Tú quédate aquí con nuestros compañeros y los tuyos, y síguenos dentro de un rato».

Así se hace.

525.4 [4]Ya ven los bosques que orillan el río. El Sol poniente de invierno tiñe de oro las cimas de los árboles y esparce una luz amarilla y clara sobre las personas que están recogidas entre los árboles.

«¡Aquí está el Mesías! ¡Está aquí! ¡Poneos en pie! ¡Salid a su encuentro!» gritan los escribas que se han adelantado, y tuercen hacia un sendero que termina en un roble colosal, de poderosas raíces semidescubiertas para asiento de quien se refugia al lado de su tronco.

El grupo de personas recogido alrededor se vuelve, se pone en pie, se abre y se disgrega, para salir al encuentro de los que llegan. Junto al tronco se quedan solamente tres escribas, Juan de Éfeso y dos ancianos (un hombre y una mujer); más otra mujer que está sentada en una raíz que asoma sobre la tierra, con la espalda apoyada en el tronco, la cabeza agachada y reclinada sobre las rodillas, que tiene a su vez estrechadas entre los brazos anudados; toda cubierta por un velo de un morado tan cargado que parece negro. Parece ajena a todo. No reacciona con el griterío.

Un escriba la toca en el hombro: «Está aquí el Maestro, Sabea. Levántate y salúdale».

La mujer ni responde ni se mueve.

Los tres escribas se miran y sonríen irónicos, haciendo un gesto de conchabanza a los otros que se están acercando. Y, dado que los que esperaban, al no ver a Jesús, se habían callado, ellos gritan más fuerte que nunca —ellos y sus cómplices— para que la mujer no se dé cuenta del engaño.

«Mujer» dice un escriba a la anciana madre que está con su hija «al menos tú saluda al Maestro y di a tu hija que lo haga también».

La mujer se postra, junto con su marido, ante Judas Tadeo y Juan y el ladrón arrepentido; luego, levantándose, dice a su hija: «Sabea, tu Señor está aquí. Venérale».

La joven no se mueve.

La sonrisa irónica de los escribas se acentúa, y uno, delgado y narigudo, dice con voz nasal y alargando las palabras: «¿No te esperabas esta prueba, no es verdad? Y tu corazón se estremece. Sientes que tu fama de profetisa está en peligro y no pruebas suerte... Me parece que esto es suficiente para definirte como embustera...».

La mujer levanta la cabeza de golpe. Echa hacia atrás el velo y mira con ojos bien abiertos mientras dice: «No miento, escriba. Y no tengo miedo, porque estoy en la verdad. ¿Dónde está el Señor?».

«¿Cómo es eso? ¿Dices que le conoces y no le ves? Le tienes delante de ti».

«Ninguno de éstos es el Señor. Por eso no me movía. Ninguno de éstos».

«¿Ninguno de éstos? ¿Y ese galileo rubio no es el Señor? Yo no le conozco, pero sé que es rubio y con ojos de cielo».

«No es el Señor».

«Entonces este alto y de aspecto grave. Mira qué trazos de rey. Sin duda es Él».

«No es el Señor. No es ninguno de éstos el Señor» y la mujer baja de nuevo la cabeza y la mete entre las rodillas (como estaba antes).

[5]Pasa un rato. Luego... ya se ve venir a Jesús. Los escribas han 525.5
impuesto silencio a la poca gente. Por tanto, su llegada no resulta advertida por ninguna aclamación. Jesús viene delante, entre Pedro y su primo Santiago. Anda lentamente... silenciosamente... La hierba tupida ahoga todo rumor de pasos. Y Jesús —mientras la vieja se enjuga las lágrimas con su velo, mientras un escriba dice estas palabras hirientes: «Vuestra hija está desquiciada y miente», mientras el padre suspira e incluso reprende a su hija— llega al linde del sendero y se para.

La joven, que no ha podido oír nada, que no ha podido ver nada, se pone en pie bruscamente, arroja el velo, descubre así toda la cabeza, echa hacia delante los brazos emitiendo un grito poderoso: «¡Ahí está y viene a mí mi Señor! ¡Éste es el Mesías, oh hombres que queréis engañarme y envilecerme! ¡Veo sobre Él la luz de Dios señalándomele, y yo le venero!», y se arroja al suelo, pero quedándose donde estaba, a unos dos metros de Jesús. Rostro en tierra, entre la hierba, grita: «¡Yo te saludo, Rey de los pueblos, Admirable, Príncipe de paz, Padre del siglo sin fin, Caudillo del pueblo nuevo de Dios!» y permanece postrada bajo su amplio manto oscuro, de un morado casi negro, como el velo.

Pero, en el momento en que se ha levantado, pegada al tronco negro —y, arrojado el velo, se ha quedado con los brazos tendidos hacia

delante, como una estatua— he podido observar que bajo el manto está vestida con una túnica de gruesa lana de un blanco marfileño, ceñida simplemente con un cordón en el cuello y en la cintura. Y, sobre todo, he podido admirar su belleza de mujer madura. Tendrá treinta años. Y treinta años en Palestina equivalen, al menos, a cuarenta de los nuestros generalmente: porque, si para María Stma. esta regla tiene una excepción, para las otras mujeres la madurez llega pronto, y especialmente para las de cabellos y tez morenos y bien modeladas como ésta. Ella es el tipo clásico de la mujer hebrea. Creo que así habrán sido Raquel, Rut y Judit, celebres por su belleza. Alta, llena y bien conformada, pero esbelta, lisa su piel de morenita palidez, pequeña la boca de labios un poco abultados, vivamente rojos, nariz recta, larga, delgada, dos ojos profundos, oscuros, de suavidad de terciopelo entre arcos de pestañas largas y apretadas, frente alta, lisa, regia, algo alargado el óvalo de su cara, espléndidos cabellos de ébano como una corona de ónix. No lleva ninguna joya, pero tiene un cuerpo estatuario y una majestuosidad de reina.

525.6 [6]Y ahora se alza, apoyándose en sus manos largas, morenitas, bellísimas, unidas a los brazos por una muñeca delgada. Ya está en pie de nuevo, contra el tronco oscuro. Mira en silencio ahora al Maestro, y menea la cabeza porque algunos escribas le dicen: «Te equivocas, Sabea. No es Él el Mesías, sino el que antes has visto y no has reconocido». Ella menea la cabeza, firme, severa, y no aparta los ojos del Señor. Luego su rostro se transfigura y adquiere una expresión que no sabría decir si es de alegría ferviente o de somnolencia extática; participa de ambas cosas, porque parece palidecer como quien está próximo al desvanecimiento, mientras que toda la vida se concentra en sus ojos, que se iluminan con una luz de alegría, de triunfo, de amor... No sé. ¿Ríen esos ojos? No, no ríen, como tampoco lo hace la severa boca; y, sin embargo, hay en ellos una luz de alegría, y cada vez adquieren mayor potencia de intensidad, de una intensidad que impresiona.

Jesús la mira con su mirada mansa, un poco triste. «¿Ves como es una demente?» le susurra un escriba. Jesús no replica. Mira y calla, con la mano izquierda suelta y sujetándose con la derecha el manto a la altura del pecho.

Y la mujer abre la boca y extiende los brazos como antes. Parece una enorme mariposa de alas moradas y cuerpo de marfil viejo. Un nuevo grito sale de sus labios: «¡Oh Adonái, eres grande! ¡Sólo Tú eres grande, Adonái! Grande eres en el Cielo y en la Tierra, en el tiempo y en los siglos de los siglos, y más allá del tiempo, desde siempre y para siempre. ¡Oh Señor, Hijo del Señor! Bajo tus pies es-

tán tus enemigos, sujeto está tu trono por el amor de los que te aman».

La voz se hace cada vez más segura y fuerte, al mismo tiempo que los ojos se separan del rostro de Jesús y miran a un punto lejano, un poco por encima de las cabezas, atentas, que tiene a su alrededor y que ella domina sin esfuerzo, pues está erguida y pegada al tronco de este roble crecido en una prominencia del terreno, como encima de un pequeño ribazo.

Después de una pausa, sigue hablando: «El trono de mi Señor está adornado con las doce piedras de las doce tribus de los justos. En la gran perla que es el trono (el blanco, precioso trono esplendoroso del santísimo Cordero), están engarzados topacios con amatistas, esmeraldas con zafiros, rubíes con sardónices, y ágatas y crisólitos y berilos, ónices, diaspros, ópalos. Los que creen, los que esperan, los que aman, los que se arrepienten, los que viven y mueren en la justicia, los que sufren, los que dejan el error por la Verdad, los que eran duros de corazón y se hicieron mansos en su Nombre, los inocentes, los arrepentidos, los que se despojan de todas las cosas para ser ágiles en el seguimiento del Señor, los vírgenes, cuyo espíritu resplandece con una luz semejante a un alba del Cielo de Dios... ¡Gloria al Señor! ¡Gloria a Adonái! ¡Gloria al Rey sentado en su trono!».

La voz es un tañido. Un estremecimiento recorre a la gente congregada. La mujer parece realmente ver aquello de que habla, como si la nube dorada que navega en el cielo sereno y que ella parece seguir con su mirar arrobado le hiciera de lente para ver las glorias celestes.

[7]Ahora descansa, como si estuviera cansada, aunque sin cambiar 525.7
de actitud. La única diferencia es que su cara se transfigura aún más, en la palidez de la epidermis y en el fulgor de los ojos. Luego, bajando la mirada hacia Jesús, que la está escuchando atento, rodeado por un círculo de escribas que, escépticos y sarcásticos, menean la cabeza, y de apóstoles y seguidores pálidos de sagrada emoción, prosigue, prosigue con voz distinta y menos alta: «¡Veo! Veo en el Hombre lo que se cela en el Hombre. Santo es el Hombre, pero mi rodilla se dobla ante el Santo de los Santos que está dentro del Hombre».

La voz vuelve a ser ahora fuerte, imperiosa como una orden: «¡Mira a tu Rey, pueblo de Dios! ¡Conoce su Rostro! La Belleza de Dios está delante de ti. La Sabiduría de Dios ha tomado una boca para instruirte. Ya no son los profetas, pueblo de Israel, los que te hablan del Innombrable. Es Él mismo. Él, que conoce el Misterio que es Dios, es el que te habla de Dios. Él, que conoce el Pensamiento de

Dios, es el que te arrima a su pecho, oh pueblo que todavía eres párvulo después de tantos siglos, y te nutre con la leche de la Sabiduría de Dios para hacerte adulto en Dios. Para hacer esto se ha encarnado en un seno, en un seno de mujer de Israel, que ante Dios y ante los hombres es mayor que cualquier otra mujer. Ella cautivó el corazón de Dios con uno solo de sus latidos de paloma. La belleza de su espíritu hechizó al Altísimo y Él ha hecho de Ella su trono. María de Aarón pecó porque en ella estaba el pecado. Débora juzgó lo que había de hacerse, pero no obró con sus manos. Yael fue fuerte, pero se manchó de sangre. Judit era justa y temía al Señor, y Dios estuvo en sus palabras y le permitió aquel acto para que fuera salvado Israel, pero por amor a la patria usó astucia homicida. Pero la Mujer que le ha generado supera a estas mujeres, porque es la Sierva perfecta de Dios y le sirve sin pecar. Toda pura, inocente y hermosa, es el hermoso Astro de Dios, desde su alba hasta su ocaso. Toda hermosa, esplendorosa y pura por ser Estrella y Luna, Luz de los hombres para encontrar al Señor. Ni precede ni sigue al Arca santa, como María de Aarón, porque Arca es Ella misma. Sobre la tenebrosa onda de la Tierra cubierta por el diluvio de los pecados, Ella camina y salva, porque quien entra en Ella encuentra al Señor. Paloma sin mancha, sale y vuelve con el olivo, el olivo de paz para los hombres, porque Ella es la Oliva especiosa. Calla, y en su silencio habla y obra más que Débora, Yael y Judit, y no aconseja la batalla, no incita a las matanzas, no derrama más sangre que la suya más selecta, la sangre con la que formó a su Hijo. ¡Pobre Madre! ¡Madre sublime!... Temía Judit al Señor, pero de un hombre había sido su flor. Ésta ha dado al Altísimo su flor intacta, y el Fuego de Dios ha descendido al cáliz de la suave azucena, y un seno de mujer ha contenido y llevado la Potencia, la Sabiduría y el Amor de Dios. ¡Gloria a la Mujer! ¡Cantad, mujeres de Israel, sus alabanzas!».

525.8 [8]La mujer se calla, como si su voz estuviera sin fuerzas. Efectivamente, no sé cómo logra mantener ese timbre tan fuerte.

Los escribas dicen: «¡Está loca! ¡Está loca! Dile que se calle. Loca o poseída. Impón al espíritu que la tiene poseída que se vaya».

«No puedo. No hay más que espíritu de Dios, y Dios no se expulsa a sí mismo».

«No lo haces porque os alaba a ti y a tu Madre y ello estimula tu orgullo».

«Escriba, reflexiona en lo que sabes de mí y verás que Yo no conozco el orgullo».

«Pues, a pesar de todo, sólo un demonio puede hablar en ella para celebrar así a una mujer... ¡La mujer! ¿Y qué es en Israel y para

Israel la mujer? ¿Y qué es, sino pecado, ante los ojos de Dios? ¡La seducida y seductora! Si no hubiera fe, difícilmente se podría pensar que en la mujer hubiera un alma. Le está prohibido acercarse al Santo por su impureza. ¡Y ésta dice que Dios descendió a Ella!...» dice otro escriba, escandalizado, y sus compinches le hacen coro.

Jesús, sin mirar a nadie a la cara —parece que hable consigo mismo—, dice: «"La Mujer aplastará la cabeza de la Serpiente... La Virgen concebirá y dará a luz a un Hijo que será llamado Emmanuel... Un vástago saldrá de la raíz de Jesé, una flor brotará de esta raíz y en Ella descansará el Espíritu del Señor". Esta Mujer. Mi Ma-
* dre. Escriba, por el honor de tu saber, recuerda y comprende las palabras del Libro».

Los escribas no saben qué responder. Esas palabras las han leído mil veces y mil veces las han considerado verdaderas. ¿Pueden negarlo ahora? Callan.

[9]Uno ordena que se enciendan hogueras, porque ya se siente el 525.9
frío junto a las orillas por donde pasa el viento vespertino. Obedecen, y, cual corona en torno al grupo compacto, llamean candeladas de ramajes.

La luz bailarina del fuego parece hacer reaccionar a la mujer, que se había callado y que estaba con los ojos cerrados como recogida en sí misma. Abre de nuevo los ojos, reacciona. Mira otra vez a Jesús y grita de nuevo: «¡Adonái! ¡Adonái, Tú eres grande! ¡Cantemos al Divino un cántico nuevo! ¡Shalem! ¡Shalem! ¡¡Malquih!!... (lo escribo así, pero la "h" es aspirada como casi una "c" pronunciada por toscanos). ¡Paz! ¡Paz! ¡Oh Rey, al que nada se resiste!...».

La mujer se calla de golpe. Pasa su mirada —la primera vez desde que empezó a hablar— por los que están alrededor de Jesús, y fija sus ojos en los escribas como si los viera por primera vez, y, sin motivo aparente, algunas lágrimas se forman en sus grandes ojos y la cara se le pone triste y mate.

Habla lentamente ahora, y con voz profunda como quien expresa cosas dolorosas: «No. ¡Hay quien te resiste! ¡Pueblo, escucha! Desde después de mi dolor, pueblo de Betlequi, me has oído hablar. Después de años de silencio y dolor, he sentido y he dicho lo que sentía. Ahora ya no estoy —virgen viuda que encuentra en el Señor su única paz— en los verdes bosques de Betlequi; no tengo alrededor sólo a mis convecinos para decirles: "Temamos al Señor porque ha llegado la hora de estar preparados para su llamada. Embellezcamos el vestido del corazón para no ser indignos en su presencia. Ciñámonos de

---

* *las palabras del Libro*, que están tomadas de *Génesis 3, 15; Isaías 7, 14; 11, 1-2.*

fortaleza, porque la hora del Cristo es hora de prueba. Purifiquémonos como hostias para el altar, para que podamos ser acogidos por Aquel que le envía. El que sea bueno que crezca en bondad. El que sea soberbio que se haga humilde. El que sufre de lujuria que se desprenda de su carne para poder seguir al Cordero. El avaro hágase benefactor, porque Dios es benefactor nuestro con su Mesías. Y todos practiquen la justicia para poder pertenecer al Pueblo del Bendito que viene". Ahora hablo ante Él y ante quien cree en Él, y también ante quien no cree y ultraja al Santo y a los que creen en Él y hablan en su Nombre. Pero no tengo miedo. Decís que estoy loca, decís que a través de mí habla un demonio. Sé que podríais hacer que me lapidaran como blasfema. Sé que lo que os voy a decir os va a parecer insulto y blasfemia, y que me odiaréis. Pero no tengo miedo. Última, quizás, de las voces que hablan de Él antes de su Manifestación, me espera, quizás, la suerte que otras voces sufrieron; pero no tengo miedo. Demasiado largo es el exilio en el frío y en la soledad de la Tierra para el que piensa en el seno de Abraham, en el Reino de Dios que el Cristo nos abre, más santo que el santo seno de Abraham. Sabea de Carmel de la estirpe de Aarón no le teme a la muerte. Pero al Señor sí. Y habla cuando Él la mueve a hablar, para no desobedecer a su voluntad. Y dice la verdad porque habla de Dios con las palabras que Dios le da. No tengo miedo a la muerte. Aunque me llaméis demonio y me lapidéis como blasfema, aunque mi padre y mi madre y mis hermanos, por este deshonor, mueran, no temblaré de miedo ni de aflicción. Sé que el demonio no está en mí, porque en mí calla todo estímulo maléfico, y toda Betlequi lo sabe. Sé que las piedras podrán sólo introducir en mi canto una pausa más breve que un respiro, y que después mi canto recibirá más amplio respiro en la libertad de más allá de la Tierra. Sé que Dios consolará el dolor de los de mi sangre, y que será breve; mientras que será eterno, después, su gozo de ser parientes mártires de una mártir. No temo *vuestra* muerte, sino la que me vendría de Dios si no le obedeciera. Y hablo. Y digo lo que se me dice. ¡Oh, pueblo, escucha, y escuchad vosotros, escribas de Israel!».

525.10 [10]Alza de nuevo su acongojada voz y dice: «Una voz, una voz viene de lo alto y grita en mi corazón. Y dice: "El antiguo Pueblo de Dios no puede cantar el nuevo cántico porque no ama a su Salvador. Cantarán el cántico nuevo los salvados de todas las naciones, los del Pueblo nuevo del Cristo Señor, no los que odian a mi Verbo"... ¡Horror! (da verdaderamente un grito que estremece). ¡La voz da luz, la luz da vista! ¡Horror! ¡Yo veo!».

El grito es casi un aullido. Se retuerce, como si la tuvieran sujeta

ante un espectáculo tremendo que le torturara el corazón, y tratara de poner fin a él huyendo. Se le cae de los hombros el manto, de forma que se queda sólo con su túnica blanca contra el gran tronco negro. Con la luz, que se va reduciendo lentamente en el reflejo verde del bosque y rojizo y bailarín de las llamas, su cara adquiere un aspecto profundamente trágico. Se forman unas sombras bajo los ojos, bajo la nariz, bajo el labio. La cara parece socavada por el dolor. Se retuerce las manos mientras repite, más bajo: «¡Veo! ¡Veo!», y bebe sus lágrimas mientras continúa: «Veo los delitos de este pueblo mío. Y soy impotente para detenerlos. Veo el corazón de mis compatriotas y no puedo cambiarlo. ¡Horror! ¡Horror! Satán ha salido de sus lugares y ha venido a hacer morada en el corazón de éstos».

«¡Mándala callar!» ordenan los escribas a Jesús.

«Habéis prometido dejarla hablar...» responde Jesús.

La mujer prosigue: «¡Rostro en tierra, en el barro, Israel que todavía sabes amar al Señor! ¡Cúbrete de ceniza, vístete de cilicio! ¡Por ti! ¡Por ellos! ¡Jerusalén! ¡Jerusalén, sálvate! Veo una ciudad agitada pidiendo un delito. Oigo, oigo el grito de los que, con odio, invocan que caiga sobre ellos una sangre. Veo levantar a la Víctima en la Pascua de Sangre y veo fluir esa Sangre, y oigo gritar esa Sangre más que la de Abel, al mismo tiempo que se abren los cielos y la tierra tiembla y el Sol se oscurece. ¡Y esa Sangre no grita venganza, sino que suplica piedad para su Pueblo asesino, piedad para nosotros! ¡¡¡Jerusalén!!! ¡Conviértete! ¡Esa Sangre! ¡Esa Sangre! ¡Un río! Un río que lava al mundo sanando todo mal, borrando toda culpa... Pero para nosotros, para nosotros de Israel, esa Sangre es fuego, para nosotros es cincel que escribe en los hijos de Jacob el nombre de deicidas y la maldición de Dios. ¡Jerusalén! ¡Ten piedad de ti misma y de nosotros!...».

[11]«Pero haz que se calle. ¡Te lo ordenamos!» gritan los escribas 525.11
mientras la mujer solloza cubriéndose la cara.

«No puedo imponer a la Verdad que se calle».

«¡Verdad! ¡Verdad! ¡Es una demente que está delirando! ¿Qué Maestro eres, si tomas como verdad las palabras de una que delira?».

«¿Y qué Mesías eres, si no sabes hacer que se calle una mujer?».

«¿Y qué Profeta eres, si no sabes poner en fuga al demonio? ¡Sin embargo, otras veces lo has hecho!».

«Lo ha hecho, sí. Pero ahora no le conviene. ¡Todo es un juego bien montado para atemorizar a las turbas!».

«¿Y habría elegido esta hora, este lugar y este puñado de hombres para hacerlo, cuando habría podido hacerlo en Jericó, cuando he teni-

do cinco y más de cinco mil personas que me han seguido y circundado en varias ocasiones, cuando el recinto del Templo ha sido escaso para recibir a todos los que querían oírme? ¿Y puede, acaso, el demonio pronunciar palabras de sabiduría? ¿Quién de vosotros, en conciencia, puede decir que un solo error ha salido de esos labios? ¿No resuenan en sus labios, con voz de mujer, las terribles palabras de los profetas? ¿No oís el grito desgarrador de Jeremías, el llanto de Isaías y de los otros profetas? ¿No oís la voz de Dios a través de la criatura, la Voz que trata de ser acogida por vuestro bien? A mí no me escucháis. Podéis pensar que hablo en mi favor. Pero ésta, desconocida para mí, ¿qué favor espera de estas palabras? ¿Qué le acarrearán, sino vuestro desprecio, vuestras amenazas y quizás vuestra venganza? ¡No, ciertamente no le impongo silencio! Es más, para que estos pocos la oigan, y también vosotros oigáis y podáis enmendaros, le ordeno: "¡Habla! ¡Habla, te digo, en nombre del Señor!"».

Ahora es Jesús el que aparece majestuoso, es el Cristo poderoso de las horas de milagro, de grandes ojos magnéticos con un esplendor de estrella azul que la llama de una hoguera, encendida entre la mujer y Él, aviva aún más. La mujer, por el contrario, oprimida por el dolor, aparece menos regia, y tiene agachada la cabeza, cubierta la cara con las manos y con sus cabellos negros, que se han soltado y le caen por detrás y por delante, como un velo de luto sobre la túnica blanca.

«Habla, te digo. No carecen de fruto tus dolorosas palabras. ¡Sabea, de la estirpe de Aarón, habla!».

525.12 [12]La mujer obedece. Pero habla bajo, tanto que todos se arriman para oírla mejor. Parece como si se hablara a sí misma, mirando hacia el río, que corre con su frufrú por su derecha formando un último cabrilleo de aguas con las últimas luces del día. Y parece hablarle al río: «Jordán, sagrado río de nuestros padres, que tienes ondas cerúleas y crespas cual precioso lino cendalí, y en ellas reflejas las estrellas puras y la cándida Luna, y acaricias a los sauces de tus orillas, y eres río de paz, y... a pesar de todo, conoces mucho dolor. Jordán, que en las horas de tormenta, en las ondas hinchadas y agitadas transportas las arenas de mil torrentes y lo que ellos han arrebatado con violencia, y algunas veces tronchas un tierno arbusto en que hay un nido y lo transportas vortiginoso hacia el abismo mortal del mar Salado, y no tienes piedad de la pareja de pájaros que siguen a su nido, volando, chillando de dolor, a su nido destruido por tu violencia. Así verás, sagrado Jordán, acometido por la ira divina, arrancado de sus casas y del altar, ir a la destrucción y perecer en la muerte más
525.13 grande, verás ir al pueblo que no recibió al Mesías. [13]¡Pueblo mío,

sálvate! ¡Cree en tu Señor! ¡Sigue a tu Mesías! Reconócele en lo que es. No rey de pueblos y ejércitos. Rey es de las almas, *de tus almas, de todas las almas*. Ha descendido para recoger a las almas justas, y subirá de nuevo para conducirlas al Reino eterno. ¡Vosotros que todavía podéis amar, abrazaos al Santo! ¡Vosotros a quienes os preocupan los destinos de la Patria, uníos al Salvador! ¡Que no muera toda la progenie de Abraham! Apartaos de los falsos profetas de bocas mentirosas y corazones adictos al pillaje que quieren alejaros de la Salvación. Salid de las tinieblas que alzan en torno a vosotros. ¡Escuchad la voz de Dios! Los grandes a los que hoy teméis son ya polvo en el decreto de Dios. Uno sólo es el Viviente. Los lugares en que reinan y desde los cuales subyugan son ya ruinas. Sólo uno perdura. ¡Jerusalén! ¿Dónde están los briosos hijos de Sión de que te glorías? ¿Dónde, los rabíes y los sacerdotes con que te adornas y en que te admiras a ti misma? ¡Míralos! Subyugados, encadenados, van hacia el destierro, entre los escombros de tus edificios, entre el hedor de los muertos por espada y hambre. Te alcanza el furor de Dios, Jerusalén que rechazas a tu Mesías y le hieres en el rostro y el corazón. Toda belleza en ti está destruida, toda esperanza está para ti muerta, profanados están el Templo y el altar...».

«¡Haz que se calle! ¡Está blasfemando! Decimos que hagas que se calle».

«... rasgado el efod. Ya no es necesario...».

«¡Eres culpable si no le impones que se calle!».

«... porque ya no reina. Hay otro, eterno Pontífice, y es santo, y constituido por Dios: Rey y Sacerdote para siempre, por Aquel que hace suyas las ofensas infligidas al Cristo, y las venga. Otro Pontífice. El Verdadero, el Santo, Ungido por Dios y con su Sacrificio, que substituye a aquellos sobre cuya frente es un desdoro la tiara, porque cubre pensamientos de horror...».

«¡Calla, maldita! ¡Calla o descargamos nuestra mano sobre ti!» y los escribas la ultrajan. Pero ella parece no sentir.

[14]La gente se agita: «Dejadla hablar, vosotros que habláis tanto. 525.14
Está diciendo la verdad. Es así. Ya no hay santidad entre vosotros. Uno sólo es el Santo y vosotros le vejáis».

Los escribas consideran prudente callar, y la mujer continúa con su voz cansada y doliente: «Había venido a traerte la paz y le has presentado guerra... salvación, y le has escarnecido... amor, y le has odiado... milagros, y le has llamado demonio... Sus manos han curado a tus enfermos y tú las has atravesado. Te traía la Luz, y has cubierto de esputos y porquerías su cara. Te traía la Vida, y tú le has dado la muerte. Israel, llora tu error y no impreques contra el Señor

mientras vas hacia este destierro tuyo, que no tendrá término como los del pasado. Recorrerás toda la Tierra, Israel, pero como pueblo vencido y maldito, seguido por la voz de Dios con las mismas palabras dirigidas a Caín. Y aquí no podrás volver a reconstruir un sólido nido sino cuando reconozcas con los otros pueblos que éste es Jesús, el Cristo, el Señor Hijo del Señor...».

La mujer tiene ahora voz blanca, de dolor y fatiga, cansada como la voz de un moribundo. Pero no calla todavía; antes al contrario, se reanima para un último imperativo: «Al suelo, pueblo que sabes todavía amar. Cúbrete de ceniza, vístete de cilicio. El furor de Dios se cierne sobre nosotros como una nube cargada de granizo y rayos sobre un campo maldito».

La mujer cae al suelo, de rodillas, con los brazos extendidos hacia Jesús, y grita: «¡Paz, paz, oh Rey de justicia y de paz! ¡Paz, oh Adonái grande y poderoso, a quien ni siquiera el Padre niega nada! ¡Impetra paz para nosotros, por tu Nombre, oh Jesús, Salvador y Mesías, Redentor y Rey, y Dios, tres veces santo!», y se derrumba, convulsa a causa de los sollozos, con la cara contra la hierba.

525.15 [15]Los escribas rodean a Jesús y le llevan aparte, y alejan a todos los demás con miradas y palabras amenazadoras, y uno de ellos dice: «Lo menos que puedes hacer es curarla. Porque, aunque quieras afirmar taxativamente que está libre de demonio, lo que no puedes negar es que sea una enferma. ¡Mujeres!... Y mujeres sacrificadas por el destino... Su vitalidad bien que se debe manifestar por alguna parte... y divagan... y ven cosas irreales... y, sobre todo, te ven a ti que eres joven y apuesto... y...».

«¡Cállate, boca el de serpiente! Ni tú mismo crees en lo que dices» reacciona Jesús, con una actitud de mando que interrumpe las palabras en los labios del escriba delgado y narigudo que al principio del hecho había escarnecido a la mujer como falsa profetisa.

«No ofendamos al Maestro. Le hemos elegido como juez de un caso que nosotros no logramos juzgar...» dice otro escriba (el que había ido con los otros al encuentro de Jesús por el camino y le había dicho que no todos los escribas estaban contra Él, sino que algunos le observaban para emitir un juicio, con la sincera voluntad de seguirle si le consideraban Dios).

«¡Cállate, Joel el Alamot, hijo de Abías! Sólo un mal nacido como tú puede decir esas palabras» arremeten contra él los otros.

El escriba, oído este insulto, se congestiona, pero se domina y responde con dignidad: «Si la naturaleza me ha sido adversa en el cuerpo, ello no me ha hecho deficiente el intelecto. Al contrario, vedándome muchos placeres, ha hecho de mí el hombre de la cordura. Y, si

fuerais santos, no humillaríais al hombre; antes bien, respetaríais al cuerdo».

«¡Bien, bueno! Vamos a hablar de lo que nos urge. Tú tienes el deber de curarla, Maestro, porque con ese delirio suyo asusta a la gente y ofende al sacerdocio, a los fariseos y a nosotros».

«¿Si os hubiera alabado me diríais que la curara?» pregunta Jesús dulcemente.

«No. Porque serviría para hacer a la gente respetuosa de nosotros, a este pueblo cabruno que nos odia en su corazón y no pierde ocasión de escarnecernos» responde un escriba, sin darse cuenta de que cae en una trampa.

«¿Pero no seguiría siendo una enferma? ¿No tendría el deber de curarla?» pregunta, otra vez con dulzura, Jesús (parece un escolar que estuviera preguntando al maestro lo que debe hacer).

Y los escribas, cegados por la soberbia, no comprenden que se están confesando a sí mismos... «En ese caso, no. ¡Es más: dejarla, dejarla con su delirio! Hacer lo posible para que la gente crea que es profetisa. ¡Honrarla! Señalarla...».

«¡¿Pero si fueran cosas no verdaderas?!...».

«¡Maestro, aparte del punto en el que dice cosas contra nosotros, el resto serviría mucho para elevar el orgullo de Israel contra los romanos y para tener bajo el orgullo del pueblo hacia nosotros!».

«Pero no se le podría decir: "Habla así, pero no digas eso"» dice firmemente Jesús.

«¿Y por qué?».

«Porque quien delira habla sin saber lo que dice».

«¡Con monedas y alguna amenaza... se obtendría todo! Hasta a los profetas se los regulaba...».

«En verdad, me resulta gratuita esa afirmación...».

«¡Ya! Porque no sabes leer entre líneas y porque no todo se ha dejado escrito».

«Pero el espíritu profético no conoce imposiciones, escriba. Viene de Dios, y a Dios ni se le compra ni se le amedrenta» dice Jesús, cambiando de tono. Es el principio de su contraataque.

«Pero ésta no es profetisa. [16]Ya no es tiempo de profetas». 525.16

«¿Ya no es tiempo de profetas? ¿Y por qué?».

«Porque no nos los merecemos. Estamos demasiado corrompidos».

«¿Verdaderamente? ¿Y lo dices tú? ¿Tú, que poco antes la juzgabas digna de castigo porque decía esa misma cosa?».

El escriba se queda desorientado. Le ayuda otro: «El tiempo de los profetas ha cesado con Juan. Ya no hacen falta».

«¿Y cómo es eso?».

«Porque estás Tú, que expresas la Ley y hablas de Dios».

«También en tiempos de los profetas estaba la Ley, y la Sabiduría hablaba de Dios. Y, a pesar de todo, estaban ellos».

«¿Pero qué profetizaban? Tu venida. Ya has venido. Ya no hacen falta».

«En multitud de ocasiones, he oído vuestra pregunta, y la de los sacerdotes y fariseos, de si era o no era el Cristo. Y dado que lo afirmaba fui tachado de blasfemo y de loco, y se cogieron piedras para lanzarlas sobre mí. ¿No eres tú Sadoq, llamado el escriba de oro?» dice Jesús señalando al escriba narigudo que ha ultrajado a la mujer después de haberla tentado al error.

«Lo soy. ¿Y...?».

«Pues que tú, justamente tú, has sido siempre el primero, tanto en Yiscala como en el Templo, que ha empezado la violencia contra mí. Pero Yo te perdono. Sólo te recuerdo que lo hacías diciendo que no podía ser el Cristo, mientras que ahora lo sostienes. Y te recuerdo también el reto que te propuse en Quedes. Dentro de poco verás * cumplirse una parte de él. Cuando la Luna vuelva a la fase con que ahora resplandece en el cielo, te daré esa prueba. Ésta es la primera. La otra la tendrás cuando el trigo, que ahora duerme en la tierra,
525.17 cimbree sus espigas aún verdes con el leve viento de Nisán. [17]Y a los que dicen que son inútiles los profetas les respondo: "¿Quién podrá poner límites al Señor Altísimo?". En verdad, en verdad os digo que mientras haya hombres habrá siempre profetas. Son las antorchas en medio de las tinieblas del mundo; el fuego en medio del hielo del mundo; los toques de trompeta que despertarán a los que duermen; las voces que recuerdan a Dios y a sus verdades, caídas, con el tiempo, en el olvido y la desatención, y traen al hombre la voz directa de Dios y suscitan vibrantes emociones en los desmemorados, en los apáticos hijos del hombre. Tendrán otros nombres, pero igual misión e igual suerte de humano dolor y de sobrehumano gozo. ¡Ay, si no existieran estos espíritus que serán odiados por el mundo y amados especialmente por Dios! ¡Ay si no existieran estos espíritus, para padecer y perdonar, amar y actuar en obediencia al Señor! El mundo perecería entre las tinieblas, entre el hielo, en un sopor de muerte, en un estado de deficiencia mental, de ignorancia salvaje y embrutecedora. Por eso, Dios los suscitará, y siempre los habrá. ¿Y quién podrá imponer a Dios que no lo haga? ¿Tú, Sadoq?, ¿o tú?, ¿o tú? En verdad os digo que ni los espíritus de Abraham, Jacob y Moisés, de

* *el reto*, de la señal pedida por los escribas y prometida por Jesús, en 342.6/7. De ese reto se hablará todavía en 546.5, 547.7, 548.14.

Elías y Eliseo, podrían imponer a Dios esta limitación, y sólo Dios sabe cuán santos eran y qué eternas luces son».

«¿Entonces no quieres ni curar a la mujer ni condenarla?».

«No».

«¿Y la juzgas profetisa?».

«Inspirada, sí».

«Eres un demonio como ella. Vamos. No nos interesa perder más tiempo con demonios» dice Sadoq, y da un empujón propio de un... mozo de cuerda a Jesús, para apartarle.

Muchos le siguen. Algunos se quedan. Entre éstos, el hombre al que han llamado Joel Alamot.

«¿Y vosotros no los seguís?» pregunta Jesús, señalando a los que se están marchando.

«No, Maestro. Nos vamos a marchar porque es de noche. Pero queremos decirte que creemos en tu juicio. Dios lo puede todo, es verdad. Y para nosotros que caemos en muchas culpas puede suscitar espíritus que nos corrijan en orden a la justicia» dice uno muy anciano.

«Así es, como dices. Y esta humildad tuya es más grande a los ojos de Dios que tu saber».

«Entonces acuérdate de mí cuando estés en tu Reino».

«Sí, Jacob».

«¿Cómo sabes mi nombre?».

Jesús sonríe, pero no responde.

«Maestro, también de nosotros acuérdate» dicen los otros tres. Y el último que habla, Joel Alamot, dice también: «Y bendigamos al Señor, que nos ha regalado esta hora».

«¡Bendigamos al Señor!» responde Jesús.

Se saludan. Se separan.

[18]Jesús se reúne con sus apóstoles y va con ellos donde la mujer, 525.18
que está de nuevo en la postura que tenía al principio: acurrucada sobre la raíz prominente.

La madre y el padre, jadeantes, preguntan al Maestro: «¿Es, entonces, un demonio nuestra hija? Antes de marcharse lo han dicho».

«No lo es. Quedaos en paz. Y amadla, porque su destino es muy doloroso. Como todo destino semejante al suyo».

«Pero ellos han dicho que así has juzgado...».

«Han mentido. Yo no miento. Quedaos en paz».

Juan de Éfeso se acerca con Salomón y los otros discípulos: «Maestro, Sadoq ha amenazado a éstos. Yo te lo digo».

«¿A ellos o a ella?».

«A ellos y a ella. ¿No es verdad, vosotros dos?».

«Sí. Nos han dicho, a mí y a su madre, que si no sabemos hacer callar a nuestra hija, pobres de nosotros. Y a Sabea le han dicho: "Si de ahora en adelante hablas, te denunciaremos al Sanedrín". Prevemos días malos para nosotros... Pero el corazón está en paz por lo que has dicho... y lo demás lo soportaremos. Pero respecto a ella... ¿Qué debemos hacer? Aconséjanos, Señor».

Jesús piensa y responde: «¿No tenéis parientes lejos de Betlequi?».

«No, Maestro».

...Jesús piensa. Luego levanta la cara y mira a José, a Juan de Éfeso y a Felipe de Arbela. Ordena: «Os pondréis en viaje con ellos y luego, desde Betlequi, con ella y sus cosas, iréis a Aera. Diréis a la madre de Timoneo que la custodie en mi nombre. Ella sabe lo que es tener un hijo perseguido».

«Así lo haremos, Señor. Bien decidido. Aera está lejos y apartada» dicen los tres.

El padre y la madre de Sabea besan las manos al Maestro, le dan las gracias y le bendicen.

Jesús se inclina hacia la mujer, la toca en la cabeza velada y la llama con dulzura: «¡Sabea, escúchame!».

La mujer alza la cabeza y le mira; luego se postra.

Jesús mantiene la mano en la cabeza de ella: «Escucha, Sabea. Irás a donde te envío. A casa de una madre. Hubiera querido que fuera la mía. Pero no me es factible. Y sigue sirviendo al Señor en justicia y obediencia. Yo te bendigo, mujer. Ve en paz».

«Sí, mi Señor y Dios. Pero, cuando tenga que hablar, ¿voy a poder hacerlo?...».

«El Espíritu que te ama te guiará según el momento. No dudes de su amor. Sé humilde, casta, sencilla y sincera, y Él no te abandonará. ¡Ve en paz!».

525.19 [19]Se reúne de nuevo con los apóstoles y con Zaqueo y los suyos, que se habían detenido a algunos pasos de distancia, reteniendo también a otros curiosos.

«Vamos. Ya es de noche. No sé cómo os las vais a arreglar para ir a Jericó vosotros que tenéis que ir allá».

«Digamos, más bien, la mujer y sus padres. Pero, si lo juzgas bueno, nosotros estaremos fuera de casa, y Tú y ellos podréis dormir en casa hasta mañana por la mañana» propone uno de los amigos de Zaqueo.

«Buena propuesta. Id a decir a Sabea que venga con los suyos y con los discípulos. Ellos dormirán. Yo estaré con vosotros. No es una noche ventosa. Encenderemos unos fuegos y esperaremos así al alba,

Yo instruyéndoos y vosotros escuchándome».

Y lentamente se pone en camino con el primer claror de la Luna...

526. Curaciones cerca del vado de Betabara y discurso en recuerdo de Juan el Bautista.

7 de noviembre de 1946.

[1]«¡Paz a ti, Maestro!» saludan los discípulos pastores, que se habían adelantado unos días antes y que ahora esperaban, pasado el vado, junto con los enfermos que han recogido y con otros que desean oír al Maestro. 526.1

«Paz a vosotros. ¿Hace mucho que me esperáis?».

«Hace tres días».

«Me han entretenido por el camino. Vamos donde los enfermos».

«Hemos dicho que se montaran unas tiendas para resguardarlos sin tener que ir a los pueblos cercanos y luego volver. Nos han dado leche para ellos algunos amigos nuestros pastores que ahora están allá con el rebaño esperando tu llegada» dicen los discípulos mientras guían a Jesús a una espesura que por sí misma haría de techo a quien se refugiara en ella.

Allí hay un grupo de pequeñas tiendas —unas veinte— montadas sobre estacas, o de un tronco a otro. Debajo de ellas está el triste, pequeño pueblo de enfermos que esperan y que, en cuanto comprenden quién es el que viene, lanzan el grito habitual: «Jesús, Hijo de David, ten piedad de nosotros».

Jesús no quiere tenerlos esperando mucho, de forma que se asoma —es más: se va agachando de una tienda a otra, porque su estatura no le permite entrar en ellas erguido— e introduce en cada una de ellas su rostro y su sonrisa, que es ya una gracia. El Sol, a sus espaldas, proyecta su sombra sobre las yacijas y los rostros macilentos o sobre los miembros inertes. Dice solamente una breve frase: «Paz a vosotros que creéis», y luego pasa a la tienda adyacente. Y le sigue un grito, un grito repetido como se repite su frase, un grito que se repite en la última tienda dejada como si fuera el eco del que sale de la tienda que estaba antes: «Estoy curado. ¡Hosanna al Hijo de David!». Y el pequeño pueblo de enfermos, antes extendido bajo las obscuras tiendas, sale y se reconstituye siguiendo los pasos del Maestro, un pequeño pueblo todo festivo que arroja los bastones y las muletas, que se envuelve en las mantas de la parihuela abandonada, que se quita las vendas, ya inútiles, y que, sobre todo, exulta alborozada-

mente con la alegría de la curación.

Ya están todos curados. Y Jesús se vuelve con su más dulce sonrisa, para decir: «El Señor ha premiado vuestra fe. Bendigamos juntos su bondad», y entona el salmo: «Cantad a Dios con júbilo, toda la * Tierra; servid al Señor con alegría. Venid a su presencia exultando. Reconoced que el Señor es Dios. Él nos ha hecho...».

La gente le sigue como puede. Algunos, que quizás no son de Israel, siguen el canto mascullando palabras entre sus labios. Pero su corazón canta, y la luz de las caras lo dice. Dios, sin duda, recibirá ese pobre murmullo balbuciente mejor que el canto perfecto y árido de algún fariseo.

526.2 [2]Matías dice a Jesús: «¡Oh, Señor!, hablando a los que esperan tu palabra, recuerda a nuestro Juan».

«Pensaba hacerlo, porque este lugar trae a mi corazón aún más vivamente la figura de Juan el Bautista» y sube a un pequeño montículo cubierto de hierba menuda. Rodeado de gente, empieza a hablar.

«¿Qué habéis venido a buscar a este lugar? La salud del cuerpo, oh enfermos... y os ha sido dada. La palabra que evangeliza... y la habéis encontrado. Pero la salud del cuerpo debe ser la preparación a la búsqueda de la salud del espíritu, de la misma forma que la palabra que evangeliza debe ser preparación a vuestra voluntad de justicia. ¡Ay, si la salud del cuerpo se limitara a la felicidad de la carne y de la sangre, quedándose inactiva respecto al espíritu! Yo os he movido a alabar al Señor, que os ha beneficiado con la salud. Pero, pasado el momento de júbilo, no debe cesar vuestra gratitud hacia el Señor, que se manifiesta en la buena voluntad de amarle. Todo don de Dios es nulo, a pesar de que esté cargado de fuerzas activas, si falta en el hombre la voluntad de corresponder a él entregando el don del propio espíritu a Dios.

526.3 [3]Este lugar ha oído la predicación de Juan. Muchos de vosotros, sin duda, la habéis oído. Muchos de Israel la han oído, pero no en todos ha producido los mismos resultados, a pesar de que Juan dijera a todos las mismas palabras. ¿Cómo, pues, tanta diferencia? ¿A qué atribuirla? A la voluntad distinta de los hombres que recibieron esas palabras. Para algunos, fueron real preparación para mí, y, consiguientemente, para su santidad. Para otros, por el contrario, fueron preparación contra mí, y, consiguientemente, para su injusticia. Como grito de centinela resonaron, y el ejército de los espíritus se dividió, a pesar de que el grito era único. Parte de ellos se prepararon para seguir a su Caudillo; parte se armó y estudió planes para com-

* *el salmo*, en acción de gracias, es el *Salmo 100*.

batirme a mí y a mis seguidores. Y por esto Israel será vencido, porque un reino dividido en sí mismo no puede ser fuerte, y los extranjeros se aprovechan para subyugarlo.

Y lo mismo sucede en cada uno de los espíritus. En todo hombre hay fuerzas buenas y no buenas. La Sabiduría habla a todo el hombre, pero son pocos los hombres que saben querer hacer reinar una sola parte: la buena. Para este querer elegir una parte sola, y hacerla reina, son más capaces los hijos del siglo. Ellos saben ser completamente malos cuando quieren serlo, y se desprenden, como de vestidos inútiles, de las partes buenas que podrían oponer resistencia dentro de ellos. Sin embargo, los hombres que no son de su siglo, y que tienen un impulso hacia la Luz, sólo difícilmente saben imitar a los hijos del siglo y desprenderse, como de vestidos rechazados, de las partes malas que tratan de resistir en ellos.

* [4]Tengo dicho que si un ojo escandaliza sea arrancado, y que si una mano escandaliza sea cortada, porque es mejor entrar en la Luz eterna mutilados que en las Tinieblas eternas con los dos ojos o con ambas manos. 526.4

Juan el Bautista era un hombre de nuestro tiempo. Muchos de vosotros le habéis conocido. Imitad su ejemplo heroico. Él, por amor del Señor y de su alma, se desprendió mucho más que de un ojo y una mano, se desprendió de la vida misma, por ser fiel a la Justicia. Muchos de vosotros habrán sido, quizás, discípulos suyos y todavía dirán que le aman. Pero recordad que el amor a Dios, y el amor a los maestros que conducen a Dios, se demuestra haciendo aquello que ellos enseñaron, imitando sus obras de justicia y amando a Dios con todo el propio ser, hasta el heroísmo. Bueno, pues, haciéndolo así, los dones de salud y sabiduría que Dios ha concedido no permanecen inactivos ni se transforman en condena, sino que son escalera para subir a la morada del Padre mío y vuestro, que a todos espera en su Reino.

Haced —para bien vuestro—, haced que el sacrificio de Juan —toda una vida de sacrificio concluida con el martirio— y el sacrificio mío —toda una vida de sacrificio que concluye en un martirio muchísimo más grande que el de mi Precursor— no queden inactivos para vosotros. Sed justos, tened fe, prestad obediencia a la palabra del Cielo, renovaos en la Ley nueva. Que la Buena Nueva sea para vosotros verdaderamente buena, haciéndoos buenos y merecedores de gozar de la Bondad, o sea, del Señor altísimo en un Día eterno. Sabed distinguir los verdaderos de los falsos pastores, y seguid a los que os den palabras de Vida aprendidas de mí.

---

* *Tengo dicho*, en 174.18 y en 352.13.

526.5 [5]Está ya cercana la fiesta de las Luces, la celebración de la Dedicación del Templo. Recordad que nada son las luces de muchas lámparas en honor de la fiesta y del Señor, si permanece sin luz vuestro corazón. La caridad es luz; candelero, la voluntad de amar al Señor con la obras buenas. Recordar la Dedicación del Templo es cosa buena, pero cosa mucho más grande y buena y mejor recibida por el Señor es dedicar a Dios el propio espíritu y reconsagrarle con el amor. Espíritus justos en cuerpos justos, porque el cuerpo es semejante a los muros que rodean el altar, y el espíritu es el altar adonde desciende la gloria del Señor. Dios no puede descender a altares profanados por pecados propios o por contactos con carnes mordidas por la lujuria y por pensamientos malvados.

Sed buenos. El esfuerzo de serlo en las continuas pruebas de la vida es compensado con creces por el futuro premio y, ya desde ahora, por la paz que consuela los corazones de los justos al final de cada una de sus jornadas, cuando se echan a descansar y encuentran su almohada exenta de remordimientos, que son la pesadilla de aquellos que quieren gozar ilícitamente y sólo consiguen proporcionarse un frenesí carente de paz. No envidiéis a los ricos. No odiéis a nadie. No deseéis lo que veis a otros. Contentaos con vuestra situación, pensando que la clave que abre las puertas de la Jerusalén eterna está en hacer la voluntad de Dios en todas las cosas.

526.6 [6]Os dejo. Muchos de vosotros ya no me verán, porque pronto iré a preparar los lugares de mis discípulos... Bendigo especialmente a vuestros niños, a vuestras mujeres que ya no veré. Y luego a vosotros, hombres... Sí, quiero bendeciros... Mi bendición servirá para no permitir que caigan los más fuertes y para hacer que resurjan los más débiles. Sólo para aquellos que me traicionen, odiándome, mi bendición no tendrá valor».

Los bendice en masa y luego bendice a las mujeres y besa a los niños, y lentamente regresa hacia el vado con los cinco apóstoles que están todavía con Él y con los discípulos ex pastores.

527. Desconocimiento y tentaciones en la naturaleza humana de Cristo.

8 de noviembre de 1946.

527.1 [1]Están ya en las laderas del Monte de los Olivos. Las tres parejas de apóstoles —dejadas en Jericó, Tecua y Betania— de nuevo se han reunido con el Maestro. Pero Judas de Keriot sigue ausente, y en tono bajo los apóstoles lo comentan...

Jesús está infinitamente triste. Los apóstoles, que lo observan, dicen entre sí: «Por supuesto que es por Lázaro. Es un hombre ya completamente terminado... Y sus hermanas dan mucha pena... El Maestro, con tanto odio como le persigue, ni siquiera puede detenerse en aquella casa. Habría sido un consuelo para el enfermo y sus hermanas, y también para Él».

«¡No soy capaz de entender por qué no le cura!» exclama Tomás.

«Sería una cosa razonable. Un amigo... Tanta ayuda como proporciona... un hombre justo...» susurra Bartolomé.

«¡Ah, justo sí, verdaderamente es un justo! En estos días creo que te habrás convencido de ello...» dice el Zelote a Bartolomé.

«Sí, es verdad. Y es verdad también lo que implícitamente mencionas. No estaba muy persuadido de su justicia... Con esa naturalidad que tenían con los gentiles, con la educación recibida del padre, que era muy, muy... yo diría condescendiente con nuevas formas de vida no conformes con las nuestras...».

«La madre era un ángel» dice sin ambages Simón Zelote.

«Quizás por eso son justos... No tengamos en cuenta el pasado de María. Ahora ya está redimida...» dice Felipe.

«Sí. Pero todo esto me creaba sospechas. Ahora estoy completamente persuadido, y me extraña que el Maestro...».

[2]«Mi hermano sabe sopesar los valores de las personas. Nosotros también hemos sufrido durante mucho tiempo celos naturales, humanos, al ver que hacía más caso a los extraños que a nosotros de la familia. Pero ahora hemos comprendido que en nuestro pensamiento había error y en el suyo justicia. Juzgábamos su manera de actuar como indiferencia, e incluso como desestimación, incomprensión de nuestra valía. Ahora hemos comprendido. Él prefiere atraer hacia sí a los deformes y a los informes. Él... seduce con sus medios infinitos a las almas más mezquinas, más lejanas, más en peligro. ¿Os acordáis de la parábola de la oveja perdida? La verdad, la clave de su manera de actuar está en esa parábola. Cuando ve a sus ovejas fieles que le siguen o que están donde y como Él quiere, su espíritu descansa. Pero se sirve de su descanso para correr detrás de las extraviadas. Sabe que nosotros le queremos, que Lázaro y sus hermanas le quieren, que las discípulas y los pastores le quieren, y por tanto no pierde su tiempo con nosotros en especiales pruebas de amor. A nosotros nos quiere siempre. Nos lleva siempre en su corazón. Nosotros mismos somos los que entramos en su corazón y no queremos salir. ¡Pero los otros... los pecadores, los extraviados!... Ha de correr tras de ellos, debe atraerlos con el amor y el milagro, con su poder. Y lo hace. Lázaro, María y Marta seguirán amándole, incluso sin mila- 527.2

gro...» dice Santiago de Alfeo.

«Eso es verdad. De todas formas... ¿Qué habrá querido decir con su último saludo? Ya lo habéis oído: "El amor del Señor para vosotros se manifestará en proporción a vuestro amor. Y recordad que el amor tiene dos alas para ser perfecto, dos alas que, cuanto más perfecto es, más desmesuradas son: la fe y la esperanza"» dice Andrés.

«¡Eso! ¿Qué habrá querido decir?» preguntan varios.

527.3 [3]Un rato de silencio. Luego Tomás, emitiendo un gran suspiro, concluye un pensamiento interno suyo: «... Pero no siempre su paciencia buena obtiene redenciones. Yo también he sufrido alguna vez por la predilección que muestra hacia Judas de Keriot...».

«¿Predilección? No me lo parece. Le corrige como a cualquiera de nosotros...» dice Andrés.

«Por justicia, sí. Pero considera cuánto más rigor merecería ese hombre...».

«Eso es verdad».

«Bueno, pues yo he sufrido por eso algunas veces. Pero ahora comprendo que, sin duda, lo hace porque... es el más informe de entre nosotros».

«¡El más ruin, debes decir, Tomás! El más ruin. Vosotros creéis que esa tristeza —y señala a Jesús, que va delante, solo, absorto en su aflicción— está producida por la enfermedad de Lázaro y por las lágrimas de las hermanas de él. Yo digo que proviene de la ausencia de Judas. Esperaba que Judas le alcanzara por el camino mientras iba a Betabara. Esperaba, al menos, encontrarle en Jericó, en Tecua, o en Betania al regreso. Ahora ya no tiene esta esperanza. Tiene la certeza del obrar no recto de Judas. Yo le he observado siempre... y he visto que su cara ha tomado ese aspecto de absoluto desamparo cuando tú, Bartolmái, has dicho: "Judas no ha venido"» dice Judas Tadeo.

527.4 [4]«¡Pero si Él sabe las cosas antes de que sucedan, estoy seguro!» exclama Juan.

«Muchas. No todas. Yo creo que el Padre suyo, por piedad, le mantiene ocultas algunas» dice el Zelote.

Los once se dividen en dos partidos: quién acepta una versión, quién otra; y cada uno aporta sus razones para sostener la propia.

Juan exclama: «¡Oh, no quiero escuchar ni a uno ni a otro, ni siquiera a mí mismo! Somos todos unos pobres hombres, y no podemos ver con exactitud. Voy donde Jesús y se lo pregunto».

«No. Podría pensar en otras cosas y con esta pregunta recordar a Judas y sufrir más» dice Andrés.

«¡No, hombre! Por supuesto que no le voy a decir que hablábamos

de Judas. Hablaré... así, sin referencias concretas».

«¡Ve, ve! Le servirá para distraerse. ¿No veis lo afligido que está?» dice Pedro impelendo a Juan.

«Voy. ¿Quién viene conmigo?».

«Ve, ve tú solo. Contigo habla sin reserva. Luego nos lo dices».

[5]Juan se marcha. 527.5

«¡Maestro!».

«¡Juan! ¿Qué quieres?», y Jesús, con una luz de sonrisa en su rostro, ciñe con un brazo a su predilecto y le tiene cerca de sí mientras camina.

«Hablábamos entre nosotros y dudábamos sobre una cuestión. Ésta: si Tú conoces todo el futuro o si en parte te está celado. Unos decían una cosa, otros otra».

«¿Y tú qué decías?».

«Decía que lo mejor de todo era preguntártelo a ti».

«Y entonces has venido. Has hecho bien. Al menos esto nos sirve a mí y a ti para gozar de un momento de amor... ¡Es tan raro ya el poder tener un poco de paz!...».

«¡Es verdad! ¡Qué bonitos eran los primeros tiempos!...».

«Sí. Para el hombre que somos, eran más bonitos. Pero para el espíritu que hay en nosotros son mejores éstos. Porque ahora es más conocida la Palabra de Dios y porque sufrimos más. *Cuanto más se sufre más se redime*, Juan... Por este motivo, aunque recordemos los tiempos serenos, debemos amar más estos que nos producen dolor, y que con el dolor nos dan almas. [6]Pero voy a responder a tu pregunta. 527.6
Escucha. Yo no ignoro, como Dios. Y no ignoro, como Hombre. Conozco el futuro de los acontecimientos, porque estoy con el Padre desde antes del tiempo y veo más allá del tiempo. Como Hombre que está exento de imperfecciones y limitaciones unidas a la Culpa y a las culpas, tengo el don de la introspección de los corazones. Este don no está limitado al Cristo, sino que lo poseen en distinta medida todos aquellos que, habiendo alcanzado la santidad, están tan unidos a Dios que puede decirse que no operan por sí mismos sino que operan con la Perfección que reside en ellos. Por tanto, puedo responderte que no ignoro como Dios el futuro de los siglos y que no ignoro como Hombre justo el estado de los corazones».

Juan calla y reflexiona.

Jesús le deja así unos momentos. Luego dice: «Por ejemplo, ahora Yo veo en ti este pensamiento: "¡Pero entonces mi Maestro conoce exactamente el estado de Judas de Keriot!"».

«¡Oh, Maestro!».

«Sí. Lo conozco. Lo conozco y sigo siendo *su* Maestro, y quisiera

que vosotros siguierais siendo *sus* hermanos».

«¡Maestro santo!... ¿Pero siempre siempre conoces todo? Mira, algunas veces nosotros nos decimos que no es así, porque vas a lugares donde encuentras enemigos. ¿Antes de ir a esos lugares ya sabes que los vas a encontrar, y vas para combatirlos con tu amor, para someterlos al amor, o... por el contrario no lo sabes y ves a los enemigos sólo cuando los tienes enfrente de ti y lees sus corazones? Una vez me dijiste —estabas muy triste también entonces, y por la misma causa— que te sentías como uno que no ve...».

«He experimentado también este martirio del hombre: el tener que seguir adelante sin ver, poniéndome totalmente en manos de la
527.7 Providencia. [7]Tengo que conocer todo del hombre. Menos la culpa consumada. Y esto no por una barrera que haya puesto el Padre mío a la carne, al mundo y al demonio, sino por mi voluntad de hombre. Yo soy como vosotros. Pero sé querer más que vosotros. Por eso, sufro las tentaciones pero no cedo a ellas. Y en esto está, como para vosotros, mi mérito».

«¡Tentaciones Tú!... Me parece casi imposible...».

«Porque tú sufres pocas. Eres puro y piensas que, siéndolo Yo más que tú, no deberé conocer la tentación. Efectivamente, la carnal es tan débil respecto a mi castidad, que el *yo* jamás la siente. Es como si un pétalo golpeara un trozo de granito sin fisuras. Pasa... Hasta el diablo se ha cansado de lanzar contra mí este dardo. Pero, Juan, ¿no piensas cuantas otras tentaciones hay alrededor de mí?».

«¿De ti? No tienes avidez de riquezas ni de honores... ¿Y cuáles son?...».

«¿No piensas que tengo una vida, unos afectos, también unos deberes, hacia mi Madre, y que estas cosas me tientan a evitar el peligro? Ella, la Serpiente, lo llama "peligro". Pero su verdadero nombre es "Sacrificio". ¿Y no piensas que tengo sentimientos Yo también? El *yo* moral no está ausente de mí, y sufre por las ofensas, por los escarnios, por las dobleces. ¡Oh, Juan mío! ¿No te preguntas qué asco producirá en mí la mentira y el mentiroso? ¿Sabes cuántas veces el demonio me tienta a a reaccionar contra estas cosas, que me causan dolor, a reaccionar dejando la mansedumbre y poniéndome duro, intransigente? Y, en fin, ¿no piensas cuántas veces lanza su abrasador hálito de soberbia, y dice: "Gloríate de esto o de aquello. Eres grande. El mundo te admira. ¡Los elementos te sirven!"? ¡La tentación de complacerse en ser santo! ¡La más sutil! ¡Cuántos, por esta soberbia, pierden la santidad que habían conquistado! ¿Con qué corrompió Satanás a Adán? Con la tentación del sentido, del pensamiento y del espíritu. ¿Y no soy Yo el Hombre que debe crear otra vez al hombre?

De mí, la nueva Humanidad. Entonces, Satanás busca los mismos caminos para destruir, y para siempre, a la raza de los hijos de Dios.
[8]Ahora ve donde tus compañeros y repite mis palabras. Y no pienses 527.8
si sé o si no sé lo que hace Judas. Piensa que te amo. ¿No es suficiente este pensamiento para ocupar a un corazón?».

Le besa y le deja marchar. Y, otra vez solo, alza los ojos al cielo que se ve entre las frondas de los olivos y gime: «¡Padre mío! Haz que al menos, hasta la última hora, pueda tener oculto el Delito. Para impedir que estos amados míos se manchen de sangre. ¡Piedad de ellos, Padre mío! Son demasiado débiles como para no reaccionar ante la ofensa! ¡Que ellos no tengan odio en su corazón en la hora de la Caridad perfecta!», y se enjuga unas lágrimas que sólo Dios ve...

528. En Nob. Consuelo materno de Elisa y regreso inquietante de Judas Iscariote.

9 de noviembre de 1946.

[1]«¡Sí, Maestro! Judas de Keriot está aquí desde hace muchos días. 528.1
Vino al atardecer de un sábado. Parecía cansado, jadeante. Decía que te había perdido por las calles de Jerusalén, que te había buscado presuroso en todas las casas adonde normalmente vas. Aquí venía todos los atardeceres. Dentro de poco vendrá. Por la mañana se marcha, y dice que va a los aledaños a predicarte».

«De acuerdo, Elisa... ¿Y tú le has creído?».

«Maestro, Tú sabes que no me gusta ese hombre. Si hubieran sido así mis hijos, habría rogado al Altísimo que me los hubiera llevado. No he creído en sus palabras, no. Pero por amor a ti he guardado en mí mi juicio... Y he sido materna con él. Al menos así he conseguido que volviera aquí todas las noches».

«Has hecho bien». Jesús la mira muy fijamente y, al improviso, pregunta: «¿Dónde está Anastática?».

Elisa se cubre de un rubor violáceo, propio de una persona anciana, pero responde con franqueza: «En Betsur».

«Has hecho bien también en esto. Y, te lo ruego, compadécete de ese hombre».

«Es por esta compasión por lo que he querido apagar el incendio antes de que se extendiera con escándalo, o, cuanto menos, asustando a la hija».

«Que Dios te bendiga, mujer justa...».

[2]«¿Sufres mucho, Maestro?». 528.2

«Sufro. Es verdad. A una madre se lo puedo decir».

«A una madre se lo puedes decir... Si no fueras Jesús, el Señor, querría recibir tu cabeza cansada en mi hombro y apretar tu corazón afligido contra mi corazón. Pero Tú eres tan santo que no puede una mujer, que no sea tu Madre, tocarte...».

«Elisa, buena amiga de mi Madre y madre buena, tu Señor pronto será tocado por manos mucho menos santas que las tuyas, y besado... ¡oh!... Y después, otras manos... Elisa, si te fuera permitido tocar el Santo de los Santos, ¿con qué espíritu lo harías? ¿Te abstendrías, acaso, si la voz de Dios, entre la nube de los inciensos, te pidiera amor para recibir por fin una caricia de amor después de tantos que se acercan a Él sin amor?».

«¡Mi Señor! Si Dios me lo pidiera, de rodillas iría a cubrir de besos el lugar santo. ¡Y ojalá quisiera Dios sentirse satisfecho, consolado con mi amor!».

«Entonces, Elisa, buena amiga de mi Madre y fiel y buena discípula de tu Salvador afligido, déjame apoyar la cabeza en tu corazón, porque mi corazón está afligido hasta el punto de experimentar penas de muerte».

Y Jesús, estando sentado donde está, ante Elisa, que está de pie cerca de Él, apoya realmente la frente contra el pecho de la anciana discípula, y lágrimas silenciosas se deslizan por la túnica obscura de la mujer, que no puede contenerse de apoyar la mano en la cabeza que está reclinada en su corazón, y luego, al sentir que caen lágrimas en sus pies, calzados con sandalias pero desnudos, se inclina para rozar con un beso los cabellos de Jesús, y, a su vez, llora silenciosamente, y alza los ojos al cielo con muda oración. Parece una muy anciana Madre Dolorosa. No pretende otros gestos o palabras; pero con este acto suyo es tan "madre", que más no podría serlo.

Jesús levanta la cara y la mira. Sonríe levemente y dice: «Que Dios te bendiga por tu piedad. ¡Bien necesaria es una madre cuando el dolor desborda las fuerzas del hombre!».

Se pone en pie. Mira otra vez a la discípula y dice: «Este momento queda entre tú y Yo, en todos sus elementos. Para esto me he adelantado solo».

«Sí, Maestro. Pero no puedes seguir solo. Dispón que venga tu Madre».

528.3 «Dentro de dos lunas estará conmigo...», [3]y está para decir alguna otra cosa, cuando abajo, en la cocina, resuena la voz fuerte, siempre un poco achulada e irónica, de Judas de Keriot: «¿Todavía con tu trabajo de talla, viejo? ¡Hace frío! Y aquí no hay fuego. Tengo hambre. Y no hay nada preparado. ¿Es que está dormida Elisa? Ha querido ella sola. Pero los viejos son lentos y su memoria es débil. ¡Eh!

¿No hablas? ¿Esta tarde estás completamente sordo?».

«No. Pero te dejo hablar, porque tú eres apóstol y no me está indicado reprenderte» responde el anciano.

«¿Reprender? ¿Por qué?».

«Busca en ti mismo y lo hallarás».

«Mi conciencia no tiene voz...».

«Señal de que es deforme, o que la has malogrado».

«¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!». Debe ser que Judas sale de la cocina, porque se oye primero un portazo y luego pisadas en la escalera.

«Bajo a preparar las cosas, Maestro».

«Ve, Elisa».

Elisa sale de la habitación de arriba y pronto encuentra a Judas, que está para poner pie en la terraza.

«Tengo frío y hambre».

«¿Y nada más? Entonces, hombre, tienes muy poco todavía».

«¿Y qué más debería tener?».

«¡Pues... muchas cosas!...». La voz de Elisa se aleja.

«Todos unos viejos necios. ¡Uf!...». [4]Empuja la puerta y se en- 528.4
cuentra de frente a Jesús. Del estupor, retrocede un paso. Se recupera para decir: «¡¡Maestro!! ¡La paz a ti!».

«La paz a ti, Judas». Jesús recibe el beso del apóstol, pero no lo devuelve.

«Maestro. Tienes...? ¿No me besas?».

Jesús le mira y calla.

«Es verdad. He errado. Y no besarme es lo mínimo que me puedes hacer. Pero no me juzgues demasiado severamente. Aquel día me vi rodeado por algunos que... no te amaban y disputé con ellos hasta quedarme ronco. Después... dije: "¡¿Quién sabe a dónde habrá ido?!", y volví aquí para esperarte. ¿No es ya, de hecho, tu casa ésta?».

«Sí, mientras me lo conceden».

«No querrás guardarme rencor por esto...».

«No. Solamente quiero que consideres el mal ejemplo que has dado a los otros».

«¡Ya! Ya oigo sus palabras. Pero tengo justificaciones ante ellos. Ante ti ni siquiera me justifico porque sé que ya me has perdonado».

«Te he perdonado ya, es verdad».

Sería lógico esperar de Judas un acto de humildad, de amor, por tanta bondad; sin embargo, manifiesta uno totalmente opuesto, un acto de enojo mientras exclama: «¡¿Entonces no hay forma de verte airado?! ¿Qué hombre eres?».

Jesús calla. Judas le mira —él, en pie; Jesús, sentado y cabizbajo— y menea la cabeza con una sonrisa maligna en sus labios. Y el

episodio queda superado para él. Se pone a hablar de esto o aquello, como si fuera el que, de todos, estuviera más en orden.

528.5 [5]Se hace de noche. Cesan los ruidos de la calle. «Vamos a bajar» ordena Jesús.

Entran en la cocina, donde resplandece el fuego en el hogar y arde una lámpara de tres boquillas. Jesús, cansado, se sienta cerca del hogar y parece adormilarse con el calorcito...

Llaman a la puerta. El anciano abre. Son los apóstoles. Pedro, que es el primero en entrar, ve a Judas y arremete contra él: «¿Se puede saber dónde has estado?».

«Aquí. Simplemente, aquí. Era estúpido correr de acá para allá siguiendo a seres desaparecidos. Vine aquí, adonde estaba seguro que volveríais».

«¡Bonito modo de actuar!».

«El Maestro no me ha reprendido por ello. Y, por lo demás, has de saber que no he perdido mi tiempo. He evangelizado todos los días, y he hecho milagros también; y eso es bueno».

«¿Y quién te había autorizado a ello?» dice Bartolomé en tono severo.

«Nadie. Tú, no. Nadie. Pero ya basta de ser unos... personas... En definitiva, que la gente se asombra y murmura y se ríe de nosotros, apóstoles que no hacemos nada. Y yo, que sé esto, he obrado por todos. Y he hecho más todavía. He ido a ver a Elquías y le he demostrado que no se obra mal cuando uno es santo. Había muchos. Los he convencido. Ya veréis como aquí no nos van a molestar. Y ahora estoy contento».

Los apóstoles se miran. Miran a Jesús: su rostro es impenetrable; parece velado por un gran cansancio físico, que es lo único que se ve.

«De todas formas, hubieras podido hacer esto con licencia del Maestro» observa Santiago de Alfeo. «Hemos estado siempre preocupados por causa tuya».

«¡Bueno, bien! Pues ahora se os calman todas las angustias. Él no me habría dado permiso. Nos... tutela demasiado. Hasta el punto de que la gente murmura que está celoso de nosotros, que teme que hagamos más que Él, y también que Él nos castiga. La gente tiene lengua mordaz. La verdad, por el contrario, es que Él nos quiere más que a la niña de sus ojos... ¿No es verdad, Maestro?... Y teme que incurramos en peligros o que... quedemos mal. Y también nosotros, por dentro, pensábamos que estábamos como castigados, y que Él tenía celos...».

«¡Eso sí que no! ¡Yo nunca he pensado eso!» interrumpe Tomás. Y los otros hacen coro.

Menos Judas Tadeo, que planta sus ojos francos y bellísimos en los ojos también bellísimos, pero huidizos, de Judas, y dice: «¿Y cómo has podido hacer milagros tú? ¿En nombre de quién?».

«¿Que cómo? ¿Que en nombre de quién? ¿Pero no recuerdas que Él nos dio este poder? ¿Acaso nos lo ha quitado? No, que yo sepa. Así que...».

«Así que yo no me permitiría nunca hacer nada sin su consentimiento y mandato».

«Bueno, pues yo lo he querido hacer. Temía no saber hacerlo ya. Lo he hecho. ¡Estoy contento!», y corta la discusión saliendo al huerto oscuro.

Los apóstoles se miran otra vez. Están asombrados de tanta audacia. Pero ninguno se siente con fuerzas de decir algo que pudiera entristecer más todavía a su Maestro, cuyo rostro refleja incluso sufrimiento.

Se desembarazan de los fardeles (Juan, Andrés y Tomás los llevan arriba). Y Bartolomé, agachándose para recoger una rama seca que se ha caído de un haz, le susurra a Pedro: «¡No quiera Dios que le haya ayudado el demonio!».

Pedro hace un gesto con las manos, como diciendo: «¡Misericordia!», pero no responde ni una sola palabra. Va donde Jesús, le pone una mano en el hombro y le pregunta: «¿Estás muy cansado?».

«Mucho, Simón».

[6]«Está ya preparado, Maestro. Ven a la mesa. O... no, quédate 528.6
ahí, cerca de la lumbre. Te llevo la leche y el pan» dice Elisa. Y, efectivamente, habiendo puesto en una bandeja un tazón grande de leche humeante, y pan cubierto de miel, se lo lleva a Jesús y espera a que Él ore en pie ofreciendo el alimento. Luego se acurruca en el suelo, buena, anciana, materna, llena de deseos de consolarle, y le sonríe mientras le anima a que coma, y —puesto que Jesús la ha regañado dulcemente por la miel extendida en el pan— le responde: «¡Te daría mi sangre para darte fuerzas, Maestro mío! Esto no es más que la pobre miel de mi huerto de Betsur, y sólo puede darte alivio al cuerpo. Pero mi corazón...».

Los otros comen alrededor de la mesa, con el fuerte apetito de quien ha andado mucho. Y Judas, tranquilo, casi con chulería, come con ellos, y es el único que habla...

Sigue hablando, cuando Jesús ordena: «Que cada uno de vosotros vaya a las casas que os dan hospedaje. Id. La paz sea con vosotros».

Se quedan con Él Judas, Bartolomé, Pedro y Andrés. Y Jesús ordena inmediatamente el descanso. Está mortalmente cansado. Tanto que no puede ya sostener la fatiga de hablar y de oír hablar, y —esto

lo pienso yo— la de soportar el esfuerzo de dominarse respecto a Judas de Keriot...

529. Enseñanzas a los apóstoles mientras realizan trabajos manuales en casa de Juan de Nob.

12 de noviembre de 1946.

529.1 [1]Son fríos y serenos días de invierno. En la cima del montecito donde está construida Nob el viento no falta casi nunca, aunque templado por el Sol, que desde la aurora al ocaso acaricia con sus rayos las casas y los huertos, que verdecen con verduras invernales. Pequeños huertos al amparo de las casas, con pequeños bancales verdes por las hortalizas, y con otros del color de la tierra cuando está bien nutrida, desnudos bancales ya preparados para la siembra de las legumbres. Los ojos, mirando alrededor, donde no ven tono gris de olivos, o serpentino y esquelético fluir de vides desnudas, ven pequeños campos arados, ciertamente sembrados ya con cereales, que pronto germinarán con el primer calor de la precoz primavera palestina, llena de templanzas de sol. Yo casi diría que en los días serenos, como es el que contemplo, hay ya templanza de primavera, germinadora, tanto que en los almendros rayanos a las casas las yemas se hinchan en las ramas que sólo pocos días antes aparecían completamente infecundas; yemas que apenas destacan en las ramas oscuras, oscuras también ellas, pero que ya testifican que la vida llega, que próximo a despertar está el robusto tronco.

En el pequeño huerto de Juan, en la parte de atrás de la casa, hay una franjita de terreno cultivado, mientras que el terreno que orilla la casa está custodiado por el nogal. En esa franjita se alza un grueso almendro —quizás más viejo que el amo—, tan pegado a la casa, que por un buen trecho de tronco ha tenido que echar ramas sólo por tres partes, porque en la cuarta la pared de la casita lo impedía. Pero, más arriba, el árbol se suelta formando una maraña de ramas que, cuando florezcan, deberán parecer una nube ligera por encima de la pobre terraza, un precioso dosel, más hermoso que un baldaquino regio.

Y para no estar ociosos, Jesús y los apóstoles trabajan bajo el solecito que alegra y calienta. Ceñida la túnica a la cintura, los que saben de carpintería y de cierres arreglan o hacen nuevos utensilios y jambajes. Otros excavan el terreno con la azada, o recalzan en las verduras trasplantadas, refuerzan un seto de cañas secas y de espino albar verde que cierra por dos partes el huertecillo, o podan el al-

mendro y el nogal, y atan sarmientos que el viento del invierno ha desatado. He notado que donde está Jesús nunca se ocia. Él es el primero en enseñar la belleza de la laboriosidad manual, cuando otras operaciones evangélicas están suspendidas. También hoy Jesús, junto con sus primos, está arreglando una puerta que en la parte baja estaba podrida y que tenía el cerrojo medio arrancado. Por su parte, Felipe y Bartolomé trabajan con tijeras de podar y hocino en viejos árboles frutales, mientras los pescadores están atareados con unas sogas y unas mantas viejas: quién componiéndolas con unos puntos... muy masculinos, quién poniendo arandelas y carrillos (quizás con la intención de crear en la terraza un toldo útil en el verano).

[2]«Vas a estar muy bien aquí, Elisa» dice Pedro asomándose por el 529.2
antepecho de la terraza para hablar con la anciana discípula, que está hilando lana, sentada contra la soleada pared.

«Sí. Cuando la vid esté templada y el almendro arreglado, este lugar, en verano, será verdaderamente bueno» dice Felipe entre dientes, porque tiene en la boca unos juncos con los que está atando los sarmientos a los soportes.

Jesús levanta la cabeza para mirar, mientras Elisa la alza para mirar al Maestro y dice: «¿Quién sabe si estaremos aquí en el verano...».

«¿Por qué no íbamos a estar, mujer?» pregunta Andrés.

«Pues... no sé... Yo no hago ya cálculos sobre el futuro desde que... desde que he visto que todos mis pronósticos terminaban con un sepulcro».

«¡Oye, pero tendría que morir el Maestro para no estar ya nosotros aquí! Ya el Maestro ha elegido este lugar como morada suya. ¿No es verdad, Maestro?» pregunta Tomás.

«Es verdad. Pero también es verdad lo que dice Elisa...» responde Jesús mientras trabaja con el cepillo en el lado de la puerta que está arreglando.

«Pero eres joven. ¡Y, sobre todo, estás sano!».

«No se muere sólo de enfermedad» dice Jesús.

«¿Quién habla de muerte? ¿Tú, Maestro? ¿Para ti?... [3]La verdad 529.3
es que desde hace un tiempo parece calmado el odio. Mira, ya no nos molesta nadie. Saben que estamos aquí. Incluso ayer se encontraron con nosotros mientras volvíamos de la ciudad con las compras y no nos molestaron» dice Bartolomé.

«Sí. Lo mismo nosotros, mientras íbamos a los pueblos cercanos a avisar que estabas aquí. Nunca ninguna molestia. Y fíjate que se han visto Elquías y Simón, y luego Sadoq y Samuel, y también Nahum con... Doras. Es más, nos han saludado. ¿Verdad, Santiago?» dice Juan dirigiéndose a su hermano.

«Si. Debemos convenir en que el trabajo de Judas de Keriot ha sido verdaderamente bueno, mientras que nosotros en nuestro corazón le criticábamos. ¡Hemos vuelto aquí, y ninguna molestia! Los hechos han confirmado sus palabras. Parece como si hubiéramos vuelto a los bonitos tiempos de Agua Especiosa. A los primeros de esos tiempos... ¡Oh, ojalá fuera verdad!» dice Santiago de Zebedeo.

«¡Ojalá fuera verdaderamente así!» suspira Pedro.

«No siempre el tiempo está sereno cuando no brama el rayo» sentencia Elisa haciendo girar su huso.

«¿Qué quieres decir con eso?» pregunta Pedro.

«Digo que a veces una gran paz en lugar donde hay tormentas es preparación a una tempestad más peligrosa que nunca. Tú, que eres pescador, deberías saberlo».

«¡Claro que lo sé, mujer! El lago, a veces, es una enorme tina llena de aceite azul; pero, casi siempre, cuando pende la vela y el agua está detenida de esa forma, pronto hay una tempestad, y de las peores. Viento de bonanza, viento de sepulcro para los navegantes».

«¡Mmm! ¡Ya! Por eso, si estuviera en vuestro lugar, desconfiaría de tanta paz. ¡Demasiada paz!».

«¡Pero entonces! Si cuando hay guerra se sufre porque hay guerra y cuando hay paz se sufre porque puede venir la guerra aún más cruel, ¿cuándo puede uno sentirse feliz?» pregunta Tomás.

«En la otra vida. Aquí el dolor está siempre pronto».

«¡Uf, qué lúgubre estás, mujer! ¡Entonces está muy lejano el tiempo de felicidad! ¡Soy uno de los más jóvenes! Alégrate, Bartolmái, que eres el que más cerca está de gozarlo. Tú y el Zelote» dice de broma Santiago de Zebedeo.

«¡Lúgubre y sagaz, mujer! ¡Claro, las mujeres ancianas! Pero alguna vez aciertan. También mi madre, cuando dice a uno de nosotros: "¡Ten cuidado, que vas por el camino de cometer una estupidez por esto o por aquello otro!", adivina siempre» dice Tomás, que está agachado escarbando en la tierra.

«Las mujeres son malignas o más astutas que los zorros. Nosotros no valemos nada respecto a ellas, para entender ciertas cosas que se querría que no entendieran» sentencia Pedro.

«Tú cállate, que a ti te ha tocado una mujer que creería incluso si le dijeras que el Líbano se ha hecho de mantequilla. Lo que tú dices es ley para ella. Escucha, cree y calla» dice su hermano Andrés.

«Sí... pero su madre vale por ella y por otras cien mujeres. ¡Qué serpiente!».

Todos se ríen, incluidos Elisa y el anciano que ayuda a los jóvenes a cavar.

[4]Regresan el Zelote, Mateo y Judas de Keriot. 529.4

«Todo hecho, Maestro. ¡Venimos cansados! ¡Qué vuelta más grande! Pero mañana voy a descansar. Mañana os toca a vosotros» dice Judas Iscariote hablando a los que cavan la tierra. Y va donde ellos y coge una azada para trabajar.

«¿Pero si estás cansado por qué trabajas?» le pregunta Tomás.

«Porque tengo que plantar arbolitos. Este lugar está pelado como el cráneo de un viejo, y es una pena» sentencia, e hinca la azada en el suelo con enérgicos golpes con el pie.

«¡En los buenos tiempos no estaba así! Pero luego... Demasiadas cosas murieron, y a mí no me valía la pena trabajar en rehacer esto. Soy viejo y, más que viejo, estaba desolado» responde el anciano.

«¿Pero qué agujeros estás haciendo! Para árboles, no para pequeños tallos, como dices» observa Felipe, que baja después de haber atado las vides.

«Cuando un árbol es joven es siempre un pequeño tallo. Los míos son eso. El tiempo es bueno. Me lo ha asegurado el que me los ha dado. ¿Sabes quién, Maestro? Pues ese pariente de Elquías que es cultivador. Y cultiva bien. ¡Un huerto! ¡Y unos olivos! Estaba renovando una parte del olivar. Le dije: "Dame de estos árboles". "¿Para quién?" preguntó. "Para un viejecito de Nob que nos alberga en su casa. Servirán para que me perdone todos los escándalos que le ha dado"».

«No, hijo. Eso puede suceder con una buena conducta, no con los árboles. Y con Dios. Yo... yo miro, oro y perdono. Pero mi perdón... De todas formas, te quedo agradecido por los arbolitos... Aunque... ¿Tú crees que podré comer sus frutos?».

«¿Por qué no? Siempre hay que tener esperanza. Es más, siempre hay que querer triunfar... Y entonces se triunfa».

«¡No hay triunfo sobre la vejez! Y tampoco lo deseo».

«Sobre otras muchas cosas no hay triunfo. ¡Si bastara querer para tener! Yo tendría a mis hijos» suspira Elisa.

[5]«Maestro, lo que dice Elisa me hace recordar una pregunta que 529.5
nos han hecho hoy algunos por el camino. Decían —porque había sucedido un hecho en un pueblo— que si es verdad que el milagro es siempre prueba de santidad. Yo decía que sí. Pero ellos decían que no, porque en ese pueblo, que está en la frontera con Samaria, el que había realizado cosas extraordinarias, sin duda, no era un justo. Yo les he hecho callarse diciendo que el hombre juzga siempre mal y que aquel al que llamaban no justo quizás lo era más que ellos. ¿Tú que dices?» pregunta Mateo.

«Digo que teníais razón todos. Cada uno por su parte. Tú, diciendo que el milagro es siempre prueba de santidad. En términos gene-

rales es así. Y también diciendo que no se debe juzgar para no errar. Pero también tenían razón ellos al sospechar otras fuentes de lo extraordinario del hombre».

«¿Qué fuentes?» pregunta Judas Iscariote.

«Las tenebrosas. Hay criaturas —adoradoras ya de Satanás, porque tienen el culto de la soberbia— que con tal de imponerse a los demás se venden al Tenebroso para tenerle como amigo» le responde Jesús.

«¿Pero eso es posible? ¿No es una leyenda de países paganos el que el hombre pueda hacer contratos con el demonio y con los espíritus infernales?» pregunta, estupefacto, Juan.

«Es posible. No como se narra en las leyendas paganas, no con monedas y contratos materiales, sino con la elección, con la donación de sí al Mal con tal de gozar de una hora cualquiera de triunfo. En verdad os digo que los que, con tal de tener éxito en un propio fin, se venden al Maldito son más numerosos de lo que se cree».

«¿Y tienen ese éxito? ¿Obtienen exactamente aquello que piden?» pregunta Andrés.

«No siempre y no todo. Pero algo sí».

«¿Y cómo es posible? ¿Tan poderoso es el demonio como para poder remedar a Dios?».

«Tanto... *y nada, si el hombre fuera santo.* Pero es que muchas veces el hombre es de por sí un demonio. Nosotros combatimos las posesiones evidentes, ruidosas, vistosas. De ésas todos se dan cuenta... Son... poco cómodas para los familiares y convecinos, y, sobre todo, se manifiestan con formas materiales. El hombre percibe siempre lo material, lo que choca con sus sentidos. Lo inmaterial, lo que es perceptible solamente con lo inmaterial —razón y espíritu— no lo percibe, y, aunque lo perciba, no se ocupará de ello, especialmente si no le perjudica. ¡Estas posesiones ocultas, pues, escapan a nuestro poder de exorcistas! Y son las más dañinas, porque trabajan en la parte más selecta, con la parte más selecta y hacia otras partes selectas: de razón a razón, de espíritu a espíritu. Son como miasmas corruptores, impalpables, inadvertibles hasta que la fiebre de la enfermedad advierte a quien la ha adquirido que la ha adquirido».

529.6 [6]«¿Y Satanás ayuda? ¿Verdaderamente? ¿Por qué? ¿Y por qué Dios le deja actuar? ¿Y le va a dejar actuar siempre? ¿Incluso cuando Tú ya reines?».

Todos preguntan.

«Satanás ayuda para acabar de subyugar. Dios le deja actuar porque de esta lucha entre lo Alto y lo Bajo, el Bien y el Mal, surge el valor de la criatura. El valor y la voluntad. Siempre le dejará actuar.

Aun después de que Yo haya sido elevado al Cielo. Pero entonces Satanás tendrá contra él a un enemigo bien grande y el hombre tendrá a una amiga bien poderosa».

«¿Quién? ¿Quién?».

«La Gracia».

«¡Ah, bien! Entonces para los de nuestro tiempo, sin gracia, será más fácil ser subyugados, pero será también menos grave la caída» dice Judas Iscariote, que no para de cavar.

«No, Judas. El juicio será igual».

«Injusto entonces, porque si somos ayudados menos, como consecuencia, deberíamos ser condenados menos».

«No te falta algo de razón» dice Tomás.

«No, Toma, está equivocado. Porque los israelitas tenemos ya mucho de fe, esperanza, caridad, y muchas luces de Sabiduría, de forma que no podemos tener la excusa de la ignorancia. Y vosotros... vosotros que tenéis a la Gracia como Maestra vuestra desde casi tres años, *seréis ya juzgados como los del tiempo nuevo*» dice Jesús marcando mucho las palabras y mirando a Judas, que ha levantado la cabeza y está pensativo mirando fijamente hacia el vacío.

Luego Judas de Keriot menea la cabeza, como concluyendo un razonamiento interno suyo, y, hundiendo nuevamente la azada en la tierra, pregunta: «¿Y el que se da así al demonio, qué es luego?».

«Un demonio».

«¡Un demonio! De esa forma, si yo, por ejemplo, con tal de afirmar que el contacto contigo da un poder sobrenatural, hiciera cosas... que Tú censuras, ¿sería un demonio?...».

«Tú lo has dicho».

«¡Espero que no las hagas, ¿no?!...» dice Andrés casi asustado.

[7]«¿Yo? ¡Ja! ¡Ja! Yo planto los arbolitos a nuestro viejo» y corre al 529.7
otro lado del huerto y vuelve con cinco plantas, pesadas, sin duda, por el terrón que envuelve sus raíces.

«¿Pero has venido desde Beterón con esa carga al hombro?» pregunta Pedro.

«¡Di, más bien, desde más allá de Gabaón! Allí es donde hay una parte de los huertos de Daniel. ¡Qué tierra más magnífica! ¡Mirad!...», y desmenuza entre sus dedos la tierra que envuelve las raíces. Luego desata el nudo que mantiene unidos los cinco tallitos (ya tan gruesos como un brazo). Sólo dos de ellos tienen ya en el extremo unas pocas hojas. Y son hojas de olivo. «Mirad. Éste por Jesús y éste por María, que son la paz del mundo. Son los primeros que planto porque yo soy un hombre de paz. Aquí... y aquí», y los coloca en los dos extremos de la franjita de tierra. «Y aquí un manzano, joven y

bueno como el del Edén, para recordarte, Juan, que tú también vienes de Adán y no te debes asombrar de que... yo pueda ser pecador. Cuidado, tú, con la Serpiente... Y aquí... No, aquí no está bien. Allí delante, junto a la pared, esta higuera joven. ¿Cómo es posible no tener una higuera en el huerto, si aquí nacen como la grama? Y en el agujero del centro vamos a meter este joven almendro. Aprenderá del centenario la virtud de producir. ¡Ya está! Tu huertecito será bonito en un futuro... y, mirándolo, te acordarás de mí».

«Te recordaría de todas formas, porque has estado aquí con el
529.8 Maestro. [8]Todo me hablará de este tiempo. Y, mirando las cosas, diré: "¡Como un hijo, Él quiso reparar mi casa!". No obstante, si pudiera tener un deseo distinto del que quizás ya está escrito en el Cielo, quisiera no tener la ocasión de recordar este tiempo tan hermoso para mí, más hermoso que cuando estos árboles, ahora viejos, eran jóvenes, y jóvenes éramos yo y mi esposa, y aquí jugaba mi hijita... y... cuidar el manzano y el granado, la higuera y la vid, daba satisfacción, porque las manitas de mi hija eran ávidas y era hermoso ver a mi esposa tejiendo o hilando sentada a la sombra verde de los árboles... Después... una vez que se marchó mi hija —¡y tan desmemorada!—... enferma y luego muerta mi esposa... ¿para qué cuidar y para quién lo que en el pasado fue hermoso? Y todo ha muerto, menos los dos viejotes que recuerdan mi infancia... Quisiera morir antes de tener la ocasión de recordar, y estando aquí una mujer justa, como era Lía. Te agradezco estos árboles, el trabajo, todo. A todos os doy las gracias. Pero le ruego a mi Señor que desarraigue mi viejo árbol de este terreno antes de que concluya esta hora de paz para el viejo Juan...».

Jesús se acerca a él y le pone una mano en el hombro, dulce y grave al mismo tiempo: «Muchas cosas has sabido hacer en tu larga vida. Te falta todavía una: la de aceptar de Dios la hora de la muerte sin pedir que sea ni anticipada ni retrasada un minuto. A muchas cosas te has resignado. Por eso, Dios te ama. Pues que sepas resignarte a la cosa más difícil: vivir cuando lo único que se desearía es morir. Y ahora vamos a entrar en la casa. El Sol desciende tras los montes y el frío aumenta enseguida. Empieza el sábado. Después del sábado terminaremos los trabajos...» y, recogiendo sierra, cepillo y martillo, entra de nuevo en casa, mientras los otros terminan de unir en haces las ramas podadas, terminan de regar los árboles plantados y de poner en sus goznes la puerta rehecha.

530. Otra noche de pecado de Judas Iscariote.

14 de noviembre de 1946.

[1]Toda Nob duerme todavía. Es el primer claror del día. El alba, 530.1
con las luces difuminadas del invierno, tiene delicadeza de colores irreales. No es la luz verdeplata de las alboradas veraniegas, que tan rápidamente se afirma y se transforma en oro pálido y después en un rosa cada vez más encendido; es un verde jade, difuminado en un gris azul tenuísimo, la que la señala en el Oriente en un pequeño semicírculo, bajo, en el extremo del horizonte. Un punto de una luminosidad velada y casi cansada, como de pálida llama de azufres encendidos tras cortinas de humo blanquecino. Y a duras penas se ensancha en el cielo, que todavía aparece ceniciento, aunque sea un cielo sereno todavía con estrellas que titilan sobre el mundo. A duras penas rechaza el color grisáceo para abrir paso a su precioso color de pálido jade y al puro cobalto del cielo palestino. Parece, tímida y friolera, detenerse en el salto de Oriente. Se demora allí todavía, levísimamente dilatada en su semicírculo de luminosidad sulfúrea, y levísimamente diluido su color del verde muy claro al blanco mezclado con un atisbo de amarillo... Cuando, he aquí que queda anulada por un subitáneo rosa que libera el cielo del último velo nocturno y le pone terso y primoroso como un baldaquino de raso zafíreo; y un fuego se enciende en el extremo horizonte: como si se hubiera caído una pared y hubiera quedado al descubierto un horno ardiente. ¿Pero es fuego o es un rubí encendido por un fuego escondido? No. Es el Sol que surge. Ahí está. En cuanto despunta por detrás de las curvas del horizonte, ya ha encontrado un mechón de nube para pintarlo de coral rosa, y a las gotas de rocío sobre las copas de los árboles de hoja perenne para cambiarlas en diamantes. Un alto roble, en el extremo del pueblo, tiene un velo de diamantes en las broncíneas hojas vueltas hacia Oriente. Cada una parece una estrellita titilante entre las ramas de este gigante que se sumerge con su cima en el azul.

Quizás durante la noche algunas estrellan han descendido demasiado hacia el pueblo para susurrar secretos celestes a los habitantes de Nob, o quizás para consolar con su luz pura al Hombre que, insomne, camina silenciosamente allá arriba, por la terraza de Juan. Sí, porque Jesús está despierto —el único en toda Nob, durmiente—, y va y viene lentamente por la terraza de la casita con los brazos cruzados debajo del amplio manto que le cubre entero bien ceñido, para defensa contra el frío, y que se ajusta como capucha también en la cabeza. Jesús, cada vez que llega a un extremo de la terraza, mira afuera y se asoma para ver la calle que pasa por el centro del pueblo.

Calle todavía semiobscura, vacía, silenciosa. Y luego reanuda sus pasos hacia allá y hacia acá, yendo y viniendo lentamente, silenciosamente, generalmente con la cabeza agachada, meditabundo, alguna vez observando el cielo, que se hace cada vez más luminoso, y las encantadoras tonalidades del alba y de la aurora, o siguiendo con la mirada el vuelo vibrante del primer gorrión despertado por la luz y que deja la teja plana hospitalaria de un tejado cercano para bajar a picotear a los pies del viejo manzano de Juan. Y luego, habiendo visto a Jesús, alza el vuelo de nuevo, con un *chip-chip* medroso que despierta a otros pajaritos anidados acá o allá.

530.2 [2]De un aprisco viene un balido de oveja y se pierde tremulento en el aire; de la calle, rumor de pisaduras presurosas. Jesús se asoma para mirar. Luego baja rápidamente por la escalerita, entra en la cocina obscura, deja cerrada la puerta tras sí. Los pasos se acercan, ya suenan en la franja de huerto de un lado de la casa. Se detienen delante de la puerta de la cocina. Una mano tienta la cerradura y siente que no está la llave; entonces mueve el pestillo —se puede accionar tanto desde fuera como desde dentro—, mientras una voz dice: «¿Será que se haya levantado ya alguno?». Y una mano abre cautamente la puerta evitando que chirríe. La cabeza de Judas de Keriot se introduce por la abertura... Mira... Oscuridad completa. Frío. Silencio.

«Se han olvidado abierta la puerta... Pues... me había parecido cerrada... ¡Bueno, no tiene importancia!... A los pobres no les roban los ladrones. ¿Y más miserables que nosotros!... ¡Pero... esperemos que... no siga mucho así! ¿Dónde está ese maldito eslabón?... No lo encuentro... Si logro encender el fuego... porque me he demorado; sí, verdaderamente me he demorado mucho... ¿Pero dónde estará? Demasiadas manos lo tocan. ¿Sobre el hogar? No... ¿Encima de la mesa? No... ¿En los bancos? No... ¿En la repisa?... Tampoco... Esa puerta carcomida chirría cuando se la abre... Madera carcomida... goznes oxidados... Todo viejo, enmohecido, horrible, aquí. ¡Ah, pobre Judas! Y no está... No voy a tener más remedio qué entrar por donde el viejo...».

Sin parar de hablar y palpando acá y allá, invisible en la sombra, va apartando, cautamente como un ladrón o una ave nocturna, los
530.3 obstáculos que podrían hacer ruido... [3]Y choca contra un cuerpo... emite un grito, ahogado, de terror.

«No temas. Soy Yo. Y el eslabón está en mi mano. Aquí está. Enciende» dice Jesús con tono sereno.

«¿Tú, Maestro? ¿Qué hacías aquí solo, en la obscuridad, con el frío...? Hoy habrá muchos enfermos, después de un sábado y dos dí-

as de tiempo lluvioso, pero no estarán aquí tan temprado. Se pondrán en marcha desde las ciudades cercanas ahora, no antes, porque sólo ahora se comprende que hoy no va a llover. El viento de la noche ha secado ya los caminos».

«Lo sé. Pero enciende una luz. No es de personas honestas hablar así, en las tinieblas; es de ladrones, de personas que urden engaños, de lujuriosos, de asesinos. Los cómplices en las malas acciones buscan las tinieblas. Yo no soy cómplice de nadie».

«Yo tampoco, Maestro. Quería preparar un buen fuego. Y por eso he sido el primero en levantarme... ¿Qué dices, Maestro? ¿Has susurrado algo entre dientes y no he comprendido».

«¡Venga, enciende!».

«¡Ah!... Así, he visto que el día está sereno. Pero hace frío. A todos les gustará encontrar un buen fuego... ¿Te has levantado al oírme moverme aquí o por el viejo que...? ¿Tiene todavía dolores?... ¡Por fin! Parecían húmedos la yesca y el eslabón, porque se resistían mucho a hacer chispa... Se han mojado...».

[4]Una llamita se alza del pabilo de una lamparita. Una sola llamita, pequeña, trémula... pero suficiente para ver las dos caras: el pálido rostro de Cristo, el moreno e impertérrito de Judas. 530.4

«Ahora enciendo el fuego... Estás pálido como un muerto. ¡No has dormido! ¡Y por ese viejo! Eres demasiado bueno».

«Es verdad, *soy demasiado bueno*. Con todos. Incluso con los que no lo merecen. Pero el anciano lo merece. Es un hombre honrado, un hombre de corazón fiel. A pesar de todo, no he estado en vela por él, sino por otro. Es verdad, la yesca y el eslabón estaban húmedos, pero no por causa de una taza volcada, o de otro líquido derramado, sino por mi llanto que ha goteado encima. Es verdad, el día está sereno, pero hace frío y el viento ha secado las calles, aunque hacia el alba ha caído el aguazo. Toca mi manto. Está húmedo... Y luego ha venido el alba para mostrar el tiempo sereno, ha venido la luz para mostrar un sitio vacío, ha venido el Sol de la aurora para hacer brillar las gotas de rocío en las hojas y las lágrimas en las pestañas. Es verdad. Hoy habrá muchos enfermos, pero Yo no los esperaba a ellos. *Te esperaba a ti*. Porque es por ti por quien he estado en vela toda la noche. Por ti, y, no pudiendo estar cerrado aquí a esperarte, he subido a la terraza, a echar al viento mi llamada, a mostrarles a las estrellas mi dolor y a la aurora mi llanto. No el anciano enfermo, sino el joven licencioso, el discípulo que evita al Maestro, el apóstol de Dios que prefiere la cloaca antes que el Cielo y la mentira antes que la Verdad, me ha tenido en pie toda la noche. Esperándote. Y, cuando he oído tus pasos, he bajado aquí... a lo mismo, a esperarte, no ya físi-

camente —ya te tenía cerca, vagando con movimientos propios de un ladrón por la cocina obscura—, sino con tu sentimiento... He esperado una palabra... Y no la has sabido decir cuando —Yo erguido— te has topado conmigo. ¿Entonces aquel al que estás vendiendo tu espíritu no te advirtió de que Yo sabía las cosas? ¡No, claro! No podía advertirte, ni podía sugerirte la única palabra que podías, que *debías* decir, si fueras un justo. Y te ha sugerido las falsedades no solicitadas, inútiles, más ofensivas aún que tu fuga nocturna. Te las ha sugerido con risa burlona, contento de haber conseguido que bajaras otro peldaño y de haberme causado otro dolor a mí. Es verdad, vendrán muchos enfermos; pero *el mayor enfermo* no vendrá a su Médico. Y el propio Médico está enfermo de dolor por este enfermo que no quiere curarse. Es verdad, todo es verdad. También es verdad que he susurrado una palabra que no has comprendido. ¿Después de todo lo que te he dicho, la adivinas?».

Jesús ha hablado con voz baja, pero tan incisiva y dolorosa y, al mismo tiempo, tan severa, que Judas, que al oír las primeras palabras estaba sonriente, erguido, arrogante, muy cerca de Jesús, poco a poco se ha ido retrayendo y contrayendo como si cada palabra hubiera sido un azote; mientras que Jesús se ha erguido cada vez más (verdaderamente juez y verdaderamente trágico con esta efigie suya dolorida).

Judas, arrinconado ya entre una masera y un rincón de la pared, susurra: «Pues... no sabría...».

«¿No? Bueno, pues Yo te la digo, porque no temo decir lo que es verdad. ¡*Embustero*! Esto es lo que te he dicho. Y, si aun se puede soportar al niño mentiroso, porque desconoce el valor de una mentira, y se le enseña a no volverla a decir, en un hombre eso no se soporta, y en un apóstol, discípulo de la Verdad misma, da asco. Absolutamente, da asco. Ya ves por qué te he esperado toda la noche y he llorado y he mojado la mesa, allí, donde estaba el eslabón, y luego he llorado velando y llamándote con toda el alma a la luz de las estrellas; ya ves por qué estoy mojado de rocío como el amador de los Cantares* *. Pero inútilmente mi cabeza está llena de rocío y mis rizos de las gotas de la noche, inútilmente llamo a la puerta de tu alma y le digo: "Ábreme, porque te amo a pesar de que no seas inmaculada". Es más, precisamente porque está manchada es por lo que quiero entrar en ella y limpiarla; precisamente porque está enferma es por lo que quiero entrar a curarla. ¡Ten cuidado, Judas! Ten cuidado, no sea que el Esposo se aleje, y para siempre, y que no puedas volverle

---

* *el amador de los Cantares*, en *Cantar de los Cantares 5, 2-6.*

a encontrar... [5]Judas, ¿no hablas?...». 530.5

«¡Ya es tarde para hablar! Tú lo has dicho: te doy asco. Arrójame de tu presencia...».

«No. También los leprosos me causan asco. Pero siento compasión de ellos. Y, si me llaman, acudo y los limpio. ¿No quieres ser limpiado?».

«Es tarde... y es inútil. No sé ser santo. Arrójame de tu presencia te digo».

«No soy uno de tus amigos fariseos, que llaman "impuro" a infinitas cosas y las evitan y las arrojan de su presencia con dureza, cuando podrían purificarlas con caridad. Yo soy el Salvador y no rechazo a ninguno...».

Un largo silencio. Judas está en su rincón, Jesús está apoyado con la espalda en la mesa (parece sujetarse en ella, cansado y afligido)... Judas levanta la cabeza. Le mira titubeante y susurra: «Y, si yo te dejara, ¿qué harías?».

«Nada. Respetaría tu voluntad. Orando por ti. Pero Yo también te digo que, aunque me dejaras, *ya es demasiado tarde*».

«¿Para qué, Maestro?».

«¿Para qué? Lo sabes como Yo... Ahora enciende el fuego. Por arriba alguien anda. Extingamos el escándalo aquí, entre nosotros. Para todos, hemos tenido un sueño breve... y el deseo de calor nos ha reunido aquí... ¡Padre mío!...».

Y, mientras Judas acerca la llama a los haces que están ya en el hogar, y sopla para que la llama prenda en virutas ligeras, Jesús levanta las manos a su cabeza y luego las aprieta contra los ojos...

531. En Nob, enfermos y peregrinos venidos de todas partes. Valeria y el divorcio. Curación del pequeño Leví.

15 de noviembre de 1946.

[1]Jesús se encuentra entre enfermos y peregrinos venidos a Él de 531.1
muchas partes de Palestina.

Hay incluso un navegante de Tiro al que una desgracia en el mar le dejó paralítico y que, ahora, cuenta esta vicisitud suya: la caída de un embalaje por el balanceo del barco (las mercancías pesadas le alcanzaron y le golpearon en la columna). No murió. Pero es más que un muerto, porque, todo acabado como está, obliga a sus familiares a no trabajar, para cuidarle. Dice que ha ido con ellos a Cafarnaúm y luego a Nazaret, y que ha sabido por María que estaba en Judea, concretamente en Jerusalén. «Me dio los nombres de los amigos que

podían alojarte. Y un galileo de Seforí me dijo que estabas aquí. Y he venido. Sé que no desprecias a nadie, ni siquiera a los samaritanos. Espero que escuches mi súplica. Tengo mucha fe».

Su mujer no habla. Pero, acurrucada al lado del jergoncillo en que han puesto al enfermo, mira a Jesús con ojos que suplican más que toda palabra.

«¿Dónde recibiste el golpe?».

«Debajo del cuello. Justo ahí sufrí el choque más fuerte y sentí un ruido en la cabeza —como cuando se golpea el bronce—, que luego se transformó en un continuo mugido de mar tempestuoso; y luces, luces de todos los colores empezaron a danzar delante de mí... Luego ya no sentí nada durante muchos días. Navegábamos en las aguas de Cintium y me vi en casa sin saber cómo. Y de nuevo oía el ruido en la cabeza y veía las luces en los ojos, esto durante muchos días. Luego se pasó... pero los brazos se han quedado muertos, y lo mismo las piernas. Un hombre acabado a los cuarenta años. Y tengo siete hijos, Señor».

«Mujer, incorpora a tu marido y destapa el sitio que recibió el golpe».

La mujer, sin decir nada, obedece. Con movimientos diestros y maternales, ayudada por el que ha venido con ella (no sé si es un hermano o un cuñado), introduce un brazo por debajo de los hombros de su consorte, mientras con la otra mano sujeta la cabeza, y, con la delicadeza con que daría la vuelta a un recién nacido, separa de la yacija el pesado cuerpo. Una cicatriz, todavía colorada, señala el punto de la herida mayor.

Jesús se inclina. Todos alargan el cuello para mirar. Jesús apoya la punta de los dedos en la cicatriz y dice: «¡Quiero!».

El hombre reacciona como si le hubiera tocado una corriente eléctrica, y lanza un grito: «¡Qué fuego!».

Jesús separa los dedos de las vértebras lesionadas y dice: «¡Álzate!».

El hombre no se lo deja decir dos veces. Apoyar en la yacija los brazos desde hace meses inertes, moverse para liberarse de quienes le tienen sujeto, bajar de la baja camilla las piernas y ponerse en pie queda hecho en mucho menos tiempo del que yo he empleado para describir las fases del milagro.

La mujer grita, el familiar grita, el hombre curado levanta los brazos al cielo, enmudecido de alegría. Un instante de alegría asombrada, luego gira en torno a sí mismo, seguro como el hombre más ágil, y se encuentra, cara contra cara, con Jesús. Entonces recobra la voz y grita: «¡Bendito seas Tú y quien te ha enviado! Yo creo en el

Dios de Israel y en ti, su Mesías», y se arroja al suelo a besar los pies de Jesús entre los gritos de la gente.

[2]Después los otros milagros; la mayor parte a niñitos, a mujeres, 531.2
a ancianos. Luego Jesús habla.

«Habéis visto el milagro de huesos fracturados que se saldan de nuevo y de miembros muertos que vuelven a vivir. Ver esto os lo ha concedido el Señor para confirmar la fe en los que creen y suscitarla en los que no la tienen. Y los milagros han sido concedidos a personas de todos los lugares que han venido aquí en busca de salud, impulsadas por la fe en mi virtud curativa.

Hay aquí judíos y galileos, libaneses y sirofenicios, habitantes de la lejana Batanea y de las costas marinas. Y todos han venido sin preocuparse de la estación del año ni de la largura del recorrido, y los familiares los han acompañado sin murmurar, sin dolerse por los trabajos dejados suspendidos o por los negocios abandonados. Porque todo sacrificio era nada en relación a lo que salían a obtener. Y, de la misma manera que han caído los egoísmos y las incertidumbres del hombre, igualmente han caído las ideas políticas o religiosas que antes constituían como una pared para considerar a todos hermanos, a todos iguales en la vida y en el sufrimiento, en el deseo y la esperanza de la salud y del consuelo. Y Yo, porque es justo que sea así, he concedido salud y consuelo a todos aquellos que han sabido unificarse en una esperanza que es ya fe.

[3]Yo soy el Pastor universal y debo acoger a todas las ovejas que 531.3
quieren entrar en mi rebaño. No hago distinción entre ovejas sanas y enfermas, entre ovejas débiles y fuertes, entre ovejas que me conocen porque ya pertenecían al rebaño de Dios y ovejas que hasta ahora no me conocían y no conocían ni siquiera al verdadero Dios. Porque Yo soy el Pastor de la Humanidad, y tomo a mis ovejas allá donde se hallen y vengan en dirección a mí. ¿Son ovejas flacas, sucias, descorazonadas, ignorantes; ovejas que han sufrido los golpes de pastores que no las han amado, y que las han rechazado considerándolas inmundas? No hay inmundicia que no pueda ser lavada. Y no hay oveja impura que, queriéndose limpiar y pidiendo ayuda para ello, pueda ser rechazada alegando que es impura.

Dios es quien suscita los buenos deseos. Si los suscita, señal es de que desea que pasen a ser realidad. Es el mismo Espíritu de Dios el que pide con súplicas inefables esta absorción de todos los hombres por parte del Amor, porque el Espíritu de Dios desea extenderse y enriquecerse. Extenderse amando a un número ilimitado de seres apenas suficientes para reconfortar su infinidad de Amor; y enriquecerse con el amor de un número ilimitado de seres atraídos hacia Él

por la dulzura de su fragancia.

No le es, pues, lícito a ninguno despreciar y rechazar a quien quiere entrar en el rebaño santo. Esto es para aquellos de entre vosotros que puedan cultivar en su corazón las ideas de buena parte de Israel, ideas de juicios y distinciones que Dios no estima, al ser contrarios a su plan de hacer de todos los pueblos un único Pueblo que lleve el Nombre del Mesías por Él enviado.

Pero ahora hablo también a los que han venido de fuera, a las ovejas que hasta ahora eran agrestes y que sienten el deseo de entrar en el rebaño único del único Pastor. Y digo: nada les haga perder la confianza, nada las descorazone. No hay paganismo, no hay idolatría, no hay vida no conforme a la que Yo enseño que no puedan ser abominadas y rechazadas, permitiendo al espíritu regenerarse, libre de toda mala planta, de forma que resulte apto para recibir las nuevas simientes y revestirse con los nuevos distintivos. Y esto debería impulsar a los pueblos hacia mí, más que la salud para los cuerpos.

531.4 [4]De la misma manera —y que esto sirva tanto para hebreos de Palestina, como para hebreos y prosélitos de la Diáspora, como para gentiles—, de la misma manera que sabéis venir a mí para que vuestras carnes enfermas queden libres del yugo de las enfermedades, sabed venir para que vuestro espíritu quede libre del yugo del pecado y del paganismo. La primera cosa que deberíais pedirme todos, y desearlo con todas vuestras fuerzas, es el ser liberados de aquello que hace a vuestro espíritu esclavo de fuerzas malas que le dominan. La primera cosa que deberíais querer es esta liberación, querer, como primer milagro, el Reino de Dios en vosotros. Porque, teniendo este Reino en vosotros, todas las otras cosas serán dadas (y dadas de forma que el don no pese como un castigo en la otra vida). No os habéis parado a pensar en las inclemencias del tiempo, ni en fatigas ni en pérdidas de dinero, con tal de obtener la salud de los cuerpos, los cuales, aunque hoy estén curados, un próximo mañana perecerán por muerte física. Con el mismo corazón deberíais saber afrontar todas las cosas, con tal de obtener salud para el espíritu, y Vida eterna y posesión del Reino de Dios.

Burlas y amenazas de parientes o de convecinos o autoridades, ¿qué son respecto a aquello que tendréis todos, de cualquier lugar que vengáis, si sabéis acercaros a la Verdad y la Vida? ¿Quién, por detenerse un día en una fiesta que terminase con el ocaso, dejaría de ir a un lugar donde supiera que le espera una vida feliz? Bueno, pues, a pesar de todo, muchos actúan así. Y, por saciarse durante una fracción de tiempo con los insípidos e inútiles gozos del mundo, dejan de acudir al lugar donde hallarían para siempre —y sin miedo

a ver que el odio enemigo se lo arrebate— verdadero alimento, verdadera salud, verdadero gozo.

En el Reino de Dios no hay odio ni guerra ni abusos; quien sabe entrar en Él no conoce ya dolor ni angustia ni atropellos, sino que posee la paz gozosa que emana del Padre mío.

Me despido de vosotros. Podéis marcharos. Volved a vuestros lugares. En estos momentos, ya mis discípulos son numerosos y están esparcidos por todas las regiones de Palestina. Escuchadlos, si queréis conocer mi Doctrina y estar preparados para el día de la decisión de que dependerá la vida eterna de muchos. Os doy mi paz para que os acompañe».

Y Jesús, bendiciendo primero a la gente, entra de nuevo en casa...

[5]Los apóstoles se quedan fuera todavía un tiempo, luego entran 531.5
para comer, porque el Sol, alto en el cielo, dice que es mediodía. Sentados a la rústica mesa, después de la bendición de los alimentos (compuestos por pequeños quesos y achicoria hervida y condimentada con aceite), hablan de los acontecimientos de la mañana, y se felicitan porque el número de los discípulos evangelizadores ya permite aliviar al Maestro de la fatiga de hablar continuamente en las condiciones de cansancio en que se encuentra. Efectivamente, Jesús ha adelgazado aún más en estos últimos tiempos, y su color —por naturaleza, de un tono blanco marfil denso, con un leve matiz de color sonrosado debajo de la tez levemente morenita de los pómulos— ahora aparece blanco del todo, semejante a un pétalo de magnolia ya no fresco.

A mí, que, habiendo vivido mucho tiempo en Milán, conozco el delicado color del mármol de Candoglia con que ha sido construido el magnífico Duomo, el rostro del Señor, en estos últimos, dolorosos meses de vida terrena, me parece justo del color de ese mármol, que no es blanco, no es rosa, no es amarillo, pero recuerda, y con los más delicados matices, a estos tres colores. Los ojos están más hundidos y, por tanto, parecen más obscuros, quizás también porque una sombra de cansancio vela los párpados y las cuencas: ojos de quien poco duerme y mucho llora y sufre. Y la mano parece más larga porque ha enflaquecido y palidecido. Dulce mano de mi Señor que ya muestra el relieve de los tendones y las venas; que tiene concavidades de delgadez y que deja entrever, por tanto, la estructura ósea de debajo: santa, mártir mano ya preparada para el clavo que la transpasará. Les será fácil a los verdugos encontrar el punto en que meter el clavo, porque no hay velo de adiposidad en la ascética mano de mi Señor.

Ahora está desmayada, como cansada, sobre la madera obscura

de la mesa, mientras Él menea la cabeza sonriendo cansadamente a sus apóstoles, que se dan cuenta del infinito cansancio de sus miembros, de su voz, y, sobre todo, de su corazón, demasiado afligido, demasiado fatigado por el esfuerzo de deber tener unidos tantos corazones distintos, de tener que soportar y mantener celado el deshonor del discípulo incorregible...

531.6 [6]Pedro sentencia: «Tú, indiscutiblemente, hasta la fiesta de la Dedicación tienes que descansar. Nosotros nos ocuparemos de estos que vienen. Tú vas... ¡Ya está!... A casa de Toma. Estarás cerca y en paz».

Tomás apoya la propuesta de Pedro. Pero Jesús menea la cabeza. No. No quiere ir.

«Bueno, pues, no hablas en estos días. Podemos hacerlo nosotros. No serán palabras excelsas, pero nos atendremos a lo que sabemos. Y Tú solamente curas a los enfermos».

«Podemos hacer nosotros también eso» dice Judas Iscariote.

«¡Mmm! Yo, por lo que a mí respecta, me retiro» dice Pedro.

«Y, sin embargo, ya lo hiciste».

«¡Claro!, cuando el Maestro no estaba con nosotros y debíamos representarle y despertar el amor por Él. Pero ahora está Él y el milagro lo hace Él. Sólo Él es digno de ello. ¡Milagro nosotros! Pero si necesitamos nosotros recibir el de nuestra renovación, porque por nosotros solos, me doy cuenta bien, no haremos nunca nada bueno. Somos unos míseros, pecadores e ignorantes».

«Te ruego que hables por ti. ¡Yo, de ninguna manera, me siento un mísero!» replica Judas de Keriot.

«El Maestro está cansado. Su cansancio es más moral que corporal. Si es verdad que le queremos, vamos a evitar disputas. Son las cosas que más le agotan» dice severo el Zelote.

Jesús levanta los ojos para mirar al anciano apóstol, siempre tan sabio, y le extiende una mano por encima de la mesa para acariciarle. El Zelote toma entre sus manos obscuras esa mano blanca y la besa.

«Tienes razón. Pero yo también la tengo cuando digo que inevitablemente tiene que descansar. ¡Parece enfermo!...» insiste Pedro.

Todos asienten, incluido el anciano Juan y Elisa, que dice: «Hace mucho que lo vengo diciendo. Por eso, yo querría...».

531.7 [7]Un golpe en la puerta. Andrés, que es el que más cerca está, va a abrir; y sale y cierra tras sí.

Vuelve. Dice: «Maestro, hay una mujer. Insiste en verte. Trae una niñita consigo. Debe ser de elevada condición, a pesar de vestir modestamente. No está enferma, yo diría que ni ella ni la niña. Pero no sé por qué trae un velo tupido. La niña trae en sus brazos unas

flores espléndidas».

«Dile que se vaya. ¡Estamos diciendo que tiene que descansar y tú no le dejas ni siquiera terminar de comer!» refunfuña Pedro.

«Se lo he dicho. Pero ha contestado que no va a cansar al Maestro, y que a Él seguro que le dará alegría verla».

«Dile que vuelva mañana, a la hora de todos. Ahora el Maestro va a descansar».

«Andrés, acompáñala a la habitación de arriba. Voy enseguida» dice Jesús.

«¡Vaya, lo sabía! ¡Así se cuida! ¡Justo como estábamos diciendo!». Pedro está inquieto.

Jesús se levanta y, antes de salir, pasa por detrás de Pedro, le pone las manos en los hombros, se agacha un poco a besarle en el pelo y dice: «¡Tranquilo, Simón! El que me ama alivia mi cansancio, más que el descanso en una cama».

«¿Y qué sabes si ésta es una que te quiere?».

«¡Simón! ¡La intranquilidad te hace decir palabras de las que ya estás arrepentido, porque las sientes necias! ¡Tranquilo! ¡Tranquilo! Una mujer que viene con una criatura inocente, que me trae a su criatura inocente con los bracitos cargados de flores, no puede sino ser una que me quiere y que intuye mi necesidad de encontrar un poco de amor y pureza entre tanto odio e inmundicia». Y sale, y sube la escalera de la terraza, mientras Andrés, cumplida su misión, regresa a la cocina.

[8]La mujer está en la puerta de la habitación de arriba. Alta, esbelta, cubierta con un tupido manto pardo, velada la cara con una tela de lino cendalí marfileño que le baja desde la ceñida capucha hasta la cara. La niña, infante todavía, porque tendrá como mucho tres años, lleva un vestidito blanco y un manto acampanado con capuchita blanca también. Pero la pequeña capucha se ha deslizado mucho hacia atrás sobre los ricitos de delicado color rubio castaño. Y es que la pequeñuela, alzando la carita que sobresale de entre las flores que tiene apretadas entre sus bracitos, está mirando a la mujer. La flores son espléndidas, como sólo en estos países pueden encontrarse en el frío diciembre: rosas rosas mezcladas con delicadas flores blancas que no sé qué son; no soy muy fuerte en floricultura. 531.8

Jesús, en cuanto pone pie en la terraza, recibe el saludo de la vocecita de la pequeñuela que, impulsada por la mujer, corre hacia Él, diciendo: «¡Ave, Domine Jesu!».

Jesús agacha su alto cuerpo hacia su minúscula devota y, poniéndole una mano en su pelito, le dice: «La paz sea contigo», y luego se endereza otra vez y sigue a la hijita, que con un gorjeo de risa vuelve

a donde la mujer, la cual ha hecho una profunda reverencia y se ha apartado al lado de la puerta para dejar pasar al Maestro.

Jesús la saluda con un movimiento de la cabeza y entra en la habitación para ir a sentarse en el primer asiento que encuentra. Guarda silencio, como en actitud de espera. Muy *rey*. Su austera dignidad es tanta, que, sentado en su pobre asiento de madera sin respaldo, parece sentado en un trono. Sin manto, sólo con la túnica de lana azul oscurísima, sin adornos ni franjas, un poco descolorida en los hombros, donde el agua de lluvia, el sol, el polvo y el sudor han mordido el color —una túnica limpia pero pobre—, parece vestido de púrpura, pues mucha es la majestad de su porte. Muy rígido y, con el grave ademán de la cabeza sobre el cuello y de las manos apoyadas sobre las rodillas con la palma abierta, casi hierático. Los pies desnudos, apoyados en el desnudo suelo hecho de baldosas viejas. Como fondo, la pared desnuda y apenas blanqueada con cal. Suspendido detrás de su cabeza, no un paño precioso o un baldaquino, sino una criba para la harina y una soga de la que penden manojos de ajos y cebollas. Pero aparece más majestuoso que si tuviera un suelo precioso bajo sus pies, una pared áurea a sus espaldas y un velo de púrpura adornado con gemas encima de su cabeza.

Espera. Su majestuosidad paraliza a la mujer en un momento de estupor lleno de veneración. También la niña se queda callada, inmóvil al lado de la mujer, un poco atemorizada, quizás. Pero Jesús sonríe y dice: «Estoy aquí por vosotras. No tengáis miedo». Entonces todo temor cesa.

La mujer susurra algo a la niña. La niña se mueve, seguida de la mujer, va contra las rodillas de Jesús, le pone en el regazo todas las flores y dice: «Las rosas de Faustina a su Salvador». Lo dice lentamente, como uno que sabe poco de una lengua que no es la propia. Entretanto, la mujer se ha arrodillado detrás de la niña y ha echado hacia atrás el velo. Es Valeria, la madre de la pequeñuela, y saluda a Jesús con su romano: «¡Salve, Maestro!».

«Que Dios venga a ti, mujer. ¿Por qué estás aquí, y tan sola?» dice Jesús mientras acaricia a la pequeñuela, que ya no tiene miedo y que, no contenta con haber puesto las flores en el regazo de Jesús, busca con las manitas en el manojo perfumado para alegir las que, según ella, son más hermosas. Luego dice: «¡Toma! ¡Toma! ¡Que son tuyas!», y alza ora una rosa, ora una de las anchas umbelas blancas con estrellitas olorosas, hasta cerca de la cara de Jesús, que acepta y va depositando de nuevo las flores en el montón perfumado.

531.9 [9]Entretanto, Valeria habla. «Estaba en Tiberíades porque mi hija se encontraba ligeramente enferma y nuestro médico lo había acon-

sejado...». Una pausa larga de Valeria, que cambia de color y luego dice apresuradamente: «y yo tenía mi corazón muy afligido y deseaba verte; porque para mi sufrimiento sólo un médico podía encontrar curación: Tú, Maestro, que tienes palabras de justicia en todas las cosas... Por eso habría venido igualmente. Por el egoísmo de ser consolada, y también para saber lo que debo hacer para... sí, para tener por mi parte gestos de gratitud hacia ti y tu Dios, que me habéis concedido seguir teniendo a esta criatura mía... Pero... nosotros sabemos muchas cosas, Maestro. Los informes de los hechos de la Colonia, hasta de los más mínimos, se depositan todos los días en la mesa de trabajo de Poncio Pilatos, que toma visión de los hechos. Pero, para tomar las decisiones que se requieran, oye mucho el parecer de Claudia... Muchos informes hablaban de ti y de los hebreos que mantienen en agitación al país, haciendo de ti al mismo tiempo un estandarte de desquite nacional y una causa de odio civil. Claudia juzga bien al decirle a su marido que de uno sólo en toda Palestina no debe temer que sea causa de una desgracia: de ti. Y Pilatos, un día y otro, le presta atención... Hasta ahora, la más fuerte ha sido Claudia. Pero si mañana otra fuerza dominara a Pilatos... He tenido, pues, conocimiento, y he sentido que mi inocente te consolaría...».

«Has tenido un corazón compasivo e iluminado, mujer. Que Dios te ilumine del todo y vele por esta criatura tuya, ahora y siempre».

«Gracias, Señor. Tengo necesidad de Dios...». Algunas lágrimas caen de los ojos de Valeria.

«Sí, le necesitas. En Dios encontrarás todo consuelo y sabrás hallar la guía para ser justa al juzgar, y para perdonar y seguir amando y, sobre todo, para educar a ésta, para que tenga la vida feliz de los que son hijos del Dios verdadero.

[10]Ya ves que este Dios que tú no conocías, este Dios al que quizás 531.10
habías despreciado —a Él y a su Ley—, tan distinto de vuestros dioses y de vuestras leyes y religiones, este Dios al que ciertamente habías ofendido con un modo de vivir en que la virtud no era respetada en muchas cosas, leves todavía, si quieres, pero camino para más graves heridas contra la virtud y más graves ofensas a la Divinidad, que te ha creado a ti también... Ya ves que este Dios te ha amado tanto, que, a través de un dolor que sentías con tu humanidad de madre, de madre que no tiene conocimiento de una vida futura ni, por tanto, de una temporal separación de esa carne de su carne, te ha traído a mí. Te ha amado tanto, que me condujo a Cesarea cuando casi agonizabas sobre el pequeño cuerpo de tu criatura, que ya se enfriaba en medio de su agonía. Te ha amado tanto, que te la ha de-

vuelto para que tuvieras siempre presente la bondad y el poder del Dios verdadero y tuvieras un freno ante toda licencia pagana, y un consuelo en todos los dolores de mujer casada. Te ha amado tanto, que, a través de otro dolor, ha reforzado en ti la voluntad de acercarte al Camino, a la Verdad, a la Vida, y de asentarte ahí con tu criatura para que al menos ella, ya desde su primera infancia, posea aquello que es consuelo y paz, salud y luz en los tristes días de la Tierra, y posea estas cosas como preservación de todo lo que a ti te hace sufrir, en tu parte mejor y en la afectiva: la primera, instintivamente buena y que no soporta el fango obscuro en que está obligada a vivir; la segunda, desordenada en su bondad.

Porque en tus afectos, mujer, eres pagana. No es culpa tuya. Es culpa del mundo en que vives, y del gentilismo en que has crecido. Sólo quien está en la verdadera Religión sabe dar a los afectos el valor, la medida y las manifestaciones justas. Tú, madre que no sabías de vida eterna, amabas sin orden a tu hija, y, viéndola morir, enajenada a causa de la muerte inminente que la amenazaba, desesperadamente te rebelabas contra esa pérdida. Como quien viera aferrado por un loco al ser más querido, y le viera tenerle suspendido en un abismo de cuyo fondo no podría resurgir, y que si cayera ya no podría ni siquiera ser sacado como frío cadáver para el beso de su amor, así veías a tu Fausta ya suspendida en el abismo de la nada... ¡Pobre mamá, que no habría recuperado jamás a su hija! Jamás, ni con la carne ni con el espíritu. La nada. Esa cosa finita, inexorablemente finita, que es la muerte para aquellos que no creen en la Vida espiritual.

Tú, esposa pagana, amante, fiel, has amado en tu esposo a tu dios terreno de amor carnal, tu hermoso dios que se proponía a tu adoración rebajando tu dignidad de igual a un servilismo de esclava. ¿Que la mujer viva sumisa a su marido, humilde, fiel, casta? Sí. Él, el hombre, es la cabeza de la familia. Pero cabeza no quiere decir déspota. Cabeza no quiere decir caprichoso patrón al que le es lícito todo capricho no sólo respecto a la carne, sino también a la parte mejor de su esposa. "Donde tú, Cayo, allí yo, Caya", decís. Pobres mujeres de un lugar donde el libertinaje está hasta en las fábulas de vuestros dioses. Las de vosotras que no sois ni impúdicas ni licenciosas, ¿cómo podéis estar donde están vuestros maridos? Es inevitable que la que no es una licenciosa ni una degenerada se canse con desazón y experimente un dolor verdaderamente atroz, como de fibras que se desgarran, una gran turbación, un venirse abajo todo el culto hacia el marido contemplado siempre como un dios, cuando descubre que aquel al que adoraba como a un dios es un mísero ser dominado

por la animalidad brutal, licencioso, adúltero, atolondrado, indiferente, burlador de los sentimientos y de la dignidad de su esposa.

No llores. Yo también sé todo, y sin necesidad de los informes de los centuriones. No llores, mujer; aprende, más bien, a amar, *en el orden*, a tu marido».

[11]«Ya no puedo amarle. Ya no lo merece. Le desprecio. No me re- 531.11
bajaré a mí misma imitándole, pero ya no le puedo amar. Todo ha acabado entre nosotros. Le he dejado marcharse sin tratar de retenerle... En el fondo he sentido agradecimiento a él por última vez, por el hecho de marcharse... No le buscaré. Por lo demás, ¿acaso fue alguna vez compañero mío? Caída la venda de mi adoración, ahora recuerdo y juzgo sus acciones. ¿Estaba acaso al lado de mi corazón, cuando yo lloraba al deber seguirle aquí, dejando a mi madre enferma y a la patria, recién casada y próxima a dar a luz? Él, frívolo, se reía con sus amigos, se reía de mis lágrimas y náuseas, avisándome sólo de que no le manchara la túnica. ¿Estaba, acaso, a mi lado en mis nostalgias por estar en patria ajena? No. Fuera, con los amigos, en los festines a los que mi estado no me consentía ir... ¿Estaba, acaso, inclinado conmigo hacia la cuna de la recién nacida? Se echó a reír cuando le mostraron a la recién nacida y dijo: "Yo casi diría que la pusieran en el suelo. No para tener niñas he tomado el yugo matrimonial". No estuvo presente en la purificación diciendo que era una "inútil pantomima". Y, dado que la pequeñuela lloraba, dijo al salir: "Ponedle por nombre Libitina y que esté consagrada a la diosa". ¿Y, cuando Fausta agonizaba, acaso compartió conmigo la angustia? ¿Dónde estaba la noche que precedió a tu venida? En casa de Valeriano en un banquete. Pero le amaba; era —es como has dicho— mi dios. Todo en él me parecía bueno, acertado. Me concedía amarle... y yo era, de sus deseos, la esclava más esclava. ¿Sabes por qué me ha alejado de sí?».

«Lo sé. Porque en tu carne se había despertado el alma y ya no eras hembra sino mujer».

«Eso. He querido hacer de mi casa una casa virtuosa... y él ha encontrado la manera de ser trasladado a Antioquía, al lado del Cónsul, imponiéndome no seguirle, y consigo se ha llevado a las esclavas favoritas. ¡Oh, no le seguiré! Tengo a mi hija. Tengo todo».

«No. No tienes todo. Tienes una parte, una pequeña parte del Todo, lo necesario para ser virtuosa. El Todo es Dios. Tu hija no debe ser para ti razón de injusticia respecto al Todo; antes bien, de justicia. Por ella y con ella, tienes el deber de ser virtuosa».

«He venido para consolarte y para que me consueles. Pero también he venido para preguntarte cómo educar a esta niña para ha-

cerla digna de su Salvador. Había pensado hacerme prosélito vuestro y hacerla prosélito también a ella...».

«¿Y tu marido?».

«¡Oh, con él todo ha terminado!».

«No. Todo empieza. Sigues siendo su mujer. El deber de la mujer buena es hacer bueno a su consorte».

«Él dice que quiere divorciarse. Y, ciertamente, lo hará. Así que...».

«Y lo hará. Pero todavía no lo ha hecho. Y, mientras no lo haga, eres, incluso según *vuestra* ley, su esposa. Y, como tal, tienes el deber de permanecer en tu lugar como esposa. Tu lugar es el de ser segunda respecto a tu marido en la casa, al lado de tu hija, ante los ojos de los criados y del mundo. Tú piensas que el ha dado el mal ejemplo. Es verdad. Pero esto no te exime a ti de dar tu ejemplo de virtud. Él se ha marchado. Es verdad. Tú, junto a tu hija y a los criados, toma su lugar.

531.12 [12]No todo es censurable en vuestras costumbres. Cuando Roma estaba menos degenerada, sus mujeres eran castas, trabajadoras, y servían a la divinidad con una vida de virtud y fe. Aunque su mísera condición de paganas les hiciera servir a falsos dioses, la idea era buena. Ofrendaban su virtud a la Idea de la religión, a la necesidad de un respeto a una religión, a una Divinidad cuyo verdadero nombre desconocían, pero cuya existencia sentían, como sentían que era mayor que el licencioso Olimpo y que las degradantes deidades que, según las leyendas mitológicas, lo poblaban. Inexistente vuestro Olimpo, inexistentes vuestros dioses. Pero vuestras antiguas virtudes eran fruto de la convicción sincera de tener que ser virtuosos para ser mirados por los dioses con amor; eran fruto de ese deber que sentíais que debíais tener hacia las divinidades a las que adorabais. Ante los ojos del mundo, especialmente de nuestro mundo judío, parecíais necios por este acto vuestro de honrar a algo que no existía. Pero a los ojos la Justicia eterna y verdadera, a los ojos del Dios altísimo, único y omnipotente Creador de todas las criaturas y cosas, esas virtudes, ese respeto, ese deber, no eran vanos. El bien es siempre bien, la fe siempre tiene valor de fe, la religión tiene siempre valor de religión, si el que los sigue y practica y posee está convencido de estar en la verdad.

Te exhorto a imitar a vuestras antiguas mujeres, castas, trabajadoras y fieles, permaneciendo en tu lugar, columna y luz de tu casa. No creas que vaya a desaparecer el respeto de los criados hacia ti por haberte quedado sola. Hasta ahora te han servido por miedo, y alguna vez con un celado sentido de odio y rebelión. De ahora en

adelante, te servirán con amor. Los infelices aman a los infelices. Tus esclavos conocen el dolor. Tu alegría era para ellos un amargo aguijón. Tus penas, despojándote de la fría luz de ama —en el sentido más odioso de esta palabra— te revestirán de una cálida luz de conmiseración. Serás amada, Valeria. Amada por Dios, amada por tu hija, amada por tus criados. Y, aun en el caso de que ya no fueras la esposa, sino la divorciada, recuerda —Jesús se pone en pie— que la separación legal no destruye el deber de la mujer de ser fiel a su juramento de esposa.

[13]Tú quisieras entrar en nuestra religión. Uno de sus divinos pre- 531.13
ceptos es que la mujer es carne de la carne de su marido y que ninguna cosa o persona puede separar lo que Dios ha hecho una sola carne. También nosotros tenemos el divorcio. Ha venido como mal fruto de la lujuria humana, del pecado original, de la corrupción de los hombres. Pero no ha venido espontáneamente de Dios. Dios no cambia su palabra. Y Dios había dicho, inspirando a Adán, todavía inocente (y, por tanto, que hablaba con una inteligencia no empañada por la culpa), las palabras: que los esposos, una vez unidos, debían ser una carne sola. La carne no se separa de la carne sino por adverso episodio de muerte o de enfermedad. El divorcio mosaico, concedido para evitar pecados atroces, concede a la mujer solamente una libertad muy mísera. La divorciada es siempre una disminuida en el concepto de los hombres, bien permanezca divorciada, bien pase a segundas nupcias. Pero ante el juicio de Dios es una infeliz, si pasa a estar divorciada por malevolencia del marido y se queda como divorciada; mas, si está divorciada por torpes culpas propias y se casa de nuevo, es sólo una pecadora, una adúltera. Pero tú quieres entrar en nuestra religión por seguirme a mí. Y entonces Yo, Verbo de Dios, habiendo llegado el tiempo de la perfecta religión, te digo lo que digo a muchos: no le es lícito al hombre separar lo que Dios ha unido, y es siempre adúltero aquel, o aquella, que, teniendo en vida a su cónyuge, pasa a nuevas nupcias.

El divorcio es prostitución legal, y pone al hombre y a la mujer en condiciones de cometer pecados de lujuria. La mujer divorciada difícilmente vive como viuda —y viuda fiel— de un vivo. El hombre divorciado nunca permanece fiel al primer vínculo. Tanto el uno como la otra, pasando a otras uniones, descienden del nivel de los hombres al de los animales, a los cuales les está permitido cambiar de hembra a cada moción de su apetito. La fornicación legal, peligrosa para la familia y para la patria, es delictiva respecto a los inocentes. Los hijos de los divorciados deben juzgar a sus padres. ¡Severo juicio el de los hijos! Al menos uno de los padres es condenado por los

hijos. Y los hijos quedan —por el egoísmo de sus padres— condenados a una vida afectiva mutilada. Y si, además, a las consecuencias familiares del divorcio, que priva del padre o de la madre a los hijos inocentes, se une el hecho del nuevo matrimonio del cónyuge al que han sido confiados los hijos, a la condena de una vida afectiva mutilada por la carencia de un miembro se une la otra mutilación: la de la pérdida, más o menos total, del afecto del otro miembro, dividido, o totalmente absorbido, por el nuevo amor y por los hijos de la nueva unión.

Hablar de nupcias, de matrimonio, en el caso de una nueva unión de un divorciado o de una divorciada, es profanar el significado y la cosa que es el matrimonio. Sólo la muerte de uno de los cónyuges y la subsiguiente viudez del otro puede justificar las segundas nupcias. Lo que no quita que Yo juzgue que sería mejor inclinar la cabeza ante el veredicto, siempre justo, de quien regula los destinos de los hombres, y cerrarse en castidad cuando la muerte haya puesto fin al estado matrimonial, dedicándose toda a los hijos y amando al cónyuge pasado a la otra vida en sus hijos: un amor despojado de toda materialidad, santo y veraz. ¡Pobres hijos! ¡Experimentar, después de la muerte o del hundimiento del hogar, la dureza de un segundo padre o de una segunda madre, y la angustia de ver compartidas las caricias con otros hijos que no son hermanos!

531.14 [14]No, en mi religión no existirá el divorcio. Y aquel que estipule divorcio civil para contraer nueva unión será adúltero y pecador. La ley humana no modificará mi decreto. El matrimonio en mi religión ya no será un contrato civil, una promesa moral hecha y sancionada en presencia de testigos designados para tal fin. Será, antes bien, un indisoluble vínculo corroborado, soldado y santificado por el poder santificador que Yo le daré, convertido en Sacramento. Para que comprendas: rito sagrado. Poder que ayudará a practicar santamente todos los deberes matrimoniales, pero que será también sentencia de indisolubilidad del vínculo. Hasta ahora, el matrimonio es un mutuo contrato natural y moral entre dos de distinto sexo. Desde el amanecer de mi ley, el matrimonio se extenderá al alma de los cónyuges. Vendrá a ser, pues, también contrato espiritual, sancionado por Dios a través de sus ministros. Ahora bien, tú sabes que nada es superior a Dios. Por tanto, lo que Él haya unido, nunca autoridad alguna, ley o capricho humanos, podrán desunir. El "donde tú, Cayo, yo, Caya" de vuestro rito se perpetúa en el más allá en el nuestro, en mi rito, porque la muerte no es final, sino separación temporal del esposo de su esposa, y el deber de amar persiste después de la muerte.

Por esto digo que quisiera castidad en los viudos. Pero el hombre

no sabe ser casto. Y también por eso digo que los cónyuges tienen el deber recíproco de mejorarse el uno al otro. No menees la cabeza. Así es este deber, y hay que cumplir con el deber, si hay verdadera voluntad de seguirme».

[15]«Te muestras duro hoy, Maestro». 531.15

«No. Es que soy Maestro, y tengo frente a mí a una criatura que puede crecer en la vida de la Gracia. Si no fueras cual eres, te impondría menos. Pero tú tienes buen temple, y el sufrimiento depura y templa cada vez más tu metal. Un día me recordarás y me bendecirás por haber sido como soy».

«Mi marido no volverá sobre sus pasos...».

«Tú irás, adelante. Llevando de la mano a la inocente, caminarás por el camino de la Justicia. Sin odio, sin venganza; pero también sin esperas inútiles ni añoranzas por lo que se ha perdido».

«¡Entonces sabes que le he perdido!».

«Lo sé. Pero no tú: es él el que te ha perdido a ti. No te merecía. Ahora escucha... Es duro. Sí. Me has traído rosas y sonrisas inocentes para consolarme... Yo... no puedo hacer otra cosa sino prepararte a llevar la corona de espinas de las esposas abandonadas... Pero reflexiona. Si pudiera retroceder el tiempo y llevarte nuevamente a aquella mañana en que Fausta agonizaba, y tu corazón fuera puesto en la condición de elegir entre tu hija y tu marido, debiendo perder con seguridad a uno de los dos, ¿qué eligirías?...».

La mujer reflexiona, pálida pero sufriendo con fortaleza, después de las pocas lágrimas derramadas al principio del diálogo... Luego se inclina sobre la pequeñuela, que se ha sentado en el suelo y se divierte poniendo florecillas blancas todo alrededor de los pies de Jesús, la recoge, la abraza y grita: «La elegiría a ella, porque a ella puedo darle mi propio corazón, y criarla como he aprendido que se debe vivir. ¡Mi hija! Y estar unidas incluso en el más allá. ¡Siempre su madre yo, siempre mi hija ella!», y la cubre de besos, mientras la pequeñuela se abraza a su cuello, toda amor y sonrisas. «Dime, oh dime, Maestro que enseñas a vivir como héroes, ¿qué... cómo criarla para estar las dos en tu Reino? ¿Qué palabras, que hechos enseñarle?...».

«No se necesitan palabras ni hechos especiales. Sé perfecta para que ella refleje tu perfección. Ama a Dios y al prójimo para que ella aprenda a amar. Vive en la Tierra con tus afectos en Dios. Ella te imitará. Por ahora, así. Más tarde, el Padre mío, que os ha amado de manera especial, pondrá los medios para satisfacer vuestras necesidades espirituales, y os haréis sabias en la fe que llevará mi Nombre. Esto es todo lo que hay que hacer. En el amor a Dios encontra-

rás todo freno contra el Mal. En el amor al prójimo tendrás ayuda contra el abatimiento de la soledad. Y enseña a *perdonar*. A ti misma... y a tu hija. ¿Comprendes lo que quiero decir?».

531.16 «Comprendo... Es cabal... [16]Maestro, te dejo. Bendice a una pobre mujer... que es más pobre que una mendiga cuyo compañero le sea fiel...».

«¿Dónde estás ahora? ¿En Jerusalén?».

«No. En Béter. Juana, que es muy buena, me ha mandado a su castillo... Arriba sufría demasiado... Estaré allí hasta que vaya Juana a Jerusalén, o sea, hasta dentro de poco. Va a bajar a Judea con tu Madre y las otras discípulas, con las primeras benignidades de la primavera. Después estaré con ella una temporada. Luego vendrán las otras y yo iré con ellas. Pero el tiempo habrá medicado ya la herida».

«El tiempo y, sobre todo, Dios y la sonrisa de tu niña. Adiós, Valeria. Que el Dios verdadero, que tú buscas con espíritu bueno, te conforte y proteja». Jesús pone la mano encima de la cabeza de la pequeñuela, bendiciendo. Luego se acerca a la puerta cerrada y pregunta: «¿Has venido sola?».

«No. Con una liberta. El carro me espera en el bosque de antes del pueblo. ¿Todavía nos vamos a ver, Maestro?».

«Para la Dedicación estaré en Jerusalén, en el Templo».

«Allí estaré, Maestro. Tengo necesidad de tus palabras para la nueva vida...».

«Ve tranquila. Dios no deja sin ayuda a quien le busca».

«Creo... ¡Oh, verdaderamente es triste nuestro mundo pagano!».

«La tristeza se halla dondequiera que no haya verdadera vida en Dios. También en Israel se llora... Es porque ya no se vive en la Ley de Dios. Adiós. La paz sea contigo».

La mujer hace una profunda reverencia e insinúa algo a la niña. Y la pequeñuela levanta la cara, alarga sus bracitos y repite: «¡Ave, Domine Jesu!».

Jesús se agacha y coge a flor de labios el beso inocente que ya se forma en la boquita, y la bendice una vez más... Luego entra otra vez en la habitación y, pensativo, se sienta junto a la flores que estás desparramadas en el suelo.

531.17 [17]Pasa un rato así. Luego alguien llama a la puerta.

«Ven».

La puerta se entreabre y se introduce por la abertura la cara honesta de Pedro.

«¿Eres tú? Ven...».

«No. Deberías venir Tú donde nosotros. Aquí hace frío. ¡Qué flo-

res más bonitas! ¡Muy valiosas!». Pedro, mientras habla, observa a su Maestro.

«Sí, muy valiosas. Pero el gesto y el modo en que ha sido llevado a cabo valen más que las flores. Me las ha traído la hija de Valeria, la romana amiga de Claudia».

«¡Ya, ya sé! ¿Y por qué?».

«Para consolarme. Saben lo que sufro, y Valeria ha tenido esta idea. Ha pensado que las flores de una niña inocente podrían consolarme...».

«¡Una romana!... Y los de Israel te damos sólo dolor... La intuición de Judas era exacta. Decía que había visto un carro parado y que, sin duda, la mujer era una romana... y... y se ha intranquilizado, Maestro...». Pedro es, todo él, una pura pregunta.

Pero Jesús dice solamente: «¿Dónde está Judas?».

«Afuera. Quiero decir: en el camino, al principio del bosque. Quiere ver quién es el que ha venido a verte...».

«Vamos a bajar».

Judas está ya en la cocina. Se vuelve y ve entrar a Jesús, y dice: «¡Aunque quisieras, no podrías negar que esa mujer ha venido para... quejarse de algo! ¿Tienen, todavía, más cosas que decir? No tienen en qué ocuparse, si no es en espiar e informar y...».

«No tengo obligación de responderte. Pero lo hago por todos. Y Simón Pedro ya sabe quién es, y a todos os digo la causa de su venida. También las criaturas que aparentemente son las más felices pueden tener necesidad de consuelo y consejo... [18]Andrés, sube a recoger 531.18
las flores que ha traído la niña y llévaselas al pequeño Leví».

«¿Por qué?».

¿Porque está muriéndose».

«¿Está muriéndose? ¡Pero si a la hora tercera le he visto yo y estaba sano!» dice asombrado Bartolomé.

«Estaba sano. Antes del anochecer habrá muerto».

«Si está tan mal, no podrá gozar de las flores...».

«No. Pero en esa casa abrumada las flores que envía el Salvador dirán una palabra luminosa».

Jesús se sienta mientras todos hablan de la labilidad de la vida. Entre tanto, Elisa se ha puesto el manto y ahora dice: «Voy yo también con Andrés... ¡Esa pobre madre!...».

Vese alejar a Andrés y a Elisa con las flores entre las manos...

Jesús guarda silencio. También Judas, titubeante. Jesús está silencioso, pero no severo... Judas se mueve alrededor de Él, estimulado por el ansia de saber, por el ansia atormentada de quien no tiene en paz la conciencia. Pero, al final, lo que hace es apartar a Pedro y

preguntarle. Se sosiega después de hablar con Pedro, y va a pinchar a Mateo, que está escribiendo tranquilamente en un ángulo de la mesa.

Vuelve Andrés corriendo. Habla con congoja: «Maestro, el niño está realmente agonizando... Al improviso... Parecían locos... Pero cuando Elisa ha dicho: "Las manda el Señor" y yo... creía que hubieran comprendido: "para el lecho fúnebre", la madre y el padre... juntos, han dicho: "¡Oh! ¡Es verdad! Corre a llamarle. Él le curará"».

«La palabra de la fe. Vamos», y Jesús sale casi corriendo. Naturalmente, todos le siguen, incluso el viejo Juan, renqueando, al final de todos.

531.19 [19]La casa está al final del pueblo. Pero Jesús llega pronto, y se abre paso entre la gente, que obstaculiza la puerta abierta. Va derecho a una habitación que está en el fondo del zaguán, porque es una casa grande, con muchos moradores, quizás hermanos unos de otros.

En la habitación, inclinados sobre el improvisado lecho, el padre, la madre y Elisa... No ven a Jesús sino cuando dice: «La paz a esta casa». Entonces dejan el lecho los infelices padres, y se arrojan a los pies de Jesús. Sólo Elisa se queda donde estaba, ocupada en frotar los miembros, que ya van helándose, con substancias aromáticas.

El pequeño está realmente en las últimas. Su cuerpo tiene ya la pesantez y el relajamiento de la muerte. Su carita está cérea; los orificios de la nariz, denegridos; los labios, violáceos. El pequeño respira con fatiga, espasmódico el pequeño pecho, y cada respiro, de tan separado como está del precedente, parece siempre el último.

La madre llora, apoyado el rostro en los pies de Jesús. El padre, también postrado hasta el suelo, dice: «¡Ten piedad! ¡Ten piedad!». No sabe decir nada más.

Jesús dice: «Leví, ven aquí conmigo», y alarga los brazos.

El pequeño, un niñito de unos cinco años, sufre como una sacudida, como si alguien, mientras durmiera, le hubiera llamado fuerte. Se sienta sin fatiga, se restriega con los pequeños puños los ojitos, mira a su alrededor como asombrado, y, al ver a Jesús, abandona sonriente el lecho y, vestido con su blusón, va seguro hacia el Salvador.

Los padres, estando, como están, inclinados, no ven nada. Pero las exclamaciones de Elisa, que grita: «¡Bondad eterna!», y de los apóstoles y curiosos, que desde el zaguán elevan un: «¡Oh!» de estupor, los advierten de lo que está sucediendo, y levantan la cara del suelo y ven a su hijito allí, sano como si jamás hubiera agonizado...

La alegría hace reír, llorar, gritar o callar, según las reacciones del individuo; aquí produce un estupor mudo, casi desconcertado...

Es demasiada la diferencia entre la condición precedente y la actual, y los dos pobres padres, que ya estaban aturdidos por el dolor, hallan dificultad en acoger la alegría.

[20]Pero al fin lo consiguen, mientras Jesús toma en brazos al niño. 531.20
Entonces, al mutismo sigue un diluvio de palabras mezcladas con exclamaciones de alegría y bendición. Y es difícil seguir este diluvio de palabras que se superponen desordenadamente. Reconstruyo por ellas que hacia la hora sexta el niño, que estaba jugando en el huerto, había entrado en la casa quejándose de dolores abdominales. Su abuela le había tomado en brazos y le había tenido cerca del fuego, y parecía mejorar. Pero luego, cercana ya la hora nona, había sufrido un vómito de materias intestinales y en seguida había entrado en la agonía. La clásica peritonitis fulminante. Su padre, ante las primeras manifiestaciones del mal, había corrido a Jerusalén y había vuelto con un médico, el cual, visto al niño —a quien, entretanto, le había venido el vómito—, había dicho: «No puede vivir» y se había marchado... En efecto, cada minuto que pasaba, el pequeño empeoraba, y ya se ponía frío, y ellos, en medio de la angustia de la imprevista desgracia, no eran capaces de pensar en la salvación cercana. Solamente cuando Andrés y Elisa entraron con las flores diciendo: «Las manda Jesús a Leví», tuvieron como una luz interior y dijeron: «Jesús le salvará».

«¡Y le has salvado, bendito por toda la eternidad! ¡Tus flores! ¡La esperanza! ¡La fe! ¡Oh, sí, la fe en tu amor por nosotros! ¡Ordena como a esclavos! ¡Todo te debemos!...».

Jesús los escucha, mientras sigue teniendo en brazos al niño. Les deja hablar hasta que se cansan, hasta que sus nervios, sometidos a tanta tensión, con el desahogo, se relajan. Luego dice dulcemente: «Amo a los niños y a los corazones fieles. Todos vosotros, los de Nob, sois muy buenos conmigo. Si soy bueno con quien me odia, ¿qué no daré a quien me ama? Yo sabía... y sabía también que el dolor os hacía olvidar a la Fuente de la Vida. He querido señalaros el camino...».

«¿Pero por qué no has venido Tú mismo, Señor? ¿Temías, acaso, que no te acogiéramos?».

«No. Sabía que me recibiríais con amor. Pero entre estos que están alrededor de nosotros había alguno que necesitaba convencerse de que Yo no ignoro nada acerca de los hombres y del estado de los corazones. Y he querido también que otros comprendieran que Dios responde a quien le invoca con fe. [21]Ahora estad en paz. Y creced ca- 531.21
da vez más en la fe en la misericordia de Dios. La paz sea con todos vosotros. Adiós, Leví. Ve con tu mamá ahora. Adiós, mujer. Consagra

al Señor también el fruto que llevas en tu seno, en recuerdo de la bondad que ha tenido el Señor para contigo. Adiós, hombre. Conserva tu espíritu en la justicia».

Se vuelve para marcharse, y pasa con dificultad entre los parientes que se apiñan en el zaguán (abuelos, tíos, primos del que ha recibido el milagro) y que quieren, todos, hablarle a Jesús, bendecirle, ser bendecidos, besarle las vestiduras, las manos... Y luego, después de la numerosa parentela, está la gente del pueblo, que quiere hacer lo mismo. Pero éstos —dejando a los de la casa bendecida por el milagro a gozar de su alegría— se echan a la calle en pos de Jesús. Y en las calles, ya obscuras, con el habitual ruido de las horas de fiesta, toda Nob conduce de nuevo a Jesús a la casita de Juan. Y se hace necesaria toda la autoridad de los apóstoles para convencer a los del pueblo de que regresen a sus casas y dejen tranquilo al Maestro; y, para conseguirlo, a la autoridad deben unir medios más enérgicos, como la amenaza de que, si no le dejan descansar, al día siguiente se marcharán todos de allí.

Por fin, el Cansado puede descansar...

532. Preparativos para las Encenias. Una prostituta enviada a tentar a Jesús, que deja Nob.

21 de noviembre de 1946.

532.1 [1]Los pueblos tomados como masa, los hombres tomados individualmente, son siempre un poco niños y un poco salvajes, o al menos primitivos; sensibilísimos, por tanto, a todo aquello que tenga sabor de novedad, de cosa extraordinaria, y produzca sonido de fiesta. El hecho de acercarse las solemnidades tiene siempre el poder de exaltar a los hombres: casi como si la festividad anulara lo que los entristece y fatiga. En comenzando a acercarse una fiesta, algo, de carácter vigoroso, levemente exaltado, afecta a todos: casi como si este hecho de acercarse la fiesta asemejara al tam-tam de los salvajes en sus conmemoraciones idolátricas o en sus empresas belicosas.

Y también los apóstoles, en la proximidad de las Encenias, se hallan en este estado de euforia. Locuaces, alegres, dan en hacer proyectos, recuerdan fiestas pasadas; alguna añoranza empaña de melancolía sus palabras, pero luego el aire de fiesta se adueña de ellos otra vez y los incita a preparar las cosas, para que todo esté bonito durante la festividad.

¿Que las lámparas en casa de Juan son pocas? ¡Oh, llena de ellas está la casa de Toma en Rama! Y Tomás marcha a Rama por las

lámparas. ¿Que el aceite no es abundante? ¡Oh, Elisa tiene mucho aceite en Betsur y lo ofrece! Y Andrés y Juan van a Betsur por el aceite. ¿Que para cocer las tortas es necesario suave fuego de hornija? Pues los dos Santiagos van por ella por los montes. ¿Que parecen escasos la harina y la cebada y la miel para los platos de rito? ¿Y qué hace entonces en Jerusalén Nique —que casi se ha sentido herida porque nunca le piden nada—, sino poder ofrecer su blondísima miel y la harina y la cebada de su linda propiedad? Y Pedro y Simón Zelote van donde Nique, mientras Judas de Alfeo ayuda a Elisa a poner bonita la casa. Hasta el viejo Bartolomé se une a la común alegría y, junto con Felipe, da una buena mano de cal a la cocina renegrida para que esté más alegre. Judas Iscariote se reserva la parte decorativa, y vuelve una y otra vez cargado de ramas vivaces, olorosas y adornadas de bayas, y las coloca garbosamente en repisas o alrededor de la campana de la chimenea.

Y en la vigilia de las Encenias la casita parece preparada para recibir a una recién casada, por lo cambiada que está: cacharros de cobre resplandecientes, lámparas que ahora están brillantes como soles, ramajes alegres en las paredes blancas; mientras una fragancia de pan y tortas se esparce por el aire, ya oloroso por las ramas cortadas.

Jesús deja estas iniciativas. ¡Parece tan alejado de todos!... Está muy pensativo, incluso triste. Responde a los que le preguntan (solicitando, con la pregunta que hacen, encomio por lo que han hecho). Y son estas preguntas las que me ofrecen la manera de reconstruir los trabajos que los discípulos han hecho, los cuales con su: «¿No he tenido una buena idea yendo a casa por las lámparas?»; o: ¿Hemos hecho bien yo y Felipe blanqueando todo? Ahora está claro y alegre. Parece más grande»; o también: «¿Ves, Maestro? Elisa está contenta. Le parece estar en su propia casa y en la época de sus hijos. Hoy cantaba mientras ponía su aceite en las lámparas y luego amasando su miel con la harina y disolviéndola en la leche para la cebada»; y también: «Que diga lo que quiera Elquías. Pero un poco de verde está bien. ¡En el fondo... si el Creador ha hecho las frondas es para que las usemos, ¿no es verdad?» permiten reconstruir el trabajo que cada uno ha hecho. Pero, aun respondiendo a estas preguntas que celan un deseo de alabanza, su pensamiento está ausente. Y se nota.

532.2 [2]Anochece. Después de los últimos saludos de los vecinos del lugar —que antes de recogerse en sus casas introducen su cabeza en la cocina para saludar al Maestro—, el silencio se establece en Nob. Es la hora de las cenas. Es ya la hora del descanso para los niños y los viejos, para todos aquellos a los que la enfermedad o la edad hacen

delicados.

Debe existir la costumbre de hacer regalos para las Encenias, porque veo que en cuanto se retira el anciano Juan a su cuartito de al lado de la cocina, Elisa y los apóstoles se ponen a terminar, ella, una túnica, ellos, objetos útiles tallados en madera y una cortina de red con cuerdecitas teñidas de rojo, verde, amarillo y añil, fatiga que toca especialmente a los pescadores. Tomás, Mateo, Bartolomé y el Zelote los miran.

«Bien. He terminado» dice Elisa, y se levanta y sacude los hilachos que pudiera haber.

«¡Pobre anciano, estará calentito! ¡Ah, nosotros los hombres, sin las mujeres, somos verdaderamente unos infelices! No sé, sin ti, en qué condiciones estaríamos ya, después de meses de ausencia de casa. Yo puedo hacer esto. ¡Pero si me tengo que coser una hebilla!...» dice Pedro palpando la tela.

«Y lo has hecho rápido. Pareces mi mujer» dice Bartolomé.

«Yo también he terminado. Era buena esta madera. Blanda para hendirla y, al mismo tiempo, resistente» dice Judas Tadeo, dejando en la obscura mesa un cubilete, que puede servir para la sal o alguna especia.

«El mío, sin embargo, todavía se demora. Hay aquí una veta dura que no quiere dejarse trabajar. A lo mejor no me sale este trabajo. Lo siento. Lo bonito estaba en estas vetas obscuras en la madera clara. Mira, Jesús. ¿No parecen crestas de montes pintadas en la madera?» dice Santiago de Alfeo mostrando una especie de jarrón, que no sé a qué uso pueda destinarse, verdaderamente hermoso por la forma, cubierto con una tapadera en forma de cúpula, y graciosamente veteado, tanto en la panza como en la tapadera. Pero es precisamente en la tapadera, junto al bolillo para agarrar, donde la madera resiste tenaz.

«Insiste, insiste; verás como lo consigues. Calienta la herramienta hasta el rojo. Incidirás la fibra y lo conseguirás. Una vez roto el primer estrato...» responde Jesús, que ha observado.

«¿Pero no se estropea con el fuego?» pregunta Mateo.

«No, si se usa con pericia. Y además, o este medio o tirarlo».

Santiago pone al rojo el punzón cortante, luego acerca la punta roja al punto resistente. Olor a madera quemada...

«¡Basta! Ahora trabaja y lo conseguirás» dice Jesús. Y ayuda a su primo manteniendo prieta la tapa como en una mordaza.

Dos veces el filo resbala y pasa cerquísima de los dedos de Jesús. «Quita la mano, hermano. No quisiera herirte...» dice Santiago de Alfeo. Pero Jesús sigue sujetando el jarrón. La tercera vez el cortan-

te punzón hace sangrar el pulgar de Jesús.

«¡Lo ves? ¡Te has hecho daño! ¡Déjame que lo vea!».

«No es nada. Dos gotas de sangre...» responde Jesús, sacudiendo su dedo para que caiga la sangre que gotea del corte. «Más bien, seca la tapa. Se ha quedado manchada» añade.

«No. ¡Dejadlo! Es precioso así. Seca aquí tu dedo, Maestro. Aquí, en mi velo. Sangre tuya, sangre bendita» dice Elisa, envolviendo la mano en el lino de su velo.

La tapa causa de tanto apuro está vencida. La incisión ha quedado hecha.

«Pero antes quería hacer daño» observa el Zelote.

«Sí. Y después ha cedido. ¡Obstinada madera!» dice Tomás.

«Con el hierro, el fuego y el dolor. Parece una de esas frases estimadas por los romanos» observa Simón Zelote.

«A mí, no sé por qué, me trae a la memoria a los profetas en ciertos puntos. También nosotros somos madera tenaz... ¿Hará falta hierro, fuego y dolor, para hacernos buenos?» pregunta Bartolomé.

«En verdad, será necesario. Y no bastará. Yo trabajo con el fuego y con mi dolor, pero no todos los corazones saben imitar a esa madera... [3]¡Silencio! Afuera hay alguien... Hay rumor de pasos...». 532.3

Escuchan. No se oye nada.

«Quizás el viento, Maestro. Hay hojas secas en el huerto...».

«No. Eran pasos...».

«Algún animal nocturno. No oigo nada».

«Tampoco yo, tampoco yo...».

Jesús escucha. Parece que escucha. Luego alza la cara y clava su mirada en Judas de Keriot, el cual también está a la escucha (muy a la escucha, más que los otros). Le mira tan fijamente, que Judas pregunta: «¿Por qué me miras de esa manera, Maestro?». Pero no hay respuesta, porque una mano llama a la puerta. De los catorce rostros que la lámpara esclarece, el único que continúa igual es el de Jesús; los otros cambian de color.

«¡Abrid! ¡Abre, Judas de Keriot!».

«¡Yo no! ¡No abro, no! Podría ser mala gente que viniera a propósito durante la noche. ¡No he de perjudicarte yo!».

«Abre tú, Simón de Jonás».

«¡Menos todavía! ¡Yo, más bien, meto la mesa contra la puerta!» dice Pedro, y hace ademán de llevarlo a cabo.

«Abre, Juan, y no temas».

«¡Oh! Si estás decidido a dejar que entren, yo me marcho allí donde el viejo. No quiero ver nada» dice Judas Iscariote, y recorre con cuatro largos pasos el trecho que le separa de la puerta de la habita-

ción del anciano, y en ésta desaparece.

Juan, derecho junto a la puerta, la mano ya en la llave, mira asustado a Jesús y susurra: «¡Señor!...».

«Abre y no temas».

«Pues sí. Al fin y al cabo, somos trece hombres fuertes. ¡Seguro que no será un ejército! Con cuatro puñetazos y muchos gritos —tú grita, Elisa, si hay que hacerlo— los ponemos en fuga. ¡Que no estamos en un desierto!» dice Santiago de Zebedeo, y se quita el vestido y se recoge las mangas de la túnica (bueno, o del vestido de debajo de la túnica), preparado para la defensa. Pedro hace lo mismo.

532.4 [4]Juan, todavía titubeante, abre la puerta, mira por la tronera. No ve nada. Grita: «¿Quién viene a incomodar?».

Una voz femenina responde, dócil, como angustiada: «Una mujer. Quisiera ver al Maestro».

«Ésta no es hora de venir a las casas. Si estás enferma, ¿por qué vas por la calle a estas horas? Si estás leprosa, ¿cómo te aventuras a venir a un pueblo? Si algo te aflige, vuelve mañana. Vete, vete a tus cosas» dice Pedro, que se había puesto detrás de Juan.

«¡Por piedad! Estoy sola en medio de la calle. Tengo frío. Tengo hambre. Y soy una desdichada. Llamadme al Maestro. Él tiene compasión...».

Los apóstoles, vacilantes, miran a Jesús, que tiene un aspecto muy severo y calla. Cierran de nuevo la puerta.

«¿Qué hacemos, Maestro?» pregunta Felipe. «¿Darle, al menos, un poco de pan? Sitio no hay. Ir a las casas con una desconocida...».

«Espera, voy yo a ver» dice Bartolomé, y agarra la lámpara para darse luz.

«No hace falta que vayas. Esa mujer no tiene frío ni hambre, y sabe muy bien a dónde ir. No tiene miedo de la noche. Pero es una desdichada, aunque no esté ni enferma ni leprosa. Es una prostituta. Y viene a tentarme. Os lo digo porque sepáis que sé las cosas, para que os convenzáis de que las sé. Y os digo más: no viene por propio capricho, sino que viene porque está pagada por venir». Jesús habla alto, en un tono que puede ser oído en la habitación de al lado, donde está Judas.

«¿Y quién crees que puede haber hecho esto? ¿Con qué finalidad?» dice el mismo Judas Iscariote presentándose de nuevo en la cocina. «Los fariseos está claro que no, los escribas tampoco, y tampoco los sacerdotes, si es una prostituta. Y no creo que los herodianos sean tan... rencorosos como para tomarse ciertas molestias para... Es que no sé tampoco yo para qué».

«El "para qué" te lo voy a decir Yo; y tú sabes, como Yo, que es

así. Para poder llegar a decir que soy un pecador, uno que tiene tratos con las pecadoras públicas. Y te digo también que no maldigo, ni a ella ni a quien la ha mandado. Sigo siendo, siempre soy, la Misericordia. Y voy a ir donde ella. Si crees oportuno venir conmigo, ven. Voy donde ella porque es realmente una desdichada. Dice que lo es creyendo no decir verdad, porque es joven, hermosa y está bien pagada, está sana y vive contenta de su infame vida. Pero es una desdichada. Es la única verdad que dice entre tantas mentiras. Precédeme y asiste al diálogo».

«¡Yo no! ¡Que no asisto! ¿Por qué debería hacerlo?».

«Para testificar a quien te pregunte».

«¿Y quién crees que me va a preguntar? Entre nosotros, no hay necesidad de hacer preguntas, y los otros... Yo no veo a nadie».

«Obedece. Ve delante».

«No. No quiero obedecer en esto, y no me puedes obligar a acercarme a una meretriz».

«¡Hala! ¿Qué eres? ¿El Sumo Sacerdote? Voy yo, Maestro, y sin miedo a que se me pegue nada» dice Pedro.

«No. Voy solo. Abre».

[5]Jesús sale al huerto. En el negror absoluto de la noche, aún sin Luna, no se ve nada. 532.5

La puerta de la cocina vuelve a abrirse. Pedro sale con una lámpara. «Toma al menos esto, Maestro, si es que decididamente no quieres que esté yo» dice en voz alta. Y luego, en voz baja: «Pero ten presente que estamos detrás de la puerta. Si tienes necesidad, llama...».

«Sí. Ve. Y no discutáis entre vosotros».

Jesús toma la lámpara y la alza para ver. Detrás del grueso tronco del nogal hay una forma humana. Jesús da dos pasos hacia ella y ordena: «Sígueme». Y va a sentarse en el banco de piedra que está contra la casa en el lado de oriente.

La mujer sale, velada toda y corvada. Jesús pone la lámpara sobre la piedra, cerca de sí.

«Habla». Ordena, tan austero, rígido, tan Dios, que la mujer, en vez de avanzar y de hablar, retrocede y se encorva más todavía y calla. «Habla, te digo. Preguntabas por mí. He venido. Habla» dice con un cierto matiz de dulzura en la voz.

Silencio.

«Entonces hablo Yo. Te pregunto: ¿Por qué me odias hasta el punto de servir a quien quiere mi perdición, y la sueña en todos los modos, y busca todo lo que pueda causarla? Responde. ¿Qué mal te he hecho Yo, desdichada? ¿Qué mal te ha hecho el Hombre que ni si-

quiera en su corazón te ha vilipendiado por la vida infame que llevas? ¿Es que te ha pervertido el Hombre, que ni en su corazón te ha deseado, para que tengas que odiarle más que a los que te han prostituido y que te vejan cada vez que van a ti? ¡Responde! ¿Qué te ha hecho Jesús de Nazaret, el Hijo del hombre, al que apenas conoces de vista por haberle encontrado por las calles de alguna ciudad; Jesús, que ignora tu rostro y que de tus gracias no hace caso, porque sólo de tu alma busca la ensuciada, la deturpada efigie, para conocerla y curarla? ¡Habla, pues!

532.6 [6]¿No sabes quién soy? Sí, en parte lo sabes. Es más, por dos partes lo sabes. Sabes que soy un hombre joven y que mi físico te gusta: esto te lo ha dicho tu animalidad desatada; y tu lengua de ebria se lo ha dicho a quien ha recogido la confesión de tu sensualidad y con ello se ha hecho un arma para perjudicarme. Sabes que soy Jesús de Nazaret, el Cristo: esto te lo han dicho aquellos que, aprovechándose de tu deseo carnal, te han pagado para que vinieras aquí a tentarme. Te han dicho: "Él se dice el Cristo. Las muchedumbres le llaman el Santo, el Mesías. Es sólo un impostor. Necesitamos tener las pruebas de su miseria de hombre. Dánoslas y te cubriremos de oro". Y, dado que tú, con un resto de justicia, la última brizna del tesoro de justicia que Dios había puesto en tu carne con el alma y que tú has roto y desbaratado, no querías causarme un daño —porque, a tu manera, me amabas— ellos te dijeron: "No le vamos a hacer ningún daño. ¡Al contrario! Te le dejamos a ti a ese hombre, dándote medios para que pueda vivir como un rey a tu lado. Nos basta poder decirnos a nosotros mismos, para dar paz a nuestra conciencia, que Él es un simple hombre. Una prueba de que estamos en la verdad no creyendo que sea el Mesías". Esto te han dicho. Y tú has venido. Pero si Yo me dejara engatusar por ti, vendría sobre mí el infierno. Ellos están preparados para cubrirme de fango y capturarme. Y tú eres el instrumento para hacer esto.

Como ves, no te pregunto. Hablo *porque sé* sin necesidad de preguntar. Pero, si sabes estas dos cosas, la tercera no la sabes. Tú no sabes quién soy, además de hombre y de Jesús. Tú ves al hombre. Los otros te dicen: "Es el Nazareno". Pero Yo te digo quién soy. Soy el Redentor. Para redimir debo estar sin pecado. Mira cómo he pisoteado mi posible sensualidad de hombre. Así, como lo hago con esta repelente larva que en las tinieblas se encaminaba de un fango a otro fango para sus lascivos amores. Así la he pisoteado *siempre*. Así la pisoteo también ahora. Y, de la misma manera, estoy dispuesto a arrancar de ti tu enfermedad y a pisotearla y librarte de ella, para sanarte y hacerte santa. Porque soy el Redentor. Sólo esto. He toma-

do cuerpo de hombre para salvaros, para destruir el pecado, no para pecar. Lo he tomado para borrar vuestros pecados, no para pecar con vosotros. Lo he tomado para amaros, pero con un amor que da su vida, su sangre, su palabra, todo, para llevaros al Cielo, a la Justicia, no para amaros como un animal; y ni siquiera como un hombre, porque Yo soy más que hombre.

[7]¿Sabes con precisión quién soy? No lo sabes. No conocías siquiera 532.7
la entidad de lo que venías a cumplir. Esto te lo perdono sin que lo solicites. No sabías. ¡Pero tu prostitución! ¿Cómo has podido vivir en ella? No eras así. Eras buena. ¡Oh, desdichada! ¿No recuerdas tu infancia? ¿No recuerdas los besos de tu madre, ni sus palabras? ¿Y las horas de la oración? Las palabras de la Sabiduría, cuya explicación oías al anochecer por boca de tu padre y los sábados por boca del arquisinagogo... ¿Quién te ha hecho obtusa de mente y ebria? ¿No recuerdas? ¿No añoras? ¡Dime! ¿Eres verdaderamente feliz? ¿No respondes? Hablo Yo por ti. Digo: no, no eres feliz. Cuando te despiertas, encuentras en tu almohada tu vergüenza, para darte la primera, cotidiana vuelta de tortura. Y la voz de la conciencia te grita su censura mientras te atavías y perfumas para gustar. Y sientes infame olor en las esencias más finas. Y sabor de náusea en los más caprichosos alimentos. Y tus joyas te pesan como una cadena. Lo son. Y, mientras ríes y seduces, dentro de ti hay algo que gime. Y buscas la embriaguez para vencer el aburrimiento y la náusea de tu vida. Y odias a aquellos que dices que amas para obtener una ganancia. Y te maldices a ti misma. Y tu sueño es cargante por las pesadillas. Y la idea de tu madre es para ti una espada en el corazón; la maldición de tu padre no te deja sosiego. Y además, las ofensas de los que se cruzan contigo, la crueldad de quienes te usan, sin piedad, nunca. Eres una mercancía. Te has vendido. Una mercancía comprada se usa como se quiere. Se rompe, se consume, se pisotea, se escupe. Derecho del comprador. Tú no puedes rebelarte... ¿Te hace feliz esta situación? No. Estás desesperada. Estás encadenada. Vives torturada. En la Tierra eres un trapajo sucio que puede ser pisoteado por cualquiera. Si tratas, en alguna hora de dolor, de encontrar consuelo alzando el espíritu hacia Dios, sientes la ira de Dios sobre ti, prostituta, y el Cielo más cerrado que para Adán. Si te encuentras mal, sientes el terror de morir porque conoces tu suerte. El Abismo es para ti.

[8]¡Oh, desdichada! ¿Y no era suficiente? ¿Es que quieres unir a la 532.8
cadena de tus culpas la de ser la perdición del Hijo del hombre, de Aquel que te ama? ¡El Único que te ama! Porque también por tu alma se ha vestido de carne. Yo podría salvarte, si tú quisieras. Sobre el abismo de tu abyección se curva el Abismo de la misericordiosa

Santidad, y espera un deseo tuyo de salvación para sacarte del abismo de tu inmundicia. En tu corazón piensas que es imposible que Dios te perdone. Sacas los principios de este pensamiento tuyo por comparación con el mundo, que no te perdona el ser la prostituta. Pero Dios no es el mundo. Dios es Bondad. Dios es Perdón. Dios es Amor.

Has venido a mí, pagada para perjudicarme. En verdad te digo que el Creador, con tal de salvar a una criatura suya, puede transformar en bien incluso lo malo. Y, si tú lo quieres, en bien se transformará tu venida a mí. No te avergüences de tu Salvador. No te avergüences de mostrarle desnudo tu corazón. Aunque quieras velarlo, Él lo ve y llora por él; llora, ama. No te avergüences de arrepentirte. Sé audaz en el arrepentimiento como lo fuiste en la culpa. No eres la primera prostituta que llora a mis pies y conduzco de nuevo a la justicia... Jamás he alejado de mí a una criatura, por muy culpable que fuera. Al contrario, he tratado de atrarerla hacia mí y salvarla. Es mi misión. No me causa horror el estado de un corazón. Conozco a Satanás y sus obras. Conozco a los hombres y sus debilidades. Conozco la condición de la mujer que expía, como es justicia, más duramente que el hombre las consecuencias de la culpa de Eva. Sé, por tanto, juzgar y sé compadecerme. Y te digo que, más que para con las mujeres caídas, soy severo para con aquellos que las inducen a la caída. Respecto a ti, infeliz, soy más severo con los que te han mandado que contigo que has venido, no sabiendo con precisión a qué te prestabas. Hubiera preferido que hubieras venido impulsada por un deseo de redención, como otras hermanas tuyas. Pero, si secundas el deseo de Dios, y de una mala acción haces la piedra angular de tu nueva vida, Yo te diré la palabra de paz...».

532.9 [9]Jesús —que al principio estaba muy severo y cada vez ha ido adquiriendo un tono más dulce, aunque permaneciendo tan... Dios como para excluir cualquier debilidad de la carne y también cualquier error de valoración respecto a su bondad— ahora calla, y mira a la mujer, que ha estado todo este tiempo en pie pero encorvada, cada vez más encorvada, a unos dos metros de Él, y que a mitad de sus palabras se ha llevado las manos a la cara, apretando contra el velo, dos hermosas manos que sobresalen del manto obscuro, adornadas enteramente con anillos. Lleva pulseras en las muñecas, desnudos los brazos hasta el codo.

No podría decir si la mujer llora o no. Si lo hace, es calladamente, porque no se perciben ni sollozos ni convulsiones. Vestida de obscuro, está tan inmóvil que parece una estatua. Luego, de repente, cae de rodillas y se arrebuja en el suelo; entonces sí llora verdaderamente,

sin miedo a que se vea. Y luego, permaneciendo así, como un trapajo tirado por el suelo, habla: «¡Es verdad! Eres verdaderamente un profeta... Todo es verdad... Me han pagado por esto... Pero me habían dicho que era por una apuesta... La idea era descubrirte en mi casa... Pero también a tu lado...».

«Mujer, Yo no escucho sino la narración de *tus* culpas...» la interrumpe Jesús.

«Es verdad. No tengo derecho a acusar a nadie, porque soy un estercolero de inmundicia. Es verdad todo. No soy feliz... No gozo de las riquezas, de los festines, de los amores... Me ruborizo al pensar en mi madre... Tengo miedo de Dios y de la muerte... Odio a los hombres que me pagan. Todo lo que has dicho es verdad. Pero no me arrojes de tu presencia, Señor. Nadie, nunca, después de mi madre, me ha hablado como Tú. Tú, incluso, me has hablado más dulcemente que mi madre, que en los últimos tiempos era dura conmigo por mi conducta... Para no seguir oyéndola, huí a Jerusalén... Pero Tú... Y es como si tu dulzura fuera nieve sobre el fuego que me devora. Mi fuego se atenúa; es más, es un fuego distinto. Era fuego ardiente, pero no daba ni luz ni calor: yo estaba como el hielo y en las tinieblas. ¡Oh, cuánto he querido sufrir! ¡Cuánto dolor inútil y maldito me he producido! Señor, te he dicho, a través de la puerta entreabierta, que era una desdichada y que tuvieras compasión. Eran las palabras de falsedad que me habían enseñado para decírtelas para llevarte a la trampa. Me dijeron que después mi belleza haría el resto... [10]¡Mi be- 532.10
lleza! ¡Mis vestidos!...».

La mujer se pone en pie. Ahora que está erguida veo que es alta. Se desprende bruscamente de su velo y de su manto, y aparece en su verdadera belleza de moreno castaño y carne blanquísima. Los ojos, agrandados por el bistre, aparecen ensanchados y muy hermosos, tienen una mirada de inocencia azarada que es extraño encontrar en una mujer de éstas. Quizás los ha lavado ya el llanto. La mujer desgarra y pisotea la tela del manto, rompe el velo, arranca las fíbulas preciosas del uno y del otro y las arroja al suelo, se saca anillos y pulseras, lanza lejos los adornos de la cabeza, se agarra los rizos llenos de horquillas brillantes y se los arranca y despeina, para borrar el artificio, en medio de una furia de sacrificio que llega a producir miedo. El collar que tiene en el cuello, estirajado con violencia, se desgrana y cae al suelo, y el pie calzado con sandalias adornadas pisotea las gemas y las tritura; el precioso cinturón sigue la misma suerte, y lo mismo un broche que sujetaba con arte la tela del vestido en el pecho. Y todo esto repitiendo en voz baja, jadeante: «¡Fuera! ¡Fuera! ¡Fuera! Cosas malditas. ¡Fuera! Vosotros y quienes me las

han dado. ¡Fuera mi belleza! ¡Fuera mis cabellos! ¡Fuera mi carne de jazmín!».

Rápida, agarra una piedra angulosa que ve en el suelo y se golpea y se hace sangre en la cara, en la boca; se araña con las uñas pintadas. La sangre gotea de las heridas, los rasgos faciales aparecen abultados a causa de los golpes... hasta que su furia se aplaca y, jadeante, exhausta, desfigurada, despeinada, lacerada, sus vestidos manchados de sangre y tierra, se arroja al suelo a los pies de Jesús y, gimiendo, dice: «Y ahora me puedes perdonar, si ves mi corazón, por-
532.11 que de mi pasado ya no hay nada, nada de... [11]Has vencido Tú, Señor, contra tus enemigos y mi carne... Perdóname mi pecar...».

«Te lo había perdonado ya, desde que he salido a tu encuentro. Levántate y no vuelvas a pecar nunca».

«Dime qué tengo que hacer, para ello».

«Aléjate de los lugares de tu pecado, de las personas que saben quién eres. Tu madre...».

«¡Oh, mi Señor! Ella ya no me recibirá. Me odia a causa de mi padre, que murió por mí maldiciéndome».

«Si te acoge Dios que es Dios, y te acoge porque es Padre, ¿podrá no acogerte la madre que te ha engendrado y que es mujer como tú? Ve humildemente donde ella. Llora a sus pies como lloras a los míos. Confiésate a ella como has hecho conmigo. Manifiéstale tu sufrimiento. Invoca su piedad. Tu madre espera este momento desde hace años. Lo espera para morir en paz. Soporta sus palabras de amorosa reprensión como has soportado las mías. Yo, para ti, era un extraño, y a pesar de todo me has escuchado. Ella es tu madre. Tienes el doble deber, por tanto, de escucharla con respeto».

«Tú eres el Mesías. Eres más que mi madre».

«Esto lo dices ahora. Pero cuando has venido para tentarme no sabías que era el Mesías, y, no obstante, has escuchado mis palabras».

«Eras tan distinto de los hombres... tan... ¡Eres santo, Jesús de Nazaret!».

«Tu madre es santa como madre y como criatura. Por sus oraciones has hallado misericordia ante Dios. ¡La madre siempre es santa! Y Dios quiere que se honre a la madre».

«Yo la he mancillado. Todo el pueblo lo sabe».

«Razón de más para ir a ella y decirle: "Madre, perdón". Y para consagrarle la vida para compensarla por las penas que por ti ha sufrido».

532.12 «Lo haré... [12]Pero... Señor, no me mandes ahora a Jerusalén. *Ellos* me esperan... y no sé si sabré resistir las amenazas... Déjame aquí hasta el alba, y después...».

«Espera un momento».

Jesús se levanta, va a la puerta de la cocina, llama, dice que le abran y añade: «Elisa, sal».

Elisa obedece. Jesús la conduce hacia la mujer, la cual, al ver venir a otra mujer, y anciana, tiene una reacción de vergüenza y trata de taparse la cara y el vestido procaz con los restos del manto y del velo desgarrados.

«Escucha, Elisa. Yo dejo inmediatamente esta casa. Dirás a mis apóstoles que me verán a la aurora en la puerta de Herodes. Todos menos Judas de Keriot, que *debe* venir conmigo. Llevarás a esta mujer a dormir contigo. Puedes ocupar mi cama, porque Yo no volveré a Nob durante mucho tiempo. Mañana, cuando se despierte Juan, tú y él acompañaréis a esta mujer a donde ella diga. Le darás una túnica común y un manto de los tuyos. Y la ayudaréis *en todo*.».

«De acuerdo, Señor. Se hará como Tú quieres. Lo siento por Juan...».

«Yo también. Quería complacerle, pero el odio de los hombres impide al Hijo del hombre dar una hora de fiesta a un justo...».

«¿Y después, Señor?».

«¿Después? Puedes volver a Betsur, y esperar... Adiós, Elisa. Mi bendición y mi paz queden contigo. Adiós, mujer. Te dejo en manos de una madre y un justo. Pero, si crees que debes volver para recoger tus bienes...».

«No. Ya no quiero tener nada del pasado».

«¡Pero mujer! ¡No podrás dejar todo abandonado! ¿No tienes siervos ni parientes?» dice Elisa.

«Tengo sólo una sierva... y...».

«Tendrás que despedirla, tendrás que...».

«Te ruego que lo hagas tú, cuando vuelvas. Ayúdame a sanar del todo, mujer». Hay una verdadera angustia en la mujer.

«¡Sí, hija mía! Sí. No te acongojes. Mañana pensaremos en todas estas cosas. Ahora ven conmigo arriba», y Elisa la toma de la mano y la guía por la escalera a uno de los dos cuartos superiores.

[13]Luego, rápidamente, baja: «He pensado que convenía que todos 532.13
te vieran sin ella, Señor. Y que no supieran dónde está. Estas joyas...». Se agacha a recoger anillos y pulseras, fíbulas y horquillas y cinturón, y todas las cuentas que puede del collar roto: «¿Qué vamos a hacer, Señor, con esto?».

«Ven conmigo. Tienes razón. Conviene que me vean».

Entran en la cocina. Todos miran a Jesús con gesto interrogativo. Se ha levantado también el anciano, quizás despertado por una polémica.

«Elisa, da a Tomás las cosas preciosas. Y Tú, Toma, mañana las venderás a algún orfebre. Servirán para los pobres. Sí. Son joyas de mujer, de *esa* mujer. Ésta es la respuesta para quien piensa que una carne pueda tentar al Hijo del hombre y desviarle de su misión. Y también es el consejo, para todos los que me odian, de que es inútil cualquier embrollo para encontrar materia de acusación. Juan, Elisa te dirá lo que debes hacer. Yo te bendigo...».

«¿Me dejas, Señor?». El viejecito está afligido.

«Debo hacerlo. Adiós. La paz sea contigo». Se vuelve hacia los apóstoles: «Id a descansar. Todos menos Judas de Keriot, que viene conmigo».

«¿Pero a dónde? Es de noche» objeta Judas.

«A orar. No te va a perjudicar. ¿O es que temes el aire nocturno si lo respiras conmigo?».

Judas agacha la cabeza y, de mal talante, coge su manto, mientras Jesús coge el suyo.

«Mañana a la aurora en la puerta de Herodes. Iremos al Templo y...».

«¡No!». El "no" es unánime; el de Judas, el más fuerte.

«Iremos al Templo. ¿No has dicho, acaso, que los has convencido de que me dejen en paz?».

«Es verdad».

«Pues entonces iremos al Templo. Ven», y está para salir.

«Pues ya se acabó la fiesta que habíamos preparado...» suspira Pedro.

«Terminada antes de empezar, deberías decir» le responde Santiago de Zebedeo.

Jesús está ya en el umbral de la puerta. Se vuelve y bendice. Luego desaparece en la noche.

En la cocina, todos se han quedado mudos. Hasta que Mateo pregunta a Elisa: «¿Pero y qué es lo que ha pasado?».

«No lo sé. Había una mujer que lloraba. Y Él ha dicho lo que os ha dicho luego a vosotros. No sé ni quién es, ni de dónde ni por qué ha venido...».

«Bien. Vamos...».

Y, menos Mateo y Bartolomé, que duermen en la casa, se marchan todos.

533. Hacia Jerusalén con Judas Iscariote.

25 de noviembre de 1946.

[1]El alba esclarece el horizonte. El bosque de olivos que cubre el 533.1
monte se ilumina poco a poco y va saliendo de la sombra; los troncos, todavía en penumbra, parecen ausentes; no así las copas plateadas, ya visibles. Parece que la niebla se extiende sobre el monte, pero es sólo el tono gris de las frondas en la luz incierta matutina.

Jesús está solo bajo los olivos. No es el Getsemaní, porque el Getsemaní está situado paralelo —así lo diré— al Moria, mientras que aquí el Moria cae enfrente. Por tanto, estamos al norte de Jerusalén, más allá de las tumbas de los reyes. Jesús sigue orando, y no deja de hacerlo siquiera cuando los primeros trinos de los pájaros le dicen que ha venido el día. Sólo cuando el primer rayo de sol —ya ha salido el astro— enciende un punto de oro en el oro hasta ahora velado de las cúpulas del Templo, se pone en pie, se quita el manto y lo sacude —hay vestigios de tierra y alguna hojita seca pegada al grueso tejido—, se alisa con la mano la barba y el pelo, y luego se coloca la túnica y el cinturón, se observa las correas de las sandalias, se pone de nuevo el manto y se encamina cuesta abajo por un senderito apenas trazado entre los troncos. Quizás se dirige a aquella casita que está a mitad de la ladera y de cuyo techo se eleva un poco de humo. Pero no. Tuerce hacia una vereda más ancha, que baja hacia el camino de primer orden que conduce a la ciudad.

[2]Detrás de Él se precipita cuesta abajo Judas Iscariote. Digo: *se* 533.2
precipita, porque corre como un loco para alcanzar al Maestro. Y, llegado a la distancia de poder usar la voz, le llama. Jesús se para. Judas se llega a Él jadeando: «¡Maestro... menos mal que he pensado venir a buscarte! ¿Te marchabas así, sin mí? Ziforá me dijiste que te esperase en la casa, porque irías sin falta. Pero...».

«¿No dije a todos que os esperaba en la puerta de Herodes al amanecer? Amanece. Voy a la puerta de Herodes».

«Sí, pero... era para los otros. Nosotros dos estábamos juntos».

«¿Juntos?». Jesús está muy serio.

«Pues claro, Maestro. Hemos salido juntos. Ha sido tu deseo. Luego has preferido ir a orar solo. Pero yo estaba dispuesto a ir contigo».

«En Nob has mostrado claramente que no te agradaba pasar la noche en oración con tu Maestro. Y te he evitado que tuvieras que hacer forzado un acto de virtud. No habría servido para nada. El bien hay que saber hacerlo espontáneamente para que tenga fragancia y sea fructífero. En caso contrario, no es más que una... pantomi-

ma, y a veces peor que una pantomima».

533.3 «Pero yo... [3]¿Por qué de un tiempo a esta parte estás tan severo conmigo? ¿Ya no me quieres?».

«Con mayor razón que tú, podría preguntarte Yo: ¿ya no me quieres? Pero no te lo pregunto. Porque incluso esta pregunta sería una cosa inútil, y Yo no hago nunca cosas inútiles».

«¡Ya, claro! Porque bien sabes que te quiero».

«Quisiera saberlo, Judas de Keriot. Y quisiera poder decirte: sé que me amas. Pero, de la misma manera que no hago nunca cosas inútiles, no digo nunca palabras falsas. Por eso no te digo que sé que me amas».

«¡Cómo es eso, Maestro? ¿Yo no te amo? ¿No trabajo para ti? ¿Puedes, acaso, dudarlo? Esto me apena. ¡Yo que en cuanto comprendo que una cosa te apena ya no la hago y velo por que no se haga! Mira: comprendí que te desagradaba que... saliera de noche, y no he vuelto a salir; comprendí que te cansaban sobremanera las disputas de tus adversarios, y fui —y no se abstuvieron de ofenderme— a decirles que ya bastaba, y ya ves que no te han vuelto a importunar. Y espero que no te importunen ni siquiera en el Templo. ¡No eres justo, Maestro, con el pobre Judas!».

«Eres el primero, de entre mis seguidores, que me acusa de injusticia...».

«¡Oh, perdón! Pero tus palabras, tu severidad, me apenan tanto, que ya no sé reflexionar. Me enajenan, créelo. ¡Venga, paz mía, hagamos la paz entre nosotros! Yo quiero estar contigo como si fuera una unidad contigo. Juntos siempre...».

«Hace un tiempo lo estábamos. Pero ahora, dime, Judas: ¿alguna vez lo estamos?».

«¿Todavía por aquella noche?, ¿o porque no fui contigo a Betabara? Tú sabes por qué no fui. Por tu bien... Y aquella noche... ¡Soy un hombre joven, Señor! Pero, aparte de esos momentos en que, lo confieso, puedo haber errado, es más: seguro que he errado, estoy siempre contigo».

«No hablo de la cercanía corporal, sino de la espiritual, de la de pensamiento y corazón. Estás lejos, Judas, de tu Salvador, y te alejas cada vez más».

«¿Lo ves! ¡A mí todos los reproches! Y, sin embargo, ya ves con qué humildad los tomo. Te dije que me alejaras de ti. Me has retenido... ¿Y entonces qué quieres de mí?».

«¿Que qué quiero! Quisiera no haber tomado inútilmente una Carne por ti. ¡Esto es lo que quisiera! Pero tú ya eres de otro padre, de otro país, hablas otra lengua... ¡Oh, qué hacer, Padre mío, para

purificar el templo profanado de este hijo tuyo y hermano mío?». Jesús vierte lágrimas, palidísimo, hablando al Padre suyo.

Judas también se pone térreo y se separa mucho, guardando silencio. Jesús le pasa unos metros y, agachada la cabeza, desciende recogido en su dolor. Y entonces Judas hace un gesto de burla, de amenaza, yo diría: de cruel juramento, a espaldas del Inocente. Su cara, hasta ese momento enmascarada tras una hipócrita pátina de dulzura y humildad, pasa a ser angulosa, dura, fea, cruel. Verdaderamente demoniaca. Todo el odio, pero un odio no humano, está presente en el fuego de esas negras pupilas, y ese fuego de odio se concentra en el alto cuerpo de Jesús. Luego, encogiéndose de hombros y dando un airado golpe con el pie, Judas pone fin a su razonamiento interno. Y reanuda el camino, recuperada la compostura, como uno que hubiera decidido ya irrevocablemente.

[4]La ciudad está ya próxima con sus murallas. Gente que se aglo- 533.4
mera en las puertas. Forasteros, hortelanos, habitantes de los pueblos cercanos. Entre los que están al pie de las murallas, también los once apóstoles, los cuales, al ver al Maestro, van a su encuentro.

«Maestro, mientras esperábamos aquí, ha venido un hombre buscándote. Ha dicho que Valeria te ruega que vayas sin falta a la sinagoga de los libertos romanos. Que ella estará allí».

«De acuerdo. Iremos. Antes vamos donde José de Seforí, porque mi túnica no está limpia».

«¿Dónde has dormido, Señor?» pregunta Pedro.

«En ningún lugar, Simón. He orado en el monte. Y la tierra estaba húmeda, incluso fangosa. Ya ves».

«¿Por qué orar así, a la intemperie, Señor? Te podría hacer daño...».

«Los elementos no hacen daño al Hijo del hombre. Las cosas de Dios son buenas. Son los hombres los que odian al Hombre».

Pedro suspira... Se alejan en dirección a la casa del galileo, seguidos de los demás...

534. Enseñanzas y curaciones en la sinagoga de los libertos romanos. Un encargo para los gentiles.

26 de noviembre de 1946.

[1]La sinagoga de los romanos está justo enfrente del Templo, cerca 534.1
del Hípico. Un grupo de gente espera a Jesús, y, cuando le señalan a la entrada de la calle, unas mujeres son las primeras que van a su encuentro. Jesús está con Pedro y Judas Tadeo.

«¡Hola, Maestro! Te agradezco que hayas aceptado mi petición. ¿Entras ahora en la ciudad?».

«No. Estoy ya desde la hora primera. He estado en el Templo».

«¿En el Templo? ¿No te han injuriado?».

«No. La hora era temprana e ignoraban mi venida».

«Te había llamado por este motivo... y también porque aquí hay gentiles que querrían oírte. Desde hace días van al Templo a esperarte. Pero se han burlado de ellos e incluso los han amenazado. Ayer estaba yo también y comprendí que se te espera para injuriarte. He mandado hombres a todas las puertas. Con el oro todo se obtiene...».

«Te lo agradezco. Pero Yo, Rabí de Israel, no puedo no subir al Templo. ¿Estas mujeres quiénes son?».

«Mi liberta Tusnilde. Dos veces bárbara, Señor. De los bosques de Teotuburgo. Botín de esas imprudentes avanzadas que tanta sangre han costado. Mi padre se la regaló a mi madre, y ella a mí, para mi boda. De sus dioses a los nuestros. De los nuestros a ti, porque ella hace lo que yo hago. Es muy buena. Las otras son las mujeres de los gentiles que te esperan. De todas las regiones. La mayor parte enfermas. Han venido con las naves de sus maridos».

«Vamos a entrar en la sinagoga...».

El arquisinagogo, erguido en el umbral de la puerta, se inclina y se presenta: «Matatías Sículo, Maestro. Alabado y bendito seas».

«Paz a ti».

«Entra. Cierro la puerta para estar tranquilos. Es tanto el odio, que los ladrillos son ojos y las piedras oídos para observarte y denunciarte, Maestro. Quizás son mejores estos que, con tal de que no se toquen sus intereses, no se meten con nosotros» dice el anciano arquisinagogo, mientras va andando al lado de Jesús para llevarle, pasado un pequeño patio, a una amplia estancia, que es la sinagoga.

534.2 [2]«Curemos primero a los enfermos, Matatías. Su fe merece premio» dice Jesús. Y pasa de una a otra mujer imponiendo las manos. Algunas están sanas, pero el enfermo es el hijito que tienen en brazos, y Jesús le cura.

Una es una niña paralizada completamente; una vez curada, grita: «¡Sitaré te besa las manos, Señor!».

Jesús, que ya había pasado adelante, se vuelve sonriendo y pregunta: «¿Eres sira?».

La madre explica: «Fenicia, Señor. De allende Sidón. Estamos en las orillas del Tamiri. Y tengo otros diez hijos y otras dos hijas, una de nombre Sira y la otra Tamira. Y Sira es viuda, a pesar de ser poco más que una niña. Así que, siendo ya libre, se ha establecido en casa de su hermano, aquí en la ciudad, y es seguidora tuya. Ella nos dijo

que Tú lo podías todo».

«¿No está aquí contigo?».

«Sí, Señor. Está ahí, detrás de esas mujeres».

«Acércate» manda Jesús.

La mujer, temerosa, avanza entre el grupo de mujeres.

«No tienes que tener miedo de mí si me amas» la conforta Jesús.

«Te amo. Por eso he dejado Alejandrocenas. Porque pensaba que te podría oír otras veces y... que aprendería a aceptar mi dolor...». Llora.

«¿Cuándo te has quedado viuda?».

«Al final de vuestro Adar... Si hubieras estado, Zeno no habría muerto. Él lo decía... porque te había oído hablar y creía en ti».

«Entonces no está muerto, mujer. Porque quien cree en mí vive. [3]La verdadera vida no es este día en que vive la carne. La vida es 534.3
aquella que se obtiene creyendo y yendo en pos de quien es Camino, Verdad y Vida, y obrando según su palabra. Aunque este creer y seguir fuera durante poco tiempo, y obrar por poco tiempo, un tiempo pronto truncado por la muerte del cuerpo, aunque fuera un solo día, una sola hora, en verdad te digo que esa criatura no conocerá ya la muerte. Porque el Padre mío y de todos los hombres no calculará el tiempo transcurrido en mi Ley y Fe, sino la voluntad del hombre de vivir hasta la muerte en esa Ley y Fe. Yo prometo la Vida eterna y quien cree en mí y obra según lo que digo, amando al Salvador, propagando este amor, practicando mis enseñanzas durante el tiempo que se le conceda. Los obreros de mi viña son todos aquellos que vienen y dicen: "Señor, recíbenos entre tus obreros", y en esa voluntad permanecen hasta que el Padre mío juzga terminada su jornada. En verdad, en verdad os digo que habrá obreros que habrán trabajado una sola hora, *su última hora*, y que tendrán más inmediato el premio que aquellos que hayan trabajado desde la primera hora pero siempre con tibieza, movidos al trabajo únicamente por la idea de no merecer el infierno, o sea, movidos por el miedo al castigo. No es éste el modo de trabajar que mi Padre premia con una gloria inmediata. Es más, a estos calculadores egoístas —que sienten el apremio de hacer el bien, el bien estrictamente necesario, por no atraerse una pena eterna— el Juez eterno les dará una larga expiación. Deberán aprender, a expensas de sí mismos, con una larga expiación, a darse un espíritu solícito en amor, *y en amor verdadero*, orientado todo a la gloria de Dios. Y os digo también que en el futuro muchos serán, especialmente entre los gentiles, los que estarán entre los obreros de una hora, e incluso de menos de una hora, y que serán gloriosos en mi Reino, porque en esa única hora de respuesta a la Gracia, que los habrá invitado a entrar

en la viña de Dios, habrán alcanzado la perfección heroica de la caridad. Ten, pues, buen ánimo, mujer. Tu marido no está muerto sino que vive. No le has perdido; solamente está separado de ti un tiempo. Ahora tú, como esposa que no hubiera entrado todavía en casa del esposo, debes prepararte para las verdaderas nupcias inmortales con aquel que lloras. ¡Oh, dichosas nupcias de dos espíritus que se han santificado y que se unen de nuevo, para siempre, en donde no existe ya la separación ni el temor del desamor ni las penas, en donde los espíritus exultarán en el amor de Dios y en el amor recíproco! La muerte para los justos es verdadera vida, porque ya nada podrá amenazar la vitalidad del espíritu, o sea, su permanencia en la Justicia. Lo caduco ni lo llores ni lo añores, Sira. Alza tu espíritu y ve las cosas con justicia y verdad. Dios te ha amado salvando a tu consorte del peligro de que las obras del mundo destruyeran su fe en mí».

«Me has consolado, Señor. Viviré como dices. Bendito seas Tú, y contigo el Padre tuyo, eternamente».

534.4 [4]Jesús hace ademán de seguir adelante y el arquisinagogo dice: «¿Puedo ponerte un reparo, sin que te parezca ofensa?».

«Habla. Aquí soy Maestro para dar sabiduría a quien me pregunte».

«Has dicho que algunos serán gloriosos en seguida en el Cielo. ¿No está cerrado el Cielo? ¿No están los justos en el Limbo en espera de entrar en el Cielo?».

«Así es. El Cielo está cerrado. Y sólo lo abrirá el Redentor. Pero su hora ha llegado. En verdad te digo que el día de la Redención ya clarece en Oriente y pronto estará en su cenit. En verdad te digo que no vendrá otra fiesta después de ésta, antes de ese día. En verdad te digo que estando ya en la cima del monte de mi sacrificio fuerzo ya las puertas... Mi sacrificio ya empuja en las puertas del Cielo, porque está ya en acción. Cuando esté cumplido —¡recuérdalo, oh hombre!—, se abrirán las sagradas cortinas y las celestes puertas. Porque Yeohveh ya no estará presente con su gloria en el Debir, e inútil * será poner un velo entre el Incognoscible y los mortales, y la Humanidad que nos ha precedido y que fue justa volverá al lugar a donde había sido destinada, con el Primogénito a la cabeza, ya completo en carne y espíritu, y sus hermanos vestidos con la vestidura de luz que tendrán hasta que también sus carnes sean llamadas al júbilo».

534.5 [5]Jesús pasa al tono de canto, propio de cuando un arquisinagogo o un rabí repite palabras bíblicas o salmos, y dice: *

«Y Él me dijo: "Profetiza a estos huesos y diles: 'Huesos secos, es-

* *Debir* era el antiguo nombre del *Santo de los santos*, la parte más sagrada del Templo.
* *palabras bíblicas*, que aquí están sacadas de *Ezequiel 37, 4-6.12-14.*

cuchad la palabra del Señor... Ved que infundiré en vosotros el espíritu y viviréis. Pondré alrededor de vosotros los nervios, haré crecer a vuestro alrededor las carnes, extenderé la piel, os daré el espíritu y viviréis y sabréis que soy el Señor... Ved que abriré vuestras tumbas... os sacaré de los sepulcros... Cuando infunda en vosotros mi espíritu tendréis vida y haré que descanséis en vuestra tierra'"».

Toma de nuevo su modo habitual de hablar, baja los brazos —los había extendido hacia adelante—, y dice:

«Son dos estas resurrecciones de lo seco, de lo muerto, a la vida. Dos resurrecciones que están celadas en las palabras del profeta. La primera es la resurrección a la Vida y en la Vida, o sea, en la Gracia que es Vida, de todos aquellos que acogen a la Palabra del Señor, al Espíritu engendrado por el Padre, que es Dios como el Padre del que es Hijo, y que se llama Verbo, el Verbo que es Vida y da la Vida. La Vida de la que todos tienen necesidad y de la que está privado Israel tanto como los gentiles. Porque, si para Israel hasta ahora era suficiente para tener la eterna Vida tener esperanza en la Vida (la Vida que viene del Cielo) y esperarla; de ahora en adelante, para tener vida, Israel deberá acoger a la Vida. En verdad os digo que aquellos de mi pueblo que no me acogen a Mí-Vida no tendrán Vida, y mi venida será para ellos razón de muerte, porque habrán rechazado a la Vida que venía a ellos para comunicarse. Ha llegado la hora en que Israel quedará dividido en los vivos y los muertos. Es la hora de elegir, y de vivir o morir. La Palabra ha hablado, ha mostrado su Origen y Poder, ha curado, ha enseñado, resucitado, y pronto habrá cumplido su misión. Ya no hay disculpa para los que no vienen a la Vida. El Señor pasa. Una vez que haya pasado, no vuelve. No volvió a Egipto para dar vida nueva a los hijos primogénitos de aquellos que le habían escarnecido y avasallado en sus hijos. No regresará tampoco esta vez, cuando la inmolación del Cordero haya decidido los destinos. Los que no me acogen antes de mi Paso, y me odian y odiarán, no tendrán sobre su espíritu mi Sangre para santificarlos, y no vivirán, y no tendrán a su Dios con ellos para el resto del peregrinaje sobre la Tierra. Sin el divino Maná, sin la nube protectora y luminosa, sin el Agua que viene del Cielo, privados de Dios, irán vagando por el vasto desierto que es la Tierra, toda la Tierra, toda ella un desierto si para quien la recorre falta la unión con el Cielo, la cercanía del Padre y Amigo: Dios. Y hay una segunda resurrección, la universal, en que los huesos, blancos y dispersados a causa de los siglos, volverán a estar frescos y cubiertos de nervios, carne y piel. Y se llevará a cabo el Juicio. Y la carne y la sangre de los justos exultarán con el espíritu en el eterno Reino; y la carne y la sangre de los réprobos sufri-

rán con el espíritu en el eterno castigo. ¡Yo te amo, Israel; Yo te amo, Gentilismo; Yo te amo, Humanidad! Y por este amor os invito a la Vida y a la Resurrección bienaventurada».

Los que llenan la amplia estancia están como hechizados. No hay distinción entre el estupor de los hebreos y el de los otros, de otros lugares y religiones; es más, yo diría que los más reverentemente asombrados son los extranjeros.

534.6 [6]Uno, un hombre entrado en años y de grave porte, está susurrando algo.

Jesús se vuelve y pregunta: «¿Qué has dicho, oh hombre?».

«He dicho que... Me estaba repitiendo a mí mismo las palabras oídas a mi pedagogo en mi juventud. "Le está concedido al hombre subir con la virtud a divina perfección. En la criatura está el resplandor del Creador, que, cuanto más el hombre se ennoblece a sí mismo en la virtud, casi como consumiendo la materia en el fuego de la virtud, más se revela. Y le está concedido al hombre conocer al Ente que, al menos una vez en la vida de un hombre, o con severo o con paterno aspecto, se muestra a él para que pueda decir: 'Debo ser bueno. ¡Mísero de mí si no lo soy! Porque un Poder inmenso ha refulgido ante mí para hacerme comprender que la virtud es deber y signo de la noble naturaleza del hombre'. Hallaréis este resplandor de la Divinidad, unas veces, en la hermosura de la naturaleza, otras, en la palabra de un moribundo, o en la mirada de un desdichado que os mira y juzga, o en el silencio de la persona amada, que, callando, censura una acción vuestra deshonrosa; lo hallaréis en el terror de un niño ante un acto vuestro de violencia, o en el silencio de las noches mientras estéis solos con vosotros mismos y en la habitación más cerrada y solitaria advirtáis un otro Yo, mucho más poderoso que el vuestro y que os habla con un sonido sin sonido. Y ése será el Dios, este Dios que debe ser, este Dios al que la Creación adora, aun quizás sin saber que lo está haciendo, este Dios que, Único, verdaderamente satisface el sentimiento de los hombres virtuosos, que no se sienten ni saciados ni consolados por nuestras ceremonias y nuestras doctrinas, ni ante las aras vacías, bien vacías aunque una estatua las presida". Sé bien estas palabras, porque desde hace muchos lustros las repito como mi código y mi esperanza. He visto, he trabajado, y también he sufrido y llorado. Pero lo he soportado todo, y mantengo la esperanza con virtud, esperando encontrar antes de la muerte a este Dios que Hermógenes me había prometido que conocería. Ahora yo me decía que verdaderamente le he visto. Y no como un fulgor, y no como un sonido sin sonido he oído su palabra; sino que en una serena y bellísima forma de hombre se me ha aparecido

el Divino, y yo le he sentido y estoy lleno de un sagrado estupor. El alma, esta cosa que los verdaderos hombres admiten, el alma mía te acoge, oh Perfección, y te dice: "Enséñame tu Camino y tu Vida y tu Verdad, para que un día yo, hombre solitario, me una de nuevo contigo, suprema Belleza"».

«Nos uniremos. Y te digo también que, más tarde, te unirás con Hermógenes».

«¡Pero si murió sin conocerte!».

«No es el conocimiento material el único necesario para poseerme. El hombre que por su virtud llega a sentir al Dios desconocido y a vivir virtuosamente en homenaje a este Dios, bien se puede decir que ha conocido a Dios, porque Dios se ha revelado a él como premio de su vivir virtuoso. ¡Ay si fuera necesario conocerme personalmente! Pronto ya alguno no dispondría de un modo de reunirse conmigo. Porque, os lo digo, pronto el Viviente dejará el reino de los muertos para volver al Reino de la Vida, y ya los hombres no tendrán otra manera de conocerme sino por la fe y el espíritu. Pero, en vez de detenerse, el conocimiento de mí se propagará, y será perfecto porque estará libre de todo lo que significa el lastre de la carne. Dios hablará, Dios actuará, Dios vivirá, Dios se revelará a las almas de sus fieles con su incognoscible y perfecta Naturaleza. Y los hombres amarán al Dios-Hombre. Y el Dios-Hombre amará a los hombres con los medios nuevos, con los inefables medios que su infinito amor dejará en la Tierra antes de volver al Padre tras haber cumplido todo».

534.7 [7]«¡Oh! ¡Señor! ¡Señor! ¡Dinos cómo podremos encontrarte y saber que eres Tú el que nos habla, y saber dónde estás, una vez que te hayas marchado!» exclaman bastantes. Y algunos prosiguen: «Somos gentiles y no conocemos tu código. No tenemos tiempo de quedarnos aquí y seguirte. ¿Cómo nos las vamos a arreglar para tener esa virtud que hace merecedores de conocer a Dios?».

Jesús sonríe, luminosamente hermoso con la felicidad de estas conquistas suyas en la gentilidad, y dulcemente explica:

«No os preocupéis de saber muchas leyes. Irán éstos (y pone las manos en los hombros de Pedro y Judas Tadeo) a llevar mi Ley al mundo. Pero, hasta que vayan, tened como norma de ley las siguientes pocas frases en que está compendiada mi Ley de salud. Amad a Dios con todo vuestro corazón. Amad a las autoridades, a los parientes, a los amigos, a los siervos, al pueblo, y también a los enemigos, como os amáis a vosotros mismos. Y para estar seguros de no pecar, antes de cumplir cualquier acción, sea que os haya sido ordenada, sea que sea espontánea, preguntaos: "¿Me gustaría que lo que voy a hacerle a éste se me hiciera a mí?". Y, si sentís que no os gustaría, no

lo hagáis. Con estas sencillas líneas podéis trazar en vosotros el camino por el que irá Dios a vosotros y vosotros iréis a Dios. Porque a ninguno le gustaría que un hijo fuera con él un ingrato, o que uno le matara, que otro le robara o le quitara a su mujer o deshonrase a su hermana o a su hija o le usurpara la casa, los campos o los servidores fieles. Con esta regla seréis buenos hijos y buenos padres, buenos maridos, hermanos, comerciantes, amigos. Por tanto, seréis virtuosos, y Dios irá a vosotros.

534.8 [8]Tengo alrededor de mí no sólo a hebreos y prosélitos en que no hay malicia; quiero decir que han venido a mí no para pillarme en renuncio, como hacen los que os han arrojado del Templo para que no vinierais a la Vida. Tengo también a gentiles de todas las partes del mundo. Veo a cretenses y fenicios mezclados con habitantes del Ponto y de la Frigia, y hay uno de las playas donde se abre el mar desconocido, vía para tierras desconocidas donde también seré amado. Y veo a griegos con sículos y cirenaicos con asiáticos. Pues bien, os digo: ¡Id! Decid en vuestros países que la Luz está en el mundo y que vengan a la Luz. Decid que la Sabiduría ha dejado los Cielos para hacerse pan para los hombres, agua para los hombres que languidecen. Decid que la Vida ha venido a sanar lo que está enfermo y a resucitar lo que está muerto. Y decid... decid que el tiempo pasa veloz como un relámpago de verano. Quien tenga deseos de Dios que venga. Su espíritu conocerá a Dios. Quien tenga deseos de curación que venga. Mi mano, mientras esté libre, otorgará curación a los que la invoquen con fe.

Decid... ¡Sí! Id, id diligentes, y decid que el Salvador espera a aquellos que esperan y desean una ayuda celestial, para la Pascua, en la Ciudad santa. Decídselo a los que tienen necesidad y a los que son simplemente curiosos. Del movimiento impuro de la curiosidad puede brotar para ellos la chispa de la fe en mí, de la Fe que salva. ¡Id! Jesús de Nazaret, el Rey de Israel, el Rey del mundo, convoca a los legados del mundo para darles los tesoros de sus gracias y tenerlos como testigos de su asunción, que le consagrará triunfador, por los siglos de los siglos, Rey de reyes y Señor de señores. ¡Id! ¡Id!

En el alba de mi vida terrena, desde lugares distintos, vinieron los legados del pueblo mío a adorar al Infante en que el Inmenso se celaba. La voluntad de un hombre, que se creía poderoso y era un siervo de la voluntad de Dios, había ordenado un empadronamiento en el Imperio. Obedeciendo a una desconocida y perentoria orden del Altísimo, aquel hombre pagano había de ser heraldo respecto a Dios, que quería a todos los hombres de Israel, esparcidos por todos los lugares de la Tierra, en la tierra de este pueblo, cerca de Belén Efratá,

para que se maravillaran con las señales venidas del Cielo con el primer vagido de un Niño. Y no bastando aún, otras señales hablaron a los gentiles, y sus legados vinieron a adorar al Rey de los reyes, pequeño, pobre, lejano de su coronación terrena, pero que ya era, ¡oh!, ya era Rey ante los ángeles.

Ha llegado la hora en que seré Rey ante los pueblos; Rey, antes de regresar al lugar de donde vengo. En el ocaso de mi día terreno, en mi atardecer de hombre, justo es que aquí haya hombres de todos los pueblos para ver a Aquel al que le corresponde ser adorado y en quien se cela toda la Misericordia. Y que gocen los buenos de las primicias de esta nueva mies, de esta Misericordia que se va a abrir como nube de Nisán para hinchar las corrientes de aguas saludables que pueden hacer fructíferas a los árboles plantados en sus orillas, * como se lee en Ezequiel».

[9]Y Jesús, de nuevo, sana a enfermos y enfermas, y recoge sus 534.9
nombres, porque ahora todos quieren decirlo: «Yo, Zila... Yo, Zabdí... Yo, Gaíl... Yo, Andrés... Yo, Teófanes... Yo, Selima... Yo, Olinto... Yo, Felipe. Yo, Elisa... Yo, Berenice... Mi hija Gaya... Yo, Argenides... Yo... Yo... Yo...».

Ha acabado. Quisiera marcharse. ¡Pero cuánto le ruegan que se quede más, que hable más!

Y uno, quizás tuerto porque tiene un ojo tapado con una venda, dice, para retenerle más tiempo: «Señor, fui agredido por uno que envidiaba mis buenos negocios. Me salvé la vida a duras penas. Pero un ojo se perdió, reventado por el golpe. Ahora mi rival es un pobre y una persona mal considerada, y ha huido a un pueblo cercano a Corinto. Yo soy de Corinto. ¿Qué debería hacer por este que por poco me mata? No hacer a los demás lo que a mí no me gustaría recibir, está bien. Pero yo de éste ya he recibido... y un mal... mucho mal...», y tan expresivo es su rostro, que se lee en él el pensamiento que no ha dicho: «y, por tanto, debería darle el talión...».

Mas Jesús le mira con luz de sonrisa en sus ojos zafíreos pero con dignidad de Maestro en la totalidad del rostro y dice: «¿Y tú, de Grecia, me lo preguntas? ¿No dijeron, acaso, vuestros grandes que los mortales vienen a ser parecidos a Dios cuando responden a los dos dones que Dios les concede para hacerlos parecidos a Él, y que son: poder estar en la verdad y hacer el bien al prójimo?».

«¡Ah, sí, Pitágoras!».

«¿Y no dijeron que el hombre se acerca a Dios no con la ciencia y el poder u otra cosa, sino haciendo el bien».

---

* *se lee*, en *Ezequiel 17, 5-8; 19, 10-11*.

«¡Ah, sí, Demóstenes! Pero, perdona si te lo pregunto, Maestro... Tú no eres sino un hebreo, y los hebreos no estiman a nuestros filósofos... ¿Cómo es que sabes estas cosas?».

«Mira, porque Yo era Sabiduría inspiradora en las inteligencias que pensaron esas palabras. Donde el Bien está en acto, allí estoy Yo. Tú, griego, escucha de los sabios los consejos, en los que todavía hablo Yo. Haz el bien a quien te ha hecho el mal, y Dios te llamará santo. Y ahora dejadme marcharme. Tengo otros que me esperan. Adiós, Valeria. Y no temas por mí. No es todavía mi hora. Cuando * llegue la hora, ni todos los ejércitos de César podrán poner freno a mis adversarios».

«Adiós, Maestro. Y ora por mí».

«Para que la paz te posea. Adiós. La paz a ti, arquisinagogo. La paz a los creyentes y a los que tienden a ella».

Y haciendo un gesto que es saludo y bendición, sale de la sala, atraviesa el patio y sale a la calle...

535. Judas Iscariote llamado a informar a casa de Caifás.

2 de diciembre de 1946.

535.1 [1]No veo a Jesús ni a Pedro ni a Judas de Alfeo ni a Tomás; pero veo a los otros nueve, en dirección al barrio de Ofel.

La gente que hay por las calles no es el gentío de las fiestas de Pascua, Pentecostés y Tabernáculos; es, más o menos, la gente de la ciudad. Se conoce que las Encenias no eran muy importantes y no requerían la presencia de los hebreos en Jerusalén. Solamente los que coincidían en la ciudad, o los venidos de los pueblos cercanos, estaban en Jerusalén y subían al Templo. Los demás, bien por la época del año, bien por el carácter propio de la fiesta, se quedaban en sus ciudades y en sus casas.

Pero muchos discípulos, los que por amor al Señor han dejado casa y padres, intereses y trabajos, están en Jerusalén y se han unido al grupo de los apóstoles. De todas formas, no veo a Isaac ni a Abel ni a Felipe, ni tampoco a Nicolái, que había ido a acompañar a Sabea a Aera. Hablan unos con otros afablemente, contando y oyendo contar, acerca de todos los hechos ocurridos en el tiempo en que han estado separados. Pero parece que ya han visto al Maestro, quizás en el Templo, porque no se extrañan de su ausencia. Andan despacio y

* *Valeria* es la romana no nombrada que le ha recibido y saludado al principio. Ya conocida. Ha sido nombrada hacia el final del capítulo precedente (533.4).

de vez en cuando se paran como para esperar, mirando adelante y atrás, mirando a las calles que de Sión bajan a esta que lleva hacia las puertas meridionales de la ciudad.

[2]En dos ocasiones algunos judíos que siguen al grupo, aunque sin 535.2
mezclarse con él, no sé con qué intenciones o con qué encargos, llaman por el nombre a Judas Iscariote, que va casi al final de todos y está perorando para un grupito de discípulos llenos de buena voluntad pero no de ciencia. En dos ocasiones Judas se encoge de hombros sin volverse siquiera; pero, a la tercera, no tiene más remedio que hacerlo, porque un judío deja su grupo, hiende avasallador el de los discípulos, toma a Judas por una manga y le obliga a pararse, y le dice: «Sal aquí un momento, que tenemos que decirte algo».

«Ni tengo tiempo ni puedo» responde tajante Judas Iscariote.

«Ve, ve. Te esperamos. En realidad, hasta que no veamos a Tomás no podemos salir de la ciudad» le dice Andrés, que es el más cercano a él.

«De acuerdo. Seguid adelante, que iré pronto» dice Judas sin ninguna aparente buena voluntad de hacer lo que debe hacer.

Ya solo, dice a su importunador: «¿Y entonces? ¿Qué quieres? ¿Qué queréis? ¿No habéis terminado todavía de darme la lata?».

«¡Oh! ¡Oh! ¡Qué aires que te das! ¡Pero cuando te llamábamos para darte dinero no te parecía que te diéramos la lata! ¡Eres soberbio! Pero alguien puede hacerte humilde... Recuérdalo».

«Soy un hombre libre y...».

«No. No eres libre. Libre es aquel al que en manera alguna podemos hacer esclavo. Y tú conoces su nombre. ¡Tú?... Tú eres esclavo de todo y de todos, y en primer lugar de tu orgullo. Brevemente: ¡Ay de ti, si no vienes antes de sexta a casa de Caifás! ¡Considéralo!». Un "¡ay de ti!" verdaderamente amenazador.

«¡Bueno, bien! Iré. Pero mejor para vosotros sería dejarme tranquilo, si queréis...».

«¡Qué? ¿Qué? ¡Vendedor de promesas! ¡Inútil...!».

Judas, con un empujón, se libra del que le tiene sujeto, y se marcha corriendo y diciendo: «Hablaré allí».

[3]Se llega a donde los otros de su grupo. Está pensativo y con as- 535.3
pecto un poco torvo. Andrés, solícito, le pregunta: «¿Malas noticias? No, ¿no? Quizás tu madre...».

Judas, que al principio le había mirado mal, dispuesto ya a dar una agria respuesta, se pone más humano y dice: «Claro. Noticias poco buenas... Ya sabes... la época del año... Ahora... porque me ha venido a la mente ahora una indicación del Maestro. Si ese hombre no me hubiera parado, me habría olvidado también de esto... Pero

me ha mencionado el lugar donde vive y, oyendo ese nombre, me he acordado del encargo que tenía. Bueno, pues ahora, cuando vaya para esto, iré también donde ese hombre y me informaré mejor...».

Andrés, tan sencillo y honesto como es, está muy lejos de sospechar que su compañero pueda mentir. Y dice solícito: «Pues ve, ve en seguida. Yo se lo digo a los demás. ¡Ve, ve! Así te quitas esa desazón...».

«No, no. Tengo que esperar a Tomás, por el dinero. Un momento más o menos...».

Los otros, que se habían parado a esperar, los miran mientras van llegando.

«Le han dado tristes noticias a Judas» dice, solícito, Andrés.

«Sí... resumidamente. Pero luego sabré más, cuando vaya a hacer una cosa que tengo que hacer...».

«¿El qué?» pregunta Bartolomé.

535.4 [4]«Ahí está Tomás, viene corriendo» dice al mismo tiempo Juan, y eso le sirve a Judas para no contestar.

«¿Os he hecho esperar? ¿Mucho? Es que quería hacer bien las cosas... Y las he hecho bien. Mirad qué bonita bolsa. Buena para los pobres. Estará contento el Maestro».

«Hacía falta: no teníamos ni una perra para los mendigos» dice Santiago de Alfeo.

«Dámela» dice Judas Iscariote, alargando la mano hacia la pesada bolsa que Tomás hace botar en sus manos.

«Es que, en realidad... Jesús me ha dado a mí el encargo de la venta, y debo poner en sus manos lo que he sacado».

«Le dices la cifra. Ahora dámelo, que tengo prisa por marcharme».

«¡Que no te la doy, hombre! Jesús, cuando íbamos por el Sixto, me dijo: "Luego me das la suma". Y yo lo hago».

«¿De qué tienes miedo? ¿De que la aligere o te quite el mérito de la venta? Yo también vendí en Jericó. Y bien. Desde hace años soy yo el que se encarga del dinero. Es mi derecho».

«¡Oye, mira, si quieres montar una discusión por esto, ten! He hecho mi encargo y no me preocupa lo demás. Ten, ten. ¡Hay muchas cosas más bonitas que esto!...», y Tomás pasa la bolsa a Judas.

«La verdad es que si el Maestro ha dicho...» dice Felipe.

«¡No entres en sutilezas, hombre! Más bien, ahora que estamos todos juntos, vámonos. El Maestro ha dicho que estuviéramos en Betania antes de la hora sexta. Ya casi no hay tiempo» dice Santiago de Zebedeo.

«Entonces yo os dejo. Vosotros id hacia adelante, que yo voy y vuelvo».

«¡Eso no! Ha dicho bien claro: "Estad todos juntos"» dice Mateo.

«Todos juntos, vosotros. Pero yo tengo que irme. ¡Y ahora más, que sé lo de mi madre!...».

«La cosa se puede interpretar también así. Si ha recibido indicaciones que desconocemos...» concilia Juan.

Los otros, menos Andrés y Tomás, parecen poco inclinados a dejar que se marche. Pero al final dicen: «Bueno pues vete. Pero haz rápidamente las cosas y sé prudente...».

Y Judas, mientras los otros reanudan su marcha, desaparece por una callejuela que sube a la colina de Sión.

[5]«Pero no es así, no hemos hecho bien; el Maestro había dicho: 535.5
"Estad siempre juntos y en paz". Hemos desobedecido al Maestro, y eso me atormenta» dice, pasado un rato, Simón Zelote.

«También lo pensaba yo...» le responde Mateo.

Todos los apóstoles están en grupo desde que han tenido que decidir sobre estas cosas suyas. He notado que los discípulos, cuando los apóstoles se reúnen para debatir una cuestión, siempre se separan con respeto.

Bartolomé dice: «Hagamos esto. Despedimos a estos que nos siguen. Desde ahora. Sin esperar a estar en el camino de Betania. Y luego nos dividimos en dos grupos y esperamos a Judas, una parte en el camino bajo, otra parte en el camino alto; los más rápidos en el camino bajo, los otros en el alto. Aunque el Maestro nos precediera, nos vería llegar juntos, porque fuera de Betania un grupo espera al otro».

La cosa es aceptada. Despiden a los discípulos. Luego van juntos hasta el lugar en que se puede torcer hacia el Getsemaní y tomar el camino alto del Monte de los Olivos, y el bajo, que, orillando el Cedrón, va también a Betania y Jericó...

[6]Judas, entretanto, se aleja corriendo como un perseguido. Sigue 535.6
durante un rato subiendo la callejuela estrecha que lleva hacia la cima del Sión en dirección a poniente, luego tuerce por una callejuela aún más pequeña, casi un callejón, que, en vez de subir, baja hacia mediodía. Desconfía. Corre y, cada cierto tiempo, se vuelve como asustado: visiblemente desconfía de que le estén siguiendo.

La callejuela, tortuosa entre los salientes de las casas construidas sin norma de edificación, se abre ya a una zona dilatada de campos. Fuera de las murallas, al otro lado del valle, hay una colina. Es una colina baja cubierta de olivos, al otro lado del árido pedregal del valle de Hinnón. Judas corre hacia abajo ligero, pasando entre los setos que sirven de límite a los pequeños huertos de las últimas ca-

sas rayanas a las murallas, las pobres casas de los pobres de Jerusalén, y no toma, para salir de la ciudad, la puerta de Sión —la tiene cerca—, sino que corre hacia arriba, hacia otra puerta un poco occidental. Está ya fuera de la ciudad. Trota como un potro para no demorarse. Pasa como el viento junto a un acueducto; luego, sordo a los lamentos, junto a las tristes grutas de los leprosos de Hinnón. Está claro que busca los lugares que los demás evitan.

Va recto hacia la colina cubierta de olivos, solitaria al sur de la ciudad. Respira hondo en señal de alivio cuando se ve en sus laderas, y aminora el paso, se coloca la prenda que cubre su cabeza, el cinturón, la túnica —se la había recogido—, mira hacia Oriente, haciendo de la mano visera, porque le da el sol en los ojos, mira hacia el camino bajo que va a Betania y Jericó, pero no ve nada que le intranquilice. Es más, un saliente de la colina hace de telón entre él y ese camino. Sonríe. Empieza a subir la colina lentamente, para que se le pase el jadeo. Entretanto, piensa. Y, cuanto más piensa, más tenebroso se pone. Claramente, monologa, pero en silencio. En un momento determinado, se para, saca del pecho la bolsa, la observa, luego la devuelve al pecho, no sin antes haber dividido su contenido poniendo una parte en su bolsa, quizás para que se perciba menos el volumen que ha ocultado en el pecho.

535.7 [7]Hay una casa entre los olivos. Una casa hermosa. La más hermosa de la colina, porque otras casitas que están esparcidas por las laderas, no sé si dependientes de la casa hermosa o autónomas, son bien humildes. Llega a ella por una especie de paseo de arena entre olivos plantados con orden. Llama a la puerta. Se identifica. Entra. Va, seguro, atravesando el atrio, a un patio cuadrado en torno al cual hay muchas puertas. Empuja una de ellas.

Entra en una vasta estancia donde hay un cierto número personas, de las cuales reconozco la cara disimulada y, al mismo tiempo, rencorosa de Caifás, la ultrafarisaica de Elquías, la de garduña del Anciano Félix junto a la de víbora de Simón. Más allá está Doras hijo de Doras, que cada vez se parece más en las facciones a su padre, y con él Cornelio y Tolmái. Y están los otros escribas Sadoq y Cananías, viejo de años, apergaminado, pero joven en maldad, y Calasebona el Anciano, y Natanael ben Faba, y luego un cierto Doro, un Simón, un José, un Joaquín, que no conozco. Caifás dice los nombres —yo los escribo— y termina: «...reunidos aquí para juzgarte».

Judas tiene una cara extraña: de miedo, de rabia, de violencia, al mismo tiempo. Pero guarda silencio. No exhibe su altivez. Los otros le rodean, sarcásticos, y cada uno suelta lo que piensa.

«¿Y entonces? ¿Qué has hecho de nuestro dinero? ¿Qué nos dices,

hombre sabio, hombre que hace todo, y pronto y bien? ¿Dónde está tu trabajo? Eres un embustero, un charlatán incapaz para todo. ¿Dónde está la mujer? ¿Ni siquiera a ella la tienes? ¿Así que, en vez de servirnos a nosotros, le sirves a Él, no? ¿Es así como nos ayudas?». Un asalto malévolo, con gritos, voces descompuestas; un asalto amenazador, del cual muchas palabras no logro entender.

[8]Judas se deja gritar a placer. Cuando ya están cansados y jadeantes, habla él: «He hecho lo que he podido. ¿Qué culpa tengo yo si es un hombre al que ninguno puede hacer pecar? Dijisteis que queríais probar su virtud. Os he dado la prueba de que no peca. Por tanto, os he servido en aquello que queríais. ¿Habéis logrado todos vosotros, acaso, ponerle en situación de acusado? No. De todos vuestros intentos de hacerle aparecer como pecador, de hacerle caer en una trampa, Él ha salido más grande que antes. Y entonces, si no lo habéis logrado vosotros con vuestro rencor, acaso debía lograrlo yo, que no le odio, que únicamente estoy desilusionado de haber seguido a un pobre inocente, demasiado santo para poder ser un rey, y además un rey que aplaste a sus enemigos? ¿Qué mal me ha hecho para que yo se lo haga a Él? Hablo así porque pienso que vosotros le odiáis hasta el punto de querer su muerte. No puedo creer ya que queréis sólo convencer al pueblo de que es un demente, y convencernos a nosotros, a mí, por nuestro bien, y a Él mismo por compasión por Él. Sois demasiado generosos conmigo, y estáis demasiado furiosos por verle al margen del mal, como para que pueda creerlo. Me preguntáis que qué he hecho de vuestro dinero. Le he dado el uso que ya sabéis. Para convencer a la mujer he tenido que gastar y gastar... Y no he logrado hacerlo con la primera y...». 535.8

[9]«¡Calla, calla! Nada de eso es verdad. Ella estaba loca por Él y, sin duda, ha ido en seguida. Además, lo habías garantizado, porque decías que ella te lo había confesado. Eres un ladrón. ¡Quién sabe para qué te habrá servido nuestro dinero?». 535.9

«¡Para perderme el alma, asesinos de un alma! Para hacer de mí un hombre desleal, uno que ya no tiene paz, uno que siente que suscita la sospecha en Él y en los compañeros. Porque, habéis de saberlo, Él me ha descubierto... ¡Oh, si me hubiera expulsado! Pero no me expulsa. No. No me expulsa. ¡Me defiende, me protege, me ama!... ¡Vuestro dinero! ¿Pero por qué acepté la primera moneda?».

«Porque eres un infame. De momento has disfrutado nuestro dinero. Y ahora te quejas de haberlo disfrutado. ¡Falso! La realidad es que no hemos concluido nada, y las multitudes que están en torno a Él crecen en número y cada vez están más cautivadas. Nuestro fin se aproxima, ¡y por tu culpa!».

«¿Mía? ¿Y por qué, entonces, no os atrevisteis a prenderle y a acusarle de haber querido hacerse rey? Me dijisteis, incluso, que habíais querido tentarle, a pesar de que yo os hubiera dicho que ello era inútil, que Él no tenía hambre de poder. ¿Por qué no le habéis inducido a pecar contra su misión, si sois tan hábiles?».

«Porque se nos ha escapado de las manos. Es un demonio que, cuando quiere, se desvanece como el humo. Es como una serpiente: hechiza, no se puede hacer nada si mira».

«Si mira a los enemigos: a vosotros. Porque yo veo que, si mira a los que no le odian con todo su ser, como hacéis vosotros, entonces su mirada le hace a uno moverse, hace actuar. ¡Oh, su mirada! ¡¿Por qué me mira así y me hace bueno, a mí que para mí mismo soy un monstruo, y para vosotros también, que me hacéis diez veces monstruo?!».

«¡Cuántas palabras! Tú nos habías asegurado que, por el bien de Israel, nos ayudarías. ¿Pero no comprendes, infame, que este hombre es nuestro fin?».

«¿Nuestro? ¿De quién?».

«¡Pues de todo el pueblo! Los romanos...».

«No. Es sólo *vuestro* fin. Vosotros teméis por vosotros. Sabéis que Roma no se cebará en nosotros por causa de Él. Vosotros sabéis esto como lo sé yo y como lo sabe el pueblo. Pero vosotros os estremecéis porque sabéis que os puede arrojar del Templo, teméis que os arroje del Templo, del Reino de Israel. Y haría bien. ¡Haría bien en limpiar su era de vosotros, hienas inmundas, basura, áspides!...». Está furioso.

535.10 [10]Ellos también se han puesto furiosos. Le agarran, le zarandean, casi le tiran al suelo... Caifás le grita en la cara: «De acuerdo. Es así. Pero, si es así, tenemos derecho a defender lo nuestro. Y, dado que las pequeñas cosas ya no bastan para convencerle a marcharse, a dejar libre el campo, pues ahora vamos a actuar nosotros solos, dejándote a ti atrás, siervo imbele, charlatán. Y después de a Él, te serviremos también a ti, no lo dudes, y...».

Elquías tapa la boca a Caifás, y dice con su flema glacial de serpiente venenosa: «No. Así no. Exageras, Caifás. Judas ha hecho lo que ha podido. No debes amenazarle. En el fondo ¿no tiene él nuestros mismos intereses?».

«¿Pero eres estúpido, Elquías? ¿Yo los intereses de éste? ¡Yo lo que quiero es que Él sea aplastado! Y Judas lo que quiere es que triunfe para triunfar con Él. Y dices...» grita Simón.

«¡Calma, calma! Decís siempre que soy severo. Pero hoy... soy el único bueno. Tenemos que comprender a Judas y ser indulgentes con

él, que nos ayuda como puede. Es buen amigo nuestro, pero, naturalmente, también lo es del Maestro. Su corazón está acongojado... Quisiera salvar al Maestro y a sí mismo y a Israel... ¿Cómo conciliar ciertas cosas tan opuestas? Dejémosle hablar».

La gritería se calma. Judas puede, por fin, hablar. Y dice: «Elquías tiene razón. Yo. ¿Qué queréis de mí? Todavía no lo sé con precisión. He hecho lo que he podido. No puedo hacer más. Él es demasiado más grande que yo. Lee mi corazón... y no me trata nunca como merezco. Soy un pecador, y Él lo sabe y me absuelve. Si fuera menos vil debería... debería matarme, para ponerme en la imposibilidad de perjudicarle». Judas se sienta, descorazonado. La cara entre las manos, los ojos desorbitados y fijos en el vacío, sufre visiblemente por la lucha entre sus opuestos instintos.

«¡Fantasías! ¿Pero qué crees que va a saber? ¡Eso que haces es porque estás arrepentido de haber tomado una serie de iniciativas!» exclama el que se llama Cornelio.

«¿Y si así fuera? ¡Ah, si así fuera! ¡Si estuviera realmente arrepentido y fuera capaz de permanecer en este arrepentimiento!...».

«¿No le veis? ¿No le oís? ¡Pobre dinero nuestro!» grazna Cananías.

«Tratamos con uno que no sabe lo que quiere. ¡Hemos elegido a uno peor que un deficiente mental!» incrementa Félix.

«¿Deficiente mental? ¡Deberías decir: un títere! Le tira con un hilo el Galileo, va donde el Galileo. Le tiramos nosotros y viene donde nosotros» grita Sadoq.

«Bueno, pues, si hacéis las cosas mucho mejor que yo, actuad vosotros solos. Yo desde hoy me desentiendo. No os volváis a esperar ni un aviso ni una palabra. Ya no podría dárosla, porque ya Él sospecha de mí y me vigila...».

«¿Pero si has dicho que te absuelve?».

«Sí, me absuelve; precisamente porque sabe todo. ¡Todo lo sabe! ¡Todo lo sabe! ¡Oh!». Judas presiona las manos contra la cara.

«¡Pues lárgate, entonces, hembra con apariencia de hombre, mal nacido, deforme! ¡Lárgate de aquí! Nos arreglaremos nosotros solos. Y guárdate, guárdate de hablarle de esto a Él, porque, si lo haces, te las haremos pagar».

«¡Me marcho! ¡Me marcho! ¡Ojalá no hubiera venido nunca! [11]De 535.11
todas formas, recordad lo que ya os dije. Él ha estado con tu padre, Simón, y con tu cuñado, Elquías. No creo que Daniel haya hablado. Yo estaba presente y no los vi nunca hablar aparte. Pero tu padre... por lo que dicen mis compañeros, no ha hablado, y tampoco ha revelado tu nombre; se ha limitado a decir que su hijo le ha echado de ca-

sa porque amaba al Maestro y no aprobaba su conducta... Pero ya ha dicho que nosotros nos vemos, que yo voy a tu casa... Y podría decir también lo demás. Tecua no está en los confines del mundo... No digáis luego que he hablado yo, cuando en realidad ya demasiados saben vuestros propósitos».

«Mi padre jamás hablará. Ha muerto» dice lentamente Simón.

«¿Muerto? ¿Le has matado? ¡Qué horror! ¿Por qué te habré dicho dónde estaba?...».

«Yo no he matado a nadie. No me he movido de Jerusalén. Hay muchas maneras de morir. ¿Te extraña que maten a un viejo, a un viejo que va a exigir monedas? Además... culpa suya. Si se hubiera estado tranquilo, si no hubiera tenido ni ojos para ver ni oídos para oír ni lengua para censurar, todavía sería honrado y servido en casa de su hijo...» dice con una lentitud exasperante Simón.

«En definitiva... que le has mandado matar, ¿no? ¡Parricida!».

«Estás loco. Le han pegado al viejo, ha caído al suelo, ha golpeado la cabeza, ha muerto. Una desgracia. Una simple desgracia. Su desventura fue que le tocó exigir el pago del puesto a un bandolero...».

«Te conozco, Simón. Y no puedo creerlo... Eres un asesino...». Judas está sobrecogido.

El otro se echa a reír delante de su cara mientras repite: «Y tú estás delirando. Ves un delito donde no hay más que una desgracia. Yo lo he sabido anteayer, no antes, y ya he tomado las medidas oportunas, para hacer venganza y para rendir honor. Pero si rendir honor al cadáver he podido hacerlo, atrapar al asesino, no. Sin duda, algún bandolero que descendió del Adomín para despachar en los mercados lo que era su botín... ¿Y quién le echa el guante ya?».

«No lo creo... No lo creo... ¡Me marcho! ¡Me marcho! ¡Dejadme marcharme!... Sois, peores que los chacales... ¡Me marcho! ¡Me marcho!», y recoge el manto que se le había caído y hace ademán de salir.

535.12 [12]Pero Cananías le agarra con su mano rapaz: «¿Y la mujer? ¿Dónde está la mujer? ¿Qué ha dicho? ¿Qué ha hecho? ¿Lo sabes?».

«No sé nada... Déjame marcharme...».

«¡Mientes! ¡Eres un embustero!» grita Cananías.

«No lo sé. Lo juro. Vino. Esto es cierto. Pero ninguno la vio. Ni yo, que tuve que salir en seguida con el Rabí, ni mis compañeros. Hábilmente, les he preguntado... Vi las joyas rotas que Elisa llevó a la cocina... y más no sé. ¡Lo juro por el Altar y el Tabernáculo!».

«¿Y quién puede creerte? Eres vil. De la misma forma que traicionas al Maestro, puedes traicionarnos a nosotros. Pero, ¡ojo con lo que haces! ¡Estás avisado!».

«No traiciono. ¡Lo juro por el Templo de Dios!».

«Eres un perjuro. Tu cara lo dice. Le sirves a Él, no a nosotros...».

«No. Lo juro por el Nombre de Dios».

«¡Dilo, si te atreves, como confirmación de tu juramento!».

«¡Lo juro por Yeohveh!», y se pone térreo al pronunciar así el Nombre de Dios. Tiembla, balbucea, no sabe siquiera decirlo como normalmente es pronunciado. Parece como si dijera una *Y*, una *hache*, una *uve* muy alargada, yo diría que terminada en aspiración. Lo reconstruiría así: *Yeocveh*. En fin, de forma extraña.

El silencio —yo diría: cargado de miedo— se ha hecho en la habitación. Hasta incluso se han separado de Judas... Pero luego Doras y otro dicen: «Repite el mismo juramento como confirmación de que sólo a nosotros nos servirás...».

«¡Ah, no! ¡Malditos! ¡Eso no! Os juro que no os he traicionado y que no os delataré ante el Maestro. Y ya cometo un pecado. Pero no vinculo mi futuro a vosotros, a vosotros que mañana en nombre del juramento podríais imponerme... cualquier cosa, incluso un delito. ¡No! Denunciadme como sacrílego ante el Sanedrín, denunciadme como asesino ante los romanos. No me defenderé. Me dejaré matar... Y será una buena cosa para mí. Pero yo ya no juro... nunca más juro...» y, con esfuerzos violentos, se libera de quien le tiene sujeto, y sale corriendo y gritando: «Pero sabed que Roma os vigila y que estima al Maestro...». Un fuerte portazo, que hace retumbar la casa, señala que Judas ha salido de esa guarida de lobos.

[13]Se miran unos a otros... La rabia, y quizás el miedo, los ha puesto lívidos... Y, no pudiendo desahogar su ira y miedo en alguno, se enzarzan entre ellos. Todos tratan de cargarle al otro la responsabilidad de los pasos dados y de las consecuencias que pueden tener. Unos reprochan en un sentido, otros en otro; unos por el pasado, otros por el futuro. Hay quien grita: «Has sido tú el que ha querido seducir a Judas»; o: «Habéis hecho mal tratándole mal. ¡Os habéis descubierto!»; y hay quien propone: «Vamos a seguirle, con dinero, disculpándonos...». 535.13

«¡Eso sí que no!» grita Elquías, que es el más recriminado. «Dejad esto de mi cuenta y deberéis reconocer mi atino. Judas, sin más dinero, se va a amansar. ¡Manso como un cordero!», y ríe serpentino. «Se mantendrá en su postura hoy, mañana, quizás un mes... Pero luego... Es demasiado vicioso como para poder vivir en la pobreza que le da el Rabí... y vendrá a nosotros... ¡Ja! ¡Ja! ¡Dejad esto de mi cuenta! ¡Dejadlo de mi cuenta! Yo sé cómo...».

«Sí. Pero mientras... ¿Has oído? ¡Los romanos nos espían! ¡Los romanos le estiman! Y es verdad. Esta mañana también, y ayer, y

anteayer, le estaban esperando en el Atrio de los Paganos. Siempre se las ve a las mujeres de la Antonia... Vienen hasta de Cesarea para escucharle...».

«¡Caprichos de mujeres! Eso no me preocupa. El hombre es guapo y habla bien. Ellas enloquecen por los charlatanes demagogos y filósofos. Para ellas el Galileo es uno de éstos, nada más. Y sirve para distraerse en sus momentos de ocio. ¡Hace falta paciencia para lograr esto! Paciencia y astucia. Y valentía también. Pero vosotros no la tenéis. Queréis hacer sin aparecer. Yo ya os he dicho lo que haría. Pero no queréis...».

«Yo temo al pueblo. Le ama demasiado. Amor aquí, amor allá... ¿Quién le puede tocar? Si le expulsamos, nos expulsan a nosotros... Es necesario...» dice Caifás.

«Es necesario no dejar pasar más ocasiones. ¡Cuántas hemos perdido! A la primera que se presente, hay que presionar en los titubeantes de entre nosotros, y luego actuar también con los romanos...».

«¡Fácil de decir! Pero ¿cuándo, dónde hemos tenido ocasión de hacerlo? No peca, no tiende al poder, no...».

«Si no hay ocasión, se crea... Y ahora vámonos. Entretanto, mañana le vigilaremos... El Templo es nuestro. Fuera manda Roma. Afuera está el pueblo para defenderle. Pero dentro del Templo...».

536. Curación de siete leprosos y llegada a Betania con los apóstoles ya reunidos. Marta y María preparadas por Jesús a la muerte de Lázaro.

4 de diciembre de 1946.

536.1 [1]Jesús, con Pedro y Judas Tadeo, anda deprisa por un lugar triste, pedregoso, situado en un costado de la ciudad. Estoy casi segura de que está afuera y en el lado oeste de la ciudad porque no veo el verde olivar, sino el collado, es más, los collados, poco o nada verdeantes, del occidente de Jerusalén (entre los cuales, el triste Gólgota).

«Podremos dar algo con lo que hemos podido comprar. Debe ser terrible vivir en los sepulcros en invierno» dice Judas Tadeo, cargado de fardos (como también lo está Pedro).

«Me alegro de haber ido donde los libertos porque me han dado este dinero para los leprosos. ¡Pobres infelices! En estos días de fiesta ninguno piensa en ellos. Todos disfrutan... Ellos recordarán la casa perdida... ¡En fin! ¡Si al menos creyeran en ti! ¿Lo harán, Maestro?» dice Pedro, siempre tan sencillo, tan apegado a su Jesús.

«Sea esa nuestra esperanza, Simón, sea esa nuestra esperanza.

Entretanto, vamos a orar...».

Y prosiguen orando.

[2]El triste valle de Hinnón se muestra con sus sepulcros de vivos. 536.2

«Adelantaos y dad» dice Jesús.

Los dos caminan, y se ponen a hablar fuerte. Caras de leprosos se asoman a las aperturas de las grutas o abrigos.

«Somos los discípulos del Rabí Jesús» dice Pedro. «Está viniendo y nos manda a socorreros. ¿Cuántos sois?».

«Aquí siete. Tres en la otra parte, pasado En Rogel» dice uno por todos.

Pedro abre su fardo; Judas Tadeo, el suyo. Hacen diez partes. Pan, queso, mantequilla, aceitunas. ¿El aceite? ¿Dónde poner el aceite, que está en una orza?

«Uno de vosotros que lleve, allá, a la roca un recipiente. Os dividís el aceite como hermanos que sois y en nombre del Maestro que predica el amor recíproco» dice Pedro.

Y un leproso, cojeando, baja hacia ellos, los cuales, entretanto, han ido a una ancha roca. Pone en ella una jarrita desportillada. Los mira mientras vierten el aceite y, asombrado, pregunta: «¿No tenéis miedo de estar tan cerca de mí?». En efecto, entre los dos apóstoles y el leproso media sólo la roca.

«Nosotros sólo tenemos miedo a lesionar el amor. Él nos ha mandado diciendo que os socorriéramos, porque el que es de Cristo debe amar como Cristo ama. Que este aceite pueda abriros el corazón, darle luz como si ya estuviera encendido en la lámpara de vuestro corazón. El tiempo de la Gracia ha venido para los que esperan en el Señor Jesús. Tened fe en Él. Él es el Mesías y sana los cuerpos y las almas. Todo lo puede, porque es el Emmanuel» dice Judas Tadeo con esa dignidad suya que siempre se impone.

El leproso está con su jarrita en las manos y le mira como hechizado. Luego dice: «Sé que Israel tiene a su Mesías, porque hablan de Él los peregrinos que vienen a la ciudad a buscarle, y nosotros escuchamos lo que dicen. Pero nunca le he visto, porque he venido aquí hace poco. ¿Y decís que me curaría? Entre nosotros, hay quienes le blasfeman y quienes le bendicen, y yo no sé a quién creer».

«¿Los que le maldicen son buenos?».

«No. Son crueles, y nos pegan. Quieren los lugares mejores y la parte más abundante. Y ni sabemos si vamos a poder seguir aquí, por este motivo».

«Como puedes ver, sólo el que aloja en sí al infierno odia al Mesías. Porque el infierno se siente ya vencido por Él y por eso le odia. Pero yo te digo que a Él se le debe amar, y con fe, si se quiere obtener

del Altísimo gracia, aquí y más allá de esta Tierra» dice el mismo Judas Tadeo.

«¡Vaya que si quisiera obtener gracia! Estoy casado desde hace dos años y tengo un hijito que no me conoce. Estoy leproso desde hace pocos meses. Ya lo veis». En efecto, tiene pocas señales.

536.3 «Entonces recurre al Maestro con fe. [3]¡Mira! Está viniendo. Avisa a tus compañeros y vuelve aquí. Pasará y te sanará».

El hombre sube renqueando por la ladera y llama: «¡Urías! ¡Yoab! ¡Adiná! Y también vosotros, que no creéis. Viene el Señor a salvarnos».

Una, dos, tres. Tres desventuras, cada vez mayores, se aproximan. Pero la mujer apenas se asoma. Es un horror viviente... Quizás llora y quizás habla, pero no es posible comprender nada, porque su voz es un gañido que sale de lo que fue boca y que ahora no es más que dos mandíbulas semidesdentadas, descubiertas, horrendas...

«Sí, te digo que me han dicho que venga a llamaros. Que viene a curarnos».

«¡Yo no! No le he creído las otras veces... y ya no me escuchará... y además ya no puedo andar» dice —¡quién sabe con qué esfuerzo!— más claramente la mujer; se ayuda incluso con los dedos para sujetar los restos de los labios, para que la comprendan.

«Te llevamos nosotros, Adiná...» dicen los dos hombres y el de la jarrita.

«No... No... Yo he pecado demasiado...» y, en el mismo lugar en que está, se derrumba.

Otros tres corren, como pueden, avasalladores, y dicen: «Mientras tanto, dadnos el aceite, y luego marcharos con Belcebú si queréis».

«¡El aceite es para todos!» dice el de la jarrita tratando de defender su tesoro. Pero los tres violentos, crueles, prevalecen sobre él y le arrancan la jarrita.

«¡Y siempre es así!... ¡Un poco de aceite después de tanto!... Pero... el Maestro viene, vamos donde Él. ¿Seguro que no vienes, Adiná?».

«No me atrevo...».

536.4 [4]Los tres bajan hacia la roca. Se paran a esperar a Jesús, a cuyo encuentro han ido los dos apóstoles. Y, una vez que llega al lugar, gritan: «¡Piedad de nosotros, Jesús de Israel! ¡Esperamos en ti, Señor!».

Jesús alza la cara, los mira con su mirada inimitable. Pregunta: «¿Por qué queréis la salud?».

«Por nuestras familias, por nosotros... Es horrendo vivir aquí...».

«No sois sólo carne, hijos. Tenéis también un alma. Y vale más que la carne. De ella debéis preocuparos. No pidáis, pues, solamente curación por vosotros, por vuestras familias, sino para tener tiempo de conocer la Palabra de Dios y de vivir mereciendo su Reino. ¿Sois justos? Haceos más justos. ¿Sois pecadores? Pedid vida para tener tiempo de hacer reparación por el mal hecho... ¿Dónde está la mujer? ¿Por qué no viene? ¿No tiene valor de comparecer ante el rostro del Hijo del hombre, cuando no temía tener que comparecer ante el rostro de Dios cuando pecaba? Id y decidle que mucho le ha sido perdonado por su arrepentimiento y resignación y que el Eterno me ha enviado a absolver todo pecado de los que están arrepentidos de su pasado».

«Maestro, Adiná ya no puede andar...».

«Id y ayudadla a bajar aquí. Y traed otro recipiente. Os vamos a dar más aceite...».

«Señor, apenas llega para los otros» advierte Pedro en voz baja mientras los leprosos van por la mujer.

«Habrá para todos. Ten fe. Porque es más fácil para ti tener fe en esto que para esos indigentes tener fe en que su cuerpo vuelva a ser lo que era».

Mientras tanto, arriba, en las grutas, se ha encendido una riña entre los tres leprosos malos, por causa del reparto de la comida...

[5]En brazos de los otros, baja la mujer... y gime, como puede: 536.5
«¡Perdón! ¡Por el pasado! ¡Por no haber pedido perdón las otras veces!... ¡Jesús, Hijo de David, ten piedad de mí!».

La dejan al pie de la roca. Y en la roca ponen una especie de cazuela toda descantillada.

Jesús pregunta: «¿Qué decís vosotros, que es más fácil hacer aumentar el aceite en un recipiente o hacer crecer la carne donde la lepra ha hecho estragos?».

Un momento de silencio... Luego es precisamente la mujer la que dice: «El aceite. Pero también la carne, porque Tú lo puedes todo, y puedes darme también el alma de mis primeros años. Yo creo, Señor».

¡Oh, la sonrisa divina! Es como una luz que se expande delicada, festiva, suave. Y está en los ojos, en los labios, en la voz, cuando dice: «Por tu fe, queda curada y perdonada. Igual vosotros. Y tened este aceite y esta comida para reponer fuerzas. Id mañana a que os vea el sacerdote, como está prescrito. Al alba volveré aquí con vestidos, y podréis, salvando la decencia, ir. ¡Ánimo! ¡Alabad al Señor! ¡Ya no estáis leprosos!».

Es entonces cuando los cuatro, que hasta ese momento habían te-

nido los ojos fijos en el Señor, se miran y gritan su estupor.

La mujer quisiera erguirse, pero está demasiado desnuda para hacerlo. Su vestido se cae a jirones, y en ella es más lo desnudo que lo cubierto. Permaneciendo semioculta tras la roca, por un pudor que no es sólo por Jesús, sino también por sus compañeros, las facciones de su cara ya recompuestas —solamente aparecen afiladas a causa de las penalidades— llora, y dice sin cesar: «¡Bendito! ¡Bendito! ¡Bendito!», y sus bendiciones se mezclan con las horrendas blasfemias de los tres leprosos malvados, que se han puesto furiosos al ver curados a los otros. Vuelan inmundicias y piedras.

536.6 [6]«Aquí no podéis estar. Venid conmigo. No os sucederá nada malo. Mirad. El camino está desierto. La hora sexta reúne a los habitantes en las casas. Iréis con los otros leprosos hasta mañana. No temáis. Seguidme. Ten, mujer» y le da el manto para que se tape.

Los cuatro, un poco cohibidos, un poco aturdidos, le siguen como cuatro corderos. Recorren lo que queda del valle de Hinnón. Cruzan el camino, van hacia Siloán, otro triste lugar de leprosos.

Jesús se para al pie de los riscos y ordena: «Subid y decidles que mañana a la hora primera estaré aquí. Id y haced fiesta con ellos, y predicad al Maestro de la Buena Nueva». Indica que se les dé toda la comida que tienen todavía y los bendice antes de despedirlos...

«Ahora vámonos. Ya es más de la sexta» dice Jesús, y se vuelve para regresar al camino bajo que va a Betania.

Mas pronto llama su atención un grito: «¡Jesús, Hijo de David, ten piedad también de nosotros!».

«No han esperado al alba éstos...» observa Pedro.

«Vamos a acercarnos. ¡Son tan pocas las horas en que puedo beneficiar a alguien, sin que los que me odian turben la paz de los favorecidos!» responde Jesús, y vuelve sobre sus pasos, teniendo levantada la cabeza en dirección a los tres leprosos de Siloán que se han asomado al rellano del pequeño collado, y que repiten su grito, ayudados por los ya sanos, que están detrás de ellos.

Jesús se limita a extender las manos y decir: «Hágase en vosotros según lo que pedís. Id y vivid en los caminos del Señor». Los bendice mientras la lepra se borra de sus cuerpos como un ligero estrato de nieve se funde al sol. Y Jesús se marcha, ligero, seguido de las bendiciones de los curados, que, desde su risco, extendiendo los brazos, ofrecen un abrazo más verdadero que si fuera dado.

536.7 [7]Vuelven al camino que va a Betania, camino que sigue el curso del Cedrón, que forma un recodo en ángulo agudo después de algunos centenares de pasos desde Siloán. Pero, superado el ángulo, cuando ya aparece la otra parte de camino que prosigue hacia Beta-

nia, puede verse a Judas de Keriot, solo, caminando ligero.

«¡Pero si es Judas!» exclama Judas Tadeo, que es el primero que le ve.

«¿Por qué por aquí? ¿Solo? ¡Eh! ¡Judas!» grita Pedro.

Judas se vuelve de repente. Está pálido, incluso hasta verdoso. Pedro se lo dice: «¿Has visto al demonio, que estás del color de las lechugas?».

«¿Qué haces aquí, Judas? ¿Por qué has dejado a tus compañeros?» pregunta Jesús contemporáneamente.

Judas ya ha tomado las riendas de sí. Dice: «Estaba con ellos. He encontrado a uno que tenía noticias de mi madre. Mira...» hurga en el cinturón, se golpea la frente con la mano y dice: «¡La he dejado donde aquel hombre! Quería enseñarte la carta para que la leyeras... O la he perdido por el camino... No se encuentra muy bien. Es más, ha estado mal... ¡Ah, ahí están los compañeros!... Se han parado. Te han visto... Maestro, estoy profundamente turbado...».

«Ya lo veo».

«Maestro... aquí están las bolsas. He hecho dos para... para no llamar la atención... Estaba solo...».

Los apóstoles Bartolomé, Felipe, Mateo, Simón y Santiago de Zebedeo están un poco azarados. Se acercan a Jesús con amor, pero como quien tiene conciencia de hablar faltado.

Jesús los mira y dice: «No volváis a hacerlo. Nunca es bueno para vosotros dividiros. Si os dije que no lo hicierais es porque sé que tenéis necesidad de sosteneros recíprocamente. No sois lo suficientemente fuertes como para poder actuar por separado. Unidos, el uno frena o sostiene al otro. Divididos...».

«He sido yo, Maestro, el que ha dado el mal consejo, porque nos hemos acordado de que habías dicho que no nos separásemos, que fuéramos todos juntos a Betania, y Judas se había ido por un justo motivo y no pensamos ir con él. Perdóname, Señor» dice, humilde y franco, Bartolomé.

«Sí que os perdono. Pero os repito: no volváis a hacerlo. Pensad que obedecer salva siempre, al menos, de un pecado: el de suponer que uno es capaz de actuar por sí solo. No sabéis cuánto da vueltas el demonio en torno a vosotros para aprovechar todos los motivos para haceros pecar y para que causéis perjuicios a vuestro Maestro, ya de por sí tan perseguido. Los tiempos se presentan cada vez más difíciles para mí y para el organismo que he venido a formar. De manera que se requiere mucho cuidado para que este organismo no sea, no digo herido y muerto —porque no lo será jamás hasta el final de los siglos— sino enfangado. Sus adversarios os miran atentamente,

nunca os pierden de vista, de la misma forma que sopesan todos mis actos y palabras. Y ello para disponer de materia de menoscabo. Si vosotros permitís que os vean en polémicas, o divididos, o de alguna manera imperfectos, aunque sea por cosas de poca importancia, ellos recogen y manipulan lo que habéis hecho, y lo lanzan, como fango y acusación, contra mí y contra mi Iglesia que se está formando. ¡Ya lo veis! No os regaño, os aconsejo. Por vuestro bien. ¡Oh! ¿no sabéis, amigos míos, que hasta las cosas mejores serán por ellos manipuladas y presentadas para poderme acusar con apariencia de justicia? Bueno, pues ánimo; en lo sucesivo, sed más obedientes y prudentes».

Los apóstoles están profundamente conmovidos por la dulzura de Jesús.

Judas de Keriot, continuamente cambia de color. Está lánguido, un poco retrasado respecto al grupo. Hasta que Pedro le dice: «¿Qué haces ahí? No tienes más culpa que los otros. Así que ven adelante con todos» y no tiene más remedio que obedecer.

536.8 [8]Andan deprisa porque, a pesar del sol, hay una brisa ligera que invita a andar para entrar en calor. Y han andado ya un trecho, cuando Natanael, que tiene frío y lo expresa arrebujándose más que nunca en el manto, advierte que Jesús lleva sólo la túnica: «Maestro, ¿qué has hecho de tu manto?».

«Se lo he dado a una leprosa. Hemos curado y consolado a siete leprosos».

«¡Pero tendrás frío! Toma el mío» dice el Zelote, y añade: «Me acostumbré en los gélidos sepulcros al viento del invierno».

«No, Simón. Mira, allí está Betania. Pronto estaremos en la casa. Y no tengo nada de frío. Hoy he tenido mucho júbilo espiritual, que es más confortador que un manto abrigado».

«Hermano, nos das méritos que no tenemos. Tú, no nosotros, has curado y consolado...» dice Judas Tadeo.

«Vosotros habéis preparado a los corazones para la fe en el milagro. Por tanto, conmigo y como Yo, habéis ayudado a sanar y a consolar. ¡Si supierais cómo gozo en asociaros a mí en todas las obras! ¿No recordáis las palabras de Juan de Zacarías, mi primo: "Es necesario que Él crezca y que yo merme"? Con razón lo decía, porque todo hombre, por muy grande que sea, aun Moisés o Elías, queda celado, como estrella herida por los rayos del Sol, cuando aparece Aquel que viene de los Cielos y es más que cualquier hombre, porque es Aquel que viene del Padre Stmo. Pero Yo también —Fundador de un Organismo que durará cuanto los siglos y que será santo como su Fundador y Cabeza; de un Organismo que continuará representándome y será una cosa conmigo, de la misma manera que los miembros y el

cuerpo del hombre son una cosa con la cabeza, que está en posición dominante respecto a aquéllos— debo decir: "Ese cuerpo debe iluminarse y Yo celarme". Vosotros deberéis continuarme. Yo, pronto, ya no estaré aquí entre vosotros, aquí en la Tierra, aquí materialmente, para dirigir a mis apóstoles, discípulos y seguidores. Pero estaré espiritualmente con vosotros, siempre, y vuestros espíritus sentirán mi Espíritu, recibirán mi Luz. Mas vosotros tendréis que aparecer en primera línea, cuando regrese al lugar de donde he venido. Por eso, voy preparándoos gradualmente a este hecho de aparecer los primeros. En alguna ocasión me hacéis la observación de que en los primeros tiempos os enviaba más. Es que era necesario que os conocieran. Ahora que sois conocidos, ahora que para este pequeño lugar de la Tierra sois ya *"los Apóstoles"*, Yo os tengo siempre junto a mí, participando en todas mis acciones, de forma que el mundo diga: "Los asocia a las obras que cumple, porque ellos se quedarán aquí después de Él para continuarle". Sí, amigos míos, debéis, cada vez más, pasar adelante, poneros a la vista de todos, continuarme, ser Yo, mientras Yo, como una madre que lentamente deja de sujetar a su hijito que ha aprendido a andar, me retiro... No debe ser violento el paso de mí a vosotros. Los pequeños del rebaño, los humildes fieles, sufrirían desorientamiento. Yo los paso dulcemente de mí a vosotros, para que no se sientan solos ni un solo momento. Y vosotros amadlos, mucho, como Yo los amo. Amadlos en memoria mía como Yo los he amado...».

[9]Jesús se calla perdiéndose en un pensamiento íntimo suyo. Y no 536.9
sale de ese estado sino cuando, poco fuera de Betania, ve a los otros apóstoles que han venido por el otro camino. Prosiguen unidos hacia la casa de Lázaro. Y Juan dice que ya los esperan porque los criados los han visto. Y dice que Lázaro está muy mal.

«Lo sé. Por eso os he dicho que estaremos en la casa de Simón. Pero no he querido alejarme sin saludarle otra vez».

«¿Pero por qué no le curas? Sería justo. A todos tus siervos mejores los dejas morir. No comprendo...» dice Judas Iscariote, siempre atrevido, incluso en los mejores momentos.

«No hace falta que comprendas con anticipación».

«Sí. No hace falta. Pero ¿sabes lo que dicen tus enemigos? Que curas cuando puedes, no cuando quieres, que proteges cuando puedes... ¿No sabes que aquel viejo de Tecua ha muerto, y muerto asesinado?».

«¿Muerto? ¿Quién? ¿Elí-Ana? ¿Cómo?» preguntan todos, agitados. Sólo Pedro pregunta: «¿Y tú cómo lo sabes?».

«Lo he sabido por casualidad, hace poco, en la casa donde he es-

tado, y Dios sabe si miento. Parece que ha sido un bandolero que bajó con apariencia de mercader y que, en vez de pagar el puesto, le mató...».

«¡Pobre anciano! ¡Qué vida más infeliz! ¡Qué triste muerte! ¿No hablas, Maestro?» dicen muchos.

«No tengo nada que decir, aparte de que el anciano ha servido al Cristo hasta la muerte. ¡Ojalá se pudiera decir esto de todos!».

«Dime tú, hijo de Alfeo, ¿no será como decías, no?» pregunta Pedro a Judas Tadeo.

«Puede ser. Un hijo que por odio arroja de casa a su padre, y además por un odio de esta naturaleza, puede ser capaz de todo. Hermano mío, son bien verdaderas tus palabras: "Y el hermano estará contra su hermano y el padre contra sus hijos"».

«Sí. Y lo verán como servicio a Dios los que obren así. Ojos cegados, corazones endurecidos, espíritus sin luz. Bueno, pues a pesar de todo los deberéis amar» dice Jesús.

«¿Y cómo vamos a poder amar a los que nos traten así? Ya será mucho si no reaccionamos y soportamos con resignación sus acciones...» exclama Felipe.

«Yo os daré un ejemplo que os enseñará. A su debido tiempo. Si me amáis haréis lo que Yo haga».

536.10 [10]«Ahí están Maximino y Sara. Debe estar muy mal Lázaro para que las hermanas no salgan a recibirte» observa el Zelote.

Los dos se acercan presurosos. Se postran. En sus caras, en sus vestidos, puede verse ese aspecto lánguido que imprime el dolor y la fatiga a los componentes de las familias donde se lucha con la muerte. No dicen sino: «Maestro, ven...» pero es una frase tan acongojada, que vale más que un largo discurso. Y llevan en seguida a Jesús a la puerta del pequeño compartimiento de Lázaro, mientras otros miembros de la servidumbre se encargan de los apóstoles.

Al leve toque en la puerta, Marta acude, y la entreabre; luego introduce por la abertura su cara enflaquecida y pálida: «¡Maestro! ¡Bendito! Ven».

Jesús entra, cruza la habitación que precede a la del enfermo, entra en ésta. Lázaro duerme. ¿Lázaro?: un esqueleto, una momia amarillenta que respira... Es ya una calavera su rostro, y en el sueño es aún más visible su destrucción. Una destrucción que hace de aquél una cabeza consumida por la muerte. La piel cérea y estirada brilla en los ángulos buidos de los pómulos, de las mandíbulas; en la frente, en las órbitas, tan ahondadas que parecen no tener ojos; en la nariz

---

* *tus palabras*, en 265.8.

afilada, que parece haber crecido desmesuradamente, de tan borradas como están las adyacentes mejillas. Los labios están pálidos hasta el punto de desaparecer, y da la impresión de que no pueden cerrarse sobre las dos filas de dientes semidescubiertos, entreabiertos... Una cara ya de muerto.

[11]Jesús se inclina para mirar. De nuevo se yergue. Mira también a 536.11
las dos hermanas, las cuales a su vez le miran con toda el alma concentrada en los ojos, un alma dolorosa y esperanzada. Les hace una señal y, sin ruido, vuelve afuera, al pequeño patio que precede a las dos habitaciones. María y Marta le siguen. Cierran la puerta tras sí. Una vez solos ellos tres entre los cuatro muros, en el silencio, con el cielo azul encima de sus cabezas, se miran. Las hermanas ya no son capaces ni siquiera de pedir o preguntar, ya ni siquiera pueden hablar. Pero habla Jesús.

«Vosotras sabéis quién soy. Yo sé quiénes sois vosotras. Vosotras sabéis que os amo. Yo sé que me amáis. Vosotras conocéis mi poder. Yo conozco vuestra fe en mí. También sabéis, tú especialmente, María, que cuanto más se ama más se obtiene. Es amar saber esperar y creer más allá de cualquier medida y de cualquier realidad que hable desacreditando a ese creer y a ese esperar. Pues bien, por todo esto, os digo que *sepáis esperar y creer contra toda realidad contraria.* ¿Me entendéis? Digo: sabed esperar y creer contra toda realidad contraria. Yo no puedo detenerme más de unas pocas horas. Como Hombre, el Altísimo sabe cuánto quisiera detenerme aquí con vosotras, para asistirle y consolarle, para asistiros y confortaros. Pero, como Hijo de Dios, sé que es necesario que me marche, que me aleje... que no esté aquí cuando... me añoréis más que el aire que respiráis. Un día, pronto, comprenderéis estas razones que ahora os podrán parecer crueles. Son razones divinas. Dolorosas para mí, Hombre, como para vosotras. Dolorosas *ahora*. Ahora porque vosotras no podéis abrazar y contemplar su belleza y sabiduría. Y Yo no os lo puedo revelar. Cuando todo esté cumplido, comprenderéis y exultaréis... Escuchad. Cuando Lázaro... muera. ¡No lloréis así! Enviadme aviso *en seguida*. Y, entretanto, programad los funerales solicitando *amplia participación*, como corresponde a Lázaro y a vuestra casa. Él es un gran hebreo. Pocos le aprecian por lo que es. Pero supera a muchos ante los ojos de Dios... Yo me encargaré de que sepáis dónde estoy para que en todo momento me podáis localizar».

«¿Pero por qué no vas a estar aquí, al menos en ese momento? Nosotras nos resignamos, sí, a la muerte... Pero Tú... Pero Tú... Pero Tú...». Marta tiene accesos de llanto y no puede decir nada más, y sofoca su lloro en sus vestidos... María, sin embargo, mira a Jesús

muy fijamente, como hipnotizada... y no llora.

«Sabed obedecer, sabed creer, esperar... sabed decir siempre sí a Dios... Lázaro os llama... Id. Yo voy ahora. Si no tengo posibilidad de hablaros aparte, recordad lo que os he dicho».

Y mientras ellas vuelven rápidamente a la habitación, Jesús se sienta en un banco de piedra y ora.

537. En el Templo en la fiesta de la Dedicación, Jesús se manifiesta a los judíos, que intentan apedrearle.

9 de diciembre de 1946.

537.1 [1]No es posible estar parados en esta mañana fría y ventosa. En la cima del Moria el viento que sopla en dirección nordeste arremete punzante, de forma que hace ondear los vestidos y pone rojos los ojos y las caras. No obstante, hay gente que ha subido al Templo para las oraciones. Pero faltan completamente los rabíes con sus respectivos grupos de alumnos. Así que el pórtico parece más grande y, sobre todo, más digno, no estando esa concurrencia vociferante y pomposa que de ordinario lo ocupa.

Debe ser cosa muy extraña verlo vacío así, porque todos se asombran como de una cosa nueva. Y Pedro se escama. Pero Tomás, que, arropado como está en un amplio y grueso manto, parece aún más robusto, dice: «Se habrán encerrado en alguna estancia por miedo a perder la voz. ¿Los añoras?», y se ríe.

«¡Yo no! ¡Ojalá no los viera nunca! Pero mi miedo es que...» y mira a Judas Iscariote, que no habla pero que aferra la mirada de Pedro y dice: «Verdaderamente han prometido no crear más dificultades, excepto en el caso de que el Maestro los... escandalizara. Está claro que vigilan, pero no están porque aquí ni se peca ni se daña».

«Mejor así. Y que Dios te bendiga, muchacho, si has conseguido hacerles razonar».

Es pronto todavía. En el Templo hay poca gente. Digo "poca", y es lo que parece, dadas las dimensiones del Templo, que para parecer lleno necesita masas de gente. Dos o trescientas personas ni se ven en ese complejo de patios, pórticos, atrios, corredores...

Jesús, único Maestro en el vasto Pórtico de los Paganos, camina arriba y abajo hablando con los suyos y con los discípulos que ha encontrado ya en el recinto del Templo. Responde a sus objeciones o preguntas, aclara puntos que ellos no han sabido aclararlos ni a sí mismos ni a otros.

Vienen dos gentiles, le miran, se marchan sin decir nada. Pasan

algunos que tienen algún cometido en el Templo, le miran; tampoco dicen nada. Algún fiel se acerca, saluda, escucha. Pero son pocos todavía.

«¿Vamos a seguir aquí?» pregunta Bartolomé.

«Hace frío y no hay nadie. Pero es agradable estar aquí con tanta paz. Maestro, hoy estás justamente en la Casa de tu Padre. Y como amo» dice sonriendo Santiago de Alfeo. Y añade: «Así debía ser el Templo en tiempos de Nehemías y de los reyes sabios y píos».

[2]«Yo sugeriría marcharnos. Allá nos espían...» dice Pedro. 537.2

«¿Quién? ¿Fariseos?».

«No. Los que han pasado antes y otros. Vámonos, Maestro...».

«Espero a enfermos. Me han visto entrar en la ciudad; la voz se ha esparcido, sin duda. Con las horas más calientes vendrán. Quedémonos, al menos, hasta un tercio de sexta» responde Jesús, y reanuda su marcha adelante y atrás para no quedarse parado con ese aire crudo.

En efecto, pasado un rato, cuando el Sol trata de mitigar los efectos de la tramontana, viene una mujer con una niña enferma y pide la curación. Jesús la complace. La mujer deposita su óbolo a los pies de Jesús y dice: «Esto para otros niños que sufren». Judas Iscariote recoge las monedas.

Más tarde, en unas angarillas, traen a un hombre anciano, enfermo de las piernas. Y Jesús le cura.

[3]Los terceros en venir son un grupo de personas que ruegan a Je- 537.3
sús que salga fuera de los muros del Templo para expulsar a un demonio de una jovencita cuyos desgarradores gritos se oyen incluso allí. Y Jesús se encamina detrás de ellos y sale a la calle que lleva a la ciudad.

Una serie de personas, entre quienes hay unos extranjeros, están apiñados alrededor de los que sujetan a la jovencita, que babea y forcejea y tuerce horriblemente los ojos. Palabrotas de todo tipo salen de sus labios, y aumentan a medida que Jesús se acerca a ella, como también crece su esfuerzo por librarse de los cuatro hombres jóvenes y fuertes que, no sin mucha dificultad, la tienen sujeta. Y, con los improperios, estallan gritos de reconocimiento del Cristo y angustiosas súplicas del espíritu que la tiene poseída para no ser expulsado, y también verdades, repetidas con monotonía: «¡Vete! ¡Que no vea yo a este maldito! ¡Márchate! ¡Fuera! Causa de nuestra ruina. Sé quién eres. Tú eres... Tú eres el Cristo. Tú eres... Sólo te ha ungido el óleo de arriba, no otro. La potencia del Cielo está sobre ti y te defiende. ¡Te odio! ¡Maldito! No me expulses. ¿Por qué nos expulsas a nosotros y no nos aceptas, mientras que tienes cerca de ti una legión de demo-

nios en uno solo? ¿No sabes que todo el infierno está en uno? Sí lo sabes... Déjame aquí al menos hasta la hora de...».

La palabra se corta a veces, como ahogada; otras veces cambia; o primero se para y luego se prolonga en medio de gritos inhumanos, como cuando grita: «Déjame entrar al menos en él. ¡No me mandes allá al Abismo! ¿Por qué nos odias, o Jesús, Hijo de Dios? ¿No te basta con lo que eres? ¿Por qué quieres mandar también sobre nosotros? ¡No queremos que nos manden! ¿Por qué has venido a perseguirnos, si nosotros te hemos renegado? ¡Márchate! ¡No arrojes sobre nosotros los fuegos del Cielo! ¡Tus ojos! Cuando se cierren reiremos... ¡Ah! ¡No! ¡Ni siquiera entonces!... ¡Tú nos vences! ¡Nos vences! ¡Malditos seáis Tú y el Padre que te ha enviado y el que de vosotros proviene y es vosotros...! ¡Aaaah!».

El último grito ya hay que decir que es espantoso, de criatura degollada en que lentamente entrase el hierro homicida, y ha sido originado por el hecho de que Jesús, después de haber truncado muchas veces por imperativo mental las palabras de la poseída, pone fin a ellas tocando con un dedo la frente de la jovencita. Y el grito termina en una convulsión horrenda, hasta que, con un fragor que es parte carcajada y parte grito de un animal de pesadilla, el demonio la deja, gritando: ¡Pero no me voy lejos... ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!», seguido inmediatamente por un estallido seco como de rayo, a pesar de que el cielo esté tersísimo.

537.4 [4]Muchos huyen aterrorizados. Otros se apiñan aún más para observar a la jovencita, que se ha calmado de golpe, desfalleciendo entre los brazos de los que la sujetaban. Está así unos pocos instantes y luego abre los ojos, sonríe. Se ve sin velo que cubra su cara ni su cabeza, rodeada de gente, y entonces alza un brazo y reclina la cara sobre él para esconderla.

Los que están con ella quisieran que diera las gracias al Maestro. Pero Él dice: «Dejadla con su pudor. Su alma ya me está dando las gracias. Llevadla a casa, con su madre. Es su lugar como jovencita que es...», y vuelve las espaldas a la gente para entrar en el Templo, al lugar de antes.

«¿Has visto, Señor, que muchos judíos habían venido a espaldas nuestras? He reconocido a algunos de ellos... ¡Ahí están! Son los que nos espiaban antes. Mira cómo disputan entre sí...» dice Pedro.

«Estarán estableciendo en quién de ellos ha entrado el diablo. Está también Nahúm, el apoderado de Anás. Reúne las condiciones...» dice Tomás.

«Sí. Y tú no has visto, porque estabas vuelto de espaldas, pero el fuego se ha abierto justo encima de su cabeza» dice Andrés, y casi le

castañean los dientes. «Yo estaba cerca de él. ¡He tenido un miedo!...».

«Realmente estaban todos juntos ellos. Pero yo he visto el fuego abrirse encima de nosotros y me he sentido morir... Es más, he temido por el Maestro. Parecía justamente suspendido sobre su cabeza» dice Mateo.

«¡No, hombre! Yo lo que he visto ha sido que salía de la niña y estallaba sobre la muralla del Templo» rebate Leví, el pastor discípulo.

«No discutáis entre vosotros. El fuego no ha indicado ni una cosa ni la otra. Ha sido sólo la señal de que el demonio había huido» dice Jesús.

«¡Pero ha dicho que no se marchaba lejos!...» objeta Andrés.

«Palabras de demonio... Na hay que escucharlas. Más bien, alabemos al Altísimo por estos tres hijos de Abraham curados en el cuerpo y en el alma».

[5]Entretanto, muchos judíos, surgidos de una u otra parte —no había entre ellos fariseos o escribas o sacerdotes, ni siquiera uno— se acercan a Jesús y se ponen en torno a Él. Uno toma la iniciativa y dice: «¡Grandes cosas has hecho en este día! Obras verdaderamente de profeta, de gran profeta. Y los espíritus de los abismos han dicho de ti cosas grandes. Pero sus palabras no pueden ser aceptadas, si no las confirma tu palabra. Esas palabras nos estremecen, pero también tememos un gran engaño, porque es sabido que Belcebú es espíritu de falsedad. No quisiéramos equivocarnos ni ser engañados. Dinos, pues, quién eres, con tu boca de verdad y justicia». 537.5

«¿Y no os he dicho muchas veces quién soy? Hace casi tres años que os lo llevo diciendo, y antes de mí os lo dijo Juan en el Jordán y la Voz de Dios desde los Cielos».

«Es verdad. Pero nosotros no estábamos las otras veces. Nosotros... Tú, que eres justo, debes comprender nuestra congoja. Quisiéramos creer en ti como Mesías. Pero ya demasiadas veces el pueblo de Dios ha sido engañado por falsos Cristos. Consuela con una palabra segura nuestro corazón, que tiene esperanza y que espera, y te adoraremos».

Jesús los mira severamente. Sus ojos parecen perforar las carnes y poner al desnudo los corazones. Luego dice: «En verdad, muchas veces los hombres saben decir mentiras mejor que Satanás. No. Vosotros no me adoraréis. *Nunca.* Os dijera lo que os dijera. Y, aunque llegarais a hacerlo, ¿a quién adoraríais?».

«¿A quién? ¡Pues a nuestro Mesías!».

«¿Seríais capaces? ¿Quién es para vosotros el Mesías? Responded, para que sepa cuánto valéis».

«¿El Mesías? Pues el Mesías es aquel que por mandato de Dios reunirá al esparcido Israel y le convertirá en un pueblo triunfal, bajo cuyo poder estará el mundo. ¿Qué, es que Tú no sabes lo que es el Mesías?».

«Lo sé como vosotros no lo sabéis. ¿Para vosotros, pues, es un hombre que, superando a David y a Salomón y a Judas Macabeo, hará de Israel la Nación reina del mundo?».

«Así es. Dios lo ha prometido. Toda venganza, toda gloria, toda reivindicación, vendrán del Mesías prometido».

«Está escrito: "No adorarás sino al Señor Dios tuyo". ¿Por qué, entonces, me adoraríais, si en mí sólo podríais ver al Hombre-Mesías?».

«¿Y qué otra cosa tenemos que ver en ti?».

«¿Que qué? ¿Y con estos sentimientos venís a hacerme preguntas? ¡Raza de víboras taimadas y venenosas! Y sacrílegas también. Porque si en mí no pudierais ver más que el Mesías humano, y me adoraseis, seríais idólatras. Sólo Dios ha de ser adorado. Y en verdad os digo, una vez más, que el que os habla es más que el Mesías que vosotros os inventáis, con la misión, las tareas, los poderes que vosotros —desprovistos de espíritu y de sabiduría— os imagináis. El Mesías no viene a dar a su pueblo un reino como el que creéis, no viene a ejercer venganza sobre otros poderosos. Su Reino no es de este mundo y su poder supera a todos los poderes limitados del mundo».

537.6 [6]«Nos humillas, Maestro. Si eres Maestro y nosotros somos ignorantes, ¿por qué no quieres instruirnos?».

«Hace tres años que lo vengo haciendo, y vosotros estáis cada vez más en las tinieblas porque rechazáis la Luz».

«Es verdad. Quizás es verdad. Pero lo que ha sido en el pasado puede dejar de serlo en el futuro. ¿Es que Tú, que tienes compasión de los publicanos y las meretrices y que absuelves a los pecadores, quieres no tener piedad de nosotros, sólo porque somos de dura cerviz y nos cuesta comprender quién eres?».

«No es que os cueste. *Es que no queréis comprender*. Padecer idiotez no sería una culpa. Dios tiene tantas luces, que podría iluminar al intelecto más obtuso, obtuso pero lleno de buena voluntad. Ésta falta en vosotros. Es más, tenéis voluntad opuesta. Por eso no comprendéis quién soy Yo».

«Será como dices. Ya ves que somos humildes. Pero te rogamos en nombre de Dios, responde a nuestras preguntas, no nos tengas más tiempo a la expectativa. ¿Hasta cuándo nuestro corazón debe estar en la incertidumbre? Si eres el Cristo, dínoslo abiertamente».

«Os lo he dicho. Os lo he dicho en las casas, en las plazas, por los caminos, en los pueblos, en los montes, en las orillas de los ríos, fren-

te al mar o a los desiertos, en el Templo, en las sinagogas, en los mercados, y no creéis. No hay un lugar de Israel que no haya oído mi voz. Hasta los lugares que abusivamente llevan el nombre de Israel desde hace siglos, pero que están separados del Templo; hasta los lugares que han dado el nombre a esta tierra nuestra, pero que de dominadores se transformaron en dominados, y que nunca se liberaron completamente de sus errores para venir a la Verdad; hasta en Siro-Fenicia, evitada por los rabíes como tierra de pecado, han oído mi voz y conocido mi ser. Os lo he dicho y no creéis en mis palabras. He hecho obras y a mis obras no habéis dirigido vuestra mente con espíritu bueno. Si lo hubierais hecho, con una intención recta de cercioraros acerca de mí, habríais llegado a la fe, porque las obras que hago en el nombre del Padre mío dan testimonio de mí. Los de buena voluntad, que me han seguido porque me han reconocido como Pastor, han creído en mis palabras y en el testimonio que dan mis obras. ¿Qué? ¿Acaso creéis que lo que Yo hago no tiene un fin útil para *vosotros*, útil para todas las criaturas? Desencantaos. No penséis que lo útil está en la salud que una persona recupera por mi poder, o en la liberación de uno u otro de la posesión o del pecado. Ésta es una utilidad circunscrita al individuo. Demasiado poco para ser la única utilidad respecto a la potencia que se desprende, y respecto a la fuente de donde se desprende, que es sobrenatural, más que sobrenatural: *divina*. Hay una utilidad colectiva de las obras que realizo. La utilidad de eliminar toda duda de los que titubean, de convencer a los contrarios, además de reforzar cada vez más la fe de los creyentes. Para esta utilidad colectiva, en favor de *todos* los hombres, presentes y futuros (porque mis obras me darán testimonio ante los que vendrán, y los convencerán respecto a mí), el Padre mío me da poder de hacer lo que hago. En las obras de Dios nada se hace sin un fin bueno. Recordadlo siempre. Meditad sobre esta verdad».

[7]Jesús se detiene un momento. Fija su mirada en un judío que 537.7
está cabizbajo, y dice:

«Tú, que estás pensando así, tú que llevas túnica de color de oliva madura, te estás preguntando si también Satanás tiene un fin bueno. No seas necio poniéndote en contra de mí y buscando el error en mis palabras. Te respondo que Satanás no es obra de Dios, sino de la libre voluntad del ángel rebelde. Dios le había hecho ministro suyo glorioso, y, por tanto, le había creado con buen fin. Mira, ahora tú, hablando con tu *yo*, dices: "Entonces Dios es insipiente, porque había donado la gloria a un futuro rebelde y confiado sus deseos a un desobediente". Te respondo: "Dios no es insipiente, sino perfecto en sus acciones y pensamientos. Es el Perfectísimo. Las criaturas, in-

cluso las más perfectas, son imperfectas. Siempre en ellas hay un punto de inferioridad respecto a Dios. Pero Dios, que las ama, ha concedido a las criaturas la libertad de arbitrio, para que a través de ella la criatura se complete en las virtudes y se haga, por tanto, más semejante a su Dios y Padre". Y te digo más, a ti, escarnecedor y astuto buscador del pecado en mis palabras: que del Mal, que se formó voluntariamente, Dios todavía saca un fin bueno: el de servir para hacer a los hombres poseedores de una gloria merecida. Las victorias sobre el Mal son la corona de los elegidos. Si el Mal no pudiera suscitar una consecuencia buena para los que quieren con buena voluntad, Dios lo habría destruido. Porque nada de lo que hay en la Creación debe estar totalmente privado de incentivo o consecuencia buenos.

¿No contestas? ¿Te resulta duro deber proclamar que he leído tu corazón y que he vencido las deducciones injustificadas de tu pensamiento tortuoso? No voy a forzarte a hacerlo. Te dejo en tu soberbia en presencia de muchos. No reclamo que me proclames victorioso. Pero cuando estés solo con estos que te asemejan, y con los que os han enviado, entonces confiesa que Jesús de Nazaret leyó los pensamientos de tu mente y te estranguló las objeciones en la garganta sin más arma que su palabra de verdad.

Pero vamos a dejar esta interrupción personal y a volver a los muchos que me escuchan. Si siquiera, de tantos, uno, por mis palabras, convirtiera su espíritu a la Luz, resultaría recompensada mi fatiga por hablar a piedras, es más, a sepulcros llenos de víboras.

537.8 [8]Estaba diciendo que los que me aman me han reconocido como Pastor por mis palabras y mis obras. Pero vosotros no creéis, *no podéis creer*, porque no sois de mis ovejas.

¿Qué sois vosotros? Os lo pregunto. Preguntáoslo en lo íntimo del corazón. No sois estúpidos. Podéis conoceros conforme a lo que sois. Basta con que escuchéis la voz de vuestra alma, que no se siente tranquila de seguir ofendiendo al Hijo de Aquel que la ha creado. Vosotros, aun conociendo lo que sois, no lo diréis. No sois ni humildes ni sinceros. Pues Yo os voy a decir lo que sois. Sois en parte lobos, en parte chivos salvajes. Pero ninguno de vosotros, a pesar de la piel de cordero que lleváis para aparentar que lo sois, es verdadero cordero. Bajo la lana blanda y blanca tenéis todos colores chillones, cuernos puntiagudos, colmillos de cabro o garras de fiera, y queréis seguir siendo eso porque os complace serlo, y soñáis con la crueldad y la rebelión. Por eso no me podéis amar y no podéis seguirme ni comprenderme.

Si entráis en el rebaño, es para producir daños, para causar dolor

o introducir el desorden. Mis ovejas tienen miedo de vosotros. Si fueran como vosotros, os deberían odiar. Pero ellos no saben odiar. Son los corderos del Príncipe de paz, del Maestro de amor, del Pastor misericordioso. Y no saben odiar. No os odiarán nunca, como Yo no os odiaré nunca. Os dejo a vosotros el odio, que es el mal fruto de la ternaria concupiscencia con el *yo* desenfrenado en el animal hombre, que vive olvidado de que es también espíritu, además de carne. Yo me quedo con lo que es mío: el amor. Y es esto lo que comunico a mis corderos y os ofrezco también a vosotros para haceros buenos. Si os hicierais buenos, me comprenderíais y entraríais a formar parte de mi rebaño, siendo semejantes a los otros que ya están en él. Nos amaríamos. Yo y mis ovejas nos amamos. Me escuchan, reconocen mi voz.

Vosotros no comprendéis lo que es en verdad conocer mi voz. Es no abrigar dudas sobre su Origen y distinguirla entre mil otras voces de falsos profetas como verdadera voz venida del Cielo. Ahora y siempre, incluso entre los que se creen, y en parte lo son, seguidores de la Sabiduría, habrá muchos que no sabrán distinguir mi voz de otras voces que hablarán de Dios, más o menos con justicia, pero que serán, todas, inferiores a la mía...».

[9]«Dices siempre que pronto te vas a ir, ¿y ahora pretendes decir 537.9
que siempre hablarás? Si te marchas, ya no hablarás» objeta un judío con el tono despreciativo con que hablaría a un deficiente mental.

Jesús responde con su tono paciente y afligido, que ha manifestado un acento severo solamente cuando ha hablado al principio a los judíos, y después cuando ha respondido a las objeciones interiores del judío aquél:

«Hablaré siempre para que el mundo no se haga todo él idólatra. Y hablaré a los míos, elegidos para que os repitan mis palabras. El Espíritu de Dios hablará, y comprenderán aquello que ni siquiera los sabios sabrán comprender. Porque los estudiosos estudiarán la palabra, la frase, el modo, el lugar, el cómo, el instrumento a través de los cuales la Palabra habla, mientras que mis elegidos no se abstraerán en estos estudios inútiles; antes bien, me escucharán embargados en el amor y comprenderán, porque será el Amor el que hable. Distinguirán las adornadas páginas de los doctos o las engañosas de los falsos profetas, de los rabíes de hipocresía, que enseñan doctrinas inficionadas, o enseñan lo que ellos no practican, de las palabras sencillas, verdaderas, profundas que de mí vendrán. Pero el mundo los odiará por esto, porque el mundo me odia a Mí-Luz y odia a los hijos de la Luz, el tenebroso mundo que desea las tinieblas propicias

para pecar.

Mis ovejas me conocen y me conocerán y me seguirán siempre, incluso por los caminos de sangre y dolor que Yo recorreré a la cabeza y ellas recorrerán después de mí. Los caminos que llevan las almas a la Sabiduría. Los caminos hechos luminosos por la sangre y el llanto de los perseguidos por enseñar la justicia, caminos hechos luminosos para que resalten en la calígine de los humos del mundo y de Satanás, y sean como estelas de estrellas para guiar a quienes buscan el Camino, la Verdad, la Vida, y no hallan a nadie que hacia ellos los guíe. Porque de esto tienen necesidad las almas: de alguien que las conduzca a la Vida, a la Verdad, al Camino bueno.

Dios es compasivo para con las almas que buscan y no encuentran, no por culpa propia sino por desidia de los pastores ídolos. Dios es compasivo para con aquellas almas que, abandonadas a sí mismas, se extravían y son acogidas por ministros de Lucifer, que están preparados para acoger a los extraviados y hacer de ellos prosélitos de sus doctrinas. Dios es compasivo para con aquellos que caen en el engaño por el simple hecho de que los rabíes de Dios, los llamados rabíes de Dios, se han desinteresado de ellos. Dios se muestra compasivo con todos estos que caminan hacia el desaliento, las brumas, la muerte, por culpa de los falsos maestros, que de maestros no tienen más que las vestiduras y el orgullo de que así los llamen. Y para estas pobres almas, de la misma forma que envió a los profetas para su pueblo, de la misma forma que me ha enviado a mí para el mundo entero, pues, después de mí, enviará a los servidores de la Palabra, de la Verdad y del Amor, para repetir mis palabras. Porque son mis palabras las que dan la Vida. De manera que mis ovejas de ahora y del futuro tendrán la Vida que Yo les doy a través de mi Palabra, que es Vida eterna para quien la acoge, y no perecerán nunca y ninguno podrá arrancarlas de mis manos».

537.10 [10]«Nosotros no hemos rechazado nunca las palabras de los verdaderos profetas. Hemos respetado siempre a Juan, que ha sido el último profeta» responde con ira un judío, y sus compañeros le hacen coro.

«Murió a tiempo para no despertar vuestro odio y ser perseguido también por vosotros. Si estuviera todavía entre los vivos, el "no es lícito", dicho por un incesto carnal, os lo diría también a vosotros, que cometéis adulterio espiritual fornicando con Satanás contra Dios. Y le mataríais, de la misma manera que abrigáis la intención de matarme a mí».

Los judíos se agitan furiosos, dispuestos ya a agredir, cansados de tener que fingirse mansos. Pero Jesús no se preocupa. Alza la voz

para dominar el tumulto y grita:

«¿Y me habéis preguntado que quién soy Yo, hipócritas? ¿Decíais que queríais saber para estar seguros? ¿Y ahora decís que Juan fue el último profeta? Dos veces os condenáis por pecado de embuste: una, porque decís que no habéis rechazado nunca las palabras de los *verdaderos profetas*; la otra, porque, diciendo que Juan es el último profeta y que creéis en los verdaderos profetas, excluís que Yo sea también profeta, al menos profeta, y profeta *verdadero*. ¡Bocas embusteras! ¡Corazones de engaño! Sí, en verdad, en verdad Yo aquí en la casa de mi Padre proclamo que soy más que Profeta. Yo tengo lo que mi Padre me ha dado. Lo que mi Padre me ha dado es más precioso que todo y que todos, porque es algo en que ni la voluntad ni el poder de los hombres pueden meter las manos rapaces. Yo tengo lo que Dios me ha dado y que, aun estando en mí, está siempre en Dios, y nadie puede arrebatarlo de las manos del Padre mío, ni a mí, porque es la Naturaleza Divina igual. Yo y el Padre somos Uno».

«¡Ah! ¡Horror! ¡Blasfemia! ¡¡Anatema!!». El griterío de los judíos retumba en el Templo, y una vez más las piedras usadas por los cambistas y por los vendedores de ganado para mantener estables sus recintos son el abastecimiento de los que buscan armas adecuadas para agredir.

Pero Jesús se yergue con los brazos recogidos sobre el pecho. Se ha subido encima de un asiento de piedra para ser más alto de lo que ya es y para ser visto bien, y desde allí los domina con los rayos de sus ojos de zafiro. Domina y flecha. Se muestra tan majestuoso que los paraliza. En vez de lanzar las piedras, las dejan caer o las tienen en las manos, pero ya sin la audacia de lanzarlas contra Él. Los gritos también mueren en un estado de turbación extraño. Es verdaderamente Dios el que refulge en Cristo. Y, cuando Dios refulge así, hasta el hombre más arrogante se empequeñece y amedrenta. Y pienso en qué misterio se cela en que los judíos hayan podido manifestarse tan fieros el día de Viernes Santo; qué misterio, en la ausencia de este poder de dominación en Cristo en aquel día. Verdaderamente era la hora de las Tinieblas, la hora de Satanás, y sólo ellos reinaban... La Divinidad, la Paternidad de Dios había abandonado a su Cristo, y Él no era nada más que la Víctima...

[11]Jesús está así unos minutos. Luego sigue hablando a esta turba vendida y vil que ha perdido toda prepotencia con sólo haber visto un destello divino: 537.11

«¿Y entonces? ¿Qué queréis hacer? Me habéis preguntado que quién era. Os lo he dicho. Os habéis puesto furiosos. Os he recordado las cosas que he hecho, he puesto ante vuestros ojos y vuestra me-

moria muchas obras buenas provenientes del Padre mío y cumplidas con el poder que me viene de mi Padre. ¿Por cuál de estas obras me lapidáis? ¿Por haber enseñado la justicia? ¿Por haber traído a los hombres la Buena Nueva? ¿Por haber venido a invitaros al Reino de Dios? ¿Por haber curado a vuestros enfermos, devuelto la vista a vuestros ciegos, dado movimiento a los paralíticos, palabra a los mudos; por haber liberado a los poseídos, resucitado a los muertos, favorecido a los pobres, perdonado a los pecadores; por haber amado a todos, incluso a los que me odian, a vosotros y a los que os envían? ¿Por cuál de estas obras, entonces, me queréis lapidar?».

«No te lapidamos por las obras buenas que has hecho, sino por tu blasfemia; porque Tú, siendo hombre, te haces Dios».

«¿No está escrito en vuestra Ley: "Dije: vosotros sois dioses e hijos del Altísimo"? Ahora bien, si Dios a aquellos a quienes habló llamó "dioses", dando un mandato: el de vivir de manera que la semejanza y la imagen respecto a Dios, que están en el hombre, aparezcan en modo manifiesto y que el hombre no sea ni demonio ni bruto; si la Escritura llama "dioses" a los hombres, la Escritura, que ha sido enteramente inspirada por Dios (y, por tanto no puede ser modificada ni anulada según el gusto y el interés del hombre); entonces, ¿por qué me decís que blasfemo, Yo, por el Padre consagrado y enviado al mundo, porque digo: "Soy Hijo de Dios"? Si no hiciera las obras del Padre mío, razón tendríais en no creer en mí. Pero las hago. Y vosotros no queréis creer en mí. Creed, entonces, al menos en estas obras, para que sepáis y reconozcáis que el Padre está en mí y que Yo estoy en el Padre». *

537.12 [12]La tormenta de gritos y violencias empieza de nuevo, y más fuerte que antes. Desde una de las terrazas del Templo, en la que ciertamente estaban escuchando y escondidos sacerdotes, escribas y fariseos, graznan muchas voces: «Pero prended a ese blasfemo. Ya es pública su culpa. Todos lo hemos oído. ¡Muerte al blasfemo que se proclama Dios! Dadle el mismo castigo que al hijo de Selomit de Dibrí. ¡Que sea sacado de la ciudad y lapidado! ¡Es derecho nuestro! Está escrito: "El blasfemo sea muerto"». *

Las incitaciones de los jefes agudizan la ira de los judíos. Y éstos tratan de apoderarse de Jesús y de ponerle, atado, en manos de los magistrados del Templo, que, a su vez, están viniendo, acompañados

---

* *está escrito*, en *Salmo 82, 6*. Y MV, en una copia mecanografiada, observa: *Santo Tomás define al hombre "un infinito en potencia", precisamente porque está ordenado a hacerse lo más que pueda "parecido a Dios y a Dios semejante".*

* *Está escrito*, en *Levítico 24, 16*, en el contexto del episodio del hijo de Selomit de Dibrí (o Selómit, hija de Dibri), que está en *Levítico 24, 10-23*.

por la guardia del Templo.

Pero más rápidos que ellos son una vez más los legionarios, que, vigilando desde la Antonia, han seguido el tumulto y salen del cuartel y vienen hacia el lugar donde se grita. Y no guardan respeto a ninguno. Las astas de las lanzas maniobran debidamente en cabezas y espaldas. Y se incitan unos a otros a aplicarse contra los judíos, diciendo agudezas o profiriendo insultos: «¡A la caseta, perros! ¡Dejad paso! Pégale fuerte a aquel tiñoso, Licinio. ¡Fuera! ¡El miedo os hace oler peor que nunca! ¿Pero qué coméis, cuervajos, para apestar así? Tienes razón, Baso. Se purifican pero apestan. ¡Mira aquel narigudo! ¡A la pared! ¡A la pared, que tomamos los nombres! Y vosotros, avestruces, bajad de allá arriba. Total... os conocemos. Buen informe va a tener que escribir el Centurión para el Gobernador. ¡No! A ése déjale. Es un apóstol del Rabí. ¿No ves que tiene aspecto de hombre y no de chacal? ¡Mira! ¡Mira cómo huyen por aquella parte! ¡Déjales que se vayan! ¡Para tenerlos convencidos habría que clavarlos a todos en las astas! ¡Sólo así los tendríamos doblegados! ¡Ojalá fuera mañana! ¡Ah, pero tú estás atrapado y no te escapas! ¡Te he visto, eh! La primera piedra ha sido la tuya. Responderás de haber dado a un soldado de Roma. También de esto. Nos ha maldecido imprecando contra las enseñas. ¡Ah, sí? ¿Verdaderamente? Ven, que vamos a enamorarte de ellas en nuestras mazmorras...».

Y así, cargando y escarneciendo, prendiendo a algunos, poniendo en fuga a otros, los legionarios despejan el vasto patio. Pero sólo cuando los judíos ven arrestar realmente a dos de ellos se revelan como lo que son: viles, viles, viles. O huyen chillando como una bandada de pollos que ve calarse al gavilán, o se arrojan a los pies de los soldados para suplicar piedad con un servilismo y una adulación nauseabundas.

Un suboficial, a cuyas pantorrillas se agarra un viejo lleno de arrugas, uno de los más apasionados contra Jesús, y que le llama "magnánimo y justo", se libera de éste con un vigoroso envite que manda al judío a rodar tres pasos más atrás, y grita: «Vete, viejo zorro tiñoso». Y, hablando con un compañero, enseñando la pantorilla, dice: «Tienen uñas de zorro y baba de serpiente. ¡Mira esto! ¡Por Júpiter Máximo! ¡Voy inmediatamente a las Termas para quitarme las señales de ese viejo baboso!», y realmente se marcha, irritado, con su pantorrilla arañada.

He perdido completamente de vista a Jesús. No podría decir a dónde ha ido, por qué puerta ha salido. He visto sólo, durante un rato, aparecer y desaparecer en el alboroto las caras de los dos hijos de Alfeo y de Tomás, luchando por abrirse camino, y las de algunos dis-

cípulos pastores tratando de hacer lo mismo. Después también ellos han desaparecido de mi vista, y sólo ha quedado el último correteo de los pérfidos judíos, que tratan de alejarse en una u otra dirección para substraerse a la captura y al reconocimiento por parte de los legionarios, para quienes tengo la impresión de que fuera una fiesta el poder cargar fuerte sobre los hebreos, para resarcirse de todo el odio con que saben que son... remunerados.

538. Jesús, orante en la gruta de la Natividad, contemplado por los discípulos ex pastores.

11 de diciembre de 1946.

538.1 [1]Jesús está detrás del Templo, cerca de la puerta del Rebaño, fuera de la ciudad. Le acompañan, desolados aunque también encorajinados, los apóstoles y los discípulos pastores (menos Leví). No veo a ningún otro de los discípulos que estaban antes en el Templo con Él.

Tienen una controversia. Es más, podría decir que no sólo están en desacuerdo entre sí, sino que lo están también con Jesús, y de manera especial con Judas de Keriot. A éste le echan en cara las iras de los judíos, y lo hacen con mucha mordacidad. Judas les deja hablar y repite: «Yo hablé con fariseos, escribas y sacerdotes, y ni uno de ellos estaba entre la gente». A Jesús le reprochan el no haber cortado la discusión después de haberla hecho cesar una primera vez. Y Jesús responde: «Debía completar mi manifestación».

Y también están en desacuerdo respecto a dónde ir, ahora que el sábado está próximo y que son días de fiesta. Simón Pedro propone donde José de Arimatea, puesto que Betania no es lugar para ir a crear incomodidades, especialmente después de que Jesús ha declarado que ya no se debe ir allí.

Tomás responde: «No está José, y tampoco Nicodemo. Están fuera. Por la fiesta. Los saludé ayer cuando esperábamos a Judas y me lo dijeron».

«A casa de Nique, entonces» propone Mateo.

«Está en Jericó por la fiesta» responde Felipe.

«A casa de José de Seforí» dice Santiago de Alfeo.

«¡Mmm! José... No le haríamos ningún regalo. Ha tenido una serie de problemas y... ¡sí, hombre, lo digo!... y... venera al Maestro, pero desea la propia paz. Parece una barca pillada entre dos corrientes opuestas... y, para mantenerse a flote... tiene en cuenta todos los lastres. Incluso por lo que se refiere al pequeño Marcial... tanto es así, que se ha quedado muy a gusto pasándosele a José de Arima-

tea» dice Pedro.

«¡Ah, por eso ayer estaba con él!» exclama Andrés.

«Ya, claro. Por eso es mejor dejarle recuperar la calma en un puertecito seguro... ¡Claro, la gente no es muy valiente, y el Sanedrín da miedo a todos!» añade Pedro.

«Te ruego que hables por ti. Yo no tengo miedo a nadie» dice Judas Iscariote.

«Y yo tampoco. Por defender al Maestro desafiaría a todas las legiones. Pero nosotros somos nosotros... Los demás... Bueno, pues tienen negocios, casas, mujeres, hijas... Y entonces consideran estas cosas».

«Nosotros también las tenemos, entonces» observa Bartolomé.

«Pero nosotros somos los apóstoles y...».

«Y sois iguales que los demás. No critiquéis a nadie porque la prueba no ha venido todavía» dice Jesús.

«¿No ha venido? ¿Y qué otras cosas quieres, más de las que hemos pasado ya? ¡Y habrás visto cómo te he defendido hoy! Todos te hemos defendido. ¡Pero yo más que ninguno! ¡He abierto paso con unos empujones que habrían botado una barca!... [2]¡Una idea! Vamos 538.2
a Nob. ¡El anciano se sentirá contento!».

«Sí. sí, a Nob» aprueban todos.

«Juan no está. Haríais el camino en balde. A Nob podéis ir, pero no a casa de Juan».

«¡Podéis? ¿Y Tú no puedes?».

«No quiero, Simón de Jonás. Yo tengo ya dónde ir para estas noches de Encenias. Pero, fuera de la escena Yo, vosotros podéis estar tranquilos en cualquier lugar. Por eso os digo: id a donde queráis. Yo os bendigo. Os recuerdo que estéis unidos, física y espiritualmente, sujetos a Pedro, vuestra cabeza; pero no como a un amo, sino como a un hermano mayor. En cuanto Leví regrese con mi bolsa, nos separaremos».

«¡Eso no, mi Señor! ¡Nunca sucederá que te deje ir solo!» exclama Pedro.

«Siempre sucederá, si Yo lo quiero, Simón de Jonás. Pero no temas. No estaré en la ciudad. Ninguno que no sea ángel o demonio descubrirá mi refugio».

«Y es bueno. Porque hay demasiados demonios que te odian. ¡Te digo que no irás solo!».

«También hay ángeles, Simón; e iré».

«¿Pero a dónde? ¡¿Pero a qué casa, si has rechazado las mejores, o por voluntad tuya o por las circunstancias?! ¡¿Porque no querrás estar en esta estación del año en alguna gruta en los montes?!».

«¿Y si así fuera? Siempre serían menos gélidas que los corazones de los hombres que no me aman» dice, casi a sí mismo, Jesús, inclinando la cabeza para esconder visos de llanto en los ojos.

538.3 [3]«Ahí está Leví. Viene corriendo» dice Andrés, que mira desde el borde del camino.

«Entonces démonos la paz y vamos a separarnos. Si queréis ir a Nob, tenéis el tiempo justo antes de la puesta del Sol».

Leví llega jadeante: «Te buscan por todas partes, Maestro... Me lo han dicho los que te quieren... Han estado en muchas casas, especialmente de gente modesta...».

«¿Te han visto?» pregunta Santiago de Zebedeo.

«Claro. Incluso me han parado. Pero yo, que ya estaba al corriente, he dicho: "Voy a Gabaón" y he salido por la puerta de Damasco y he corrido por detrás de las murallas... No he mentido, Señor, porque yo y éstos vamos a Gabaón después del sábado. Esta noche estaremos en los campos de la ciudad de David... Son días de recuerdos para nosotros...» y mira a Jesús con sonrisa de ángel en su rostro viril y barbado, una sonrisa que le pone de nuevo las facciones de niño * de la noche lejana.

«De acuerdo. Vosotros podéis marcharos. Y también vosotros. Yo también me marcho. Cada uno por su camino. Me precederéis en el pueblo de Salomón, donde estaré dentro de pocos días. Y antes de dejaros os repito las palabras que os dije antes de enviaros de dos en dos por las ciudades: "Id, predicad, anunciad que el Reino de los Cielos está *muy* cercano. Curad a los enfermos, limpiad a los leprosos, resucitad a los muertos del espíritu y de la carne imponiendo en mi Nombre la resurrección del espíritu, la búsqueda de mí que es vida, o la resurrección de la muerte. Y no os ensoberbezcáis de lo que hacéis. Evitad las controversias entre vosotros y con quien no nos ama. No exijáis nada por lo que hagáis. Preferid ir a las ovejas perdidas de la casa de Israel antes que a gentiles y samaritanos; esto no por repulsa, sino porque no estáis todavía al nivel de poder convertirlos. Dad lo que tenéis sin preocuparos del mañana. Haced todo lo que me habéis visto hacer a mí, y con el mismo espíritu mío. Mirad, os doy el poder de hacer lo que Yo hago y que quiero que hagáis para que Dios sea glorificado"». Espira su aliento sobre ellos y luego, uno a uno, los besa y los despide.

538.4 [4]Todos se marchan sin ganas, volviéndose varias veces. Él los saluda con la mano hasta que ve que todos se han ido, luego desciende

---

* *niño de la noche lejana*, en 30.2/3,6; *en el pueblo de Salomón*, es decir, más allá del Jordán, como en el pasaje de *Juan 10, 40-42*, que llena un vacío en la narración Valtortiana; *las palabras que os dije*, en 265.

hacia el lecho del Cedrón, entre matas, y se sienta en una piedra en la orilla del agua que corre borbollando. Bebe esta agua clara y, sin duda, gélida. Se lava la cara, las manos, los pies. Luego, vestido completamente de nuevo, vuelve a sentarse. Piensa... Y no se da cuenta de lo que sucede a su alrededor, concretamente que el apóstol Juan, que estaba ya lejos con los compañeros, ha regresado solo y, como Él, se oculta ahora tras una mata tupida...

Jesús está allí un rato. Luego se levanta, se pone la bolsa en bandolera y, orillando el Cedrón, entre las matas, llega al pozo de En Rogel, para cortar luego hacia el sudoeste hasta tomar el camino que lleva a Belén. Y Juan, a unos cien pasos más atrás, le sigue todo arrebujado en su manto para no ser reconocido.

Van y van y van por los caminos desnudos a causa del invierno: Jesús, con su paso largo, devora el camino; Juan le sigue con dificultad, incluso porque debe tener cautela para no ser descubierto. Dos veces Jesús se para y se vuelve. La primera, al pasar junto al pequeño collado a donde Judas fue a hablar con Caifás y compañeros. La segunda, junto a un pozo, y allí se sienta y da unos bocados a un poco de pan y luego bebe del ánfora de un hombre. Reanuda su camino mientras el Sol baja, baja, baja... Y llega el crepúsculo. Llega al sepulcro de Raquel cuando la última rojura del ocaso se apaga en una pincelada de color violado. El cielo, a Occidente, parece todo él una pérgola de glicina en flor, mientras que al Este presenta ya el puro cobalto de un frío firmamento invernal de Oriente y ya las primeras luces sidéreas se asoman al extremo límite del cielo.

Jesús acelera el paso, para hallarse como es debido antes de que la noche sea completa. Pero, llegado a un punto alto desde el que se ve enteramente la pequeña ciudad de Belén, se para, mira, suspira... Luego baja rápido. No entra en la ciudad. La rodea por las últimas casas. Va derecho a las ruinas de la casa o torre de David, al lugar en donde nació. Pasa el regato que corre junto a la gruta, pone pie en el pequeño espacio libre que hay, y que está cubierto de hojas secas... Da una ojeada dentro de las ruinas. El lugar está vacío. Entra...

Y Juan se queda a una cierta distancia, cauto para no ser ni oído ni visto. Rebusca, mira. Encuentra, más tanteando que con la vista, otro de los establos semiderruidos. Entra también él y enciende una lumbre en un rincón. Hay un poco de paja, un poco de pajuzo sucio, algunas ramas secas, heno en el pesebre.

[5]Juan está contento. Monologa: «Al menos... oiré... y... o morimos juntos o le salvo». Luego suspira y dice: «¡Y nació así! Y viene aquí a llorar su dolor... Y... ¡Ah, eterno Dios, salva a tu Cristo! Me 538.5

tiembla el corazón, oh Dios Altísimo, porque Él se retira siempre antes de obras grandes... ¿Y qué obra grande puede hacer, sino manifestarse como Rey Mesías? ¡Oh, todas sus palabras están dentro de mí... Yo soy un niño ignorante y comprendo poco. ¡Todos comprendemos poco, oh eterno Padre nuestro! Pero tengo miedo. ¡Tengo miedo! Porque Él habla de muerte, de muerte dolorosa, de traición y de cosas horribles... ¡Tengo miedo! ¡Miedo, mi Dios! Fortalece mi corazón, Señor eterno. Fortalece mi corazón de pobre niño como, ciertamente, fortaleces el de tu Hijo para las futuras vicisitudes... ¡Oh, que yo lo percibo! Ha venido aquí para esto, para sentirte más que nunca y fortalecerse en tu amor. ¡Yo hago lo mismo, oh Padre Santísimo! Ámame y haz que te ame para tener la fuerza de padecer todo sin vileza, para consuelo del Hijo tuyo».

Juan hace una larga oración, en pie, erguido, con los brazos alzados, a la luz temblorosa de dos ramas que ha encendido en el elemental hogar. Ora hasta que ve que el fuego está para apagarse. Luego se sube al ancho pesebre y se acurruca en el heno. Envuelto en el manto obscuro, envuelta la gruta en las tinieblas, Juan es, todo él, una sombra uniformada con la sombra. Hasta que un primer claror de luna se introduce por la apertura orientada a Oriente, para decir que es plena noche. Pero Juan, cansado, duerme; su respiración y el leve frufrú del regatillo son los únicos ruidos en esta noche de diciembre.

Arriba, el cielo, con nubes ligeras heridas por la Luna, parece todo recorrido por multitud de ángeles... Pero no hay canto de ángeles. A intervalos, se responden entre las ruinas los quejumbrosos «¡cucú!, ¡cucú!, ¡cucú!» de los pájaros nocturnos, y, de vez en cuando, acaban con esa especie de carcajada de bruja que es propia de las lechuzas, y, de lejos, viene un lamento semejante a un aullido: ¿algún perro encerrado en algún redil y que gañe a la Luna; o algún lobo al que el viento lleva olor de presa y se golpea los ijares con la cola y aulla de deseo, no atreviéndose a acercarse a los apriscos bien custodiados? No lo sé.

538.6 [6]Mas luego se oye rumor de voces y pisadas y se ve una luz rojiza y trémula entre las ruinas; y aparecen, uno detrás de otro, los discípulos pastores: Matías, Juan, Leví, José, Daniel, Benjamín, Elías, Simeón. Matías mantiene alzada una rama encendida para ver el camino. Pero el que se adelanta ligero es Leví, y es el primero en introducir la cabeza en la gruta de Jesús. En seguida se vuelve y hace un gesto para que los otros se detengan y callen, y mira otra vez... y luego, exhibiendo hacia atrás la mano derecha, señala a los otros que vayan, y se aparta mientras tiene un dedo en los labios con gesto

de silencio, para dejarles sitio, y ellos, uno tras otro, miran y, conmovidos como Leví, se retiran.

«¿Qué hacemos?» susurra Elías.

«Nos quedamos aquí contemplándole» dice José.

«No. A nadie le es lícito violar los secretos espirituales de las almas. Vamos a retirarnos más allá» dice Matías.

«Tienes razón. Vamos a entrar en el establo contiguo. Estaremos todavía aquí, y cerca de Él» dice Leví.

«Vamos» dicen. Pero, antes de apartarse, miran fugazmente otra vez dentro de la gruta de la Natividad y luego se retiran, conmovidos, tratando de no hacer ruido.

Pero, ya en el umbral del establo contiguo, oyen roncar a Juan.

«Hay alguno» dice Matías deteniéndose.

«¿Qué hace? Entramos nosotros también. Si se ha refugiado aquí algún mendigo, porque está claro que es un mendigo, podemos refugiarnos también nosotros» replica Benjamín.

Entran teniendo alzada la rama encendida. Juan, hecho un ovillo en su improvisada e incómoda cama, medio tapada la cara por el pelo y el manto, sigue durmiendo. Se apartan despacio con intención de sentarse en la paja esparcida cerca del pesebre. Pero, al hacerlo, Daniel mira con más atención al durmiente y le reconoce. Dice: «Es el apóstol del Señor. Juan de Zebedeo. Se han refugiado aquí en oración... y el sueño ha vencido al apóstol... Retirémonos. Podría sentirse humillado por verse sorprendido durmiendo en vez de orando...».

[7]Con pocas ganas vuelven afuera, y entran en la otra pieza que 538.7
está después de ésta. Es más, Simeón se queja: «¿Por qué no estar en la entrada de su gruta y verle de vez en cuando? Hemos estado muchos años al raso y a la luz de las estrellas para custodiar los corderos, ¿y por el Cordero de Dios no lo hacemos? ¡Bien tenemos este derecho, nosotros que le adoramos en su primer sueño!».

«Tienes razón como hombre y como adorador del Hombre-Dios. Pero ¿qué has visto mirando ahí dentro? ¿Acaso, al Hombre? No. Nosotros, sin querer, hemos apartado el triple velo extendido para guardar el misterio, hemos franqueado el umbral infranqueable, y hemos visto lo que ni siquiera el Sumo Sacerdote ve entrando en el Santo de los Santos. Hemos visto los inefables amores de Dios con Dios. No nos es lícito espiarlos. El poder de Dios podría castigar nuestras pupilas audaces que han visto el éxtasis del Hijo de Dios. ¡Quedémonos contentos con lo que hemos recibido! Queríamos venir aquí para pasar la noche en oración antes de alejarnos para nuestra misión. Orar y recordar la lejana noche... Y, sin embargo, ¡hemos contemplado el amor de Dios! ¡Verdaderamente nos ha amado mu-

cho el Eterno dándonos la alegría de la contemplación del Niño y la de sufrir por Él, y la de anunciarle al mundo como discípulos del Niño Dios y del Hombre-Dios! Ahora nos ha concedido también este misterio... ¡Bendigamos al Altísimo y no queramos más!» dice Matías, que tengo la impresión de que es el que goza de más autoridad, por sabiduría y justicia, entre los pastores.

«Tienes razón. Dios nos ha amado mucho. No debemos exigir más.
538.8 [8]Samuel, José y Jonatán no han tenido sino la alegría de adorar al Niño y sufrir por Él. Jonás murió sin poder seguirle. El mismo Isaac no está aquí para ver lo que nosotros hemos visto. Y, si hay uno que lo merece, ése es Isaac, que se consume anunciándole» dice Juan.

«¡Es verdad! ¡Es verdad! ¡Qué feliz se habría sentido Isaac de ver esto! Pero se lo contaremos» dice Daniel.

«Sí. Tenemos que recordar todo en nuestro corazón para decírselo a él» dice Elías.

«¡Y a los otros discípulos y fieles!» exclama Benjamín.

«No. No a los otros. No por egoísmo, sino por prudencia y por respeto al misterio. Si es voluntad de Dios, llegará la hora en que lo podremos decir. Por ahora debemos saber callar» dice Matías. Y hablando a Simeón: «Tú fuiste conmigo discípulo de Juan. Recuerda cómo nos instruía sobre la prudencia sobre las cosas santas: "Si Dios un día, como ya os ha favorecido, os sigue favoreciendo con dones extraordinarios, que ello no os haga ser como ebrios charlatanes. Recordad que Dios se manifiesta a los espíritus, que están cerrados en la carne porque son gemas celestes que no deben estar expuestas a las inmundicias del mundo. Sed santos en vuestros miembros y en los sentidos para saber frenar todo instinto carnal. Tanto en los ojos como en los oídos, tanto en la lengua como en las manos. Y santos en el pensamiento, sabiendo frenar ese orgullo que tenéis de hacer saber. Porque los sentidos y los órganos y el intelecto deben servir y no reinar; servir al espíritu, no reinar sobre el espíritu; deben tutelar, no turbar el espíritu. Por tanto, sobre los misterios de Dios en vosotros, salvo una explícita orden suya, poned el sigilo de vuestra prudencia, de la misma manera que el espíritu tiene el de la transitoria cárcel en la carne. Serían cosas completamente inútiles, malas y peligrosas, la carne y el intelecto, si no sirvieran para aportar mérito con la aflicción que les damos a ellos como respuesta a sus fómites, y si no sirvieran como templo del altar sobre el que aletea la gloria de Dios: nuestro espíritu". ¿Lo recordáis? ¿Tú, Juan, y tú, Simeón? Espero que sí, porque si no recordarais las palabras de nuestro primer maestro, verdaderamente él estaría muerto para vosotros. Un maestro vive mientras su doctrina vive en sus discípulos. Y aunque luego

fuera reemplazado por un maestro mayor —y, para los discípulos de Jesús, reemplazado por el Maestro de los maestros—, no es nunca lícito olvidar las palabras del primero, que nos prepararon a comprender y amar con sabiduría al Cordero de Dios».

«Es verdad. Hablas con sabiduría. Te obedeceremos».

[9]«¡Pero qué penoso es, fatigoso, resistir sin mirarle otra vez estando tan cerca de Él! ¿Estará todavía como antes?» pregunta Simeón. 538.9

«¡A saber! ¡Cómo resplandecía su cara!».

«¡Más que la Luna en una noche serena!».

«Su boca tenía sonrisa divina...».

«Y sus pupilas manaban divino llanto...».

«No decía palabras. Pero en Él todo era oración».

«¿Qué será lo que ha visto?».

«A su eterno Padre. ¿Lo dudas? ¿Sólo esa visión puede dar ese aspecto. Bueno... ¿qué digo?... ¡Más que verle, estaba con Él, en Él! ¡El Verbo con el Pensamiento!... ¡Amándose!... ¡Ah!...» dice Leví, que parece a su vez en éxtasis.

«Pues por eso he dicho que no nos es lícito quedarnos allí. Tened en cuenta que no ha querido tener consigo ni siquiera a su apóstol...».

«¡Claro! ¡Es verdad! ¡Maestro santo! ¡Necesita, más que de agua la tierra agostada, ser inundado por el amor de Dios! ¡Tanto odio en torno a Él...!».

«Pero también mucho amor. Yo quisiera... ¡Sí, lo hago! El Altísimo está presente. Yo me ofrezco y digo: "Señor Dios altísimo, Dios y Padre de tu pueblo, que aceptas y consagras los corazones y los altares e inmolas las víctimas que te son gratas, descienda como un fuego tu deseo y me consume víctima con Cristo, como Cristo y por Cristo, tu Hijo y tu Mesías, mi Dios y Maestro. En tus manos me pongo. Escucha mi oración"». Y Matías, que ha orado poniéndose en pie y con los brazos alzados, se sienta de nuevo en el montón de haces de leña que los acoge.

[10]La Luna deja de iluminar la gruta porque ya cae hacia Occidente. Su candor ahora está sobre la campiña, no ya ahí dentro; y caras y cosas se difuminan en una sola sombra. También las palabras se hacen más escasas y los tonos de voz más bajos. Hasta que la somnolencia vence sobre la buena voluntad y se oyen sólo palabras separadas, a veces sin respuesta... El frío, que se hace punzante al ir acercándose el alba, estimula contra el sueño. Se alzan de nuevo, encienden unos ramajes, calientan sus miembros ateridos... 538.10

«¿Y Él, que está claro que no piensa en el fuego, cómo se apañará?» dice Leví (casi le castañean los dientes).

«¿Tendrá, al menos, comida?» pregunta Elías, y añade: «Ahora

sólo tenemos nuestro amor y poca y pobre comida... y hoy es sábado...».

«¿Sabes qué? Ponemos toda nuestra comida en la entrada de la gruta y luego nos vamos. Nosotros siempre podremos encontrar un pan antes del anochecer, donde Raquel o donde Elichá. Y seremos la providencia de la Providencia, del Hijo de Aquel que ejerce su providencia con todos nosotros» propone José.

«Sí, sí. Hacemos un buen fuego para ver bien y calentarnos bien, y luego llevamos todo allí y nos marchamos antes de que, con el alba, Él o el apóstol salgan y nos vean».

A la luz del fuego vivo abren sus bolsas y sacan pan, quesos secos, alguna manzana. Luego se cargan los haces de leña y salen cautamente, mientras Matías alumbra todavía con una rama sacada del fuego. Ponen todo justo a la entrada de la gruta: los haces en el suelo; encima, el pan y los otros alimentos. Luego se retiran, cruzan el regatillo en el sentido contrario, uno detrás de otro, y se marchan ya con un primer, silencioso crepúsculo matutino rasgado al improviso por un canto de gallo.

539. Juan de Zebedeo se acusa de culpas inexistentes.

14 de diciembre de 1946.

539.1 [1]Es una serena pero cruda mañana de invierno. La escarcha ha blanqueado con sus cristales harinosos el suelo y las hierbas, y de alguna ramita seca que yace en el suelo ha hecho una preciosa joya aljofarada de perlitas.

Juan sale de su gruta. Está muy pálido con su túnica color avellana obscuro. Debe tener también mucho frío, o está enfermo. No lo sé. Sé que tiene una palidez casi lívida y que su paso es vacilante, como una persona que no se siente bien. Va hacia el arroyo y titubea respecto a hundir en él, o no, sus manos. Se decide y, formando el cuenco de las dos manos, bebe un sorbo de esa agua cristalina pero ciertamente muy fría. Sacude las manos y termina de secárselas con el extremo de la túnica. Luego permanece un momento inseguro... Mira hacia las ruinas donde está Jesús, mira hacia las suyas... y a éstas regresa lentamente. Pero, en llegando a la abertura por donde se entra, siente como un vahído y se tambalea. Se hubiera caído si no se hubiera agarrado a la pared semiderruida. Permanece un momento con la cabeza sobre el brazo doblado, agarrándose a la pared; luego alza la cabeza y mira a su alrededor... Ya no entra en su cuchitril.

Rasando la pared, sujetándose en los salientes angulosos de las piedras ya carentes de revoque, da los pocos pasos que le separan del establo donde está Jesús, y, habiendo llegado casi a la entrada, se arroja de rodillas y gime: «¡Jesús, mi Señor, piedad de mí!».

[2]Jesús pronto aparece: «¡Juan? ¿Qué haces? ¿Qué te pasa?». 539.2

«¡Oh, mi Señor! ¡Tengo hambre! Hace casi dos días que no como nada. Tengo hambre y frío...», está palidísimo y le castañean los dientes.

«¡Ven! ¡Pasa adentro!» dice Jesús ayudándole a ponerse en pie.

Juan, sujetado por el brazo de Jesús, llora con la cabeza reclinada en el hombro de Él, y suspira: «No me castigues, Señor, si te he desobedecido...».

Jesús responde sonriendo: «Ya has recibido el castigo. Pareces un moribundo... Siéntate aquí, en esta piedra. Hago fuego y te doy comida...», y Jesús enciende con la yesca unas ramillas y hace un buen fuego en el rústico hogar que hay cerca de la puerta.

Olor de ramas quemadas y viveza de llamas se esparcen por la mísera gruta, y Jesús, pinchados en un palito dos pedazos de pan, los presenta a la llama; cuando los siente calientes, los cubre con el corazón graso de los quesos dejados por los pastores, y el queso se ablanda y se derrite en el pan que ahora Jesús mantiene suspendido sobre la llama como si fuera un plato.

«Come ahora y no llores» dice sonriendo aún y pasando el pan a Juan, que llora en silencio como un niño extenuado, y no deja de verter lágrimas ni siquiera mientras come ese alimento reconfortante.

Jesús va hacia el pesebre y vuelve con unas manzanas; las coloca entre las cenizas que se han calentado bajo el calor de la leña que arde sostenida por dos piedras que hacen de morillos. «¿Va mejor ahora?» pregunta mientras se sienta al lado de su apóstol, que expresa que sí con la cabeza, llorando aún.

Jesús le pasa un brazo por los hombros y le acerca a sí, cosa que aumenta el llanto de Juan, que está todavía demasiado agotado y demasiado turbado por el miedo —quizás— a una reprensión, por la emoción de verse acogido así... demasiado como para saber hacer otra cosa que no sea llorar.

Jesús le tiene arrimado a sí sin hablar, mientras Juan come. Luego dice: «Por ahora basta. Las manzanas podrás comerlas más tarde. Quisiera darte un poco de vino, pero no lo tengo. He encontrado anteayer, al alba, haces de leña y comida fuera del establo. Pero no había vino. Por eso, no te lo puedo dar. Si fuera más tarde, podría pedir leche a unos pastores que he visto que pacían el rebaño en la otra parte del arroyo. Pero mientras no se disuelva la escarcha no salen

los hatos...».

«Estoy ya mejor, Señor... No te aflijas por mí».

«¿Y entonces tu aflicción por qué es?, porque pareces... eso, un árbol cuya escarcha bajo el sol se estuviera derritiendo» dice Jesús sonriendo aún más vivamente, y besa a Juan en lo alto de la frente.

539.3 «Porque estoy lleno de remordimientos, Señor... y... [3]¡Sí! ¡Suéltame! ¡Tengo que hablarte de rodillas, pedirte perdón...».

«¡Pobre Juan! Verdaderamente este esfuerzo superior a tu capacidad te ha debilitado también el intelecto. ¿Y tú crees que necesito tus palabras para juzgarte y absolverte?».

«Sí, sí, sé que sabes todo. Pero no tendré paz hasta que no te haya dicho mi pecado; es más, mis pecados. Suéltame. Déjame acusarme de mis culpas».

«Bueno, habla, si eso te va a dar paz».

Juan cae de rodillas y, alzando la cara llorosa, dice: «He pecado de desobediencia, de presunción y de... no sé si es correcto llamarla humanidad. Pero la verdad es que ésta es mi culpa más reciente, más grave, la que me produce el mayor dolor y la que me dice qué siervo inútil soy, más aún: qué egoísta y bajo».

Las lágrimas verdaderamente le lavan el rostro, mientras a Jesús la sonrisa le pone la cara cada vez más luminosa. Jesús está un poco inclinado hacia este apóstol suyo que llora, y la divina sonrisa es una profunda caricia para el dolor de Juan. Pero Juan está tan afligido, que ni siquiera le consuela esa sonrisa, y continúa: «Te he desobedecido. Habías dicho que no debíamos separarnos, y yo me separé inmediatamente de los compañeros, y los he escandalizado. Respondí mal a Judas de Keriot, que me observaba que estaba pecando. Dije: "Tú lo hiciste ayer, yo lo hago hoy; tú lo hiciste para tener noticias de tu madre, yo lo hago para estar con el Maestro y velar por Él, defenderle"... Un acto mío de presunción el querer hacer esto... ¡Yo, pobre inútil, defenderte a ti! Y luego, otro acto de presunción, porque he querido emularte. He dicho: "Sin duda ora y ayuna. Yo voy a hacer lo que Él hace y por su misma intención". Y, sin embargo...».

El llanto se hace sollozos mientras la confesión de la miseria del hombre, de la materia que ha sobrepujado la voluntad del espíritu, sale de los labios de Juan: «Y, sin embargo... me dormí. ¡Me dormí en seguida! Y no me desperté sino ya del todo de día, y te vi ir al río, lavarte, volver aquí; y comprendí que habrían podido incluso capturarte sin estar yo preparado para defenderte. Y luego quería hacer penitencia y ayuno, pero no he sido capaz de hacerlo. Con pequeños bocados, casi para no comer, el primer día terminé de comer mi poco

pan. Tú sabes que no tenía más. Y aún no me sentía saciado habiendo terminado todo. Y al día siguiente he tenido todavía más hambre, y esta noche... ¡Oh!, ayer por la noche he dormido poco por hambre y frío, y esta noche no he dormido nada... y esta mañana ya no he sabido resistir... y he venido porque he tenido miedo de morir de inanición... Y es esto lo que más me punza: no haber sabido estar despierto para orar y velar por ti y haberlo sabido hacer por las dentelladas del hambre... Soy un siervo estúpido y vil. ¡Castígame, Jesús!».

[4]«¡Pobre niño! ¡Ya quisiera Yo que todo el mundo hubiera de gri- 539.4
tar estas culpas tuyas! Pero, escucha, levántate y escúchame, y tu corazón volverá a estar en paz. ¿Has desobedecido también a Simón de Jonás?».

«No, Maestro. Nunca lo habría hecho, porque has dicho que debíamos estar sujetos a él como a un hermano mayor. Pero él, cuando le dije: "Mi corazón no está tranquilo viéndole marcharse solo", respondió: "Tienes razón. Pero yo no puedo ir porque tengo la obediencia de guiaros a todos vosotros. Ve tú, y que Dios te acompañe". Los otros alzaron la voz y Judas más que nadie. Recordaron la obediencia, e incluso censuraron a Simón Pedro».

«¿Censuraron? Sé sincero, Juan».

«Es verdad, Maestro. Fue Judas el que censuró a Simón y me trató mal a mí. Los otros solamente dijeron: "El Maestro ha ordenado permanecer juntos". Y me lo decían a mí, no a nuestro jefe. Pero Simón respondió: "Dios ve la finalidad del acto, y perdonará. Y el Maestro perdonará, porque esto es amor" y me bendijo y me besó y
* me mandó tras ti, como aquel día que fuiste con Cusa al otro lado del lago».

«Entonces Yo de esta culpa no debo absolverte...».

«¿Porque es demasiado grave?».

«No. Porque no existe. Vuelve aquí, Juan, al lado de tu Maestro, y escucha la lección. Hay que saber aplicar las órdenes con justicia y discernimiento, sabiendo comprender el espíritu de la orden, no solamente las letras que la componen. Yo dije: "No os separéis". Te has separado y, por tanto, tendrías pecado. Pero antes había dicho: "Estad unidos, física y espiritualmente, sujetos a Pedro". Con esas palabras le elegí a él como mi legítimo representante entre vosotros, con facultad plena de juzgar y mandar en relación a vosotros. Por tanto, todo lo que Pedro ha hecho o hará en mi ausencia, bien hecho estará. Porque, habiéndole investido Yo del poder de guiaros, el Espíritu del Señor, que está en mí, estará también con él y le guiará cuando dé

* *como aquel día*, en 464.14/15.

esas órdenes que las circunstancias imponen y que la Sabiduría, para el bien de todos, sugerirá al Apóstol cabeza. Si Pedro te hubiera dicho: "No vayas" y hubieras venido igualmente, ni siquiera el móvil bueno de tu acto —querer seguirme por un amor que quiere defender y estar conmigo en los peligros— hubiera sido suficiente para anular tu culpa. Habría sido necesario realmente mi perdón. Pero Pedro, tu Cabeza, te dijo: "Ve". La obediencia a él te justifica completamente. ¿Estás convencido de esto?».

«Sí, Maestro».

539.5 [5]«¿Debo absolverte de la culpa de presunción? Dime, sin pensar en si Yo veo tu corazón. Has confiado presuntuosamente con soberbia en quererme imitar para poder decir: "Con mi voluntad he abolido las necesidades de la carne, porque yo puedo aquello que quiero"? Reflexiona bien...».

Juan reflexiona. Luego dice: «No, Señor. Examinándome bien, no, no lo he hecho por eso. Esperaba poderlo hacer porque he comprendido que la penitencia es sufrimiento de la carne pero luz del espíritu. He comprendido que es un medio para fortalecer nuestra debilidad y obtener mucho de Dios. Tú lo haces por esto. Yo por esto quería hacerlo. Y creo no equivocarme diciendo que, si lo haces Tú, que eres fuerte, Tú, que eres poderoso, Tú que eres santo, yo, nosotros, deberíamos hacerlo siempre, si siempre fuera posible hacerlo, para ser menos débiles y materiales. Pero no he podido hacerlo. Yo siempre tengo hambre y mucho sueño...», y el llanto empieza de nuevo a gotear, lento, humilde (verdadera confesión de la limitación de las capacidades humanas).

«¿Y crees que incluso esta pequeña miseria de la carne ha sido inútil? ¡Oh, cómo la recordarás en el futuro, cuando seas tentado a ser severo y exigente con tus discípulos y fieles! Se asomará a tu mente diciéndote: "Acuérdate de que tú también cediste al cansancio, al hambre. No pretendas que los otros sean más fuertes que tú. Sé padre de tus fieles, como tu Maestro fue un padre para ti aquella mañana". Tú muy bien habrías podido velar y no sentir luego esta fuerte hambre. Pero el Señor ha permitido que te vieras doblegado por estas necesidades de la carne para hacerte humilde, cada vez más humilde y cada vez más compasivo en relación a tus semejan-

539.6 tes. [6]Muchos no saben distinguir entre tentación y culpa consumada. La primera es una prueba que da mérito y no quita gracia. La segunda es caída que quita mérito y gracia. Otros no saben distinguir entre hechos naturales y culpas, y se crean escrúpulos de haber pecado, mientras que —y éste es tu caso— no han hecho más que obedecer a leyes naturales *buenas*. Diciendo "buenas", distingo las leyes

naturales de los instintos sin freno. Porque no todo lo que ahora se llama "ley natural" realmente lo es y es buena. Buenas eran todas las leyes ligadas a la naturaleza humana y que Dios había dado a Adán y Eva: la necesidad del alimento, del descanso, de la bebida. Después, con el pecado, han entrado en escena —y se han mezclado con las leyes naturales, contaminando con la intemperancia aquello que era bueno— los instintos animales, los desarreglos, todo tipo de sensualidad. Y Satanás, tentando, ha mantenido vivo el fuego, el fomes de los vicios. Así que puedes ver que, si no es pecado ceder a la necesidad de descanso y de alimento, sí lo son la crápula, la embriaguez, el ocio prolongado. Tampoco es pecado la necesidad de cohabitar y procrear; es más, Dios mandó hacerlo para poblar la Tierra de hombres. Pero ya no es bueno ese acto sólo para la satisfacción de la carne. ¿Estás convencido también de esto?».

«Sí, Maestro. Pero, entonces, dime una cosa: ¿los que no quieren procrear pecan contra un mandato de Dios? Tú dijiste una vez que el estado de virgen es bueno».

«Es el más perfecto. Como también lo es el estado de quien, no satisfecho con hacer buen uso de las riquezas, se despoja completamente de ellas. Son las perfecciones a que puede llegar una criatura. Y tendrán un gran premio. Tres son las cosas más perfectas: la pobreza voluntaria, la castidad perpetua, la obediencia absoluta en todo aquello que no es pecado. Estas tres cosas hacen al hombre semejante a los ángeles. Y una es perfectísima: dar la propia vida por amor a Dios y a los hermanos. Esta cosa hace a la criatura semejante a mí, porque la lleva al absoluto amor. Y quien ama perfectamente es semejante a Dios, está absorbido en Dios y fundido con Dios. 7Es- 539.7
tá, pues, en paz, querido mío. No hay culpa en ti. Yo te lo digo. ¿Por qué, entonces, aumentas tu llanto?».

«Porque, en todo caso, una culpa sí que hay: la de haber sabido venir a ti por necesidad y haber sabido velar por hambre, y no por amor. Nunca me lo perdonaré. No me volverá a suceder. No me volveré a dormir mientras Tú sufres. No te olvidaré, durmiendo, mientras Tú lloras».

«No vincules el futuro, Juan. Tu voluntad está dispuesta, pero todavía se podría ver sobrepujada por la carne. Y sentirías una profunda e inútil postración si te acordaras de esta promesa hecha a ti mismo y no mantenida después por la fragilidad de la carne. Mira. Te digo lo que debes decir para estar en paz, te suceda lo que te suceda. Di conmigo: "Yo, con la ayuda de Dios, me propongo, en todo lo que me sea posible, no volver a ceder ante los lastres de la carne". Y tente firme en esta voluntad. Si luego un día, aun no queriéndolo, la

carne cansada y afligida vence tu voluntad, entonces, como hoy, dirás: "Reconozco que soy un pobre hombre como todos mis hermanos; y que esto me sirva para tener truncado mi orgullo". ¡Oh! ¡Juan!
539.8 ¡Juan! ¡No es tu sueño inocente lo que puede causarme dolor! [8]Ten. Éstas te reanimarán del todo. Vamos a compartirlas bendiciendo a quien me las ha ofrecido» y toma las manzanas, que están ya asadas y quemando, y da tres a Juan y se tiene para sí otras tres.

«¿Quién te las ha dado, Señor? ¿Quién a venido a verte? ¿Quién sabía que estabas aquí? Yo no he oído ni voces ni pasos. Y además, después de la primera noche, he estado en vela...».

«Salí con la primera luz del día. Había unos haces de leña delante de la entrada, y encima pan, quesos y manzanas. No vi a nadie. Pero sólo algunos han podido sentir el deseo de repetir un peregrinaje y un gesto de amor...» dice lentamente Jesús.

«¡Es verdad! ¡Los pastores! Lo habían dicho: "Iremos a la tierra de David... Son días de recuerdos...". ¿Pero por qué no se han quedado?».

«¿Por qué? Han adorado y...».

«Y han sido compasivos. Te han adorado a ti y han sido compasivos conmigo... Son mejores que nosotros esos hombres».

«Sí. Han conservado buena, cada vez mejor, su voluntad. Para ellos no ha sido un daño el don que Dios les ha dado...». Jesús ya no sonríe. Piensa y se entristece.

Luego reacciona. Mira a Juan, que le mira, y dice: «¿Bien! ¿Nos vamos? ¿Ya no te sientes agotado?».

«No, Maestro. No voy a tener mucha resistencia, creo, porque tengo los miembros doloridos. Pero creo que puedo andar».

«Pues entonces vamos. Ve por tu bolsa mientras Yo recojo las sobras en la mía, y vámonos. Tomaremos el camino que va hacia el Jordán para evitar Jerusalén».

Y cuando Juan vuelve se ponen en marcha. Recorren el mismo camino por el que han ido allí, y se van alejando por la campiña, que se calienta con el suave sol de diciembre.

540. La Madre confiada a Juan. Encuentro con Manahén y lección sobre el amor a los animales. Conclusión del tercer año.

16 de diciembre de 1946.

540.1 [1]Están ya en las tierras que acusan la cercanía del Mar Muerto. Apartados de los caminos de caravanas, yendo directamente hacia el nordeste, la marcha —salvo la aspereza del terreno, que está lleno

de piedras cortantes y lastras de sal y salpicado de matas bajas y espinosas— es buena y, sobre todo, tranquila, porque no hay alma viviente hasta donde alcanza la vista y la temperatura es suave y el terreno está seco.

Van conversando. Deben haber encontrado en los días anteriores a algunos pastores en cuya compañía han debido hacer un alto, porque hablan de ellos. Hablan también de un niño curado. Dulcemente, queriéndose. Aun cuando callan, se hablan con sus corazones, mirándose con la mirada de quien se siente feliz de estar con un amigo íntimo. Se sientan para descansar y comer algo, reanudan la marcha, siempre con ese aspecto de paz que da paz a mi corazón sólo con verlo.

«Allí está Galgala» dice Jesús señalando hacia delante, a un grupo de casas que albea bajo el sol en un montecito situado hacia el nordeste. «Ya estamos cerca del río».

«¿Y vamos a entrar en Galgala para la noche?».

«No, Juan. He evitado todas las ciudades a propósito, y ésta también. Si encontramos a algún otro pastor, iremos con él. Si vemos en el camino al que llegaremos pronto caravanas que estén preparándose para detenerse durante la noche, pediremos que nos acojan bajo sus tiendas. Los nómadas del desierto son siempre hospitalarios. Y en esta época es fácil encontrarlos. Si nadie nos recibe, dormiremos bajo las estrellas, uno al lado del otro bajo nuestros mantos, y nos velarán los ángeles».

«¡Oh, sí! ¡Cualquier cosa será mejor que la noche de tristeza, que la última noche que he pasado allá, en Belén!».

«¿Pero por qué no viniste conmigo inmediatamente?».

«Porque me sentía culpable. Y además decía: Jesús es tan bueno, que no me va a reprender, es más, me va a consolar, como hiciste. Y, entonces, ¿dónde habría acabado la penitencia que quería hacer?».

«La habríamos hecho juntos, Juan. Yo también de hecho estuve sin comida ni fuego, a pesar de los alimentos y la leña que encontré por la mañana».

«Sí. Pero, estando contigo, nada es nada. Yo, cuando estoy contigo, no padezco nada. Te miro, te escucho, y me siento feliz».

«Ya lo sé. Y sé también que en ninguno mi pensamiento se imprime como en mi Juan. Y sé también que sabes comprender y callar cuando hay que callar. Tú me comprendes, sí. Porque me quieres. [2]Juan, escúchame. Dentro de no mucho...». 540.2

«¿Qué, Señor?» pregunta inmediatamente, interrumpiéndole, Juan; y le agarra un brazo y le para para mirarle a la cara, con ojos de preocupación escrutadora, quebrado el rostro.

«Dentro de no mucho, hará tres años que evangelizo. Todo lo que había que decir a las gentes lo he dicho. Quienes quieren amarme y seguirme tienen ya los elementos para hacerlo, con seguridad. Los demás... Alguno se convencerá con los hechos. La mayor parte permanecerán sordos también a los hechos. Pero a éstos he de decirles unas pocas cosas. Y las diré. Porque también la justicia, además de la misericordia, debe ser satisfecha. Hasta ahora la misericordia ha callado muchas veces y en muchas cosas. Pero, antes de callar para siempre, hablará el Maestro incluso con severidad de juez. Pero no quería hablarte de esto. Quería decirte que dentro de poco, habiendo dicho al rebaño todo aquello que había que decir para hacerle mío, me recogeré mucho orando y preparándome. Y, cuando no esté orando, me dedicaré a vosotros. Como hice al principio, haré al final. Vendrán las discípulas. Vendrá mi Madre. Nos prepararemos todos para la Pascua. Juan, desde ahora te pido que te dediques mucho a las discípulas. A mi Madre en especial...».

«¡Mi Señor! ¿Pero qué le puedo dar yo a tu Madre que Ella no posea sobreabundantemente; con tanta sobreabundancia, que tiene para darnos a todos nosotros?».

«Tu amor. Ponte en el caso de que eres como un segundo hijo para Ella. Ella te ama y tú la amas. Tenéis un único amor que os une: el amor por mí. Yo, su Hijo de carne y corazón, cada vez estaré más... ausente, absorto en mis... ocupaciones. Y Ella sufrirá, porque sabe... sabe lo que pronto va a venir. Tú debes consolarla incluso por mí, hacerte tan amigo de Ella, que pueda llorar en tu corazón y sentirse consolada. Ya estás familiarizado con mi Madre, has vivido ya con Ella; pero, una cosa es hacerlo como un discípulo que ama reverencialmente a la Madre de su Maestro, y otra cosa es hacerlo como hijo. Quiero que lo hagas como hijo, para que Ella sufra un poco menos cuando ya no me tenga».

540.3 [3]«Señor, ¿vas a morir? ¡Hablas como uno que esté para morir! Me apenas...».

«Os he dicho varias veces que *debo* morir. Es como si hablara a niños distraídos o a personas con pocas luces. Sí. Voy a morir. Se lo diré también a los otros. Pero más tarde. A ti te lo digo ahora. Recuérdalo, Juan».

«Yo me esfuerzo en recordar tus palabras, siempre... Pero éstas son tan dolorosas...».

«Que haces de todo para olvidarlas. ¿Quieres decir eso? ¡Pobre muchacho! No eres tú el que olvida, ni eres tú el que recuerda. Tú con tu voluntad. Es tu misma humanidad la que no puede recordar esta cosa que supera con mucho su capacidad de resistencia, *esa cosa*

demasiado grande —y no sabes siquiera cabalmente cuán grande, monstruosa, será—; esa cosa tan grande, que te atonta como un peso caído de lo alto encima de tu cabeza. Y, a pesar de todo, es así. Ya pronto iré a la muerte. Y mi Madre se quedará sola. Moriré con una gota de dulzura en mi océano de dolor si te veo "hijo" para con mi Madre...».

«¡Oh, mi Señor! Si voy a ser capaz... si no me sucede como en Belén, sí, lo haré. Velaré con corazón de hijo. ¿Pero qué podré darle que la consuele si te pierde a ti? ¿Qué le voy a poder dar, si yo también estaré como uno que ha perdido todo, entontecido por el dolor? ¿Cómo lograré hacer esto, yo que no he sabido velar y padecer ahora, en la calma, durante una noche y por un poco de hambre? ¿Cómo voy a lograr hacer eso?».

«No te intranquilices. Ora mucho en este tiempo. Te tendré mucho conmigo y con mi Madre. Juan, tú eres nuestra paz. Y lo seguirás siendo cuando llegue el momento. No temas, Juan. Tu amor hará todo».

«¡Oh, sí, Señor! Tenme mucho contigo. A mí, ya lo sabes, no me seduce el hacerme patente, el hacer milagros; yo sólo quiero y sólo sé amar...».

Jesús le besa una vez más en la frente, hacia la sien, como en la gruta...

[4]Tienen ya a la vista el camino que va hacia el río. Ahí hay algún 540.4
peregrino que aguija a las cabalgaduras o acelera el paso para estar antes de que sea de noche en los lugares de parada. Pero todos van arrebujados en el manto, porque, habiéndose ocultado el Sol, el aire se hace crudo, y ninguno advierte la presencia de los dos viandantes que caminan ligeros hacia el río.

Un caballero al trote cochinero, casi al galope, llega a ellos y los supera, pero se para después de unos metros, debido a una acumulación de asnos en un pequeño puente horcado, tendido sobre un ancho río que quiere aparentar ser torrente y va espumando hacia el Jordán o el Mar Muerto. Mientras espera su turno de paso, el caballero se vuelve. Se ve que se sorprende. Baja de la silla y, sujetando de las riendas al caballo, vuelve hacia atrás, hacia Jesús y Juan, que no le han visto.

«¡Maestro! ¿Cómo por aquí, y sólo con Juan?» pregunta el caballero echando hacia atrás las alas de la prenda que cubre su cabeza y que había extendido sobre la cara como capucha —y, podría decir, como máscara— para protegerse del viento y del polvo. Aparece el rostro moreno y viril de Manahén.

«La paz a ti, Manahén. Voy hacia el río para cruzarlo. Pero dudo

que pueda hacerlo antes de que sea de noche. ¿Y tú a dónde ibas?».

«A Maqueronte. A la sucia guarida. ¿No tienes dónde dormir? Ven conmigo. Yo iba con prisa a una posada que hay en el camino de las caravanas. O, si lo prefieres, monto la tienda debajo de los árboles del río. Tengo todo en la silla».

«Eso prefiero. Pero tú, sin duda, prefieres la posada».

«Yo te prefiero a ti, mi Señor. Haberte encontrado lo considero una gracia. Vamos, entonces. Conozco las orillas como si fueran los pasillos de mi casa. Al pie del collado de Galgala hay un bosque resguardado del viento, rico en hierba para el animal, y en leña para los fuegos de los hombres. Allí estaremos bien».

540.5 [5]Van a buen paso, torciendo netamente hacia Oriente, dejando el camino que va hacia el vado o hacia Jericó. Llegan pronto a los lindes de un tupido bosque que desciende de las pendientes del collado y se extiende en la llanura hacia las orillas del río.

«Voy a aquella casa. Me conocen. Voy a pedir leche y paja para todos» dice Manahén, y se marcha con su caballo. Pronto regresa, seguido por dos hombres que traen fajos de paja en los hombros y un pequeño cubo de cobre colmado de leche.

Entran bajo el bosque sin decir nada. Manahén indica que echen al suelo la paja y despide a los dos hombres. De los bolsillos de la silla saca yesca y eslabón y hace fuego con las muchas ramas que hay en el suelo. El fuego alegra y da calor. El caldero, colocado encima de dos piedras que ha traído Juan, se calienta, mientras Manahén, que ya ha quitado la silla al caballo, extiende la tienda de suave lana de camello atándola a unas estacas clavadas en el suelo y arrimándola al robusto tronco de un árbol secular. Abre sobre la hierba una piel de oveja, que también estaba atada a la silla, y pone ésta encima; luego dice: «Maestro, ven. Un refugio de caballeros del desierto. Pero defiende del rocío y la humedad del suelo. Para nosotros será suficiente la paja. Te aseguro, Maestro, que las alfombras preciosas y los baldaquinos, los asientos del palacio, me parecerán menos, mucho menos hermosos que este trono tuyo y que esta tienda y esta paja, y las viandas suculentas que en distintas ocasiones he saboreado no habrán tenido nunca el sabor del pan y la leche que vamos a tomar aquí debajo juntos. ¡Me siento feliz, Maestro!».

«Yo también, Manahén; y, sin duda, también Juan. La Providencia nos ha reunido esta noche para nuestra recíproca alegría».

«Esta noche y mañana, Maestro, y también pasado mañana, hasta que no te vea en seguro entre tus apóstoles. Pienso que vas a reunirte con ellos...».

«Sí. Voy donde ellos. Me esperan en la casa de Salomón».

[6]Manahén le observa. Luego dice: «He pasado por Jerusalén... Y 540.6
he sabido lo ocurrido. Por Betania. Y he comprendido por qué no te has detenido allí. Haces bien en retirarte. Jerusalén es un cuerpo lleno de veneno y de podredumbre. Más que el pobre Lázaro...».

«¿Le has visto?».

«Sí. Afligido por los tormentos del cuerpo y del corazón, por ti. Muere muy afligido Lázaro... Pero quisiera morir yo también, antes que ver el pecado de nuestros compatriotas».

«¿Estaba revuelta la ciudad?» pregunta Juan mientras cuida el fuego.

«Mucho. Dividida en dos partidos. Y, cosa extraña, los romanos han sido clementes con algunos que habían sido detenidos por sedición el día antes. Se dice en secreto que eso es para no aumentar la agitación. Se dice también que pronto el Procónsul irá a Jerusalén. Antes de lo normal. Si ello va a ser un bien o no, no lo sé. Lo que sí sé es que Herodes hará lo mismo, lo cual, ciertamente, será un bien para mí, porque podré estar cerca de ti. Con un buen caballo —las caballerizas de Antipas tienen árabes veloces— ir de la ciudad al río será cosa rápida. Si vas a detenerte allí...».

«Sí. Voy a estar allí. Por ahora al menos...».

Juan lleva la leche caliente, donde todos introducen su pan después del ofrecimiento y bendición llevados a cabo por Jesús. Manahén pasa unos dátiles blondos como la miel.

«¿Pero dónde tenías tantas cosas?» pregunta Juan maravillado.

«La silla de un caballero es un pequeño mercado, Juan; en ella hay de todo para el hombre y el animal» responde Manahén con una sonrisa leal en su cara morena.

[7]Piensa un momento y luego pregunta: «Maestro, ¿es lícito amar 540.7
a los animales que nos sirven y que muchas veces lo hacen con más fidelidad que el hombre?».

«¿Por qué esta pregunta?».

«Porque recientemente se han burlado de mí y me han criticado algunos que me vieron cubrir con la manta que ahora nos hace de tienda a mi caballo sudado por la carrera que había hecho».

«¿Y no te dijeron nada más?».

Manahén mira desorientado a Jesús... y calla.

«Habla con sinceridad. No es murmurar ni ofenderme el decir lo que ellos te han dicho para lanzar un nuevo puñado de fango contra mí».

«Maestro, Tú lo sabes todo. Verdaderamente, Tú lo sabes todo y es inútil querer celarte nuestros pensamientos o los de otros. Sí. Me dijeron: "Se ve que eres discípulo de ese samaritano. Eres un pagano

como Él, que viola los sábados por hacerse impuro tocando animales impuros"».

«¡Ah, esto seguro que ha sido Ismael!» exclama Juan.

«Sí. Él y otros con él. Yo me opuse diciendo: "Os comprendería si me llamarais impuro por vivir en la Corte de Antipas; no por mirar por un animal que ha sido creado por Dios". Y, como en el grupo había también herodianos —lo cual, de un tiempo a esta parte fácilmente se ve, y también es sorprendente, porque hasta ahora la disidencia entre ellos era fuerte—, me respondieron: "Nosotros no juzgamos los actos de Antipas, sino los tuyos. También Juan el Bautista estaba en Maqueronte y tenía contactos con el rey. Pero fue siempre un justo. Tú, por el contrario, eres un idólatra...". Se concentraban personas y me frené para no alterar a la gente de la ciudad. Desde hace un tiempo, la gente es mantenida en agitación por algunos de tus falsos seguidores, que la incitan a rebelión contra los que te hostigan, o por otros, que cometen abusos presentándose como discípulos enviados por ti...».

«¡Esto es demasiado! Maestro, ¿a dónde van a llegar?» pregunta inquieto Juan.

«No más allá del límite que podrán alcanzar. Tras ese límite, Yo sólo continuaré adelante y resplandecerá la Luz y ya nadie podrá du-
540.8 dar que Yo era el Hijo de Dios. [8]Pero venid aquí a mi lado y escuchad. Primero alimentad el fuego».

Los dos, bien contentos, se echan sobre la compacta piel de oveja que está extendida en el suelo bajo los pies de Jesús. Él está sentado en la silla escarlata, contra la tienda, que está pegada al tronco del árbol. Manahén está casi echado: el codo hincado en el suelo, la cabeza apoyada en la mano, los ojos en los ojos de Jesús. Juan se sienta sobre los calcañares y, en su postura habitual, apoya la cabeza en el pecho de Jesús y le ciñe con un brazo.

«Cuando el Creador hizo la Creación y le dio como rey al hombre creado a su imagen y semejanza, mostró al hombre todas las criaturas creadas y quiso que el hombre les diera un nombre para distinguir a unas de otras. Y se lee en el Génesis "que todo nombre que Adán dio a los animales era bueno, era el verdadero nombre". Y también se lee en el Génesis que Dios, habiendo creado al hombre y a la mujer, dijo: "Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza, para que domine sobre los peces del mar, las aves del cielo, los animales y toda la Tierra y sobre los reptiles que serpean en ella". Y, cuando hubo creado la compañera a Adán, la mujer, como él hecha a imagen y semejanza de Dios, no siendo conveniente que la Tentación, que estaba al acecho, tentase y corrompiera aún más ruinmente al

varón creado a imagen de Dios, dijo Dios al hombre y a la mujer: "Creced, multiplicaos, y poblad la Tierra y dominadla, y dominad sobre los peces del mar, sobre las aves del cielo y sobre todos los animales que se mueven en la Tierra", y dijo también: "Ved que os he dado todas las hierbas de semilla que existen en la Tierra, y todos los árboles que llevan en sí semilla de la propia especie, para que os sirvan de alimento a vosotros y también a todos los animales de la Tierra y a las aves del cielo y a cuanto se mueve sobre la Tierra y lleva en sí alma viviente, para que tengan vida".

Los animales y las plantas y todo lo que el Creador ha creado para beneficio del hombre representan, pues, un don de amor y un patrimonio entregado por el Padre a los hijos para su custodia, para que lo usen con beneficio y con gratitud hacia el Dador de todo favor. Por eso, deben ser amados y tratados con justo cuidado. ¿Qué diríais vosotros de un hijo al que el padre le diera vestidos, muebles, dinero, campos, casas, diciendo: "Te los doy para ti y tus sucesores, para que tengáis con qué ser felices. Usad todo esto con amor en memoria del amor mío que os lo da", y que luego su hijo o los hijos de éste dejasen que se estropeara todo o dilapidaran todos los bienes? Diríais que no han hecho honor a su padre, que no han amado ni a su padre ni el don recibido. Igualmente, el hombre debe cuidar de todo lo que Dios con cuidado providencial ha puesto a su disposición. Cuidado no quiere decir idolatría, ni inmoderado apego hacia los animales o las plantas, o cualquier otra cosa. Cuidado quiere decir sentido de afecto y de gratitud hacia las cosas menores que nos son útiles y que tienen su vida, o sea, su sensibilidad.

[9]El alma viviente de las criaturas menores de que habla el Géne- 540.9
sis no es el alma como la tiene el hombre. Es la vida, simplemente la vida, o sea, el ser sensible a las cosas actuales, tanto materiales como afectivas. Cuando un animal está muerto es insensible, porque con la muerte, para él, ha llegado el verdadero final. No hay futuro para él. Pero, mientras vive, sufre hambre, frío, cansancio; está sujeto a herirse y sufrir, a gozar, a amar, a odiar, a enfermarse y morir. Y el hombre, en recuerdo de Dios, que le ha dado ese medio para hacerle menos desapacible el exilio en la Tierra, debe ser humano para
* con sus siervos menores que son los animales. ¿En el Libro mosaico no está, acaso, prescrito tener sentimientos de humanidad también hacia los animales, sean aves o cuadrúpedos?

En verdad os digo que hay que saber ver con justicia las obras del Creador. Si se miran con justicia, se ve que son "buenas". Y lo bueno

* *En el Libro mosaico*, es decir, en *Deuteronomio 22, 1-4.6-7*. El discurso sobre la creación halla su cotejo en *Génesi 1-2*.

ha de ser amado siempre. Se ve que son cosas dadas con un fin bueno y por un impulso de amor, y, como tales, podemos, debemos amarlas, viendo, más allá del ser finito, al Ser infinito que las ha creado para nosotros. Se ve que son útiles, y como tales han de ser amadas. Nada —recordad esto bien— ha sido hecho sin finalidad en el universo. Dios no desperdicia su perfecta potencia en cosas inútiles. Este tallito de hierba no es menos útil que el poderoso tronco en que se apoya nuestro pasajero refugio. La gota de rocío, la pequeña perla de escarcha, no son menos útiles que el inmenso mar. El mosquito no es menos útil que el elefante; ni el gusano que está en el fango de una zanja es menos útil que la ballena. Nada hay inútil en la creación. Dios ha hecho todo con fin bueno, con amor hacia el hombre. El hombre debe usar todo con recto fin y amor a Dios, que le ha dado todo lo que hay sobre la Tierra, para que ello sea súbdito del rey de la creación.

540.10 [10]Tú has dicho, Manahén, que el animal, a menudo, sirve a los hombres mejor que los hombres. Yo digo que los animales, las plantas, los minerales, los elementos, superan, todos, al hombre en la obediencia a la finalidad para la que han sido creados: siguiendo pasivamente las leyes creativas, o siguiendo activamente el instinto inculcado por el Creador, o rindiéndose a la domesticación. El hombre, que debería ser la perla en la creación, demasiadas veces es la fealdad de la creación. Debería ser la nota más acorde con el coro de los habitantes del Cielo en la alabanza a Dios, y demasiadas veces es la nota discorde que impreca o blasfema o se rebela o dedica su canto a alabar a las criaturas en vez de al Creador. Por tanto, la idolatría; por tanto, la ofensa; por tanto, la inmundicia. Y esto es pecado.

Quédate, pues, en paz, Manahén. Esta piedad tuya hacia un caballo, que está sudado por haberte servido, no es pecado. Pecado son las lágrimas que se hacen derramar a los semejantes y los desenfrenados amores que son ofensa a Dios, digno de todo el amor del hombre».

«¿Pero yo, estando cerca de Antipas, peco?».

«¿Con qué finalidad estás? ¿Para gozar?».

«No, Maestro. Para velar por ti. Tú lo sabes. También ahora iba por esto. Porque sé que han mandado mensajeros a Herodes para incitarle contra ti».

«Entonces no hay pecado. ¿No te gustaría más estar conmigo, en mi pobreza de vida?».

«¿Y me lo preguntas? Lo he dicho al principio. Esta noche bajo la tienda, el pobre alimento que hemos comido, no tienen comparación para mí. ¡Si no fuera porque para oír los silbos de las serpientes hay

que estar junto a su madriguera, yo estaría contigo! He comprendido la verdad de tu misión. Un día erré. Pero me sirvió para comprender y ya no volveré a salir de la justicia».

«¡Ya lo ves! Nada hay inútil. Incluso el error, para quien tiende al Bien, es medio para el Bien. El error cae como camisa de crisálida, y sale la mariposa, que no es deforme, que no huele mal, que no repta, sino que vuela en busca de cálices de flores y rayos de luz. Las almas buenas también son así. Pueden dejarse envolver un momento por miserias y mortificantes angosturas. Pero luego se liberan de ello y vuelan de flor en flor, de virtud en virtud, hacia la Luz, hacia la Perfección. Alabemos al Señor por sus obras de continua misericordia, que actúan incluso sin que el hombre lo sepa en el corazón del hombre y alrededor del hombre».

[11]Y Jesús ora, poniéndose de rodillas, porque la tienda, baja y limitada, no permite otra postura. Luego, alimentado el fuego delante de la tienda, trabado el caballo, se preparan para descansar, proponiéndose substituirse en vigilar por turno el fuego y el animal, sobre el cual Manahén ha echado la zalea gruesa como capa para protección del frescor nocturno. 540.11

Jesús y Manahén se echan encima de los fajos de paja y se envuelven en el manto para dormir. Juan, por miedo a quedarse dormido, va y viene, fuera de la tienda, alimenta el fuego, observa al caballo, que, a su vez, le mira con sus inteligentes ojos negros y golpea rítmicamente la pezuña y menea la cabeza, haciendo tintinear las cadenitas de plata de los jaeces y rompiendo aromáticos tallitos de hinojos agrestes nacidos al pie del árbol al que está atado. Y, como Juan le ofrece otros mejores, crecidos poco lejos, relincha de placer y trata de rozar los blandos y rosados ollares contra el cuello del apóstol. De más lejos, en el gran silencio de la noche, se oye venir el tranquilo frufrú del río.

[12]Dice Jesús: 540.12

«Y termina también el tercer año de vida pública. Viene ahora el período preparatorio de la Pasión. Ese período en que, a primera vista, todo parece limitarse a pocas acciones y a pocas personas. Como si disminuyera mi figura y mi misión. En realidad, Aquel que parecía vencido y excluido era el héroe que se preparaba para la apoteosis, y, en torno a Él, las pasiones —no las personas, sino las pasiones de las personas— se condensaban, llevadas a los máximos límites.

Todo lo anterior —y quizás algunos episodios, a los lectores con mala disposición de ánimo o superficiales, les haya parecido cosa sin finalidad— aquí se ilumina con su luz resplandeciente o tétrica. Y

especialmente las figuras más importantes, esas cuyo conocimiento muchos no quieren reconocer útil, precisamente porque en ellas se ve la lección para los actuales maestros, que deben ser instruidos más que nunca para hacerse verdaderos maestros de espíritu. Como he dicho a Juan y Manahén, nada de lo que hace Dios es inútil, ni siquiera el grácil tallito de hierba. De la misma manera, nada es superfluo en este trabajo: no lo son las figuras espléndidas, no lo son las débiles y tenebrosas; es más, para los maestros de espíritu, más útiles son las figuras débiles y tenebrosas que no las formadas y heroicas.

Como desde lo alto de un monte, en la cima, puede abarcarse toda la configuración del monte y la razón de ser de los bosques, de los torrentes, de los prados y declives, que hay para llegar desde la llanura hasta la cima, y se ve toda la belleza del panorama, y más fuerte viene la persuasión de que todas las obras de Dios son útiles y estupendas, y de que una sirve y completa a la otra y todas están presentes para formar la belleza de la Creación; así —naturalmente para quien tiene espíritu recto—, todas las distintas figuras, o lecciones o episodios de estos tres años de vida evangélica, contemplados como desde lo alto de la cima del monte de mi obra de Maestro, sirven para dar la visión exacta de aquel complejo político, religioso, social, colectivo, espiritual, egoísta hasta el delito o altruista hasta la oblación, en que Yo fui Maestro y en el que me constituí en Redentor. La grandiosidad del drama no se ve en una escena, sino en todas las partes de él. La figura del protagonista sobresale con las distintas luces con que le iluminan las partes secundarias.

Llegando ya a la cima, y la cima era el Sacrificio para que me había encarnado, develados todos los recónditos pliegues de los corazones y todos los manejos de las sectas, sólo queda por hacer lo que hace el viandante que llega a la cima: mirar. Mirarlo todo y mirar a todos. Conocer el mundo hebreo. Conocer lo que Yo era: el Hombre que estaba por encima de la sensualidad, del egoísmo, del rencor; el Hombre que debió ser tentado por todo un mundo, tentado a la venganza, al poder, a las alegrías, incluso las honestas de las nupcias y de la casa; el Hombre que debió soportarlo todo viviendo en contacto con el mundo y sufrir por ello —porque infinita era la distancia entre la imperfección y el pecado del mundo y mi Perfección—; y que a todas las voces, a todas las seducciones, a todas las reacciones del mundo, de Satanás y del *yo*, supo responder "no" y permanecer puro, manso, fiel, misericordioso, humilde, obediente, hasta la muerte de Cruz.

540.13 [13]¿Comprenderá todo esto la sociedad de ahora, a la cual brindo

este conocimiento de mí para fortalecerla contra los asaltos, cada vez más fuertes, de Satanás y del mundo?

Hoy también, como hace veinte siglos, habrá contradicción entre aquellos para quienes me revelo. Yo soy signo de contradicción una vez más. Pero no Yo, por mí mismo, sino Yo respecto a lo que en ellos suscito. Los buenos, los de buena voluntad, tendrán las reacciones buenas de los pastores y de los humildes. Los otros tendrán reacciones malas, como los escribas, fariseos, saduceos y sacerdotes de aquel tiempo. Cada uno da lo que tiene. El bueno que entra en contacto con los malos desencadena en éstos una efervescencia de mayor maldad. Y ciertamente habrá un juicio sobre los hombres, como lo hubo el Viernes de Parasceve, según hayan juzgado, aceptado y seguido al Maestro que, con un nuevo intento de infinita misericordia, se ha dado a conocer una vez más.

¿A cuántos se les abrirán los ojos y me reconocerán y dirán: "Es Él. Por eso nuestro corazón ardía en nuestro pecho mientras nos hablaba y nos explicaba las Escrituras"?

Mi paz a éstos y a ti, pequeño, fiel, amoroso Juan».

Preparación a la Pasión de Jesús.

541. Judíos en Betania de visita.

18 de diciembre de 1946.

541.1 [1]Un nutrido y pomposo grupo de judíos, que montan cabalgaduras de lujo, entra en Betania. Son escribas y fariseos, además de algún saduceo y herodiano ya vistos otra vez (si no me equivoco, en el banquete en casa de Cusa para tentar a Jesús a que se proclamara rey). Los siguen criados a pie.

El grupo a caballo cruza lentamente la pequeña ciudad. El sonido de los cascos contra el terreno duro, el tintineo de los jaeces, las voces de los hombres convocan a las puertas a los habitantes, que miran y —visiblemente cohibidos— se inclinan haciendo profundas reverencias, para erguirse luego y reunirse y bisbisear en grupos.

«¿Habéis visto?».

«Todos los miembros del Sanedrín de Jerusalén».

«No. José el Anciano, Nicodemo y otros no estaban».

«Y los fariseos más conocidos».

«Y los escribas».

«¿Y el que iba en ese caballo quién era?».

«Está claro que van donde Lázaro».

«Debe estar a las puertas de la muerte».

«No logro entender por qué el Rabí no está aquí».

«¿Y cómo iba a estar, si le buscan los de Jerusalén para matarle!».

«Tienes razón. Es más, esas serpientes que han pasado vienen, sin duda, para ver si el Rabí está aquí».

«¡Alabado sea Dios porque no está!».

541.2 [2]«¿Sabes lo que le han dicho a mi marido en los mercados de Jerusalén? Que estén preparados, porque pronto se proclamará rey, y todos tendremos que ayudarle en... ¿Cómo han dicho? ¡Bueno! Una palabra que quería decir como si yo dijera que echo a todos de casa y me hago la dueña».

«¿Un complot?... ¿Una conjura?... ¿Una sedición?...» preguntan y sugieren.

Un hombre dice: «Sí. También me lo han dicho a mí. Pero no lo creo».

«¡Pero si lo dicen discípulos del Rabí!...».

«¡Mmm! Yo no creo que el Rabí haga uso de la violencia y que destituya al Tetrarca y usurpe un trono que, con justicia o sin ella, es de los herodeos. Haríais bien en decirle a Joaquín que no crea en todo lo que oye...».

«¿Pero sabes que el que le ayude será premiado en la Tierra y en el Cielo? Bien contenta estaría yo de que mi marido recibiera este premio: estoy cargada de hijos y la vida es difícil. ¡Si pudiéramos tener un puesto entre los siervos del Rey de Israel!».

«Mira, Raquel, creo que será mejor cuidar mi huerto y mis dátiles. Si me lo dijera Él... sí que dejaría todo y le seguiría. Pero... dicho por otros...».

«¡Son discípulos suyos!».

«Nunca los he visto con Él. Y además... No. Fingen que son corderos, pero tienen unas caras de maleantes que no me convencen».

«Es verdad. [3]Desde hace un tiempo, suceden hechos extraños, y 541.3
siempre se dice que son los discípulos del Rabí los que los hacen. El último día antes del sábado, algunos de ellos trataron con ultrajes a una mujer que llevaba huevos al mercado y le dijeron: "Los queremos en nombre del Rabí galileo"».

«¿Tú crees que Él puede querer que se hagan estas cosas, Él, que da y no toma, Él, que podría vivir entre los ricos y prefiere estar entre los pobres, y quitarse el manto, como decía a todos aquella leprosa curada que se encontró con Jacob?».

Otro hombre, que se ha acercado al grupo y ha estado escuchando, dice: «Tienes razón. ¿Y eso otro que se dice, entonces?: ¿que el Rabí nos va a acarrear grandes desventuras porque los romanos nos castigarán a todos nosotros por causa de sus instigaciones a la gente? ¿Vosotros lo creéis? Yo digo —y no me equivoco, porque soy anciano y cuerdo—, digo que tanto los que nos dicen, a nosotros, gente sencilla, que el Rabí quiere apoderarse del trono con violencia, y también expulsar a los romanos —¡Ah, si así fuera!, ¡si fuera posible hacerlo!—, como los que cometen actos violentos en su nombre, como los que nos instigan a la rebelión con promesas de una futura ganancia, como los que quisieran que odiáramos al Rabí como individuo peligroso que nos ha de llevar a la desventura... todos éstos son enemigos del Rabí, y tratan de destruirle para triunfar ellos. ¡No los creáis! ¡No creáis en los falsos amigos de la gente sencilla. ¿Veis lo soberbios que han pasado? A mí por poco si no me dan un palo, porque me era difícil hacer que las ovejas entraran, y les obstaculizaba su camino... ¿Amigos nuestros ésos? Nunca. Son nuestros vampiros, y —¡Dios no lo quiera!— vampiros también de Él».

541.4 [4]«Tú que estás cerca de los campos de Lázaro, ¿sabes si ha muerto?».

«No. No ha muerto. Está allí, entre la muerte y la vida... Le he preguntado por él a Sara, que estaba cogiendo flores aromáticas para los lavatorios».

«¿Y entonces para qué han venido ésos?».

«¡Pues si ya lo he dicho yo! ¡Han venido para ver si estaba el Rabí! Para hacerle algún daño. ¿Sabes lo que sería para ellos el poder causarle algún mal? ¿Y precisamente en casa de Lázaro! Dilo tú, Natán, ¿ese herodiano no era el que hace tiempo era el amante de María de Teófilo?».

«Era él. Quizás quería vengarse así de María...».

Llega corriendo un muchachito. Grita: «¡Cuánta gente en casa de Lázaro! Yo volvía del arroyo con Leví, Marcos e Isaías, y hemos visto eso. Los criados han abierto la cancilla y han tomado las caballerías. Y Maximino ha salido al encuentro de los judíos, y otros han acudido y han saludado con grandes reverencias. Han salido de la casa Marta y María con sus criadas, para saludar. Y hubiéramos querido ver más, pero han cerrado la cancilla y se han metido todos en la casa». El jovencito está todo emocionado por las noticias que trae, por lo que ha visto...

Los adultos hacen comentarios entre sí.

542. Los judíos en casa de Lázaro.

19 de diciembre de 1946.

542.1 [1]Aunque esté deshecha de dolor y cansancio, Marta sigue siendo la señora que sabe recibir y ofrecer la casa, y honrar a las personas con ese porte señorial perfecto propio de la verdadera señora. Así, ahora, habiendo antes conducido al grupo a una de las salas, da las indicaciones para que se traigan los refrescos habituales y para que los huéspedes tengan todo aquello que pueda serles reconfortante.

Los criados van de acá para allá sirviendo bebidas calientes o vinos de calidad, ofreciendo fruta espléndida, dátiles dorados como topacios, uva seca, parecida a nuestra uva moscatel, de racimos de una perfección fantástica, y miel virgen; todo en ánforas, copas, bandejas, platos preciosos. Y Marta vigila atentamente, para que ninguno quede desatendido; es más, según la edad, y quizás también según las personas (cuyos caracteres le resultan bien conocidos), da la pauta para el servicio a los criados. Así, para a un criado que se dirige a Elquías con una ánfora llena de vino y con una copa y le dice: «Tobí-

as, no vino, sino agua de miel y jugo de dátiles». Y a otro: «Sin duda, Juan prefiere el vino. Ofrécele el blanco de uva pasa». Y, personalmente, al viejo escriba Cananías le ofrece leche caliente, abundantemente dulcificado por ella con la dorada miel mientras dice: «Te vendrá bien para tu tos. Te has sacrificado para venir, estando enfermo y en un día crudo. [2]Me conmueve el veros tan solícitos». 542.2

«Es nuestro deber, Marta. Euqueria era de nuestra estirpe. Una verdadera judía que nos honró a todos».

«El honor a la venerada memoria de mi madre toca mi corazón. Transmitiré a Lázaro estas palabras».

«Pero nosotros queremos saludarle. ¡Un hombre tan amigo!» dice, falso como siempre, Elquías, que se ha acercado.

«¿Saludarle? No es posible. Está demasiado agotado».

«¡No le vamos a molestar! ¿No es verdad, vosotros? Nos contentamos con un adiós desde la puerta de su habitación» dice Félix.

«No puedo, no puedo de ninguna manera. Nicomedes se opone a cualquier tipo de fatiga o de emoción».

«Una mirada al amigo moribundo no puede matarle, Marta» dice Calasebona. «¡Demasiado nos dolería el no haberle saludado!».

Marta está nerviosa, vacilante. Mira hacia la puerta, quizás para ver si María viene en su ayuda. Pero María está ausente.

Los judíos observan este nerviosismo suyo, y Sadoq, el escriba, se lo dice a Marta: «Se diría que viniendo te hemos puesto nerviosa, mujer».

«No. Nada de eso. Comprended mi dolor. Hace meses que vivo al lado de uno que agoniza y... ya no sé... ya no sé moverme como antes en las fiestas...».

«¡Esto no es una fiesta! ¡No queríamos tampoco que nos dieras estos honores! Pero... quizás... quizás nos escondes algo y por eso no nos dejas ver a Lázaro ni permites que pasemos a su habitación. ¡Je! ¡Je! ¡Esto se sabe! Pero, no temas, que la habitación de un enfermo es lugar sagrado de asilo para cualquiera. Créelo...» dice Elquías.

[3]«No hay nada que esconder en la habitación de nuestro hermano. Nada hay escondido en ella. Esa habitación únicamente acoge a un moribundo para el que sería un acto de piedad evitarle todo recuerdo penoso. Y tú, Elquías, y todos vosotros, sois recuerdos penosos para Lázaro» dice María con su espléndida voz de órgano, apareciendo en la puerta y manteniendo apartada la cortina purpúrea con la mano. 542.3

«¡María!» gime Marta, suplicante para frenarla.

«Nada, hermana. Déjame hablar...». Se dirige a los otros: «Y para quitaros todas las dudas, que uno de vosotros —sólo un recuerdo

del pasado volverá a causar dolor— venga conmigo, si ver a un moribundo no le molesta y el hedor de la carne que muere no le produce náuseas».

«¿Y tú no eres un recuerdo que causa dolor?» dice, irónico, el herodiano, que ya he visto aunque no sé dónde, saliendo del rincón en que se hallaba y poniéndose frente a María.

Marta gime. María mira con mirada de águila inquieta, sus ojos centellean; se yergue altiva, olvidándose del cansancio y el dolor, que verdaderamente encorvan su cuerpo, y, con una expresión de reina ofendida, dice: «Sí, yo también soy un recuerdo, pero no de dolor como tú dices; soy el recuerdo de la Misericordia de Dios. Y, viéndome a mí, Lázaro muere en paz, porque sabe que encomienda su espíritu en las manos de la infinita Misericordia».

«¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡No eran éstas las palabras de otros tiempos! ¡Tu virtud! A quien no te conoce podrías mostrársela...».

«Pero a ti no, ¿no es así? Pues precisamente a ti te la pongo delante de los ojos, para decirte que uno se hace como aquellos con quienes va. Yo, *en aquellos tiempos*, por desgracia, estaba contigo, y era como tú; ahora estoy con el Santo, y me hago honesta».

«Una cosa destruida no se reconstruye, María».

«Efectivamente, tú, todos, vosotros, no podéis reconstruir el pasado; no podéis reconstruir lo que habéis destruido: no puedes tú, que me causas horror; ni vosotros, que ofendisteis en el tiempo del dolor a mi hermano y que ahora, por torcida finalidad, queréis aparecer como amigos suyos».

«¡Oh, eres audaz, mujer! El Rabí habrá expulsado de ti muchos demonios, pero mansa no te ha hecho» dice uno de aproximadamente cuarenta años.

«No, Jonatán ben Anás, no me ha hecho débil; al contrario, me ha hecho más fuerte, con esa audacia que es propia de la persona honesta, de la persona que ha querido volver a ser honesta y ha roto to-
542.4 do vínculo con el pasado para hacerse una vida nueva. [4]¡Vamos, ¿quién viene donde Lázaro?!». Se muestra imperiosa como una reina. Los domina a todos con su franqueza, despiadada incluso contra sí misma. Marta, por el contrario, está angustiada, con lágrimas en esos ojos suyos que miran fijamente a María suplicándole que calle.

«¡Voy yo!» dice, acompañando sus palabras de un suspiro de víctima, Elquías, falso como una serpiente. Salen juntos.

Los otros se vuelven hacia Marta: «¡Tu hermana!... Siempre ese carácter. No debería. Tiene que ganarse mucho perdón» dice Uriel, el rabí visto en Yiscala, el que allí lanzó piedras a Jesús y le hirió.

Marta, azuzada por estas palabras, encuentra de nuevo su fuerza

y dice: «La ha perdonado Dios. Cualquier otro perdón no tiene valor después de ése. Y su vida actual es ejemplar para el mundo». Pero la audacia de Marta pronto decae y se muda en llanto. Gime, entre lágrimas: «¡Sois crueles! Con ella... conmigo... No tenéis compasión ni del dolor pasado ni del dolor actual. ¿A qué habéis venido? ¿A ofender y dar dolor?».

«No, mujer, no. Sólo para saludar a este judío grande que agoniza. ¡Para ninguna otra cosa! ¡Para ninguna otra cosa! No debes tomar a mal nuestras rectas intenciones. Hemos sabido por José y Nicodemo que había habido un agravamiento, y hemos venido... de la misma forma que ellos, los dos *grandes amigos* del Rabí y de Lázaro. ¿Por qué esa actitud de tratarnos de manera distinta a nosotros que amamos al Rabí y a Lázaro como ellos? No sois justas. ¿Puedes, acaso, decir que ellos —con Juan, Eleazar, Felipe, Josué y Joaquín— no hayan venido a informarse de cómo estaba Lázaro?, ¿y que Manahén no ha venido?...».

«Yo no digo nada. Lo que me asombra es que sepáis todo tan bien. No sabía que hasta por dentro las casas fueran vigiladas por vosotros. No sabía que existiera un nuevo precepto, además de los seiscientos trece que ya existen: el de indagar, espiar dentro de las familias... ¡Perdón! ¡Os estoy ofendiendo! El dolor me hace perder los cabales, y vosotros lo agudizáis».

[5]«¡Te comprendemos, mujer! Hemos venido a daros un consejo 542.5
bueno porque pensamos que estáis fuera de vuestros cabales. Avisad al Maestro. Ayer incluso, siete leprosos vinieron a dar gloria al Señor porque el Rabí los había curado. Llamadle también para Lázaro».

«Mi hermano no está leproso» grita Marta muy agitada. «¿Éste es el motivo por el que queríais verle? ¿Para esto habéis venido? No. ¡No está leproso! Mirad mis manos. Le curo desde hace años y yo no tengo lepra. Tengo la piel enrojecida por los ungüentos aromáticos, pero no tengo lepra. No tengo...».

«¡Calma! Calma, mujer. ¿Quién ha dicho que Lázaro esté leproso? ¿Quién sospecha en vosotras un pecado *tan horrendo* como el de ocultar a un leproso? ¿Tu crees que, a pesar de vuestro poder, no habríamos descargado nuestra mano sobre vosotras si hubierais pecado? Nosotros somos capaces de pasar por encima incluso del cuerpo de nuestro padre y de nuestra madre, de nuestra esposa y de nuestros hijos, con tal de hacer obedecer los preceptos. Esto te lo digo yo, yo, Jonatán de Uziel».

«¡Cierto! ¡Es así! Y ahora te decimos, por el amor que te profesamos, por el amor que profesábamos a tu madre, por el que profesamos a Lázaro: llamad al Maestro. ¿Meneas la cabeza? ¿Quieres decir

que ya es tarde? ¿Cómo es eso? ¿No tienes fe en Él, tú, Marta, discípula fiel? ¡Eso es grave! ¿Tú también empiezas a dudar?» dice Arquelao.

«Blasfemas, escriba. Creo en el Maestro como en el Dios verdadero».

«¿Y entonces por qué no quieres intentarlo? Él ha resucitado a muertos... Al menos, eso se dice... ¿Es que no sabes dónde está? Si quieres, te le buscamos nosotros, te ayudamos nosotros» insinúa Félix.

«¡No, hombre, no! En casa de Lázaro ciertamente *se sabe* dónde está el Rabí. Dilo con franqueza, mujer, y nos pondremos en marcha para buscártele y te le traeremos aquí, y estaremos presentes en el milagro para exultar contigo, con todos vosotros» dice, tentador, Sadoq.

Marta vacila, casi tentada a ceder. Los otros instan, mientras ella dice: «No sé dónde está... No tengo la menor idea... Se marchó hace unos días y nos saludó como quien se marcha para largo tiempo... Para mí sería consolador saber dónde está... Al menos, saberlo... Pero no lo sé, de verdad...».

«¡Pobre mujer! Nosotros te ayudaremos... Te le traeremos aquí» dice Cornelio.

542.6 [6]«¡No! No hace falta. El Maestro... ¿Os referís a Él, no es verdad? El Maestro dijo que debíamos esperar más de lo esperable, y esperar únicamente en Dios. Y nosotras así lo haremos» dice María con voz de trueno mientras regresa con Elquías, quien inmediatamente la deja y habla, encorvado, con tres fariseos.

«¡Pero se está muriendo, por lo que oigo!» dice uno de ellos, que es Doras.

«¿Y entonces! ¡Pues muera! No pondré obstáculos al decreto de Dios, ni desobedeceré al Rabí».

«¿Y qué pretendes esperar después de la muerte, insensata?» dice, burlón, el herodiano.

«¿Qué! ¡Pues la Vida!». La voz es un grito de fe absoluta.

«¿La Vida? ¡Ja! ¡Ja! Sé sincera. Tú sabes que ante una *verdadera muerte* nulo es su poder, y en tu insensato amor por Él no quieres que eso se ponga de manifiesto».

«¡Salid todos! Le correspondería a Marta hacerlo, pero Marta os teme; yo sólo temo ofender a Dios, que me ha perdonado. Por eso, lo hago en vez de Marta. Salid todos. No hay lugar en esta casa para los que odian a Jesucristo. ¡Fuera! ¡A vuestras guaridas tenebrosas! Fuera todos. O haré que os expulsen los criados como a un hatajo de harapientos inmundos».

Se muestra majestuosa en su ira. Los judíos ahuecan el ala, ex-

tremadamente cobardes, ante esta mujer (verdad es que parece un arcángel airado)...

La sala se desaloja. Las miradas de María, según van cruzando de uno en uno la puerta pasando por delante de ella, crean una inmaterial horca caudina bajo la cual debe humillarse la soberbia de los derrotados judíos. Por fin, la sala queda vacía.

[7]Marta, rompiendo a llorar, se derrumba sobre la alfombra. 542.7

«¿Por qué lloras, hermana? No veo la razón de ello...».

«¡Oh!, los has ofendido... y ellos te han, nos han ofendido... y ahora se vengarán... y...».

«¡Cállate, mujer desatinada! ¿En quién piensas que se van a vengar? ¿En Lázaro? Antes tienen que deliberar, y antes de que decidan... ¡Oh, en un gulal* uno no se venga! ¿En nosotras? ¿Es que, acaso, necesitamos su pan para vivir? Los haberes no nos los tocarán. Se proyecta sobre ellos la sombra de Roma. ¿En qué, entonces? Y aunque pudieran hacerlo, ¿no somos, acaso, fuertes y jóvenes las dos? ¿No vamos a poder trabajar? ¿No es pobre Jesús? ¿No ha sido, acaso, nuestro Jesús obrero? ¿No seríamos más semejantes a Él, siendo pobres y trabajadoras? ¡Gloríate si lo eres! ¡Espera serlo! ¡Pídeselo a Dios!».

«Pero lo que te han dicho...».

«¡Ja! ¡Ja! ¡Lo que me han dicho? *Es la verdad.* Me la digo también yo a mí misma: he sido una inmunda. ¡Ahora soy la cordera del Pastor! Y el pasado ha muerto. Ánimo, ven donde Lázaro».

543. Marta llama a un criado a llamar al Maestro.

20 de diciembre de 1946.

[1]Me encuentro todavía en la casa de Lázaro, y veo que Marta y María salen al jardín acompañando a un hombre entrado ya en años, de aspecto muy noble, y del que diría que no es hebreo, porque tiene la cara completamente afeitada, como los romanos. 543.1

Una vez que se han alejado un poco de la casa, María le pregunta: «Bueno, Nicomedes, ¿qué nos dices, entonces, de nuestro hermano? Nosotras le vemos muy... enfermo... Habla».

El hombre abre los brazos en un gesto de conmiseración y de constatación de lo innegable, y, parándose, dice: «Está muy enfermo... Desde los primeros momentos en que empecé a cuidar de su

* *gulal*, palabra hebrea desconocida por la propia escritora, que pone al lado una interrogación, y que vendría a significar algo repudiable, como el *estiércol* de que se habla en *1 Reyes 14, 10.*

salud nunca os he engañado. He intentado todo. Vosotras lo sabéis. Pero no ha sido eficaz. Esperaba también... sí, esperaba que, al menos, pudiera vivir reaccionando al agotamiento de la enfermedad con la buena nutrición y los cordiales que le preparaba. He probado incluso con tóxicos adecuados para preservar a la sangre de la corrupción y para sostener las fuerzas, según las viejas escuelas de los grandes maestros de la medicina. Pero la enfermedad es más fuerte que los medios para curarla. Estas enfermedades son como corrosiones. Destruyen. Y cuando se manifiestan externamente ya los huesos por dentro están invadidos, y, de igual manera que la savia en un árbol se alza desde lo profundo hasta la cima, aquí la enfermedad se ha extendido desde los pies a todo el cuerpo...».

«Pero tiene enfermas sólo las piernas» gime Marta.

«Sí, pero la fiebre destruye donde vosotras pensáis que no hay sino salud. Mirad esta ramita caída de ese árbol. Parece carcomido aquí, junto a la fractura. Pero, mirad... (la desmenuza con sus dedos). ¿Veis? Bajo la corteza, todavía lisa, está la caries hasta el extremo superior, donde todavía parece que hay vida porque tiene todavía unas hojitas. Lázaro está ya... muriendo. ¡Oh, pobres hermanas! El Dios de vuestros padres, y los dioses y semidioses de nuestra medicina, nada han podido hacer... o... querido hacer (me refiero a vuestro Dios)... Así que... sí, preveo ya cercana la muerte, incluso por el aumento de la fiebre, que es síntoma de que la descomposición ha entrado en la sangre, por los movimientos desordenados del corazón y por la falta de estímulos y reacciones en el enfermo y en todos sus órganos. ¡Ya lo veis vosotras! No se alimenta, no retiene lo poco que toma y no asimila lo que retiene. Es el final... Y —creed en lo que os dice un médico que recordando a Teófilo os está agradecido— y la cosa más deseable en estos momentos es la muerte... Son enfermedades terribles. Desde hace miles de años destruyen al hombre y el
543.2 hombre no logra destruirlas a ellas. [2]Sólo los dioses podrían, si...». Se para, las mira mientras se pasa repetidamente los dedos por el mentón rasurado. Piensa. Luego dice: «¿Por qué no llamáis al Galileo? Es vuestro amigo. Él puede, porque lo puede todo. Yo he observado a personas que estaban condenadas y que se curaron. Una fuerza extraña sale de Él. Un fluido misterioso que reanima y reúne las reacciones disgregadas y les impone la voluntad de curar... No sé. Sé que le he seguido incluso, mezclado con la muchedumbre, y he visto cosas maravillosas... Llamadle. Yo soy un gentil, pero honro al Taumaturgo misterioso de vuestro pueblo. Y me alegraría si Él pudiera lo que yo no he podido».

«Es Dios, Nicomedes. Por eso puede. La fuerza que llamas fluido

es su voluntad divina» dice María.

«No ridiculizo vuestra fe. Al contrario, la impulso a que crezca hasta lo imposible. Además... se lee que los dioses alguna vez han descendido a la Tierra. Yo... nunca lo había creído... Pero, con ciencia y conciencia de hombre y médico, tengo que decir que es así, porque el Galileo obra curaciones que sólo un dios puede obrar».

«No un dios, Nicomedes. El verdadero Dios» insiste María.

«Bueno, de acuerdo, como tú quieras. Y yo lo creeré y me haré discípulo suyo, si veo que Lázaro... resucita. Porque ya, más que de curación, hay que hablar de resurrección. Llamadle, pues, y con urgencia... porque, si no me he vuelto un ignorante, al máximo a la tercera puesta de Sol a partir de ésta, morirá. He dicho "*al máximo*". Podría ser antes».

«¡Oh, si pudiéramos! Pero no sabemos dónde está...» dice Marta.

«Yo lo sé. Me lo dijo un discípulo suyo que iba donde Él llevándole unos enfermos (y dos eran míos). Está al otro lado del Jordán, en los alrededores del vado. Eso dijo. Vosotros quizás conocéis mejor el lugar».

«¡Ah, sin duda, en casa de Salomón!» dice María.

«¿Muy lejos?».

«No, Nicomedes».

«Pues mandad inmediatamente a un criado para decirle que venga. Yo vuelvo más tarde y me quedo aquí para ver su acción en Lázaro. Salve, señoras. Y... animaos mutuamente». Les hace una reverencia y se marcha hacia la salida. Allí un criado le espera para sujetarle el caballo y abrirle la cancilla.

[3]Marta ve partir al médico y luego pregunta: «¿Qué hacemos, María?». 543.3

«Obedecemos al Maestro. Dijo que le avisáramos después de la muerte de Lázaro. Y nosotras lo haremos».

«Pero, una vez muerto... ¿de qué sirve tener aquí al Maestro? Para nuestro corazón sí, será útil. ¡Pero para Lázaro!... Yo mando a un criado a llamarle».

«No. Destruirías el milagro. Él dijo que había que saber esperar y creer contra toda realidad contraria. Si lo hacemos, tendremos el milagro; estoy segura. Si no sabemos hacerlo, Dios nos dejará con nuestra presunción de querer hacer las cosas mejor que Él, y no nos concederá nada».

«¿Pero no ves cuánto sufre Lázaro? ¿No oyes cómo, en los momentos que está consciente, desea la presencia del Maestro? ¿Quieres negarle la última alegría al pobre hermano nuestro? ¡No tienes corazón!... ¡Pobre hermano nuestro! ¡Pobre hermano nuestro! ¡Den-

tro de poco ya no tendremos hermano! ¡Sin padre, sin madre, sin hermano! La casa destruida, y nosotras solas, como dos palmas en un desierto». Cae en una crisis de dolor. Yo diría que también en una crisis de nervios típica oriental: se contorsiona, se golpea el rostro, se despeina.

María la agarra. Le impone: «¡Calla! ¡Calla, te digo! Lázaro puede oír. Yo le quiero más y mejor que tú, y sé dominarme. Pareces una mujer enferma. ¡Calla, digo! No se cambia el curso de las cosas con estas vehemencias, ni tampoco así se conmueven los corazones. Si lo haces para conmover el mío, te equivocas. Piénsalo bien. El mío queda aplastado en la obediencia, pero resiste en ella».

Marta, dominada por la fuerza de su hermana y por sus palabras, se calma mucho; pero —expresión de su dolor, ahora más tranquilo— gime invocando a la madre: «¡Mamá! ¡Oh, madre mía, consuélame. Ya no hay paz en mí, desde que moriste. ¡Si estuvieras aquí, madre! ¡Si la pena no te hubiera matado! Si tú estuvieras, nos guiarías y nosotras te obedeceríamos, por el bien de todos... ¡Oh!...».

María cambia de color y, silenciosamente, llora con un rostro angustiado y retorciéndose las manos sin decir nada.

Marta la mira y dice: «Nuestra madre, estando ya para morir, me hizo prometer que sería una madre para Lázaro. Si ella estuviera aquí...».

«Obedecería al Maestro porque era una mujer justa. En vano tratas de conmoverme. Dime, si quieres, que he sido la asesina de mi madre por las penas que le causé. Te diré: "Tienes razón". Pero, si quieres hacerme decir que tienes razón queriendo que venga el Maestro, te digo: "No". Y siempre diré: "No". Y estoy segura de que desde el seno de Abraham ella me aprueba y bendice. Vamos a casa».

«¡Ya no tenemos nada! ¡Nada!».

«¡Todo! ¡Debes decir: "Todo"! La verdad es que escuchas al Maestro y pareces atenta mientras habla, pero luego no recuerdas lo que dice. ¿No ha dicho siempre que amar y obedecer nos hace hijos de Dios y herederos de su Reino? ¿Y entonces cómo es que dices que nos vamos a quedar sin nada?, pues tendremos a Dios y poseeremos el Reino por nuestra fidelidad. ¡Oh, verdaderamente hemos de ser absolutas como yo lo fui en el mal, incluso para poder ser, y saber, y querer ser absolutas en el bien, en la obediencia, en la esperanza, en la fe, en el amor!...».

«Tú consientes que los judíos ridiculicen al Maestro y hagan insinuaciones respecto a Él. Los has oído anteayer...».

«¿Y piensas todavía en el graznido de esas cornejas, en los chillidos de esos buitres? ¡Déjales que escupan lo que tienen dentro! ¿Qué

te importa el mundo! ¿Qué es el mundo respecto a Dios? Mira: menos que este sucio moscón, entorpecido o envenenado por haber chupado inmundicias, que piso así» y da un enérgico golpe con el talón a un tábano de torpes movimientos que camina lentamente por el guijo del paseo. Luego toma a Marta de un brazo y dice: «Venga, ven a casa y...».

«Comuniquémoselo al menos al Maestro. Mandémosle aviso de que está muriendo. Sin decirle nada más...».

«¡Como si tuviera necesidad de saberlo por nosotras! No, he dicho. Es inútil. Él dijo: "Cuando haya muerto, comunicádmelo". Y lo haremos. No antes de que suceda».

«¡Nadie, nadie tiene piedad de mi dolor! Tú menos que nadie...».

«Deja de llorar de esa manera, ¿no? No puedo soportarlo...». Sufriendo ella, se muerde los labios para dar fuerza a su hermana sin llorar ella también.

[4]Marcela sale corriendo de la casa, seguida por Maximino: «¡Mar- 543.4
ta! ¡María! ¡Corred! Lázaro está mal. Ya no responde...».

Las dos hermanas se echan a correr, raudas, y entran en la casa... Después de un poco, se oye la voz fuerte de María que da órdenes para los socorros propios de esta situación, y se ve a criados correr con cordiales y barreños humeantes de agua hirviendo; se oyen bisbiseos y se ven gestos de dolor...

A tanta agitación, poco a poco, le va substituyendo la calma. Se ve a los criados que cuchichean unos con otros, menos nerviosos pero con gestos de intenso desconsuelo que remarcan lo que dicen: quién menea la cabeza, quién la alza al cielo abriendo los brazos, como diciendo: "así es", quién llora, quién quiere esperar todavía en un milagro.

[5]Ahí tenemos de nuevo a Marta, pálida como una muerta. Mira 543.5
tras sí, para ver si la siguen. Mira a los siervos que están apretadamente en torno a ella angustiados. Vuelve a mirar para ver si de la casa sale alguien a seguirla. Luego dice a un criado: «¡Tú, ven conmigo!».

El criado se separa del grupo y la sigue hacia la pérgola de los jazmines y dentro de ella. Marta habla, sin perder de vista la casa, que se puede ver a través de la tupida maraña de las ramas: «Escucha bien. Cuando todos los criados hayan entrado y yo les de indicaciones para que estén ocupados en la casa, tú irás a las caballerizas, tomarás un caballo de los más rápidos, lo ensillarás... Si por casualidad alguien te ve, di que vas por el médico... No mientes tú ni te enseño a mentir yo, porque verdaderamente te envío donde el Médico bendito... Toma contigo forraje para el animal y comida para ti, y es-

ta bolsa para todo lo que puedas necesitar. Sal por la puerta pequeña y, pasando por los campos arados, que no producen ruido con los cascos, te alejas de la casa. Luego tomas el camino de Jericó y galopas sin detenerte nunca, ni siquiera de noche. ¿Has comprendido? *Sin detenerte nunca.* La Luna nueva te iluminará el camino, si viene la obscuridad mientras todavía sigues galopando. Piensa que la vida de tu señor está en tus manos y en tu rapidez. Me fío de ti».

«Señora, te serviré como un esclavo fiel».

«Ve al vado de Betabara. Pasas y vas al pueblo que hay más allá de Betania de la Transjordania. ¿Sabes? Donde al principio bautizaba Juan».

«Lo sé. Fui allí yo también, a purificarme».

«En ese pueblo está el Maestro. Todos te dirán cuál es la casa donde le dan alojamiento. Pero si sigues en vez del camino principal las orillas del río, es mejor. Te ven menos y encuentras por ti mismo la casa. Es la primera de la única calle del pueblecito, la que va de los campos al río. No tienes posibilidad de error. Una casa baja, sin terraza ni habitación alta, con un huerto que se encuentra, viniendo del río, antes de la casa, un huerto cerrado por una pequeña portilla de madera y un seto de espino albar, creo... bueno, un seto. ¿Entendido? Repite».

El criado repite pacientemente.

«Bien. Solicita hablar con Él, *sólo con Él*, y le dices que *tus señoras* te envían para decirle que Lázaro está muy enfermo, que está agonizando, que nosotras ya no podemos más, que él le precisa y que venga *en seguida*, en seguida, por piedad. ¿Has comprendido bien?».

«He comprendido, señora».

«Y después vuelve inmediatamente, de forma que ninguno note mucho tu ausencia. Toma un farol contigo, para las horas de obscuridad. Ve, corre, galopa, revienta al caballo, pero vuelve pronto con la respuesta del Maestro».

«Lo haré, señora».

«¡Ve! ¡Ve! ¿Ves? Han entrado ya todos en casa. Ve inmediatamente. Nadie te va a ver hacer los preparativos. Yo misma te llevo la comida. ¡Ve! Te la pongo al pie de la puerta pequeña. ¡Ve! Que Dios te acompañe. ¡Ve!...».

Le empuja, ansiosa, y luego corre a casa, rápida y cauta, para salir después sigilosa por una puerta secundaria que está en el lado sur, con un pequeño saco en sus manos; camina rozando un seto hasta la primera apertura, tuerce, desaparece...

544. La muerte de Lázaro.

21 de diciembre de 1946.

[1]Han abierto todas las puertas y ventanas en la habitación de Lá- 544.1
zaro, para hacerle menos difícil la respiración. Alrededor de él, que está ausente, en estado de coma —un coma profundo, semejante ya a la muerte, de la que difiere sólo por el movimiento de la respiración—, están las dos hermanas, Maximino, Marcela y Noemí, pendientes de cualquier mínimo gesto del moribundo.

Cada vez que una contracción espasmódica altera la boca, pareciendo que se preparara para hablar, o que los ojos, entreabriéndose los párpados, aparecen, las dos hermanas se inclinan para aferrar una palabra, una mirada... Pero es inútil. Son sólo acciones sin coordinación, independientes de la voluntad y la inteligencia, las cuales ya están inertes, perdidas; son acciones que provienen del sufrimiento de la carne, como de ésta viene el sudor que da brillo al rostro del moribundo, y el temblor que a intervalos agita los esqueletados dedos y les transmite una contracción de garra. Y le llaman las dos hermanas, con todo el amor en su voz. Pero el nombre y el amor chocan contra las barreras de la insensibilidad intelectiva, y la respuesta a su llamada es el silencio de las tumbas.

Noemí, llorando, sigue poniendo en los pies —sin duda, helados— ladrillos envueltos en fajas de lana. Marcela tiene en sus manos una copa de la que saca un pañito fino que Marta usa para mojar los labios secos de su hermano. María, con otro paño, seca el abundante sudor que desciende en regueros por el rostro esqueletado y que moja las manos del moribundo. Maximino, apoyado en una arquimesa alta y obscura, junto a la cama del moribundo, observa, en pie, a espaldas de María, que se inclina hacia su hermano. Nadie más. El máximo silencio, como si estuvieran en una casa vacía, en un lugar desierto. Las criadas que traen los ladrillos calientes están descalzas y no hacen ruido en el suelo marmóreo. Semejan apariciones.

[2]María rompe el silencio diciendo: «Me parece que está volviendo 544.2
el calor a las manos. Mira, Marta, los labios están menos pálidos».

«Sí. También respira más libremente. Le estoy mirando desde hace un rato» observa Maximino.

Marta se inclina y llama despacio, pero con acento intenso: «¡Lázaro! ¡Lázaro! ¡Oh, mira, María! Ha expresado como una sonrisa y un parpadeo. ¡Está mejorando, María! ¡Está mejorando! ¿Qué hora tenemos?».

«Hemos pasado ya en una vigilia el crepúsculo».

«¡Ah!», y Marta se yergue apretando las manos contra el pecho y

alzando los ojos hacia arriba en un visible gesto de muda pero confiada oración. Una sonrisa ilumina su cara.

Los otros la miran asombrados y María le dice: «No veo por qué el haber superado el crepúsculo te deba poner contenta...», y la escruta, sospechosa, ansiosa.

Marta no contesta, pero toma de nuevo la postura de antes.

Entra una criada con ladrillos. Se los pasa a Noemí. María le ordena: «Trae dos lámparas. La luz mengua y quiero verle». La criada sale sin hacer ruido y vuelve al cabo de poco con dos lamparillas encendidas. Las coloca: una encima del bargueño en que está apoyado Maximino; la otra, encima de una mesa llena de vendas y pequeñas ánforas, puesta en el otro lado de la cama.

«¡Oh, María! ¡María! ¡Mira! Está realmente menos pálido».

«Y tiene aspecto menos agotado. ¡Se está reanimando!» dice Marcela.

«Dadle algunas gotas más de ese vino con los aromas que ha preparado Sara. Le ha hecho bien» sugiere Maximino.

María toma de la tabla de la arquimesa una anforita de cuello finísimo en forma de pico de ave y, con precaución, introduce algunas gotas de vino en los labios entreabiertos.

«Ve despacio, María. ¡No vaya a ser que se ahogue!» aconseja Noemí.

«¡Oh, traga! ¡Lo busca! ¡Mira, Marta! ¡Mira! Saca la lengua queriendo...».

Todos se inclinan para mirar. Noemí le llama: «¡Tesoro! ¡Mira a tu nodriza, alma santa!» y se aproxima para besarle.

«¡Mira! ¡Mira, Noemí, bebe tu lágrima! Le ha caído junto a los labios y la ha sentido; la ha buscado y la ha absorbido».

«¡Oh, tesoro mío! ¡Si tuviera todavía la leche de antaño, la exprimiría gota a gota en tu boca, corderito mío, aunque tuviera que exprimir mi corazón y morir después!». Intuyo que Noemí, nodriza de María, lo haya sido también de Lázaro.

544.3 [3]«Señoras, ha vuelto Nicomedes» dice un criado que se presenta a la puerta.

«¡Que venga! ¡Que venga! Nos ayudará a hacerle mejorar».

«¡Fijaos! ¡Fijaos! Abre los ojos, mueve los labios» dice Maximino.

«¡Y a mí me aprieta los dedos con sus dedos!» grita María. Y se inclina diciendo: «¡Lázaro! ¿Me oyes? ¿Quién soy?».

Lázaro abre del todo los ojos y mira. Es una mirada insegura, empañada, pero, en todo caso, es una mirada. Mueve con dificultad los labios y dice: «¡Mamá!».

«¡Soy María! ¡María! ¡Tu hermana!».

«¡Mamá!».

«No te reconoce y llama a su madre. Los moribundos. Siempre así» dice Noemí con el rostro lavado en llanto.

«Pero habla. Después de tanto tiempo, habla. Ya es mucho... Luego estará mejor. ¡Oh, mi Señor, premia a tu sierva!» dice Marta mientras permanece todavía en ese gesto de ferviente y confiada oración.

«¿Pero qué te ha sucedido? ¿Es que has visto al Maestro? ¿Se te ha aparecido? ¡Dímelo, Marta! ¡Quítame la angustia!» dice María.

[4]La entrada de Nicomedes impide la respuesta. Todos se vuelven 544.4
hacia él. Cuentan cómo después de su partida Lázaro se había agravado hasta el punto de tocar la muerte, y ya le habían dado por muerto; pero que luego, con unos auxilios, habían logrado hacerle recuperarse, pero sólo en lo referente a la respiración. Y cómo, desde hacía poco, después de que una de sus mujeres hubiera preparado un vino con aromas, le había vuelto el calor y había tragado, tratando de beber, y también había abierto los ojos y había hablado... Hablan todos juntos, encendidas de nuevo sus esperanzas, que ellos lanzan contra la serenidad no poco escéptica del médico, que les deja hablar sin decir una palabra.

Por fin han terminado y él dice: «De acuerdo. Permitidme que vea». Y los aparta. Se aproxima a la cama y ordena que acerquen las lámparas y cierren la ventana porque quiere descubrir al enfermo. Se inclina sobre él, le llama, le hace preguntas, hace que pasen la lámpara por delante de la cara de Lázaro, que ahora tiene los ojos abiertos y parece como asombrado de todo; luego le descubre, estudia su respiración, los latidos del corazón, el calor y la rigidez de los miembros... Todos están ansiosos en espera de su palabra. Nicomedes cubre de nuevo al enfermo, le sigue mirando, piensa. Luego se vuelve hacia los presentes y dice: «Es innegable que ha recuperado vigor. Actualmente está mejorado respecto a la última vez que le he visto. Pero no os hagáis ilusiones. Esto es sólo la ficticia mejoría de la muerte. Estoy tan seguro de ello —como estaba seguro de que estaba a las puertas de la muerte—, que, como podéis ver, he vuelto, después de haberme liberado de todos los compromisos, para hacerle menos penosa la muerte, en la medida en que puedo hacerlo... o para ver el milagro si... [5]¿Ya habéis hecho aquello?». 544.5

«Sí, sí, Nicomedes» le interrumpe Marta. Y, para impedirle otras palabras, dice: «Pero no habías dicho que... en el plazo de tres días... Yo...». Llora.

«He dicho eso. Soy un médico. Vivo entre agonías y llantos. Pero el estar acostumbrado a escenas de dolor no me ha dado todavía un corazón de piedra. Y hoy... os he preparado... con un plazo bastante

largo... e impreciso... Pero mi ciencia me decía que el desenlace era más rápido, y mi corazón mentía por engaño piadoso... ¡Ánimo! Sed fuertes... Salid afuera... Nunca se sabe hasta qué punto los moribundos entienden...». Las impele a salir. Ellas salen llorando. Y repite: «¡Sed fuertes! ¡Sed fuertes!».

Junto al moribundo se queda Maximino... También el médico se aleja para preparar unos medicamentos que sirven para hacer menos angustiosa la agonía, que, dice, «preveo muy dolorosa».

«¡Hazle vivir! Hazle vivir hasta mañana. Es casi de noche, ya lo ves, Nicomedes. ¿Qué es para tu ciencia mantener en pie una vida durante menos de un día? ¡Hazle vivir!».

«Dómina, yo hago lo que puedo. ¡Pero cuando el estambre se acaba, nada hay que pueda mantener la llama!» responde el médico, y se marcha.

Las dos hermanas se abrazan, llorando desoladas (y la que llora más, ahora, es María; la otra tiene su esperanza en el corazón)...

544.6 [6]La voz de Lázaro viene de la habitación. Una voz fuerte e imperiosa. Y hace que ellas se sobresalten, porque es una voz inesperada en medio de tanto abatimiento. Las llama: «¡Marta! ¡María! ¿Dónde estáis? Quiero levantarme. ¡Vestirme! ¡Decir al Maestro que estoy curado! Tengo que ir donde el Maestro. ¡Un carro! ¡Inmediatamente! Y un caballo rápido. Sin duda es Él el que me ha curado...».

Habla rápido, articulando bien las palabras, sentado en la cama, encendido de fiebre, tratando de abandonar la cama, e impedido en ello por Maximino, el cual a las mujeres, que entran corriendo, les dice: «¡Está delirando!».

«¡No! Déjale levantarse. ¡El milagro! ¡El milagro! ¡Oh, me siento feliz de haberlo suscitado! ¡En cuanto Jesús ha tenido noticia! Dios de los padres, bendito seas y alabado por tu poder y por tu Mesías...». Marta, que ha caído de rodillas, está ebria de alegría.

Mientras tanto, Lázaro continúa, cada vez más dominado por la fiebre (Marta no comprende que es la causa de todo): «Ha venido muchas veces a mi casa, enfermo. Justo es que yo vaya donde Él para decirle: "Estoy curado". ¡Estoy curado! ¡Ya no tengo dolores! Estoy fuerte. Quiero levantarme. Ir. Dios ha querido probar mi resignación. Seré llamado el nuevo Job...». Pasa a un tono hierático haciendo amplios gestos: «"El Señor se conmovió de la penitencia de Job... y le aumentó en el doble cuanto había tenido. Y el Señor bendijo los últimos años de Job más aún que los primeros... y él vivió hasta...". ¡Oh, no, yo no soy Job! Me envolvían las llamas y me sacó de ellas, *

* *Job*, la cita es de Job *42, 10-17*; *Jonás*, como en *Jonás 2*; *los tres niños*, como en *Daniel 3*.

estaba en el vientre del monstruo y vuelvo a la luz; entonces soy Jonás, y soy los tres muchachos de Daniel...».

[7]Llega el médico, avisado por alguno. Le observa: «Es el delirio. 544.7
Me lo esperaba. La corrupción de la sangre enciende el cerebro». Se esfuerza en colocarle en la cama y recomienda mantenerle así, y vuelve afuera, a sus tisanas.

Lázaro un poco se inquieta por estar sujeto y un poco llora como un niño: alternativamente.

«Está realmente en estado de delirio» gime María.

«No. Ninguno entiende nada. No sabéis creer. ¡Eso es! No sabéis... A esta hora el Maestro sabe que Lázaro está agonizando. Sí. ¡Lo he hecho, María! Lo he hecho sin decirte nada...».

«¡Ah, infame! ¡Has destruido el milagro!» grita María.

«¡Que no! Lázaro, tú lo has visto, ha empezado a mejorar en el momento en que Jonás ha llegado donde el Maestro. Está delirando... sí... Está débil y tiene todavía el cerebro obnubilado por la muerte, que ya le aprisionaba. Pero no delira como cree el médico. ¡Escúchale! ¿Son palabras de delirio éstas?».

En efecto, Lázaro está diciendo: «He inclinado la cabeza ante el decreto de muerte y he probado cuán amargo es morir, y Dios se ha considerado satisfecho de mi resignación y me devuelve a la vida y me mantiene con mis hermanas. Podré seguir sirviendo al Señor y santificarme junto con Marta y María... ¡Con María! [8]¿Qué es Ma- 544.8
ría? María es el don de Jesús para el pobre Lázaro. Me lo había dicho... ¡Cuánto tiempo desde entonces! "Vuestro perdón hará más que ninguna otra cosa. Me ayudará". Me lo había prometido: "Ella será tu alegría". Y aquel día en que estaba inquieto porque ella había traído su vergüenza aquí, junto al Santo, ¡qué palabras para invitarla al regreso! La Sabiduría y la Caridad se habían unido para tocarle el corazón... ¿Y el otro, que me encontró ofreciéndome por ella, por su redención?... ¡Quiero vivir para gozar de ella redimida! ¡Quiero alabar con ella al Señor! Ríos de lágrimas, afrentas, vergüenza, amargura... todo me penetró y me quitó la vida por causa de ella... ¡Éste es el fuego, el fuego del horno! Vuelve, con el recuerdo... María de Teófilo y de Euqueria, mi hermana, la prostituta. Podía ser reina y se ha hecho fango que hasta el puerco pisotea. Y mi madre muere. Y el no poder ya ir con la gente sin tener que soportar sus burlas. ¡Por ella! ¿Dónde estás, desventurada? ¿Te faltaba el pan, acaso, para venderte como te has vendido? ¿Qué has succionado del pezón de la nodriza? ¿Tu madre qué te ha enseñado? ¿Lujuria una? ¿Pecado la otra? ¡Fuera! ¡Deshonor de nuestra casa!». La voz es un grito. Parece loco.

Marcela y Noemí se apresuran a cerrar herméticamente las puertas y a correr de nuevo las cortinas gruesas para amortiguar las resonancias, mientras el médico, que ha vuelto a la habitación, se esfuerza inútilmente en calmar el delirio, que cada vez se va haciendo más furioso. María, arrojada al suelo como un trapajo, solloza bajo la implacable acusación del moribundo, que prosigue:

«Uno, dos, diez amantes. El oprobio de Israel pasaba de unos brazos a otros... Su madre moría, ella se consumía en sus amores indecentes. ¡Bestia feroz! ¡Vampiro! Has succionado la vida a tu madre. Has destruido nuestra alegría. Marta sacrificada por ti: nadie se casa con la hermana de una meretriz. Yo... ¡Ah! ¡yo! Lázaro, caballero, hijo de Teófilo... ¡¡Me escupían los gamberros de Ofel!! "He ahí al cómplice de una adúltera e impura" decían escribas y fariseos, y sacudían sus vestiduras para significar que rechazaban el pecado con que yo estaba manchado por el contacto con ella. "¡Ahí está el pecador! El que no sabe castigar al culpable es culpable como él" gritaban los rabíes cuando subía al Templo. Y sudaba bajo el fuego de las pupilas sacerdotales... El fuego. ¡Tú! Tú vomitabas el fuego que llevabas dentro. Porque eres un demonio, María. Eres inmunda. Eres la maldición. Tu fuego prendía en todos, porque tu fuego estaba hecho de muchos fuegos, y había, ¡vaya que si había!, para los lujuriosos, que parecían peces apresados en el trasmallo cuando pasabas... ¿Por qué no te maté? Arderé en la Gehenna por haberte dejado vivir destruyendo tantas familias, dando escándalo a mil... ¿Quién dice: "¡Ay de aquel por el que se produce el escándalo!"? ¿Quién lo dice? ¡Ah!, ¡el Maestro! ¡Quiero ver al Maestro! ¡Quiero verle! Para que me perdone. Quiero decirle que no podía matarla porque la amaba... María era el sol de nuestra casa... ¡Quiero ver al Maestro! ¿Por qué no está aquí? ¡No quiero vivir! Pero sí quiero el perdón por el escándalo que he dado dejando vivir al escándalo. Ya estoy en las llamas. Es el fuego de María. Me ha apresado. A todos apresaba. Para lujuria suya, para odio a nosotros, y para quemarme las carnes a mí. ¡Fuera estas mantas, fuera todo! Estoy en el fuego. Me ha apresado la carne y el espíritu. Estoy perdido a causa de ella. ¡Maestro! ¡Maestro! ¡Tu perdón! No viene. No puede venir a la casa de Lázaro. Es un estercolero por causa de ella. Entonces... quiero olvidar. Todo. Ya no soy Lázaro. Dadme vino. Lo dice Salomón: "Dad vino a los que tienen el corazón acongojado. Que beban y olviden su miseria, y no recuerden ya de su *

* *dice Salomón*, en *Proverbios 31, 6-7*; *soy Job*, como en *Job 1-2*; *está escrito*, como se leía en *Ecclesiástico 9, 10* (el versículo fue suprimido del libro del Sirácida de la neovulgata); *Susana... respondió*, en *Daniel 13, 23*; *de ella* (Judit) *se canta*, como se leía (porque el texto ha sido reducido y modificado en *Judit 15, 9-10* de la neovulgata) en *Judit 15, 10-11*.

dolor". No quiero recordar. Dicen todos: "Lázaro es rico, es el hombre más rico de Judea". ¡No es verdad! *Todo es paja* No es oro. ¿Y las casas? Nubes. ¿Las viñas, los oasis, los jardines, los olivares? Nada. Engaños. Yo soy Job. No tengo ya nada. Tenía una perla. ¡Hermosa! De infinito valor. Era mi orgullo. Se llamaba María. Ya no la tengo. Soy pobre. El más pobre de todos. El más engañado de todos... También Jesús me ha engañado, porque me había dicho que me la traería de nuevo, y, sin embargo, ella... ¿Dónde está ella? Ahí está. ¡Parece una hetaira pagana la mujer de Israel, hija de una santa! Semidesnuda, borracha, enloquecida... Y alrededor... con los ojos fijos en el cuerpo desnudo de mi hermana, la jauría de sus amantes... Y ella ríe de ser admirada y deseada así. Quiero expiar mi delito. Quiero ir por Israel diciendo: "No vayáis a casa de mi hermana. Su casa es el camino del infierno y desciende a los abismos de la muerte". Y luego quiero ir donde ella y pisotearla, porque está escrito: "Toda mujer lasciva será pisoteada como estiércol en el camino". ¡Oh!, ¿te atreves a presentarte a mí, que muero deshonrado, destruido por ti?, ¿a mí, que he ofrecido mi vida como rescate de tu alma, y en vano? ¿Cómo quería que fueras, dices? ¿Cómo quería que fueras para no morir así? Pues te quería como Susana, la casta. ¿Dices que te han tentado? ¿Y no tenías un hermano para que te defendiera? Susana, ella sola, respondió: "Mejor es para mí caer en vuestras manos que pecar en la presencia del Señor", y Dios hizo relucir su candor. Yo habría dicho las palabras contra tus tentadores y te habría defendido. ¡Pero tú... te marchaste! Judit era viuda y vivía en una habitación apartada, ceñido el cilicio y ayunando, y gozaba de grandísima estima de todos porque temía al Señor, y de ella se canta: "Eres gloria de Jerusalén, alegría de Israel, honor de nuestro pueblo, porque has obrado virilmente y tu corazón ha sido fuerte, porque has amado la castidad y después de tu matrimonio no has conocido a otro hombre. Por eso la mano del Señor te ha hecho fuerte y serás bendecida eternamente". Si María hubiera sido como Judit, el Señor me habría curado. Pero no ha podido hacerlo por causa de ella. Por eso no he pedido la curación. No puede haber milagro donde está ella. Pero morir, sufrir, no es nada; una y mil veces más, una y mil muertes, con tal de que ella se salve. ¡Oh! ¡Señor Altísimo! ¡Todas las muertes! ¡Todo el dolor! ¡Pero que María se salve! ¡Gozar de ella una hora, sólo una hora! ¡Gozar de ella santa otra vez, pura como en la infancia! ¡Una hora de esta alegría! Gloriarme en ella, la flor de oro de mi casa, la gacela primorosa de dulces ojos, el ruiseñor a la caída de la tarde, la amorosa paloma... Quiero ver al Maestro para decirle que lo que quiero es a María, a María. ¡Ven! ¡María! ¡Cuánto dolor tiene tu hermano, Ma-

ría! Pero, si vienes, si te redimes, mi dolor se hace dulce. ¡Buscad a
544.9 María! [9]¡Estoy a las puertas de la muerte! ¡María! ¡Alumbrad! Aire... Yo... Me ahoga... ¡Oh, qué cosa siento!...».

El médico hace un gesto y dice: «Es el final. Después del delirio, el sopor y luego la muerte. Pero puede volver a la lucidez. Acercaos. Tú especialmente. Le será motivo de alegría», y, colocado de nuevo Lázaro, agotado después de tanta agitación, se acerca a María, que ha estado todo este tiempo llorando en el suelo y diciendo entre gemidos: «¡No dejéis que siga!». La alza y la conduce al pie de la cama.

Lázaro ha cerrado los ojos. Pero debe sufrir atrozmente. Todo él es estremecimiento y contracción. El médico trata de socorrerle con jarabes... Pasan así un tiempo.

Lázaro abre los ojos. Parece desmemoriado de lo que ha sucedido antes, pero está en sí. Sonríe a sus hermanas y trata de cogerles las manos y responder a sus besos. Palidece mortalmente. Gime: «Tengo frío...». Le castañean los dientes. Trata de cubrirse hasta la boca. Gime: «Nicomedes, ya no resisto estos dolores. Los lobos me arrancan la carne de las piernas y me devoran el corazón. ¡Cuánto dolor! Y, si así es la agonía, ¿qué será la muerte? ¿Qué voy a hacer? ¡Si tuviera aquí al Maestro! ¿Por qué no me le habéis traído? Habría muerto feliz en su pecho...». Llora.

Marta mira a María severamente. María comprende esa mirada y, todavía abatida por el delirio de su hermano, cae en el remordimiento y, inclinándose, arrodillada como está contra la cama besando la mano de su hermano, gime: «Soy yo la culpable. Marta quería hacerlo desde hace ya dos días. Yo no he querido. Porque Él nos había dicho que le avisáramos sólo después de tu muerte. ¡Perdóname! Yo te he dado todo el dolor de la vida... Y, no obstante, te he amado y te amo, hermano. Después del Maestro, tú eres la persona a quien más amo; y Dios ve que no miento. Dime que me absuelves del pasado, dame paz...».

«¡Dómina!» interviene el médico. «El enfermo no tiene necesidad de emociones».

«Es verdad... Dime que me perdonas el haberte negado a Jesús...».

«¡María! Por ti Jesús ha venido aquí... y viene por ti... porque tú has sabido amar... más que ningún otro... Me has amado más que ningún otro... Una vida... de delicias no me habría... no me habría dado la... alegría que he gozado por ti... Te bendigo... Te digo... que has hecho bien... en obedecer a Jesús... Yo no sabía eso... Sé... Di-
544.10 go... está bien... [10]¡Ayudadme a morir!... Noemí... tú, en el pasado, eras capaz de... hacerme dormir... Marta... bendita... paz mía,...

Maximino... con Jesús. También... por mí... Mi parte... para los pobres,... a Jesús... para los pobres... Y perdonad... a todos... ¡Ah, qué espasmos!... ¡Aire!... Luz... Todo tiembla... Tenéis como una luz en torno a vosotros y me ciega si... os miro... Hablad... fuerte...». Ha puesto la mano izquierda en la cabeza de María y ha dejado desmayada la izquierda entre las manos de Marta. Jadea...

Le alzan con precaución añadiendo almohadas. Nicomedes le hace sorber todavía otras gotas de jarabes. La pobre cabeza, mortalmente relajada, se hunde y pende. Toda la vida está en la respiración. No obstante, abre los ojos y mira a María, que le sujeta la cabeza, y le sonríe diciendo: «¡Mamá! Ha vuelto... ¡Mamá! ¡Habla! Tu voz... Tú sabes... el secreto... de Dios... ¿He servido... al Señor?...».

María, con voz blanca por la pena, susurra: «El Señor te dice: "Ven conmigo, siervo bueno y fiel, porque has escuchado todas mis palabras y has amado al Verbo que he enviado"».

«¡No oigo! ¡Más fuerte!».

María repite más fuerte...

«¡Es verdaderamente mamá!...» dice satisfecho Lázaro, y abandona la cabeza en el hombro de su hermana...

Ya no habla. Sólo gemidos y temblores convulsos, sólo sudor y estertores. Ya insensible respecto a la Tierra, a los sentimientos, se hunde en la obscuridad cada vez más absoluta de la muerte. Los párpados descienden sobre los ojos vidriosos en que brilla la última lágrima.

«¡Nicomedes! ¡Se entumece! ¡Se pone frío!...» dice María.

«Dómina, para él la muerte es un alivio».

«¡Manténle en vida! Mañana, sin duda, estará aquí Jesús. Se habrá puesto en camino en seguida. Quizás a tomado el caballo del criado, u otra cabalgadura» dice Marta. Y, vuelta hacia su hermana: «¡Oh, si me hubieras dejado enviar aviso antes!». Luego, al médico: «¡Haz que viva!» impone convulsa.

El médico abre los brazos. Prueba con unos cordiales. Pero Lázaro ya no deglute. El estertor aumenta... aumenta. Es acongojante...

«¡No se puede soportar ya oírle!» gime Noemí.

«Sí. Tiene una larga agonía...» asiente el médico.

Pero, casi no ha terminado de decir esto y, con una convulsión de todo el cuerpo, que se arquea y luego se abate, Lázaro exhala el último suspiro.

[11]Las hermanas gritan... al ver esa convulsión; gritan al ver ese 544.11
abatimiento. María llama a su hermano, besándole; Marta se agarra al médico, que se inclina sobre el muerto y dice: «Ha expirado. Ya es demasiado tarde para esperar a que suceda el milagro. Ya no hay es-

pera. ¡Demasiado tarde!... Yo me marcho, señoras. Ya no hay motivo para que siga aquí. Apresuraos en los funerales, porque ya está descompuesto». Baja los párpados del muerto y, observándole, dice todavía esto: «¡Qué pena! Era un hombre virtuoso e inteligente. ¡No debía haber muerto!». Se vuelve hacia las hermanas, se inclina, se despide: «¡Dómine, salve!» y se marcha.

Los llantos llenan la habitación. María, ya sin fuerzas, se deja caer sobre el cuerpo de su hermano gritando sus remordimientos, invocando su perdón. Marta llora en los brazos de Noemí.

Luego María grita: «¡No has tenido fe! Ni obediencia. Yo le maté antes, tú ahora; yo pecando, tú desobedeciendo». Está como fuera de sí. Marta la levanta, la abraza, se excusa.

Maximino, Noemí, Marcela tratan de inducir a las dos a entrar en razón y a resignarse. Y lo logran recordando a Jesús... El dolor se hace más ordenado, y, mientras la habitación se llena de domésticos que lloran, mientras entran los encargados de la preparación del cadáver, las dos hermanas son conducidas a otro lugar a llorar su dolor.

Maximino, que las guía, dice: «Ha expirado al concluir la segunda vigilia de la noche».

Y Noemí: «Mañana habrá que darle sepultura, y pronto, antes de la puesta del Sol, porque viene el sábado. Dijisteis que el Maestro quería grandes honores...».

«Sí, Maximino. Ocúpate tú de todo eso. Yo estoy aturdida» dice Marta.

«Me retiro para enviar a criados a la gente cercana o lejana, y para dar todas las demás indicaciones» dice Maximino, y se retira.

Las dos hermanas, abrazadas, lloran. Ya no se echan culpas la una a la otra. Lloran. Tratan de consolarse...

544.12 [12]Pasan las horas. El muerto está preparado en su habitación. Una larga forma envuelta en vendas bajo el sudario.

«¿Por qué ya cubierto así?» exclama Marta con tono de reproche.

«Señora... Hedía mucho por la nariz, y al moverle ha arrojado sangre corrompida» se excusa un doméstico anciano.

Las hermanas lloran intensamente. Lázaro está ya más lejos bajo esas vendas... Otro paso en la lejanía de la muerte.

Le velan con lágrimas hasta el alba, hasta que regresa del otro lado del Jordán el criado; este criado que se queda anonadado, pero que, no obstante, informa de la veloz carrera que ha realizado para llevar la respuesta de que Jesús va.

«¿Ha dicho que viene? ¿No ha hecho ningún reproche?» pregunta Marta.

«No, señora. Ha dicho: "Iré. Diles que iré y que tengan fe". Y antes había dicho: "Diles que estén tranquilas. No es una enfermedad de muerte, sino que es para gloria de Dios, para que su poder sea glorificado en su Hijo"».

«¿Ha dicho exactamente eso? ¿Estás seguro de ello?» pregunta María.

«¡Señora, durante todo el camino he venido repitiendo las palabras!».

«Márchate, márchate. Estás cansado. Has hecho todo bien. Pero ¡ya es demasiado tarde!...» suspira Marta, y rompe a llorar ruidosamente en cuanto se queda con su hermana.

«¡Marta!, ¿Por qué?...».

«¡Oh, además de la muerte la desilusión! ¡María! ¡María! ¿No piensas en que el Maestro esta vez se ha equivocado? Mira a Lázaro. ¡Está bien muerto! Hemos esperado más allá de lo creible y no ha servido. Cuando le he mandado el aviso —me habré equivocado, no digo que no— Lázaro estaba ya más muerto que vivo. Y nuestra fe no ha recibido fruto ni premio. ¡Y el Maestro envía el mensaje de que no es enfermedad de muerte! ¿Es que el Maestro ya no es la Verdad? Ya no es... ¡Oh! ¡Todo! ¡Todo! ¡Todo está terminado!».

María se retuerce las manos. No sabe qué decir. La realidad es realidad... Pero no habla. No dice una palabra contra su Jesús. Llora, verdaderamente agotada.

Marta tiene un pensamiento obsesivo en su corazón, el de haber tardado demasiado: «Es por culpa tuya» dice en tono de reproche. «Jesús quería probar nuestra fe así. Obedecer, sí. Pero también desobedecer por fe y demostrarle que creíamos que sólo Él podía y *debía* hacer el milagro. ¡Pobre hermano mío! ¡Y cuánto ha deseado su presencia! Al menos esto: ¡verle! ¡Pobre hermano nuestro! ¡Pobrecillo! ¡Pobrecillo!». Y el llanto se transforma en grito, al que hacen coro tras la puerta los gritos de las criadas y de los criados, según la costumbre oriental...

545. El criado de Betania refiere a Jesús el mensaje de Marta.

22 de diciembre de 1946.

[1]Anochece cuando el criado, remontando las zonas boscosas del río, 545.1
espolea al caballo, humoso de sudor, para que supere el desnivel que en ese punto hay entre el río y el camino del pueblo. Los lomos del pobre animal palpitan por la carrera veloz y larga. El pelaje negro está

todo vareteado de sudor, la espuma del bocado ha salpicado el pecho de blanco; resopla arqueando el cuello y meneando la cabeza.

Ahí está ya, en el caminito. Pronto llega a la casa. El criado pone pie en tierra de un salto, ata el caballo al seto y lanza una voz.

Por la parte de atrás de la casa se asoma la cabeza de Pedro, y su voz un poco áspera pregunta: «¿Quién llama? El Maestro está cansado. Hace muchas horas que no goza de tranquilidad. Es casi de noche. Volved mañana».

«No quiero nada del Maestro, yo. Estoy sano y sólo tengo que darle un mensaje».

Pedro se acerca diciendo: «¿Y de parte de quién, si se puede preguntar? Sin un seguro reconocimiento, no dejo pasar a nadie, y menos a uno que huela a Jerusalén, como tú». Se ha acercado lentamente, más escamado por la belleza del caballo negro ricamente ensillado que por el hombre. Pero cuando está justo frente a frente de éste reacciona con estupor: «¿Tú? ¿Pero tú no eres un criado de Lázaro?».

El criado no sabe qué decir. Su señora le ha dicho que hable sólo con Jesús. Pero el apóstol parece bien decidido a no dejarle pasar. El nombre de Lázaro —él lo sabe— es influyente ante los apóstoles. Se decide a decir: «Sí. Soy Jonás, criado de Lázaro. Debo hablar con el Maestro».

«¿Está mal Lázaro? ¿Te envía él?».

«Está mal, sí. Pero no me hagas perder tiempo. Debo regresar lo antes posible». Y para que Pedro se decida dice: «Han estado los miembros del Sanedrín en Betania...».

«¡¡¡Los miembros del Sanedrín!!! ¡Pasa! ¡Pasa!» y abre la portilla mientras dice: «Retira el caballo. Ahora le damos de beber y hierba, si quieres».

«Tengo forraje. Pero un poco de hierba no vendrá mal. El agua después. Antes le sentaría mal».

545.2 [2]Entran en la habitación grande donde están las yacijas. Atan al animal en un rincón para tenerle resguardado del aire; el criado lo cubre con la manta que iba atada a la silla, le da el forraje y la hierba que Pedro ha cogido no sé de dónde. Luego vuelven afuera. Pedro lleva al criado a la cocina y le da un vaso de leche caliente tomada de un caldero que está puesto al fuego, en vez del agua que había pedido.

Mientras el criado bebe y se repone junto al fuego, Pedro, que es heroico en no hacer preguntas curiosas, dice: «La leche es mejor que el agua que querías. ¡Y dado que la tenemos...! ¿Has hecho todo el camino en una etapa?».

«Todo en una etapa. Y lo mismo haré a la vuelta».

«Estarás cansado. ¿Y el caballo te resiste?».

«Espero que resista. Además, a la vuelta no voy a galopar como cuando he venido».

«Pero pronto será de noche. Empieza ya a alzarse la Luna... ¿Qué vas a hacer con el río?».

«Espero llegar al río antes de que se ponga la Luna. Si no, esperaré en el bosque hasta el alba. Pero llegaré antes».

«¿Y después? El camino desde el río hasta Betania es largo. Y la Luna se pone pronto. Está en sus primeros días».

«Tengo un buen farol. Lo enciendo y voy despacio. Por muy despacio que vaya, me iré acercando a casa».

«¿Quieres pan y queso? Tenemos. Y también pescado. Lo he pescado yo. Porque hoy me he quedado aquí; yo y Toma. Pero ahora Toma ha ido por el pan a casa de una mujer que nos ayuda».

«No. No te prives tú de ninguna cosa. He comido por el camino. Lo que tenía era sed, y también necesidad de algo caliente. Ahora estoy bien. Pero ¿vas a avisar al Maestro? ¿Está en casa?».

«Sí, sí. Si no hubiera estado, te lo habría dicho inmediatamente. Está allí, descansando. Porque viene mucha gente aquí... Tengo miedo incluso de que la cosa tenga resonancia y se presenten los fariseos a molestar. Toma un poco más de leche. Total, tendrás que dejar comer al caballo... y que dejarle descansar: sus lomos palpilaban como una vela mal tensada...».

«No. Vosotros necesitáis la leche. Sois muchos».

«Sí. Pero nosotros, que estamos fuertes —menos el Maestro, que habla tanto que tiene el pecho cansado, y los más viejos—, comemos cosas que hagan trabajar a los dientes. Toma. Es la de las ovejitas que dejó el anciano. La mujer, cuando estamos aquí, nos la trae. Pero si queremos más todos nos la dan. Aquí nos estiman y nos ayudan. [3]Y... dime: ¿eran muchos los miembros del Sanedrín?». 545.3

«¡Casi todos! Y, con ellos, otros: saduceos, escribas, fariseos, judíos de alto rango, algún herodiano...».

«¿Y qué ha ido a hacer esa gente a Betania? ¿Estaba José con ellos? ¿Nicodemo estaba?».

«No. Habían venido días antes. Y también Manahén había venido. Éstos no eran de los que aman al Señor».

«¡Bien lo creo! ¡Son tan pocos los miembros del Sanedrín que le estiman! ¿Pero qué cosa querían en concreto?».

«Al entrar dijeron que saludar a Lázaro...».

«¡Mmm! ¡Qué amor más extraño! ¡Siempre le han marginado, por *muchas* razones!... ¡Bien!... Vamos a suponerlo... ¿Han estado allí mucho tiempo?».

«Bastante. Y se marcharon inquietos. Yo no soy criado de la casa, y por eso no servía a las mesas; pero los otros que estaban dentro sirviendo dicen que hablaron con las señoras y que querían ver a Lázaro. Fue a ver a Lázaro Elquías y...».

«¡Buen elemento!...» susurra entre dientes Pedro.

«¿Qué has dicho?».

«¡Nada, nada! Sigue. ¿Y habló con Lázaro?».

«Creo que sí. Fue con María. Pero luego, no sé por qué... María se irritó, y los criados, que estaban alerta en las habitaciones contiguas para acudir en seguida, dicen que los ha echado de casa como a perros...».

«¡Viva ella! ¡Eso es lo que hace falta! ¿Y te han mandado a decirlo?».

«No me hagas perder más tiempo, Simón de Jonás».

«Tienes razón. Ven».

545.4 [4]Le guía hacia una puerta. Llama. Dice: «Maestro, ha venido un criado de Lázaro. Quiere hablar contigo».

«Que pase» dice Jesús.

Pedro abre la puerta, invita al criado a pasar, cierra, se retira y va, meritoriamente, junto al fuego a mortificar su curiosidad.

Jesús, sentado en el borde de su yacija, en el pequeño cuarto donde apenas hay espacio para la yacija y la persona que está en él —cuarto que antes era, sin duda, un reposte de víveres, porque todavía tiene ganchos en las paredes y tablas apoyadas en estacas—, mira sonriente al criado, que se ha arrodillado. Le saluda: «La paz sea contigo». Luego añade: «¿Qué nuevas me traes? Levántate y habla».

«Me mandan mis señoras, a decirte que vayas *en seguida* a su casa, porque Lázaro está muy enfermo y el médico dice que va a morir. Marta y María te lo suplican, y me han enviado a decirte: "Ven, porque sólo Tú le puedes curar"».

«Diles que estén tranquilas. Ésta no es una enfermedad que cause la muerte, sino que es gloria de Dios para que su potencia sea glorificada en el Hijo suyo».

«¡Pero está muy grave, Maestro! Su carne se necrosa y él ya no se alimenta. He deslomado al caballo para llegar más deprisa...».

«No importa. Es como Yo digo».

«¿Pero vas a ir?».

«Iré. Diles a ellas que iré y que tengan fe. Que tengan fe. Una fe absoluta. ¿Has comprendido? Ve. Paz a ti y a quien te envía. Te repito: "Que tengan fe. Absoluta". Ve».

El criado saluda y se retira.

545.5 [5]Pedro inmediatamente se llega a él: «Lo has dicho en poco tiem-

po. Creía que fueran largas palabras...». Le mira, le mira... El deseo de saber transpira por todos los poros de la cara de Pedro. Pero se contiene...

«Me marcho. ¿Me das agua para el caballo? Luego me marcharé».

«Ven. ¡Agua!... Tenemos todo un río para dártela, además del pozo para nosotros» y Pedro, provisto de una luz, le precede y le da el agua que ha pedido.

Dan de beber al caballo. El criado quita la manta, observa las herraduras, la cincha, las bridas, los estribos. Explica: «¡He corrido mucho! Pero todo está en orden. Adiós, Simón Pedro, y ora por nosotros».

Saca fuera al caballo. Sujetándolo por las bridas, sale al camino, pone un pie en el estribo, hace ademán de montar en la silla.

Pedro le retiene poniéndole una mano en el brazo, y dice: «Sólo quiero saber esto: ¿Aquí hay peligro para Él?, ¿han mencionado esta amenaza?, ¿querían saber por las hermanas dónde estábamos? ¡Dilo en nombre de Dios!».

«No, Simón. No. No se ha hablado de esto. Han venido por Lázaro... Nosotros sospechamos que era para ver si estaba el Maestro y si Lázaro estaba leproso, porque Marta gritaba fuerte que no estaba leproso, y lloraba... Adiós, Simón. Paz a ti».

«Y a ti y a tus señoras. Que Dios te acompañe en tu regreso a casa...».

Le mira mientras se marcha... hasta que desaparece, pronto, en el fondo del camino, porque el criado, antes que el sendero obscuro del bosque que sigue la orilla del río, prefiere tomar el camino principal, claro con el blancor de la Luna. Se queda pensativo. Luego cierra la portilla y vuelve a la casa.

[6]Va donde Jesús, que sigue sentado en la yacija, teniendo las manos apoyadas en el borde, absorto. Pero reacciona al sentir cerca a Pedro, que le mira interrogativamente. Le sonríe. 545.6

«¿Sonríes, Maestro?».

«Te sonrío a ti, Simón de Jonás. Siéntate aquí, cerca de mí. ¿Han vuelto los otros?».

«No, Maestro. Tomás tampoco. Habrá encontrado ocasión de hablar».

«Eso está bien».

«¿Está bien que hable? ¿Está bien que tarden los demás? Él habla incluso demasiado. ¡Siempre está alegre! ¿Y los otros? Estoy siempre preocupado hasta que regresan. Siempre tengo temor yo».

«¿De qué, Simón mío? No sucede nada malo por ahora, créelo.

Tranquilízate e imita a Tomás, que está siempre alegre. Tú, sin embargo, de un tiempo a esta parte, estás muy triste».

«¡Hombre claro, ¿y quién te quiere y no lo está?! Yo ya soy viejo, y reflexiono más que los jóvenes. También ellos te quieren, pero son jóvenes y piensan menos... De todas formas, si alegre te agrado más, lo estaré; me esforzaré en estarlo. Pero para poder estarlo dame almenos una cosa que me dé motivo para ello. Dime la verdad, mi Señor. Te lo pido de rodillas (y, efectivamente, se arrodilla). ¿Qué te ha dicho el criado de Lázaro? ¿Que te buscan? ¿Que quieren causarte algún mal? ¿Que...?».

Jesús pone la mano en la cabeza de Pedro: «¡No, hombre, no, Simón! Ninguna de esas cosas. Ha venido a decirme que Lázaro se ha agravado mucho, y no hemos hablado de nada sino de Lázaro».

«¿Nada, nada?».

«Nada, Simón. Y he respondido que tengan fe».

«Pero, en Betania han estado los del Sanedrín, ¿lo sabes?».

«¡Es natural! La casa de Lázaro es una casa importante. Y la costumbre nuestra prevé estos honores a una persona influyente que está muriendo. No te intranquilices, Simón».

«¿Pero estás seguro de que no han aprovechado esta disculpa para...?».

«Para ver si estaba Yo allí. Bueno, pues no me han encontrado. ¡Ánimo!, no estés tan asustado como si ya me hubieran capturado. Vuelve aquí, a mi lado, pobre Simón que de ninguna forma quieres convencerte de que a mí no me puede suceder nada malo hasta el momento decretado por Dios, y que en ese momento... nada servirá para defenderme del Mal...».

Pedro se le enrosca al cuello y le tapa la boca besándole en ella y diciendo: «¡Calla! ¡Calla! ¡No me digas estas cosas! ¡No quiero oírlas!».

Jesús logra librarse lo suficiente como para poder hablar, y susurra: «¡No las *quieres* oír! ¡Éste es el error! Pero soy indulgente conti-
545.7 go... [7]Mira, Simón. Dado que aquí estabas sólo tú, de todo lo sucedido, sólo tú y Yo debemos tener noticia. ¿Me entiendes?».

«Sí, Maestro. No hablaré con ninguno de los compañeros».

«¡Cuántos sacrificios! ¿No es verdad, Simón?».

«¿Sacrificios? ¿Cuáles? Aquí se está bien. Tenemos lo necesario».

«Sacrificios de no preguntar, de no hablar, de soportar a Judas... de estar lejos de tu lago... Pero Dios te recompensará por todo ello».

«¡Si te refieres a eso!... En vez del lago, tengo el río y... me arreglo para que me baste. Respecto a Judas... te tengo a ti, que me compensas plenamente... ¡Por las otras cosas!... ¡Menudencias! Y me sir-

ven para ser menos basto y más semejante a ti. ¡Qué feliz me siento de estar aquí contigo! ¡Entre tus brazos! El palacio de César no me parecería más hermoso que esta casa, si pudiera estar en ella siempre así, entre tus brazos».

«¿Qué sabes tú del palacio de César! ¿Acaso lo has visto?».

«No, y no lo veré nunca. Pero no tengo particular interés por verlo. De todas formas, supongo que será grande, hermoso, que estará lleno de objetos hermosos... y también de inmundicia. Como toda Roma, me imagino. ¡No estaría allí ni aunque me cubrieran de oro!».

«¿Dónde? ¿En el palacio de César o en Roma?».

«En ninguno de los dos sitios. ¡Lugares de maldición!».

«Precisamente por serlo, hay que evangelizarlos».

«¡¿Y qué pretendes hacer en Roma?! ¡Es un completo prostíbulo! No hay nada que hacer allí, a menos que vayas Tú. ¡Entonces!...».

«Iré. Roma es cabeza del mundo. Conquistada Roma, está conquistado el mundo».

«¿Vamos a Roma? ¡Te proclamas rey allí! ¡Oh, misericordia y poder de Dios! ¡Esto es un milagro!».

Pedro se ha puesto de pie y está con los brazos alzados frente a Jesús, que sonríe y le responde: «Yo iré en mis apóstoles. Vosotros me la conquistaréis. Y Yo estaré con vosotros. Pero allí hay alguien. Vamos, Pedro».

546. El día de los funerales de Lázaro.

23 de diciembre de 1946.

[1]La noticia de la muerte de Lázaro debe haber hecho el efecto que 546.1
produce el hurgar con un palo dentro de una colmena. Toda Jerusalén habla de ello. Personalidades del lugar, mercaderes, gente humilde, pobres, gente de la ciudad, de los campos cercanos, forasteros de paso —pero no completamente nuevos en el lugar—, extranjeros que están allí por primera vez —y que preguntan que quién es ese cuya muerte es motivo de tal manifestación popular—, romanos, legionarios, gente de la administración pública, levitas, sacerdotes... que se reúnen y se separan continuamente corriendo acá o allá... Corros de gente que con distintas palabras y expresiones habla de este hecho. Y hay quien alaba, quien llora, quien se siente más mendigo que de costumbre ahora que ha muerto el benefactor; hay quien gime: «No volveré a tener nunca más un jefe como él»; hay quien enumera sus méritos y quien da datos sobre su patrimonio y parentela, sobre los servicios y los cargos del padre y sobre la belleza y riqueza de la ma-

dre y su nacimiento "propio de una reina"; y hay quien, por desgracia, evoca también páginas familiares sobre las cuales sería bonito correr un velo, especialmente cuando hay de por medio un muerto que por aquéllas ha sufrido...

546.2 [2]Las noticias más heterogéneas sobre la causa de la muerte, sobre el lugar del sepulcro, sobre la ausencia de Cristo de la casa de su gran amigo y protector, precisamente en aquella circunstancia... Todo esto hace hablar a los corrillos de gente. Y las opiniones que predominan son dos: una, la de que esto ha sucedido, es más: ha sido producido, por la mala actitud de los judíos, Ancianos del Sanedrín, fariseos y otros semejantes, contra el Maestro; otra, la de que el Maestro, teniendo de frente una *verdadera* enfermedad mortal, se ha difuminado porque aquí sus engaños no habrían salido triunfadores. No hace falta ser muy agudos para comprender de qué fuente proviene esta última opinión, que sulfura a muchos, que replican: «¿Tú también eres fariseo? Si lo eres, ¡ojo, porque delante de nosotros no se blasfema contra el Santo! ¡Malditas víboras nacidas de hienas unidas con Leviatán! ¿Quién os paga por blasfemar contra el Mesías?».

Y en las calles se oyen discusiones, insultos, y se asiste a algún puñetazo incluso, y a mordaces improperios a los pomposos fariseos y escribas que pasan con aire de dioses sin conceder ni una mirada a la plebe que vocifera a favor de ellos o contra ellos, a favor del Maestro o contra Él. Y se oyen acusaciones. ¡Cuántas acusaciones!

«¡Éste dice que el Maestro es un falso! Sin duda, es uno que ha echado esa tripa con el dinero que le han dado esas serpientes que acaban de pasar».

«¿Con su dinero? ¡Con el nuestro, debes decir! ¡Nos chupan la sangre para estas cosas tan interesantes! Pero, ¿dónde está éste? Quiero ver si es uno de los que ayer han venido a decirme...».

«Ha huido. ¡Viva Dios que aquí debemos unirnos y actuar! ¡Son demasiado descarados!».

Otra conversación: «Te he oído y te conozco. ¡Diré cómo hablas del supremo Tribunal a quien debo decírselo!».

«Soy del Cristo y la baba del demonio no me daña. Díselo también a Anás y Caifás, si quieres, y que sirva para hacerlos más justos».

Y, más allá: «¿A mí? ¿A mí me llamas perjuro y blasfemo por seguir al Dios vivo? Tú si que eres perjuro y blasfemo, tú que le ofendes y le persigues. Te conozco, ¡eh! Te he visto y oído. ¡Espía! ¡Vendido! ¡Venid a echarle mano a éste...» y, mientras tanto, empieza a plantarle a un judío unos bofetones tales, que le ponen roja la cara huesuda y verdinosa.

«¡Cornelio, Simeón, mirad! Me están pegando» dice, dirigiéndose a un grupo de miembros del Sanedrín, otro que está más allá.

«Soporta por la fe y no te ensucies los labios ni las manos en la víspera de un sábado» responde uno de los llamados, sin siquiera volverse a mirar al desdichado contra el que un grupo de gente del pueblo ejercita una rápida justicia...

Las mujeres llaman a sus maridos con gritos, con súplicas, para que no se comprometan.

Los legionarios patrullan, abriéndose paso con sendos golpes de asta y amenazando arrestos y castigos.

La muerte de Lázaro, que es el hecho principal, es el motivo para pasar a hechos secundarios, desahogo de la larga tensión que hay en los corazones... Los miembros del Sanedrín, los Ancianos, los escribas, los saduceos, los judíos influyentes, pasan con expresión de indiferencia, con aire socarrón, como si toda esa explosión de pequeñas iras, de venganzas personales, de nerviosismo, no tuviera la raíz en ellos. Y a medida que van pasando las horas va creciendo la agitación y los corazones se van encendiendo cada vez más.

«Éstos dicen —¡fijaos!— que el Cristo no puede curar a los enfermos. Yo estaba leproso y ahora estoy sano. ¿Los conocéis a éstos? No soy de Jerusalén, pero nunca los he visto entre los discípulos del Cristo, de dos años a esta parte».

«¿Éstos? ¡Déjame que vea a ese del medio! ¡Ah, vil bandido! Éste es el que la pasada Luna me vino a ofrecer dinero en nombre del Cristo diciendo que Él paga a una serie de hombres para apoderarse de Palestina. Y ahora dice... ¿Pero por qué le has dejado huir?».

«¡Te das cuenta? ¡Qué granujas! ¡Y poco faltó para pegármela! Tenía razón mi suegro. [3]Ahí está José el Anciano, y Juan y Josué. Va- 546.3
mos a preguntarles si es verdad que el Maestro quiere formar ejércitos. Ellos son justos y además saben». Se acercan, rápidamente y en masa, a los tres miembros del Sanedrín. Exponen su pregunta.

«Marchaos a casa, hombres. Por las calles se peca y se causa daño. No polemicéis. No os alarméis. Ocupaos de vuestras cosas y vuestras familias. No prestéis oídos a los agitadores de gente ilusa, ni dejéis que os forjen falsas ilusiones. El Maestro es un maestro, no un guerrero. Vosotros le conocéis. Y lo que piensa lo dice. No os habría enviado a otros a deciros que le siguierais como guerreros, si hubiera querido que lo fuerais. No le perjudiquéis a Él, ni os perjudiquéis a vosotros mismos ni perjudiquéis a nuestra Patria. ¡A casa, hombres! ¡A casa! No hagáis de lo que ya de por sí es una desventura (la muerte de un justo) una serie de desventuras. Volved a las casas y orad por Lázaro, benefactor de todos» dice el de Arimatea, que debe ser

muy estimado y escuchado por el pueblo, que le conoce como justo.

También Juan —el que estuvo celoso— dice: «Es hombre de paz, * no de guerra. No prestéis oídos a los falsos discípulos. Recordad lo distintos que eran los otros que se presentaban como Mesías. Recordad, comparad, y vuestra justicia os dirá que esas incitaciones a la violencia no pueden venir de Él. ¡A casa! ¡A casa! Con las mujeres, que lloran, y con los niños, que están asustados. Está escrito: "¡Ay de los violentos y de los que favorecen los litigios!"».

Un grupo de mujeres, llorando, se acerca a los tres miembros del Sanedrín. Una de ellas dice: «Los escribas han amenazado a mi marido. ¡Tengo miedo! José, háblales tú».

«Lo haré. Pero que tu marido sepa guardar silencio. ¿Os pensáis que hacéis un bien al Maestro con estos alborotos, y que honráis al difunto? Os equivocáis. Perjudicáis al Uno y al otro» responde José,
546.4 y las deja para dirigirse hacia Nicodemo, que, seguido por los criados, viene por una calle: «No esperaba verte, Nicodemo. Yo mismo no sé cómo he podido. El criado de Lázaro ha venido, pasado el galicinio, a darme noticia de la desgracia».

«Y a mí más tarde. Me he puesto en camino inmediatamente. ¿Sabes si en Betania está el Maestro?».

«No, allí no. Mi intendente de Beceta ha estado allí en la hora tercera y me ha dicho que no está».

«Hay una cosa que no comprendo... ¿Cómo... a todos el milagro y a él no?» exclama Juan.

«Quizás porque a esa casa le ha dado ya más que una curación: ha redimido a María y ha restituido la paz y el honor...» dice José.

«¡Paz y honor! De los buenos a los buenos. Porque muchos... no han dado ni dan honor, ni siquiera ahora que María... Vosotros no lo sabéis... Hace tres días estuvieron allí Elquías y muchos otros... y no dieron ningún honor. María los echó de casa. Me lo dijeron furiosos. Y yo dejé hablar para no descubrir mi corazón...» dice Josué.

«¿Y ahora van a ir a los funerales?» pregunta Nicodemo.

«Han recibido el aviso y se han reunido en el Templo para debatir este asunto. ¡Los criados han tenido que correr mucho esta mañana al amanecer!».

«¿Por qué tan rápito el funeral? ¡Inmediatamente después de la hora sexta!...».

«Porque Lázaro estaba ya descompuesto en el momento de su muerte. Me ha dicho mi administrador que, a pesar de las resinas que arden en las habitaciones y los aromas vertidos encima del

---

* *el que estuvo celoso*, como se narra en 409.

muerto, el hedor del cadáver se percibe ya desde el pórtico de la casa. Y además con el ocaso empieza el sábado. No era posible de otra manera».

[5]«¿Y dices que se han reunido en el Templo? ¿Para qué?». 546.5

«Bueno... La verdad es que la reunión ya estaba anunciada para examinar la cuestión de Lázaro. Quieren decir que estaba leproso...» dice Josué.

«Eso no. Él habría sido el primero que se habría aislado, según la Ley» dice, en tono de defensa, José. Y añade: «He hablado con su médico. Lo ha excluido rotundamente. Estaba enfermo de una consunción pútrida».

«Pues si Lázaro estaba ya muerto, ¿de qué han discutido?» pregunta Nicodemo.

«De si ir o no a los funerales, después de que María los había echado de casa. Unos sí que querían, otros no. Pero la mayoría quería ir, por tres motivos: la primera razón, común a todos, es ver si está el Maestro; la segunda razón es ver si hace el milagro; tercera razón es el recuerdo de recientes palabras del Maestro a los escribas a la orilla del Jordán en la zona de Jericó» explica Josué.

«¿El milagro! ¿Cuál, si ya está muerto?» pregunta Juan encogiéndose de hombros, y termina: «¡Siempre iguales!... ¡Buscadores de lo imposible!».

«El Maestro ha resucitado a otros muertos» observa José.

«Es verdad. Pero si hubiera querido mantenerle vivo no le habría dejado morir. Tu razón de antes es válida. Ellos ya han recibido».

«Sí. Pero Uziel se ha acordado —y también Sadoq— de un reto de hace muchas lunas. El Cristo dijo que daría la prueba de saber recomponer incluso un cuerpo descompuesto. Y Lázaro está en esa situación. Y Sadoq, el escriba, dice también que, a orillas del Jordán, el Rabí, motu proprio, le dijo que con la nueva luna vería cumplirse la mitad del reto. Esta mitad: la de uno que, en estado de descomposición, revive, y ya sin estado de descomposición ni enfermedad. Y han vencido ellos. Si ello sucede, es, sin duda, porque está el Maestro. Y también, si ello sucede, ya no hay duda sobre Él».

«Con tal de que no sea para mal...» susurra José.

«¿Para mal? ¿Por qué? Los escribas y fariseos se convencerán...».

«¡Juan! ¿Pero es que eres un extranjero, para decir eso? ¿No conoces a tus paisanos? ¿Pero cuándo los ha hecho santos la verdad? ¿No te dice nada el hecho de que a mi casa no hayan llevado la invitación para la asamblea?».

«Tampoco a la mía. Dudan de nosotros y frecuentemente nos excluyen» dice Nicodemo. Y pregunta: «¿Estaba Gamaliel?».

«Su hijo. Irá en lugar de su padre, que está enfermo en Gamala de Judea».

«¿Y qué decía Simeón?».

«Nada. Nada de nada. Ha escuchado. Se ha marchado. Hace poco ha pasado con unos discípulos de su padre, iba hacia Betania».

Están casi en la puerta que se abre en el camino de Betania. Juan exclama: «¡Mira! Está vigilada. ¿Por qué será? Y paran a los que salen».

«La ciudad está revuelta...».

«¡No es una agitación de las más fuertes!...».

546.6 [6]Llegan a la puerta y los paran como a todos los demás.

«¿La razón de esto, soldado? Toda la Antonia me conoce, y de mí no podéis decir nada malo. Os respeto y respeto vuestras leyes» dice José de Arimatea.

«Orden del centurión. El Prefecto está para entrar en la ciudad y queremos saber quién sale por las puertas, y especialmente por esta que da al camino de Jericó. Nosotros te conocemos. Pero conocemos también vuestro humor respecto a nosotros. Tú y los tuyos pasad. Y si tenéis influencia sobre el pueblo decid que les conviene estar tranquilos. Poncio no es amigo de cambiar sus costumbres por súbditos que causan molestias... y podría ser demasiado severo. Éste es un consejo leal para ti que eres leal».

Pasan...

«¿Has oído? Preveo días duros... Habrá que aconsejar a los otros, más que al pueblo...» dice José.

546.7 [7]El camino de Betania está lleno de gente. Todos van en una dirección: hacia Betania. Todos van a los funerales. Se ve a miembros del Sanedrín y a fariseos mezclados con saduceos y escribas, y éstos con agricultores, siervos, administradores de las distintas casas y fincas rústicas que Lázaro tiene en la ciudad y en el campo, y, cuanto más se acerca uno a Betania, más va agregándose gente —procedente de todos los senderos y caminos— a este camino, que es el principal.

Ahí está Betania, una Betania de luto en torno a su más grande vecino. Todos los habitantes, con los vestidos mejores, están ya fuera de las casas, ahora cerradas como si nadie estuviera en ellas. Pero todavía no han entrado en la casa del muerto. La curiosidad los retiene junto a la cancilla, en la orilla del camino. Observan qué invitados pasan y se transmiten unos a otros nombres e impresiones.

«Ahí está Natanael ben Faba. ¡Oh, el viejo Matatías, pariente de Jacob! ¡El hijo de Anás! Mírale allí con Doras, Calasebona y Arquelao. ¡Mira! ¿Cómo se las han arreglado los de Galilea para venir? Es-

tán todos. Mira: Elí, Jocanán, Ismael, Urías, Joaquín, Elías, José... El viejo Cananías con Sadoq, Zacarías y Jocanán saduceos. Está también Simeón de Gamaliel. Solo. El rabí no está. ¡Ahí están Elquías con Nahúm, Félix, Anás el escriba, Zacarías, Jonatán de Uziel! Saúl con Eleazar, Trifón y Joazar. ¡Buenos son! Otro de los hijos de Anás. El más pequeño. Está hablando con Simón Camit. Felipe con Juan el de Antipátrida. Alejandro, Isaac, y Jonás de Babaón. Sadoq. Judas, descendiente de los Asideos, el último, creo, de la clase. Ahí están los administradores de los distintos palacios. No veo a los amigos fieles. ¡Cuánta gente!».

¡Verdaderamente! ¡Cuánta gente! Todos con aspecto grave; parte con cara de circunstancias, parte con signos de verdadero dolor en el rostro. La cancilla abierta de par en par se traga a todos. Veo pasar a todos los que en sucesivas ocasiones he visto, benevolentes o enemigos, en torno al Maestro. Todos, menos Gamaliel y menos el Anciano Simón. Y veo a otros que no he visto nunca, o que quizás haya visto, pero sin haber sabido su nombre, en las controversias alrededor de Jesús... Pasan rabíes con sus discípulos, y grupos compactos de escribas. Pasan judíos cuyas riquezas oigo enumerar... El jardín está lleno de gente que, tras haberse acercado a decir palabras de pésame a las hermanas —las cuales, como será, quizás, costumbre, están sentadas bajo el pórtico y por tanto fuera de la casa—, vuelven a distribuirse por el jardín formando una continua mezcla de colores y haciendo continuas, pronunciadas reverencias.

Marta y María están deshechas. Están agarradas de la mano como dos niñas, asustadas por el vacío que se ha creado en su casa, por la *nada* que llena su día, ahora que ya no hay que cuidar a Lázaro. Escuchan las palabras de los que han venido. Lloran con los verdaderos amigos, con los subordinados fieles. Hacen gestos de reverencia a los gélidos, solemnes, rígidos miembros del Sanedrín, que han venido más para hacer ostentación de sí mismos que para honrar al difunto. Responden, cansadas de repetir las mismas cosas cientos de veces, a quienes les preguntan algo acerca de los últimos momentos de Lázaro.

José, Nicodemo, los amigos más leales, se ponen a su lado con pocas palabras, pero con una amistad que consuela más que cualquier palabra.

[8]Vuelve Elquías con los más intransigentes, con los cuales ha estado hablando mucho, y pregunta: «¿No podríamos observar al muerto?». 546.8

Marta se pasa con dolor la mano por la frente y pregunta: «¡Pero desde cuándo se hace eso en Israel? Ya está preparado...», y lágri-

mas lentas se deslizan por sus mejillas.

«No se hace, es verdad. Pero nosotros deseamos hacerlo. Los amigos más fieles bien tiene derecho a ver por última vez al amigo».

«También nosotras, sus hermanas, hubiéramos tenido este derecho. Pero ha sido necesario embalsamarle en seguida... Y, cuando volvimos a la habitación de Lázaro, ya vimos solamente la forma envuelta en las vendas...».

«Deberíais haber dado órdenes claras. ¿No hubierais podido, y no podríais ahora, levantar el sudario y descubrir la cara?».

«Ya está descompuesto... Y ya es la hora de los funerales».

José interviene: «Elquías, me parece que nosotros... por exceso de amor, causamos dolor. Dejemos tranquilas a las hermanas...».

Se acerca Simón, hijo de Gamaliel, e impide la respuesta de Elquías. Dice: «Mi padre vendrá en cuanto pueda. Le represento. Él apreciaba a Lázaro, y yo también».

Marta se inclina y contesta: «El honor que hace el rabí a nuestro hermano sea recompensado por Dios».

Elquías, estando allí el hijo de Gamaliel, no insiste y se retira; conversa con otros, que le hacen esta observación: «¿Pero no sientes el hedor? ¿Lo vas a poner en duda? Además, veremos si tapian el sepulcro. No se vive sin aire».

Otro grupo de fariseos se acerca a las hermanas. Son casi todos los de Galilea. Marta recibe sus manifestaciones de pésame, no se puede retener de expresar su estupor por su presencia.

«Mujer, el Sanedrín se reúne para deliberaciones de suma importancia. Estamos en la ciudad por este motivo» explica Simón de Cafarnaúm, y mira a María, cuya conversión ciertamente recuerda; pero se limita a mirarla.

546.9 [9]Ahora se acercan Jocanán, Doras hijo de Doras e Ismael, con Cananías y Sadoq, y con otros que no conozco. Ya antes de abrir la boca hablan con sus caras de víbora. Y, para poder herir, esperan a que José se haya separado, con Nicodemo, para hablar con tres judíos. Es el viejo Cananías el que, con su voz ronca de viejo decrépito, descarga la puñalada: «¿Tú qué opinas, María? Vuestro Maestro es el *único ausente* de entre los muchos amigos de tu hermano. ¡Una amistad muy particular! ¡Mucho amor mientras Lázaro estaba bien! ¡Indiferencia cuando era la hora de amarle! Todos han recibido milagros de Él. Pero aquí no hay milagro. ¿Qué opinas, mujer, de una cosa como ésta? ¡Bien te ha engañado, bien, el apuesto Rabí galileo! ¡Je! ¡Je! ¿No dijiste que se había dicho que esperaras más allá de lo esperable? ¿Es que no has esperado o es que no sirve para nada esperar en Él? Dijiste que esperabas en la Vida. ¡Sí, claro! Él se llama

"la Vida", ¡je! ¡je! Pero ahí adentro está tu hermano muerto. Y allí está ya abierta la boca del sepulcro. Y el Rabí no está. ¡Je! ¡Je!».

«Sabe dar la muerte, no la vida» dice con una sonrisita burlona Doras.

Marta agacha la cabeza y mete la cara entre sus manos. Llora. La realidad está bien clara; su esperanza, bien desilusionada: el Rabí no está, ni siquiera ha venido a consolarlas; y ya habría tenido tiempo de estar allí. Marta llora, ya sólo sabe llorar.

También María llora. También ella tiene ante sí la realidad. Ha creído, ha esperado más allá de lo creíble... y nada ha sucedido, y los criados ya han apartado la piedra de la boca del sepulcro, porque empieza a declinar el Sol, y el Sol desciende pronto en invierno, y es viernes, y todo debe estar concluido a tiempo y de manera que los que han venido no deban transgredir las leyes del sábado, que dentro de poco comienza. Ha esperado mucho, siempre, demasiado; ha consumido sus capacidades en esta esperanza. Y se siente desilusionada.

Canarías insiste: «¿No me respondes? ¿Te convences ahora de que es un impostor que se ha aprovechado y burlado de vosotras? ¡Pobres mujeres!» y menea la cabeza en medio de los otros como él, los cuales hacen lo mismo y también dicen: «¡Pobres mujeres!».

[10]Maximino se acerca: «Es la hora. Dad la orden. Os compete a vosotras». 546.10

Marta cae al suelo. La socorren. Se la llevan usando para ello sólo los brazos, entre los gritos de los criados, que comprenden que ha llegado la hora de depositar el cuerpo en el sepulcro, y entonan lamentaciones.

María aprieta las manos, convulsa. Suplica: «¡Todavía un poco! ¡Todavía un poco! Mandad criados al camino que va a Ensemes y a la fuente; a todos los caminos. Criados a caballo. Que vean si viene...».

«¡Pero, desdichada, ¿esperas todavía?! ¡Pero qué se necesita para convencerte de que os ha traicionado y defraudado? Os ha odiado y se ha burlado de vosotras...».

¡Es demasiado! Con la cara lavada por el llanto, torturada pero fiel, en medio del semicírculo que forman los que han venido y están reunidos para ver salir el cadáver, María proclama: «Si Jesús de Nazaret lo ha hecho así, bien hecho está, y grande es su amor por todos nosotros de Betania. ¡Todo para gloria de Dios y suya! Él ha dicho que esto significará gloria para el Señor, porque la potencia de su Verbo resplandecerá completa. Haz lo que debes hacer, Máximo; el sepulcro no es un obstáculo para el poder de Dios...».

Se separa, sujetada por Noemí, que se ha acercado presurosa, y

hace un gesto... El cadáver, envuelto en su mortaja, sale de la casa, cruza el jardín entre dos filas de gente, entre los gritos del duelo. María quisiera seguirlo, pero se tambalea. Se pone al final de la gente cuando ya todos van hacia el sepulcro. Llega a tiempo para ver desaparecer la larga forma inmóvil en el interior obscuro del sepulcro, donde rojean las antorchas, mantenidas en alto por los criados para iluminar la escalera a los que bajan con el muerto. Porque el sepulcro de Lázaro está más bien enterrado, quizás para aprovechar unos estratos de roca subterránea.

María grita... Está en el ápice de la congoja... Grita... Y junto al nombre de su hermano está el de Jesús. Parece que le arrancaran el corazón. Pero sólo dice esos dos nombres, y los repite hasta que el denso ruido del cierre devuelto a la boca de la tumba le dice que Lázaro ya no está en la Tierra ni siquiera con el cuerpo. Entonces cede y pierde la conciencia de todo. Cae rendida sobre quien la sujeta y, mientras se hunde en la nada del desvanecimiento, todavía suspira: «¡Jesús! ¡Jesús!». Se la llevan.

546.11 [11]Se queda Maximino para despedir a los que han venido, y para darles las gracias en nombre de toda la familia. Se queda para oírles decir a todos que volverán para el duelo todos los días...

Poco a poco van despejando el lugar. Los últimos que se marchan son José, Nicodemo, Eleazar, Juan, Joaquín, Josué. Y en la cancilla ven a Sadoq y a Uriel riéndose con maldad y diciendo: «¡Su reto! ¡Y nosotros lo hemos temido!».

«¡Bien muerto está! ¡Cómo olía, a pesar de los aromas! ¡No hay duda, no! No había necesidad de destapar la cara. Yo creo que está ya agusanado». Están contentos.

José los mira. Una mirada tan severa que cercena palabras y risas. Todos se apresuran a regresar para estar en la ciudad antes del final del ocaso.

547. Jesús decide ir a Betania.

24 de diciembre de 1946.

547.1 [1]La luz ya no es luz en el huertecito de la casa de Salomón, y los árboles, los contornos de las casas que hay al otro lado del camino, y especialmente el fondo del propio camino —donde la callecita deja de ser tal calle en la zona arbórea del río—, van perdiendo sus perfiles nítidos, para unificarse en una única línea de sombras más o menos claras, más o menos obscuras, con la sombra del anochecer, que se adensa cada vez más. Más que colores, las cosas esparcidas sobre la

tierra son ya sonidos. Voces de niños provenientes de las casas, madres que llaman, hombres que azuzan a las ovejas o al burro, algún que otro chirrido de poleas en los pozos, frufrú de hojas con el viento del anochecer, golpes secos, como de palos entrechocados, de los eléboros esparcidos por el boscaje. Arriba el primer titileo de las estrellas, todavía inseguro porque hay aún un vestigio de luz y porque la primera claridad de la Luna empieza a extenderse en el cielo.

«El resto lo diréis mañana. Ahora ya basta. Es de noche. Que cada uno vaya a su casa. La paz a vosotros. La paz a vosotros. Sí... Sí... Mañana. ¿Eh? ¿Qué dices? ¿Que tienes un escrúpulo? Déjalo tranquilo hasta mañana. Si mañana no se te ha pasado, vienes. ¡Pues sólo faltaba eso! ¡Ahora también los escrúpulos para cansarle más! ¡Y los ávidos de ganancia! Y las suegras que quieren hacer cambiar a las nueras, y las nueras que quieren hacer menos ariscas a las suegras, y que unas y otras merecerían que les cortaran la lengua. ¿Y qué otras cosas hay? ¿Tú? ¿Qué dices? ¡Oh, éste sí! ¡Pobrecito! Juan, lleva a este niño donde el Maestro. Su madre está enferma y le manda para decir a Jesús que ore por ella. ¡Pobrecito! Se ha quedado atrás porque es pequeño. Y viene de lejos. ¿Cómo va a volver a casa? ¡Eh, todos vosotros! En vez de estar aquí para gozar de Él, ¿no podríais poner en práctica lo que el Maestro os ha dicho: ayudarse unos a otros, y los más fuertes prestar ayuda a los más débiles? ¡Venga! ¿Quién acompaña a casa al niño? Pudiera ser —no lo quiera Dios— que se encontrara a su madre muerta... Pues que al menos la vea. Asnos tenéis... ¿Que es de noche? ¿Y qué hay más hermoso que la noche? Yo he trabajado durante lustros a la luz de las estrellas, y estoy sano y robusto. ¿Le llevas tú a casa? Que Dios te bendiga, Rubén. Aquí tienes al niño. ¿Te ha consolado el Maestro? Sí. Entonces puedes marcharte. Y sé feliz. Pero, habrá que darle comida. Quizás no come desde esta mañana».

«El Maestro le ha dado leche caliente, pan y fruta; lo tiene en la tuniquita» dice Juan.

«Entonces ve con este hombre. Te lleva a casa con el burro».

Por fin toda la gente se ha marchado y Pedro puede descansar, y también Santiago, Judas, el otro Santiago y Tomás, que le han ayudado a mandar a las casas a los más obstinados.

«Vamos a cerrar. No sea que alguno se arrepienta y vuelva, como esos dos. ¡Uf, qué cansado es el día después del sábado!» dice Pedro, y entra en la cocina y cierra la puerta; y añade: «¡Ahora estaremos en paz!».

[2]Mira a Jesús, que está sentado al lado de la mesa, apoyando el codo en ella, sujetando la cabeza sobre la mano, pensativo, absorto. 547.2

Se acerca a Él, le pone la mano en el hombro y le dice: «¡Estás cansado, ¿no?! ¡Mucha gente! Vienen de todas partes, a pesar de la estación en que estamos».

«Parece como si tuvieran miedo a perdernos pronto» observa Andrés, que está quitando las tripas a unos peces. También los otros se dedican a preparar el fuego para asarlos, o a remover unas achicorias que hay en un caldero hirviendo. Sus sombras se proyectan sobre las paredes obscuras que el fuego, más que la luz, esclarece.

Pedro busca una taza para dar leche a Jesús, que parece muy cansado. Pero no encuentra la leche y pregunta por ella a los otros.

«El niño se ha bebido la última que teníamos. La otra ha sido para el viejo mendigo y para la mujer que tenía a su marido enfermo» explica Bartolomé.

«¡Y el Maestro se ha quedado sin ella! No habríais debido darla toda».

«Lo ha querido Él así...».

«Siempre querría así. Pero no debemos dejarle. Da la ropa, da su parte de leche, se da a sí mismo, y se agota...» Pedro está disgustado.

«¡Tranquilo, Pedro! Dar es mejor que recibir» dice Jesús saliendo * serenamente de su abstracción.

«¡Sí, claro! Y Tú das, das y te agotas. Y cuanto más te muestras dispuesto a todo acto de generosidad más se aprovechan los hombres».

Mientras dice esto, frota la mesa con unas hojas ásperas que dan un olor mitad a almendra mitad a crisantemo y la deja bien limpia, para poner encima pan y agua, y coloca una copa delante de Jesús, quien, sin demora, como teniendo mucha sed, se echa de beber. Pedro pone otra copa en el otro lado de la mesa, junto a un plato que contiene aceitunas y tallos de hinojo silvestre. Añade la bandeja de la achicoria —ya condimentada por Felipe— y, junto con los compañeros, trae unos taburetes muy rústicos para añadirlos a las cuatro sillas que hay en la cocina y que son insuficientes para trece personas.

Andrés ha estado cuidando el asado del pescado en la brasa y ahora lo coloca en otro plato y se acerca a la mesa con otros panes. Juan quita la lámpara del lugar donde estaba y la coloca en medio de la mesa.

Jesús se levanta mientras todos se acercan a la mesa para cenar. Ora en voz alta, ofreciendo el pan y bendiciendo luego la mesa. Se sienta. Los demás también. Distribuye el pan y los peces (o sea, colo-

* *Dar es mejor que recibir* es una sentencia de Jesús no reseñada en los Evangelios pero recordada en *Hechos 20, 35*.

ca los peces encima de las formas de pan, anchas y poco altas; del pan, en parte hecho recientemente y en parte no, que cada uno se ha puesto delante). Luego los apóstoles se sirven la achicoria, usando para ello el tenedor grande de madera que está hundido en ella. Para la verdura también hace de plato el pan. Sólo Jesús tiene delante un plato, de metal, grande y más bien deteriorado, y lo usa para la repartición del pescado, dando, ora a uno ora a otro, una porción de exquisito manjar: parece un padre entre sus hijos; padre siempre, aunque Natanael, Simón Zelote y Felipe puedan parecer padres de Él, y Mateo y Pedro puedan parecer sus hermanos mayores.

[3]Comen y hablan de los hechos del día; Juan se ríe con ganas por 547.3
el enfado de Pedro respecto al pastor de los montes de Galaad, que pretendía que Jesús subiera hasta donde estaba el rebaño, para que le bendijera y le hiciera ganar mucho dinero a él para la dote que debía dar a su hija.

«Pues tiene poca gracia. Mientras decía: "Tengo enfermas a las ovejas y, si se mueren, me quedo en la ruina" he sentido compasión de él. Es como si a nosotros, pescadores, nos entrara la carcoma en una barca. No se podría pescar, ni comer. Y todos tenemos derecho a comer. Pero, cuando ha dicho: "Y quiero tenerlas sanas porque quiero hacerme rico y asombrar al pueblo por la dote que voy a dar a Ester y por la casa que me voy a construir", entonces me he puesto de mal talante. Le he dicho: ¿Y para esto has recorrido tanto camino? ¿Sólo te preocupan la dote, las riquezas y las ovejas? ¿No tienes un alma?". Me ha contestado: "Para el alma tengo tiempo. Ahora me preocupan las ovejas y la boda, porque es un buen partido y Ester ya empieza a hacerse mayor". Entonces, bueno, pues, si no hubiera sido porque me he acordado de que Jesús dice que debemos ser misericordiosos con todos, ¡fresco hubiera ido ese hombre! Le he hablado entre
* tramontana y siroco».

«Y parecía que no ibas a acabar nunca. No cogías aliento. Se te habían engrosado las venas del cuello, las tenías salientes como dos palos» dice Santiago de Zebedeo.

«Hacía un buen rato que se había marchado el pastor y tú seguías predicando. ¡Y dices que no sabes hablar a la gente! ¡Si llegas a saber!» añade Tomás, y le abraza diciendo: «¡Pobre Simón! ¡Qué furia te ha venido!».

«¿Pero es que no tenía razón? ¿Qué es el Maestro? ¿El hacedor de fortunas de todos los estúpidos de Israel? ¿Un paraninfo para las bodas de los otros?».

* *entre tramontana y siroco*, es decir, con la impetuosidad del soplo de dos vientos de dirección opuesta.

«No te inquietes, Simón. Te sienta mal el pescado, si te lo comes con ese enojo» le hurga afablemente Mateo.

«Tienes razón. Siento en todo el sabor de los banquetes en casa de los fariseos, cuando como pan con temor y carne con furia».

Todos se ríen. Jesús sonríe y calla.

547.4 [4]Están al final de la cena. Saciados, satisfechos de alimento y calor, están, un poco emperezados, alrededor de la mesa. También hablan menos. Algunos dan cabezadas. Tomás se distrae dibujando con el cuchillo una ramita de flores en la madera de la mesa.

Los hace reaccionar la voz de Jesús, quien, abriendo los brazos —los tenía cruzados y apoyados en el borde de la mesa— y extendiendo las manos, como hace el sacerdote cuando pronuncia "Dominus vobiscum", dice: «¡Pues a pesar de todo tenemos que marcharnos!». *

«¿A dónde, Maestro? ¿Donde ese de las ovejas?» pregunta Pedro.

«No, Simón. A casa de Lázaro. Volvemos a Judea».

«¡Maestro, recuerda que los judíos te odian!» exclama Pedro.

«Hace no mucho, querían lapidarte» dice Santiago de Alfeo.

«¡Pero, Maestro, es una imprudencia!» exclama Mateo.

«¿Lo que sea de nosotros no te importa?» pregunta Judas Iscariote.

«¡Oh, Maestro y hermano mío, te conjuro en nombre de tu Madre y de la Divinidad que está en ti: no permitas que los diablos te pongan las manos encima para mordaza de tu palabra. Estás solo, demasiado solo, contra todo un mundo que te odia y que, en la Tierra, es poderoso» dice Judas Tadeo.

«¡Maestro, tutela tu vida! ¿Qué sería de mí, de todos, si nos faltaras?». Juan, muy turbado, le mira con ojos dilatados de niño asustado y afligido.

Pedro, después de la primera exclamación, se ha vuelto hacia los más ancianos, y hacia Tomás y Santiago de Zebedeo, y habla nerviosamente con ellos. Todos opinan que Jesús no debe acercarse a Jerusalén, al menos mientras el tiempo pascual no haga más segura la permanencia allí, porque —dicen— la presencia de gran número de seguidores del Maestro —congregados allí de todas las partes de Palestina para las fiestas pascuales— sería una defensa para el Maestro. Ninguno de los que le odian se atrevería a tocarle teniendo a todo un pueblo estrechado en torno a Él con amor... Y se lo dicen, angustiadamente, casi queriendo imponerse... El amor los mueve a hablar.

---

* *Dominus vobiscum*, es decir "el Señor esté con vosotros", es el saludo que el sacerdote dirige a los fieles durante la celebración de la Misa, que en los tiempos de la escritora se decía en latín.

[5]«¡Tranquilidad! ¡Tranquilidad! ¿No tiene, acaso, doce horas la 547.5
jornada? Si uno anda durante el día, no tropieza, porque ve la luz de este mundo; pero, si anda de noche, tropieza, porque no ve. Yo sé lo que me hago, porque la Luz está en mí. Vosotros dejaos guiar por quien ve. Y sabed, además, que hasta que no llegue la hora de las tinieblas, nada tenebroso podrá producirse. Pero cuando llegue esa hora, ninguna lejanía ni ninguna fuerza, ni siquiera los cuerpos militares de César, podrán salvarme de los judíos. Porque lo que está escrito debe producirse, y las fuerzas del mal ya actúan ocultamente para cumplir su obra. Por tanto, dejadme moverme, y hacer el bien mientras me encuentre libre para ello. Llegará la hora en que no pueda mover un dedo ni decir una palabra para obrar milagros. El mundo estará vacío de mi fuerza. Hora tremenda de castigo para el hombre. No para mí. Para el hombre que no haya querido amarme. Y esa hora se repetirá, por voluntad del hombre que haya rechazado a la Divinidad hasta hacer de sí un sin Dios, un seguidor de Satanás y de su hijo maldito. Hora que vendrá cuando esté próximo el fin de este mundo. La no-fe imperante inutilizará mi potencia de milagro. No porque Yo pueda perderla, sino porque el milagro no puede ser concedido donde no hay fe y voluntad de obtenerlo; donde del milagro se haría un objeto de burla y un instrumento de mal, usando el bien recibido para hacer un mayor mal. Ahora puedo hacer todavía milagros, y hacerlos para dar gloria a Dios. [6]Vamos, pues, donde nuestro 547.6
amigo Lázaro, que duerme. Vamos a despertarle de este sueño, para que esté lozano y preparado para servir a su Maestro».

Le observan: «Pero está bien que duerma. Acabará de curarse. El sueño es ya de por sí un remedio. ¿Por qué despertarle?».

«Lázaro ha muerto. He esperado a que hubiera muerto para ir allá. No por las hermanas ni por él, sino por vosotros. Para que creáis. Para que crezcáis en la fe. Vamos a casa de Lázaro».

«¡Bueno, de acuerdo, pues vamos! Moriremos todos, como ha muerto él y como Tú quieres morir» dice Tomás, resignado fatalista.

«Tomás, Tomás, y todos vosotros, que por dentro criticáis y rezongáis, sabed que el que quiera seguirme deberá tener respecto a su vida la misma preocupación que tiene el ave por la nube que pasa: dejarla pasar siguiendo el viento que la desplaza. El viento es la voluntad de Dios, quien puede daros o quitaros la vida según le plazca; y vosotros no debéis quejaros de ello, de la misma manera que el ave no se queja de la nube que pasa, sino que canta igualmente, segura de que más tarde volverá el tiempo sereno. Porque la nube es la incidencia y el cielo es la realidad. El cielo permanece siempre azul, aun cuando las nubes parecen ponerle gris. Es y permanece azul por en-

cima de las nubes. Lo mismo sucede con la Vida verdadera: es y permanece, aunque la vida humana decline. El que quiera seguirme no deberá conocer ni ansia por la vida ni miedo por ella. Os mostraré cómo se conquista el Cielo. Pero ¿cómo podréis imitarme, si tenéis miedo de ir a Judea, vosotros a quienes ahora no se hará mal alguno? ¿Tenéis escrúpulos de que os vean conmigo? Sois libres para abandonarme. Pero, si queréis quedaros, debéis aprender a desafiar al mundo, con sus críticas, sus trampas, sus burlas, sus tormentos,
547.7 para conquistar el Reino mío. 7Vamos, pues, a sacar de la muerte a Lázaro, que duerme en el sepulcro desde hace dos días; pues murió la noche que vino aquí el criado de Betania. Mañana, a la hora sexta, después de la despedida de los que esperan a mañana para recibir de mí confortación y premio a su fe, nos marcharemos, pasaremos el río y nos alojaremos durante la noche en casa de Nique. Luego, al amanecer, saldremos para Betania, recorriendo el camino que pasa por Ensemes. Estaremos en Betania antes de la sexta. Habrá mucha gente. Y los corazones experimentarán una profunda impresión. Lo he prometido y lo mantengo...».

«¿A quién, Señor?» pregunta casi con miedo Santiago de Alfeo.

«A quien me odia y a quien me ama, en ambos casos de forma absoluta. ¿No os acordáis de la discusión en Quedes con los escribas? Les cabía aún llamarme engañador por haber resucitado a una niña que acababa de morir y a uno que había muerto el día anterior. Dijeron: "Todavía no has sabido recomponer a uno que esté descompuesto". Efectivamente, sólo Dios puede del fango sacar un hombre y de la materia putrefacta rehacer un cuerpo intacto y vivo. Pues bien, Yo lo haré. Durante la luna de Kisléu, a orillas del Jordán, recordé Yo mismo a los escribas este reto, y dije: "En la nueva luna se cumplirá". Esto para quienes me odian. Y a las hermanas, que me aman de forma absoluta, les prometí que premiaría su fe si continuaban esperando contra lo creíble. Las he probado mucho y las he afligido mucho, y sólo Yo conozco los sufrimientos de su corazón en estos días, y su perfecto amor. En verdad os digo que merecen un gran premio, porque, más que por no ver resucitado a su hermano, se angustian porque Yo pueda ser escarnecido. Os daba la impresión de estar absorto, cansado y triste. Estaba a su lado con mi espíritu y oía sus gemidos y contaba sus lágrimas. ¡Pobres hermanas! Ahora me consumo de ansia por conducir de nuevo a un justo a la Tierra, a un hermano a los brazos de sus hermanas, a un discípulo al grupo de mis discípulos. ¿Lloras, Simón? Sí. Tú y Yo somos los mayores amigos de Lázaro, y en tu llanto está el dolor por el dolor de Marta y María y la agonía del amigo, pero también está ya la alegría de saber que pron-

to será devuelto a nuestro amor. [8]Vamos a levantarnos, para prepa- 547.8
rar las bolsas e ir a descansar para levantarnos al amanecer y poner orden aquí... donde no es seguro que regresemos. Habrá que distribuir entre los pobres cuanto tenemos, y decir a los más activos que contengan a los peregrinos para que no me busquen hasta que no esté en otro lugar seguro. Y habrá que decirles que avisen a los discípulos de que me busquen en casa de Lázaro. Muchas cosas hay que hacer, y todas estarán hechas antes de que lleguen los peregrinos... ¡Venga, ánimo! Apagad el fuego y encended las lámparas y que cada uno vaya a hacer lo que debe y luego a descansar. La paz a todos vosotros».

Se levanta, bendice y se retira a su pequeña habitación...

«¡Ha muerto hace varios días!» dice el Zelote.

«¡Esto sí que es un milagro!» exclama Tomás.

«¡Quisiera saber qué van a encontrar después para dudar!» dice Andrés.

«¿Pero cuándo ha venido el criado?» pregunta Judas Iscariote.

«La noche de antes del viernes» responde Pedro.

«¿Sí? ¿Y por qué no lo has dicho?» pregunta otra vez Judas Iscariote.

«Porque el Maestro me había dicho que guardara silencio» replica Pedro.

«¿Entonces... cuando lleguemos allí... llevará ya cuatro días en el sepulcro?».

«¡Pues claro! Noche del viernes, un día; noche del sábado, dos días; esta noche, tres días; mañana, cuatro... Cuatro días y medio, por tanto... ¡Oh, poder eterno! ¡Pero ya estará desmembrado!» dice Mateo.

«Estará desmembrado... Quiero verlo, y luego...».

«¿Qué, Simón Pedro?» pregunta Santiago de Alfeo.

«Y luego, si Israel no se convierte, ni siquiera Yeohveh entre rayos puede convertirlo».

Salen hablando así.

548. La resurrección de Lázaro.

26 de diciembre de 1946.

[1]Jesús viene de Ensemes hacia Betania. Deben haber hecho una 548.1
marcha verdaderamente fatigosa por los altos, empinadísimos senderos de los montes Adomín. Los apóstoles, jadeantes, a duras penas logran seguir a Jesús, que va raudo, como si el amor le llevara en

sus alas de fuego, y tiene una sonrisa radiante mientras camina precediendo al grupo, con la cabeza alta bajo los suaves rayos del sol de mediodía.

Antes de que lleguen a las primeras casas de Betania, le ve un muchachito descalzo que va con una ánfora de cobre vacía hacia la fuente de los aledaños del pueblo. El muchacho grita, deja en el suelo el ánfora y se echa a correr con toda la velocidad de sus piernecitas hacia el interior del pueblo.

«Está claro que va a avisar de tu llegada» observa Judas Tadeo, quien, como todos los demás, ha sonreído por la resolución... enérgica del muchachito, que ha dejado incluso su ánfora a la merced del primero que pase.

548.2 [2]La pequeña ciudad, vista así, desde la fuente, que está un poco elevada respecto a ella, aparece serena, como desierta. El humo gris que sube de las chimeneas es el único indicio de la presencia de las mujeres —ocupadas en preparar la comida del mediodía— en las casas, mientras que alguna voz gruesa varonil, entre los olivos y los grandes y silenciosos huertos de frutales, advierte de que los hombres están en su trabajo. A pesar de todo, Jesús prefiere tomar una callejuela que pasa por detrás del pueblo, para poder llegar a la casa de Lázaro sin llamar la atención de los habitantes.

Están casi a mitad de trayecto cuando perciben detrás de ellos al muchachito de antes, que los adelanta corriendo y luego se planta en medio de la calle y mira, pensativo, a Jesús...

«Paz a ti, pequeño Marcos. ¿Por qué te has marchado corriendo? ¿Es que tenías miedo de mí?» pregunta Jesús acariciándole.

«Yo no, Señor. Yo no he tenido miedo. Pero como durante muchos días Marta y María han mandado a criados suyos a los caminos que vienen aquí, para ver si venías, pues ahora que te he visto he ido corriendo a decir que venías...».

«Has hecho bien. Las hermanas prepararán su corazón para verme».

«No, Señor. Las hermanas no se prepararán nada porque no saben nada. No han querido que lo dijera. Me han agarrado cuando he dicho al entrar en el jardín: "Está el Rabí", y me han echado afuera diciendo: "Eres o un mentiroso o un estúpido. Él ya no viene, porque a estas alturas está seguro de que ya no puede hacer el milagro". Y como yo decía que sí que eras Tú, me he llevado dos tortazos como nunca hasta ahora me había llevado... Mira qué rojos tengo los carrillos. ¡Me queman! Y me han echado a empujones diciendo: "Esto para que te purifiques de haber mirado a un demonio". Y yo te miraba para ver si te habías vuelto un demonio. Pero no lo veo... Sigues

siendo mi Jesús, tan guapo como los ángeles de que me habla mi mamá».

Jesús se agacha a besarle en los carrillos que han recibido las bofetadas y dice: «Así se te pasará el picor. Me duele que hayas sufrido por mí...».

«Yo no, Señor, porque esos tortazos han hecho que me dieras dos besos» y se agarra a las piernas de Jesús esperando otros besos.

«Respóndeme, Marcos. ¿Quién te ha echado? ¿Los de Lázaro?» pregunta Judas Tadeo.

«No. Los judíos. Vienen para el duelo todos los días. ¡Son muchos! Están en casa y en el jardín. Vienen pronto y se marchan tarde. Parecen los amos. Maltratan a todos. ¿Ves como no hay nadie por las calles? Los primeros días la gente observaba... pero luego... Ahora sólo nosotros, los niños, estamos en las calles... ¡Ay, mi ánfora! Mi mamá esperando el agua... ¡Ahora me va a pegar también ella!...».

Sonríen todos al ver la desolación del niño ante la perspectiva de otros bofetones. Jesús dice: «Ve pues, rápido...».

«Es que... quería entrar contigo y verte hacer el milagro...» y termina: «... y ver sus caras... para vengarme de los tortazos...».

«Eso no. No debes desear venganza. Debes ser bueno y perdonar... Pero tu mamá está esperando el agua...».

«Voy yo, Maestro. Sé dónde vive Marcos. Le explico a la mujer lo que ha sucedido y luego te alcanzo...» dice Santiago de Zebedeo, y se marcha rápidamente.

Reanudan el camino lentamente. Jesús lleva de la mano al niño, que va todo alborozado...

[3]Ya están delante del vallado del jardín. Lo orillan. Hay muchas 548.3
cabalgaduras atadas a él, vigiladas por los criados de cada uno de los propietarios. El bisbiseo que se alza capta la atención de algún judío, que se vuelve hacia la cancilla abierta, justo en el momento en que Jesús cruza el umbral del jardín.

«¡El Maestro!» dicen los primeros que le ven. Y esta palabra corre, como el frufrú del viento, de un grupo a otro, y se propaga y va —llevada por los muchos judíos presentes, o por algún fariseo, rabí o escriba o saduceo esparcidos por el lugar—, va, cual ola lejana que viene a romperse en la orilla, a chocar contra las paredes de la casa, y penetra en ésta.

Jesús se adentra muy lentamente, a la par que todos, aun acudiendo de todas las partes, se apartan del paseo por el que Él va. Y, dado que ninguno le saluda, Él no saluda a ninguno, como si no conociera a muchos de los que están congregados allí mirándole con ira y odio en sus ojos (excepto los pocos que, siendo discípulos ocultos su-

yos, o por lo menos siendo de recto corazón aunque no le amen como Mesías, le respetan como a un justo). Y éstos son: José, Nicodemo, Juan, Eleazar, el otro Juan (escriba, ya visto en la multiplicación de los panes), y el otro Juan (el que sació el hambre de los que habían bajado del monte de las bienaventuranzas), Gamaliel y su hijo, Josué, Joaquín, Manahén, el escriba Joel de Abías (encontrado en el Jordán en el episodio de Sabea), José Bernabé, discípulo de Gamaliel, Cusa, que mira a Jesús desde lejos, un poco amedrentado por verle de nuevo después del error cometido, o quizás cohibido por el respeto humano que le impide acercarse como amigo. Lo cierto es que ni los amigos, u observadores sin odio, ni los enemigos, saludan. Y Jesús no saluda. Se ha limitado a un gesto de inclinación no personalizado, al poner pie en el paseo; luego ha seguido recto, como ajeno a la mucha gente que tiene ahí. El muchachito sigue a su lado, vestido como un labradorcito, descalzos sus pies como un niño pobre, pero con una cara luminosa, propia de uno que está de fiesta, y con sus ojitos negros, vivos, bien abiertos para verlo todo... y para desafiar a todos...

548.4 [4]Marta sale de la casa, rodeada de un grupo de judíos venidos de visita, entre los cuales están Elquías y Sadoq. Pone la mano como visera, para ayudar a los ojos cansados de llanto, dolorosamente sensibles a la luz, para ver dónde está Jesús. Le ve. Se separa de quienes la acompañan y corre hacia Jesús, que está a pocos pasos del estanque brillante de reflejos por el sol que en él incide. Se arroja a los pies de Jesús después de la primera reverencia, y le besa los pies mientras, en medio de un fuerte estallido de llanto, dice: «¡La paz a ti, Maestro!».

También Jesús le ha dicho, en cuanto la ha visto cerca: «¡La paz a ti!», y ha levantado su mano para bendecir. Para ello, ha soltado la mano del niño, al cual Bartolomé toma y retira un poco hacia atrás.

Marta prosigue: «Pero ya no hay paz para tu sierva». Levanta la cara hacia Jesús, siguiendo de rodillas, y, con un grito de dolor que se oye bien en el silencio que se ha creado, exclama: «¡Lázaro ha muerto! Si hubieras estado aquí, no habría muerto. ¿Por qué no has venido antes, Maestro?». Expresa un involuntario tono de reproche al hacer esta pregunta. Luego vuelve al tono abatido de una persona que ya no tiene fuerzas para reprochar y cuyo único consuelo es el poder recordar los últimos movimientos y deseos de un hermano al que se ha tratado de dar lo que deseaba (de forma que no existe remordimiento en el corazón): «¡Te ha llamado muchas veces Lázaro, nuestro hermano!... Ahora, ya lo ves. Yo estoy acongojada y María llora y no encuentra resignación. Y él ya no está aquí. ¡Tú sabes có-

mo le queríamos! ¡Esperábamos todo de ti!...».

Un murmullo de compasión hacia la mujer y de censura hacia Jesús, un asentimiento al pensamiento implícito: "y podías habernos escuchado, porque nosotras lo merecemos por el amor que te profesamos, y , sin embargo, has quebrado nuestra esperanza" va de un grupo a otro de gente, de personas que menean la cabeza y miran burlonamente. Sólo los pocos, ocultos discípulos que están esparcidos entre la numerosa gente congregada tienen miradas de compasión hacia Jesús, que escucha, muy pálido y triste, a esta Marta angustiada que le está hablando. Gamaliel, cruzados sus brazos, vestido con su amplia y rica túnica de lana finísima adornada con caireles azules, un poco aparte, rodeado de un grupo de jóvenes entre los que están su hijo y José Bernabé, mira fijamente a Jesús, sin odio ni amor.

Marta, habiéndose enjugado la cara, sigue diciendo: «Pero sigo esperando, porque sé que el Padre te concederá cualquier cosa que Tú le pidas». Una dolorosa, heroica profesión de fe, expresada con voz temblorosa de llanto, con ansia temblorosa en la mirada, con la última esperanza, temblorosa, en el corazón.

«Tu hermano resucitará. Levántate, Marta».

Marta se levanta, aunque permanece inclinada ante Jesús en señal de veneración, y responde: «Lo sé, Maestro. Resucitará en el último día».

«Yo soy la Resurrección y la Vida. El que crea en mí, aunque haya muerto, vivirá. Y quien crea y viva en mí no morirá para siempre. ¿Crees tú todo esto?». Jesús, que antes había hablado con voz más bien baja únicamente a Marta, alza el tono de la voz para decir estas frases con que proclama su potencia de Dios, y el perfecto timbre de aquélla resuena como tañido de oro en el vasto jardín. Un estremecimiento, casi de espanto, sacude a los presentes; pero luego algunos hacen sonrisas maliciosas y menean la cabeza.

Marta —a quien Jesús, teniendo apoyada una mano sobre su hombro, parece querer transfundirle una esperanza cada vez más fuerte— que tenía baja la cabeza, alza la cara. La alza hacia Jesús, y fija sus ojos afligidos en las luminosas pupilas de Cristo. Entonces, apretando las manos contra el pecho con una ansia distinta, responde: «Sí, Señor, Yo creo esto. Creo que Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo, que ha venido al mundo. Y que puedes todo lo que quieres. Creo. [5]Voy a avisar a María» y se marcha rápida. Desaparece dentro 548.5
de la casa.

Jesús permanece donde está. Es decir, da algunos pasos hacia delante y se acerca al cuadro de jardín que rodea al estanque, cuadro todo sembrado de brillantes por ese lado, debido al fino polvillo acuo-

so del surtidor, inclinado, como si fuera una plumita de plata, hacia ese lado por un leve vientecillo; y parece perderse, Jesús, contemplando los zigzagueos de los peces bajo el velo de agua cristalina, y sus juegos, que ponen comas de plata y visos de oro en el cristal de esa agua en que el sol incide.

Los judíos le observan. Involuntariamente, se han separado formando grupos bien distintos. Por una parte, frente a Jesús, todos los enemigos suyos, habitualmente divididos entre sí por espíritu sectario pero que ahora se armonizan en hostigarle. A su lado, detrás de los apóstoles (a los que se ha unido Santiago de Zebedeo), José, Nicodemo y los otros de espíritu benévolo. Más allá, Gamaliel, que sigue en su sitio y en su postura de antes, y que está solo, porque su hijo y sus discípulos se han separado para distribuirse entre los dos grupos principales para estar más cerca de Jesús.

548.6 [6]Con su grito habitual: «¡Rabbuní!», María sale de la casa y corre hacia Jesús extendiendo hacia delante los brazos. Se arroja a sus pies. Le besa los pies entre fuertes sollozos. Una serie de judíos, que estaban en casa con ella y que la han seguido, unen sus llantos, de dudosa sinceridad, al de ella. También Maximino, Marcela, Sara y Noemí han seguido a María, y lo mismo todos los dependientes de la casa. Los lamentos son fuertes y altos. Creo que dentro de la casa no ha quedado nadie. Marta, al ver llorar así a María, llora fuertemente también.

«La paz a ti, María. ¡Álzate! ¡Mírame! ¿Por qué este llanto, como el de uno que no tiene esperanza?». Jesús se inclina, para decir en tono bajo estas palabras, sus ojos en los ojos de María, que, estando de rodillas, relajada sobre sus talones, tiende hacia Él las manos en un gesto de invocación; y que, debido a su fuerte sollozo, no puede hablar. «¿No te dije que esperaras más allá de lo creíble para ver la gloria de Dios? ¿Acaso ha cambiado tu Maestro, para que hubiera motivo de angustiarse de esa manera?».

Pero María no recoge estas palabras que quieren prepararla ya a una alegría demasiado fuerte después de tanta angustia. Grita, por fin dueña de su voz: «¡Oh, Señor! ¿Por qué no has venido antes? ¿Por qué te has alejado tanto de nosotros? ¡Sabías que Lázaro estaba enfermo! Si hubieras estado aquí, no habría muerto mi hermano. ¿Por qué no has venido? Tenía que mostrarle todavía que le amaba. Él debía vivir. Yo debía mostrarle que perseveraba en el bien. ¡Mucho angustié a mi hermano! ¡Y ahora? ¡Ahora que podía hacerle feliz, me ha sido arrebatado! Tú podías conservármele. Podías haber dado a la pobre María la alegría de consolarle después de haberle causado tanto dolor. ¡Oh! ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Maestro mío! ¡Salvador mío! ¡Espe-

ranza mía!», y cae otra vez al suelo, con la frente sobre los pies de Jesús, que reciben otra vez el lavacro del llanto de María. Y gime: «¡¿Por qué has hecho esto, Señor?! Incluso por los que te odian y gozan de todo esto que está sucediendo... ¡¿Por qué has hecho esto, Jesús?!». Pero no hay reproche en el tono de María, como lo ha habido en el de Marta. María tiene sólo esa angustia de quien, además de su dolor de hermana, siente también el de discípula que percibe menoscabado en el corazón de muchos el concepto de su Maestro.

Jesús, muy agachado para recoger estas palabras susurradas rostro en tierra, se yergue y dice fuerte: «¡María, no llores! También tu Maestro sufre por la muerte del amigo fiel... *por haber debido dejarle morir...*».

¡Oh, qué risitas y miradas de rencoroso júbilo hay en las caras de los enemigos de Cristo! Le sienten vencido, y exultan, mientras que los amigos se ponen cada vez más tristes.

Jesús dice aún más fuerte: «Pero Yo te digo: no llores. ¡Álzate! ¡Mírame! ¿Crees tú que Yo, que te he amado tanto, he hecho esto sin motivo? ¿Eres capaz de pensar que te he dado este dolor inútilmente? Ven. ⁷Vamos donde Lázaro. ¿Dónde le habéis puesto?». Jesús, 548.7
más que a María y a Marta —las cuales, llorando ahora más violentamente, no hablan—, pregunta a todos los demás, especialmente a los que han salido de la casa con María y parecen los más turbados. Quizás son parientes más mayores, no lo sé.

Y éstos responden a Jesús, que está viviblemente compungido: «Ven y velo tú», y se encaminan hacia el sitio del sepulcro, que está en el extremo del huerto, en un lugar en que el suelo tiene ondulaciones y vetas de roca calcárea que afloran a la superficie.

Marta, al lado de Jesús, que ha forzado a María a ponerse en pie y la está guiando porque está cegada por el fuerte llanto, indica con la mano a Jesús dónde está Lázaro; y, llegados al lugar, dice: «Ahí es, Maestro, donde tu amigo está sepultado», y señala hacia la piedra que está puesta oblicuamente contra la boca del sepulcro.

Jesús, para ir a ese sitio, seguido por todos, ha tenido que pasar por delante de Gamaliel. Pero ni Él ha saludado a Gamaliel ni Gamaliel le ha saludado a Él. Luego, Gamaliel se ha unido a los otros y se ha parado, igual que todos los más inflexibles fariseos, a unos metros del sepulcro. Jesús, por su parte, sigue adelante, hasta muy cerca de la tumba, junto con las hermanas, con Maximino y con esos que quizás son los parientes. Jesús contempla la pesada piedra, que hace de puerta del sepulcro y de pesado obstáculo entre Él y el amigo fenecido, y llora. El llanto de las hermanas aumenta, como también el de los íntimos y familiares.

548.8 [8]«Quitad esta piedra» grita Jesús al improviso, habiendo enjugado antes su llanto.

En todos se manifiesta un gesto de estupor. Un murmullo recorre la aglomeración de gente, que ha crecido con algunos de Betania que han entrado en el jardín y se han agregado a los convocados. Veo a algunos fariseos que se tocan la frente meneando la cabeza como diciendo: «¡Está loco!».

Nadie ejecuta la orden. Hasta los más fieles titubean y sienten repulsa por hacerlo. Jesús repite más fuerte su orden, haciendo estremecerse más todavía a la gente, la cual, experimentando dos sentimientos opuestos, hace ademán como de huir y, inmediatamente después, de acercarse más, para ver, desafiando el inminente hedor del sepulcro que Jesús quiere ver abierto.

«Maestro, no se puede» dice Marta esforzándose en contener el llanto para hablar. «Hace ya cuatro días que está ahí abajo. ¡Y Tú sabes de qué enfermedad ha muerto! Sólo nuestro amor podía cuidarle... Ahora, sin duda alguna y a pesar de los ungüentos, olerá fuertemente... ¿Qué quieres ver? ¿Su podredumbre?... No se puede... incluso por la impureza de la corrupción y...».

«¿No te he dicho que si crees verás la gloria de Dios? Quitad esta piedra. ¡Lo quiero!». Es un grito de voluntad divina...

Un «¡oh!» quedo brota de todos los pechos. Palidecen las caras. Alguno tiembla, como si hubiera pasado por todos un viento gélido de muerte.

Marta hace una señal a Maximino, y éste ordena a los dependientes de la casa que cojan las herramientas que se requieren para quitar la pesada piedra.

Ellos se marchan, a buen paso. Vuelven con picos y fuertes palancas. Y trabajan: introducen las puntas de los relucientes picos entre la roca y la piedra; substituyen luego los picos por las palancas; en fin, retiran cuidadosamente la piedra haciéndola rodar por un lado para correrla luego cautamente hasta la pared rocosa. Un hedor pestilente sale de la galería obscura y hace retroceder a todos.

Marta pregunta en voz baja: «Maestro, ¿quieres bajar ahí? Si quieres bajar, se necesitan antorchas...». Pero el pensamiento de tener que hacerlo la pone pálida.

548.9 [9]Jesús no la responde. Alza los ojos al cielo, abre los brazos en cruz y ora con voz fortísima, recalcando bien las palabras: «¡Padre! Te doy gracias por haberme escuchado. Sabía que siempre me escuchas. Pero lo he dicho por estos que están aquí, por la gente que tengo a mi alrededor, ¡para que crean en ti, en mí, en que Tú me has enviado!».

Permanece así unos momentos. Tan transfigurado está, que parece raptado en éxtasis. Mientras, sin sonido de voz, dice otras, secretas palabras de oración o adoración, no sé. Lo que sí sé es que está tan espiritualizado, que no se le puede mirar sin sentirse temblar el corazón en el pecho. Parece hacerse, de cuerpo, luz; espiritualizarse, crecer en estatura, elevarse del suelo. Aun conservando sus colores de pelo, ojos, piel, indumentos —no como durante la transfiguración del Tabor, durante la cual todo se hizo luz y blancor deslumbrantes—, parece emanar luz y que todo en Él se haga luz. La luz parece ponerle alrededor una aureola, especialmente en torno al rostro, elevado al cielo y arrobado en la contemplación del Padre.

Está así un rato. Luego vuelve a ser Él, el Hombre, aunque con una majestad poderosa. Se acerca hasta el umbral del sepulcro. Mueve los brazos —hasta ese momento los había tenido extendidos en cruz y con las palmas vueltas hacia el cielo—, los mueve hacia delante; vuelve las palmas hacia abajo: las manos, por tanto, están ya dentro de la galería del sepulcro y su blancor resalta en la negrura que la llena. Él hunde en esa negrura muda el fuego azul de sus ojos, cuyo fulgor de milagro es hoy insostenible; y, con voz potente, con un grito que es mayor que cuando en el lago mandó al viento calmarse, con una voz cual en ningún otro milagro le he oído, grita: «¡Lázaro! ¡Sal fuera!». La voz, por el eco, se refleja en la cavidad sepulcral, y se expande, para salir luego a todo el jardín; y retumba en los desniveles de las ondulaciones de Betania: yo creo que llega hasta las primeras lomas que se elevan más allá de la campiña, y desde allí vuelve, repetida y queda, cual imperativo que no cesa; lo cierto es que desde infinitas partes se oye: «¡fuera! ¡fuera! ¡fuera!».

Todos sienten un estremecimiento más intenso, y, si la curiosidad tiene clavados a todos en sus sitios, las caras palidecen y los ojos se dilatan, mientras las bocas se entreabren involuntariamente con el grito de estupor ya en la garganta.

Marta, un poco hacia atrás y al lado, está como hechizada mirando a Jesús. María cae de rodillas; ella, que no se ha separado nunca de su Maestro, cae de rodillas en el umbral del sepulcro, con una mano en el pecho para frenar los latidos del corazón y la otra agarrada, inconsciente y convulsamente, a un extremo del manto de Jesús (y se comprende que tiembla, porque el manto recibe leves vibraciones de la mano que lo aferra).

[10]Algo, de color blanco, parece surgir del fondo profundo de la ga- 548.10
lería. Primero es una casi imperceptible, pequeña línea convexa; luego se transforma en una forma oval; luego a este óvalo se le añaden líneas más amplias, más largas, cada vez más largas... Y el que es-

taba muerto, envuelto en su mortaja, va acercándose lentamente, va siendo cada vez más visible, espectral, impresionante.

Jesús retrocede, retrocede, insensiblemente, pero continuamente, a medida que el otro avanza; la distancia entre los dos es, por tanto, siempre igual.

María debe soltar el borde del manto, pero no se mueve de donde está. La alegría, la emoción, todo, la clavan al sitio en que estaba.

Un «¡oh!» cada vez más nítido sale de las gargantas, cerradas antes por un espasmo de espera: de susurro casi imperceptible, pasa a ser voz; de voz, a grito potente.

Lázaro está ya en el limen. Ahí se para, rígido, mudo, semejante a una estatua de yeso apenas esbozada (por tanto, informe); una forma larga, estrecha en la cabeza, estrecha en las piernas, más ancha en el tronco, macabra como la misma muerte, espectral con el blancor de la mortaja sobre el fondo obscuro del sepulcro. A la luz del Sol, que incide en él, se ve que la mortaja ya chorrea podredumbre por varios puntos.

Jesús grita fuerte: «Desatadle y dejadle libre. Dadle ropa y comida».

«¡Maestro!...» dice Marta, y quizás querría decir más. Pero Jesús la mira fijamente y la subyuga con su fúlgida mirada; dice: «¡Aquí! ¡En seguida! Traed una túnica. Vestidlo en presencia de todos y dadle de comer». Da órdenes, pero no se vuelve ni una sola vez a mirar a los que tiene detrás y en torno. Sus ojos miran sólo a Lázaro, a María, que está cerca del resucitado y sin preocuparse del asco que da a todos la mortaja purulenta, y a Marta, que jadea como si se le estallase el corazón y no sabe si gritar su alegría o si llorar...

548.11 [11]Los criados se apresuran a ejecutar las órdenes. Noemí es la primera que se pone en movimiento, rápida, y la primera que vuelve, con la ropa colgada en el brazo. Algunos desatan los lazos de las vendas, después de haberse remangado y haberse ceñido las túnicas para que no toquen la podredumbre que fluye. Marcela y Sara vuelven con ánforas de perfumes, seguidas de criados, unos con barreños y ánforas que despiden vapor de agua, otros con bandejas, tazas llenas de leche, y vino, fruta, tortas cubiertas de miel.

Las vendas, estrechas y larguísimas, de lino creo, con hirmas en los dos lados, tejidas, claro está, para ese uso, se desenrollan como rollos de cinta de una gran bobina, y se van acumulando en el suelo, cargadas de ungüentos aromáticos y de podredumbre. Los criados las apartan haciendo uso de palos. Han empezado por la cabeza, donde también hay materia purulenta (sin duda, supurada por la nariz, las orejas y la boca). El sudario colocado sobre la cara está to-

do empapado de estas supuraciones que ensucian el rostro de Lázaro (un rostro palidísimo, esqueletado, con los ojos cerrados por los ungüentos puestos en las órbitas, y con el pelo apelmazado, al igual que la barbita rala del mentón). Va cayendo lentamente la sábana, el sudario colocado en torno al cuerpo, a medida que las vendas van bajando, bajando, bajando, liberando así el tronco que habían tenido oprimido durante días, devolviendo así forma humana a lo que antes habían hecho parecer una gran crisálida. Los osudos hombros, los brazos esqueletados, las costillas apenas cubiertas de piel, el vientre hundido van apareciendo lentamente. Y a medida que las vendas van cayendo, las hermanas, Maximino, los criados, dan en quitar el primer estrato de suciedad y de bálsamos, e insisten hasta que —cambiando continuamente el agua y añadiendo a ellas productos aromáticos que las hacen detergentes— la piel aparece limpia.

[12]Lázaro, cuando le liberan la cara y puede mirar, dirige su mirada a Jesús, antes incluso que a sus hermanas, y, mirando a su Jesús con una sonrisa de amor en los pálidos labios y un brillo de llanto en las profundas órbitas, se olvida y abstrae de todo lo que sucede. También Jesús le sonríe con un brillo de llanto en el lagrimal de los ojos, y, sin hablar, dirige la mirada de Lázaro al cielo; Lázaro comprende, y mueve los labios en una silenciosa oración. 548.12

Marta piensa que quiere decir algo y que todavía no tiene voz, y pregunta: «¿Qué me dices, Lázaro mío?».

«Nada, Marta. Daba gracias al Altísimo». La pronunciación es segura, fuerte la voz. La gente exhala un nuevo «¡oh!» de estupor.

Ya le han liberado hasta las caderas (liberado y limpiado). Ya pueden vestirle con la tunica corta, una especie de camisón que supera la ingle y cuelga sobre los muslos.

Le sugieren que se siente para desatarle y lavarle las piernas. En cuanto quedan éstas al descubierto, Marta y María, señalando piernas y vendas, gritan fuerte. Y, a pesar de que en las vendas que ciñen las piernas y en la sábana puesta debajo de aquéllas la supuración es tan abundante que forma pequeños regueros en la tela, las piernas aparecen completamente cicatrizadas. Las cicatrices rojocianóticas son el único indicio que señala dónde estaban las gangrenas.

La gente, toda, grita más fuerte, estupefacta. Jesús sonríe, y sonríe a Lázaro, que mira un instante sus piernas curadas, para abstraerse luego de nuevo mirando a Jesús. Parece no poder saciarse de verle. Los judíos, fariseos, saduceos, escribas, rabíes, se acercan, cautos para no contaminarse la ropa. Miran bien de cerca a Lázaro. Miran bien de cerca a Jesús. Pero ni Lázaro ni Jesús se ocupan de

ellos. Se miran, y todo lo demás no cuenta.

548.13 [13]Le ponen las sandalias a Lázaro. Él se pone en pie, ágil, seguro. Toma la túnica que Marta le ofrece. Se la pone él solo, se abrocha el cinturón, se coloca los pliegues. Ahí está, delgado y pálido, pero igual que todos. Se lava otra vez las manos y los brazos hasta el codo, arremangándose. Y luego, con agua nueva, otra vez se lava cara y cabeza, hasta que se siente completamente limpio. Se seca pelo y cara, devuelve la toalla al criado y va derecho hacia Jesús. Se postra. Le besa los pies.

Jesús se agacha, le pone en pie, le estrecha contra su corazón y le dice: «¡Bienvenido de nuevo, amigo mío! La paz sea contigo, y la alegría. Vive para cumplir tu feliz destino. Alza tu cara para darte el beso de saludo». Y le besa en las mejillas. Lázaro corresponde en igual manera al beso de Jesús.

Sólo después de haber venerado y besado al Maestro, Lázaro habla con sus hermanas y las besa. Luego besa a Maximino y a Noemí, que lloran de alegría, y a algunos de los que creo que están emparentados con la casa o son amigos muy íntimos. Luego besa a José, a Nicodemo, a Simón Zelote y a algún otro.

Jesús va personalmente hacia uno de los criados, que tiene en sus brazos una bandeja con comida, y toma una torta con miel, una manzana, una copa de vino, y se las da a Lázaro —antes las ofrece y bendice— para que coma y beba. Y Lázaro come con el sano apetito de una persona que goza de salud. Todos exhalan otro «¡oh!» de estupor.

548.14 [14]Jesús parece ver sólo a Lázaro, pero en realidad observa todo y a todos, y, al ver que, con gestos de ira, Sadoq, Elquías, Cananías, Félix, Doras, Cornelio y otros están para marcharse, dice fuerte: «Espera un momento, Sadoq. Debo decirte una palabra. A ti y a los tuyos». Ellos se paran, con facha de delincuentes. José de Arimatea se asusta y hace una señal al Zelote para que retenga a Jesús.

Pero Él ya está yendo hacia el grupo rencoroso, y ya está diciendo con voz fuerte: «¿Te basta, Sadoq, lo que has visto? Me dijiste un día que para creer necesitabais, tú y los que son como tú, ver que un muerto descompuesto se recompusiera y recuperara la salud. ¿Te ha saciado la podredumbre que has visto? ¿Eres capaz de confesar que Lázaro estaba muerto y que ahora está vivo y tan sano como no lo estaba desde hacía años? Lo sé: vosotros habéis venido aquí a tentar a éstos, a crear en ellos duda y mayor dolor. Habéis venido aquí a buscarme, esperando encontrarme escondido en la habitación del moribundo. Habéis venido aquí no por un sentimiento de amor y por el deseo de honrar al difunto, sino para aseguraros de que Lázaro es-

taba realmente muerto, y habéis seguido viniendo, cada vez más contentos a medida que el tiempo pasaba. Si las cosas hubieran ido según vuestras esperanzas —como ya creíais que iban— habríais tenido motivo para estar jubilosos. El Amigo que cura a todos pero no cura al amigo; el Maestro que premia todas las fes, pero no las de sus amigos de Betania; el Mesías impotente ante la realidad de una muerte. Esto era lo que os daba motivo para estar jubilosos. Pero Dios os ha respondido. Ningún profeta pudo nunca reunir lo que estaba deshecho, además de muerto. Dios lo ha hecho. Ahí tenéis el testimonio vivo de lo que Yo soy. Hubo un día en que Dios tomó barro e hizo con él una forma y exhaló en él el espíritu vital y el hombre comenzó a ser. Dije Yo: "Hágase al hombre a nuestra imagen y semejanza". Porque Yo soy el Verbo del Padre. Hoy, Yo, Verbo, he dicho a lo que es aún menos que fango, a la materia descompuesta: "Vive", y la materia descompuesta se ha vuelto a componer formando carne, carne íntegra, viva, palpitante. Ahí la tenéis, os está mirando. Y con la carne he reunido el espíritu que yacía desde hacía días en el seno de Abraham. Lo he llamado con mi voluntad, porque todo lo puedo, Yo, el Viviente, Yo, el Rey de reyes al que están sujetas todas las criaturas y las cosas. ¿Ahora qué me respondéis?».

Está frente a ellos, alto, radiante de majestad, verdaderamente Juez y Dios. Ellos no responden.

Él insta: «¿Todavía no os es suficiente para creer, para aceptar lo ineluctable?».

«Has mantenido sólo una parte de la promesa. Ésta no es la señal de Jonás...» dice Sadoq en tono áspero.

«Recibiréis también esa señal. Lo he prometido y lo mantengo» dice el Señor. «Y otro que está aquí presente, y que espera otra señal, la recibirá. Y la aceptará, porque es un justo. Vosotros no. Vosotros seguiréis siendo lo que sois».

548.15 [15]Da media vuelta y ve a Simón, el miembro del Sanedrín hijo de Elí-Ana. Le mira fijamente, fijamente. Deja plantados a los de antes y, llegando hasta estar cara a cara con éste, le dice en voz baja pero incisiva: «¡Mejor para ti que Lázaro no recuerde su permanencia entre los muertos! ¿Qué has hecho de tu padre, Caín?».

Simón huye lanzando un grito, un grito de miedo que luego se transforma en grito de maldición: «¡Maldito seas, Nazareno!», al cual Jesús responde: «Tu maldición sube al Cielo y desde el Cielo el Altísimo te la arroja. ¡Llevas en ti la marca, desalmado!».

Vuelve hacia los grupos de gente asombrada, casi asustada. Se cruza con Gamaliel, que se dirige hacia la calle. Le mira, y Gamaliel le mira a Él. Jesús, sin pararse, le dice: «Estáte preparado, rabí.

Pronto vendrá la señal. No miento nunca».

548.16 [16]La gente va desalojando lentamente el jardín. Los judíos están como aturdidos, pero la mayoría de ellos rezuma ira por todos los poros. Si las miradas pudieran reducir a ceniza, Jesús estaría pulverizado ya desde hacía mucho. Hablan, discuten entre sí. Se marchan, tan vencidos ya por esta derrota que les ha sido infligida, que ya no saben ocultar bajo una hipócrita amistad el motivo de su presencia ahí. Se marchan sin saludar ni a Lázaro ni a las hermanas.

Se quedan atrás algunos que el milagro ha conquistado para el Señor. Entre éstos, José Bernabé, que se arroja al suelo, de rodillas, ante Jesús y le adora. Otro es el escriba Joel de Abías, que hace lo mismo antes de marcharse. Y otros más, que no conozco, pero que deben ser influyentes.

Lázaro, entretanto, rodeado de sus más íntimos, se ha retirado a casa. José, Nicodemo y los otros buenos saludan a Jesús y se marchan. Se marchan con profundas reverencias los judíos que estaban con Marta y María. Los criados cierran la cancilla. La casa vuelve a la calma.

548.17 [17]Jesús mira a su alrededor. Ve humo y rojo de fuego en el fondo del jardín, en la parte del sepulcro. Jesús, solo, erguido en medio de un sendero, dice: «La podredumbre que es aniquilada por el fuego... La podredumbre de la muerte... Pero, la de los corazones... la de *esos* corazones ningún fuego la aniquilará... Ni siquiera el fuego del Infierno. Será eterna... ¡Qué horror!... Más que la muerte... Más que la corrupción... Y... Pero ¿quién te salvará, oh Humanidad, si tanto estimas el estar corrompida? Quieres estar corrompida. Y Yo... Yo he arrebatado al sepulcro a un hombre con una palabra... Y con un mar de palabras... y uno de dolores... no podré arrebatar al pecado al hombre, a los hombres, a millones de hombres». Se sienta y se tapa la cara con las manos, abatido...

Le ve un criado que pasa. Va a casa. Poco después, sale de casa María. Va donde Jesús, ligera como si no tocara el suelo. Se acerca a Él. Dice suavemente: «Rabbuní, estás cansado... Ven, mi Señor. Tus apóstoles, cansados, han ido a la otra casa; todos menos Simón el Zelote... ¿Estás llorando, Maestro? ¿Por qué?...».

Se arrodilla a los pies de Jesús... le observa... Jesús la mira. No responde. Se levanta y va hacia la casa, seguido por María.

548.18 [18]Entran en una sala. Lázaro no está, y tampoco el Zelote. Pero Marta sí, feliz, transfigurada de alegría. Se vuelve hacia Jesús y explica: «Lázaro ha ido a bañarse. Para purificarse más. ¡Oh, Maestro! ¡Maestro! ¡Qué puedo decirte!». Le adora con todo su ser. Advierte la tristeza de Jesús y dice: «¿Estás triste, Señor? ¿No estás contento de

que Lázaro...?». Le viene una sospecha: «¡Ah, estás serio conmigo! He pecado. Es verdad».

«Hemos pecado, hermana» dice María.

«No, tú no. ¡Maestro, María no ha pecado! María ha sabido obedecer. Sólo yo he desobedecido. Yo te envié aviso porque... porque no podía seguir oyendo que ésos insinuaran que no eras el Mesías, el Señor... y no podía seguir viendo ese sufrimiento... Lázaro te anhelaba mucho, te llamaba mucho... Perdóname, Jesús».

«¿Y tú no hablas, María?» pregunta Jesús.

«Maestro... yo... Yo he sufrido en ese momento sólo como mujer. Sufría porque... Marta, jura, jura aquí, delante del Maestro, que nunca, nunca contarás a Lázaro su delirio... Maestro mío... Yo te he conocido del todo, ¡oh Divina Misericordia!, en las últimas horas de Lázaro. ¡Oh, mi Dios! ¡¿Cuánto me has amado Tú, Tú que me has perdonado, Tú, Dios, Tú, Puro, Tú..., si mi hermano, que también me ama, siendo hombre, sólo hombre, no ha perdonado todo en el fondo de su corazón?! No, no es así; debo decir: no ha olvidado mi pasado y, cuando la debilidad de la agonía ha obnubilado en él su bondad que yo creía olvido del pasado, ha expresado su dolor a gritos, su indignación por mí... ¡Oh!...». María llora...

«No llores, María. Dios te ha perdonado y ha olvidado. El alma de Lázaro también ha perdonado y ha olvidado, *ha querido olvidar*. El hombre no ha podido olvidar todo. Y cuando la carne ha dominado con su extrema convulsión a la voluntad desfallecida, el hombre ha hablado».

«No estoy enojada por ello, Señor. Me ha servido para amarte más y para amar más todavía a Lázaro. Pero desde ese momento también yo he anhelado tu presencia... porque era demasiado angustioso pensar en Lázaro muerto sin paz por causa mía... y después, después, cuando te he visto escarnecido por los judíos... cuando he visto que no venías ni siquiera después de la muerte, ni siquiera después de que te había obedecido esperando más allá de lo creíble, esperando hasta cuando el sepulcro se abrió para recibirle, entonces también mi espíritu ha sufrido. Señor, si debía expiar, y, sin duda, debía hacerlo, he expiado, Señor...».

«¡Pobre María! Conozco tu corazón. Has merecido el milagro. Que ello te afirme en saber esperar y creer».

«Maestro mío, ya esperaré y creeré *siempre*. No dudaré ya, nunca más, Señor. Viviré de fe. Tú me has dado la capacidad de creer lo increíble».

«¿Y tú, Marta? ¿Tú has aprendido? No. Todavía no. Eres mi Marta. Pero no eres todavía mi perfecta adoradora. ¿Por qué obras y no

contemplas? Es más santo. ¿No lo ves? Tu fuerza, estando demasiado dirigida a cosas terrenas, ha cedido ante la constatación de esos hechos terrenos que pueden parecer algunas veces sin remedio. En verdad, las cosas terrenas no tienen remedio, si Dios no interviene. La criatura necesita por eso saber creer y contemplar; necesita amar hasta el extremo de las fuerzas de todo el hombre, con el pensamiento, el alma, la carne, la sangre, con *todas las fuerzas* del hombre, repito. Te quiero fuerte, Marta. Te quiero perfecta. No has sabido obedecer porque no has sabido creer y esperar completamente, y no has sabido creer y esperar porque no has sabido amar totalmente. Pero Yo te absuelvo de ello. Te perdono, Marta. He resucitado a Lázaro hoy. Ahora te doy un corazón más fuerte. A él le he devuelto la vida, a ti te infundo la fuerza de amar, creer y esperar perfectamente. Ahora estad contentas y en paz. Perdonad a quienes os han ofendido en estos días...».

«Señor, en esto yo he pecado. Hace poco, al viejo Cananías, que te había tomado a burla los otros días, le he dicho: "¿Quién ha triunfado? ¿Tú o Dios? ¿Tu burla o mi fe? Cristo es el Viviente y es la Verdad. Yo sabía que su gloria refulgiría con mayor fuerza. Y tú, viejo, reconstrúyete el alma, si no quieres conocer la muerte"».

«Está bien lo que has dicho. Pero no disputes con los malvados,
548.19 María. Y perdona. Perdona si me quieres imitar... [19]Ahí está Lázaro. Oigo su voz».

En efecto, Lázaro está entrando, vestido de nuevo, bien afeitadas las mejillas, los cabellos en orden y perfumados. Con él están Maximino y el Zelote.

«¡Maestro!». Lázaro se arrodilla, adorando todavía.

Jesús le pone una mano en la cabeza y sonríe. Dice: «La prueba ha sido superada, amigo mío. Para ti y para tus hermanas. Ahora estad alegres y sed fuertes para servir al Señor. ¿Qué recuerdas, amigo, del pasado? Quiero decir: de tus últimas horas».

«Un gran deseo de verte y una gran paz envuelto en el amor de mis hermanas».

«¿Y qué es lo que más te dolía dejar al morir?».

«A tí, Señor, y a mis hermanas: A ti, por no poderte servir; a ellas, porque me han dado toda suerte de alegrías...».

«¡Oh! ¡¿Yo, hermano?!» suspira María.

«Tú más que Marta. Tú me has dado a Jesús y la medida de lo que es Jesús. Y tú has sido dada por Jesús a mí: tú, María, eres el don de Dios».

«Lo decías también cuando morías...» dice María, y escudriña el rostro de su hermano.

«Porque es mi constante pensamiento».

«Pero te he causado mucho dolor...».

«También la enfermedad me causó dolor. Pero con ella espero haber expiado las culpas del viejo Lázaro, y haber resucitado purificado para ser digno de Dios. Tú y yo, los dos resucitados para servir al Señor, y Marta entre nosotros, ella que siempre fue la paz de la casa».

«¿Lo estás oyendo, María? Lázaro dice palabras de sabiduría y verdad. Ahora me retiro y os dejo a que gocéis de vuestra alegría...».

«No, Señor. Quédate con nosotros, aquí; quédate en Betania, en mi casa. Será hermoso...».

«Me quedaré. Quiero compensarte todo lo que has padecido. Marta, no estés triste. Marta piensa que me ha causado dolor. Pero mi dolor no es tanto por vosotros, cuanto por los que no quieren redimirse. Ellos odian cada vez más. Tienen el veneno en el corazón... Pues bien... de todas formas, perdonamos...».

«Perdonamos, Señor» dice Lázaro con su benévola sonrisa... y en estas palabras todo termina.

[20]Como glosa a la resurrección de Lázaro y en relación a una frase de S. Juan. Dice Jesús: 548.20

«En el Evangelio de Juan, como se lee desde hace ya siglos, está escrito: "Jesús no había entrado todavía en Betania" (Jn 11, 30). Para prevenir posibles objeciones, hago la observación de que entre esta frase y la de la Obra —que Yo me encontré con Marta a pocos pasos del estanque, en el jardín de Lázaro— no hay contradicciones de hechos, sino sólo de traducción y descripción. Tres cuartas partes de Betania eran de Lázaro. Como también era suya una buena parte de Jerusalén. Pero vamos a hablar de Betania. Siendo tres cuartas partes de ella de Lázaro, podía decirse: Betania de Lázaro. Por tanto, no contendría error el texto, como algunos quieren decir, ora hubiera visto a Marta en el pueblo, ora la hubiera visto en la fuente. Y, en verdad, Yo no había entrado en el pueblo, evitando así que vinieran los de Betania, todos ellos hostiles contra los del Sanedrín. Había pasado por detrás de Betania para ir a la casa de Lázaro, que estaba en el extremo opuesto respecto a una persona que entrara en Betania viniendo de Ensemes. Por tanto, es exacto lo que dice Juan, de que Jesús no había entrado todavía en el pueblo. Y también habla con exactitud el pequeño Juan al decir que me había parado cerca del estanque (fuente para los hebreos), ya en el jardín de Lázaro; pero que estaba todavía muy lejos de la casa. Consideren éstos, además, que mientras se estaba en el tiempo del luto y de la impureza

(todavía no era el séptimo día después de la muerte), las hermanas no salían de la casa; por tanto, en el recinto de su propiedad se produjo este encuentro. Nótese que el pequeño Juan habla de la llegada de los de Betania al jardín no antes de que Yo hubiera ordenado retirar la piedra. Antes Betania no sabía que estaba en Betania; sólo cuando se esparció la noticia vinieron a casa de Lázaro».

548.21 [21]Dice Jesús: «Puede ponerse aquí el dictado —para comentario de la Resurrección de Lázaro— del 23-3-44».

23 de marzo de 1944.

548.22 [22]Dice Jesús:

«Habría podido intervenir a tiempo para impedir la muerte de Lázaro. Pero no quise hacerlo. Sabía que esta resurrección sería un arma de doble filo, porque convertiría a los judíos de pensamiento recto y haría más rencorosos a los de pensamiento no recto. De éstos, y al son de esta última manifestación de mi poder, provendría mi sentencia de muerte. Pero había venido al mundo para esto, y la hora ya había madurado para que ello se cumpliera. También hubiera podido ir donde Lázaro inmediatamente. Pero necesitaba convencer a los incrédulos más obstinados con la resurrección a partir de un estado de descomposición ya avanzado; y también a mis apóstoles, que, destinados a llevar mi fe al mundo, tenían necesidad de poseer una fe fortalecida por milagros excelentes.

En los apóstoles había mucha humanidad. Ya lo he dicho. No era éste un obstáculo insuperable; más bien, era una lógica consecuencia de su condición de hombres llamados a ser míos a una edad ya adulta. No se cambia una mentalidad, una *forma mentis*, de un día para otro. Y Yo, en mi sabiduría, no quise tampoco elegir y educar a niños y formarlos según mi pensamiento para hacer de ellos mis apóstoles. Habría podido hacerlo. No quise hacerlo, para que las almas no me criticaran el haber despreciado a aquellos que no son inocentes y alegaran como disculpa y justificación el que también Yo había significado con mi elección que quienes están ya formados no pueden cambiar. No. *Todo se puede cambiar, si se quiere*. Y, efectivamente, Yo, de pusilánimes, pendencieros, usureros, sensuales, incrédulos, hice mártires, santos, evangelizadores del mundo. Sólo el que no quiso no cambió.

548.23 [23]Yo amé y amo al pequeño y al débil —tú eres un ejemplo de ello—, con tal de que tengan la voluntad de amarme y de seguirme, y de estas "nadas" hago mis predilectos, mis amigos, mis ministros. Y me sigo sirviendo de ellos, y es un milagro continuo que hago, para

llevar a los otros a creer en mí, a no ahogar las posibilidades de milagro. ¡Qué débil es ahora esta posibilidad!: cual lámpara a la que le falta el aceite, esta posibilidad agoniza y muere, ahogada por la escasa o inexistente fe en el Dios del milagro.

Hay dos formas de prepotencia al pedir el milagro. A una, Dios cede con amor; a la otra, le vuelve las espaldas desdeñado. La primera es la que pide, como he enseñado a pedir, sin desconfianza ni cansancio, y no admite que Dios pueda no escucharla, porque Dios es bueno y quien es bueno escucha, porque Dios es poderoso y lo puede todo. Esta forma es amor, y Dios concede a quien ama. La otra es la prepotencia de los rebeldes que quieren que Dios sea su siervo y que se humille ante sus maldades y que les dé a ellos aquello que ellos no le dan a Él: amor y obediencia. Esta forma es una ofensa, que Dios castiga negando sus gracias.

Os quejáis de que Yo ya no efectúo los milagros colectivos. ¿Cómo podría efectuarlos? ¿Dónde están las colectividades que creen en mí? ¿Dónde, los verdaderos creyentes? ¿Cuántos son, en una colectividad, los verdaderos creyentes? Cuales flores supervivientes en un bosque quemado por un incendio, así veo Yo, de vez en cuando, un espíritu creyente; el resto lo ha quemado Satanás con sus doctrinas. Y cada vez lo quemará más.

[24]Os ruego que tengáis presente, para regla vuestra sobrenatural, 548.24
* mi respuesta a Tomás. No se puede ser verdadero discípulo mío si uno no sabe dar a la vida humana el peso que le conviene: como medio para conquistar la Vida verdadera, no como fin. El que quiera salvar su vida en este mundo perderá la Vida eterna. Lo dije y lo repito. ¿Qué son las pruebas? La nube que pasa. El Cielo permanece y os espera más allá de la prueba.

Yo he conquistado el Cielo para vosotros con mi heroísmo. Vosotros debéis imitarme. El heroísmo no está reservado sólo a aquellos que deben conocer el martirio. La vida cristiana es un continuo heroísmo, porque es una continua lucha contra el mundo, el demonio y la carne. Yo no os fuerzo a seguirme. Os dejo libres. Pero hipócritas no os acepto. O conmigo y como Yo, o contra mí. Cierto es que no podéis engañarme. A mí no me podéis engañar. Y Yo no desciendo a pactos con el Enemigo. Si le preferís antes que a mí, no podéis pensar en tenerme a mí por Amigo contemporáneamente. O él o Yo, elegid.

[25]El dolor de Marta es distinto del de María, debido a la distinta 548.25
psicología de las dos hermanas y al distinto modo de comportarse que habían tenido. ¡Dichosos aquellos que se comportan de forma

---

* *mi respuesta a Tomás*, en 547.6.

que no tienen luego el remordimiento de haber causado dolor a alguien que ahora está muerto y que ya no puede ser consolado del dolor que se le causó! Pero ¡cuánto más dichoso es aquel que no tiene el remordimiento de aver causado dolor a su Dios, a mí, a Jesús, y no teme su encuentro conmigo; antes al contrario, suspira por este encuentro, como alegría ansiosamente soñada durante toda la vida y por fin alcanzada!

Yo soy vuestro Padre, Hermano, Amigo. ¿Por qué, pues, me herís tantas veces? ¿Sabéis cuánto os queda de vida todavía?, ¿de vida para hacer reparación? No lo sabéis. Pues entonces, hora tras hora, día tras día, obrad bien; siempre bien. Me haréis siempre feliz. Y aunque llegue a vosotros el dolor —porque el dolor es santificación, es la mirra que preserva de la corrupción de la carnalidad— tendréis siempre en vosotros la certidumbre de que os amo, y que os amo incluso *en ese dolor*, y siempre tendréis la paz que proviene de mi amor. Tú, pequeño Juan, sabes si sé consolar incluso en el dolor.

548.26 [26]En mi oración al Padre se repitió cuanto he dicho al principio: era necesario zarandear con un milagro excelente la obtusidad de los judíos y del mundo en general. Y la resurrección de una persona sepultada hacía cuatro días, y que había descendido a la tumba después de una larga, crónica, repugnante, conocida enfermedad, no era algo que debiera dejar indiferente a nadie, y tampoco en duda. Si le hubiera curado mientras vivía, o si hubiera infundido en él el espíritu inmediatamente después de la muerte, la mordacidad de los enemigos hubiera podido crear dudas acerca de la entidad del milagro. Pero el hedor del cadáver, la podredumbre en las vendas, el largo tiempo pasado en el sepulcro, no permitían dudas. Y —milagro en el milagro— quise que a Lázaro le quitaran las vendas y le limpiaran en presencia de todos, para que se viera que había vuelto no sólo la vida, sino también la integridad de los miembros donde antes la carne ulcerada había introducido en la sangre gérmenes de muerte. Al conceder una gracia, doy siempre más de lo que pedís.

548.27 [27]Lloré delante de la tumba de Lázaro. Y se ha dado muchos nombres a este llanto. Pero, antes de nada, sabed que las gracias se obtienen —ambas cosas unidas— con dolor y fe segura en el Eterno. Lloré no tanto por la pérdida del amigo y por el dolor de las hermanas, cuanto porque, cual fondo submarino que se agita, afloraron en aquella hora, más vivas que nunca, tres ideas que, como tres clavos, habían hincado siempre su punta en mi corazón.

La *constatación* de la ruina a la que había llevado Satanás al hombre seduciéndole al Mal. Ruina cuya condena humana era el dolor y la muerte. La muerte física, emblema y metáfora viva de la

muerte espiritual, que la culpa procura al alma hundiéndola —a ella que es reina destinada a vivir en el reino de la Luz— en las tinieblas infernales.

La *persuasión* de que ni siquiera este milagro, puesto casi como corolario sublime de tres años de evangelización, convencería al mundo judío acerca de la Verdad de que Yo era Portador. Y que ningún milagro iba a convertir para Cristo al mundo que habría de venir. ¡Oh, qué dolor el estar próximo a la muerte por tan pocos!

La *visión mental* de mi próxima muerte. Era Dios. Pero también era Hombre. Y para ser Redentor debía sentir el peso de la expiación; por tanto, también el horror de la muerte, de esa muerte. Yo era uno que vivía, uno que estaba sano y que se decía a sí mismo: "Pronto estaré muerto, estaré en un sepulcro como Lázaro. Pronto tendré por compañera a la más atroz de las agonías. Debo morir". La bondad de Dios os exonera del conocimiento del futuro. Pero Yo no fui exonerado de ello.

Vosotros que os quejáis de vuestra condición. Ninguna fue más triste que la mía, porque tuve la constante presciencia de todo lo que debía sucederme, unida ella a la pobreza, las incomodidades, los comportamientos malévolos que me acompañaron desde el nacimiento hasta la muerte. No os quejéis, pues, y esperad en mí.

Os doy mi paz».

549. Sesión del Sanedrín y audiencia en el palacio de Pilato.

27 de diciembre de 1946.

[1]Si la noticia de la muerte de Lázaro había impresionado y agitado a Jerusalén y a buena parte de Judea, la noticia de su resurrección termina de producir impresión y penetrar en los lugares en que no había producido agitación la noticia de su muerte. 549.1

Quizás los pocos fariseos y escribas —o sea, los miembros del Sanedrín— presentes en la resurrección no hayan hablado de ella a la gente. Pero lo que es cierto es que los judíos sí lo han hecho, y la noticia se ha extendido en un abrir y cerrar de ojos; y, de casa a casa, de terraza a terraza, voces de mujeres la transmiten, mientras que, en la calle, el vulgo la difunde con un gran júbilo por el triunfo de Jesús y por Lázaro. La gente puebla de nuevo las calles, presurosa, de un lado para otro, creyendo llegar siempre antes a dar la noticia, pero quedando desilusionada, porque la noticia se sabe en Ofel y en Beceta y en Sión y en el Sixto; se sabe en las sinagogas, en los baza-

res, en el Templo y en el palacio de Herodes; se sabe en la Antonia, y desde la Antonia se difunde —o viceversa— hacia los puestos de guardia situados en las puertas; llena tanto los palacios como los tugurios: «El Rabí de Nazaret ha resucitado a Lázaro de Betania, que había muerto el día antes del viernes y que había sido sepultado antes del comienzo del sábado, y ha resucitado a la hora sexta de hoy». Las aclamaciones judías al Cristo y al Altísimo se entremezclan con los diferentes «¡Por Júpiter! ¡Por Pólux! ¡Por Libitina!» etc., etc. de los romanos.

549.2 [2]A los únicos que no veo entre la gente que habla por las calles es a los del Sanedrín. No veo ni a uno de ellos, mientras que sí veo a Cusa, a Manahén salir de un espléndido palacio; y oigo que Cusa dice: «¡Grande! ¡Grande! He enviado inmediatamente la noticia a Juana. ¡Él el realmente Dios!»; y Manahén le responde: «Herodes, que ha venido de Jericó a presentar sus obsequios... a su amo, a Poncio Pilato, parece enloquecido en su palacio; Herodías, por su parte, está rabiosa y le insta para que ordene el arresto del Cristo. Ella tiembla por su poder; él, por los remordimientos. A Herodes le castañean los dientes mientras dice a los más fieles que le defiendan... de los espectros. Se ha embriagado para infundirse valor, y el vino le da vueltas en la cabeza presentándole fantasmas. Grita, diciendo que el Cristo ha resucitado también a Juan, el cual le grita de cerca las maldiciones de Dios. Yo he huido de esa Gehena. Me ha sido suficiente decirle: "Lázaro ha resucitado por obra de Jesús Nazareno. Ojo con tocarle, porque es Dios". Mantengo en él ese miedo para que no ceda a los deseos homicidas de ella».

«Yo, sin embargo, tendré que ir allá... Debo ir. Pero he querido antes pasar a ver a Eliel y a Elcaná. Viven su propia vida, ¡pero siguen siendo voces influyentes en Israel! Y Juana está contenta de que los honre. Y yo...».

«Una buena protección para ti. Es verdad. Pero nunca como el amor del Maestro. Ese amor es la única protección que tiene valor...».

Cusa no replica. Piensa... Yo los pierdo de vista.

549.3 [3]De Beceta viene presuroso José de Arimatea. Le paran. Se trata de un grupo de vecinos de la ciudad que no están seguros todavía de que se deba creer la noticia. Y se lo preguntan a él.

«Verdadera. Verdadera. Lázaro ha resucitado, e incluso está curado. Lo he visto con mis propios ojos».

«Pero entonces... ¡realmente es el Mesías!».

«Ésas son sus obras. Su vida es perfecta. Los tiempos son éstos. Satanás combate contra Él. Que cada uno concluya en su corazón lo

que es el Nazareno» dice, con prudencia y al mismo tiempo con justicia, José. Saluda y se marcha.

Ellos intercambian sus opiniones y terminan por concluir: «Realmente es el Mesías».

[4]Un grupo de legionarios habla. Dicen: «Si mañana puedo, voy a Betania. ¡Por Venus y Marte, mis dioses preferidos! Podré dar la vuelta al mundo, desde los desiertos ardientes hasta las heladas tierras germánicas, pero encontrarme donde resucite uno que ha muerto días antes no me sucederá nunca más. Quiero ver cómo es uno que vuelve de la muerte. Estará negro por las aguas de los ríos de ultratumba...». 549.4

«Si era virtuoso estará lívido, porque habrá bebido de las aguas cerúleas de los Campos Elíseos. Allí no está sólo el Estigio...».

«Nos dirá cómo son los prados de asfódelo del Hades... Voy yo también...».

«Si Poncio quiere...».

«¡Claro que quiere! Ha mandado inmediatamente un correo a Claudia para llamarla. A Claudia le gustan estas cosas. La he oído más de una vez conversar, con las otras y con sus libertos griegos, de alma y de inmortalidad».

«Claudia cree en el Nazareno. Para ella es mayor que ningún otro hombre».

«Sí. Pero para Valeria es más que hombre. Es Dios. Una especie de Júpiter y de Apolo, por poder y hermosura, dicen, y más sabio que Minerva. ¿Vosotros le habéis visto? Yo he venido con Poncio por primera vez aquí y no sé...».

«Creo que has llegado a tiempo para ver muchas cosas. Hace poco, Poncio gritaba como Estentor, diciendo: "Aquí hay que cambiar todo. Tienen que comprender que Roma manda y que ellos, *todos*, son siervos. Y cuanto más grandes sean, más siervos, porque son más peligrosos". Creo que era por esa tablilla que le había llevado el criado de Anás...».

«Sí, claro, no quiere escucharlos... Y nos cambia a todos porque... no quiere amistades entre nosotros y ellos».

«¿Entre nosotros y ellos? ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¿Con esos narigudos que saben sólo de boquilla? Poncio digiere mal el demasiado cerdo que come. Todo lo más... la amistad es con alguna mujer que no desprecia el beso de bocas sin barba...», ríe uno maliciosamente.

«El hecho es que después de la agitación de los Tabernáculos ha pedido y obtenido el cambio de todos los soldados, y que nosotros tenemos que irnos...».

«Eso es verdad. Ya estaba anunciada en Cesarea la llegada de la

galera que trae a Longinos y a su centuria. Suboficiales nuevos, soldados nuevos... y todo por esos cocodrilos del Templo. Yo estaba bien aquí».

«Mejor estaba yo en Brindis... Pero me acostumbraré» dice el que ha llegado hace poco a Palestina.

Se alejan también ellos.

549.5 [5]Pasan miembros de la guardia del Templo, con tablillas enceradas. La gente los ve y dice: «El Sanedrín se reúne con carácter de urgencia. ¿Qué querrán hacer?».

Uno responde: «Vamos a subir al Templo y lo vemos...».

Se encaminan hacia la calle que va al Moria.

El Sol desaparece tras las casas de Sión y tras los montes occidentales. Se viene la noche, que pronto desaloja de curiosos las calles. Los que han subido al Templo bajan inquietos, porque habían sido alejados incluso de las puertas, donde se habían detenido para ver pasar a los miembros del Sanedrín.

549.6 [6]El interior del Templo, vacío, desierto, envuelto en la luz de la Luna, parece inmenso. Los Ancianos se reúnen lentamente en la Sala del Sanedrín. Están todos, como para la condena de Jesús, pero no están los que entonces hacían de escribanos. Sólo están los miembros del Sanedrín, parte en sus respectivos sitios, parte formando grupos junto a las puertas. *

Entra Caifás con su cara y su cuerpo de sapo obeso y malo, y va a su sitio.

Empiezan inmediatamente a discutir sobre los hechos ocurridos, y tanto les apasiona la cosa, que pronto la sesión se anima mucho: dejan los sitiales y bajan al espacio vacío, y gesticulan y hablan alto.

Hay quien aconseja la calma, y que se ponderen bien las cosas antes de tomar decisiones.

Otros rebaten esa postura: «¿Pero no habéis oído a los que han venido aquí después de la hora nona? Si perdemos a los judíos más importantes, ¿de qué nos servirá acumular acusaciones? Cuanto más viva, menos seremos creídos si le acusamos».

«Este hecho no se puede negar. No se les puede decir a los muchos que estaban allí: "Habéis visto mal. Es una ficción. Estabais borrachos". El muerto estaba muerto. Descompuesto. Deshecho. El muerto estaba colocado en el sepulcro cerrado. El sepulcro estaba bien tapiado. El muerto estaba desde días antes vendado y con los ungüentos. El muerto estaba atado. Y, a pesar de todo, ha salido de su sitio, ha venido él solo sin andar hasta la entrada. Y, una vez liberado, en su

* *entonces*, porque MV había escrito ya el episodio de la *condena*, que será recogido después.

cuerpo no había muerte. Respiraba. No estaba descompuesto. Mientras que antes, cuando vivía, estaba llagado, y, ya muerto, estaba todo descompuesto».

«¿Habéis oído a los más influyentes judíos, a los que habíamos llevado allí para conquistárnoslos del todo para nosotros? Han venido a decirnos: "Para nosotros, es el Mesías". ¡Casi todos han venido! ¡Y... bueno, el pueblo...!».

«¿Y a estos malditos romanos llenos de fantasías no los tenéis en cuenta? Para ellos es Júpiter Máximo. ¡Y si les da por esa idea...! Nos han dado a conocer sus historias y ha sido causa de maldición. ¡Maldición sobre quienes quisieron el helenismo en nosotros y por adulación nos profanaron con costumbres no nuestras! De todas formas, eso también enseña. Y hemos aprendido que enseguida el romano derriba y eleva con conjuras y golpes de estado. Pero, si alguno de estos locos se entusiasma con el Nazareno y le proclama César, y, por tanto, divino, ¿quién le toca un pelo después?».

«¡No, hombre! ¿Quién va a hacer eso, según tú? Ellos se burlan de Él y de nosotros. Por muy grande que sea lo que hace, para ellos sigue y seguirá siendo "*un hebreo*", por tanto, un miserable. El miedo te hace desvariar, hijo de Anás».

«¿El miedo? ¿Has oído cómo ha respondido Poncio a la invitación de mi padre? Te digo que está alterado. Está alterado por este último hecho, y teme al Nazareno. ¡Pobres de nosotros! ¡Ese hombre ha venido para nuestra ruina!».

[7]«¡Si al menos no hubiéramos ido allí y no hubiéramos ordenado casi que fueran los judíos más influyentes! Si Lázaro hubiera resucitado sin testigos...». 549.7

«¿Y en qué hubiera cambiado la cosa! ¡No hubiéramos podido hacerle desaparecer, ¿no?, para que la gente creyera que seguía muerto!».

«Eso no. Pero hubiéramos podido decir que había sido una falsa muerte; gente pagada para falsos testimonios siempre se encuentra».

«Pero ¿por qué tan nerviosos? ¡No veo el motivo! ¿Acaso ha hecho algo que incite contra el Sanedrín y el Pontificado? No. Se ha limitado a hacer un milagro».

«¡¿Se ha limitado?! Pero ¿desvarías o estás vendido a Él, Eleazar? ¿No ha incitado contra el Sanedrín y el Pontificado? ¿Y qué más querías que hiciera? La gente...».

«La gente puede decir lo que quiera, pero las cosas son como dice Eleazar. El Nazareno lo único que ha hecho ha sido un milagro».

«¡Ahí tenemos al otro que le defiende! ¡Ya no eres un justo, Nico-

demo! ¡Ya no eres un justo! Esto es un acto contra nosotros. Contra nosotros, ¿comprendes? Ya nada convencerá a la masa. ¡Pobres de nosotros! Hoy algunos judíos se burlaban de mí. ¡Burlarse de mí! ¡De mí!».

«¡Calla, Doras! Tú eres sólo un hombre. ¡Es la idea la que sufre el daño! Nuestras leyes. ¡Nuestras prerrogativas!».

«Bien dices, Simón. Y hay que defenderlas».

«Sí, pero cómo?».

«¡Atacando, destruyendo las suyas!».

«Se dice pronto, Sadoq. ¿Cómo las destruyes, si tú no sabes por ti mismo hacer que reviva un mosquito? Aquí lo que se requeriría sería un milagro más grande que el suyo. Pero ninguno de nosotros puede hacerlo, porque...». El que está hablando no sabe el porqué.

José de Arimatea termina la frase: «Porque nosotros somos hombres, sólo hombres».

Se le echan encima preguntándole: «¿Y Él, entonces, quién es?».

El de Arimatea responde seguro: «Él es Dios. Si todavía lo hubiera dudado...».

«Pero no lo dudabas. Lo sabemos, José. Lo sabemos. ¡Dilo, hombre, di abiertamente que le estimas!».

549.8 [8]«¿Qué hay de malo en que José le estime? Yo mismo le reconozco como el mayor Rabí de Israel».

«¡Tú! ¿Tú, Gamaliel, dices eso?».

«Lo digo. Y me honro de que Él... me destrone. Porque hasta ahora yo había conservado la tradición de los grandes rabíes, el último de los cuales fue Hil.lel, pero no sabía quién hubiera podido después de mí recoger la sabiduría de los siglos. Ahora me marcho contento, porque sé que la sabiduría no morirá, sino que, al contrario, se hará mayor, porque estará aumentada por la suya, en la que, sin duda, está presente el Espíritu de Dios».

«¿Pero qué estás diciendo, Gamaliel?».

«La verdad. No es tapándonos los ojos como podemos ignorar lo que somos. No somos más sabios porque el principio de la sabiduría es el temor de Dios, y nosotros somos pecadores sin temor de Dios. Si tuviéramos este temor, no oprimiríamos al justo, ni tendríamos la necia avidez de las riquezas de este mundo. Dios da y Dios quita; según los méritos y los deméritos. Y si Dios ahora nos quita lo que nos había dado, para dárselo a otros, bendito sea, porque santo es el Señor y santas son todas sus acciones».

«Pero estábamos hablando de milagros, y queríamos decir que ninguno de nosotros los puede hacer porque Satanás no está con nosotros».

«No. Porque Dios no está con nosotros. Moisés separó las aguas y abrió la roca. Josué detuvo el Sol. Elías resucitó al niño e hizo caer la
* lluvia. Pero con ellos estaba Dios. Os recuerdo que seis son las cosas que Dios odia, y execra la séptima: los ojos soberbios, la lengua mentirosa, las manos que derraman sangre inocente, el corazón que trama planes malvados, los pies que corren rápidos hacia el mal, el falso testimonio que dice mentiras, y a aquel que introduce discordias entre los hermanos. Nosotros hacemos todas estas cosas. Digo "nosotros", pero las hacéis sólo vosotros, porque yo me abstengo de gritar "hosanna" y de gritar "anatema". [9]Yo espero». 549.9

«¡La señal! ¡Sí, tú esperas la señal! ¿Pero qué señal esperas de un pobre... desquiciado, si es que queremos ser máximamente indulgentes con Él?».

Gamaliel alza las manos y, con los brazos extendidos hacia delante, los ojos cerrados, la cabeza levemente inclinada, más hierático que nunca, dice lentamente y con voz lejana: «He invocado ansiosamente al Señor para que me indicara la verdad, y Él me ha ilumina-
* do las palabras de Jesús, hijo de Sirá. Éstas: "El Creador de todas las cosas me habló y me dio sus órdenes, y Aquel que me creó descansó en mi Tabernáculo y me dijo: 'Habita en Jacob, esté tu herencia en Israel, echa tus raíces entre mis elegidos'"... Y también me iluminó éstas, y las reconocí: "Venid a mí, vosotros, todos los que me anheláis, y saciaos con mis frutos, porque mi espíritu es más dulce que la miel y mi herencia lo es más que el panal. El recuerdo de mí perdurará en las generaciones a través de los siglos. Quienes me coman tendrán hambre de mí, quienes me beban tendrán sed de mí, quienes me escuchen no deberán avergonzarse, quienes trabajen para mí no pecarán, quienes me expliquen tendrán la vida eterna". Y la luz de Dios aumentó en mi espíritu mientras mis ojos leían estas palabras: "Todas estas cosas contiene el libro de la Vida, el testamento del Altísimo, la doctrina de la Verdad... Dios prometió a David que haría nacer de él al Rey potentísimo, que ha de estar sentado eternamente en el trono de la gloria. Rebosa de sabiduría como el Pisón y el Tigris en el tiempo de los nuevos frutos; como el Éufrates rebosa de inteligencia y crece como el Jordán en el tiempo de la cosecha. Irradia la sabiduría como la luz... Él ha sido el primero en conocerla perfectamente". ¡Esto es lo que me ha hecho ver Dios! Pero, ¿qué digo? No, la Sabiduría que está entre nosotros es demasiado grande para que nosotros la comprendamos y acojamos un pensamiento mayor que los mares, un consejo más profundo que el gran

* *Os recuerdo*, como está escrito en *Proverbios 6, 16-19*.
* *Éstas*, es decir, las palabras que se leen en *Eclesiástico 24, 8.18-26.28-32*.

abismo. Y le oímos gritar: "Yo, como canal de aguas inmensas broté del Paraíso y dije: 'Regaré mi jardín', y mi canal se hizo río; y el río, mar. Cual aurora, irradio a todos mi doctrina, y la daré a conocer a los más lejanos. Entraré en los lugares más bajos, dirigiré mi mirada a los que duermen, iluminaré a los que esperan en el Señor. Y seguiré difundiendo mi doctrina como profecía y la dejaré a aquellos que buscan la sabiduría; no dejaré de anunciarla hasta el siglo santo. No he trabajado para mí sólo, sino para todos aquellos que buscan la verdad". Esto me hizo leer Yeohveh, el Altísimo», y baja los brazos y alza la cabeza.

«¡¿Pero entonces para ti es el Mesías?! ¡Dilo!».

«No es el Mesías».

«¿No es? ¿Y entonces qué es para ti? Demonio, no; ángel, no; Mesías, no...».

«Es el que es».

«¡Tú deliras! ¿Es Dios? ¿Es Dios para ti ese demente?».

«Es el que es. Dios sabe lo que Él es. Nosotros vemos sus obras. Dios ve también sus pensamientos. Pero no es el Mesías, porque para nosotros Mesías quiere decir Rey. Él no es, no será rey. Pero es santo. Y sus obras son obras de santo. No podemos alzar la mano contra el inocente, si no es cometiendo pecado. Yo no doy mi consentimiento al pecado».

«¡Pero con esas palabras casi le declaras el Esperado!».

«Así le consideré; mientras duró la luz del Altísimo, le vi como tal. Luego... no manteniéndome ya la mano del Señor sobreelevado en su luz, me encontré siendo de nuevo... hombre, hombre de Israel, y las palabras ya no eran más que palabras a las que el hombre de Israel, yo, vosotros, los de antes de nosotros y —que Dios no lo permita— los que vendrán después de nosotros, dan el significado de *su*, de *nuestro*, pensamiento, no el significado que tienen en el Pensamiento eterno que las dictara a su siervo».

549.10 [10]«Estamos hablando, divagando, perdiendo el tiempo. Mientras tanto, el pueblo se agita» dice Cananías con una voz que es un graznido.

«¡Así es! Lo que hay que hacer es decidir y actuar, para salvarnos y triunfar».

«Decís que Pilato no nos quiso auxiliar cuando le pedimos su ayuda contra el Nazareno. Pero si le informáramos... Habéis dicho antes que, si los soldados se exaltan, pueden proclamarle César... ¡Je! ¡Je! Buena idea. Vamos a exponer al Procónsul este peligro. Recibiremos honores como los reciben los fieles servidores de Roma, y... si interviene, nos veremos libres del Rabí. ¡Vamos! ¡Vamos! Tú,

Eleazar de Anás, que tienes más amistad con él que los demás, sé nuestro guía» dice Elquías, riéndose con aspecto viperino.

Hay un poco de indecisión, pero luego un grupo de los más fanáticos sale para dirigirse hacia la Antonia. Se queda Caifás junto con los otros».

«¡A esta hora! No los recibirá» objeta uno.

«No, no, al contrario; es la mejor. Poncio está siempre de buen humor cuando ha comido y bebido como bebe y come un pagano...».

[11]Los dejo allí discutiendo y se me representa la escena de la Antonia. 549.11

Pronto y sin dificultad se recorre el breve trayecto. Hay una luna tan límpida, que crea un fuerte contraste con la luz roja de las antorchas encendidas en el vestíbulo del palacio pretorial.

Eleazar logra que anuncien su llegada a Pilato. Los pasan a una sala grande y vacía, completamente vacía; hay sólo una pesada silla, de respaldo bajo, cubierta con un paño purpúreo, que resalta vivamente en la blancura completa de la sala. Están en grupo, un poco amedrentados, con frío, en pie sobre el mármol blanco del suelo. No viene nadie. El silencio es absoluto. Pero, de cuando en cuando, una música lejana rompe este silencio.

«Pilato está sentado a la mesa. Sin duda, con los amigos. Esta música la están tocando en el triclinio. Habrá danzas en honor de los invitados» dice Eleazar de Anás.

«¡Degenerados! Mañana me purificaré. Estas paredes rezuman lujuria» dice Elquías con expresión de repulsa.

«¿Por qué has venido, entonces? Tú mismo lo has propuesto» le replica Eleazar.

«Por el honor de Dios y el bien de la Patria sé hacer cualquier sacrificio. ¡Y éste es grande! Me había purificado por haberme acercado a Lázaro... y ahora... ¡Qué día más terrible hoy!...».

Pilato no viene. El tiempo pasa. Eleazar, que conoce este lugar, ve si puede abrir alguna puerta, pero están todas cerradas. El miedo se apodera de ellos. Reafloran historias terribles. Se arrepienten de haber ido allí. Se sienten ya perdidos.

[12]Por fin, por el lado opuesto a aquel en que están ellos (están junto a la puerta por la que han entrado), o sea, cerca de la única silla de la sala, se abre una puerta y entra Pilato, vestido con cándidas vestiduras, cándido como la sala cándida. Entra hablando con unos convidados. Ríe. Se vuelve para ordenarle a un esclavo que tiene alzada la cortina que hay al otro lado de la puerta que eche esencias en un brasero y que traiga perfumes y aguas para las manos; y para ordenar que un esclavo lleve espejo y peines. De los hebreos ni se 549.12

ocupa; es como si no estuvieran. Ellos rabian, pero no se atreven a hacer ningún gesto...

Entretanto, están bajando braseros, y esparcen las resinas encima de los fuegos y echan aguas perfumadas en las manos de los romanos. Un esclavo, con diestros movimientos, peina según la moda de los ricos romanos de la época. Y los hebreos rabian.

Los romanos se ríen y bromean unos con otros, mirando de vez en cuando al grupo que espera en el fondo de la sala. Uno de ellos dice algo a Pilato, que ni una vez se ha vuelto para mirar. Pero Pilato se encoge de hombros en señal de fastidio y da unas palmadas para llamar a un esclavo, al cual le ordena, en voz alta, que lleve dulces y haga pasar a las bailarinas. Los hebreos rabian de ira y de sentimiento de escándalo. ¡Pensar en un Elquías obligado a ver a las bailarinas! Su cara es todo un poema de sufrimiento y odio.

Llegan los esclavos con los dulces en preciosas copas. Detrás de ellos, las bailarinas, coronadas con flores y apenas cubiertas por unas telas tan ligeras que parecen velos. Sus carnes blanquísimas se transparentan tras los ligeros vestidos de color rosa y azul, cuando pasan por delante de los braseros encendidos y de las muchas antorchas puestas en el fondo de la sala. Los romanos admiran la gracia de los cuerpos y movimientos, y Pilato pide que se repita un paso de baile que le ha gustado más. Elquías —y sus compinches hacen lo mismo— se vuelve indignado hacia la pared para no ver a las bailarinas trasvolar como mariposas entre un ondeo descompuesto de vestidos.

Terminada la breve danza, Pilato pone en la mano de cada una de ellas una copa colmada de dulces y en cada copa echa con expresión de desinterés una pulsera, y les da el permiso de marcharse.

549.13 [13]Por fin, se digna volverse para mirar a los hebreos, y dice a los amigos con voz cansina: «Y ahora... tengo que pasar del sueño a la realidad... de la poesía a la... hipocresía... de la gracia a las repelentes cosas de la vida. ¡Miserias de ser Procónsul!... ¡Adiós, amigos, y tened compasión de mí!».

Ya está solo. Se acerca lentamente a los hebreos. Se sienta. Se observa las bien cuidadas manos, y descubre alguna deficiencia bajo una uña. Se ocupa y se preocupa de ello sacando de entre sus vestiduras una fina y áurea barrita y poniendo remedio al gran daño de una uña imperfecta...

Luego —bondad suya— vuelve lentamente la cabeza. Sonríe burlón al ver a los hebreos todavía servilmente inclinados, y dice: «¡Eh, vosotros! ¡Aquí! Y sed breves. No tengo tiempo que perder en cosas sin valor».

Los hebreos, conservando su gesto servil, se acercan, hasta que un: «¡Basta! No demasiado cerca» los clava en el suelo. «¡Hablad! Y enderezaos, que estar inclinados hacia el suelo es sólo propio de animales», y se ríe. Los hebreos, al recibir la burla, se enderezan engallados.

«¿Entonces? ¡Hablad! Os habéis empeñado en venir... bueno, pues hablad ahora que estáis aquí».

«Queremos decirte... Nos consta... Nosotros somos siervos fieles de Roma...».

«¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Siervos fieles de Roma! Me encargaré de que lo sepa el divino César. Se pondrá contento. Sí, se pondrá contento. ¡Hablad payasos! ¡Y rápidamente!».

Los miembros del Sanedrín están que rabian, pero no reaccionan.
[14]Elquías toma la palabra por todos: «Debes saber, oh Poncio, que 549.14
hoy en Betania ha sido resucitado un hombre...».

«Ya lo sé. ¿Para decirme esto habéis venido? Lo sé desde hace muchas horas. ¡Dichoso él, que ya sabe lo que es morir y lo que es el otro mundo! ¿Y qué puedo hacer yo, si Lázaro de Teófilo ha resucitado? ¿Me ha traído, acaso, un mensaje del Hades?». Se muestra irónico.

«No. Pero su resurrección es un peligro...».

«¿Para él? ¡Claro! Peligro de tener que morir otra vez. Operación poco agradable. ¿Y bien? ¿Qué puedo hacer yo? ¿Soy Júpiter, acaso?».

«Peligro no para Lázaro, sino para César».

«¿Para?... ¡Dómine! ¡Quizás es que he bebido! ¿Habéis dicho: para César? ¿Y en qué puede perjudicar Lázaro a César? ¿Acaso teméis que el hedor de su sepulcro pueda corromper el aire que respira el Emperador? ¡Tranquilizaos! ¡Demasiada distancia!».

«No es eso. Es que Lázaro con su resurrección puede causar la caída del Emperador».

«¿La caída del Emperador? ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! Esta estupidez si que es grande, ¡más grande que el mundo! Pero entonces el borracho no soy yo, sino vosotros. Quizás el susto os ha trastornado la mente. Ver resucitar... Creo, creo que puede trastornar. Marchaos, marchaos a dormir. Un buen descanso. Y un baño caliente, muy caliente. Saludable contra los delirios».

«No estamos delirando, Poncio. Te decimos que, si no tomas las medidas oportunas, pasarás horas tristes. El usurpador, ciertamente, arremeterá contra ti, si es que no te mata incluso. Dentro de poco, el Nazareno será proclamado rey, rey del mundo, ¿comprendes? Tus propios legionarios lo harán. Ellos están seducidos por el Naza-

reno, y el hecho de hoy los ha exaltado. ¿Qué siervo eres de Roma, si no te preocupas de su paz? ¿Es que quieres ver al Imperio agitado y dividido por causa de tu pasivismo? ¿Quieres ver vencida a Roma y abatidas las enseñas, asesinado el Emperador, todo destruido...?».

«¡Silencio! Hablo yo. Y os digo: ¡*sois unos dementes*! Más aún. *Sois unos embusteros, unos sinvergüenzas*. Mereceríais la muerte. Salid de aquí, ruines siervos de vuestro interés, de vuestro odio, de vuestra bajeza.. Los siervos sois vosotros, no yo. Yo soy ciudadano romano, y los ciudadanos romanos no son siervos de nadie. Yo soy el funcionario imperial y trabajo para los bienes patrios. Vosotros... sois los que estáis subyugados. Vosotros... vosotros sois los dominados. Vosotros... vosotros sois los galeotes amarrados a los bancos y rabiáis inútilmente. El látigo del patrón está sobre vosotros. ¡El Nazareno!... ¿Querríais que matara al Nazareno? ¿Querríais que le recluyera? ¡Por Júpiter! Si por salvar a Roma y al divino Emperador tuviera que apresar a los sujetos peligrosos, o matarlos aquí donde gobierno, al Nazareno y a sus seguidores debería dejarlos libres y vivos, *sólo a ellos*. Marchaos. Desalojad y no volváis nunca más a mi presencia. ¡Turbulentos! ¡Instigadores de rebelión! ¡Ladrones y favorecedores de ladrones! No ignoro ninguno de vuestros manejos. Sabedlo. Y sabed también que armas nuevas y nuevos legionarios han servido para descubrir vuestras trampas y vuestros instrumentos. Gritáis por los impuestos romanos. Pero, ¿cuánto os han costado Melquías de Galaad, Jonás de Escitópolis, Felipe de Soko, Juan de Betavén, José de Ramaot, y todos los demás que pronto serán apresados? Y no vayáis hacia las grutas del valle, porque allí hay más legionarios que piedras, y la ley y la galera son iguales para todos. ¡Para todos! ¿Comprendéis? *Para todos*. Y espero vivir lo suficiente como para veros a todos encadenados, esclavos entre los esclavos bajo el talón de Roma. ¡Salid! Id —tú también, Eleazar de Anás, a quien no deseo volver a ver en mi casa— y referid que el tiempo de la clemencia *ha terminado*, y que yo soy el Procónsul y vosotros los súbditos. *Los súbditos*. Y yo mando. En nombre de Roma. ¡Salid! ¡Serpientes nocturnas! ¡Vampiros! ¿Y el Nazareno os quiere redimir? ¡Si Él fuera Dios, debería fulminaros! Y desaparecería del mundo la mancha más asquerosa. ¡Fuera! Y no os atreváis a tramar conjuras, o conoceréis la espada y el flagelo».

Se levanta y se va dando un portazo delante de los palidecidos y amedrentados miembros del Sanedrín, que no tienen tiempo de reaccionar, porque entra un grupo armado que los echa fuera de la sala y del palacio como si fueran perros.

549.15 [15]Regresan al aula del Sanedrín. Refieren lo sucedido. La agitación es máxima. La noticia del arresto de muchos bandidos y de las

batidas en las grutas para atrapar a los otros turba fuertemente a todos los que están todavía allí (porque muchos, cansados de esperar, se han marchado).

«Pues, a pesar de todo, no podemos dejar que viva» gritan unos sacerdotes.

«No podemos dejar que actúe. Él actúa; nosotros, no. Y día tras día perdemos terreno. Si le dejamos libre todavía, seguirá haciendo milagros y todos creerán en Él. Y los romanos terminarán por arremeter contra nosotros y destruirnos completamente. Poncio se expresa de esta forma, pero si la muchedumbre le aclamara rey, ¡ah!, entonces Poncio tendría el deber de castigarnos a todos. No debemos permitirlo» grita Sadoq.

«De acuerdo. Pero ¿cómo? La vía... legal romana ha fracasado. Poncio no abriga dudas respecto al Nazareno. La vía... legal nuestra es impracticable. No peca...» objeta uno.

«Se inventa la culpa, si no la hay» insinúa Caifás.

«¡Pero es pecado hacer esto! ¡Jurar lo falso! ¡Hacer condenar a un inocente! ¡Es... demasiado!...» dice con horror la mayoría. «Es un delito, porque significará la muerte para Él».

«¿Y bien? ¿Eso os asusta? Sois unos necios y no sabéis de nada. Después de lo que ha sucedido, Jesús *debe* morir. ¿No os dais cuenta todos vosotros que es mejor para nosotros que muera un hombre en vez de que mueran muchos? Muera Él, pues, para salvar a su pueblo, para que no perezca toda nuestra nación. Además... Él mismo dice que es el Salvador. Por tanto, que se sacrifique por salvar a todos» dice Caifás, con un odio frío y astuto que causa repugnancia.

«¡Pero Caifás! ¡Reflexiona! Él...».

«He dicho. El Espíritu del Señor está sobre mí, Sumo Sacerdote. ¡Ay de aquel que no respete al Pontífice de Israel! ¡Los rayos de Dios se abatirán sobre él! ¡Basta ya de espera! ¡Basta ya de angustias! Ordeno y decreto que quien sepa —quienquiera que sea— dónde se encuentra el Nazareno, venga y denuncie su paradero, y maldición sobre el que no obedezca a mis palabras».

«Pero Anás...» objetan algunos.

«Anás me ha dicho: "Todo lo que hagas será santo". Levantamos la sesión. El viernes, entre las horas tercera y sexta, todos aquí para deliberar. *Todos, he dicho. Comunicádselo a los ausentes.* Y que sean convocados todos los jefes de las familias y de las clases, todo lo mejor de Israel. El Sanedrín ha hablado. Marchaos».

Y él es el primero en retirarse por donde ha venido, mientras que los otros se marchan por otras partes y, hablando en tono moderado, salen del Templo en dirección a sus casas.

550. Misión de amor para Lázaro y contemplación absoluta para su hermana María. Jesús debe huir a Samaria.

30 de diciembre de 1946.

550.1 [1]Es hermoso estar así, descansando, rodeado del amor de los amigos, con el Maestro, en estos días de sol que ya reflejan una primera, precoz sonrisa de la primavera; mirando a los campos, que ya abren su tierra al verdecer inocente de los cereales que brotan; mirando a los prados, que rompen el verde uniforme del invierno con las primeras florecillas multicolores; mirando a los setos, que, en los lugares más expuestos al sol, presentan ya sonrisas de yemas semiabiertas; mirando a los almendros, que ya forman espuma en sus copas por las primeras flores que nacen. Y Jesús goza de ellos, y también los apóstoles, como los tres amigos de Betania. ¡Parecen tan lejanos la malevolencia, el dolor, la tristeza, la enfermedad, la muerte, el odio, la envidia, todas aquellas cosas que constituyen dolor, tormento, preocupación en la Tierra...!

Los apóstoles, todos, están jubilosos, y lo expresan. Manifiestan su *persuasión* —¡tan segura, tan triunfante!— de que ya Jesús ha vencido a todos sus enemigos, de que su misión irá adelante sin obstáculos, de que será reconocido como Mesías hasta por los más tenaces en negar esto. Hablan un poco exaltados. Están eufóricos, haciendo proyectos para el futuro, soñando... soñando mucho... y humanamente; tanto, que se los ve rejuvenecidos.

550.2 [2]El más exaltado, por esa psique suya que le lleva siempre a los extremos, es Judas de Keriot. Se autofelicita por haber sabido esperar y por haber actuado hábilmente; se autofelicita por su larga fe en el triunfo del Maestro, por haber plantado cara a las amenazas del Sanedrín... Está tan exaltado, que al final dice, en medio del estupor atónito de sus compañeros, algo que hasta este momento ha mantenido oculto: «Sí, me querían comprar, me querían seducir con lisonjas, y con amenazas, al ver que aquéllas no producían efecto. ¡Si supierais! Pero los he pagado con la misma moneda. He fingido estima por ellos, como ellos por mí; los he lisonjeado, como ellos me lisonjeaban; los he traicionado, como ellos querían traicionarme... porque es lo que querían hacer. Querían hacerme creer que probaban al Maestro con espíritu bueno para poder proclamarle solemnemente el Santo de Dios. ¡Pero yo los conozco! Yo los conozco. Y, en todas las cosas que me decían que querían hacer, me movía hábilmente, de forma que la santidad de Jesús apareciera más radiante que el Sol de mediodía en un cielo sin nubes... Este juego mío era peligroso, porque...

¡si se hubieran dado cuenta!... Pero estaba dispuesto a todo, incluso a la muerte, por servir a Dios en mi Maestro. Y de esta forma sabía todo... ¡Claro, algunas veces os habré parecido un loco, o malo o huraño! ¡Si hubierais sabido esto!... ¡Sólo yo sé cómo han sido mis noches, y qué precauciones debía tener para hacer el bien sin llamar la atención de nadie! Todos me habéis mirado un poco con sospecha. Ya lo sé. Pero no os guardo rencor por ello. Mi modo de actuar... sí... podía crear sospechas. Pero el fin era bueno, y eso era lo único que me preocupaba. Jesús no sabe nada. O sea, creo que Él también me mira con sospechas. Pero sabré callar, sin exigir una alabanza suya. Guardad silencio también vosotros. Un día, al principio de estar con Él —y tú, Simón Zelote, y tú, Juan de Zebedeo, estabais conmigo— me corrigió porque me había gloriado de tener sentido práctico de las cosas. Desde entonces yo... no le he hecho observar esta cualidad, pero he seguido usándola, para bien suyo. He obrado como una madre con su hijo inexperto. La madre le quita los obstáculos del camino, le acerca la rama sin espinas y le alza la que puede herirle; o, con juiciosas acciones, le lleva a hacer aquello que debe saber hacer y a evitar lo malo, sin que siquiera el hijo se dé cuenta. Es más, el hijo cree que ha conseguido por sí solo caminar sin tropezar, recoger una bonita flor para su mamá, o hacer esa cosa o aquella otra. Yo he hecho lo mismo con el Maestro. Porque la santidad no es suficiente en un mundo de hombres y de diablos. Hay que luchar con armas iguales, al menos con armas de hombre... y, algunas veces... no viene mal meter entre las otras armas un poco de astucia de infierno. Así pienso yo. Pero Él no quiere oír estas ideas... Es demasiado bueno... Bien. Yo comprendo todo y comprendo a todos, y os perdono a todos los malos pensamientos que hayáis podido tener respecto a mí. Ahora ya sabéis. Ahora nos queremos como buenos compañeros, todo por amor a Él y para gloria suya» y señala a Jesús, que pasea mucho más lejos, por un paseo lleno de sol, hablando con Lázaro, que le escucha con una sonrisa de éxtasis en su rostro.

[3]Los apóstoles se alejan en dirección a la casa de Simón. Jesús, 550.3
sin embargo, se acerca con su amigo. Los oigo.

Dice Lázaro: «Sí. Había comprendido que había una finalidad grande, benigna sin duda, en el hecho de dejarme morir. Pensaba que quizás era por evitarme ver la persecución de que eres objeto. Y, Tú sabes que digo la verdad, estaba contento de morir para no verla. Me irrita. Me turba. Mira, Maestro, he perdonado *muchas* cosas a los jefes de nuestro pueblo. He tenido que perdonar hasta en los últimos días... Elquías... Pero la muerte y la resurrección han borrado lo que había antes de ellas. ¿Para qué recordar las últimas acciones

de ellos para causarme dolor? He perdonado *todo* a María. Ella parece dudarlo. Es más, no sé por qué, pero desde que he resucitado ha tomado respecto a mí una actitud tan... no sé cómo definirla; de una mansedumbre y acatamiento tan poco comunes en mi María... Ni siquiera en los primeros momentos después de volver aquí, redimida por ti, era así... Bueno, quizás Tú sabes y me puedes decir algo al respecto, porque María te dice todo... Quizás sabes si los que vinieron aquí la censuraron demasiado. Yo siempre, cuando la veía absorta en la idea de su pasado, trataba de disminuir el recuerdo de su error, para medicar su sufrimiento. No logra restablecerse en sosiego. ¡Y parece tan... por encima de cualquier tipo de abatimiento!... A algunos les podrá parecer incluso poco arrepentida... Pero yo comprendo... Yo sé. Hace de todo por expiar. Pienso que hace grandes penitencias, de todo tipo. No me extrañaría que bajo sus vestidos llevara un cilicio, ni que su carne conociera las dentelladas de los azotes... Pero el amor fraterno que tengo yo y que quiere sostenerla interponiendo un velo entre el pasado y el presente, no lo tienen los demás... ¿Tú sabes si, acaso, ha sido maltratada por alguien que no sepa perdonar... de forma que esté necesitada de perdón?».

«No lo sé, Lázaro. María no me ha hablado de esto. Sólo me ha dicho que ha sufrido mucho oyendo la insinuación de los fariseos de que Yo no era el Mesías porque no te curaba o no te resucitaba».

«¿Y... no te ha dicho nada de mí? Es que... yo sufría mucho... y recuerdo que mi madre, en sus últimas horas, manifestó cosas que tanto a Marta como a mí nos habían pasado desapercibidas: fue como si el fondo de su alma y de su pasado subiera nuevamente a la superficie con las últimas convulsiones del corazón. Mi temor es... Mi corazón ha sufrido mucho por María... y ha hecho mucho esfuerzo para que no percibiera nunca lo que por ella he sufrido... Mi temor es el haberla herido ahora que es buena, mientras que, antes por amor de hermano y luego por amor a ti, nunca la había herido en el tiempo infame, cuando ella era un oprobio. ¿Qué te ha dicho de mí, Maestro?».

«Me ha manifestado su dolor por haber tenido demasiado poco tiempo para darte su santo amor de hermana y condiscípula. Perdiéndote ha medido toda la extensión de los tesoros de afecto que en el pasado había pisoteado... y ahora se siente feliz de poderte dar todo el amor que quiere darte, para decirte que tú para ella eres el santo, amado hermano».

«¡Ah, es lo que había intuido! Esto me da satisfacción. Temía haberla ofendido... Desde ayer pienso, pienso... me esfuerzo en recordar... pero no lo logro...».

«¿Pero por qué quieres recordar? Tienes el futuro por delante. El pasado ha quedado en la tumba. Es más, ni siquiera ha quedado allí. Ha sido consumido por el fuego junto con las vendas fúnebres. Pero, si esto te tranquiliza, te diré las últimas palabras que tuviste para tus hermanas, para María sobre todo. Dijiste que por María Yo he venido aquí y vengo, porque María sabe amar más que todos los demás. Es verdad. Le dijiste que ella te ha amado más que todos los que te han amado. Esto también es verdad, porque ella te ha amado renovándose por amor a Dios y a ti. Le dijiste que toda una vida de delicias no te habría dado la alegría que has experimentado gracias a ella. Y las bendijiste, como los patriarcas bendecían a sus más amados hijos. Bendijiste igualmente a Marta, y la llamaste "tu paz", y a María, y la llamaste "tu alegría". ¿Te sientes en paz ahora?».

«Ahora sí, Maestro. Me siento en paz».

«Pues entonces, dado que la paz da misericordia, perdona también a los jefes del pueblo que me persiguen. Porque esto es lo que querías decir: que todo puedes perdonarlo, pero no el mal que me hacen a mí».

«Así es, Maestro».

«No, Lázaro. Yo los perdono. Tú *debes* perdonarlos, si quieres asemejarte a mí».

«¡Oh! ¡Asemejarme a ti! No puedo. ¡Soy un simple hombre!».

«El hombre ha quedado allá abajo. ¡El hombre! Tu espíritu... [4]Tú 550.4
sabes lo que sucede cuando muere un hombre...».

«No, Señor, no recuerdo nada de lo que me ha sucedido» interrumpe vehementemente Lázaro.

Jesús sonríe y responde: «No hablaba de tu personal saber, de tu experiencia particular. Hablaba de lo que todo creyente sabe que le sucede cuando muere».

«¡Ah! El Juicio particular. Lo sé. Lo creo. El alma se presenta a Dios, y Dios la juzga».

«Así es. Y el juicio de Dios es justo e inviolable. Y tiene un infinito valor. Si el alma juzgada es culpable mortalmente, pasa a ser alma réproba; si es levemente culpable, es enviada al Purgatorio; si es justa, va a la paz del Limbo, a la espera de que Yo abra las puertas de los Cielos. Así pues, Yo he hecho regresar a tu espíritu habiendo sido ya juzgado él por Dios. Si hubieras sido un réprobo, no te habría podido llamar de nuevo a la vida, porque, haciéndolo, habría anulado el juicio de mi Padre. Para los réprobos no hay ya mutaciones. Están juzgados para siempre. Por tanto, tú estabas dentro del número de los no réprobos, y, por tanto, estabas en la clase de los bienaventurados o de los que son bienaventurados después de la purificación.

Pero, reflexiona, amigo mío. Si la sincera voluntad de arrepentimiento que puede tener el hombre siendo todavía hombre, o sea, carne y alma, tiene valor de purificación; si un simbólico rito de bautismo en las aguas, buscado por contrición respecto a las inmundicias contraídas en el mundo y por la carne, tiene para nosotros, hebreos, valor de purificación, ¿qué valor tendrá el arrepentimiento, más real y perfecto, mucho más perfecto, de un alma liberada de la carne, consciente de lo que Dios es, iluminada acerca de la gravedad de sus errores, iluminada acerca de la magnitud de la alegría que ha alejado de sí por horas, años o siglos: la alegría de la paz del Limbo, que poco después será la alegría de una posesión de Dios ya alcanzada?; ¿qué será la purificación dúplice, ternaria, del arrepentimiento perfecto, del amor perfecto, del baño en el ardor de las llamas encendidas por el amor de Dios y por el amor a los espíritus, en el cual y por el cual los espíritus se despojan de toda impureza y surgen hermosos como serafines, coronados por algo que no corona ni siquiera a los serafines: el martirio terreno y ultraterreno, contra los vicios y por el amor? ¿Qué será? Dilo, amigo mío».

«Pues... no sé... una perfección. Mejor... una nueva creación».

«Eso es. Has dicho la palabra precisa. El alma queda como recreada. El alma queda como la de un recién nacido. *Es nueva.* Desaparece todo el pasado, su pasado de hombre. Cuando desaparezca la culpa de origen, el alma, ya sin mancha ni sombra de manchas, será supercreada y será digna del Paraíso. Yo he hecho regresar tu alma, que ya se había re-creado por la determinación al Bien, por la expiación del sufrimiento y de la muerte, y por tu perfecto arrepentimiento y amor alcanzados después de la muerte. Tienes, pues, un alma completamente inocente, cual la de un niño de unas horas. Y si eres un niño recién nacido, ¿por qué quieres vestir esta niñez espiritual con los molestos, pesados indumentos del hombre adulto? Los niños tienen alas y no cadenas para su espíritu alegre. Los niños me imitan con facilidad, porque no han adquirido todavía ninguna personalidad. Se hacen como Yo soy, porque en su alma exenta de improntas se puede imprimir, sin confusión de rasgos, mi figura y mi doctrina. En su alma no hay recuerdos humanos, ni resentimientos ni prejuicios. No hay nada, y puedo estar Yo ahí, perfecto, absoluto, como estoy en el Cielo. Tú, que te encuentras como renacido, uno que ha nacido nuevamente, porque en tu vieja carne la capacidad motora es nueva, no tiene pasado, ni mancha, ni huellas de lo que fue; tú, que has regresado para servirme, sólo para esto, debes, *más que todos,* ser como Yo soy. Mírame. Mírame bien. Espéjate en mí, refléjame en ti: dos espejos que se miren para reflejar, el uno en el otro, la figura

de lo que aman. Tú eres hombre y eres niño. Eres hombre por la edad, eres niño por la pureza de corazón. Tienes, respecto a los niños, la ventaja de conocer ya el Bien y el Mal, y de haber sabido ya elegir el Bien incluso antes del bautismo en las llamas del amor. Pues bien, Yo te digo a ti, hombre cuyo espíritu está limpio por la purificación vivida: "Sé perfecto como lo es el Padre nuestro de los Cielos y como Yo lo soy. Sé perfecto, o sea, semejante a mí, que te he amado tanto, que he ido contra todas las leyes de la vida y de la muerte, del Cielo y de la Tierra, para tener de nuevo en la Tierra a un siervo de Dios y a un verdadero amigo; y, en el Cielo, un bienaventurado, un gran bienaventurado". Esto lo digo a todos: "Sed perfectos". Y ellos, la mayoría, no tienen el corazón que tú tenías, digno del milagro, digno de ser tomado como instrumento para esta glorificación de Dios en su Hijo. Y ellos no tienen tu deuda de amor para con Dios... Puedo decírtelo, puedo exigírtelo a ti. Y en primer lugar lo exijo en una cosa: en no guardar rencor a quien te ha ofendido y me ofende. Perdona, perdona, Lázaro. Has sido sumergido en las llamas, en las llamas encendidas por el amor. Debes ser "amor", para no conocer nunca otra cosa que no sea el abrazo de Dios».

«¿Y, haciéndolo así, cumpliré la misión para la que me has resucitado?».

«Haciéndolo la cumplirás».

«Es suficiente esto, Señor; no necesito ni preguntar ni saber más. Servirte era mi sueño. Si te he servido incluso en la nada que puede hacer un enfermo y un muerto, y si voy a poder servirte en lo mucho que puede hacer uno que ha sido curado, mi sueño está cumplido y no pido nada más. ¡Bendito seas, Jesús, Señor y Maestro mío! Y, contigo, bendito sea el que te ha enviado».

«Bendito sea siempre el Señor Dios omnipotente».

[5]Van hacia la casa, deteniéndose de vez en cuando a observar el 550.5
despertar de los árboles, y Jesús alza un brazo y, como es alto, coge un ramito de flores de un almendro que se calienta al sol contra la pared meridional de la casa.

Sale María, que los ve y se acerca a oír lo que Jesús dice: «¿Ves, Lázaro? También a éstas el Señor les ha dicho: "Salid afuera". Y ellas han obedecido para servir al Señor».

«¡Qué misterio es la germinación! Parece imposible que del tronco duro o de la dura semilla puedan salir pétalos tan frágiles y tallos tan tiernos, y transformarse en fruta o en plantas. ¿Es erróneo, Maestro, decir que la savia o el germen son como el alma de la planta o de la semilla?».

«No es erróneo, porque es la parte vital. En ellas no es eterna, y

creada para cada especie en el primer día en que árboles y cereales existieron. En el hombre es eterna, semejante a su Creador, creada una a una para cada nuevo hombre que es concebido. Pero es por ella por la que la materia vive. Por este motivo te digo que sólo por el alma el hombre vive. No sólo aquí, sino también después. Vive por su alma. Nosotros, hebreos, no hacemos dibujos en los sepulcros, como los hacen los gentiles. Pero, si los hiciéramos, deberíamos dibujar siempre no la antorcha apagada, no la clepsidra vacía u otro símbolo de fin; antes bien, la semilla arrojada al surco y que se hace espiga. Porque es la muerte de la carne la que libera al alma de la corteza y la hace fructificar en los jardines de Dios. La semilla: esa chispa vital que Dios ha puesto en nuestro polvo y que se hace espiga, si sabemos, con la voluntad, y también con el dolor, hacer fértil a la porción de tierra que la ciñe. La semilla: el símbolo de la vida que se perpetúa... Pero Maximino te llama...».

«Voy, Maestro. Serán administradores... Todo estaba parado en estos últimos meses. Ahora vienen solícitos a presentarme las cuentas...».

«Que apruebas de antemano porque eres un buen patrón».

«Y porque ellos son buenos subordinados».

«El buen patrón hace buenos subordinados».

«Entonces yo voy a ser un buen subordinado, porque te tengo a ti como perfecto Patrón» y se marcha sonriendo, ágil, ¡tan distinto del pobre Lázaro de antes, del Lázaro de los años anteriores!...

550.6 [6]Con Jesús se queda María.

«¿Y tú, María, vas a ser una buena sierva de tu Señor?».

«Tú puedes saberlo, Rabbuní. Yo... sólo sé que he sido una gran pecadora».

Jesús sonríe: «¿Has visto a Lázaro? También él era un gran enfermo, y, a pesar de ello, ¿no te parece que ahora está bien sano?».

«Así es, Rabbuní. Tú le has curado. Lo que haces Tú es siempre total. Lázaro no ha estado nunca tan fuerte y alegre como desde que ha salido del sepulcro».

«Tú lo has dicho, María. Lo que hago Yo *es siempre total*. Por eso, también tu redención *es total,* porque Yo la he realizado».

«Es verdad, mi amado Salvador, Redentor, Rey, Dios. Es verdad. Y, si así lo quieres, yo también seré una buena sierva de mi Señor. Yo, por mi parte, lo quiero, Señor. No sé si Tú lo quieres».

«Lo quiero, María. Una buena sierva mía. Hoy más que ayer, mañana más que hoy. Hasta que Yo te diga: "Basta así, María. Es la hora de tu descanso"».

«De acuerdo, Señor. Quisiera que me llamaras Tú entonces, como

has llamado a mi hermano del sepulcro. ¡Llámame de la vida!».

«No "de la vida". *Te llamaré a la Vida, a la verdadera Vida.* Te llamaré del sepulcro que son la carne y la Tierra, te llamaré al desposorio de tu alma con tu Señor».

«¡Mi desposorio? Tú amas a los que son vírgenes, Señor...».

«Yo amo a los que me aman, María».

«¡Eres divinamente bueno, Rabbuní! Por eso no lograba serenarme cuando oía que te llamaban malo porque no venías. Era como sentir que todo se venía abajo. ¡Qué esfuerzo el tener que decirme a mí misma: "No. ¡No! No debes aceptar esta evidencia. Esto que te parece evidencia es un sueño. La realidad es el poder, la bondad, la divinidad de tu Señor"! ¡Cuánto he sufrido! Mucho ha sido el dolor por la muerte de Lázaro y por sus palabras... ¿Te ha referido algo? ¿No recuerda? Dime la verdad...».

«No miento nunca, María. Lázaro teme haber hablado y haber manifestado lo que había sido el dolor de su vida. Pero Yo, sin mentir, le he serenado, y ahora está tranquilo».

«Gracias, Señor. Esas palabras... en mí produjeron un bien. Sí. Como produce un bien la cura de un médico que pone al descubierto las raíces de un mal y las cauteriza. Esas palabras terminaron de aniquilar a la vieja María. Tenía todavía un concepto demasiado alto de mí. Ahora... mido el fondo de mi ruindad y sé que debo andar *mucho* para remontarlo. Pero lo andaré, si me ayudas».

«Te ayudaré, María. Incluso cuando me haya marchado, te ayu- 550.7
daré».

«¿Cómo, mi Señor?».

«Aumentando tu amor hasta una medida incalculable. Para ti no hay otro camino aparte de éste».

«¡Demasiado dulce para lo que tengo que expiar! Todos se salvan con el amor. Todos ganan el Cielo. Pero lo que es suficiente para los puros, para los justos, no es suficiente para la gran culpable».

«No hay otro camino para ti, María. Porque, cualquiera que sea el camino que tomes, ese camino será siempre amor: amor si haces el bien en mi Nombre, amor si evangelizas, amor si te aislas, amor si te martirizas, amor si te entregas al martirio. Tú sólo sabes amar, María. Es tu naturaleza. Las llamas sólo pueden arder, bien sea que se arrastren por el suelo quemando pajuz, bien sea que suban como un abrazo de resplandores en torno a un tronco, a una casa o a un altar para lanzarse al cielo. A cada uno su naturaleza. La sabiduría de los maestros de espíritu está en saber aprovechar las tendencias del hombre orientándolas hacia el camino por el que puedan resolverse en bien. En las plantas y en los animales también existe esta ley, y

sería necio el pretender que un árbol frutal diera sólo flores, o que diera frutos distintos de los que se siguen de su naturaleza, o que un animal llevara a cabo funciones que son propias de otra especie. ¿Podrías pretender que esa abeja destinada a producir miel se transformara en un pajarillo que cantara entre las ramas de los setos? ¿O que esta ramita de almendro que tengo en mis manos, junto con el propio almendro de donde la he arrancado, en vez de almendras diera a través de su corteza gotas de resinas aromáticas? La abeja trabaja, el pájaro canta, el almendro da fruto, el árbol de resina produce substancias aromáticas. Y todos sirven para su función. Lo mismo las almas. Tú tienes la función de amar».

«Entonces enciéndeme, Señor. Te lo pido como gracia».

«¿No te basta la fuerza de amor que posees?».

«Es demasiado poca, Señor. Podría servir para amar a seres humanos; no, para ti, que eres el Señor infinito».

«Pero, precisamente por serlo, sería necesario un amor sin límites...».

«Sí, mi Señor. Esto es lo que quiero, que pongas en mí un amor sin límites».

«María, el Altísimo, que sabe lo que es el amor, dijo al hombre: "Me amarás con todas tus fuerzas". No exige más. Porque sabe que ya es martirio amar con todas las fuerzas...».

«No importa, mi Señor. Dame un amor infinito para amarte como debes ser amado, para amarte como no he amado a nadie».

«Me pides un sufrimiento semejante a una hoguera que quema y consume, María. Quema y consume lentamente... Piénsalo».

«Hace mucho que lo pienso, mi Señor, pero no me atrevía a pedírtelo. Ahora sé cuánto me amas. Ahora sí que sé en qué medida me amas, y me atrevo a pedírtelo. Dame este amor infinito, Señor».

Jesús la mira. Ella está delante de Él, todavía enflaquecida a causa de las vigilias y el dolor, modesta y sencillamente vestida y peinada, como una niña sin malicia, pálida su cara que se enciende de deseo, ojos suplicantes, aunque ya brillantes de amor; ya más serafín que mujer: es, verdaderamente, la contempladora que pide el martirio de la contemplación absoluta.

Jesús dice una sola palabra, después de haberla mirado atentamente como queriendo medir la voluntad de ella: «Sí».

«¡Ah, mi Señor! ¡Qué don, morir de amor por ti!», cae de rodillas y besa los pies de Jesús.

«Levántate, María. Ten estas flores. Serán las de tu desposorio espiritual. Sé dulce como el fruto de este almendro, pura como su flor y luminosa como el aceite que de este fruto se extrae, cuando lo

encienden, fragante como ese aceite cuando, saturado de esencias, es esparcido en los banquetes o sobre las cabezas de los reyes, fragante por tus virtudes. Entonces, verdaderamente, derramarás sobre tu Señor el bálsamo que Él apreciará infinitamente».

María coge las flores, pero no se levanta, sino que anticipa los bálsamos del amor regando de lágrimas y besos los pies de su Maestro.

[8]Se acerca Lázaro: «Maestro, un niño pregunta por ti. Había ido a 550.8
la casa de Simón a buscarte y ha encontrado allí sólo a Juan, que le ha mandado hacia acá. Pero quiere hablar solamente contigo».

«De acuerdo. Acompáñale aquí. Voy hacia la pérgola de los jazmines».

María vuelve a la casa con Lázaro. Jesús va a la pérgola. Vuelve
* Lázaro trayendo de la mano al niño que vi en casa de José de Seforí. Jesús le reconoce en seguida y le saluda: «¿Tú, Marcial? La paz sea contigo. ¿Cómo por aquí?».

«Me envían para decirte una cosa...» y mira a Lázaro, que comprende y hace ademán de marcharse.

«Quédate, Lázaro. Éste es mi amigo Lázaro. Puedes hablar delante de él, niño, porque Yo no tengo otro amigo más fiel que él».

El niño cobra confianza. Dice: «Me manda José el Anciano —porque ahora estoy con él— a decirte que vayas sin demora, en seguida, a Betfagé, a la casa de Cleonte. Tiene que decirte algo urgentemente. Algo urgentísimo. Y ha dicho que vayas solo porque tiene que hablar contigo muy secretamente».

«¡Maestro! ¿Qué sucede?» pregunta Lázaro sobresaltado.

«No lo sé, Lázaro. Hay que ir. Ven conmigo».

«En seguida, Señor. Podemos ir con el niño».

«No, Señor. Voy solo. José me lo ha dicho así. Ha dicho: "Si sabes hacerlo tú solo y bien, te querré como un padre". Yo quiero que José me quiera como hijo. Me marcho en seguida, corriendo. Tú ven después. Adiós, Señor. Adiós, hombre».

El niño se echa a correr, cual golondrina echándose a volar.

«Vamos, Lázaro. Tráeme el manto. Me adelanto porque, como ves, el niño no logra abrir la cancilla y no quiere llamar a nadie».

Jesús va rápido a la cancilla; Lázaro, rápido, a la casa: el primero abre los cierres de hierro al niño, que se marcha raudo; el segundo lleva el manto a Jesús y, al lado de Jesús, va por el camino que lleva a Betfagé.

[9]«¿Qué es lo que querrá José, para enviar con tanto secreto a un 550.9
niño?...».

---

* *vi*, en 508.4/5.

«Un niño pasa desapercibido a quien pueda estar vigilando» responde Jesús.

«¿Crees que?... ¿Sospechas que?... ¿Te sientes en peligro, Señor?».

«Estoy cierto de ello, amigo».

«¿Pero todavía ahora! ¡Prueba más grande no habrías podido darla!...».

«El odio crece azuzado por las realidades».

«¡Entonces por causa mía! ¡Yo te he perjudicado!... ¡Mi dolor es sin igual!» dice Lázaro, verdaderamente afligido.

«No por causa tuya. No te aflijas sin motivo. Has sido el medio, pero la causa ha sido la necesidad, comprende esto, la necesidad de dar al mundo la prueba de mi naturaleza divina. Si no hubieras sido tú, otro habría sido, porque Yo debía probar al mundo que, como Dios que soy, puedo todo lo que quiero. Y devolver a la vida a uno ya muerto días antes y ya descompuesto no puede ser obra nada más que de Dios».

«¡Lo que quieres es consolarme! Pero para mí la alegría, toda mi alegría, se ha esfumado... Sufro, Señor».

Jesús hace un gesto como queriendo decir: "¡en fin!", y callan luego los dos.

Caminan a buen paso. La distancia es corta entre Betania y Betfagé, y pronto llegan.

550.10 [10]José pasea arriba y abajo por el camino que está al principio del pueblo. Está vuelto de espaldas cuando Jesús y Lázaro aparecen por una callejuela ocultada por un seto. Lázaro le llama.

«¡Ah! Paz a vosotros. Ven, Maestro. Te estaba esperando aquí para verte inmediatamente. Pero vamos al olivar. No quiero que nos vean...».

Los lleva detrás de las casas, a una espesura de olivos que, con sus frondas tupidas y revueltas que cubren las laderas, es un cómodo refugio para hablar sin ser notados.

«Maestro, he mandado al niño, que es espabilado y obediente y me quiere mucho, porque *debía* comunicarte algo y *no debía* ser visto. He recorrido el Cedrón para venir aquí... Maestro, tienes que marcharte *en seguida* de aquí. El Sanedrín ha sentenciado tu captura y mañana será leído el decreto en las sinagogas. Quienquiera que sepa dónde estás tiene el deber de comunicarlo. No hace falta que te diga, Lázaro, que tu casa será la primera en ser vigilada. He salido del Templo a la hora sexta. Me he puesto inmediatamente a la obra porque mientras hablaban yo ya había hecho mi plan. He ido a casa. He tomado al niño. He salido a caballo de un asno por la puerta de Herodes como para dejar la ciudad. Luego he cruzado el Cedrón y lo

he seguido. He dejado el asno en el Getsemaní. He enviado corriendo al niño, que ya sabía el camino porque había ido conmigo a Betania. Márchate inmediatamente, Maestro. A un lugar seguro. ¿Sabes a dónde ir? ¿Tienes dónde ir?».

«¿Pero no basta con que se aleje de aquí? ¿De Judea al máximo?».

«No basta, Lázaro. Están furiosos. Debe ir a un lugar al que ellos no vayan...».

«¡Pero si ellos van a todas partes! ¡No querrás que el Maestro deje Palestina! ¿No?...» dice Lázaro inquieto.

«¡¿Y qué quieres que yo te diga?! El Sanedrín quiere capturarle...».

«Por causa mía, ¿no es verdad? ¡Dilo!».

«¡Mmm! ¡Pues... sí! Por causa tuya... es decir, por causa de que todos se convierten a Él, y ellos esto... no lo quieren».

«¡Pero es un delito! ¡Es un sacrilegio!... ¡Es...!».

Jesús, pálido pero tranquilo, alza la mano e impone silencio. Dice: «Calla, Lázaro. Cada uno hace su trabajo. Todo está escrito. Te agradezco esto, José, y te aseguro que me voy. Vete, vete, José; que no noten tu ausencia... Que Dios te bendiga. A través de Lázaro, te diré dónde estoy. Márchate. Te bendigo a ti, a Nicodemo y a todos los justos de corazón».

Le besa y se separan. Jesús vuelve con Lázaro, por el olivar, hacia Betania, mientras José va hacia la ciudad.

[11]«¿Qué vas a hacer, Maestro?» pregunta angustiado Lázaro. 550.11

«No lo sé. Dentro de pocos días vendrán las discípulas con mi Madre. Hubiera querido esperarlas...».

«Respecto a esto... yo las recibiría en tu nombre y te las llevaría. Pero Tú, mientras, ¿a dónde vas? A casa de Salomón, no me convence. Tampoco a alguna casa de discípulos conocidos. ¡Mañana!... ¡Tienes que marcharte inmediatamente!».

«Tendría un lugar. Pero quisiera esperar a mi Madre. Su angustia comenzaría *demasiado pronto* si no me viera...».

«¿Qué lugar es ése, Maestro?».

«Efraím».

«¿Samaria?».

«Samaria. Los samaritanos son menos samaritanos que muchos otros, y me estiman. Efraím es tierra de frontera...».

«¡Y por contrariar a los judíos te dispensarán honor y protección! Pero... ¡espera! Tu Madre sólo puede venir por el camino de Samaria o por el del Jordán. Iré yo con los criados por uno y Maximino con otros criados por el otro, y uno u otro se encontrará con Ella. No vol-

veremos si no es con ellas. Tú sabes que *ninguno de la casa de Lázaro puede traicionar*. Tú, entretando, vas a Efraím. Inmediatamente. ¡Era el destino que no pudiera gozar de ti! Pero iré. Por los montes de Adomín. Ahora estoy sano. Puedo hacer lo que desee. Es más... sí... haré creer que por el camino de Samaria voy a Tolemaida para tomar una nave para Antioquía. Todos saben que allí tengo tierras... Mis hermanas se quedan en Betania... Tú... Sí. Voy a mandar que preparen dos carros y vais con ellos a Jericó. Luego, mañana, al amanecer, reanudáis a pie el camino. ¡Oh, Maestro! ¡Maestro mío! ¡Sálvate! ¡Sálvate!». Pasada la agitación del primer momento, Lázaro cae en la tristeza y llora.

Jesús suspira, pero no dice nada. ¿Y qué podría decir?...

550.12 [12]Ya están en la casa de Simón. Se separan. Jesús entra en la casa. Los apóstoles, ya de por sí extrañados de que el Maestro se haya marchado sin decir nada, se arriman a Él, que está diciendo: «Tomad la ropa. Preparad las sacas. Tenemos que marcharnos inmediatamente de aquí. Rápido, rápido. Y os reunís conmigo en casa de Lázaro».

«¿También la ropa mojada? ¿No podemos recogerla al volver?» pregunta Tomás.

«No volveremos. Coged todo».

Los apóstoles se marchan hablándose unos a otros con las miradas.

Jesús va por sus cosas a la casa de Lázaro y se despide de las hermanas, que están consternadas...

Los carros están pronto preparados. Carros pesados, cubiertos, tirados por robustos caballos. Jesús se despide de Lázaro, de Maximino, de los criados que han venido. Montan en los carros, que esperan en una salida posterior. Los carreros golpean con la tralla a los animales, y el viaje comienza por el mismo camino por el que Jesús ha venido a resucitar a Lázaro unos pocos días antes.

551. Los apóstoles son informados, después de un alto donde Nique, del decreto del Sanedrín. Llegada a los confines de Judea.

2 de enero de 1947.

551.1 [1]Al rayar, fresco y límpido, el alba, los campos que rodean la casa de Nique son todo un verdecer de cereales tiernos de pocos centímetros de altura y color delicado de clarísima esmeralda. Más cercano a la casa, el huerto, todavía desnudo de hojas, parece aún más obscuro y sólido en comparación con la delicadeza de los tallos herbáceos y

con el cielo leve de serenidad paradisíaca. El vuelo de las palomas corona la casa blanca bajo los primeros rayos del día.

Nique está ya levantada. Diligente, se ocupa de que los que se marchan tengan todo lo que podrá aprovecharles en el camino. De los primeros que se despide es de los criados de Lázaro, a quienes ha hecho quedarse esa noche. Ahora ellos, repuestas las fuerzas, se marchan poniendo sus caballos al trote. Luego entra en la cocina, donde las domésticas preparan leche y comida en unos fuegos grandes, y echa, de una jarra grande, aceite en dos jarras más pequeñas, y vino en pequeños odres de piel. Apremia a una criada, que está preparando formas de pan sutiles como tortas, para que las lleve en seguida al horno ya pronto. Elige, de unas mesas grandes en que se secan los quesos al calor de la cocina, las piezas más logradas. Coge miel y la echa en pequeños recipientes con una tapadera segura. Luego hace paquetes con todos estos alimentos: uno de ellos contiene un cabritillo entero, o lechazo, que la criada ha sacado de la varilla en que se asaba; otro es de manzanas rojas como corales; otro, de aceitunas ya compuestas; un tercero, de uvas secadas; uno, de cebada limpia.

[2]Está metiendo este último en el talego cuando entra en la cocina 551.2
Jesús y saluda a todos los presentes.

«Maestro, paz a ti. ¿Ya levantado?».

«Hubiera debido levantarme antes. Pero estaban tan cansados mis discípulos, que los he dejado dormir más. ¿Qué haces, Nique?».

«Estoy preparando... No pesarán, ¿ves? Doce pesos. Y he calculado las fuerzas de los que los van a llevar».

«¿Y Yo?».

«Maestro, Tú ya tienes tu peso...», y en los ojos de Nique se forma un reflejo de llanto.

«Ven conmigo afuera, Nique. Vamos a hablar tranquilamente».

Salen y se alejan de la casa.

«Mi corazón llora, Maestro...».

«Lo sé. Pero se requiere ser fuertes. Fuertes pensando que no se me ha causado dolor...».

«¡Eso nunca! Pero me había hecho ilusiones de poder estar a tu lado y por eso había ido a Jerusalén. Si no, me habría quedado aquí, donde tengo las tierras...».

«También Lázaro, María y Marta creían que iban a poder estar conmigo. ¡Y ya ves!...».

«Ya veo, sí, ya veo. No vuelvo a Jerusalén, ahora que no estás allí. Aquí estaré, en todo caso, más cerca de ti, y podré ayudarte».

«Ya has dado mucho...».

«No he dado nada. Quisiera poder llevarte mi casa a donde vas. Pero iré, claro que iré, para ver lo que necesitas. Ahora es justo lo que me has dicho que haga. Estaré aquí hasta que se convenzan de que Tú no estás. Pero luego...».

«Es camino largo y penoso para una mujer, e inseguro».

«¡No tengo miedo! Soy demasiado vieja para gustar como mujer, y no llevo tesoros para ser deseada como presa. Los bandoleros son mejores que muchos que se creen santos y que son ladrones y quieren robarte la paz y la libertad...».

«No los odies, Nique».

«Esto es más difícil para mí que cualquier otra cosa. Pero trataré de no odiar por tu amor... ¡He pasado toda la noche llorando, Señor!».

«Te oía ir y venir por la casa, incansable como una abeja. Y me parecías una mamá apenada por el hijo perseguido... No llores. Deben llorar los culpables, no tú. Dios es bueno con su Mesías. En las horas más tristes pone siempre a mi lado un corazón materno...».

«¿Y qué vas a hacer respecto a tu Madre? Me habías dicho que pronto iba a venir...».

551.3 «Irá a Efraím... Lázaro se va a ocupar de avisarla. [3]Ahí están Simón de Jonás y mis hermanos...».

«¿Lo saben?».

«Todavía nada, Nique. Se lo diré cuando estemos lejos...».

«Y yo te diré a ti, cuando vaya, lo que sucede aquí y en Jerusalén».

Se unen a los apóstoles, que van saliendo de la casa uno tras otro en busca de Jesús.

«Venid, hermanos. Reponed fuerzas antes de salir. Está todo preparado».

«Nique, por nosotros, no ha dormido esta noche. Dad las gracias a esta buena discípula» dice Jesús, y entra en la amplia cocina en que, encima de una mesa de refectorio —tan grande es— humean tazones llenos de leche y emanan fragancia las tortas recién sacadas del horno, en las cuales Nique unta generosamente mantequilla y miel, diciendo que son alimentos fortalecedores para quien tiene que recorrer un largo camino en esas horas todavía muy frescas.

Pronto terminan de comer. Nique, mientras tanto, ha hecho los últimos envoltorios con el pan desenhornado, crujiente y fragante. Cada apóstol carga su peso, atado de forma que pueda ser llevado sin excesiva molestia.

Es la hora de salir. Jesús se despide y bendice. Los apóstoles se despiden. Pero Nique quiere acompañarlos hasta los lindes de sus

campos, para regresar luego, lentamente, llorando en su velo mientras Jesús se aleja por un camino secundario que ella le ha indicado.

[4]Los campos están todavía desiertos. La vereda pasa por campos 551.4
de trigo tierno y por viñedos deshojados. Por tanto, faltan también los pastores, porque no llevan los rebaños a los terrenos cultivados. El sol calienta un poco el aire matinal. Las primeras florecillas en los lindes brillan como gemas bajo el velo del rocío que el sol enciende. Los pájaros cantan sus primeros cantos de amor. Viene la primavera. Todo se embellece y renace, todo ama... Y Jesús va al exilio que precede a la muerte que el odio ha querido.

Los apóstoles no hablan. Van pensativos. La subitánea partida los ha desorientado. ¡Estaban tan seguros de que las aguas habían vuelto ya a su cauce! Caminan más encorvados de lo que el peso correspondiente de sus fardeles y de las provisiones de Nique pudieran plegarlos; los pliega la desilusión, la constatación de lo que son el mundo y los hombres.

Jesús, sin embargo, aunque no esté sonriente, no está triste ni deprimido. Va con la cabeza alta, delante de todos, sin arrogancia, pero también sin temor. Va como quien supiera bien a dónde debe ir y lo que debe hacer. Va como un hombre *fuerte*, como un héroe al que nada altera ni amilana.

El camino secundario termina en el principal. Jesús prosigue por este camino de primer orden manteniendo la dirección norte. Los apóstoles detrás, sin hablar. Siendo éste el camino que viene de Galilea, por la Decápolis y Samaria, hacia Judea, está transitado (más que nada, por caravanas de mercaderes).

La hora pasa y el Sol tonifica cada vez más cuando Jesús deja el camino de primer orden para tomar otra senda que, por campos de trigo, se dirige hacia las primeras colinas.

Los apóstoles se miran unos a otros. Quizás empiezan a entender que no van hacia Galilea por el camino del valle del Jordán, sino que van hacia Samaria. Pero todavía no hablan.

Jesús, llegado a los primeros bosques de las colinas, dice: «Vamos a pararnos y a descansar comiendo. El Sol señala la mitad del día».

Están en la orilla de un pequeño torrente que lleva poca agua porque hace tiempo que no llueve. Pero la que lleva se ve limpia sobre el lecho guijarroso; y en sus orillas hay piedras grandes, esparcidas acá o allá, que pueden hacer de mesa y de asientos. Jesús bendice y ofrece los alimentos. Se sientan. Comen en silencio y como absortos.

[5]Jesús los saca del ensimismamiento diciendo: «¿No me pregun- 551.5
táis a dónde vamos? ¿La preocupación por el mañana os hace muda

la lengua, o es que ya no os parezco vuestro Maestro?».

Los doce levantan la cabeza. Son doce caras afligidas, o, al menos, desconcertadas, que se vuelven hacia el rostro tranquilo de Jesús, y un unánime «¡oh!» sale de las doce bocas. Y a la exclamación de todos sigue la respuesta de Pedro, que habla en nombre de todos: «Maestro, sabes que para nosotros sigues siéndolo. Pero es que desde ayer estamos como uno que hubiera recibido un golpe fuerte en la cabeza. Y todo nos parece un sueño. Y Tú... Vemos y sabemos que eres Tú, pero nos pareces... ya como lejano. Nos ha quedado un poco esta sensación desde que hablaste con tu Padre antes de llamar a Lázaro, y desde que le sacaste de allí así, atado, sólo con el medio de tu voluntad, y le diste vida sólo con la fuerza de tu poder. Casi nos das miedo. Hablo por mí... pero creo que lo mismo les sucede a todos... Y además ahora... Nosotros... ¡Marcharnos así... tan rápida y misteriosamente!...».

«¿Tenéis doble miedo? ¿Sentís más amenazador el peligro? ¿No tenéis, sentís que no tenéis fuerza para afrontar y superar las últimas pruebas? Decidlo con la máxima libertad. Estamos todavía en Judea. Estamos cerca de los caminos bajos que llevan a Galilea. El que quiera puede marcharse, y marcharse a tiempo de no ganarse el odio del Sanedrín...».

Los apóstoles se intranquilizan ante estas palabras: algunos, que estaban casi echados sobre la hierba templada por el sol, se sientan; otros, que estaban sentados, se ponen en pie.

Jesús continúa: «Porque desde hoy soy el Perseguido legal; sabedlo. A esta hora está para ser leído, en las más de quinientas sinagogas de Jerusalén y en las de las ciudades que han podido recibir el decreto emitido ayer a la hora sexta, que soy el Gran Pecador y que quienquiera que sepa dónde estoy tiene el deber de denunciarme al Sanedrín para que éste me capture...».

Los apóstoles gritan como si ya le vieran preso. Juan se le echa al cuello gimiendo: «¡Ah, siempre lo he presagiado!», y solloza fuertemente. Unos imprecan contra el Sanedrín, otros invocan la justicia, otros lloran, otros permanecen como estatuas.

551.6 «Callad. [6]Escuchad. Yo nunca os he engañado. Siempre os he dicho la verdad. Si he podido, os he defendido y tutelado. Vuestra cercanía me ha resultado grata como la de los hijos. No os he ocultado ni siquiera mi última hora... mis peligros... mi pasión. Pero éstas eran cosas mías, exclusivamente mías. Ahora lo que hay que considerar son *vuestros* peligros, vuestra seguridad, la de vuestras familias. Os ruego que lo hagáis. Con libertad absoluta. No lo consideréis a través del amor que me tenéis, a través de la elección que Yo he he-

cho de vosotros. Imaginaos —puesto que Yo os dispenso de todo compromiso respecto a Dios y a su Cristo— que nos hemos encontrado aquí, ahora, por primera vez, y que vosotros, después de haberme escuchado, os sopesáis respecto a si conviene o no seguir al Desconocido cuyas palabras os han conmovido. Imaginaos que me oís y veis por primera vez y que os digo: "Tened en cuenta que soy perseguido y odiado, y que el que me ama y sigue es perseguido y odiado como Yo, en la persona, en los intereses, en los afectos. Tened en cuenta que la persecución puede terminar incluso en la muerte y en la confiscación de los bienes familiares". Pensad, decidid. Y, aunque me digáis: "Maestro, yo no puedo seguir yendo contigo", os amaré. ¿Os entristecéis? No, no debéis entristeceros. Somos buenos amigos. Amigos que deciden con paz y amor lo que se ha de hacer, con recíproca compasión. No puedo dejaros ir al encuentro del futuro sin haceros reflexionar. No os desdeño. Os amo a todos. Pero Yo soy el Maestro. Es evidente que el Maestro conoce a los discípulos. Yo soy el Pastor, y es evidente que el pastor conoce a sus corderos. Yo sé que mis corderos, introducidos en una prueba sin estar suficientemente preparados —no sólo en la sabiduría que viene del Maestro, y que, por tanto, es buena y perfecta, sino también en la reflexión que debe venir de ellos—, podrían fracasar o, al menos, no triunfar como atletas en un estadio. *Sopesarse y sopesar es siempre una sabia medida.* En las pequeñas cosas y en las grandes. Yo, Pastor, debo decir a mis corderos: "Ved que ahora me adentro en un país de lobos y matarifes. ¿Tenéis fuerza para caminar entre ellos?". Podría también deciros quién no tendrá fuerza para resistir la prueba, a pesar de que os puedo tranquilizar y asegurar que ninguno de vosotros caerá a manos de los verdugos que sacrificarán al Cordero de Dios. Mi captura es de tal valor que les bastará... Pero, de todas formas, os digo: "Reflexionad". Hace tiempo os decía: "No temáis a los que matan". Os decía: "Aquel que ha puesto la mano en el arado y se vuelve a considerar el pasado y lo que puede perder o ganar no es idóneo para mi misión". Pero eran normas para daros la medida de lo que significaba ser los discípulos; eran normas para el futuro que vendrá cuando Yo ya no sea el Maestro, sino que lo serán mis fieles; estaban dadas para daros un alma fuerte. Pero incluso esta fortaleza, que es innegable que habéis alcanzado respecto a la nada que erais —hablo de vuestro espíritu—, es todavía demasiado poca respecto a la magnitud de la prueba. No penséis en vuestro corazón: "¡El Maestro se escandaliza de nosotros!". No me escandalizo. Es más, os digo que tampoco vosotros debéis, ni deberéis, escandalizaros de vuestra debilidad. En todos los tiempos que vendrán, entre los miembros de mi Iglesia, tanto corde-

ros como pastores, habrá personas que estarán por debajo de la magnitud de su misión. Habrá épocas en que los pastores ídolos y los fieles ídolos sean más numerosos que los verdaderos pastores y fieles; épocas de eclipse del espíritu de fe en el mundo. Pero el eclipse no significa la muerte de un astro. Es únicamente un momentáneo oscurecimiento más o menos parcial del astro. Después, su belleza vuelve a aparecer y parece más luminosa. Lo mismo sucederá con mi Redil. Os digo: "Reflexionad". Os lo digo como Maestro, Pastor y Amigo. Os dejo en plena libertad de examinar esto conjuntamente. Voy allí, a aquella espesura, a orar. Uno por uno iréis a decirme lo que habéis pensado. Y bendeciré vuestra honestidad sincera, sea cual fuere. Y os querré por todo lo que ya hasta ahora me habéis dado. Adiós». Se levanta y se va.

551.7 [7]Los apóstoles están asustados, perplejos, impresionados. En ese momento no son capaces ni siquiera de hablar. El primero que habla es Pedro. Dice: «¡Que me trague el infierno si quiero dejarle! Estoy seguro de mí. ¡Ni aunque arremetieran contra mí todos los demonios que hay en la Gehena, con Leviatán a la cabeza, me separaría de Él por miedo!».

«Y yo tampoco. ¿Voy a ser yo menos que mis hijas?» dice Felipe.

«Estoy seguro de que no le van a hacer nada. El Sanedrín amenaza, pero lo hace para convencerse de que existe todavía. El Sanedrín es el primero en saber que nada sucede si Roma no quiere. ¡Sus condenas! ¡Es Roma la que condena!» dice Judas Iscariote ufano.

«Pero para cosas religiosas es todavía el Sanedrín» observa Andrés.

«¿Acaso tienes miedo, hermano? Mira que en la familia no ha habido nunca gente vil» advierte con tono amenazador Pedro, que siente en su corazón un espíritu muy belicoso.

«No tengo miedo y espero poder demostrarlo. Sólo le estoy diciendo a Judas lo que pienso».

«Tienes razón. Pero el error del Sanedrín es querer usar el arma política para no querer decir, y no querer oír que le digan, que ellos han alzado la mano contra el Cristo. Lo sé seguro. Quisieran, es decir, hubieran querido, hacer caer al Cristo en pecado para que la muchedumbre le despreciara. ¡Pero, matarle? ¡Ellos? ¡No! ¡Tienen miedo! Un miedo sin cotejo humano, porque es miedo de alma. ¡Bien saben *ellos* que Él es el Mesías! Lo saben. Lo saben tanto, que sienten que es el fin de ellos porque llega el tiempo nuevo. Y quieren destruirle. Pero, ¡¿destruirle ellos?! No. Por eso buscan la razón política, para que sea el Gobernador, para que sea Roma, quienes le destruyan. Pero el Cristo no causa perjuicios a Roma, y Roma no le hará

ningún mal. Así que el Sanedrín alza en vano sus gritos».

«¿Entonces tú sigues con Él?».

«Por supuesto. ¡Más que nadie!».

«Yo no tengo nada que perder ni que ganar, sea que me quede, sea que me vaya. Sólo tengo el deber de amarle. Y lo haré» dice el Zelote.

«Yo le reconozco como el Mesías y, por tanto, le sigo» dice Natanael.

«Yo también. Creo que lo es desde que Juan el Bautista me le indicó diciendo que lo era» dice Santiago de Zebedeo.

«Nosotros somos sus hermanos. A la fe unimos el amor de la sangre. ¿No es verdad, Santiago?» dice Judas Tadeo.

«Jesús es mi Sol desde hace años. Sigo su curso. Si cae en el abismo excavado por los enemigos, yo le seguiré» responde Santiago de Alfeo.

«¿Y yo? ¿Puedo olvidarme de que me ha redimido?» pregunta Mateo.

«Mi padre me maldeciría siete y siete veces si le dejara. Además, aunque sólo sea por amor a María, no me separaré jamás de Jesús» dice Tomás.

[8]Juan no habla. Está cabizbajo, abatido. Los otros toman su actitud como debilidad y, muchos de ellos, le preguntan. «¿Y tú? ¿Sólo tú te quieres marchar?». 551.8

Juan levanta la cara, una cara llena de pureza incluso en gestos y miradas, y, mirando fijamente con sus limpios ojos azules a los que le preguntan, dice: «Estaba orando por todos nosotros. Porque nosotros queremos hacer y decir, y presumimos de nosotros, y no nos damos cuenta de que, haciéndolo, ponemos en duda las palabras del Maestro. Si Él considera deficiente nuestra formación, señal es de que es así. Si en tres años no nos hemos formado, no nos vamos a formar en unos pocos meses...».

«¿Qué dices? ¿En unos pocos meses? ¿Y tú qué sabes? ¿Acaso eres profeta?». Le acometen casi censurándole.

«Nada soy yo».

«¿Y entonces? ¿Qué sabes? ¿Es que te lo ha dicho Él? Tú sabes siempre sus secretos...» dice, envidioso, Judas de Keriot.

«No me aborrezcas, amigo, porque sepa comprender que el tiempo sereno ha terminado. ¿Cuándo será? No lo sé. Sé que será. Él lo dice. ¡Cuántas veces lo ha dicho! No queremos creer. Pero el odio de los otros confirma sus palabras... Y entonces oro; porque no hay otra cosa que hacer; rogar a Dios que nos haga fuertes. ¿No recuerdas, Judas, cuando nos dijo que oró al Padre para tener fuerza en las ten-

taciones? Toda fuerza viene de Dios. Yo imito a mi Maestro, como debe hacerse...».

«Bueno, pero ¿te quedas?» pregunta Pedro.

«¿Y a dónde quieres que vaya si no me quedo con Él, que es mi vida y mi bien? Pero, dado que soy un pobre niño, el más mísero de todos, pido todo a Dios, Padre de Jesús y nuestro».

551.9 «Ya está dicho. Entonces todos nos quedamos. [9]Vamos donde Él. Está triste. Nuestra fidelidad le pondrá alegre» dice Pedro.

Jesús está postrado en oración. Rostro en tierra entre las hierbas, suplicando, ciertamente, a su Padre. Pero, con el rumor de los pasos, se alza y mira a sus doce; los mira con una seriedad un poco triste.

«Alégrate, Maestro. Ninguno de nosotros te abandona» dice Pedro.

«Habéis decidido demasiado pronto y...».

«Ni horas ni siglos modificarán nuestro pensamiento» dice Pedro.

«Ni las amenazas nuestro amor» profesa Judas Iscariote.

Jesús deja de mirarlos en grupo para fijar su mirada en cada uno de ellos. Es una mirada larga, aguantada sin miedo por todos. Su mirada se detiene especialmente en Judas Iscariote, que le mira más seguro que ningún otro. Abre los brazos con gesto de resignación y dice: «Vamos. Vosotros, *todos*, habéis signado vuestro destino».

Vuelve al sitio de antes, recoge su fardel, ordena: «Tomamos el camino que lleva a Efraím, el que nos han enseñado».

«¡¡¿A Samaria?!!». El estupor es enorme.

«A Samaria. Al menos a la zona limítrofe de ella. También Juan fue a esos lugares para vivir hasta la hora señalada para su predicación del Cristo».

«¡Pero no se salvó por ello!» objeta Santiago de Zebedeo.

«No busco salvarme. Busco salvar. Y salvaré en la hora señalada. El Pastor perseguido va hacia las ovejas más desdichadas, para que ellas, las abandonadas, tengan su parte de sabiduría que las prepare para el tiempo nuevo».

Va con paso veloz, después de este alto en el camino que ha servido para descansar y respetar el sábado, queriendo llegar antes de que la noche haga impracticables los senderos.

551.10 [10]Cuando llegan al torrentillo que viene de Efraím y va hacia el Jordán, Jesús llama a Pedro y a Natanael y les da una bolsa diciéndoles: «Adelantaos. Buscad a María de Jacob. Recuerdo que Malaquías* me dijo que era la más pobre del lugar, a pesar de que tenga

* *Malaquías* es el jefe de la sinagoga de Efraím, como veremos en 552.5. Podría ser uno de los *notables* (el que habló por todos) presentes en 484.1/2, el cual podría haber hablado de María de Jacob a Jesús cuando se puse en camino con Él, como está escrito en 484.7.

una casa grande, ahora que ya no tiene en ella hijos ni hijas. Estaremos en su casa. Dadle buen dinero, para que nos dé en seguida alojamiento sin hablar con mil. La casa sabéis cuál es. La grande que está a la sombra de los cuatro granados, casi en el puente del torrente».

«Lo sabemos, Maestro. Haremos como Tú dices». Se marchan diligentemente. Jesús los sigue, con los demás, lentamente.

Desde la cuenca que el torrente divide en dos semicuencas, se ve albear el pueblo con las últimas luces del día y los primeros candores lunares. No hay un alma por la calle cuando llegan a la casa ya toda blanca de luna. Sólo el torrente tiene voz en el silencio nocturnal. Volviéndose y mirando al horizonte, se ve un gran espacio de cielo estrellado curvado sobre una gran vastedad de terreno en declive hacia la llanura desierta que baja al Jordán. Una paz profunda reina en esa tierra.

Llaman a la puerta. Pedro abre: «Todo hecho, Señor. La anciana, al ver que le daban monedas, ha llorado. Ya no tenía una perra. Le he dicho: "No llores, mujer. Donde está Jesús de Nazaret el dolor deja de estar". Me ha respondido: "Lo sé. He sufrido toda mi vida y ahora me sentía realmente en el límite del sufrimiento. Pero el Cielo se ha abierto para mí en el ocaso de mi vida y me trae la Estrella de Jacob para darme paz". Ahora está allí preparando las habitaciones que llevan mucho tiempo cerradas. ¡Mmm! Hay muy poco. Pero la mujer parece muy buena. ¡Ahí está! [11]¡Mujer! ¡El Rabí está aquí!». 551.11

Se acerca una viejecita avellanada, de mansos ojos llenos de melancolía. Se para azarada a unos pasos de Jesús. Está acobardada.

«La paz a ti, mujer. No te voy a causar muchas molestias».

«Yo... quisiera... quisiera que caminaras sobre mi corazón para hacerte más dulce la entrada en mi pobre casa. Entra, Señor y entre Dios contigo». Con la luz de la mirada de Jesús, ha cobrado nuevo aliento y valor.

Entran todos. Cierran la puerta. La casa es tan grande como una posada y está tan vacía como un lugar abandonado. Sólo la cocina está alegre, debido al fuego que llamea en el centro de ella, en el hogar.

Bartolomé, que alimentaba el fuego, se vuelve y sonríe mientras dice: «Consuela a la mujer, Maestro. Está apenada porque no puede honrarte como quisiera».

«Me basta tu corazón, mujer. No te preocupes de nada. Mañana remediaremos las carencias. Yo también soy un pobre. Traed las provisiones. Entre los pobres se comparte el pan y la sal sin avergonzarse y con amor fraterno, que, para ti, mujer, es filial porque podrías ser mi madre y Yo te honro como hijo...».

La mujer derrama silenciosas lágrimas de anciana afligida y se enjuga los ojos con su velo; susurra: «Tenía tres hijos varones y siete niñas. A un hijo se me lo llevó el torrente y a otro la fiebre, el tercero me abandonó. Cinco de las niñas se cogieron el mal de su padre y murieron, la sexta murió de parto y la séptima... lo que no hizo la muerte lo hizo el pecado. En mi vejez no recibo honor de mis hijos, y ello me causa... En el pueblo son buenos... pero con la pobre mujer, mientras que Tú eres bueno con la madre...».

«Tengo una madre Yo también. En toda mujer que es madre honro a la mía. Pero no llores. Dios es bueno. Ten fe, y los hijos que te quedan podrán regresar a ti todavía. Los otros descansan en paz...».

«Yo lo veo como un castigo por ser de estos lugares...».

«Ten fe. Dios es más justo que los hombres...».

Vuelven los apóstoles que habían ido con Pedro a las habitaciones. Traen las provisiones. Calientan en el fuego el corderito que Nique había asado. Lo llevan a la mesa. Jesús ofrece y bendice, y quiere que la ancianita esté con ellos, no comiendo en su rinconcito la pobre achicoria de su cena...

El exilio en los confines de Judea ha comenzado...

552. Preparativos y recibimientos en Efraím.

8 de enero de 1947.

552.1 [1]«Maestro, la paz a ti» dicen Pedro y Santiago de Zebedeo, que vuelven a casa cargados de ánforas llenas de agua.

«La paz a vosotros. ¿De dónde venís?».

«Del torrente. Hemos cogido el agua y todavía traeremos más, para asearnos. Dado que hacemos un alto en el camino... Y no es justo que la anciana se fatigue por nosotros. Está allí haciendo una hoguera para calentar el agua. Mi hermano ha ido al bosque por leña. No llueve desde hace tiempo y arde como si fuera brezo» explica Santiago de Zebedeo.

«La cosa es que, a pesar de que acabara de despuntar el día, nos han visto en el torrente y también en el bosque. Y pensar que yo había ido al torrente por no ir a la fuente...» dice Pedro.

«¿Y por qué, Simón de Jonás?».

«Porque en la fuente siempre hay gente, y podían reconocernos y venir en seguida aquí...».

Mientras hablan, han entrado en el largo pasillo que divide la casa los dos hijos de Alfeo, Judas de Keriot y Tomás. Por tanto, también ellos oyen las últimas palabras de Pedro y la respuesta de Je-

sús: «Lo que no hubiera sucedido en las primeras horas de hoy, hubiera sucedido más tarde, mañana como mucho, porque nos quedamos aquí...».

«¿Aquí? Yo creía que íbamos a hacer sólo un alto en el camino...» dicen varios.

«No es una pausa de descanso. Es *la pausa*. De aquí no nos marcharemos sino para volver a Jerusalén para la Pascua».

«Pues yo había creído que cuando hablaste de tierra de lobos y matarifes te estabas refiriendo a esta región por la que querías pasar, como hiciste otras veces, para ir a otros lugares sin recorrer los caminos más transitados por judíos y fariseos...» dice Felipe, que ha llegado en ese momento; y otros dicen: «Yo también creía lo mismo».

«Habéis entendido mal. No es ésta la tierra de lobos y matarifes, a pesar de que en sus montes tengan guarida los verdaderos lobos. No hablo de los lobos animales...».

«¡Eso lo habíamos entendido!» exclama Judas de Keriot con buena carga de ironía. «Para ti que te llamas Cordero se comprende que son lobos los hombres. No somos necios del todo».

«No. No sois necios sino en aquello que no queréis comprender. O sea, sobre mi naturaleza y misión y sobre el dolor que me causáis no trabajando asiduamente en prepararos para el futuro. Por bien vuestro os hablo y os enseño con obras y palabras. Pero vosotros rechazáis aquello que disturba a vuestra humanidad con presagios de dolor o con solicitud de esfuerzos contra vuestro *yo*. [2]Escuchad antes de 552.2
que haya extraños. Os voy a dividir en dos grupos de cinco. Iréis, bajo la guía del que esté a la cabeza de cada grupo, por las tierras cercanas, como en los primeros tiempos en que os enviaba. Recordad todo lo que dije entonces y ponedlo en práctica. La única salvedad es que ahora pasaréis anunciando como próximo el día del Señor, a los samaritanos también, para que estén preparados cuando ese día llegue y sea más fácil para vosotros el convertirlos al único Dios. Id llenos de caridad y prudencia, sin prevenciones. Ya veis —y más que veréis— que lo que se nos niega en otros lugares aquí se nos concede. Por tanto, sed buenos con estos que expían, inocentes, las culpas de sus antepasados. Pedro guiará el grupo de Judas de Alfeo, Tomás, Felipe y Mateo; Santiago de Alfeo, el de Andrés, Bartolomé, Simón Zelote y Santiago de Zebedeo. Judas de Keriot y Juan se quedan conmigo. Esto a partir de mañana. Hoy vamos a descansar, haciendo los preparativos para los próximos días. El sábado lo pasaremos juntos. Haced, pues, las cosas de forma que estéis aquí antes del sábado, para volver a salir una vez transcurrido éste, que será el día del amor

entre nosotros después de haber amado al prójimo en el rebaño que * salió del redil paterno. Ahora, cada uno a su tarea».

Se queda solo y se retira a una habitación que está al final del pasillo.

Rumor de pasos y voces llena la casa, aunque todos estén en las habitaciones y no se vea a ninguno, aparte de la ancianita, que una y otra vez cruza el pasillo ocupándose de sus tareas, de las cuales una, sin duda, es el pan, porque tiene harina en el pelo, y las manos cubiertas de masa.

552.3 [3]Jesús sale un poco después y sube a la terraza de la casa. Pasea arriba meditando y mira de vez en cuando a lo que le rodea.

Se acercan a Él Pedro y Judas de Keriot; no muy alegres, verdaderamente. Quizás a Pedro le apena el separarse de Jesús. Quizás a Judas Iscariote le apena el no poder hacerlo y no poder ir a llamar la atención por las ciudades. Lo cierto es que están muy serios cuando suben a la terraza.

«Venid. Mirad qué bonito panorama se ve desde aquí». Y señala al horizonte variopinto. Al noroeste, montes altos, boscosos, que se alargan como una espina dorsal orientados de Norte a Sur (uno, detrás de Efraím, es verdaderamente un gigante verde que domina sobre los otros). Al nordeste y al sureste, ondulantes collados más suaves. El pueblo está en una cuenca verde con horizontes lejanos —poco ondulados, entre las dos cadenas: la más alta y la más baja— que desde el centro de la región descienden hacia la llanura jordánica. A través de un corte entre los montes más bajos, se vislumbra esa llanura verde en cuyo extremo está el Jordán azul. En plena primavera debe ser éste un lugar hermosísimo, todo verde y fértil. Por ahora los viñedos y huertos de árboles frutales interrumpen con su oscuro color el verde de los campos sembrados de cereales (que ya echan sus tiernos tallos afuera de la tierra) y de los pastos nutridos con este suelo feraz.

Si Juan llama desierto a eso que está tras Efraím, señal es de que * bien suave era el desierto de Judea, al menos en esa zona —o hay que decir al menos que era desierto sólo por carecer de lugares habitados—, llena de bosques y pastos entre alegres torrentillos, bien distinta de las tierras de la zona del Mar Muerto, que con preciso nombre ya pueden ser llamadas desierto, porque son áridas y carecen de vegetación, si se exceptúan las matas bajas, espinosas, retor-

---

* *rebaño que salió del redil paterno* es una de las expresiones que en la obra valtortiana recuerdan frecuentemente el cisma de los samaritanos, quienes, por ello, resultaban hostiles a los judíos. Valga como referencia *1 Reyes 12-13; 2 Reyes 17.*

* *llama desierto* en *Juan 11, 54.*

cidas, salpicadas de sal, de las pocas plantas desérticas nacidas entre los pedruscos diseminados y las arenas cargadas de sales. Pero este dulce desierto que está allende Efraím se decora, todavía en un largo espacio de terreno, con vides, olivos y árboles frutales; y ahora los almendros sonríen bajo el sol, esparcidos acá o allá y formando matas blanco-rosas en las laderas que pronto estarán cubiertas de los festones de las vides abiertas para nuevas frondas.

«Parece casi como estar en mi ciudad» dice Judas.

«También asemeja a Yuttá. Lo único es que allí el torrente está abajo y la ciudad arriba. Aquí, por el contrario, el pueblo parece estar dentro de una vasta concha con el río en el centro. ¡Es un pueblo rico de vid! Debe ser muy hermoso, y muy bueno, para los dueños, tener estas tierras» observa Pedro.

«"Bendiga el Señor su tierra con los frutos del cielo y el rocío, con los manantiales que surgen de las profundidades, con los frutos producidos por el Sol y la Luna, con los frutos de las cimas de sus antiguos montes, con los frutos de sus eternos collados y las mieses de la * abundancia de la tierra" está escrito. Y en estas palabras del Pentateuco basan su orgullosa obstinación en creerse superiores. Así es. Hasta la palabra de Dios y los dones de Dios, si caen en corazones soberbios, vienen a ser causa de ruina. No por sí, sino por la soberbia que altera su savia buena» dice Jesús.

«Y ellos del justo José han conservado sólo la furia del toro y la cerviz del rinoceronte. [4]No me gusta estar aquí. ¿Por qué no me dejas 552.4 ir con los otros?» dice Judas Iscariote.

«¿No te gusta estar conmigo?» pregunta Jesús dejando de observar el paisaje y volviéndose para observar a Judas.

«Contigo sí, pero no con los de Efraím».

«¡Bonita razón! Y nosotros, entonces, que vamos a ir por Samaria o por la Decápolis —porque en el tiempo prescrito de sábado a sábado no podremos ir a otro lugar— vamos a ir, acaso, con santos?» dice Pedro reprendiendo a Judas, que no responde.

«¿Qué te importa quién tienes a tu lado si sabes amar todo a través de mí? Ámame en el prójimo y todos los lugares te serán iguales» dice tranquilo Jesús.

Judas tampoco le responde a Él.

«Y pensar que yo me tengo que marchar... ¡Con mucho gusto me quedaría aquí! Total... ¡para lo que sé hacer! Pon, al menos, al frente a Felipe o a tu hermano, Maestro. Yo... mientras se trate de decir: vamos a hacer esto, vamos a aquel sitio... bueno, todavía. ¡Pero si

---

* *está escrito*, en *Deuteronomio 33, 13-16.*

tengo que hablar!... Lo estropearé todo».

«La obediencia te hará hacer bien todo. Lo que hagas me gustará».

«Entonces... si te gusta a ti, me gusta a mí. Me basta con contentarte. [5]Pero... ¡Ah, ya lo había dicho! ¡Ahí viene media ciudad!... ¡Mira! El arquisinagogo... los notables... sus mujeres... los niños y la gente!...».

552.5

«Vamos a bajar a su encuentro» ordena Jesús, y se apresura a bajar la escalera mientras da una voz a los otros apóstoles para que salgan con Él fuera de casa.

Los habitantes de Efraím se acercan con señales de la más viva deferencia. Después de los saludos de rigor, uno, quizás el arquisinagogo, habla por todos: «Bendito sea el Altísimo por este día, y bendito sea su Profeta que ha venido a nosotros porque ama a todos los hombres en nombre del Dios altísimo. Bendito seas Tú, Maestro y Señor, que te has acordado de nuestro corazón y de nuestras palabras y has venido a descansar en medio de nosotros. Te abrimos corazón y casas, pidiendo tu palabra para nuestra salud. Bendito sea este día porque por él el que sepa acogerle con recto espíritu verá fructificar el desierto».

«Bien has hablado, Malaquías. El que sepa acoger con recto espíritu al que ha venido en nombre de Dios verá fructificar *su* desierto y convertirse en domésticas las plantas, fuertes pero agrestes, que en él hay. Yo estaré en medio de vosotros. Y vosotros vendréis a mí. Como buenos amigos. Y éstos llevarán mi palabra a los que la sepan acoger».

«¿No vas a enseñar Tú, Maestro?» pregunta un poco desilusionado Malaquías.

«He venido aquí para recogerme y orar. Para prepararme a las grandes cosas que van a suceder. ¿No os agrada el que haya elegido vuestro lugar para mi sosiego?».

«¡Sí! Verte orar será ya hacernos sabios. Gracias por habernos elegido para esto. No turbaremos tus oraciones *ni permitiremos* que sean turbadas por tus enemigos. Porque ya se sabe lo que ha sucedido y sucede en Judea. Haremos buena guardia. Y nos contentaremos con una palabra tuya cuando buenamente puedas decirla. Entretanto, acepta los dones de la hospitalidad».

«Soy Jesús y no rechazo a nadie. Por tanto, acepto lo que me ofrecéis para mostraros que no os rechazo. Pero si queréis amarme dad de ahora en adelante lo que me daríais a mí a los pobres del pueblo o a los que estén de paso. Yo sólo necesito paz y amor».

«Lo sabemos. Todo lo sabemos. Y esperamos darte eso, tanto co-

mo para hacerte exclamar: "La tierra que habría debido ser para mí Egipto, o sea, dolor, ha sido, como para José de Jacob, tierra de paz y gloria"».

«Si me amáis aceptando mi palabra, lo diré».

Los habitantes de Efraím pasan sus dones a los apóstoles y luego se retiran, menos Malaquías y otros dos que le dicen algo en voz baja a Jesús.

Y se quedan los niños, cautivados por el hechizo habitual que Jesús emana hacia los niños; se quedan, sordos a las voces de sus madres, que los llaman, y no se marchan hasta que Jesús no los ha acariciado y bendecido. Entonces, gárrulos como golondrinas, cual golondrinas que baten las alas para alzar el vuelo, se echan a correr. Tras ellos se marchan también los tres hombres.

553. Comienzo del sábado en Efraím. Los ladrones del Adomín y la ayuda prestada a tres niños.

11 de enero de 1947.

[1]Los diez, cansados y polvorientos, vuelven a la casa. A la mujer 553.1
que los saluda al abrirles la puerta, le preguntan inmediatamente: «¿Dónde está el Maestro?».

«En el bosque, creo. Orando, como siempre. Ha salido muy pronto esta mañana y todavía no ha vuelto».

«¿Y nadie ha ido a buscarle? ¡¿Pero qué hacen esos dos?!» alza la voz Pedro, inquieto.

«No te alteres. Entre nosotros está tan seguro como en la casa de su Madre».

«¡Seguro? ¡Seguro? ¿Os acordáis del Bautista? ¿Estuvo seguro?».

«No lo estuvo porque no supo leer el corazón de quien le hablaba. Pero si el Altísimo lo permitió para el Bautista, ciertamente no lo permitirá para su Mesías. Esto debes creerlo más que yo, que soy mujer y samaritana».

«María tiene razón. Pero ¿concretamente a dónde ha ido?».

«No lo sé. Unas veces va por un lado, otras por otro. A veces, solo; a veces, con los niños, que le quieren mucho. Les enseña a orar viendo a Dios en todas las cosas. Pero hoy quizás esté solo porque no ha vuelto a la hora sexta. Cuando tiene consigo a los niños, vuelve, porque los niños son pajarillos que quieren la comida a las horas precisas...» sonríe la ancianita, recordando quizás a sus diez hijos, y luego suspira... y es que las alegrías y dolores están presentes en todos los recuerdos de la vida.

«¿Y dónde están Judas y Juan?».

«Judas, en la fuente; Juan, haciendo leña. Se me había terminado porque he lavado la ropa de todos para dárosla limpia cuando os marchéis».

«Dios te lo pague, madre. Mucho trabajo por nosotros...» dice Tomás, poniéndole una mano en su espalda delgada y corva, como para acariciarla.

«¡No es ningún trabajo! Es como si volviera a tener a mis hijos conmigo...» y sonríe de nuevo, no sin un brillo en sus ojos hundidos de anciana.

553.2 [2]Regresa Juan cargando un haz grande de leña, y el pasillo, más bien tétrico, parece iluminarse con su llegada. He advertido siempre la luminosidad que parece encenderse donde está Juan. Su sonrisa franca, tan dulce, de niño, su mirada límpida y sonriente como un hermoso cielo abrileño, su voz jubilosa al saludar afectuosamente a sus compañeros son como un rayo de sol o un arco iris de paz. Todos le quieren, excepto Judas de Keriot, que no sé si le ama o si le odia; eso sí, ciertamente le envidia, y a menudo se chancea con él, ofendiéndole a veces. Pero por ahora Judas no está.

Le ayudan a dejar la carga y le preguntan dónde puede estar Jesús. También Juan se alarma un poco por el retardo. Pero, más confiado en Dios que los otros, dice: «El Padre suyo le preservará del mal. Debemos creer en el Señor». Y añade: «Venid. Estáis cansados y cubiertos de polvo del camino. Hemos tenido preparados para vosotros comida y agua caliente. Venid, venid...».

553.3 [3]Regresa también Judas de Keriot, con sus ánforas goteando agua. «Paz a vosotros. ¿Os ha resultado fácil el viaje?» pregunta. Pero en su voz no hay bondad. Es una voz llena de ironía y disgusto.

«Sí. Comenzamos por la Decápolis».

«¿Por miedo a que os apedrearan o a contaminaros?» pregunta con ironía Judas Iscariote.

«Ni una ni otra cosa. Por prudencia de principiantes. Lo propuse yo. Y a mí —no quiero refregarte nada— me ha salido el pelo blanco delante de los pergaminos» dice Bartolomé.

Judas no replica. Se marcha de la cocina, donde los que han vuelto reponen fuerzas con lo que estaba preparado.

Pedro mira a Judas Iscariote, que se marcha, y menea la cabeza; pero no dice nada. Judas Tadeo, sin embargo, tira de una manga a Juan y pregunta: «¿Cómo ha estado estos días? ¿Siempre tan inquieto? Sé sincero...».

«Sincero siempre, Judas. Pero, te aseguro que no ha causado dolor. El Maestro está casi siempre aislado. Yo estoy con la madre an-

ciana, que es muy buena. Escucho a los que vienen para hablar con el Maestro y luego le refiero a Él las palabras. Judas, sin embargo, va por el pueblo. Se ha hecho amistades... ¿Qué, si no? Él es así... No sabe estarse quieto, como sabríamos estar nosotros...».

«Por mí, que haga lo que quiera. Me basta con que no cause dolor».

«No. Eso no. Se aburre, eso sí. [4]Pero... ¡ahí está el Maestro! Oigo 553.4
su voz. Está hablando con alguien...».

Salen presurosos y ven a Jesús, que se acerca a ellos con dos niños en brazos y uno agarrado a su túnica, a los cuales da ánimos porque lloran. Se va desvaneciendo el crepúsculo.

«¡Dios te bendiga, Maestro! ¿Pero de dónde vienes tan tarde?».

Jesús, entrando en casa, responde: «He estado con bandoleros. Yo también traigo mi botín. He andado más allá del ocaso, pero el Padre no me lo tendrá en cuenta porque he hecho una obra de misericordia... Toma, Juan, y tú, Simón... Tengo los brazos rotos... y estoy realmente cansado». Se sienta en un taburete al lado de la chimenea. Sonríe, cansado pero contento.

«¿Con bandoleros? ¿Pero dónde has estado? ¿Quiénes son estos niños? ¿Has comido? ¿Dónde estabas? ¡No es prudente estar fuera con esta poca luz y tan lejos!... Estábamos preocupados. ¿No estabas en el bosque?» hablan todos al mismo tiempo.

«No estaba en el bosque. He ido hacia Jericó...».

«¡Imprudente! ¡Por esos caminos puedes encontrar a los que te odian!» dice Judas Tadeo en tono reprobatorio.

«He ido por el sendero que nos han indicado. Hacía días que quería ir allí... donde hay desdichados a quienes redimir. A mí no podían hacerme nada malo, y he llegado a tiempo para estos niños. Dadles de comer. Creo que están casi en ayunas, porque sentían miedo de los bandoleros. Y Yo no llevaba comida conmigo. ¡Si, al menos, hubiera encontrado a un pastor!... Pero el sábado cercano ya había dejado desiertos los pastos...».

[5]«¡Ya! Nosotros somos los únicos que, de un tiempo a esta parte, 553.5
no respetamos el sábado...» observa Judas de Keriot, siempre cortante.

«¿Cómo hablas? ¿Qué insinúas?» le preguntan.

«Digo que ya llevamos dos sábados que trabajamos después de la puesta del Sol».

«Judas, tú sabes por qué tuvimos que andar el sábado pasado. El pecado no siempre es del que lo hace. También es del que fuerza a hacerlo. Y hoy... ya sé, quieres decirme que también hoy he violado el sábado. Te respondo que si es grande la ley del reposo sabático,

grandísimo es el precepto del amor. No tengo obligación de justificarme ante ti, pero lo hago para enseñarte la mansedumbre, la humildad, y la gran verdad de que *ante una necesidad santa se debe saber aplicar la ley con flexibilidad de espíritu*. Nuestra historia tiene episodios de estas necesidades. Al despuntar el día he ido hacia los montes Adomín porque sé que allí hay desdichados que tienen el delito como lepra del alma. Esperaba encontrarlos, hablarles, volver antes de la puesta del Sol. Los he encontrado. Pero no he podido hablarles en los términos que había pensado, porque había que decir otras cosas... Los bandidos se habían encontrado con estos tres niñitos llorando en la puerta de un aprisco pobre de la llanura. Los bandidos habían bajado de noche para robar los corderos y, si el pastor hubiera opuesto resistencia, matar. Mala cosa es el hambre en los montes en invierno... y, cuando los que la sufren son corazones crueles, hace a los hombres más feroces que los lobos. Estos niños estaban, pues, allí, junto con un zagal poco mayor que ellos y amedrentado como ellos. El padre de los niños, no sé por qué motivo, había muerto durante la noche. Quizás le había mordido algún animal, o le había fallado el corazón... Estaba frío sobre la paja junto a las ovejas. Se dio cuenta de ello el hijo mayor, que dormía a su lado. De forma que los bandidos, en vez de cometer una matanza, se encontraron con un muerto y cuatro niños llorando. Dejaron al muerto, mandaron hacia delante ovejas y zagal y, dado que hasta en los más siniestros puede haber una piedad que se resista a morir, recogieron a los niños... Yo me encontré con los bandidos cuando estaban decidiendo qué hacer. Los más crueles querían matar al zagal de diez años, peligroso testigo del robo y del refugio; los menos duros querían soltarle bajo amenazas, quedándose con el rebaño. Y todos querían que los niñitos se quedaran con ellos».

«¿Y qué querían hacer con ellos? ¿Es que no tienen familia?».

«La madre ha muerto. Por eso el padre los había llevado consigo a los pastos invernales; ahora estaba subiendo de nuevo a su casa desierta, atravesando estos montes. ¿Podía Yo dejar los pequeños a los bandidos, para que los hicieran bandidos como ellos? He hablado... En verdad os digo que me han comprendido más que muchos otros; tanto me han comprendido, que me han dejado a los niños y mañana van a acompañar al zagal al camino de Siquem. Porque en aquellos campos están los hermanos de la madre de éstos. De momento, he recogido a los niños; los tendré, los tendremos, hasta que lleguen parientes suyos».

«Y Tú te haces ilusiones de que los bandidos...» dice Judas Iscariote, y se ríe...

«Estoy seguro de que no le tocarán un pelo al pastorcillo. Son unos desdichados. No debemos juzgar por qué lo son. Pero sí debemos tratar de salvarlos. Una obra buena puede ser el comienzo de su salvación...». Jesús agacha la cabeza, absorto en quién sabe qué pensamiento.

[6]Los apóstoles y la anciana hablan e intercambian sentimientos 553.6
de compasión, e intentan consolar a los niños, que están asustados...

Jesús alza la cabeza al oír el llanto del más pequeno, un niñito moreno que apenas tendrá tres años, y dice a Santiago, que inútilmente trata de darle leche: «Déjame a mí el niño y ve por mi fardel...» y sonríe porque el niño se tranquiliza encima de sus rodillas y bebe la leche ávidamente, aunque antes la rechazara. Los otros, más grandecitos, comen la sopa que les ponen delante; pero descienden lágrimas de sus ojos.

«¡En fin! ¡Cuántas miserias! ¡Hombre, que suframos nosotros es justo; pero los inocentes!...» dice Pedro, que no puede ver sufrir a los niños.

«Eres un pecador, Simón. Alzas censuras contra Dios» observa Judas Iscariote.

«Seré un pecador. Pero no censuro a Dios. Lo único que digo es... Maestro, ¿por qué tienen que sufrir los niños? No tienen pecados».

«Todos tienen pecados, al menos el original» dice Judas Iscariote.

Pedro no le contesta. Espera la respuesta de Jesús.

Y Jesús, que está acunando al niño —el cual ha satisfecho ya su hambre y tiene sueño—, responde: «Simón, el dolor es la consecuencia de la culpa».

«De acuerdo. Entonces... una vez que hagas desaparecer la culpa, los niños ya no sufrirán».

«Seguirán sufriendo. No te sientas escandalizado, Simón, por esto que te digo. El dolor y la muerte estarán siempre presentes en la Tierra. Hasta los más puros sufren y sufrirán; es más, ellos sufrirán por todos. Serán las hostias que harán propicio al Señor».

«Pero ¿por qué? No lo comprendo...».

«Son muchas las cosas que no se entienden en la Tierra. Sabed creer, al menos, que son cosas que el Amor perfecto quiere. Y cuando la Gracia, devuelta a los hombres, haga de los más santos de ellos los conocedores de las verdades ocultas, entonces se verá que precisamente los más santos querrán ser víctimas, porque habrán comprendido el poder del dolor... [7]El niño duerme. María ¿le llevas con- 553.7
go?».

«Claro, Maestro. Nosotros decimos: niño asustado, sueño breve y mucho llanto; y: el pájaro sin nido necesita el ala materna. Mi cama

es grande, ahora que la ocupo yo sola. Llevo allí a los niños, de forma que pueda estar atenta a ellos. También éstos están a punto de olvidar su dolor en el sueño. Venid y los llevamos a descansar».

Recoge al pequeñuelo de las rodillas de Jesús y, seguida por Pedro y Felipe, se marcha. Entretanto, vuelve Santiago de Zebedeo con el morral de Jesús.

Jesús lo abre y busca dentro. Extrae una túnica gruesa, la extiende, observa su medida. No está todavía satisfecho. Busca el manto del mismo color obscuro que la túnica. Pone ambos aparte. Cierra el morral y se lo devuelve a Santiago.

Vuelven Pedro y Felipe. La viejecita se ha quedado con los tres niños. Pedro ve inmediatamente los indumentos extendidos y puestos aparte. Dice: «¿Quieres cambiarte la ropa, Maestro? Estando cansado, un baño caliente te descansaría. Hay agua. Te calentamos la ropa. Luego cenamos y nos vamos a descansar. Este hecho de estos pobres niños me ha conmovido profundamente...».

Jesús sonríe, pero no responde adecuadamente; se limita a decir: «Alabemos al Señor, que me ha guiado a tiempo de salvar a los inocentes». Luego se calla, cansado...

Vuelve a entrar la viejecita, con las tuniquitas de los niños. «Deberían cambiárselas... Están rotas y llenas de barro... Pero ya no tengo las túnicas de mis hijos para substituirlas. Las lavaré mañana...».

«No, madre. Cuando termine el sábado, coses tres prendas pequeñas con estas mías...».

«Pero Señor, ¿sabes que ya sólo tienes tres túnicas? Si das una, ¿con qué te quedas? ¡No está aquí Lázaro, como aquella vez del manto a la leprosa!» dice Pedro.

«Deja. Quedan dos. Demasiadas ya, para el Hijo del hombre. Toma, María. Mañana a la puesta del Sol empiezas tu trabajo, y el Perseguido tendrá la dicha de socorrer al pobre, cuyas penalidades comprende».

554. El sábado en Efraím. Con los apóstoles y los tres niños en una pequeña isla del torrente.

12 de enero de 1947.

554.1 [1]«Alzaos. Vamos por la orilla del torrente. Como los hebreos que están fuera de su patria y en lugares donde no hay sinagogas, celebraremos el sábado entre nosotros. Venid, niños...» dice Jesús a los apóstoles, ociosos en el huerto de la casa, y tiende la mano a los tres

pobres niños que están en grupo en un ángulo.

Éstos acuden con una tímida alegría en la carita precozmente pensativa, de niños que han visto cosas demasiado mayores que ellos. Los dos más grandecitos meten su manita en la de Jesús, pero el más pequeño quiere que le coja en brazos, y Jesús le contenta. Al más mayor le dice: «Tú estáte de todas formas a mi lado. Me agarras la túnica como ayer. Pero Isaac está demasiado cansado y es demasiado pequeño como para arreglárselas solo...». El más grandecito bebe la sonrisa de Jesús y acepta, contentándose con caminar al lado de Jesús como un hombrecito.

«Déjame a mí el niño, Maestro. Supongo que estarás cansado todavía de ayer, y Rubén sufre si no te agarra la mano...» dice Bartolomé, y hace ademán de tomar de sus brazos al más pequeño, que se abraza al cuello de Jesús.

«¡Obcecado como toda la raza!» exclama Judas Iscariote.

«No. Está asustado. No entiendes nada de hijos. Los pequeñuelos son así. Cuando están afligidos o asustados buscan refugio en el primero que les ha sonreído y consolado» rebate Bartolomé, quien, no pudiendo tomar en brazos al más pequeño, da la mano al mayor después de haberle acariciado en el pelo y haberle sonreído paternamente.

[2]Salen de la casa, donde se queda sola la mujer. Van siguiendo el 554.2
torrente ya fuera del pueblo. Son bonitas sus márgenes cubiertas de hierba nueva, tachonadas de flores pradeñas. Es agua cristalina, cantarina entre las piedras; aunque sea poca, canta con notas de arpa, susurra rompiéndose contra las piedras más grandes diseminadas en el guijarral, o introduciéndose entre los recovecos de alguna minúscula isla poblada de cañas. En los árboles que hay en las orillas, los pájaros alzan velocísimos el vuelo con trinos de alegría, o se posan en alguna rama expuesta al sol y cantan las primeras canciones de primavera, o bajan al suelo, graciosos y vivarachos, a buscar insectos y gusanos o a beber en las orillas. Dos tortolitas silvestres se bañan en una curva de la orilla y, zureando, se picotean, para alzar el vuelo luego, llevando en el pico una vedija de lana dejada por alguna oveja contra un arbusto de espino albar que empieza ya a florecer en su cima.

«Hacen eso para hacer el nido» dice el mayor de los niños. «Está claro que tienen pichoncitos...». Agacha mucho la cabeza, y, después de un atisbo de sonrisa mientras decía las primeras palabras, llora quedo secándose los ojos con la mano.

Bartolomé le coge en brazos, comprendiendo en qué herida han hurgado las dos tortolitas con sus cuidados; y suspira, él que tiene el

buen corazón de un buen padre de familia. El niño llora sobre el hombro de Bartolomé, y el otro, el segundo, viendo ese llanto, se echa a llorar a su vez, imitado por el tercero, que llama a su padre con su vocecita de pequeñuelo que desde hace poco sabe hablar.

«Hoy será ésta nuestra oración del sábado. ¡Hubieras podido dejarlos en casa! La mujer es más idónea que nosotros en estos casos y...» observa Judas Iscariote.

«¡Pero si ella no hace más que llorar, también! Como incluso yo, que tengo también grandes ganas de llorar... Porque son cosas... que hacen llorar...» le responde Pedro tomando en brazos al segundo niño.

«Sí. Son cosas que hacen llorar. Es verdad. Y María de Jacob, una pobre anciana afligida, no es muy capaz de consolar...» confirma el Zelote.

554.3 «Y nosotros tampoco parece que lo consigamos mucho. [3]El único que podía consolar era el Maestro, y no lo ha hecho».

«¿No lo ha hecho? ¿Y qué más debía hacer? Ha convencido a los bandidos, ha recorrido millas con los niños en brazos, ha dispuesto las cosas para que sean advertidos los parientes de los niños...».

«Esas son cosas secundarias. Él, que tiene autoridad incluso sobre la muerte, podía, es más, *debía*, haber bajado al aprisco y haber resucitado al pastor. ¡Lo ha hecho incluso por Lázaro, que no era ya útil para nadie! Aquí, un padre, y además viudo; unos niños que se quedan solos... Esta resurrección había que haberla hecho. No te comprendo, Maestro...».

«Y nosotros no te comprendemos a ti, tan irrespetuoso como te muestras...».

«¡Calma! ¡Calma! Judas no comprende. No es el único que no comprende las razones de Dios y las consecuencias del pecado. Tú tampoco comprendes, Simón de Jonás, por qué los inocentes deben sufrir. No queráis juzgar, pues, a Judas de Simón, que no comprende por qué ese hombre no ha resucitado. Si Judas reflexiona, él, que siempre me echa en cara el que vaya sólo y lejos, comprenderá que no podía ir tan lejos... Porque el aprisco estaba en la llanura de Jericó, pero pasada la ciudad, hacia el vado. ¿Qué habríais dicho si hubiera estado fuera al menos tres días?».

«Hubieras podido, con tu espíritu, ordenar al muerto resucitar».

«¿Eres más que los fariseos y escribas, que quisieron la prueba de un muerto ya descompuesto para poder decir que Yo resucito realmente a los muertos?».

«Pero ellos la querían porque te odian. Yo la quisiera porque te amo y quisiera verte aplastar a todos tus enemigos».

«Tu viejo sentimiento y tu desordenado amor. No has sabido desarraigar de tu corazón las viejas plantas para substituirlas por las nuevas; y las viejas, fertilizadas por la Luz a que te has acercado, se han hecho aún más fuertes. Este error tuyo es el de muchos, presentes y futuros; el de los que, a pesar de las ayudas de Dios, no se transforman porque no responden con heroica voluntad al auxilio de Dios».

«¿Y es que éstos, que son discípulos tuyos como yo, han destruido las viejas plantas?».

«Al menos, las han podado mucho y han hecho muchos injertos. Tú esto no lo has hecho. Ni siquiera has observado con atención si era conveniente hacerles injertos o podarlas o arrancarlas. Eres un jardinero incauto, Judas».

«Bueno, sólo para mi alma ¡eh?, porque para los jardines soy hábil».

«Eres hábil. Para todas las cosas terrenas eres hábil. Quisiera verte igualmente hábil para las cosas del Cielo».

«¡Pero tu Luz debería obrar por sí sola todo prodigio en nosotros! ¿Es que no es buena? Si fertiliza el mal y lo hace más fuerte, no es buena; y, si no nos hacemos buenos, es culpa suya».

«Habla por ti, amigo. Yo no veo que el Maestro haya hecho en mí más fuertes las malas tendencias» dice Tomás.

«Yo tampoco», «ni yo», dicen Andrés y Santiago de Zebedeo.

«¡Pues a mí!... Su potencia me ha liberado del mal y me ha renovado. ¿Por qué hablas así? ¿No reflexionas en lo que dices?» pregunta Mateo.

554.4 [4]Pedro está para intervenir, pero prefiere marcharse; se echa a andar, raudo, con el niñito sobre los hombros, imitando el ondeo de una barca para hacerle reír; al pasar, toma de un brazo a Judas Tadeo y grita: «¡Venga, vamos allá, a aquella isla! Está llena de flores, como una canasta. Venid, Natanael, Felipe, Simón, Juan... Un buen salto y estamos allí. El torrente, dividido así, es sólo dos arroyos, a este lado y al otro de la isla...».

Y él es el primero que salta y pone el pie en una porción arenosa emergente, de unos pocos metros de extensión, herbosa como un prado, florida como una alfombra con las primeras flores; en el centro de ella hay un solo chopo, alto y fino, que ondea sus ramas con un viento ligero. Se unen a Pedro, poco a poco, los apóstoles que han sido nombrados; y a éstos los siguen los que estaban más cerca de Jesús, que se queda retrasado hablando con Judas Iscariote.

«¿Pero no ha terminado todavía ése?» pregunta Pedro a su hermano.

«El Maestro está trabajando su corazón» responde Andrés.

«¡En fin! Es más fácil que yo consiga que broten higos en este árbol, que no que la justicia entre en el corazón de Judas».

«Y en su intelecto» añade Mateo.

«Es necio porque quiere serlo, y en lo que quiere» dice Judas Tadeo.

«Sufre porque no ha sido elegido para evangelizar. Yo lo sé» explica Juan.

«Pues por mí... Si quiere ir él en mi lugar... ¡No tengo ningún interés especial en andar por esos caminos!» exclama Pedro.

«Ninguno de nosotros lo tiene. Pero él sí. Y, sin embargo, mi hermano no quiere enviarle. Esta mañana le he hablado de esto, porque había comprendido el estado de ánimo de Judas y las causas de él. Y Jesús me ha dicho: "Precisamente por ser un corazón tan enfermo, le tengo a mi lado. Son los enfermos y los débiles los que tienen necesidad del médico y de alguien que los sujete"».

554.5 «¡Ya!... ¡Bien!... [5]Venid, niños. Ahora agarramos estas hermosas cañas y hacemos barquitas con ellas. ¡Mirad qué bonitas! Y dentro de ellas metemos estas flores, que son los pescadores. Mirad si no parecen cabezas con un gorro blanco y rojo... Aquí hacemos el puerto y aquí... pues las casitas de los pescadores... Ahora atamos las barcas a estas bonitas hierbas finas y vosotros las metéis en el agua... así... y luego las sacáis a la orilla después de la pesca... Podéis dar la vuelta a la isla... ¡pero cuidado con los escollos, eh!...». Pedro tiene una paciencia admirable. Ha trabajado con el cuchillo trozos de caña, cortando de nudo a nudo y destapando un lado para transformar las cañas en barquitas; ha puesto a hacer de pescadores unas mayas todavía en capullo; ha excavado en la arena un puerto liliputiense; ha construido casitas con la arena húmeda: ha conseguido la finalidad de recrear a los niños, y se sienta satisfecho susurrando: «¡Pobres criaturas!...».

Jesús pone pie en la isla precisamente cuando los dos niñitos empiezan su juego y, dejando en el suelo al más pequeño, que se une al juego de sus hermanitos, los acaricia.

«Aquí estoy, con vosotros. Ahora vamos a hablar de Dios. Porque hablar de Dios y hablar a Dios es prepararse para la misión. Después de hacer oración, o sea, después de hablar a Dios, hablaremos de Dios, que está presente en todas las cosas para instruir en orden a las cosas buenas. Vamos, alzaos y vamos a orar» y entona unos salmos en hebreo a los cuales los apóstoles hacen coro.

Los niños, que se habían alejado con sus barquitas, suspenden el gorjeo de sus vocecitas y sus juegos y se acercan al oír cantar a estos

hombres. Escuchan atentos con los ojos fijos en Jesús, que para ellos es todo, y luego, con ese espíritu de imitación que tienen los niños, toman la misma postura de los que están orando y tratan de seguir su canto, sólo con la voz, pues no saben las palabras de los salmos. Jesús baja los ojos y los mira con una sonrisa que aumenta el canto de las vocecitas inocentes. Se sienten aprobados y cobran ánimos...

El canto de los salmos termina. [6]Jesús se sienta en la hierba y 554.6
empieza a hablar:

* «Cuando los reyes de Israel, el de Edom y el de Judá, se unieron para combatir contra el rey de Moab y se dirigieron a Eliseo profeta para solicitar consejo, éste respondió al enviado de los reyes: "Si no sintiera respeto por Josafat, rey de Judá, ni siquiera te habría mirado. Pero ahora traedme a un arpista". Y, mientras el arpista tocaba, Dios habló a su profeta y ordenó que hiciera excavar muchos fosos en el torrente árido, para que se llenara de agua para hombres y animales. Y a la hora del sacrificio de la mañana el torrente, sin que hubiera ni viento ni lluvia, se llenó como el Señor había dicho. ¿Cuáles, según vosotros, son las lecciones de este episodio? ¡Hablad!».

Los apóstoles se consultan entre sí. Quién dice: «En la turbación del corazón Dios no habla. Eliseo quiere aplacar su irritación, surgida al verse enfrente al rey de Israel, para poder oír a Dios». Quién: «Es una lección sobre la justicia. Eliseo, para no castigar al inocente rey de Judá, salva también al culpable». Quién: «Es una lección de obediencia y fe. Excavaron los fosos obedeciendo a una indicación aparentemente absurda, y esperaron con fe el agua, aunque el cielo estuviera sereno y no hubiera viento».

«Habéis respondido bien, pero no ampliamente bien. En la turbación del corazón Dios no habla. Es verdad. Pero no se necesitan las arpas para calmar el corazón. Basta con tener la caridad, que es el arpa espiritual que emite notas de paraíso. Cuando un alma vive en la caridad, tiene el corazón sereno y oye la voz de Dios y la comprende».

«Entonces Eliseo no tenía caridad, porque estaba turbado».

«Eliseo es del tiempo de la Justicia. Hay que saber transportar al tiempo de la Caridad los episodios antiguos, y verlos no a la luz de los rayos, sino a la de los astros. Vosotros sois del tiempo nuevo. ¿Y por qué, entonces, tan frecuentemente sois más iracundos y estáis más turbados que los del tiempo antiguo? Despojaos del pasado. Lo repito, aunque a Judas no le guste oírlo repetir. Extirpad, podad, injertad, plantad plantas nuevas. Renovaos, excavad los fosos de la

* *los reyes de Israel, el de Edom y el de Judá*, conforme a la narración de *2 Reyes 3,1-20.*

humildad, obediencia y fe. Aquellos reyes supieron hacerlo, y eran en la proporción de dos a uno no de Judá, y no oyeron a Dios, sino al profeta de Dios referir la voluntad del Altísimo. Habrían muerto de sed en medio de la aridez, si no hubieran sabido obedecer. Obedecieron y el agua llenó los fosos excavados, y no sólo fueron salvados de la sed; vencieron también a los enemigos. Yo soy el Agua de la Vida.
554.7 Excavad fosos en vuestros corazones para poder recibirme. 7Y ahora escuchad. No pronuncio largos discursos. Os doy sentencias para que las meditéis. Seréis siempre como estos niños —e incluso menos que ellos, porque ellos son inocentes y vosotros no lo sois, y por eso es más sombría en vosotros la luz espiritual—, si no os acostumbráis a meditar. Siempre escucháis, pero de ninguna manera retenéis, porque vuestra inteligencia duerme en vez de estar activa. Por tanto, oíd. Cuando a la Sunamita se le murió el hijo, quiso presentarse al * profeta, a pesar de que el marido le dijera que no era el uno del mes ni sábado. Pero ella sabía que debía ir porque para ciertas cosas no se admiten dilaciones. Y por haber sabido comprender el espíritu de las cosas recobró a su hijo resucitado. ¿Qué decís de este hecho?».

«Que es un reproche a mí, por el sábado» dice Judas Iscariote.

«¿Ves, Judas, que cuando quieres sabes entender? Abre, pues, tu espíritu a la justicia».

«Sí... pero Tú no has violado el sábado por resucitar al hombre».

«He hecho más. He impedido la ruina, la muerte de éstos, la verdadera muerte, y he recordado a los bandidos que...».

«¡Espera a contentarte de haber hecho algo! No creo que te hayan obedecido...».

«Si el Maestro lo dice...».

«También Eliseo en la narración de la Sunamita dice: "El Señor me lo ha mantenido oculto". Así que los profetas no saben todo» rebate Judas Iscariote.

«Nuestro hermano es más que un profeta» observa Judas Tadeo.

«Lo sé. Es el Hijo de Dios. Pero también es el Hombre. Como tal, puede estar sujeto a no saber cosas secundarias, como esta de una conversión y de un regreso... Maestro, ¿sabes realmente siempre, siempre, todo? Yo me pregunto esto a menudo...» insta con corazón tenaz Judas Iscariote.

«¿Con qué espíritu? ¿Buscando paz, consejo, turbación?» pregunta Jesús.

«Hombre, pues... no sabría decirte. Me lo pregunto y...».

---

* *Cuando a la Sunamita se le murió el hijo*, como se narra en *2 Reyes 4, 18-37*. Luego, Jesús hará referencia a los versículos sucesivos *38-41* recordando *la harina que anula el sabor amargo*.

«Y pareces turbado incluso en el acto de preguntártelo» dice Tomás.

«¿Yo? Hombre, claro, la perplejidad siempre turba...».

«¡Cuántas sutilezas! Yo no me planteo tantas sutilezas. Creo sin indagar, y no me siento ni perplejo ni turbado por nada. Pero, dejemos hablar al Maestro. A mí no me gusta esta lección. Dinos palabras hermosas, Maestro. Les gustarán también a los niños» dice Pedro.

[8]«Todavía tengo una cosa que preguntar. Ésta: ¿Qué significado 554.8
tiene para vosotros la harina que anula lo amargo en el potaje de los hijos de los profetas?».

Un profundo silencio es la respuesta a la pregunta.

«¿Entonces? ¿No sabéis responder?».

«Quizás la harina absorbió la substancia amarga...» dice inseguro Mateo.

«Todo se habría puesto amargo, incluso la harina».

«Por un milagro del profeta, que no quería que se sintiera avergonzado el criado» sugiere Felipe.

«También. Pero no por eso sólo».

«El Señor quiso que resplandeciera el poder del profeta incluso sobre las cosas comunes» dice el Zelote.

«Sí. Pero no es todavía el significado exacto. Las vidas de los profetas anticipan lo que luego se actuará en el tiempo pleno: *el mío*; reflejan mi día terrenal en símbolos y figuras. ¿Entonces?...».

Silencio. Se miran. Luego Juan agacha la cabeza, se ruboriza, sonríe.

«¿Por qué no manifiestas tu pensamiento, Juan?» le pregunta Jesús. «No es falta de amor hablar, porque no lo haces para zaherir a nadie».

«Creo que quiere decir esto. Que en el tiempo del hambre de la Verdad y la carestía de Sabiduría —este en que has venido— todo árbol se ha vuelto silvestre y ha dado frutos amargos, imposibles de comerse, como el veneno, para los hijos de los hombres, que, de tal forma, en vano los recogen y se los preparan para alimentarse. Pero la bondad del Eterno te envía a ti, harina de trigo elegido; y Tú, con tu perfección, anulas el tóxico de todo alimento, devolviendo la bondad, tanto a los árboles de las Escrituras, que los siglos han desnaturalizado, como a los paladares de los hombres, que la concupiscencia ha corrompido. En este caso, el que ordena llevar la harina y la echa en la olla amarga es el Padre tuyo, y Tú eres la harina que se sacrifica para hacerse alimento para los hombres. Y, después de tu consumación, ya no quedará nada tóxico en el mundo, porque habrás res-

554.9 tablecido la amistad con Dios. [9]Quizás me he equivocado».

«No te has equivocado. Ése es el símbolo».

«¿Y cómo lo has pensado?» pregunta asombrado Pedro.

Le responde Jesús: «Te lo digo con tus propias palabras de hace un rato. Un buen salto y se está en la isla pacífica y florecida de la espiritualidad. Pero hay que tener el valor de dar ese salto, abandonando la orilla, el mundo. Saltar sin pensar si alguien puede reírse a causa de nuestro salto desmañado, o burlarse de nuestro simplismo de preferir antes que el mundo una islita solitaria. Saltar sin miedo a herirse o mojarse, o a quedar defraudados. Dejar todo para refugiarse en Dios. Establecerse en la isla separada del mundo y salir de ella *únicamente* para distribuir, a los que se han quedado en las orillas, las flores y las aguas puras recogidas en la isla del espíritu, donde hay un único árbol: el de la Sabiduría. Estando a su pie, lejos del fragor del mundo, se aferran todas sus palabras y uno se hace maestro
554.10 sabiendo ser discípulo. También esto es un símbolo. [10]Pero ahora contaremos una bonita parábola a los niños. Venid aquí bien cerca».

Los tres niños se acercan tanto, que incluso se sientan en sus piernas. Jesús los rodea con los brazos y empieza a narrar:

«Un día el Señor Dios dijo: "Haré al hombre, y el hombre vivirá en el Paraíso Terrenal, donde está el gran río que luego se reparte en cuatro brazos, que son el Pisón, el Guijón, el Éufrates y el Tigris, que riegan la Tierra. Y el hombre será feliz, teniendo todas las bellezas y bondades de la Creación y mi amor para gozo de su espíritu". Y así hizo. Era como si el hombre estuviera en una isla grande, pero más florida todavía que ésta y con árboles de todos los tipos y con todos los animales; y como si, sobre él, estuviera el amor de Dios haciendo de Sol para el alma. Y la voz de Dios estaba en los vientos, más melodiosa que canto de pájaro.

Pero en esta bonita isla florida, entre todos los animales y las plantas, entró reptando una serpiente distinta de las que habían sido creadas por Dios y que eran buenas, sin veneno en los dientes, sin saña en las vueltas de su cuerpo flexuoso. Esta serpiente se había vestido con la piel de colores de gemas que tenían las otras; es más, se había engalanado más que las otras, tanto que parecía una gran joya de rey que fuera zigzagueando por entre los espléndidos árboles del Jardín. Fue a enroscarse en torno a un árbol que se alzaba en medio del jardín, un árbol bello, solitario, mucho más alto que éste, cubierto de hojas y frutos maravillosos. La serpiente parecía una joya alrededor del bonito árbol, y con el sol despedía destellos. Todos los animales la miraban porque ninguno se acordaba de haberla visto crear ni de haberla visto antes de entonces. Pero ninguno se acer-

caba a ella; al contrario, todos se alejaban del árbol, ahora que tenía enroscada en su tronco a la serpiente.

Sólo el hombre y la mujer se acercaron allí; la mujer antes que el hombre, porque le gustaba esa cosa resplandeciente que brillaba al sol y movía la cabeza como una flor semicerrada, y escuchó lo que decía la serpiente, y desobedeció al Señor e hizo desobedecer a Adán. Sólo después de la desobediencia vieron a la serpiente en su realidad y comprendieron el pecado, porque habían perdido la inocencia del corazón. Y se escondieron de Dios, que los buscaba, y luego mintieron a Dios, que les hacía preguntas.

Entonces Dios puso ángeles en la entrada del Paraíso y expulsó de él a los hombres. Fue como si los hombres fueran arrojados, de la orilla segura del Edén, a los ríos terrestres llenos de agua como cuando vienen las riadas de primavera. Pero Dios dejó en el corazón de los expulsados el recuerdo de su destino eterno, o sea, del pasaje del hermoso Jardín, donde percibían la voz y el amor de Dios, al Paraíso en que habrían gozado de Dios completamente: y con este recuerdo dejó el estímulo santo de remontarse, con una vida de justicia, hasta el lugar perdido.

Pero, niños míos, vosotros habéis experimentado hace poco que mientras la barca baja siguiendo la corriente es fácil su camino, mientras que, cuando remonta la corriente, le cuesta mantenerse a flote, no ser arrollada por la ola, no naufragar entre las hierbas y arenas o piedras del río. Si Simón Pedro no hubiera atado vuestras barquichuelas con los juncos finos de la orilla, habríais perdido todas, como le ha sucedido a Isaac por haber soltado el junco.

Lo mismo les sucede a los hombres arrojados a las corrientes de la Tierra. Deben estar siempre en las manos de Dios, poniendo confiadamente su voluntad, que es como el junco, en las manos del buen Padre que está en los Cielos y que es Padre de todos, especialmente de los inocentes; y deben tener mirada vigilante para evitar hierbas y espadañas, piedras, remolinos y barro, que podrían retener, romper, tragarse la barca de su alma, arrancando el hilo de la voluntad que los mantiene unidos a Dios. Porque la Serpiente, que ya no está en el Jardín, está ahora en la Tierra tratando de hacer naufragar a las almas, de no dejarlas remontarse por el Éufrates, el Tigris, el Guijón y el Pisón, hasta el Gran Río que fluye en el Paraíso eterno y alimenta los árboles de la Vida y la Salud, que dan perpetuos frutos de que gozarán todos los que hayan sabido remontar la corriente para unirse de nuevo a Dios y a los ángeles suyos sin tener que sufrir ya jamás por nada».

[11]«Esto lo decía también nuestra mamá» dice el más grandecito 554.11

de los niños.

«Sí, lo decía» gorjea el más pequeño.

«Tú no lo puedes saber. Yo sí, porque soy mayor. Pero si dices cosas que no son verdad no vas a entrar en el Paraíso».

«Pero nuestro padre decía que no era verdad nada» objeta el del medio.

«Porque no creía en el Señor de mamá».

«¿No era samaritano tu padre?» pregunta Santiago de Alfeo.

«No. Era de otros lugares. Pero nuestra mamá sí que lo era. Y nosotros lo somos, porque quería que fuéramos como ella. Y nos hablaba del Paraíso y del Jardín, pero no bien como lo has dicho Tú. Yo tenía miedo de la serpiente y de la muerte, porque decía que una era el diablo y porque nuestro padre decía que con la muerte acaba todo. Por eso me sentía tan infeliz de estar solo, y decía que ya era inútil ser bueno, porque, mientras estaban mamá y papá, uno daba alegría siendo bueno, pero ya no había nadie al que alegrar siendo bueno. Pero ahora sé... Y voy a serlo. No voy a quitar nunca mi hilo de las manos de Dios, para que no me lleven las aguas de la Tierra».

«¿Pero nuestra mamá ha ido arriba o abajo?» pregunta con perplejidad el segundo de los niños.

«¿Qué quieres decir, niño?» pregunta Mateo.

«Digo que dónde está. ¿Ha ido al río del Paraíso eterno?».

«Esperemos que sí, niño. Si era buena...».

«Era samaritana...» dice con desprecio Judas Iscariote.

«¿Y entonces no hay Paraíso para nosotros, por ser samaritanos? ¿Entonces no vamos a tener a Dios nosotros? Él le ha llamado "Padre de todos". Yo, huérfano, quería pensar que tenía un Padre todavía... Pero si para nosotros no existe...» agacha la cabeza afligido.

«Dios es el Padre de todos, niño mío. ¿Acaso Yo te he querido menos, porque seas samaritano? He luchado por ti ante los bandidos, y lucharé por ti contra el demonio, de la misma manera con que lucharía por el hijito del Sumo Sacerdote del Templo de Jerusalén, si él no considerara un oprobio el que el Salvador salvara a su criatura. Es más, lucho todavía más por ti, porque estás solo y vives infeliz. No hay diferencia para mí entre el espíritu de un judío y el de un samaritano. Y dentro de poco no habrá división entre Samaria y Judea porque el Mesías tendrá un solo pueblo, que llevará su Nombre y estará formado por todos los que le quieran».

«Yo te quiero, Señor. Pero ¿me llevas donde mi mamá?» dice el mayor de los tres niños.

«No sabes dónde está. Ese hombre ha dicho que hay que tener esperanza...» dice el segundogénito.

«Yo no lo sé. Pero el Señor sí que lo sabe. Ha sabido hasta dónde estábamos nosotros, y nosotros ni siquiera lo sabíamos».

«Con los bandidos... Nos querían matar...». El terror vuelve a la carita del segundogénito.

«Los bandidos eran como demonios. Pero Él nos ha salvado porque nuestros ángeles le han llamado».

«También a mamá la han salvado los ángeles. Yo lo sé porque sueño con ella siempre».

«Eres un mentiroso, Isaac. No puedes soñar con ella porque no la recuerdas».

El pequeñuelo llora diciendo: «No. No. Sueño con ella, sí que sueño con ella...».

«No llames mentiroso a tu hermano, Rubén. Su alma claro que puede ver a su mamá, porque el buen Padre de los Cielos puede conceder que este huerfanito sueñe con ella y la conozca parcialmente, de la misma forma que concede conocerle a Él mismo. Para que de este conocimiento limitado nazca una buena voluntad de conocerle perfectamente, cosa que se obtiene siendo siempre muy buenos. [12]Y ahora vámonos. Hemos hablado de Dios y el sábado ha sido santificado». Se levanta y entona otros salmos. 554.12

Gente de Efraím, al oír el coro, viene en esa dirección y espera con respeto a que el salmo termine, para saludar; y dicen a Jesús: «¿Has preferido venir aquí antes que ir donde nosotros? ¿Es que no nos estimas?».

«Ninguno de vosotros me había invitado. Por tanto, he venido aquí con mis apóstoles y los niños».

«Es verdad. Pero creíamos que tu discípulo te habría manifestado nuestro deseo».

Jesús mira a Juan y a Judas. Y Judas responde: «Ayer me olvidé de decírtelo; y hoy, con estos niños... pues me he distraído».

Jesús, mientras tanto, pasa el minúsculo brazo de agua y deja la isla. Va hacia los de Efraím. Los apóstoles le siguen, mientras los niños se detienen un poco para desatar las dos barquichuelas de caña que quedan, y a Pedro, que los apremia, le explican: «Queremos conservarlas para recordar la lección».

«¿Y yo? ¡Yo la he perdido! No recordaré la lección y no iré al Paraíso» dice llorando el más pequeño.

«¡Espera! No llores. Te hago la barquita inmediatamente. Por supuesto. Tú también tienes que recordar la lección. ¡Todos tendríamos que hacernos una barquita con su junto atado a la proa para recordar! ¡Y más nosotros, los adultos, que vosotros, los niños! ¡En fin!», y Pedro corta y forma la barquita, con su junco. Y toma en brazos —

abarcándolos sólo con uno— a los tres niños, luego salta el río y va donde Jesús, a su lado.

«¿Son éstos?» pregunta Malaquías de Efraím.

«Éstos».

«¿Y son de Siquem?».

«Eso decía el zagal. Decía que los parientes eran de la campiña».

«¡Pobres niños! Pero, si los parientes no vinieran, ¿qué harías?».

«Los tendría conmigo. Pero vendrán».

«Esos bandidos... ¿No vendrán ellos también?».

«No vendrán. Pero no tengáis miedo de ellos. Aunque vinieran... Yo sería *su* ladrón y no ellos *vuestros* ladrones. Ya les he arrebatado cuatro presas y espero haber arrebatado al pecado un poco de su alma, al menos en alguno».

«Te ayudaremos con estos niños. Esto nos lo concederás, ¿no?».

«Sí. No porque sean de vuestra región, sino porque son inocentes, y el amor a los inocentes es un camino que conduce rápidamente a Dios».

«Tú eres el único que no hace distinciones entre unos inocentes y otros. Un judío no habría recogido a estos pequeños samaritanos; y tampoco un galileo. No somos amados. Y el desamor hacia nosotros lo extienden también a los que ni siquiera saben lo que es ser samaritano o judío. Y eso es cruel».

«Sí. Pero cuando se siga mi Ley no será así. ¿Ves, Malaquías? Los niños están en los brazos de Simón Pedro, mi hermano y Simón Zelote, y ninguno de los tres es ni samaritano ni padre. Pues bien, ni siquiera tú aprietas contra tu corazón con tanto amor a tus hijos, como estos discípulos míos hacen con los huérfanos de Samaria. La idea mesiánica es ésta: *reunir a todos en el amor*. Ésta es la verdad de la idea mesiánica. Un solo pueblo en la Tierra bajo el cetro del Mesías, un solo pueblo en el Cielo bajo la mirada de un solo Dios».

Se alejan, hablando, en dirección a la casa de María de Jacob.

555. Lección nocturna a Simón Pedro sobre el perdón de los pecados y sobre el dolor de los santos y de los inocentes.

15 de enero de 1947.

555.1 [1]Jesús está solo en una pequeña habitación. Sentado en el lecho, piensa u ora. Palpita la llamita amarillenta de una lamparita de aceite colocada encima de un estante. Debe ser de noche porque no hay ningún ruido ni en la casa ni en la calle. Lo único es el torrente, cuyo susurro parece más fuerte afuera, en medio del silencio de la noche.

Jesús levanta la cabeza y mira a la puerta. Escucha. Se levanta y va a abrir. Ve a Pedro al otro lado de la puerta. «¿Tú? Ven. ¿Qué quieres, Simón? ¿Todavía levantado, con tanto camino como debes recorrer?». Le ha cogido de la mano y le ha introducido en la habitación, cerrando luego la puerta sin hacer ruido. Le indica que se siente a su lado en la orilla del lecho.

«Quería decirte, Maestro... Sí, quería decirte que... ya has visto también hoy para lo que valgo: soy capaz sólo de hacerse divertir a unos pobres niños, de consolar a una viejecita, de pacificar a dos pastores que discuten por una cordera que ha resultado tener el pecho ciego. Soy un pobre hombre. Tan pobre, que no comprendo siquiera lo que me explicas. Pero, éste es otro asunto. Lo que quería decirte ahora era que, precisamente por esto, me dejaras aquí. No me entusiasma el ir por ahí predicando, cuando Tú no estás con nosotros; y además no sé hacerlo... Concédeme esto, Señor». Pedro habla con calor, pero teniendo los ojos fijos sobre las toscas baldosas descantilladas del suelo.

«Mírame, Simón» ordena Jesús. Y, dado que Pedro obedece, Jesús le mira fija y agudamente y pregunta: «¿Y esto es todo? ¿Todo el motivo de estar en vela? ¿Todo el motivo de pedir que te deje aquí? Sé sincero, Simón. No es murmurar el decir a tu Maestro la otra parte de tu pensamiento. Hay que saber distinguir entre palabra ociosa y palabra útil. Es ociosa —y generalmente en el ocio florece el pecado— cuando se habla de los defectos ajenos con quien nada puede sobre ellos. En ese caso, es simplemente falta de caridad, aunque las cosas dichas fueran verdaderas; como es falta de caridad hacer reproches más o menos acerbos sin unir al reproche el consejo. Y me refiero a reproches justos; los otros, son injustos y son pecado contra el prójimo. Pero cuando uno ve que su prójimo peca, y sufre por ello porque, pecando, ese prójimo suyo ofende a Dios y perjudica su alma; y siente que por sí solo no es capaz de medir la entidad del pecado ajeno, y no se siente lo suficientemente sabio como para decir palabras de conversión, y entonces se dirige a un justo, a un sabio, y le confía su preocupación, entonces no comete pecado, porque sus confidencias están dirigidas a poner fin a un escándalo y a salvar un alma. Es como uno que tuviera un pariente con una enfermedad de carácter vergonzoso. Está claro que tratará de que no lo sepa la gente, pero, en secreto, irá a decir al médico: "Mi pariente, según yo, tiene esto y esto, pero no sé ni aconsejarle ni curarle. Ven tú o dime qué tengo que hacer". ¿Falta éste, acaso, contra el amor respecto a su pariente? No. Sí que faltaría si, por un mal entendido sentimiento de prudencia y amor, fingiera no darse cuenta de la enfermedad y deja-

555.2 ra que ésta progresara y llevara a la muerte. [2]Un día —y no pasarán años— tú, y contigo tus compañeros, deberéis escuchar las confidencias de los corazones. No en la forma en que ahora las escucháis, como hombres; las escucharéis como sacerdotes, o sea, médicos, maestros y pastores de las almas, como Yo soy Médico, Maestro y Pastor. Deberéis escuchar y decidir y aconsejar. Vuestro juicio tendrá un valor como si Dios mismo lo hubiera pronunciado...».

Pedro se suelta de Jesús, que le tenía ceñido a su lado, y, levantándose, dice: «Eso no es posible, Señor. No nos impongas nunca eso. ¿Cómo quieres que juzguemos como Dios, si no sabemos ni siquiera juzgar como hombres?».

«Entonces sabréis, porque el Espíritu de Dios estará sobre vosotros y infundirá sus luces. Sabréis juzgar, considerando las siete condiciones de los hechos que os serán planteados para recibir consejo o perdón. Escucha bien y trata de recordar. En su día, el Espíritu de Dios te recordará mis palabras. Pero tú, de todas formas, trata de recordar con tu inteligencia, porque Dios te la ha dado para que la uses sin holgazanería ni presunción espirituales, que conducen o a esperar todo de Dios o a pretender todo de Él. Cuando seas Maestro, Médico y Pastor en mi lugar y haciendo mis veces, y cuando un fiel venga a llorar sus inquietudes a tus pies, sus desazones debidas a acciones propias o ajenas, tú deberás tener siempre presente este grupo de siete preguntas.

Quién: ¿Quién ha pecado? *Qué*: ¿Cuál es la materia del pecado? *Dónde*: ¿En qué lugar? *Cómo*: ¿En qué circunstancias? *Con qué o con quién*: El instrumento o la persona que ha sido materia para el pecado. *Por qué*: ¿Cuáles han sido los incentivos que han creado el ambiente favorable para el pecado? *Cuándo*: ¿En qué condiciones y reacciones, y si esporádicamente o por malsana costumbre?

Porque, mira, Simón, el mismo pecado puede tener infinitos matices y grados, según todas las circuntancias que lo han creado y las personas que lo han llevado a cabo. Por ejemplo... tomemos en consideración los dos pecados más extendidos: el de la concupiscencia carnal y el de la concupiscencia de las riquezas.

Una persona ha cometido pecado de lujuria, o cree haberlo cometido; porque a veces el hombre confunde el pecado con la tentación, o considera iguales el estímulo creado activamente, debido a una malsana tendencia, y los pensamientos que surgen como reflejo del sufrimiento de una enfermedad, o también porque la carne y la sangre, a veces, forman imprevistas voces que resuenan en la mente antes de que ésta tenga tiempo de ponerse en guardia para sofocarlas. Viene a ti y te dice: "He cometido pecado de lujuria". Un sacerdote im-

perfecto diría: "Recaiga sobre ti la maldición". Pero tú, mi Pedro, no debes decir eso. Porque tú eres Pedro de Jesús, eres el sucesor de la Misericordia. Entonces, antes de condenar, debes considerar y tocar *dulce y prudentemente* ese corazón que llora ante ti, para conocer todos los lados del pecado, o del supuesto pecado, del escrúpulo.

He dicho: *dulce y prudentemente*. Recordar que, además de maestro y pastor, eres médico. El médico no exacerba las heridas. Pronto para cortar si hay gangrena, sabe, de todas formas, descubrir y medicar con mano suave, si hay sólo laceraciones de partes vivas que deban ser unidas y no arrancadas. Y recordar que, además de médico y pastor, eres maestro. Un maestro adapta sus palabras según la edad de sus discípulos. Sería un escándalo un pedagogo que a niñitos revelara leyes animales que ellos, inocentes, ignoraban, produciendo así conocimientos y malicias precoces. Igualmente en el trato de las almas hay que tener prudencia en las preguntas. Respetarse y respetar. Te será fácil, si en toda alma ves un hijo. Un padre es por naturaleza maestro, médico y guía de sus hijos. Por tanto, quienquiera que fuere la persona que tengas delante, desasosegada por el pecado, o por el temor del pecado, ámala con paterno amor, y sabrás juzgar sin herir ni escandalizar. [3]¿Me estás comprendiendo?». 555.3

«Sí, Maestro. Comprendo muy bien. Deberé ser cauto y paciente, convencer a destapar las heridas, pero mirar yo por mí, sin atraer miradas ajenas a esas heridas; y, sólo cuando viera que realmente hay herida, decir: "¿Ves? Aquí te has hecho daño por este motivo o por aquel otro". Pero, si veo que la persona sólo tiene miedo de estar herida por haber visto fantasmas, entonces... soplar sobre esa calígine y alejarla, sin proyectar luces, por un celo inútil, que pudieran hacer ver reales raíces de pecado. ¿Digo bien?».

«Muy bien. Así pues, si uno te dice: "He cometido pecado de lujuria", tú considera a quién tienes delante. Verdad es que el pecado puede surgir a todas las edades. Pero será más fácil verlo en un adulto que no en un niño, y, por tanto, distintas serán las preguntas que habrá que hacer y las respuestas que habrá que dar si se trata de un hombre o de un niño. Consecuentemente viene, del primer sondeo, el segundo, acerca de la materia del pecado, y luego el tercero, sobre el lugar, el cuarto, sobre las circunstancias, el quinto, sobre el cómplice, el sexto, sobre el porqué, y el séptimo, sobre el tiempo y número del pecado.

Verás que, generalmente, mientras que para un adulto, que además viva en el mundo, a cada pregunta tuya te aparecerá una correspondiente circunstancia de verdadera culpa, para criaturas niñas de edad o de espíritu, a muchas preguntas deberás responderte:

"Aquí hay calina, no substancia de culpa". Es más, algunas veces verás, en vez de fango, que lo que hay es una azucena que teme haber sido salpicada de barro, y que confunde la gota de rocío que ha bajado a su cáliz con la salpicadura del lodo. Almas tan deseosas de Cielo, que temen como mancha incluso la sombra de una nube que las adumbra un instante interponiéndose entre ellas y el Sol, pero que luego pasa sin dejar huella de sí en la cándida corola. Almas tan inocentes y deseosas de seguir siéndolo, que Satanás las asusta con tentaciones mentales o azuzando los incentivos de la carne o la carne misma, aprovechándose de verdaderas enfermedades de la carne. A estas almas hay que consolarlas y sujetarlas, porque no son, ciertamente, almas pecadoras, sino almas *mártires*. Recuerda esto siempre.

Y recuerda siempre juzgar también con el mismo método a quien cometió pecado de avidez de riquezas o bienes ajenos. Porque, si es culpa maldita la avidez sin necesidad ni piedad, robando al pobre y vejando contra la justicia a ciudadanos y criados o a los pueblos, menos grave, mucho menos grave, es la culpa de quien, habiéndole sido negado un pan por parte de su prójimo, lo roba para matar su hambre y la de sus hijos. Recuerda que si, tanto para el lujurioso como para el ladrón son elementos de valoración, en el acto de juzgar, el número, las circunstancias y la gravedad de la culpa, también lo es el conocimiento que había, por parte del pecador, del pecado que ha cometido y en el momento en que lo cometía. Porque, si uno obra con pleno conocimiento, peca más que quien obra por ignorancia. Y quien obra con libre consentimiento de la voluntad peca más que quien es forzado al pecado. En verdad te digo que a veces habrá hechos que tendrán apariencia de pecado y que serán martirio, y recibirán el premio que se da a un martirio padecido.

Y recuerda, sobre todo, que, en todos los casos, antes de condenar, deberás acordarte de que tú también fuiste hombre y de que tu Maestro, a quien ninguno pudo hallar en pecado, *nunca* condenó a nadie que se hubiera arrepentido de haber pecado. Perdona setenta veces siete, e incluso setenta veces setenta, los pecados de tus hermanos y de tus hijos. Porque cerrar las puertas de la Salud a un enfermo, sólo porque haya recaído en la enfermedad, es querer su muerte.

555.4 [4]¿Has comprendido?».

«He comprendido. Esto verdaderamente lo he comprendido...».

«Pues entonces dime ahora todo lo que pensabas».

«¡Claro que te lo digo, porque veo que sabes realmente todas las cosas y comprendo que no es murmurar el pedirte que envíes a Judas en vez de a mí, porque él sufre por no ir. Te digo esto, no para de-

cir que es envidioso y escandalizarme de él, sino buscando su tranquilidad y... la tuya. Porque debe ser muy fatigoso para ti tener siempre ese viento de tempestad al lado...».

«¿Se ha quejado otra vez Judas?».

«¡Así es! Ha dicho que todas tus palabras son una herida para él. Incluso lo que has dicho para los niños. Dice que verdaderamente ha sido por él por quien has dicho que Eva fue al árbol porque le gustaba esa cosa que relucía como una corona de rey. Yo la verdad es que no había encontrado en absoluto en ello ningún parangón. Pero soy un ignorante. Bartolmái y el Zelote, sin embargo, han dicho que Judas verdaderamente ha sido "tocado en lo vivo más vivo", porque a Judas le cautiva todo lo que brilla y encandila la vanagloria. Y tendrán razón porque son sabios. ¡Sé bueno con tus pobres apóstoles, Maestro! Contenta a Judas y, al mismo tiempo, a mí. Total... ya lo ves... sólo sé hacer divertir a los niños... y ser niño entre tus brazos», y abraza a su Jesús, al que ama verdaderamente con todas sus fuerzas.

«No. No te puedo contentar. No insistas. Tú, precisamente por ser como eres, vas a la misión. Él, precisamente porque es como es, se queda aquí. También mi hermano me ha hablado de esto, y, aun queriéndole tanto, le he respondido "*no*". Ni aunque me lo rogara mi Madre cedería. No es un castigo, es una *medicina*. Y Judas debe tomarla. Si no es un beneficio para su espíritu, lo será para el mío, porque no podré echarme en cara el haber omitido cosa alguna para santificarle».

Jesús dice esto con aspecto severo e imperioso. Pedro, suspirando, deja caer los brazos y baja la cabeza.

«No te aflijas por esto, Simón. Tendremos toda una eternidad para estar juntos y querernos. [5]Pero... tenías otras cosas que decir- 555.5
me...».

«Es tarde, Maestro. Debes dormir».

«Tú más que Yo, Simón, que al despuntar el alba tienes que ponerte en camino».

«¡Si es por mí! Estar aquí contigo es más descanso que estar en la cama».

«Habla, entonces. Tú sabes que Yo duermo poco...».

«Mira. Yo soy cerrado de mollera, lo sé y no me avergüenzo de decirlo. Y, si fuera por mí, no me preocuparía mucho de saber, porque creo que la sabiduría mayor está en amarte, seguirte y servirte con todo el corazón. Pero Tú me mandas acá y allá. La gente me pregunta y tengo que responder. Pienso que lo que te pregunto a ti otros pueden preguntármelo a mí, porque los hombres tienen los mismos

pensamientos. Tú decías ayer que siempre los inocentes y santos sufrirán; es más, que son los que sufren por todos. Esto es duro para mi inteligencia, aunque digas que ellos mismos lo desearán. Y creo que, de la misma forma que es duro para mí, lo puede ser para otros. Si me preguntan, ¿qué tengo que responder? En este primer recorrido, una madre me dijo: "No era justo que mi niña muriera con tanto dolor, porque era buena e inocente". Y yo, no sabiendo qué decir, le dije las palabras de Job: "El Señor dio, el Señor quitó. Bendito sea el Nombre del Señor". Pero no me quedé convencido ni siquiera yo, ni la convencí a ella. Quisiera saber qué decir otra vez...».

555.6 «Esto es justo. [6]Escucha. Parece una injusticia que los mejores sufran por todos, y, sin embargo, es justicia grande. Vamos a ver, Simón, dime: ¿qué es la Tierra, toda la Tierra?».

«¿La Tierra? Un espacio grande, grandísimo, hecha de tierra y agua y rocas, con plantas, animales y criaturas humanas».

«¿Y algo más?».

«Nada más... a menos que quieras que diga que es el lugar de castigo y exilio del hombre».

«La Tierra es un altar, Simón, un enorme altar. Hubiera debido ser altar de alabanza perpetua a su Creador. Pero la Tierra está llena de pecado. Por eso, debe ser altar de perpetua expiación, de sacrificio, sobre el cual se consumen las víctimas. La Tierra debería —como los otros mundos esparcidos en la Creación— cantar salmos a Dios que la creó. ¡Mira!».

Jesús abre las hojas de madera de la ventana, y, por ésta, abierta de par en par, entra el fresco de la noche, el susurro del torrente, el rayo de luna, y se ve el cielo tachonado de estrellas.

«¡Mira esos astros! Cantan con su voz, hecha de luz y movimiento, en los espacios infinitos del firmamento, las alabanzas de Dios. Lleva milenios existiendo este canto suyo que sube, desde los azules campos del cielo, al Cielo de Dios. Podemos pensar en astros, planetas, estrellas, cometas, cuales criaturas siderales que, como siderales sacerdotes, levitas, vírgenes y fieles, deben cantar en un templo inmenso las alabanzas del Creador. Escucha, Simón. Oye el frufrú de las brisas entre las frondas y el susurro de las aguas en la noche. También la Tierra canta, como el cielo, con sus vientos y aguas, con la voz de los pájaros y animales. Pero, si para el firmamento basta la luminosa alabanza de los astros que lo pueblan, para el templo que es la Tierra no basta el canto de los vientos, aguas y animales, porque en ella no sólo hay vientos, aguas y animales, que cantan sin conciencia de ello las alabanzas de Dios, sino que en ella está también el hombre, la criatura que supera en perfección a todo lo que vi-

ve en el tiempo y en el mundo, dotada de materia como los animales, minerales y plantas, y de espíritu como los ángeles del Cielo, y, como éstos, destinada, si es fiel en la prueba, a conocer y poseer a Dios, con la gracia primero, con el Paraíso después. El hombre, síntesis * que abraza todos los estados, tiene una misión que las otras criaturas no tienen, y que para él debería ser, además de deber, júbilo: amar a Dios; dar, inteligente y voluntariamente, culto de amor a Dios; corresponder al amor con que Dios, dándole la vida y el Cielo después de la vida, le ha amado; dar culto *inteligente*.

Piensa, Simón. ¿Qué bien obtiene Dios de la Creación? ¿Qué beneficio? Ninguno. La Creación no aumenta a Dios, no le santifica, no le enriquece. Dios es infinito. Infinito hubiera sido aunque no hubiera existido la Creación. Pero Dios-Amor quería tener amor, y creó para tener amor. Sólo amor puede obtener de la Creación Dios; y este amor, que es inteligente y libre únicamente en los ángeles y hombres, es la gloria de Dios, la alegría de los ángeles, la religión para los hombres. El día en que el gran altar que es la Tierra silenciara las alabanzas y súplicas de amor, la Tierra dejaría de existir, porque, apagado el amor, quedaría apagada la expiación, y la ira de Dios anularía ese infierno terrestre en que se habría convertido la Tierra. *La Tierra*, pues, *para existir debe amar*. Y también esto: la Tierra debe ser el Templo que ama y ora con la inteligencia de los hombres. Pero, en el Templo, en todo templo, ¿qué víctimas se ofrecen? Las puras, las víctimas sin mancha ni tara. Sólo éstas son gratas al Señor. Ellas y las primicias. Porque al padre de familia han de dársele las cosas mejores, y a Dios, Padre de la humana Familia, ha de dársele la primicia de todas las cosas, y las cosas selectas.

[7]Pero he dicho que la Tierra tiene un doble deber de sacrificio: el 555.7
de alabanza y el de expiación. Porque la Humanidad que la puebla pecó en los primeros hombres y peca continuamente, añadiendo al pecado de falta de amor a Dios esos otros mil pecados de adherirse a las voces del mundo, de la carne y de Satanás. Culpable, culpable Humanidad que, teniendo la semejanza con Dios, teniendo inteligencia propia y ayudas divinas, es pecadora siempre, y cada vez más. Los astros obedecen, las plantas obedecen, los elementos obedecen, los animales obedecen y, de la forma en que saben hacerlo, alaban al Señor. Los hombres no obedecen ni alaban suficientemente al Señor. He ahí, pues, la necesidad de almas holocausto, que amen y expíen por todos: son los niños que pagan, inocentes y sin percatarse, el

---

* *todos los estados*: MV, en una copia mecanografiada corrige así: todas las naturalezas. Y anota: *En el hombre está presente la naturaleza mineral, porque su materia está compuesta de substancias minerales; y la animal, y el estado espiritual.*

amargo castigo del dolor por aquellos que lo único que saben hacer es pecar; son los santos que, solícitos, se sacrifican por todos.

Dentro de poco —un año o un siglo es siempre "poco" respecto a la eternidad— ya no se celebrarán otros holocaustos en el altar del gran Templo de la Tierra, sino los de las víctimas-hombre, consumadas con el perpetuo sacrificio: hostias con la Hostia perfecta. No te estremezcas, Simón. No estoy diciendo, ciertamente, que Yo vaya a introducir un culto semejante al de Moloch, Baal y Astarté. Los propios hombres nos inmolarán. ¿Entiendes? Nos inmolarán. Y nosotros iremos alegres a la muerte para expiar y amar por todos. Y luego vendrán los tiempos en que los hombres ya no inmolarán a los hombres. Pero siempre habrá víctimas puras, que el amor consuma junto con la gran Víctima en el Sacrificio perpetuo. Digo el amor de Dios y el amor por Dios. En verdad, ellas serán las hostias del tiempo y Templo futuros. Lo grato a Dios es el sacrificio del corazón, y no los corderos y cabritos, terneros y palomas. David lo intuyó. Y en el * tiempo nuevo, tiempo del espíritu y del amor, sólo este sacrificio será grato.

Considera, Simón, que si un Dios ha debido encarnarse para aplacar la Justicia divina por el gran Pecado, por los muchos pecados de los hombres, en el tiempo de la verdad sólo los sacrificios de los espíritus de los hombres pueden aplacar al Señor. Tú piensas: "¿Pero por qué, entonces, Él, el Altísimo, dio orden de que le fueran inmola- * dos las crías de los animales y los frutos de las plantas?". Te respondo: porque antes de mi venida el hombre era un holocausto manchado y porque no se conocía el Amor. Ahora será conocido. Y el hombre, que conocerá el amor, porque Yo restituiré la Gracia por la cual el hombre conoce el Amor, saldrá del letargo, recordará, comprenderá, *vivirá*, se pondrá él en vez de los cabritillos y corderos, hostia de amor y expiación, imitando al Cordero de Dios, su Maestro y Redentor. El dolor, hasta ahora castigo, se transformará en amor perfecto. Y dichosos aquellos que lo abracen por amor perfecto».

«Pero los niños...».

«Quieres decir aquellos que todavía no saben ofrecerse... ¿Y tú sabes cuándo habla Dios en ellos? El lenguaje de Dios es lenguaje espiritual. El alma lo entiende y el alma no tiene edad. Es más, te digo que el alma niña, por no tener malicia, es, en cuanto a capacidad de entender a Dios, más adulta que la de un pecador anciano. Te digo, Simón, que vivirás hasta llegar a ver a muchos niños enseñar a los adultos, e incluso a ti mismo, la sabiduría del amor heroico. Pero en

* *David lo intuyó*, en el *Salmo 51, 18-19.*
* *dio orden*, como en *Éxodo 22, 28-29; 34, 19.*

esos pequeños que mueren por razones naturales está Dios obrando directamente, por razones de un tan alto amor que no puedo explicarte, pues que se encuadran en la sabiduría que está escrita en los libros de la Vida, que sólo en el Cielo serán leídos por los bienaventurados. Leídos, he dicho; pero, en verdad, bastará con mirar a Dios para conocer no sólo a Dios, sino también su infinita sabiduría... [8]Ya 555.8
hemos hecho venir el ocaso de la Luna, Simón... Pronto despuntará el alba, y tú no has dormido...».

«No importa, Maestro. He perdido unas pocas horas de sueño y he ganado mucha sabiduría. Y he estado contigo. Pero, si me lo permites, me marcho. No a dormir, sino a meditar tus palabras». Ya está en la puerta y está para salir, cuando se para pensativo y dice: «Una cosa más, Maestro. ¿Es correcto que diga a alguien que sufre que el dolor no es un castigo sino una... gracia; algo como... como nuestra llamada, hermosa aunque fatigosa, hermosa aunque a quien ignora puede parecerle una cosa fea y triste?».

«Puedes decirlo, Simón. Es la verdad. El dolor no es un castigo, cuando se sabe acoger y usar con justicia. El dolor es como un sacerdocio, Simón. Un sacerdocio abierto a todos. Un sacerdocio que confiere un gran poder sobre el corazón de Dios; y un gran mérito. Nacido con el pecado, sabe aplacar la Justicia. Porque Dios sabe usar para el Bien incluso aquello que el Odio ha creado para causar dolor. Yo no he deseado otro medio para anular la Culpa, porque no hay un medio mayor que éste».

ÍNDICE DEL VOLUMEN OCTAVO

Índice del volumen octavo

Nota del Editor V

Texto unificado de los cuatro Evangelios VII

501. Parábola de los hijos lejanos. Curación de dos hijos ciegos del hombre de Petra. 2

502. Otro abatimiento en Pedro. Lección sobre las posesiones (divinas y diabólicas). 9

503. Los apóstoles indagan acerca del Traidor. Un saduceo y la infeliz mujer de un nigromante. Saber distinguir lo sobrenatural de lo oculto. 13

504. Margziam preparado para la separación. Regreso a la aldea de Salomón y muerte de Ananías. 24

505. En el Templo, una gracia obtenida con la oración incesante y la parábola del juez y la viuda. 30

506. En el Templo, oposición al discurso que revela que Jesús es la Luz del mundo. 36

507. El gran debate con los judíos. Huyen del Templo con la ayuda del levita Zacarías. 41

508. Juan será la luz de Cristo hasta el final de los tiempos. El pequeño Marcial-Manasés acogido por José de Seforí. 53

509. El anciano sacerdote Matán acogido con los apóstoles y discípulos que han huido del Templo. 60

510. La curación de un ciego de nacimiento. 67

511. En la casa de Juan de Nob, otra alabanza a la Corredentora. Embustes de Judas Iscariote. 80

512. Profecía ante un pueblo destruido. 87

513. En Emaús Montana, una parábola sobre la verdadera sabiduria y una advertencia a Israel. 90

514. Consejos sobre la santidad a un joven indeciso. Reprensión a los habitantes de Bet-Jorón después de la curación de un romano y una judía. 98

515. Las razones del dolor salvífico de Jesús. Elogio de la obediencia y lección sobre la humildad. 109

516. En Gabaón, milagro del mudito y elogio de la sabiduría como amor a Dios. 116

517. Hacia Nob. Judas Iscariote, tras un momento polémico, reconoce su error. 120

518. En Jerusalén, encuentro con el ciego curado y palabras que revelan a Jesús como buen Pastor. 124

519. Inexplicable ausencia de Judas Iscariote y alto en Betania, en casa de Lázaro. 134

520. Conversaciones en torno a Judas Iscariote, ausente. Llegada a Tecua con el anciano Elí-Ana. 139

521. En Tecua, Jesús se despide de los habitantes del lugar y del anciano Elí-Ana. 149

522. Llegada a Jericó. El amor terreno de la muchedumbre y el amor sobrenatural del convertido Zaqueo. 153

523. En Jericó. La petición a Jesús de que juzgue a una mujer. La parábola del fariseo y el publicano tras una comparación entre pecadores y enfermos. 160

524. En Jericó. En casa de Zaqueo con los pecadores convertidos. 169

525. El juicio sobre Sabea de Betlequi. 178

526. Curaciones cerca del vado de Betabara y discurso en recuerdo de Juan el Bautista. 195

527. Desconocimiento y tentaciones en la naturaleza humana de Cristo. 198

528. En Nob. Consuelo materno de Elisa y regreso inquietante de Judas Iscariote. 203

529. Enseñanzas a los apóstoles mientras realizan trabajos manuales en casa de Juan de Nob. 208

530. Otra noche de pecado de Judas Iscariote. 215

531. En Nob, enfermos y peregrinos venidos de todas partes. Valeria y el divorcio. Curación del pequeño Leví. 219

532. Preparativos para las Encenias. Una prostituta enviada a tentar a Jesús, que deja Nob. 238

533. Hacia Jerusalén con Judas Iscariote. 251

534. Enseñanzas y curaciones en la sinagoga de los libertos romanos. Un encargo para los gentiles. 253

535. Judas Iscariote llamado a informar a casa de Caifás. 262

536. Curación de siete leprosos y llegada a Betania con los apóstoles ya reunidos. Marta y María preparadas por Jesús a la muerte de Lázaro. 272

537. En el Templo en la fiesta de la Dedicación, Jesús se manifiesta a los judíos, que intentan apedrearle. 282

538. Jesús, orante en la gruta de la Natividad, contemplado por los discípulos ex pastores. 294

539. Juan de Zebedeo se acusa de culpas inexistentes. 302

540. La Madre confiada a Juan. Encuentro con Manahén y lección sobre el amor a los animales. Conclusión del tercer año. 308

PREPARACIÓN A LA PASIÓN DE JESÚS

541. Judíos en Betania de visita. 320

542. Los judíos en casa de Lázaro. 322

543. Marta llama a un criado a llamar al Maestro. 327

544. La muerte de Lázaro. 333

545. El criado de Betania refiere a Jesús el mensaje de Marta. 343

546. El día de los funerales de Lázaro. 349

547. Jesús decide ir a Betania. 358

548. La resurrección de Lázaro. 365

549. Sesión del Sanedrín y audiencia en el palacio de Pilato. 385

550. Misión de amor para Lázaro y contemplación absoluta para su hermana María. Jesús debe huir a Samaria. 398

551. Los apóstoles son informados, después de un alto donde Nique, del decreto del Sanedrín. Llegada a los confines de Judea. 410

552. Preparativos y recibimientos en Efraím. 420

553. Comienzo del sábado en Efraím. Los ladrones del Adomín y la ayuda prestada a tres niños. 425

554. El sábado en Efraím. Con los apóstoles y los tres niños en una pequeña isla del torrente. 430

555. Lección nocturna a Simón Pedro sobre el perdón de los pecados y sobre el dolor de los santos y de los inocentes. 442

MARIA VALTORTA

Quién es

Nació en Caserta el 14 de marzo de 1897; sus padres eran lombardos.

Giuseppe Valtorta, el padre, había nacido en Mantua en 1862; prestaba servicio en un regimiento de caballería ligera; era suboficial y estaba al frente de la sección destinada a la custodia y manutención de las armas. Era una persona buena y sumisa y fue el afectuoso educador de la única hija.

Iside Fioravanti, la madre, nacida en Cremona en 1861, había sido docente de francés. Su egoismo y su mal genio le llevaron a oprimir al marido y a la hija con una severidad irracional y, a veces, hasta cruel.

Al nacer, Maria corrió el riesgo de morir; luego la confiaron a una nodriza de ligeras costumbres; como su familia tuvo que trasladarse a Faenza para seguir los desplazamientos del regimiento la pequeña, que tenía apenas dieciocho meses, pasó al clima templado de las regiones del norte después de haber conocido el calor abrasador de las del sud. Precisamente al clima meridional y a la leche de su nodriza se atribuye la pasionalidad de su carácter.

Los sucesivos traslados a Milán y a Voghera señalaron las etapas de su desarrollo y de su formación cultural y religiosa, en la cual dio pruebas de temperamento, de indudable capacidad y de profunda sensibilidad espiritual. Culminó sus estudios en el prestigioso Colegio Bianconi de Monza, que fue para ella como un nido de paz por cuatro años, al término de los cuales comprendió cómo continuaría su vida interior según los designios de Dios.

En 1913 su padre se vio obligado a jubilarse por motivos de salud y la familia se estableció en Florencia; allí permanecería por once años y medio. Maria se encontraba bien en esa ciudad, que se adaptaba a su sensibilidad cultural y que le ofreció la posibilidad de poner en práctica su amor hacia el

prójimo durante la primera guerra mundial, en calidad de "enfermera samaritana" del hospital militar. Pero en Florencia también tuvo que soportar durísimas pruebas, debido a aquella madre terrible y al gesto de un sedicioso: la madre quebró por dos veces su legítimo sueño de amor; el sedicioso le asestó un día, en la calle, un terrible golpe en los riñones que propició su invalidez.

Por ese entonces, Maria tuvo la ocasión -¡verdaderamente providencial!- de transcurrir dos años en Reggio Calabria; de 1920 a 1922 estuvo hospedada en casa de unos parientes, dueños de dos hoteles de la ciudad. El afecto que le tributaron, unido a las bellezas naturales de ese lugar, la ayudaron a templar nuevamente su físico y su alma. Durante esas vacaciones, sintió nuevos impulsos hacia una vida radicada en Cristo, pero con el regreso a Florencia, donde habría de transcurrir aún otros dos años, volvió a sumirse en sus amargos recuerdos.

En 1924 sus padres adquirieron una casa en Viareggio y fueron a establecerse allí. Inició para Maria una incontenible elevación espiritual, que se traducía en propósitos firmes y culminaba en heroicas ofrendas de sí por amor de Dios y de la humanidad. Al mismo tiempo estaba ocupada con empeño en la parroquia como delegada cultural para las jóvenes de la Acción Católica y daba conferencias a las que, poco a poco, comenzaron a asistir también personas que no eran practicantes.

Pero por su precaria salud, le era cada vez más difícil moverse. El 4 de enero de 1933 salió de casa por última vez y lo hizo con tremenda dificultad; desde el 1 de abril de 1934 ya no se levantó del lecho.

El 24 de mayo de 1935 se asumió a Marta Diciotti, una joven huérfana sin familia alguna, para que la asistiera. Marta habría de convertirse en su asistente y confidente por el resto de la vida. Sólo un mes más tarde, el 30 de junio, murió el padre, a quien Maria quería tanto que estuvo a punto de morir por el dolor. La madre, a quien siempre amó por deber natural y por sentimiento sobrenatural, murió el 4 de octubre de 1943, sin haber dejado nunca de maltratar a la hija.

Qué hizo

Precisamente a principios de 1943, cuando hacía ya nueve años que Maria estaba paralizada y pensaba que había consumado todos los sacrificios posibles y que el final de su vida estaba cerca, el Padre Migliorini, un sacerdote perteneciente a la orden de los Siervos de María que desde hacía algunos meses era su director espiritual, le pidió que escribiera sus memorias. Tras un momento de vacilación, consintió y con naturalidad, sentada en el lecho, en menos de dos meses llenó siete cuadernos escritos de su propio puño; dio así no sólo prueba de un gran talento de escritora sino de saber revelar su alma, confesándose sin secretos.

Había confiado a las 760 páginas manuscritas que entregó al confesor todo su pasado pero cuando, precisamente por eso, se sentía liberada de él y preparada con mayor confianza para la muerte, una voz que su espíritu ya conocía le dictó una página rebosante de sabiduría divina, que determinó un cambio inesperado. Acaeció de viernes santo, el 23 de abril de 1943.

Maria, desde su habitación, llamó a la fiel Marta y, mostrándole la hoja que tenía en sus manos, le hizo entender que había ocurrido algo extraordinario y le dijo que llamara al Padre Migliorini, que no tardó mucho en llegar. El coloquio fue secreto y nunca se conoció exactamente lo que se dijeron, pero se sabe que el religioso le confirmó el origen sobrenatural del "dictado" y la impulsó a escribir cuanto aún fuera "recibiendo". Y por eso siguió procurándole cuadernos.

Escribió casi diariamente hasta 1947 y con intervalos en los años siguientes, hasta 1951. Los cuadernos llegaron a ser 122 (además de los 7 que componían la *Autobiografía*); las páginas manuscritas, alrededor de quince mil.

Escribía sentada en su lecho, con la estilográfica, apoyando el cuaderno sobre una carpeta que había confeccionado con sus propias manos y que sostenía sobre las rodillas. No preparaba un esquema, ni siquiera sabía lo que iba a escribir día a día, no volvía a leer para corregir. No tenía necesidad de concentrarse ni de consultar libros, excepto la Biblia y el Ca-

tecismo de Pio X. Y si la interrumpían, a veces por motivos fútiles, volvía a escribir sin perder el hilo. No la detenían las crisis de su sufrimiento crónico ni la aguda necesidad de reposo, pues hasta llegaba a tener que escribir de noche. Estaba concentrada con todo su ser en la narración que fluía de su pluma de auténtica escritora, pero si se trataba de temas teológicos podía suceder que no comprendiera el íntimo significado de los mismos. A menudo llamaba a Marta, la obligaba a abandonar sus quehaceres domésticos, y le leía lo que había escrito.

No suspendió su tarea ni siquiera cuando se vio obligada a refugiarse en San Andrés de Cómpito (arrabal del ayuntamiento de Capannori, en la provincia de Lucca), dado que la segunda guerra mundial se iba haciendo cada vez más violenta. Allí trasladó el moblaje de su cuarto de inválida y, desde abril hasta diciembre de 1944, vivió sus nuevos sufrimientos.

Sobre todo en Viareggio, la ocupación de escritora que absorbía todo su tiempo no la alejó del mundo, pues seguía el desarrollo de los acontecimientos a través de la radio y los periódicos. Tampoco dejaba de cumplir con sus deberes cívicos, hasta el punto de que, en ocasión de las elecciones políticas de 1948, se hizo llevar en ambulancia a la mesa electoral. Recibía solamente a personas amigas y, sucesivamente, también a algunos personajes importantes, pero no descuidaba la correspondencia, de especial modo la que mantenía muy asiduamente con una monja carmelita de clausura, a quien consideraba como madre espiritual.

Rezaba pero también sufría, aunque procuraba no demostrarlo. Por lo general sus oraciones eran secretas y sus éxtasis, que están documentados en sus escritos personales, no tuvieron testigos. Su aspecto sano no dejaba traslucir los duros y continuos sufrimientos, que acogía con gozo espiritual por su afán de redimir por medio de ellos. Pidió que se le concediera la gracia de no llevar impresas en su cuerpo las señas evidentes de su participación conjunta en la pasión de Cristo. Y le fue concedida.

Se la veía como a una persona normal a pesar de su invalidez. Se ocupaba en labores femeninas o en los quehaceres do-

místicos que podían realizarse aun estando en cama, como bordar, mondar verduras, limpiar la jaula de los pajarillos. Hasta lograba ocuparse por sí misma de su aseo personal: era suficiente que le alcanzaran lo necesario. A veces cantaba, y lo hacía con una hermosa voz.

Sus obras

Su obra principal es la que se intitula: *El Evangelio como me ha sido revelado*, publicada en diez volúmenes.

Narra el nacimiento y la infancia de la Virgen María y de Jesús, su hijo (esta parte fue escrita principalmente durante el periodo en que estuvo refugiada). Narra además los tres años de la vida pública de Jesús (es la parte más extensa de la obra), su pasión, muerte, resurrección y ascensión, los albores de la Iglesia y la asunción de María.

Con indudable validez literaria, la obra describe paisajes, ambientes, personas y acontecimientos con el brío de una representación; delinea caracteres y situaciones con habilidad introspectiva; expone hechos gozosos y dramáticos con el sentimiento de quien toma parte realmente en ellos; da informaciones acerca de características ambientales y culturales, costumbres y ritos, con detalles irreprensibles. A través del fascinante relato de la vida terrena del Redentor, pródiga de discursos y de diálogos, ilustra toda la doctrina del cristianismo según el dogma católico.

El Padre Gabriele M. Allegra, misionario franciscano y estudioso de la Biblia, que ha sido proclamado "venerable" en nuestro tiempo, escribió en 1968 a propósito de esta obra: "Esta obra maestra de la literatura religiosa italiana, o quizás sea más justo decir, de la literatura cristiana mundial, está expresada a través de dones naturales unidos en armónica conjunción a dones místicos".

Maria Valtorta escribió esta obra de 1944 a 1947. Algunos de los últimos episodios fueron escritos en 1951.

No siempre seguía un orden cronológico. A veces, debido a factores espirituales ligados a un determinado momento, te-

nía que escribir uno o más episodios fuera de la trama del relato y luego el mismo Jesús le indicaba dónde debía colocarlos. A pesar de la ocasional discontinuidad en la redacción y, sobre todo, a pesar de la falta de esquemas preparatorios -mentales o escritos- la obra presenta desde el principio hasta el final una estructura perfectamente orgánica.

Por añadidura, Maria Valtorta alternaba este trabajo con la redacción de páginas referidas a varios temas, que comenzó a escribir en 1943 (cuando acababa de poner fin a la *Autobiografía*) y que siguió escribiendo en los años sucesivos hasta 1950. Estas páginas han dado origen a las obras menores, que se publicaron en cinco volúmenes: tres de ellos corresponden a la miscelánea titulada *Los Cuadernos* (correspondientes a los años 1943, 1944 y 1945-1950, respectivamente), que es una colección de escritos referidos a temas ascéticos, bíblicos, doctrinales, autobiográficos, así como de descripciones de escenas evangélicas y del martirio de los primeros cristianos. Los otros dos volúmenes son: el *Libro de Azaria* -que contiene comentarios de los textos del misal festivo, excepto los del Evangelio- y las *Lecciones sobre la Epístola de Pablo a los Romanos*.

Epílogo

Maria Valtorta estaba a punto de terminar *El Evangelio como me ha sido revelado* que, como se ha dicho, es su obra principal en diez volúmenes, cuando se apoderó de ella la nostalgia de su Señor, pues pensaba que no Le vería más. Pero el Señor fue a ella para consolarla con una promesa: "Vendré siempre. Y lo haré para ti sola. Y será algo aún más dulce porque seré solamente para ti... te elevaré aún más a lo alto, a las puras esferas de la pura contemplación... De ahora en adelante, vivirás tan sólo en la contemplación... haré que, en mi amor, te olvides del mundo". Era el 14 de marzo de 1947, el día en que cumplió cincuenta años.

Ya algunos años antes (precisamente el 12 de septiembre de 1944), Jesús le había predicho una muerte estática: "¡Cuán feliz serás cuando comprendas que te encuentras ya en mi

mundo para siempre y que has llegado, desde el mísero mundo, sin darte cuenta siquiera, pasando de una visión a la realidad, como un niño pequeño que sueña con su mamá y que, al despertar, siente que ella le estrecha contra su corazón! Así haré contigo".

Y así fue: cuando en el verano de 1956 llegó de la editorial, después de años de espera, un grueso volumen (era el primero de los cuatro nutridos volúmenes de la primera y atormentada edición de su obra, titulada *El poema de Jesús*, y no llevaba el nombre de la autora porque ésta no quería que se la conociera en vida), Maria Valtorta lo observó con indiferencia y lo depositó sobre su lecho como si no tuviera nada que ver con él. Fue la primera señal de un desapego que fue acentuándose con el tiempo hasta convertirse en incomunicabilidad, en una dulce apatía, en un total abandono, pero que no logró atenuar en su rostro el brillo de la mirada ni alterar la serenidad de la expresión.

En los últimos años ya no hacía nada: comía sólo si alguien la embocaba; hablaba sólo para repetir las últimas palabras de la frase que le habían dirigido. Su única expresión personal era: "¡Cuánto sol hay aquí!"; lo decía cada tanto, y nada más. (Téngase en cuenta que, según uno de los médicos que la asistieron, tendría que haber proferido gritos de dolor a causa de su mal). En algunas ocasiones especiales, muy pocas, pareció como si volviera en sí y dio respuestas lúcidas, justas, proféticas, pero se trató de un solo instante; luego volvió otra vez a olvidarse del mundo.

Dejó de existir en la radiante mañana del jueves 12 de octubre de 1961, casi como si obedeciera a la palabra del sacerdote que le recitaba la oración para los agonizantes: "Parte de este mundo, ¡oh, alma cristiana!". Tenía 64 años y llevaba 27 y medio inmovilizada en el lecho.

Doce años más tarde, el 2 de julio de 1973, los despojos de Maria Valtorta fueron trasladados a Florencia desde el Camposanto de la Misericordia de Viareggio y fueron sepultados en una capilla del Claustro grande de la Basílica de la Santísima Anunciación.